



El pueblo en movimiento

La protesta social en Aragón (1885-1917)

Víctor Lucea Ayala



Prensas Universitarias de Zaragoza

EL PUEBLO EN MOVIMIENTO
La protesta social en Aragón (1885-1917)

EL PUEBLO EN MOVIMIENTO
La protesta social en Aragón
(1885-1917)

Víctor Lucea Ayala



Prensas Universitarias de Zaragoza

LUCEA AYALA, Víctor

El pueblo en movimiento : protesta social en Aragón (1885-1917) / Víctor Lucea Ayala. — Zaragoza : Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009

599 p. : il. ; 22 cm. — (Ciencias sociales ; 75)

Bibliografía: p. 543-583. — ISBN 978-84-92774-60-9

1. Movimientos sociales—Aragón—1885-1917. 2. Movimiento obrero—Aragón—1885-1917

323.2(460.22)«1885/1917»

331.109(460.22)«1885/1917»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Víctor Lucea Ayala

© De la edición española, Prensas Universitarias de Zaragoza

1.ª edición, 2009

Ilustración de la cubierta: José Luis Cano

Colección Ciencias Sociales, n.º 75

Director de la colección: Pedro Rújula López

Prensas Universitarias de Zaragoza. Edificio de Ciencias Geológicas, c/ Pedro Cerbuna, 12
50009 Zaragoza, España. Tel.: 976 761 330. Fax: 976 761 063

puz@unizar.es <http://puz.unizar.es>

Prensas Universitarias de Zaragoza es la editorial de la Universidad de Zaragoza, que edita e imprime libros desde su fundación en 1542.

Impreso en España

Imprime: Octavio y Félez, S. A.

D. L.: Z-4574-2009

*A mis padres Ana y Jesús, y a mi hermano Sergio.
Para Ana, la ilusión hallada*

LISTADO DE SIGLAS Y ABREVIATURAS USADAS

AHM	Archivo Histórico Militar
AHPH	Archivo Histórico Provincial de Huesca
AHPT	Archivo Histórico Provincial de Teruel
AHPZ	Archivo Histórico Provincial de Zaragoza
<i>DAZ</i>	<i>Diario de Avisos de Zaragoza</i>
<i>DH</i>	<i>Diario de Huesca</i>
<i>ECZ</i>	<i>El Clamor Zaragozano</i>
<i>EIA</i>	<i>El Ideal de Aragón</i>
<i>EN</i>	<i>El Noticiero</i>
<i>HA</i>	<i>Heraldo de Aragón</i>
<i>LAA</i>	<i>La Alianza Aragonesa</i>
<i>LCA</i>	<i>La Correspondencia Aragonesa</i>

INTRODUCCIÓN

Actualmente los individuos se hallan perdidos en la muchedumbre. En política es casi trivial decir que la opinión pública gobierna ahora el mundo. El único poder que merece el nombre de tal es el de las masas y de los gobiernos, y éstos se convierten en el órgano de las tendencias y los instintos de las masas. Aquellos cuyas opiniones pasan por las de opinión pública [...] constituyen siempre una masa, es decir, una mediocridad colectiva.

Lo escribía John Stuart Mill en 1848, inaugurados los fuegos revolucionarios que habrían de incendiar el continente europeo de punta a punta. Si medio siglo atrás, todavía candentes las hogueras de la Revolución francesa, Edmund Burke advertía de los peligros que acarrearían la democratización y la participación del pueblo en la gestión de la nación, a finales del XIX políticos y figurones bienpensantes mostraban sin ambages un recelo generalizado hacia semejantes novedades. La «masa» se perfilaba a finales de siglo XIX, pese a los esfuerzos contrarrevolucionarios para contrarrestar su ascenso, como un sujeto social a tener en cuenta merced a su organización en partidos y asociaciones obreras. Este proceso social, cultural y político, que Salvador Giner denominó «sociedad masa», afectó a la Europa occidental y tuvo mucho que ver con la conformación de una nueva sociedad de tipo complejo, liberal, urbana e industrial, que comenzaba a generalizarse como modo de entender la organización estatal y la participación política. No es de extrañar entonces que la teorización sobre las «masas» y sus capacidades fuera el foco de atención de encendidos debates por quienes la percibían como un peligro.¹

1 Giner (1979).

Es ese el objeto de la presente investigación, la protesta colectiva en sus múltiples formas y circunstancias en una sociedad en cambio. La demanda de aspiraciones y reivindicaciones de grupos sociales populares (caracterizados principalmente por tener una situación de subordinación respecto de los grupos que controlan el poder) para llamar la atención sobre las causas de su descontento, tratar de alcanzar derechos hurtados o plantear mejoras en sus condiciones de vida y trabajo. El enfoque, además, pretende primar la atención sobre las acciones que se plantean directamente en el escenario de la plaza pública. La presencia de grupos en la calle, su protesta y la violencia desplegada en ocasiones provocaron la sorpresa, cuando no el pavor, entre los contemporáneos dedicados al estudio de la sociedad y el comportamiento colectivo y entre los políticos y agentes encargados de velar por el orden y la propiedad. El acercamiento tratará de cuantificar esa protesta colectiva y de interpretarla según un modelo teórico en el ámbito del fin del siglo XIX y las primeras décadas del XX.

En ocasiones se ha argumentado sobre la excepcionalidad del caso español y la propensión de los españoles al levantamiento y la insurrección, alegando un siglo XIX plagado de pronunciamientos y movimientos de rebeldía dentro del proceso de consolidación del Estado liberal. Los contemporáneos, sin embargo, tendieron a caracterizar la sociedad española como un ente colectivo con una psicología débil y decadente, frente al nuevo y vigoroso dominio germánico. Un notario de Crevillente dejó escrito en sus *Apuntes para la Historia de la Ruina de España* que «el pueblo español es un pueblo empobrecido por la política, fustigado por el cacique y que vive en el mayor desamparo, es un pueblo “anestesiado” por la falta de nutrición, un pueblo al que sólo le resta el instinto del animal herido e impotente: por eso se contenta con huir y emigrar». La cita encierra cuán interiorizadas estaban las ideas de fracaso colectivo y de decadencia nacional, algo en lo que los ensayistas parecían querer competir en un coto particular de «decadentes» portugueses, italianos y españoles. En perspectiva amplia, el caso español no representó ninguna «anormalidad» en relación con el contexto europeo finisecular. Adrian Shubert afirmó que entre la contemporaneidad española y las historias europeas hay un innegable «parecido de familia», y que lo que sucedió aquí permite hablar en términos de «normalidad» respecto a los países del entorno. Apuntó dicho historiador que «cuando todo es “peculiar”, la peculiaridad misma se convierte en un bien común», lo cual significa que en realidad ni siquiera

ra esta lastimera idea de la propia decadencia era original de los intelectuales y escritores españoles.²

Pero ¿en qué era «normal» el país? Las sociedades europeas de finales del XIX experimentaron cambios importantes, y España compartió esas tendencias de largo recorrido en modernización económica y política, o en afianzamiento progresivo del Estado en sus diferentes versiones administrativas, eso sí, contando con las particularidades propias de cada entorno cultural y cada contexto económico-político. Planteado así este entorno general, la mirada pretende dirigirse hacia la percepción y reacción de quienes, sobre todo en el terreno de lo local, trataron de manifestar su malestar ante situaciones percibidas como gravosas y, sobre todo, buscaron acceder al control sobre las consecuencias de esos cambios, tanto en el ámbito de lo material como de lo moral. Un enfrentamiento con la Guardia Civil por detener a un vecino, un motín contra un ayuntamiento por no realizar repartos equitativos a la riqueza o una manifestación contra una supuesta «mala madre» que no cuidó de sus hijos como se esperaba, son indicios de algo más que, parafraseando a Hobsbawm, «rebeldías primitivas» que se resisten a desaparecer. En este sentido, el conflicto del pasado puede ser muy valioso para adivinar las pautas de cotidianidad que se perciben «alteradas» e injustamente introducidas, así como el objetivo y justificación de la «corrección» colectiva, si se hacen las preguntas adecuadas y se dejan de lado las ideas preconcebidas sobre las intenciones de los rebeldes. Dos peligros han de ser ya advertidos antes de continuar con la explicación del modelo de la protesta social. En primer lugar, hay que tratar de evitar imaginar un escenario global o «macro» en el que son situados los actores, actuando conforme cambia la trama de fondo. Uno de los pilares de este estudio se asienta sobre la hipótesis de que esos «actores» colectivos lo son de manera protagonista, y que cuando actúan no solo interpretan un guión previsible ante una estructura económica o política, sino que, además, al hacerlo están creando situaciones y relaciones que necesariamente habrán de cambiar el escenario social y político de fondo.

En segundo lugar, y en relación con lo anterior, es necesario prevenirse acerca de la idea según la cual los actores sociales «reaccionan» ante las consecuencias negativas de la modernización al sentirse desclasados,

2 Castrillo y Santos (1920), p. 94.

inadaptados y frustrados. Según esa idea, que constituyó durante bastante tiempo una línea teórica muy respetada, la «anomia», la alienación de las propias raíces que en los individuos provocaban la ciudad y el trabajo industrial, les convertía en seres maleables por los manejos de agitadores o, en el mejor de los casos, irrespetuosos con los principios del orden social. Se apuntaba como causa del conflicto el hecho de que los cambios se produjeran a un ritmo demasiado rápido, desigual o lento con respecto a la capacidad de adaptación de los individuos. El funcionalismo de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, quizás la versión teórica más exitosa, trató la protesta como «anomalías» de un sistema social que, más tarde o más temprano, terminaba por absorber la carga disolvente de los descontentos. Frente a este tipo de interpretación de las protestas como reacciones instintivas ante condiciones objetivas cambiantes, hemos preferido, siguiendo una línea teórica ya de largo recorrido en la Historia Social contemporánea, conceder mayor importancia a la percepción que de esas condiciones del entorno se construyen los individuos y los grupos sociales, y al hecho cultural que supone la conformación de esa percepción, del consenso sobre cuáles han de ser las medidas más oportunas para atajar los problemas, y del proceso de movilización, complejo y sinuoso y no siempre violento, que lleva del descontento a la acción.

El modelo sobre el que se asienta el trabajo se basa en una perspectiva política de la conflictividad y los enfrentamientos sociales, y en un enfoque relacional del conflicto. Porque las relaciones sociales, desde el momento en que se ejercen desde posiciones de poder desiguales, generando un perjuicio en una parte en relación con la otra, son recurrentemente conflictivas. Ante ese perjuicio, las personas y los grupos pueden relacionarse adoptando diferentes respuestas con el objeto de influir en la distribución existente de poder en las relaciones sociales, conseguir o mantener una posición ventajosa sobre el adversario, o llamar la atención sobre el resto de la sociedad para constituirse como grupo social relevante. La resignación, la huida, la resistencia individual, la reclamación de demandas colectivas o el conflicto abierto son algunos de los posibles lugares en los que puede desembocar esa respuesta conflictiva. Esa conflictividad mostró un carácter histórico y cambiante, centrándose a grandes rasgos en la organización del Estado, la producción, el trabajo asalariado y la participación en el sistema político durante el siglo XIX, mientras que en el XX el núcleo del conflicto lo constituyeron la competencia política y el reco-

nocimiento de derechos de ciudadanía. Es decir, como ya conocen los estudiosos de la movilización social, el objetivo y las formas en que se manifiesta el conflicto tienen un carácter fundamentalmente histórico.

Por otra parte, los enfrentamientos, independientemente de su grado de violencia, tienen un carácter político en la medida en que sus protagonistas, las circunstancias, el despliegue o las repercusiones de la acción adquieren significación política, es decir, cuando afectan a la organización política de la sociedad. Y eso es algo que puede rastrearse en el ámbito de la lucha por el poder entre organizaciones dentro de un sistema político, pero también en la resistencia a la administración fiscal o militar o en el abastecimiento de la población mediante formas no institucionalizadas de disenso. Al respecto, la diferente naturaleza de los regímenes políticos ha constituido una oportunidad o una barrera para el despliegue de la protesta. Elementos como las guerras, las revoluciones, los ciclos de protesta, los procesos democratizadores o el hundimiento de los estados forman parte del mismo proceso de movilización colectiva, y conforme se fueron modificando las relaciones sociales conflictivas de los protagonistas se fueron introduciendo cambios en los enfrentamientos, incluyendo tanto el repertorio de formas de protesta disponibles para desafiantes y adversarios como la organización y el poder del Estado.³

Pero además de las oportunidades, las acciones colectivas requieren de otros elementos que, en su conjunto, conforman un proceso de movilización. Durante el mismo se activan redes sociales, se forman identidades colectivas, se ponen en práctica repertorios de movilización y se elaboran y extienden interpretaciones sobre lo que está ocurriendo. Y, como en todo complejo proceso social, esos elementos se combinan formando una diversidad de resultados en las diferentes políticas de identidad y movilización. A través de las identidades colectivas las personas se reconocen integrantes de un grupo al compartir experiencias, representaciones o quejas, moviendo sus límites en función de la distancia interpuesta entre la identidad propia y otras definidas como contrarias. Las organizaciones, símbolos, rituales y narraciones consiguen definir un universo propio en el que se construye socialmente la injusticia, donde se logra un consenso sobre los

3 Tarrow (1997); McAdam, MacCarthy y Zald (1999); McAdam, Tarrow y Tilly (2005); Cruz (2005*b*).

estándares morales con los que condenar situaciones de explotación, abuso, miseria o discriminación, y los sujetos que encarnan a las víctimas (nosotros) frente a los responsables (ellos). La movilización en sí misma también se halla vinculada a la identidad colectiva, dado que en muchas ocasiones sus atributos sociales son dirimidos y moldeados a través del enfrentamiento. Cuando estas movilizaciones se realizan de manera pública, abierta y conflictiva y utilizando acciones conocidas por los grupos sociales, se forman repertorios de movilización, unos repertorios que cambian históricamente y que pueden incluir formas prescritas protagonizadas por los gobiernos (elecciones, desfiles...), formas convencionales y toleradas (manifestaciones, mítines...) y formas transgresoras (huelgas no autorizadas, ataques a la propiedad, violencia callejera...). Es evidente que, dados los conocimientos y herramientas disponibles por la ciencia social, no es sostenible un camino lineal entre la indignación y la protesta.⁴

En todo este proceso de movilización existe un factor fundamental que condiciona en buena medida su desarrollo, cual es el grado de democratización de los regímenes políticos; en otras palabras, el desarrollo del ejercicio de amplios e iguales derechos de ciudadanía sobre sectores de población mayoritarios, y el tipo de política de control policial de los gobiernos. En general, cuanto más democrático sea un régimen, más frecuentes y regulares serán las acciones toleradas y convencionales, mientras que, cuanto menor sea la tolerancia, mayor será la tendencia a incrementar las acciones trasgresoras. El final del siglo XIX y el comienzo del XX no se caracterizan en España precisamente por la transparencia democrática, algo que no solo tenía que ver con el famoso «pucherazo», sino con la opaca gestión de los recursos por parte de los poderes locales, regionales y nacionales, y con la escasa permisividad demostrada hacia los grupos de descontentos, suprimiendo cada dos por tres los derechos de reunión o asociación en función de coyunturas valoradas como de emergencia por los garantes del orden público, esto es, cuando los desafiantes ocupaban espacios significativos y se enfrentaban abiertamente con la policía o el ejército.

Se pretende fundamentar el trabajo sobre este modelo político en el territorio aragonés, estudiando el modo, los ritmos y las formas que adquiere el proceso de conformación de las identidades colectivas y el cambio en

4 Cruz (2005*a*).

el repertorio de movilización durante el comienzo del siglo xx. Desde las formas de enfrentamiento de carácter aldeano o parroquial con objetivos y redes sociales de tipo local (motines, manifestaciones, ceremonias humillantes, colisiones con otras comunidades...), pasando por las surgidas en el ámbito de las relaciones sociales cotidianas urbanas pero alejadas todavía de los grandes acontecimientos políticos (reyertas, disputa de espacios simbólicos o choques con la policía...), a las ejercidas por organizaciones de ámbito nacional con el objetivo de influir en la competencia por el poder local, regional o nacional (campañas de adhesión, huelgas revolucionarias...), toda una amplia gama de formas y recursos de movilización se pusieron en marcha entre sectores descontentos con el despliegue político o administrativo en sus diferentes niveles, o frente a otros grupos y como parte del proceso de conformación de la propia identidad. El papel cada vez más determinante de los medios de comunicación, la intervención de las elites políticas en el fomento o la anulación de alianzas estratégicas, o la conformación de redes de información y apoyo cada vez más amplias, son de igual modo claves para la comprensión de cómo se transformó la protesta colectiva y cuáles fueron los orígenes en Aragón de los movimientos sociales más característicos de la contemporaneidad. De un tiempo en el que las viejas demandas como productores iban a ir dejando hueco a las quejas como consumidores y como perceptores de derechos.

En ese sentido, el recorrido por lo ocurrido en tierras aragonesas no trata de ser exhaustivo, sino que pretende ser una contribución más en la profundización histórica de los modelos de movilización colectiva relativos a la protesta social y, por lo tanto, a las formas de acción colectiva que se enfrentaban directamente con los gobernantes y sus agentes. Se podría, desde luego, decir mucho más de lo que se dice, aludir a muchos más actores de los que se alude, y contemplar más acciones de las que se recogen, pero el relato no quiere ser excesivamente pormenorizado, y sí abordar con algún grado de sistematicidad las formas de movilización que permiten analizar el cambio de repertorio en relación con los procesos políticos de la España de la Restauración. La posible descompensación del relato a favor de Zaragoza está justificada desde el momento en que allí la política se jugó con mayor intensidad que en otras zonas a las que rara vez llegaban los medios de comunicación o los nuevos usos asociativos. En ese sentido, las diferencias que surgen al aplicar la lente local y regional del análisis histórico están remitiendo a la importancia del cómo, el modo en el

que los protagonistas, la gente corriente, interpreta las novedades que experimenta en el orden económico o político, y cómo actúan ante las manifestaciones de esos cambios.

Y la diferencia, además, también descansa en el dónde, pues Aragón es a finales del XIX una extensa región de carácter principalmente rural, pero en la que se adivinan ya diversas zonas de especialización agrícola y pecuaria que correrán diversa suerte en función de factores como los precios del mercado, los niveles de inversión en insumos agrícolas o la capacidad de reacción ante la llegada de plagas, sequías o tormentas. La famosa crisis agrícola de finales de siglo afectó muy negativamente al mercado del trigo con Cataluña, siendo muchos pequeños campesinos expulsados de sus tierras por las deudas adquiridas y la imposibilidad de competir con los granos llegados de ultramar. La sustitución de los cultivos requería inversiones que solo podían llegar por la vía de los grandes propietarios locales y los industriales urbanos, como ocurrió con la remolacha azucarera en la zona del Valle del Ebro. Al norte, los somontanos y cordilleras oscenses que con tanta eficacia habían sostenido la producción pecuaria, y las comarcas turolenses tradicionalmente dedicadas al cereal en el sur, se empobrecían a marchas forzadas obligando a sus habitantes a buscar un mejor futuro lejos de sus tierras.

Se trata por lo tanto de un crucial momento de cambio en la estructura económica y social aragonesa, clave para su evolución posterior a lo largo del siglo XX y origen de una característica definitoria del Aragón contemporáneo, el acusado dualismo entre el medio rural y la capital zaragozana. En términos sociológicos y políticos, en Aragón había un medio rural en el que convivían el predominio numérico del pequeño campesinado y el control social de los hacendados y oligarcas locales. Por otro lado había un núcleo urbano de matriz agrícola pero que experimentará un intenso proceso de urbanización y de implantación fabril, y que concentrará los órganos de decisión y gobierno económico y político regional. Y también había, entre lo uno y lo otro, canales de circulación de ese dominio de lo urbano sobre lo rural a través de los órganos de gobierno y de los negocios agrícolas capitalistas, en los que cada vez pesan más ciertas decisiones tomadas en los consejos de administración empresariales. En resumen, los movimientos sociales no pueden entenderse plenamente sin tener en cuenta las específicas relaciones de poder en un contexto dado, algo que

en buena medida depende del punto de vista escogido para acercarse a esa realidad.

Este tipo de fotografía de la estructura social y política, hecha «desde arriba», ha servido tradicionalmente para justificar una visión complaciente de la historia y la dinámica política de la Restauración, en la que el juego del encasillado político se despliega con comodidad sobre una sociedad desmovilizada y pasiva, sobre aquel pueblo «anestesiado» y vencido del notario de Crevillente. Los criterios básicos para emitir este tipo de valoraciones descansan en factores como el falseamiento electoral o los mecanismos de coerción que los caciques desplegaban sobre los comportamientos interpretados como «peligrosos» para el orden social. Sin embargo, a este tipo de análisis puede confrontársele otro «desde abajo», que tenga en cuenta las actitudes y acciones de la gente corriente, sin utilizar apriorismos sobre su incapacidad o abatimiento. Este enfoque es el elegido en este caso, tratando de recuperar el valor intrínseco que cierto tipo de acciones portaban en función de sus objetivos concretos. En el caso de los hogares campesinos, el objetivo central de su actividad giraba en torno a la continuidad moral y material de la familia y de la comunidad rural en la que se insertaban. En pos de ese fin la gente utilizaba, en función de variables como los recursos disponibles o sus oportunidades para la acción, diversos modos de acción individual y colectiva como formas de defensa o petición ante el poder ajeno.

Una de esas formas de actuación tenía que ver, paradójicamente, con aquellas actitudes de aparente pasividad y aquiescencia que cultivaban las visiones más peyorativas del campesinado finisecular. Partiendo del reconocimiento de la capacidad del campesino para elegir y decidir lo más conveniente para sí y los suyos, teniendo en cuenta la conciencia de su posición de inferioridad respecto de los grupos con poder, y en función de su conocimiento de la realidad y de los marcos significativos con los que construía su visión del mundo, puede descubrirse un sentido táctico en el seguimiento de las relaciones verticales clientelares de deferencia y autosubordinación. En ese sentido, la influencia no viajaba en un solo sentido, del cacique hacia el campesino, sino que era, aunque desigual, recíproca. Ciertamente que los mecanismos de control social y dominio económico ejercidos desde los puestos de la administración pública y el entramado político eran poderosos y efectivos. Pero de este tipo de relaciones de patronazgo también se espera contrapartida en forma de ciertos servicios

y favores, como el préstamo de dinero y bienes, la exención de un hijo de la quinta o una rebaja de los impuestos. En resumen, las actitudes de aparente ignorancia y servilismo solían esconder estrategias de supervivencia. Pero no solo eso, sino que en el propio comportamiento electoral, en apariencia plegado a las manipulaciones caciquiles, caben interpretaciones en clave de negociación colectiva entre las oligarquías agrarias y los campesinos. Recientes estudios han documentado como los campesinos podían forzar a los electores a modificar sus estrategias para conseguir los votos de los vecinos a cambio de ofertas ventajosas para la comunidad rural, sobre todo cuando había más de un candidato en liza.⁵

No obstante este tipo de relaciones de corte «vertical», de cuando en cuando surgían formas violentas y contundentes de conflictividad social con el propósito de modificar o remover, siquiera brevemente, las relaciones de poder en la sociedad rural. Los protagonistas de las acciones de protesta ponían de manifiesto, exhibiendo su propio sistema de valores y utilizando una cultura política localista, su descontento y aspiraciones colectivas respecto de asuntos gestionados por instituciones con capacidad de gestión de los asuntos vitales y cotidianos, como el Estado. Un Estado que, estando plenamente constituido y fortalecido por los ordenamientos jurídico y administrativo, cuenta a estas alturas con una muy escasa penetración social. Por eso buena parte de la ejecución de sus prerrogativas y sanciones quedarán al cuidado de poderes e instituciones locales como ayuntamientos y juzgados. El acceso y regulación de los montes públicos, la recaudación de impuestos indirectos y arbitrios extraordinarios, el mantenimiento del orden público, las subastas de determinados derechos y cargos o la regulación de los precios de las subsistencias, son algunos ejemplos de este tipo de funciones desempeñadas por los síndicos. La protesta popular aparece muy ligada a la articulación de esas prerrogativas, tanto por lo que se percibía como un exceso y una falta de consideración a las condiciones socioeconómicas particulares como, casi con igual importancia, por los frecuentes malos modos y desaires de los agentes encargados de efectuar dichas demandas. Como la historiografía reciente está poniendo de relieve, todavía durante los años treinta esta vertiente «localista» resulta esencial en el planteamiento de la contienda política y social en España.

5 Lo hacen, por ejemplo, Frías Corredor (1997) y Romero Salvador (1999).

Veremos a lo largo del estudio como en esos casos se ponían en marcha mecanismos de protesta conocidos por los vecinos y anclados en una cultura popular que contaba con criterios para valorar y juzgar el agravio, y medios de expresión no solo para denunciarlo, sino también para tratar de corregirlo. El Ejército y las fuerzas encargadas de reprimir la protesta, como la Guardia Civil y la Iglesia, fueron también objeto de las iras de la gente cuando se percibían excesos en sus funciones o agravios intolerables, desplegándose por esta serie de causas motines y alborotos populares en Aragón durante todo el período estudiado y hasta bien entrado el siglo XX. Una persistencia que prueba por sí sola la eficacia de este tipo de manifestaciones no solo para expresar demandas colectivas, sino para reclamar y defender de las autoridades derechos y costumbres que se perciben amenazados. En definitiva, para pugnar con las autoridades por pequeñas parcelas de poder y decisión que afectaban a la vida cotidiana del común del vecindario.⁶

Se trata de acciones directas en las que la gente busca, con su presencia ritualizada en la calle y la utilización de la violencia simbólica, alterar el orden e inquietar a las autoridades locales con el fin de negociar con ellas cuestiones problemáticas. Visto así, el motín popular descansa sobre una lógica interna en la que los elementos racionales van a la par del empuje y el vínculo emocional, aunque no siempre esta opinión ha sido la más extendida. Precisamente una de las expresiones más utilizadas para describir esta protesta colectiva por los contemporáneos es la del espacio y reino de las «bajas pasiones». Buena parte de la historiografía y los estudios sociales del pasado siglo, casi hasta su último tercio, ningunearon este tipo de acciones tumultuosas caracterizándolas como explosiones «primitivas» e irracionales de ira popular, en las que los vacíos del estómago indefectiblemente terminaban por adueñarse del juicio de los sujetos. La espontaneidad, la ausencia de estructura y la violencia desatada fueron las notas más habituales con las que se retrató el motín popular. Sin embargo, la historiografía reciente nos ha dado pistas para oponer a aquellas otras cualidades que hemos podido ir descubriendo en la narración de estas formas de disidencia social.

6 Aya (1995).

Así, frente a una supuesta espontaneidad, se ha comprobado que previamente al motín existe un momento de extensión de los rumores y noticias entre los vecinos, de difusión del sentimiento de agravio y de preparación de la acción; frente a la pretendida violencia que se desata furiosa en el motín, no hemos encontrado en Aragón ataques generalizados contra las personas, salvo en muy contados casos y sin graves consecuencias, y sí una violencia selectiva contra objetos o propiedades representativos del poder político o económico que se quería cuestionar; y finalmente, frente al aparente caos y la ausencia de organización que presiden este tipo de acciones, se ha podido rastrear en las comunidades rurales la existencia de estructuras informales de movilización, invisibles pero sólidas, y eficaces a la hora de cohesionar a la población en sus reivindicaciones ante la autoridad. Unas estructuras ancladas en los ámbitos cotidianos de sociabilidad, en las experiencias de solidaridad, en los intercambios recíprocos y en el conjunto de valores y creencias compartidos por quienes forman parte y se identifican con esa comunidad.

Otra nota habitual consistía en caracterizar la protesta «tradicional» como una serie de estallidos esporádicos que salpicaban de cuando en cuando la mansa manta de secular hastío campesino. Parecía que nada se movía ni nada podía cambiar en el campo, salvo cuando las malas cosechas y el hambre tornaban al pacífico labriego en pendenciero amigo de algaradas y desórdenes. Nada de esto puede sostenerse en la actualidad. Es cierto que las relaciones de patronazgo estaban muy generalizadas, y que por lo tanto eran frecuentes las actitudes de aquiescencia y consentimiento en el medio rural. Pero esto y la protesta no constituían realidades incompatibles, sino que cada tipo de comportamiento respondía a circunstancias diferentes y a diferentes juicios valorativos de los vecinos. Ni tan mansa permanecía la superficie social rural, ni con tanta rapidez se extendía la protesta en el campo cuando surgía la primera chispa entre unos campesinos supuestamente ávidos de descargar el descontento acumulado. La distribución espacial de las acciones colectivas de protesta deja vacíos en el mapa, zonas y localidades en las que apenas se produce actividad reivindicativa, mientras que otros aparecen como espacios habituales de motines y revueltas, lugares que parecen estar construyendo sus particulares «tradiciones locales de protesta». Allí la memoria colectiva juega un factor fundamental en la construcción de la propia visión del mundo y en la selección de las oportunidades para manifestar el desa-

cuerto. No obstante, hay que tener presente que en muchos lugares de los que no aparecen señalados como espacios de protesta colectiva reiterada sí que se daba otro tipo de disidencia, las acciones «menores», silenciosas y anónimas de «resistencia cotidiana». Llevadas a cabo casi siempre de manera individual, abarcaban incendios de propiedades, destrozos, furtivismo, aprovechamiento de productos del monte, pequeños hurtos, falsa aceptación... Unas acciones que también estaban sostenidas, pese a su criminalización por parte de la justicia, por el conjunto de valores y experiencias compartidas por los habitantes, como lo demuestra la existencia de motines que habían comenzado con la resistencia de algunas mujeres a abrir sus puertas a los agentes encargados del embargo, o las refriegas habidas con la Guardia Civil originadas en la detención de vecinos que volvían de hacer leña sin permiso legal. No es por tanto una cuestión de blanco y negro, de elegir entre el motín y la nada, sino que había otras muchas pequeñas muestras de oposición que, como hemos tratado de mostrar en el caso aragonés, completan la escala de grises del panorama social finisecular.

El relato de los motines y rebeldías, filtradas las fuentes que proporcionan las noticias, permite en última instancia desechar etiquetas como «prepolítica» o «arcaica» para caracterizar este tipo de acciones. La intención peyorativa con la que en ocasiones se han utilizado radica en una supuesta inferioridad respecto de protestas dotadas de estructuras formales como partidos y sindicatos, y en el hecho de que tuviesen una sólida raíz en la tradición y la costumbre. Sin embargo, el hecho de que los motines populares ofreciesen elementos de continuidad con el pasado no significa que sus protagonistas lo hiciesen movidos por una atávica aversión a las novedades. Por el contrario, el análisis de la protesta popular en Aragón prueba bien a las claras que las comunidades rurales contaban con criterios para seleccionar aquellos cambios que podían ser beneficiosos de aquellos otros juzgados como inadmisibles. Y que por lo tanto, la utilización de ciertas formas de protesta colectiva tan solo denotaba la búsqueda de la máxima eficacia para encontrar un lugar y un medio adecuados en los que hacer escuchar la propia voz, algo que no excluía el compromiso con los nuevos asuntos, las nuevas batallas de los tiempos. Y en la medida en que puede decirse que en términos generales esta actitud, el interés y la implicación en los asuntos que afectaban al común, aparece como una constante durante el período estudiado, podemos afirmar que el sentido

político de la protesta social no varió a lo largo de los años, y sí tan solo sus formas de manifestación y enfrentamiento.

Al hablar de cambios durante el paso del XIX al XX es inevitable aludir a las repercusiones de las transformaciones en las estructuras económicas y sociales ocurridas en el ámbito occidental. Siguiendo a Hobsbawm, fueron aquellos los años de la primera gran «globalización» económica capitalista, y por ende los años en los que se generalizan similares problemas en las relaciones sociales, tanto de las zonas agrícolas como de las ciudades en expansión. En efecto, una nueva dinámica económica se instala en Aragón a raíz de la implantación de cierto tejido industrial en el campo y de la mercantilización de las relaciones agrarias y laborales. Dado que el mercado se convirtió en la única vía de acceso a muchos bienes que habían venido siendo objeto de intercambios no pecuniarios, y dado que además la enajenación y privatización de muchos montes públicos trastocaron usos habituales de acopio de ciertos productos, no es difícil concluir que aumentaron las dificultades para el sostenimiento del grupo familiar campesino. Los trabajadores, ante este panorama, se emplearon masivamente como mano de obra asalariada en las explotaciones de los propietarios, que se beneficiaron de la abundancia de mano de obra cercana y barata, dispuesta a suplir con su trabajo lo que la pequeña o ínfima propiedad familiar no podía cubrir. No cabe duda de que este proceso, en la medida en que agudizó las desigualdades sociales, dio lugar a un debilitamiento de las lealtades clientelares y al nacimiento de nuevas solidaridades de tipo horizontal, con las que surgieron organizaciones que luchaban por mejorar las condiciones de trabajo y los niveles salariales, asociaciones bien relacionadas entre sí para intercambiar información y facilitarse apoyo económico y moral, y con la capacidad de mantener campañas de protesta sostenidas en el tiempo para conseguir sus objetivos a través de la extensión de las nuevas formas de conflictividad laboral, las huelgas.

Fue en las localidades de tamaño medio, en las que la segmentación social y la introducción de las relaciones capitalistas estaban más acentuadas, donde con mayor celeridad e intensidad tuvieron lugar este tipo de experiencias. Igual que en otros lugares, los primeros en movilizarse fueron los trabajadores de los oficios, quienes a través de los pioneros proyectos de asociacionismo obrero internacional hicieron constar su oposición a las consecuencias negativas que percibían del proceso industrializador.

Como apuntaron Sewell en el caso francés o Kocka en el alemán, también en Aragón son los representantes del mundo de los oficios los que disfrutaban de una posición ventajosa para movilizarse, pues contaban con experiencias asociativas anteriores, una historia de defensa gremial del mercado de trabajo, recursos organizativos propios sostenidos por cierta solvencia económica, y una cultura letrada que les permitía entrar en contacto con otros grupos y asimilar nuevas ideas. Como ha sido demostrado en multitud de estudios históricos, nunca se rebela la gente que se encuentra en una situación de total postración, sino quienes cuentan con un colchón económico y mental suficiente como para jugar en una apuesta de riesgo de este tipo.

Es obvio que en las ciudades de mayor tamaño esta presencia de trabajadores cualificados adquirió pronto una singular importancia, dado que fue allí donde se concentraron los principales avances en los procesos de urbanización y alfabetización, mejora de los transportes y propagación de los medios de comunicación escritos. En este sentido Zaragoza ejerció un indiscutible liderazgo regional en la difusión de toda esta nueva cultura del trabajo, del lenguaje y la identidad de clase (con una zona de influencia muy clara en la zona del valle del Ebro y los pueblos azucareros), así como en la utilización de nuevas formas de acción colectiva como la manifestación, el mitin o la huelga. Su *Federación Local de Sociedades Obreras*, al frente del movimiento obrero local y regional durante las dos primeras décadas del siglo XX, se constituyó como una organización de singular recorrido, caracterizado por el intenso debate ideológico y táctico, la intensa labor de propaganda para extender las ideas entre la clase trabajadora, la comunicación con otros grupos urbanos de oposición alejados, y la ejecución de formas de protesta que, como la huelga general, portaban un alto nivel de incertidumbre para los poseedores de la autoridad y el poder económico.

Pero ni tan siquiera contando con una organización como la Federación la evolución de las manifestaciones de protesta fue automática ni lineal, observándose junto a las huelgas brotes tumultuarios y motines de diverso tipo, en una «coexistencia» que duró hasta la altura de la Gran Guerra europea. Una continuidad que no se redujo tan solo a las formas, pues comprendió también los motivos y agravios combatidos con anterioridad, recogidos por las nuevas plataformas de movilización, como parti-

dos y sindicatos, que articularon campañas nacionales de protesta por cuestiones como los consumos, la Guerra de Marruecos o el clericalismo. Esta persistencia sí constituyó una peculiaridad española respecto del contexto europeo, sobre todo en el ritmo de transición hacia la generalización de las nuevas formas de protesta indirectas, más flexibles y pacíficas que las anteriores. El caso aragonés no es ajeno a esta dinámica, pudiéndose observar que el proceso parece haberse completado a la altura de la guerra europea, cuando el mitin, la manifestación y la huelga aparecen en los medios de comunicación como las formas más habituales de protesta no solo entre los trabajadores, sino también entre otros grupos y actores sociales que aparecían por la escena pública, sobre todo la urbana. 1917 marca en Aragón, así lo creemos, el inicio del declive definitivo del repertorio tradicional de protesta, abriendo la puerta, a través de la orquestación de una campaña nacional de oposición antigubernamental sin parangón previo, y de la confluencia simultánea de reclamaciones por parte de diversos actores colectivos y políticos, a la crisis y descrédito definitivo del sistema de la Restauración.

Todo ello viene a revelar una de las principales motivaciones del estudio, el valor de la protesta y la acción colectiva como indicador del cambio social, algo en lo que, ya se ha dicho, la identidad colectiva juega un papel básico. Porque junto a los factores racionales de organización y estructuración de la acción colectiva, han de darse una serie de vínculos emocionales con carácter aglutinador capaces de cohesionar al grupo ante el desafío de otros grupos sociales o de los gobiernos, y de articular consensos en torno a la mejor oportunidad para actuar y expresar el descontento. La memoria de las experiencias reivindicativas previas dotan de un cierto sentimiento de seguridad y confianza en las propias fuerzas, y la existencia de símbolos materiales contribuye tanto a unificar emocionalmente a la gente como a mejorar la coordinación táctica del grupo en el momento de la acción. A través de esta serie de recursos y habilidades se construye la propia identidad colectiva, una identidad que cobra forma en la confrontación con los discursos y prácticas de otros grupos sociales. En este sentido, la ciudad contemporánea es un campo de pruebas privilegiado, un crisol en el que los diferentes proyectos políticos y culturales identitarios entran en contacto unos con otros para colaborar o distanciarse en función de oportunidades y coyunturas diversas, un espacio que permite imaginar dichas identidades solapadas y entrecruzadas por líneas no solo

ideológicas, sino también de parentesco, de vecindad, de sociabilidad, generacionales, de credo religioso, de oficio o, también, de nación. Una multiplicidad de identidades que pueden coexistir al mismo tiempo en el interior de un mismo grupo social, en la medida en que lo hacen en una sola persona que es a la vez padre, marido, carpintero, republicano, sindicado y descreído religioso.

Estas razones justifican el relieve y extensión concedidos en el estudio a la relación entre el obrerismo y el republicanismo zaragozanos a partir de la primera década del siglo XX. Además, la extensión del nuevo repertorio de movilización colectiva incluía a diversos grupos sociales y políticos, incluso a colectivos con intereses contrapuestos, como se puso de manifiesto con las manifestaciones y mítines clericales que trataban de contrarrestar la actividad legislativa gubernamental sobre las órdenes religiosas, o las frecuentes asambleas que los patronos locales celebraban para frenar los avances de las secciones sindicales. Es precisamente a través de la interacción con otros grupos sociales como se pueden descubrir los procesos históricos de construcción de las identidades, en los que la agencia humana, mediada por una interpretación subjetiva de la realidad, cuenta con el papel principal del reparto. Algo que, además, todavía ofrece campos por explorar en lo que atañe a la explicación de la conflictividad social de los años treinta y la ulterior confrontación bélica.

Recursos materiales y emocionales, estructuras de movilización, marcos culturales significativos, ... son herramientas conceptuales ya habituales en los estudios históricos de movilización colectiva. Un elemento clave de este entramado conceptual es la percepción, real o ficticia, de que existe una oportunidad favorable para la protesta, algo que en el corto plazo implica un cálculo cabal de la correlación entre las fuerzas propias y las de oponentes como guardias o agentes del orden, pero que históricamente, en el medio y largo plazo, tiene que ver sobre todo con la apertura del Estado a la participación popular en los asuntos colectivos. Una apertura que cuenta con jalones conocidos a finales del XIX, como la concesión del sufragio universal masculino y de la libertad de asociación, y la regulación de las huelgas a finales de la primera década del XX. La promulgación de leyes sociales para mejorar las condiciones sociolaborales de los trabajadores concitó tímidas esperanzas de una salida institucional que fuera capaz de canalizar los conflictos sociales. Sin embargo, pronto se demostraron

insuficientes para la creación de una dinámica de diálogo y de reformas de garantías, sobre todo porque no controlaban la oposición de unas organizaciones patronales que en muchos casos obstaculizaron este proceso y dejaron como única alternativa la negociación directa y la radicalización de las posiciones de fuerza de los contendientes.

En este contexto, había niveles de tolerancia que el sistema político no estaba dispuesto a asumir, algo que se puso de manifiesto conforme los actores sociales, sobre todo las organizaciones obreras, podían disponer de recursos para llevar a cabo campañas de movilización sostenidas en el tiempo y con un carácter nacional. Así, la reacción gubernamental contra las acciones obreras experimentó un giro hacia la rigidez con motivo de las huelgas generales efectuadas a finales de la primera década del siglo XX en las principales ciudades del país, también en Zaragoza, y las recurrentes suspensiones de garantías constitucionales a que ello dio lugar daban al traste con la formación de canales para la negociación colectiva y pacífica de los conflictos. El enfrentamiento con autoridades y fuerzas del orden generó una dinámica de innovación en las formas de protesta y la utilización de la violencia por parte de algunos sectores de los grupos en litigio, algo que alcanzará su máxima expresión durante los años que siguieron a la huelga revolucionaria de 1917. En definitiva, y junto a las transformaciones socioeconómicas introducidas por grupos de interés determinados, también el Estado cuenta con un papel fundamental como actor político en la explicación de la protesta, bien creando oportunidades para la incorporación popular en los asuntos públicos, bien cerrándolas a través de la ley o la fuerza.

El resultado, de nuevo, el similar al de otras regiones: descrédito del sistema parlamentario y pérdida de legitimidad de la política de partidos entre las clases populares. En el caso aragonés, el carácter en principio económico y alejado de adscripciones políticas de la Federación obrera local, sobre todo a partir de su refundación en 1916, no impidió sin embargo que el deterioro de la situación social a partir de 1917 diera paso a un abierto antipoliticismo de matriz ácrata, sancionado con la adscripción de la Federación a la CNT en 1919. El mismo procedimiento por el que se aprobó esa vía apoliticista, mediante un voto de calidad tras un empate en las votaciones, da cuenta del intenso debate que rodeaba la cuestión en el seno del obrerismo local, que mantuvo esa oficial lejanía de adscripción

política concreta mientras las bases atravesaban un intenso proceso de ideologización. Para lo que aquí interesa, parece claro que las clases populares, sobre todo los sectores de trabajadores urbanos, escogieron la calle en lugar de las urnas. En este sentido, y ante la falta de canales institucionales satisfactorios de participación colectiva, los sindicatos ofrecían vías de actuación directa y alternativas discursivas para una transformación revolucionaria de la sociedad. En realidad, como Ángeles Barrio indica en un trabajo reciente, el carácter violento que adoptó el sindicalismo obedeció a la resistencia de la patronal a admitir un proceso de institucionalización de los sindicatos y a la incapacidad de los gobiernos para garantizar una incorporación al sistema sin contratiempos.⁷

Parece que a la altura de 1920 el sindicalismo entró en una vía sin retorno en la dirección de la acción directa y el «empuje» revolucionario de la sociedad. El ímpetu de su acción vino dado por el inusitado incremento de sus bases y por la claridad con la que se articuló un discurso vertebrador de su acción social, en el que las organizaciones de los trabajadores acabarían sustituyendo al propio Estado, enemigo secular y culpable de los males de la clase obrera. No obstante, es importante comprender que en realidad el cambio de rumbo y de estrategias en los sindicatos comienza a darse en 1917, año en el que se participa en el intento de derrocamiento del régimen político, un intento autodefinido como revolucionario, con lo que ello conlleva de incertidumbre entre las autoridades y clases dirigentes y de introducción del debate sobre el uso de la violencia para hacerse con el poder del Estado. El período de intensa conflictividad social que va de 1919 a 1923 merece de por sí un estudio en profundidad. Sin embargo, y teniendo en cuenta que durante esos años la calle, es decir, la acción directa y la violencia política, parecen ser el único espacio para la resolución conflictiva de la contienda entre los grupos en litigio, poco tiempo después vería la luz un nuevo escenario de oportunidades para la movilización, paradójicamente instaurado por las urnas. Ese episodio de la Historia, que comienza en 1931 y que elevó las expectativas de la gente sobre la posibilidad de un cambio real como nunca antes se había podido ver, queda sin embargo para otra ocasión en la que poder estudiar el extraordinario incremento de la acción colectiva durante la Segunda República

7 Barrio Alonso (2006).

y poder discernir no solo las trazas de la identidad heredadas del pasado que se ponen en acción en torno a problemas irresueltos, sino también las líneas de conflicto, en la medida en que la movilización también se produjo en sectores y colectivos con intereses contrapuestos.

Vistas las ideas principales del texto, cabe mencionar los motivos por los que se ha elegido el tema de estudio, y que han acompañado el posterior proceso de investigación y escritura. Hubo una innegable simpatía hacia los que en otro lugar he llamado «rebeldes y amotinados», alimentada por algunos maestros de carrera a quienes debo franca gratitud. Sus enseñanzas tuvieron un fundamental denominador común, al subrayar el hecho de que, tras los discursos históricos triunfales y las narraciones de apariencia inmutable, suelen esconderse sugerentes realidades basadas en experiencias de compromiso y supervivencia por parte de los perdedores de los procesos de cambio. Poco a poco, la romántica seducción de la figura del «perdedor» fue dando paso al estudio sosegado de la historia social de los sectores populares y sus innumerables condicionantes. Las inevitables lecturas de los trabajos de Hobsbawm, Thompson o Rudé completaron este proceso de predisposición positiva hacia los participantes en la protesta. De su legado es la idea de que las acciones colectivas que constituyen el centro de atención esconden una lógica bien distinta de la descrita por relatores y cronistas de la época.

Para estos, las protestas sociales eran fútiles frenos interpuestos a la imparable marcha del progreso, rebosamientos accidentales de un «magma» social, el de las «masas» urbanas de hambrientos y desesperados, que de cuando en cuando desbordaba los cauces del pacto colectivo, del orden, de la propiedad, de la civilización. Las causas, según esta visión, radicaban en los efectos indeseables aunque necesarios de la industrialización, y los participantes actuaban movidos por la acumulación de tensión y frustración, por la irracionalidad, el infantilismo, la compulsividad y la imitación entregada de cabecillas y revoltosos. Más que un análisis, en aquel final del XIX se planteó una batalla por parte de políticos y académicos contra la rebeldía de la «chusma». Quienes se aventuraban en motines y algaradas no podían, según los escritos más influyentes, sino albergar instintos criminales o dar rienda suelta a las más bajas pasiones, que encontrarían en el anonimato del tumulto una buena coartada para su desenfundada expansión. Frente a esta visión, obras como las del grupo de los

marxistas británicos conseguirían, varias décadas más tarde, reconstruir la lógica interna que albergaba la protesta popular, una lógica obviada por los relatos oficiales y que aquí, recogiendo nuevas y más recientes aportaciones teóricas, se trata ahora de analizar para el caso aragonés.

Para ello ha sido preciso identificar y aislar la principal motivación del estudio y establecer unos objetivos acordes con ella, así como una estructura vertebradora del trabajo de campo y de la propia escritura histórica. De este modo, el *qué*, el *quién* y el *cómo* de la protesta han guiado los diferentes apartados del texto, tanto para rescatar de los archivos el relato de las protestas y sus circunstancias concretas, la identidad, creencias y motivaciones de los protagonistas, como para en último término abordar el modo por el que se pasa del descontento a la acción (redes de sociabilidad, imaginario popular, oportunidades y estructuras de movilización social). Unas variables que contribuyen a explicar el por qué en unos lugares ocurrieron «desórdenes» y en otros, cercanos y con similares condicionantes socioeconómicos, no los hubo.

Esta presunta imprevisibilidad de la protesta trajo de cabeza a propios y extraños, que explicaron el asunto como parte de la idiosincrasia mágica de la multitud. Hoy acudimos al planteamiento de la Historia como problema, como disciplina capaz de interpelar al presente a través del pasado, y la ciencia histórica concibe la protesta como un indicador y como un proceso histórico en sí mismo. Se asume además que, desde la perspectiva de la Historia social, los componentes culturales y políticos adquieren una importancia de primer orden en esta búsqueda. Lo político en un sentido amplio, en tanto participación en los asuntos colectivos y gestión de recursos por parte de los grupos que aspiran a ello, y que así lo expresan a través de la protesta. Y lo cultural en lo que atañe a la utilización por parte de los actores de su propia cosmovisión en la justificación de la acción colectiva, y la tensión y diálogo que se produce entre esas experiencias e ideas existentes y las novedades de los tiempos. Lo uno y lo otro llevan a hablar de la protesta como un proceso en construcción permanente.

Por esta senda se ubica la pregunta fundamental del trabajo, que trata de describir y explicar las causas por las que la gente adopta unas estrategias de protesta y decide luego continuar utilizándolas o incorporar otras nuevas. Como avezados historiadores advierten, la mera constatación del cambio de «repertorio» de acción colectiva, el paso del motín a la huelga,

no explica nada de por sí, sino que es preciso relacionarlo con otra suerte de variables políticas, económicas y sociales que han de estar detrás de las manifestaciones del malestar colectivo, y establecer las relaciones con las cautelas metodológicas precisas. Además de contar con esas variables de tipo económico y político, de innegable influencia sobre la protesta, es preciso captar con sutileza la zona de sombras constituida por el ámbito de las decisiones, acciones y contradicciones humanas que van por encima o al margen de la dirección marcada por los apriorismos históricos. Esta idea de la autonomía de la acción humana, junto al convencimiento de que la protesta colectiva portaba, pese a puntuales manifestaciones de brutalidad o violencia, una lógica interna, constituyen dos pilares sostenedores del trabajo. Buena parte del mismo tratará de desentrañar los factores tanto racionales (cálculo medido de probabilidades de éxito en el enfrentamiento) como emocionales (miedo, solidaridad, indignación o esperanza) de aquella. La otra gran hipótesis de trabajo descansa sobre la idea de que el cambio social está tejido de tensiones, juegos y valoraciones entre lo novedoso y lo conocido, entre la continuidad y la ruptura, y que la adopción de una posición o unos recursos del pasado o del presente depende tan solo de la valoración y la percepción que de cada situación tienen los sujetos.

La elección del marco temporal y espacial también merece una somera explicación. Sobre el primero, cabe indicar que el tránsito hacia el siglo XX constituyó un período de acelerados y significativos cambios para la sociedad aragonesa, alguno de los cuales hace referencia a una creciente combatividad social y a una intensa movilización política. Tanto es así que resulta inevitable conectar la cruel y violenta división de la sociedad durante los años treinta con líneas de conflicto irresueltas que parten en buena medida de estos años. En el tope cronológico superior, 1917, pueden con claridad observarse las dificultades con las que topó el sistema democrático para penetrar con éxito en la sociedad, articulándose una campaña que trató de demoler definitivamente un edificio político mermado y sin crédito entre numerosos grupos sociales. El límite inferior asume, como lo han hecho buenos estudios históricos recientes, retrotraer el final del siglo al comienzo de la década de 1890. Durante ella ocurren acontecimientos importantes para esta historia, como la concesión del sufragio masculino, las primeras celebraciones del Primero de Mayo, el comienzo de publicaciones periódicas de empresa como *Heraldo de Aragón*, o la promulgación de la Ley de Asociaciones. Por su magnitud y carga simbólica, elegimos

como punto de partida de la narración el fabuloso motín ocurrido en Huesca en julio de 1885, un momento atravesado por una circunstancia tan marcadamente singular como fue la epidemia de cólera y los cordones sanitarios impuestos en numerosas poblaciones para atajar la enfermedad.

Por otro lado, la elección del territorio aragonés como marco espacial del estudio responde a ciertas inquietudes además de a la cercanía y disponibilidad de fuentes y archivos. Pensar *Aragón como problema*, parafraseando el título del libro de Ignacio Izuzquiza, vendría a ser, en sentido amplio, la causa y motor de dicha elección.⁸ Es precisamente la teoría lo que permite observar los elementos cotidianos con una mirada crítica superadora de tópicos y presunciones sobre la historia y el carácter de los pueblos. Del habitante aragonés del pasado se decía que al tiempo que «tozudo», «laborioso» e «individualista», era «patriota» y «noble», según se dejó asentado con motivo de la defensa de los Sitios franceses. A finales de siglo, esta serie de tópicos se combinó con facilidad desde las páginas de la prensa y los ensayos con el discurso finisecular de la pasividad, la apatía y el alineamiento con las formas más conservadoras de organización laboral, el sindicalismo católico. Blasco Ibáñez coloreaba en un «mapa moral de España» todo el interior de lila, «el color de la santa inocencia, que vive indiferente en el limbo, sin pensar en nada, conformándose con todo y creyendo que vivimos en la mejor de las situaciones».⁹

La realidad de una vasta región como la aragonesa, como esperamos que quede patente en el trabajo, y pese a compartir con otras la interioridad y por ello cierto atraso económico respecto de las zonas con mayor actividad comercial e industrial, como las portuarias, es mucho más compleja y rica que todo eso. Trataré de demostrar que en zonas rurales alejadas de la capital, en las que parece que no ocurre nada relevante, tenía lugar una actividad nada despreciable para hacer oír las propias demandas y llevar adelante diversos objetivos. Y también que Zaragoza, ciudad de tamaño considerable (en torno a 100 000 habitantes), marca necesariamente las diferencias en cuanto a capacidad de difusión de nuevas ideas, experiencias y prácticas en relación con la protesta social.

8 Izuzquiza (2003).

9 Blasco Ibáñez (1978), p. 157.

En la selección de las fuentes y en la elección del criterio de acercamiento a ellas, un precedente ha marcado previamente el camino, e injusto sería no reconocerlo. El trabajo de Carlos Gil Andrés sobre la protesta social en La Rioja desbrozó la senda de marañas metodológicas y teóricas de entidad, y así se reconoce en bastantes notas del trabajo. Para el período escogido, la cuestión de las fuentes resulta inevitablemente problemática. Todas han de ser indirectas, pues los protagonistas de los motines y asonadas no dejaron documentos escritos de primera mano. La prensa, pese a su carácter parcial y la «ingratitude» que supone realizar barridos de extensos períodos de tiempo, vuelve a ser una de las referencias inexcusables del trabajo de campo. Conserva pese a todo una notable frescura en la transmisión de ciertas claves de la época, a través no solo de las noticias y telegramas oficiales, sino también de noticias de sociedad, culturales, artículos de opinión y, en lo que a nosotros afecta, cartas remitidas desde los pueblos dando cuenta de la situación local, del desarrollo de una manifestación, de una huelga o de una sucesión de incendios y de la creencia generalizada sobre su autoría.

No menos importante es el acercamiento a la información de los miembros del Estado que debían velar por la paz pública y el mantenimiento del orden constituido. En los archivos provinciales (a excepción del de Teruel), se hallan las sentencias criminales. Allí no solo hallaríamos noticias sobre algunos conflictos de orden público, sino sobre todo valiosa información sobre lo que hemos dado en llamar, siguiendo la terminología ya instituida, la «resistencia cotidiana campesina». Los barridos de este tipo de protesta silenciosa fueron significativos en Huesca y Zaragoza, más exhaustivo en esta última, y la información sobre motines y algaradas, algo menor cuantitativamente hablando, pero de singular interés por los detalles apuntados en los «considerandos» de las sentencias. De igual modo, la carencia de libros compilatorios, salvo para algunos años ya avanzado el siglo XX, dificultó el acercamiento a una fuente que tan solo fue ordenada bajo un criterio cronológico. Afortunadamente los tiempos cambian, aunque más despacio de lo que en algunos casos uno quisiera, y la ordenación informática de ciertos fondos criminales ya es un hecho que promete resultados esperanzadores. La búsqueda en los depósitos regionales se completó con la visita a los archivos de las diputaciones provinciales, donde se pudo recabar información sobre conflictos administrativos entre pueblos vecinos por cuestiones de aguas o tierras, y que en algún caso llegaron a la violencia, y al Archivo Diocesano de Zaragoza.

Pero la agenda nunca se cumple del modo deseado. Si el investigador se forja explorando fondos descubiertos con imaginación y algo de suerte, también lo hace, como en la vida, aceptando con resignación errores de estrategia o ausencias documentales. Las más notables fueron las relativas a las comunicaciones entre alcaldes y gobernador civil para dar cuenta de motines o huelgas. En los archivos de los antiguos gobiernos civiles, las explicaciones ante estas ausencias han sido los lamentables «expurgos» en unos casos, en otros la simple inexistencia de dicha documentación. El otro grupo corporativo capaz de ofrecer información acerca de los amotinados y los detalles de su acción era el Ejército, encargado directo en la mayoría de las veces de su represión. La inexistencia de fondos alusivos a nuestro objeto de estudio en la Capitanía General de Aragón y la ausencia de guías para realizar búsquedas entre los sumarios militares del Juzgado Togado Militar n.º 3, hizo cundir por algún momento el desánimo. En Madrid, el Archivo Histórico Militar guardaba en su sección 2.^a las comunicaciones de los mandos de tropas enviadas a reprimir y sofocar alteraciones del orden y alguna comunicación de gobernadores civiles dando cuenta de la situación, lo cual palió de algún modo la frustración anterior. En el Archivo Histórico Nacional, por otra parte, se conserva la serie A de Gobernación, muy útil por las disposiciones y recomendaciones emanadas desde el ministerio a los gobernadores para contener los movimientos de protesta.

Con esa información y la recabada en otros lugares, como el Archivo General de la Administración, la Fundación Pablo Iglesias, la Hemeroteca Municipal de Madrid, la Biblioteca Arús de Barcelona o la Biblioteca Nacional, retorné a las fuentes locales y la prensa para agotar las nuevas pistas abiertas y contrastar los datos recopilados. Ese material debió luego ser ordenado y clasificado, y más tarde interpretado a la luz de la teoría. Una teoría que bebía no solo de aportaciones históricas, sino en buena medida del utillaje conceptual de ciencias vecinas como la sociología, la antropología o la politología. Apostando por los beneficios de esa interdisciplinariedad que tan buena prensa tiene últimamente entre los historiadores, he optado por utilizar conceptos y modelos de teorías sociológicas como la de la movilización de recursos o las identidades colectivas, pues su capacidad analítica permite dar cuerpo a la interpretación de los datos en un sentido bien definido, y que tan solo se entreveía cuando comenzamos este trabajo: cuando la gente protesta y sale a la calle lo hace

no solo porque en su tiempo se da una determinada estructura socioeconómica, sino también poniendo en juego valores, identidades, creencias, rituales, símbolos e interpretaciones culturales, cuestiones todas ellas que subrayan que la movilización colectiva es, ante todo, un espacio para la agencia humana dotado de una lógica interna que el historiador puede desenterrar pese al tiempo transcurrido.

La presentación debe concluir con una breve justificación de la estructura del texto. Los tres primeros capítulos quieren ser descriptivos, sin por ello renunciar a los soportes teóricos que sustenten las secuencias fácticas. Se ha optado por no renunciar a cierto detalle, en ocasiones minuciosidad, a la hora de contar la protesta, para de ese modo trazar con todos sus matices el fresco de las diferentes formas de conflictividad colectiva. En el fondo, la idea principal es que las diversas formas en las que se materializa la acción colectiva son el hilo conductor de las circunstancias que la rodean. Así, tienen cabida no solo el movimiento obrero, sino también las protestas campesinas, los tumultos anticlericales o el virulento republicanismismo urbano. En los siguientes capítulos, cuarto y quinto, en lo que ahora se presenta como una versión resumida del trabajo de tesis doctoral, la narración se aventura por un análisis de mayor bagaje teórico sobre algunas cuestiones que rodean el fenómeno de la protesta. El análisis de su cronología y geografía, la relación entre la persistencia y la continuidad entre las formas de manifestación colectiva, y algunas reflexiones sobre su carácter político y el papel que la violencia jugó en su desarrollo, son acaso las principales. Finalmente se dispone un epílogo que pretende tan solo dejar apuntadas vías de trabajo para investigaciones futuras que la extensión de este estudio ha impedido abordar, estableciendo una mirada panorámica sobre la protesta social del período que va de 1918 a 1920, así como de algunas variables que han de aparecer en un futurible estudio sobre la movilización colectiva de los años republicanos.

Soy consciente de que podría haber analizado otras variables, o aplicado otros conceptos, o consultado otras fuentes para llevar a cabo un estudio más completo de la acción colectiva. Quizá la mayor debilidad sea el somero y puntual repaso que se realiza de la estructura de la propiedad y la producción agrícola, así como del proceso de implantación fabril, que seguramente hubiera fundamentado mejor algunas de las afirmaciones realizadas. Otros autores, no obstante, ya lo hicieron con solvencia en el

pasado, y por eso se ha optado por pasar como sobre ascuas sobre estos asuntos. De igual modo, evito entrar de lleno en el asociacionismo patronal o las organizaciones sindicales católicas, que sin duda hubieran completado el análisis de la movilización colectiva, pero he preferido centrar la atención en el movimiento asociado al obrerismo y a la articulación de las identidades de las clases populares, en los que más claramente podían apreciarse los elementos de continuidad respecto de la protesta popular «tradicional». Otro punto que ha quedado por desarrollar es el de las sociologías de los diferentes grupos políticos, sobre todo urbanos, así como un análisis pormenorizado del sistema de orden público, de las disposiciones legales, suspensiones de garantías y prácticas represivas ejercidas por las autoridades cuando la gente se echaba a la calle.

La anotación de estas y otras carencias dejan cierto regusto de insatisfacción, máxime cuando durante mucho tiempo la base del propio trabajo ha consistido en mantenerse insatisfecho y cuestionar datos, fuentes y relatos. No obstante, asumiendo esto, y a la hora en que esto se escribe, brilla con más fuerza el éxito bien entendido que acompaña al final de un trabajo académico como este. El haber podido realizarlo, con el disfrute personal de las lecturas, la relación de ideas y la reflexión sosegada sobre la historia y el presente, ha sido una magnífica suerte. Gracias a ello, y aplicando a uno mismo la propia medicina de la jerga analítica, he podido conformar mi propio «marco significativo», mi propia representación del mundo y de las cosas, sin duda la mayor de las recompensas posibles tras el esfuerzo realizado.

En el espacio de los agradecimientos, varias han sido las ayudas económicas y personales sin las que no hubiera sido posible este trabajo. La beca de investigación de la Institución «Fernando el Católico» abrió el camino, consolidado más tarde con la concesión de la beca del Programa de Formación de Personal Investigador concedida por la Diputación General de Aragón en 1999, y más recientemente completado con una ayuda a la investigación de parte del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda radicado en Vitoria. Julián Casanova, profesor, maestro y amigo al cabo del tiempo, me brindó la idea original y me ayudó durante todo este tiempo a desarrollarla, animándome a presentar trabajos, a forjarme en las lides de la investigación y a adquirir confianza y seguridad en mi propuesta. También debo agradecimiento al resto de profesores del

Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, por su magisterio, compañerismo y ayuda cuando en algún momento ha sido requerida. Desde un plano más personal, el agradecimiento ha de hacerse extensivo a profesores de otras universidades que han acogido textos y respondido con solicitud a cuestiones y sugerencias diversas, así como a los muchos encargados de archivos y bibliotecas que tan amablemente me brindaron no solo sus servicios, sino también su consejo y buen hacer. Nacho Polo hizo posible el apartado gráfico de este libro, y de justicia es reconocer muy especialmente tanto su brillantez como, sobre todo, la paciencia y buen ánimo con las que atendió todas mis demandas informáticas. Por supuesto, el agradecimiento a los amigos es de otro tipo, pero de inexcusable acuse, por su comprensión y apoyo durante años. Para mi familia, toda la gratitud que pueda expresarse sobre el papel por su cariño, paciencia y cercanía. Y para Ana, quien atravesó conmigo en la distancia las largas ausencias postdoctorales, para ti, es la ilusión de estas palabras, cargadas de sonrisas y futuro.

CAPÍTULO 1

DE MOTINES Y HUELGAS (1885-1909)

¡Malditos los que han tenido
la culpa de tanto daño!
¡Los villanos que han sabido
hacer un débil rebaño
del pueblo más aguerrido!

(Francisco de Irachuetta, *Instantáneas*,
28 de enero de 1898)

En el ecuador de la Restauración, los sucesos del desastre del 98 y los posteriores debates generados por pensadores, políticos y estudiosos del momento ocupan un lugar preeminente en cualquier mirada que se efectúe sobre el período. Las opiniones que sobre la sociedad española se habían ido articulando en lo que podría denominarse como el «largo» fin de siglo español, la última década del XIX, adquirieron un inusitado efecto amplificador merced a los tintes dramáticos con que se coloreaba cualquier comentario sobre las campañas de ultramar. Así las cosas, la imagen de un pueblo pasivo e ignorante, un «rebaño» manso y gris, fue cultivada hasta la saciedad por grupos políticos y de intereses bien distintos. Si los gobernantes del turno ansiaban que las masas populares se movilizaran en las campañas bélicas y políticas, asumiendo de buen grado los postulados patriótico-nacionalistas con que las promovían, la prensa y grupos republicanos y regeneracionistas esperaban un movimiento social revolucionario contra el sistema político que no llegaría ni en el modo ni en el tiempo preferidos. La movilización social o la ausencia de esta se convirtió, en cualquier caso, en una preocupación central de la vida pública del

momento, y sus actores protagonistas fueron objeto de una mayor atención de lo que lo habían venido siendo hasta el momento.

No hay más que acudir a las páginas de prensa de aquellos agitados días para hacerse una idea de cómo se concretaba esa idea de la sociedad pasiva. En el diario republicano *Gedeón* se publicaba en 1899 un romance sobre la actitud de las capas populares durante y posteriormente al desastre. El diario se atribuye haber lanzado un grito de desesperación en los días de los combates cubanos («seguir así es imposible, ¡vida nueva! ¡vida nueva!»), un clamor «gigantesco» que habría calado en la prensa y los talleres obreros, y que habría hecho temblar los cimientos de la sociedad. Sin embargo, el vate no llega a explicarse que los que con razón gritaban por esa «vida nueva» no pasaran a la acción:

El eco no se ha extinguido, / aún vigoroso resuena; / pero el pueblo que lanzara / aquel grito de protesta, / al ver su honor mancillado / y sus ilusiones muertas, / sigue viviendo lo mismo / que antes de caer la venda / de sus ojos y encontrarse / con tan desastrosa escena. / Tolerancia a los mismos hombres / que malgastaron su hacienda / y llevaron a sus hijos / a morir en torpe guerra; / [...] Al ver tal inercia, / van a decir de nosotros / las potencias extranjeras: / que éste es un país de brutos / o un país de sinvergüenzas.¹⁰

Brutos y sinvergüenzas, o silenciosos «rebaños» de corderos, en imagen usada por Blasco Ibáñez en varios artículos de prensa, quien al mismo tiempo que se lamentaba de la pasividad social, vaticinaba sin embargo: «el rebaño del trabajo se sublevará; las turbas obreras, en su desesperación, viendo que se les niega todo derecho, cometerán verdaderos atentados». Y es que la protesta social no dejó de ocupar un lugar privilegiado entre los miedos de los sectores privilegiados de la sociedad, no solo en los centros urbanos y fabriles, sino también en el seno de una sociedad rural que, como en el caso aragonés, constituía el modo de vida de la mayoría de los habitantes del país. En efecto, no todo era pasividad y bobalicona inopia en el campo, sino que, muy al contrario, bastante poco lo era. Algunas de las obras que las aguas de la marea del centenario del 98 dejaron en las arenas de la Historia ya avanzaron pasos importantes por este camino, contribuyendo además a no dar continuidad a la imagen falsa que los contemporáneos elaboraron de la sociedad finisecular. Así, puede decirse que en

10 *Gedeón*, 3-1-1899.

perspectiva más amplia hubo agitación social durante toda la última década del XIX, y que acaso el 98 sirvió para catapultarla a través de diversos conflictos que se agudizaron durante los años posteriores. La vida rural era desde luego algo más complejo y conflictivo de lo que las imágenes al uso han difundido hasta hace bien poco. La clave de las diferentes apreciaciones, como cabía esperar, está en la elección de la escala de análisis.

1.1. El motín como manifestación popular de descontento

El caso de la provincia de Huesca, de carácter eminentemente rural, puede ilustrar bien a las claras como la opinión y deseos de los rectores de la sociedad no describía lo que ocurría realmente en el campo, y al mismo tiempo sirve para introducir la cuestión del progresivo cambio en la tipología de la protesta y sus motivaciones, en los marcos culturales que la alientan y en el proceso político que la articula. El caso de Fraga, capital de la comarca del Bajo Cinca, proporciona en su periplo finisecular ejemplos suficientes, pues mientras la prensa habla de la «morigerada» y tranquila población campesina, hay testimonios de gente airada que sale a la calle para hacer oír su descontento.¹¹

En efecto, ya existen noticias de una temprana protesta por la cuestión de los consumos en el primero de noviembre de 1886. Al amanecer, un numeroso grupo de hombres y chicos ocupaban el puente de acceso a la localidad, haciendo retroceder a quienes salían a trabajar los campos. Otros grupos tomaban los puntos del interior más públicos y céntricos, y más tarde eran los chiquillos los que recorrían las calles armados de palos y piedras, gritando «¡Abajo los consumos!». Al poco las autoridades eran increpadas por la multitud, obligando a los dueños de las tiendas a cerrar los comercios y talleres, y rompiendo el escaparate de algún tendero reacio. A media mañana el Ayuntamiento publica un bando intimando a los grupos a disolverse, pero «los sediciosos» persisten en su actitud, así que se decide declinar la autoridad en el mando militar, y hacia las cuatro se declara el estado de guerra. A las seis, ante la presencia de fuerza armada, los grupos se disuelven y no vuelven a aparecer por esta ocasión.¹²

11 *DH*, 17-2-1888, n.º 3615.

12 *La Crónica*, 21-11-1886. *DAZ*, 5-11-1886, n.º 5308.

No es de extrañar la escasa eficacia de los exhortos del alcalde cuando pocos días antes su autoridad había sido reiteradamente cuestionada por los vecinos. Anunciada la publicación del reparto de los consumos, se reunieron varios centenares de personas «sin previo concierto» después de la misa mayor y frente a las casas consistoriales, quienes, sin proferir gritos ni portar armas, se mostraron en desacuerdo con dicho reparto. El alcalde, acompañado por tres alguaciles y otros tantos guardias civiles, intimó por dos veces a los grupos para que se retiraran. Estos persistieron en su actitud, mostrándose ya más proclives a ejercer alguna violencia, forzando al alcalde a cambiar una orden de detención contra un vecino por una simple reprensión. Encerrado en el Ayuntamiento, el alcalde permitió subir a varios vecinos para protestar del reparto, quienes le entregaron un documento con las demandas y sin firma alguna, aunque el alcalde intentó que figurara algún nombre propio en el escrito. Poco después los grupos, que según la sentencia «habían permanecido en actitud relativamente respetuosa y tranquila», se disolvieron hasta la protesta descrita anteriormente.¹³

Aparecieron por este motivo en la prensa oscense bastantes cartas criticando «la perturbación moral y material» de la ciudad, y acusando a la corporación local de un «desbarajuste administrativo» que permitía «los excesivos cupos que por territorial y por consumos en esta población se señalan». Tanto debía de ser eso así que, como solución de urgencia, y ante la presencia del gobernador allí desplazado, se optó por abolir el reparto y optar por las puertas o fielatos. Pero las quejas continuaron en los años sucesivos, y también las acciones de protesta. En febrero de 1888 hubo una manifestación de gentes del campo pidiendo a las autoridades trabajo y subsistencia, y a comienzos de 1889 se volvía a criticar a los concejales por su dejadez y mala administración, y se volvía a proyectar una manifestación pacífica de la «clase jornalera» pidiendo trabajo en la carretera de Fraga a Alcolea. Pocos meses después se alertaba en la prensa acerca del peligro de incautación de bienes comunales para cubrir las deudas municipales, incluyendo el monte: «Si esto llegara a suceder, como es muy posible, ¿en qué situación quedarían tantas y tantas familias que hoy atienden aunque mal, a las más prementorias necesidades de su casa, sin tener que

13 AHPH, Sentencias criminales, 1887, n.º 42.

emigrar?». Detrás de la atención hacia los más necesitados había, sin duda, una precaución ante los posibles desórdenes que «los hambrientos» podían protagonizar.¹⁴

Pero los sucesos más graves de protesta social en la localidad tendrán lugar pasado el umbral del nuevo siglo. En las crónicas vuelven a aparecer los términos habituales: «clase jornalera», «pidiendo trabajo para atender la subsistencia», «motín»..., pero también se utiliza el término «huelga». Era marzo de 1906 y los braceros pedían de nuevo a las autoridades trabajo para atender a su subsistencia. El primer día de protesta unos 200 «obreros del campo» formaron una manifestación que, al grito de «¡Pa i treball!», recorrió la población y llegó hasta el Ayuntamiento. El edificio fue objeto de una lluvia de objetos y un intento de asalto forzando puertas y ventanas. Salieron guardias a la calle, y la gente se retiró. Al día siguiente, sin embargo, se reprodujo el motín. En la plaza Mayor, en el *Cegoñé*, comenzaron a formarse grupos «cuyas palabras y ademanes eran preludio de algo grave». Esta vez son 400 ó 500 trabajadores los que toman el puente de la salida de la población, sumándoseles en seguida nutridos grupos de mujeres y chicos. Al grito de «¡O tots o dengú!» trataron de extender el paro a todos los trabajadores de la ciudad, cortando el acceso a su huerta. Un incidente con el escribano del Juzgado, quien provocativamente se empeñaba en cruzar el puente, dio paso primero a los palos y las piedras, y más tarde al fuego cruzado entre los grupos y la Guardia Civil. En total, seis paisanos muertos y veinticinco heridos, y cuatro guardias heridos de gravedad. Durante los días siguientes, días de «luto», de «consternación», de «aplanamiento angustiador», pero también de «ira y rebeldía veladas», ciento cincuenta guardias custodiaron todos los puntos significativos de la ciudad, mientras el Juzgado Militar agilizaba la instrucción de la causa sumaria. Fue esta la última vez que Fraga albergó unos sucesos similares en todo el primer tercio del siglo XX.¹⁵

14 *DH*, 28 y 29-1-1889. Hay otra advertencia similar en *DH*, 3-5-1892. Se repite la expresión «los hambrientos» en las crónicas de prensa de los sucesos de Fraga de 1906, descritos a continuación en el texto.

15 *AHM*, Sección 2.^a, 4.^a, leg. 170. *HA*, 7 al 9-3-1906, núms. 2383 al 2385. *DAZ*, 7-3-1906, n.º 11618. *EN*, 7 y 8-3-1906, núms. 1478 y 1479. Un dato ilustrador de lo dramático de la escena: el mando de la Guardia Civil consignaba en setenta los disparos efectuados por los guardias durante la refriega.

Lo que ahora nos interesa del caso de Fraga es, en primer lugar, constatar como la gente utiliza en los momentos de dificultad, o cuando así lo estiman oportuno, y en función de variables condicionantes que limitan su acción (recursos, preferencias, oportunidades...), diferentes formas de protesta colectiva para sacar sus demandas a la calle. Motines, manifestaciones, huelgas, peticiones... que no siempre aparecen tan claramente definidas ni diferenciadas las unas de las otras. En un esquema clásico de análisis de protesta social, el historiador trazaría una línea evolutiva de los primeros motines y acciones populares hacia, inevitablemente, la huelga como forma «superior» de movilización contemporánea. Sin embargo, el valor de estos ejemplos estriba en mostrar que existían todavía difusas continuidades entre las «nuevas» y las «viejas» formas de protesta, y que estas líneas de tensión se mantuvieron en un dinámico ida y vuelta durante el período que comprende este estudio. Precisamente esa será una de sus líneas de fuerza, intentar atender a una realidad social más compleja y amplia de lo que los compartimentos conceptuales en ocasiones proponen, también en lo tocante a la protesta. Lo de 1906 ¿es una huelga que finaliza en motín? ¿Es un motín con tintes de huelga? ¿No es más bien lo relevante tratar de explicar cómo y en función de qué factores se articulan motín y huelga?

Ocurre además que en ocasiones la documentación, más que ayudar al historiador, contribuye a confundirlo. Cuando el redactor del *Diario de Avisos* que cubre los sucesos de Fraga pretende aclarar los hechos, recurre a indicar como causa primera «la excitación tradicional de las gentes del campo contra el impuesto de consumos», en lugar de hablar, como hacen en el resto de diarios, de una «huelga». Es más, este corresponsal cree que la posibilidad de la huelga «no tiene el menor fundamento lógico», dado que Fraga no es núcleo ni tan grande ni lo bastante industrial como para crear las «masas de trabajadores» capaces de organizar la acción. Los obreros de Fraga, continúa, se ocupan en las faenas del campo «y por lo general en fincas propias». De lo cual se infiere, en esta línea argumental, que los trabajadores rurales no deberían combinar con la huelga, y menos si son poseedores de tierra propia. Una premisa, en todo caso, fundamentada en la prevención hacia ese modo diferente y novedoso de plantear reivindicaciones en el ámbito laboral, cuya extensión y virulencia comienzan a preocupar a observadores y políticos del período finisecular.

En segundo lugar, el acercamiento a los hechos de Fraga remite en seguida a varios interrogantes fundamentales sobre la protesta colectiva.

Una argumentación que pretenda superar clichés y lugares comunes acerca de la protesta no debería dar por sentado, por ejemplo, que su causa raíz es la insatisfacción de la gente cuando ve una distancia entre sus deseos y lo que cree que puede conseguir. El argumento, articulado como una consecuencia directa del cambio y la modernización social, ya fue asumido por los contemporáneos, y después por varias generaciones de teóricos, hasta que se introdujeron los análisis interesados en la racionalidad de los participantes. Esquemáticamente, se pasó de entender la protesta como un producto de las tensiones que una estructura económica y social cambiante producía en la gente, a interesarse por las explicaciones intencionales sobre la racionalidad y las motivaciones de los individuos que toman parte en las acciones colectivas de protesta. Pero para llegar a ese punto aún habrían de transcurrir varias décadas de estudios sociales.

Acudamos de nuevo a Blasco Ibáñez para captar la existencia de premisas de ese tipo a finales del XIX. Critica que «el progreso ha influido sobre España tarda y perezosamente», y que como consecuencia de ello las figuras del obrero urbano y rural son en todo opuestas. El «fanático de las montañas», dice, «odia la vida moderna y el progreso como medios de corrupción, suspira por “aquellos” tiempos y ve en todo el que no piensa como él un monstruo al que hay que exterminar». Y considera que «entre el campesino navarro o el fanático del Maestrazgo y el obrero de Valencia o Barcelona, existe más diferencia de creencias y más identidad de odios que entre el alemán y el francés». Las crónicas de Fraga aluden con frecuencia a «los hambrientos» y a la «extrema miseria» como causa principal del levantamiento, pero además se hace referencia al «carácter» de las gentes del lugar, «gentes sobrias, laboriosas pero de un carácter duro, endurecido por el apego inexplicable a una tradición que nada tiene de laudable. [...] Así se explica su carácter belicoso, y que cualquier idea o propósito que en ellos arraiga muy intensamente les lleve a los caminos violentos».¹⁶

16 *DAZ*, 7-3-1906, n.º 11618. Similar opinión acerca de la predisposición del aragonés a acoger y practicar teorías violentas, la reproduce Jacques Valdour en su visita a la región en 1913: «tanta excitación, todo este vino espirituoso de la retórica y de las pasiones, la evocación de perspectivas doradas de un futuro ideal de felicidad, resuenan en el alma aragonesa, tozuda, violenta, apasionada, brutal y pendenciera, de deseos e instintos muy materiales. La violencia estalla en cualquier momento en la mirada, el gesto, la palabra del aragonés. Las teorías políticas y sociales propagadas en esta región constituyen un temible caldo de cultivo para los defectos de los aragoneses, en detrimento de sus cualidades de inteligencia, trabajo, energía, franqueza y lealtad» (Valdour, 1988, p. 58).

¿Explica esto satisfactoriamente la salida de las gentes de Fraga a la calle? ¿Queda así demostrada la relación entre su descontento y la protesta? No parece que el recurso al «carácter violento» de los grupos humanos clarifique mucho al respecto, pues de ese modo tan solo se consigue alimentar un argumento circular: la tensión estructural produce frustración e insatisfacción en la gente, eso alimentaría su «carácter violento» y les empujaría a practicar una violencia cuyo carácter mecánico no sería sino exponente y muestra de la tensión acumulada por cambios sociales sobrevenidos... Parece más adecuado, como la práctica historiográfica va poniendo de relieve en los últimos tiempos, intentar una aproximación desde las elecciones o decisiones que toma la gente con una situación y circunstancias dadas, con su lógica tal y como ellos la perciben. Este enfoque de «lógica situacional» es más complejo que las perspectivas psicologistas o esencialistas, pero tiene la enorme ventaja de poder acercarse con fiabilidad al mapa mental de los protagonistas y, por tanto, de poder trabajar sobre sus posibles motivaciones y deseos, y no desde el del juicio del historiador. Con todo este bagaje de cuestiones y cautelas, ¿qué protesta se quiere explicar aquí?¹⁷

Parafraseando a Rafael Cruz, cada forma de acción colectiva de protesta nos habla de los conflictos planteados, de las redes sociales en las que están inmersos los participantes, de su identidad colectiva, de los recursos con que cuentan, de las oportunidades que aprovechan y los significados culturales que obtienen.¹⁸ Él hablaba en ese artículo de la distinción entre diferentes tipos de acciones violentas (golpes de Estado, terrorismo, insurrección, enfrentamientos políticos...), pero lo mismo cabría pensar, bajando el microscopio del análisis a lo más local y coyuntural, de las acciones colectivas de descontento popular que aquí se analizan. Así, sin renunciar a la pretensión sintética de la disciplina histórica, el objetivo de este apartado ha de ser el de analizar las acciones similares y recurrentes que grupos de personas llevan a cabo cuando intentan solucionar problemas similares y recurrentes, como, en el caso fragatino, el acceso a las subsistencias y al trabajo.

Por otra parte, la sombra del 98 es alargada y atrae hacia sí las narraciones que avanzan por los años finales del XIX, por lo que no es difícil ter-

17 Aya (1997).

18 Cruz (2002).

minar explicando cualquier variable histórica en función de ulteriores consecuencias económicas, sociales y políticas aparejadas a la pérdida de las colonias. Es cierto que aquella coyuntura constituye un gozne histórico fundamental para comprender la evolución posterior de la sociedad española, pero, al haber sido revisada y puesta al día en la conmemoración de su centenario, tan solo seguiremos la estela de las claves más notables para la movilización colectiva. No hubo, como ya se ha puesto de manifiesto, un levantamiento social revolucionario capaz de tumbar al sistema político responsable de la derrota, pero sí que hubo una situación indirecta favorecedora de la protesta, una situación alentada por la percepción de que el engranaje de la Restauración se erosionaba. Tanto más cuanto mayor era el número de soldados harapientos y enfermos que deambulaban limosneando por las calles en los primeros meses tras la retirada de Cuba.

Además, la mirada no solo debe estirarse hacia adelante en el tiempo, sino también hacia atrás. Jover Zamora inserta los acontecimientos del «fin de siglo» dentro de un segmento histórico más amplio, la «transición intersecular», en el que, por encima de barreras cronológicas convencionales, existe una comunión de formas de vida y civilización peculiares que llega hasta los primeros años de la nueva centuria. Unas notas generales de vida que afectarían sobre todo a lo que podría denominarse «clases medias» y populares, y que influyen en las actitudes cotidianas de los sujetos colectivos. En el caso de la percepción que se tiene de las clases populares, la ecuación está dominada por un temor descarado y virulento hacia quienes son capaces de organizarse, manifestarse y forzar negociaciones a través del motín o la huelga, un proceso claramente visible ya durante los años 90 del siglo XIX.¹⁹

1.1.1. El fuerte abrazo del Estado: los impuestos

«Entre los innumerables motivos que tienen el privilegio triste de soliviantar los ánimos, no hay ninguno tan fecundo en producir alarmas, como el impuesto de consumos». Eso sentenciaba el artículo «Motines» del *Heraldo de Aragón* en 1904,²⁰ en el que se hacía patente la preocupación por la

19 Jover Zamora (1997).

20 *HA*, 20-1-1904, n.º 2684.

frecuencia de este tipo de alteraciones. No hay más que ir al inicio del período estudiado para comprobarlo. En julio de 1885 ocurren graves sucesos en Huesca por algo relativo a «la cuestión batallona». Un guarda de consumos mató a un paisano por una cuestión de palabras, tras lo cual en seguida, según el propio gobernador militar de Huesca, «se aglomeró la muchedumbre en la plaza», donde acudieron las autoridades civiles para intentar contener el tumulto. Las mujeres, sin embargo, respondieron con una lluvia de piedras sobre las espaldas del gobernador cuando este quiso hacer armas contra la multitud. Frente al Gobierno Civil quemaron las casillas de consumos, mientras otros pedían la cabeza del guarda homicida. A la mañana siguiente hubo escaramuzas cuando varios grupos de «alborotadores» hicieron cerrar los comercios antes del entierro del paisano, pero las detenciones y los exhortos del coronel fueron diluyendo definitivamente el motín.²¹

El desarrollo de los acontecimientos tumultuarios puede ayudar a comprender el contexto de motivos y antecedentes que rodean a la protesta. Como sugiere la prensa local, el malestar ya venía de atrás «por las nuevas y onerosas tarifas», producto de «una malhadada reforma realizada en la administración y cobranza del impuesto de consumos por el funesto ministro de Hacienda, cuyos planes e innovaciones dejan huellas sangrientas en multitud de poblaciones». Había venido siendo así a lo largo del siglo XIX desde que la Ley Tributaria de 1845 lo generalizase en todo el Estado, convirtiéndose pronto en objeto del debate político entre sus defensores y contrarios, entre los últimos de los cuales aparecieron recurrentemente demócratas y republicanos.²² Las razones para ese profundo rechazo social eran casi siempre las mismas. Además de la injusticia del impuesto, que cargaba proporcionalmente más a los consumidores de artículos de primera necesidad que a los de objetos de lujo, se daban con frecuencia vejaciones y abusos en los fielatos, lo que provocaba una acusada animadversión hacia los guardas y casilleros, que, como en el caso del motín expuesto, podían contar con antecedentes penales.

21 Crónica del coronel jefe Villacampa, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 170, *Diario de Huesca*, 28-7-1885, y *La Crónica*, 28-7-1885, n.º 48. La actitud contemporizadora del militar, tendente al orden pero sin efusión de sangre, fue objeto de un expediente militar en el que se le acusaba de haber obrado «con apatía y debilidad». Un buen acercamiento a la conflictividad campesina en Huesca, el de Maluenda Pons (1996).

22 Martínez Gallego (1998).

Además, en el caso de Huesca, como en otras muchas localidades, no es difícil imaginar que debido al brote de cólera detectado a principios de verano, la atmósfera social se hallase «enrarecida» debido al aislamiento dispuesto por las autoridades. Cierres de puertas, lazaretos, cuarentenas... El propio Ayuntamiento oscense publica al día siguiente del motín un bando reclamando de los vecinos «cordura y sensatez» como «único medio de evitar que penetren en la ciudad fuerzas procedentes de puntos epidemizados y que haya que lamentar graves y sangrientas desgracias». El cólera no actúa aquí como el detonante de la protesta,²³ pero a buen seguro que estaba presente en el imaginario común, que sumaba la preocupación por la enfermedad a la indignación por el homicidio. Cólera y consumos aparecieron así tan unidos en aquel verano que un diario estableció la socorrida metáfora: «la cuestión de los consumos es otro microbio que nuestro ministro de Hacienda ha desparramado por toda la Península».²⁴

Nuevo año, y nuevas protestas, en 1886. En Urrea de Jalón aparecen pasquines contra el impuesto, y poco después los vecinos de Pradilla se resisten al pago al doblarse el recargo en el reparto. En Caspe se suceden las muestras de descontento contra los consumos: el 30 de junio se reúnen grupos en la plaza Mayor pidiendo la desaparición de las puertas y un reparto equilibrado del pago, a lo que accede finalmente el alcalde. Y en agosto los vecinos vuelven a protestar por el mismo motivo, aunque esta vez de modo más pacífico. En diciembre de ese mismo año el alboroto tiene lugar en Mora de Rubielos, cuando grupos de mujeres penetran en el salón consistorial a los gritos de «¡abajo el fielato!».²⁵ A mediados de

23 O en todo caso no actúa *aquí* como detonante. En Madrid las verduleras de la plaza de la Cebada protagonizan un motín por esas mismas fechas contra la declaración oficial de la epidemia en la ciudad, inscribiendo a modo de mofa en una bandera negra: «alcachofas, lechugas y espárragos contra el cólera» (*La Crónica*, 23-6-1885, n.º 18). Más cerca de Huesca, en Bolea, pasados dos meses desde la aparición de la enfermedad, se produce un tumulto contra una mujer del vecino pueblo de Aniés con síntomas de enfermedad, a quien un numeroso grupo expulsa del pueblo. La mujer muere y se investiga si el fallecimiento fue provocado por el tumulto, condenando a los 16 vecinos encausados por atropellos y no por homicidio (AHPH, Sentencias criminales, 1886, n.º 98).

24 *DAZ*, 29-7-1885, n.º 4934.

25 Es más, según carta del corresponsal del *Diario de Avisos*, tal fue el pánico del alcalde ante las mujeres que «se puso a la cabeza del grupo y seguido por éste, por el ayuntamiento y los guardias, fue al fielato, despidió a los empleados, cerró las puertas, mandó borrar el bando del gobierno estampado sobre las puertas del pueblo y todos *contenti* se terminó la función» (*DAZ*, 7-12-1886, n.º 5395). Lo de Urrea, en *DAZ*, 27-4-1886; Pradilla, en *DAZ*, 25-8-1886, n.º 5305; Caspe, en *DAZ*, 30-6-1886, y Guífú Lasheras (1993), p. 203.

1887 ocurre algo parecido en Arándiga, donde se apedrea la casa del alcalde y se invade tumultuosamente el Ayuntamiento en la sesión decisoria del cobro.²⁶ Sin embargo, dos amotinamientos en sendas villas zaragozanas, Tarazona y Calatayud, constituyen la referencia en la conflictividad popular de 1888 y, por extensión, de los últimos años ochenta del XIX aragonés.

Por dos días se repite la estampa en la plaza del Ayuntamiento de Tarazona: un gran gentío (las fuentes hablan de varios miles) reunido a las voces de «¡abajo los consumos!» y «¡abajo los fielatos!». Al pasar a la acción destrozaron las casillas y el fielato central de consumos y quemaron la documentación en la calle, aunque simbólicamente entregaron varios enseres de los guardias a los concejales. La reivindicación popular unía al enfado contra los consumos la petición de subsistencia y trabajo, llegando a bloquear en el interior del Ayuntamiento a síndicos y Guardia Civil. Tuvo que llegar el gobernador con tropas de refuerzo, arengar a «las masas» y prometer jornales y rancho, para que los vecinos depusieran su actitud. Escasamente un mes más tarde Calatayud se convierte en escenario de una muy similar acción de protesta. Una «masa numerosa», avanzando desde el Mercado al grito de «¡abajo los consumos!» y «¡viva el pueblo libre!», se arremolina en la plaza de San Antón, frente al Ayuntamiento, llegando a tomar el patio y sus escaleras. Mientras, otros grupos incendian las oficinas del cobro y las garitas de los guardas. En el momento de mayor exacerbamiento se quemaron incluso las puertas de la ciudad. Al día siguiente volvieron a formarse grupos en la misma plaza obligando al cierre de los comercios, aunque esta vez hay fuerza que custodia el Ayuntamiento y la villa recobra cierta calma antes de la llegada del gobernador Montes.²⁷

26 AHPZ, Sentencias criminales, 1888, n.º 57.

27 Tarazona, en *DAZ*, 29-2-1888, n.º 5778, y AHPZ, Sentencias criminales, 1888, n.º 283. Aunque se verá con mayor detalle más adelante, hay que ir subrayando el papel de las mujeres en el motín. «Las mujeres excitan a los hombres», se dice, y el gobernador se dirigió a varias de ellas para que se llevaran a sus maridos. Además, son «mujeres y niños» los que recogen el rancho que reparte el Ayuntamiento. Calatayud, en *LAA*, 28 y 29-3-1888, núms. 1981 y 1982. *DAZ*, 28-3-1888. AHPZ, Sentencias criminales, 1888, n.º 284. López González y García Lasosa (1982) se inclinan por atribuir al motín de Calatayud una dirección obrera ajena a los conflictos propiamente locales, que utilizarían el malestar entre la «clase jornalera» para agitar la protesta contra las clases pudientes. Para ellos, «la relación hambre-motín debe considerarse básica a la hora de analizar este tipo de fenómenos» (pp. 316-317).

Lejos sin embargo de terminarse aquí el motín, las fuentes hablan de su radicalización durante los días siguientes, cuando ya las primeras pretensiones estaban conseguidas. Se habla de enfrentamientos entre manifestantes y contribuyentes, asaltos, gritos y amenazas extendiéndose por la ciudad, de «una turba harapienta de chiquillos y mujeres desgreñadas y escandalosas» campando por sus fueros. Es probable que, como advierte la propia prensa en casos similares, fuera la rígida actitud de los sectores más acomodados lo que más exasperó los ánimos de los amotinados. En realidad no es algo extraño en las protestas de la época el que los consumos encendieran el conflicto, pero que más tarde se pusieran al descubierto otras tensiones relacionadas con la situación socioeconómica de los vecinos u otro tipo de disputas muy presentes en el devenir cotidiano. En este caso, al deshacerse de los fieltos los vecinos estaban mostrando su descontento hacia un modo de cobro que suponía un mayor gravamen para las familias menesterosas respecto de las pudientes.

En términos históricos, este rosario de conflictos y tumultos pone de relieve que el *localismo* es una característica fundamental en la morfología y los objetivos de la protesta rural del XIX hispano. Por ello ha de entenderse, en primer lugar, el contexto político, social y económico de pequeña escala (la unidad doméstica, los segmentos locales del grupo familiar, la comunidad local...), donde las líneas de relación y conflicto basadas en el conocimiento mutuo vertebran el tejido social comunitario. Y en segundo lugar, la variabilidad de los rasgos de la vida social (prácticas laborales, costumbres religiosas, hábitos de sociabilidad) entre comunidades rurales, unas peculiaridades que son esgrimidas en ocasiones para dar consistencia a rivalidades vecinas en torno de recursos escasos o disputas simbólicas.²⁸

Pero volviendo al relato de motines y algaradas, hay que apuntar que estos se suceden sin solución de continuidad hasta el comienzo de la última década del siglo (Puebla de Valverde, Chiprana, Plasencia de Jalón, Tamarite, Luesia, Calatayud). Sin embargo, dos localidades contemplaron los acontecimientos más destacados en 1890, Caspe y Teruel. Al comenzar el año el vecindario caspolino protesta al querer cobrarse los consumos en los hornos. Las protagonistas en este caso fueron las mujeres, que logra-

28 Es Louise Tilly quien usa así el término para definir la vida política del XIX en Italia, en la obra que editan los hermanos Charles, Louise y Richard Tilly (1997), p. 107.

ron de la autoridad local la suspensión del cobro. El primero de julio, cuando comenzaban los años económicos y se decidía el modo de cobro (el motín de Caspe de 1886 arrancó en esa misma fecha, o el de Daroca de 1899), tiene lugar la protesta en Teruel. Esa noche «una turba numerosa», compuesta primero por mujeres del Arrabal y chiquillos con palos, a los que se sumarían después muchos hortelanos y labradores equipados con mangos de azada y otros útiles de trabajo, se reunieron en el Mercado y acudieron luego «en confuso tropel» a las Casas Consistoriales. Los amotinados apedrearón los balcones y asaltaron el edificio, rompiendo parte del mobiliario. Un concejal que quiso contener el tumulto con un arma fue «perseguido por las turbas», que pedían a voces su cabeza, y agredido finalmente con garrotes. Ante la gravedad de los hechos, el alcalde transige y publica un bando por el que se suspende la cobranza de los consumos. Ya se apuntan algunos de los rasgos característicos del motín popular: protagonismo inicial de las mujeres, análisis peyorativo por parte de los elementos letrados de la sociedad y medios de comunicación, y el papel fundamental que suele tener la autoridad en el desencadenamiento de la violencia al utilizar armas o fuerzas del orden a su mando.²⁹

Los impuestos siguieron siendo motivo principal de las protestas vecinales durante los primeros años noventa. Nos acercamos a uno de los momentos de mayor intensidad al respecto, el verano de 1892, momento especialmente conflictivo en numerosos pueblos de la costa suroriental española y la ribera del Ebro. Motines hubo en Morés, Villalengua, Moros, Morata, Cimballa, Fuendetodos, Lagata y Azuara, lugar este último donde la gente salió al toque de la caracola para hacer cesar al recaudador en los embargos. No parece casual encontrar en los primeros días de julio referencias en la prensa a desastres meteorológicos ruinosos para las escasas cosechas de aquel año en las comarcas de Cariñena y Ateca. ¿Un nexo directo con el hambre? Más bien la necesidad de forzar un aplazamiento de la exacción, unida al enfado con una administración que, ajena a los agobios de las subsistencias familiares, parecía olvidarse de que no había con qué pagar los recargos. También Teruel fue escenario de un conflicto

29 AHM, Sección 2.^a, 4.^a, leg. 173. *Eco de Teruel*, 6-7-1890. En 1891 tuvo lugar en La Almunia un motín por el modo de cobro de los consumos, en el que también se dieron persecuciones y amenazas a los socios del casino, que hubieron de huir por los tejados colindantes (*DAZ*, 20 y 21-4-1891, núms. 6751 y 6752).

parecido, al igual que Calanda. En este último lugar la «clase proletaria» se había reunido en la calle para mostrar su descontento contra los consumos. Ante los exhortos y vigilancia de la autoridad, fingieron retirarse, pero, mientras los grupos se dispersaban por los barrios, uno de ellos levantó a los vecinos tocando la campana a fuego y reuniéndolos a todos en la plaza para pedir la rescisión del impuesto por puertas. La fuerza que acudió al lugar les intimó a disolverse y nombrar una comisión para exponer sus peticiones, cosa que hicieron «después de deliberar un buen rato los alborotadores, que en número de 300 a 400 pronunciaban voces de “fuera, fuera”». Este descenso al detalle permite avanzar cuestiones ya avanzadas en otro lugar, como la del orden interno que vertebra la acción de los amotinados, algo compatible con la elevación del tono emocional de los grupos en determinados momentos.³⁰

Entrados, pues, en la última década de siglo, se puede comprobar como no era precisamente la pasividad lo que caracterizaba la vida política y social del interior aragonés. La aprobación de la Ley de Asociaciones de 1887 y del sufragio universal masculino en 1890 creó espacios, si bien es cierto que todavía constreñidos y exiguos, que alentaban a la participación en los asuntos públicos y facilitaban cierta canalización de las demandas a través de estructuras organizativas de oposición. En ese sentido, no existía una «correa» de transmisión única entre el descontento antifiscal y el motín, aunque existían en los pueblos redes «informales» de vital trascendencia para la aparición de los movimientos colectivos. De cualquier modo, lo que interesa resaltar no es tanto que hubiera o no una organización detrás del motín, sino la funcionalidad de la protesta en unas circunstancias determinadas y en respuesta a una valoración por parte de los protagonistas de lo que resultaba admisible o intolerable. Eso es lo importante, que en esos términos la protesta puede concebirse como «otra» manera de hacer política por parte de la gente común. Solo recientemente la historiografía ha prestado atención a la respuesta contra los consumos bajo estas intenciones valorativas y concediendo ese rango de «político» a

30 Lucea Ayala (2003). AHM, Sección 2.^a, 4.^a, leg. 169, y *El Eco de Teruel*, 13-11-1892, n.º 339, donde se apunta además que en Valderrobres «están los ánimos que arden» por la misma cuestión. De los motines de 1892 de la provincia de Zaragoza, y en general hasta los primeros años del siglo XX, dimos cuenta y relato en Lucea Ayala (2005). Vallejo Pousada (1990).

algo que en su tiempo fue únicamente considerado como una respuesta «antigua» o «criminal» de las clases humildes frente a las implicaciones de vivir bajo el «amparo» del Estado moderno.³¹

Por el momento tiene lugar en Borja un serio motín en 1893, durante el cual se apedreó la casa del contratista del arriendo y se forcejeó en algunos lances con la Guardia Civil. Ese mismo año las mujeres de Alcampell, en Huesca, son, según mordaz comentario del redactor, «metidas en cintura y en cocina» después de protestar. Al año siguiente tiene lugar en Épila una manifestación contra los consumos, y al mes siguiente son los vecinos de la localidad turolense de Calamocha quienes toman medidas contra los arbitrios municipales. El primer grupo, que salió a la calle «con el pretexto de matar al cobrador de la contribución», fue disuelto por los guardias y más tarde se rehízo con más gente, destrozando con hachas y piedras las puertas y ventanas de la casa del alcalde. La fuerza fue desobedecida y atacada a pedradas, retirándose amedrentada por los gritos de «a quemar el cuartel». En ese mismo verano tienen lugar motines contra los impuestos en Aced y Villar de los Navarros, y se comenta que en Jarque e Illueca «se hallan también los ánimos muy excitados por motivos idénticos». Sin embargo, si hay que significar un conflicto por su persistencia en el tiempo, es el de Pedrola, donde por dos veces hay que solicitar fuerza para recaudar impuestos, pues «el alcalde se creía sin fuerza moral ni prestigio suficiente para llevar a efecto la recaudación», dándose una masiva «resistencia pasiva» de los vecinos al pago del impuesto.³²

31 Esta apreciación sobre la diferenciación entre la protesta «institucionalizada» y la «no institucionalizada», en Sanz Lafuente (1996), nota n.º 3. Trabajos sobre los consumos, en Castro Alfin (1991), pp. 109-123, y más recientemente González Calleja (1998b).

32 El motín de Borja, en *DAZ*, 19 y 24-6-1893, núms. 7468 y 7473; *El País*, 21-6-1893, n.º 2190; AHPZ, Sentencias criminales, 1894, n.º 19. La nota sobre Alcampell, en *DAZ*, 17-7-1893, n.º 7182. La manifestación de Épila, en *DAZ*, 5-5-1894, n.º 7793. Calamocha, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 169, y *La Derecha*, 17-7-1894, donde se aclara que en Teruel los rumores sobre la violencia de los amotinados habían desbordado la realidad con mucho, debido al corte de la línea telegráfica. Los comentarios sobre Villar de los Navarros y demás pueblos, en *DAZ*, 29-8-1894, n.º 7901, y para Aced, AHPZ, Sentencias criminales, 1895, n.º 129. Pedrola, en AHPZ, Sentencias criminales, 1897, n.º 10. El Ayuntamiento en pleno dimite en noviembre «por la precaria situación económica del municipio, debida a la apatía del vecindario en satisfacer los impuestos municipales», y pocos días después es suspendido por el gobernador.

La lluvia de protestas continuó sin solución de continuidad durante 1895 (Angüés, Muel, agitado contra el impuesto de pesas y medidas, Farlete, donde la sola presencia del recaudador provoca la pedrea sobre la casa del alcalde, o en la localidad oscense de Pertusa, donde con motivo del pago de las uvas se quemó el archivo municipal donde residía el catastro), y la prensa va dejando caer notas oficiales sobre la petición de fuerzas del orden que ayuden a la recaudación y prevengan alteraciones (Calatayud, Pinseque, Villar de los Navarros, Paniza, Cuarte...). Por otro lado, va siendo habitual encontrar reiteración en la protesta en localidades que, o bien tras haber protagonizado un levantamiento perciben que el conflicto sigue irresuelto, o bien ponen en práctica recursos y estrategias aprendidos para atajar nuevos problemas. Un caso paradigmático es el de Tarazona, donde en los días previos a la Navidad de 1895 volvieron a escucharse frente al Ayuntamiento gritos de «abajo los consumos!» y «¡fuera las puertas!», como ocurriera siete años atrás. Sitiado el edificio, subieron al balcón una bandera blanca con la inscripción «Fuera puertas. Que pague el que tenga», obligando a los concejales a estampar en ella su firma. Cuando al día siguiente bajan los vecinos del barrio alto de San Miguel (también protagonistas en 1888), se produce el enfrentamiento al comprobar que un guardia civil había herido a un vecino. Refugiada la fuerza en el Ayuntamiento, el edificio es de nuevo sitiado, donde frente a sus puertas «las turbas piden que se les entregue el teniente». Entre silbidos y piedras al obispo Soldevila, violentas llamadas a las casas de los ricos por parte de las mujeres, coacciones a los curas transeúntes, la promesa del cobro por reparto según riqueza y el formidable despliegue final de los refuerzos en toda la población, finalizó el motín en los días previos al año nuevo de 1896.³³

Por aquel entonces estaba ya comenzada la primera campaña cubana, lo cual no impide que el rosario de protestas por la cuestión fiscal siga salpicando la geografía aragonesa. Hay noticias al respecto en Paracuellos de Jiloca, Huérmeda y Maluenda, donde los vecinos «asaltaron la casa con-

33 AHM, Sección 2.^a, 4.^a, leg. 173. *DAZ*, 21 y 23-12-1895, núms. 8328 y 8329. *HA*, 21 y 22-12-1895, núms. 80 y 81. De este motín dieron cuenta numerosos diarios de ámbito nacional, como *El País*, *El Imparcial* o *El Liberal* (22-12-1895). Angüés, en *DAZ*, 13-3-1895, n.º 8081. Muel, en *DAZ*, 17-8-1895, n.º 8216. Pertusa, en *DAZ*, 4-10-1895, n.º 8262. Farlete, en *DAZ*, 26-10-1895, n.º 8280.

sistorial» para suspender el acto de subasta del arriendo. La situación económica no consigue remontar el vuelo en muchos pueblos, y son los propios ayuntamientos los que solicitan la condonación de las deudas fiscales, como los de La Almolda, Farlete, Bujaraloz o Monegrillo, asolados en aquel verano del 96 por «una sequía de la que no hay ejemplo» en la comarca monegrina. Mientras esto sucede, el Gobierno Civil ordena concentrar fuerzas en La Almunia y Mediana. Muy cerca de este último lugar, en Fuentes de Ebro, «un gran grupo de gentes» se reunió en la plaza pidiendo la suspensión de los consumos, forzando finalmente al agente a cesar en los embargos. También se envió un destacamento de infantería a Azuara con fines recaudatorios. En 1897 la zona de la vega del Jalón destacará de nuevo, como en 1892, por las repetidas protestas y motines, aludiendo esta vez la prensa a la depreciación de los productos agrícolas y la paralización de los trabajos como causa principal: Belmonte, Maluenda, Calatayud, La Almunia y Ateca protagonizan contestación por asuntos fiscales. También en Épila hay sucesos dignos de reseñar, cuando grupos «en actitud sediciosa» penetraron en el salón del pleno municipal gritando «abajo los consumos, el secretario y todo lo existente».³⁴

Llegados los tiempos del desastre, las noticias de desórdenes públicos o bien pasan por la sordina de la censura previa, o bien son sepultadas por las soflamas patrioterías que tiñen de filibusterismo cualquier conato de alteración de la unidad nacional. La coyuntura de mayo de 1898, estudiada en su momento por Carlos Serrano, provoca devaluación monetaria, especulación por parte de fabricantes e intermediarios, y subsiguientes dificultades en la distribución de grano en los mercados. Todo ello, sumado a las variables locales, cristalizará en multitud de motines a lo largo y ancho del país. No hay noticias durante aquel verano de algaradas por los impuestos, pero sí de desplazamientos de tropas por toda la geografía aragonesa en «paseos militares», «marchas ordinarias», ayudas para la exac-

34 Paracuellos, en *HA*, 21-2-1896, n.º 134. Huérmeda, en *DAZ*, 27-5-1896, n.º 8462. Maluenda, en *DAZ*, 13-7-1896, n.º 8501. La nota de los pueblos monegrinos, en *DAZ*, 29-4-1896, n.º 8438, y la de las fuerzas, en *DAZ*, 6-8-1896, n.º 8522. Fuentes, en *AHPZ*, Sentencias criminales, 1898, n.º 82. Azuara, en *AHPZ*, Sentencias criminales, 1898, n.º 191. Belmonte, en *HA*, 1-5-1897, n.º 447. Y Maluenda, en *HA*, 27-5-1897, n.º 501. La Almunia, en *HA*, 14-7-1897, n.º 543. Ateca, en *HA*, 30-6-1897, n.º 531. Épila, en *HA*, 3-8-1897, n.º 560.

ción, vigilancia de pueblos «en previsión de acontecimientos», misiones «que no permiten ser desveladas», o misteriosas notas como la que desde San Esteban advierte que «el pueblo no está dispuesto a tolerar abusos y engaños». Hasta noviembre de ese año, momento en que se suprime la censura telegráfica previa a los diarios, no se vuelve a tener noticia de alteraciones por resistencias vecinales al pago de los tributos. El gobernador envía tropas a Terrer, Illueca y Calatayud a requerimiento de los alcaldes para calmar los «conatos de alteración del orden». Y en diciembre llegan hasta Trasmoz por tener noticia de haber intención de organizar un motín contra el Ayuntamiento.³⁵

La nómina de localidades con tumultos o motines en su pequeña historia continúa, y demuestra bien a las claras lo profundamente arraigado que estaba este tipo de protesta entre la gente, tanto en las formas ritualizadas como en los límites autoimpuestos a la escenificación de este tipo de violencia. Sobre todo en lo que concierne a las exigencias externas provenientes del Estado, de las que la fiscal parece ser la que ofrece más oportunidades de actuación, la que más contrariedades aúna y la que supone una puesta en escena mejor y más extensamente aprendida. En la noche del primero de julio de 1899 Daroca se amotina contra la inclusión de las harinas en el pago. Los grupos recorren las calles produciendo «gran griterío», haciendo disparos en diferentes puntos de la ciudad y amenazando a los que estimaban culpables del arriendo. Al año siguiente vuelven a figurar poblaciones oscenses en la nómina de las que presentan resistencia a las exacciones. En Monzón un gran grupo de hombres recorrió la población al grito de «muera el agente», mientras en Sariñena se debieron concentrar tropas para contener el tumulto contra el arriendo. Las mujeres de Ateca volvieron a salir a la calle para empujar al motín a sus maridos y exigirles que recuperasen pagarés de deuda de consumos firmados hacía algún año, y que iban a cobrarse entonces. La Guardia Civil llegó a cargar los máuser y apuntar a «las masas» en el momento de mayor tensión, cuando pretendían liberar a un detenido. Las noticias sobre este caso devuelven al primer plano la tensión entre lo general y lo local. Es un motín fiscal más que alimenta una cuestión histórica, la respuesta popular a las exacciones estatales, pero las referencias con-

35 Carlos Serrano (1991). Terrer, en *DAZ*, 3-8-1898, n.º 9231. Illueca y Calatayud, en *DAZ*, 3-11-1898, n.º 9307. Trasmoz, en *AHM*, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 173.

cretas a la mala gestión del concejo y al caciquismo como factores explicativos de la protesta, pues se indica que «ha sido frecuente recurrir al apremio contra vecinos rebeldes a apoyar la candidatura oficial patrocinada por la autoridad local», contribuyen a determinar de modo preciso los problemas cotidianos a los que hubieron de enfrentarse las gentes del pasado, y ante los que juzgaron oportuno activar una respuesta colectiva.³⁶

En 1901 encontramos por primera vez en la prensa un titular sobre una «campana nacional» por la cuestión de los consumos, algo que corresponde al deseo de las plataformas republicanas de plantear una movilización masiva de los sectores populares contra el Gobierno. El ámbito institucional también comienza a pensar en la posibilidad de suprimir los consumos, como el síndico zaragozano, que plantea la nivelación del presupuesto a través de nuevas tarifas..., aspiración juzgada como «razonable» pero de «procedimiento inadecuado» por la prensa. Al mismo tiempo, siguen dándose conflictos relacionados con circunstancias de carácter local, como el motín que en Épila provocó el aumento en un 44 % de los recargos municipales, o las dos protestas sucedidas en poco tiempo en Caspe: un motín contra la subasta del arriendo y una protesta contra el modo en que se efectuaba el reparto para cubrir el débito del contingente provincial. También hubo protesta en Aranda de Moncayo al pretender cobrar por fielatos y no por reparto, dejando claro que sería más difícil evitar el motín cuando llegaran los agentes a las casetas. Por las mismas fechas, en Gotor «el pueblo en masa» obligó a los arrendadores y al Ayuntamiento a entregar el contrato de arriendo, «que fue rasgado en medio de la sala consistorial», estando decididos a quemar los archivos, y se enviaron tropas a Mora de Rubielos por existir temores de alteración del orden. En Escatrón fueron las mujeres las que protagonizaron el motín, al igual que, de nuevo, en Tarazona, Daroca y Villalengua, donde los amotinados amenazaron con quemar las casas de los arrendadores y el Ayuntamiento si no se rescindía el contrato. Como se puede observar, pese a que bajo la

36 Daroca, en *HA*, 4-7-1899, n.º 1136. También hay alborotos en Fuentes de Ebro (AHPZ, Sentencias criminales, 1900, n.º 177) y Montañana (*HA*, 3-8-1899, n.º 1162). Monzón, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 171. Ateca, en *HA*, 7 y 8-6-1900, núms. 1477 y 1478. No parece casual que pocos días antes se descubrieran destrozos considerables (miles de cepas) en las fincas del diputado provincial Ignacio Garchitorea y del propietario industrial Mariano Montón. Hubo además otro motín en Sesa (Huesca) (*HA*, 6-11-1900, n.º 1607).

etiqueta de motín se sucedían situaciones en apariencia similares, la riqueza de acciones, gestos, símbolos y escalas de violencia utilizadas por los protagonistas habla de una gran versatilidad para escoger del repertorio conocido aquello que en un momento dado resultaba eficaz para, a través de una acción directa, conseguir el fin pretendido.³⁷

Son estos, los primeros años del siglo, los de los choques entre huelguistas y tropas en los centros fabriles de Bilbao y Barcelona, sucesos que resuenan con estrépito entre las columnas de la prensa. Y de rebote, el asunto del orden público salta a las primeras planas de los diarios, cuestionándose la fuerza como «la manera tradicional, clásica, por excelencia, de salvar cuantos obstáculos se presentan en España». Cincuenta y dos guardias civiles se reconcentraron en Caspe a la espera de desórdenes con motivo del reparto. También son escenario de alteraciones las localidades de Tosos, El Frasno, Alfamén y Monzón, donde los manifestantes, a las voces de «¡abajo los consumos!», «mueran los que tienen la culpa», destruyeron los fielatos que se estaban levantando y regalaron silbas a los principales de la ciudad. Al día siguiente se reprodujo la manifestación frente al Ayuntamiento, donde se congregaron entre quinientas y seiscientas personas, entre hombres y mujeres, que blandían amenazadores sus garrotes mientras daban «desaforados gritos». Los vecinos de Barbastro prepararon una «imponente» manifestación contra la subida de la cuota de consumos, y los de Oliete, en Teruel, protagonizaron un motín a finales de 1903 contra el reparto del año siguiente, confiando «con ejemplar cordura y sensatez» en que las «personalidades respetables» solucionasen el conflicto.³⁸

37 *ECZ*, 24-10-1901, n.º 238. Épila, en *HA*, 14-8-1901, n.º 1834. Caspe, en *HA*, 11 y 12-12-1901, núms. 1931 y 1932, y las opiniones sobre el intento de supresión de los consumos en Zaragoza, en esas mismas páginas. Aranda, en *HA*, 6-1-1902, n.º 1954. Gotor, en *La Opinión*, 3-1-1902, n.º 996, y *EN*, 3-1-1902, n.º 176. Mora de Rubielos, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 171. Escatrón, en *HA*, 31-7-1902, n.º 2129. Tarazona, en *HA*, 15-11-1902, n.º 2219. Daroca, en *HA*, 20-11-1902, n.º 2223. Villalengua, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 174.

38 Caspe, en *HA*, 26-2-1903, n.º 2306. Las noticias, no obstante, son algo confusas. Dos días después se dice que «están excitadísimos los ánimos, y que no es el reparto de consumos la causa de esa excitación». Tosos, en *HA*, 17-8-1903, n.º 2453. El Frasno, en *HA*, 5-10-1903, n.º 2492. Alfamén, en *HA*, 18-11-1903, n.º 2523. Monzón, en AHPH, Sentencias criminales, 1905, n.º 25, y *HA*, 17 y 18-12-1903, núms. 2555 y 2556. Barbastro, en *HA*, 23-12-1903, n.º 2560. Oliete, en *HA*, 30-12-1903, n.º 2566. También hubo un motín en Sástago (*HA*, 2-1-1904, n.º 2569).

A partir de 1904 el encarecimiento de las subsistencias es objeto de preocupación tanto en el ámbito rural como en el urbano, multiplicándose las alarmas por las posibles consecuencias que sobre el mantenimiento del orden público pudiera tener esa subida de los precios. Se da en estos años un nuevo incremento en el número de motines y algara-das, siendo factible considerar que, de modo indirecto y mediando marcos culturales compartidos en los ámbitos cotidianos, se pudieron crear coyunturas locales capaces de facilitar vías de exteriorización del descontento. Así, hubo motines por consumos en Cinco Olivas y de nuevo en Oliete, donde los grupos forzaron al alcalde, en el interior de la sala consistorial y con los gritos de las mujeres pidiendo que se arrojase por el balcón a los causantes del conflicto, a romper públicamente el documento con las cuotas. Y no fueron solo los consumos el objeto de las iras vecinales. En Villanueva de Huerva, Moyuela, Herrera de los Navarros y Fabara se dan en poco tiempo motines causados por el cobro de cédulas personales, sin que por ello los consumos dejen de figurar como motivo persistente de noticias de alteraciones populares (Ibdes, Lucena de Jalón, Quinto, Añón, Morés o Campillo, donde las mujeres, rompiendo las puertas del Ayuntamiento, se hicieron con las reses embargadas).³⁹

Entrado 1905 se produce un motín en Alcañiz del que contamos con un buen relato que el alcalde hace al capitán beneral de la Tercera Región (Valencia). En él notifica la alteración del orden el día 22 de enero, «habiéndose apoderado el pueblo bajo de los tres fielatos de consumos, entregándose al saqueo de los fondos existentes en los mismos y quemando toda la documentación». Reconoce como causa de los hechos el mayor recargo sobre los consumos y el deseo de los vecinos de la sustitución de los fielatos por un reparto general vecinal, y añade: «la ignorancia les hace

39 Oliete, en *HA*, 16-5-1904, n.º 2676. Villanueva de Huerva, en *HA*, 25-5-1904, n.º 2684. Moyuela, en *HA*, 9-7-1904, n.º 2723. Hubo 43 detenidos por el motín de Herrera, donde los grupos persiguieron al recaudador hasta darle alcance, golpeándole y arrancándole pelos de la barba (*HA*, 27 y 31-8-1904, núms. 2765 y 2768, y AHPZ, Sentencias criminales, 1906, n.º 37). Fabara, en *HA*, 14-9-1904, n.º 2780. Ibdes, en *HA*, 16-12-1904, n.º 2664, donde por primera vez aparece en la crónica la expresión tan popular de «echarse a la calle», primero las mujeres y luego los hombres. Lucena de Jalón, en *HA*, 2-1-1905, n.º 2678. Quinto, en *HA*, 3-1-1905, n.º 2679. Añón, en *HA*, 22-3-1905, n.º 2992. Morés y Campillo, en *HA*, 31-3-1905, n.º 3000.

concebir ideas de destrucción e imposición sobre las autoridades, que podrán llevar a efecto si, retirada la fuerza de la guardia civil, no quedase en esta ciudad la necesaria para el sostenimiento del orden». Algo similar hubo de pensar el capitán de Sariñena al ordenar reconcentrar fuerza de los puestos inmediatos. Al comenzar los embargos salieron varios centenares de hombres pidiendo el cobro equitativo y por riguroso orden, y exigiendo además la dimisión del recaudador por haberles insultado llamándolos «cobardes y capones». Al día siguiente se reprodujo la protesta frente al Ayuntamiento al correr la noticia de la detención en la noche del vecino que los convocaba al toque del cuerno. Protestaban por su traslado forzoso, cosa que se concedió no efectuar, volviendo el gobernador de Huesca satisfecho por la «mesura y prudencia con que se ha conducido la clase obrera o jornalera».⁴⁰

A la altura de 1906 la inquietud por la posibilidad de una solución a la cuestión de los consumos era general. En 1905 se había organizado una comisión extraparlamentaria para informarse sobre el estado de la opinión y procurar soluciones a su transformación, iniciativa que era contemplada con algo más que escepticismo por los grupos republicanos y organizaciones obreras. Una de las más activas asociaciones económicas, la Liga de Contribuyentes de Ribagorza organizada por Joaquín Costa, permite a través de su órgano *El Ribagorzano* contemplar en larga perspectiva la evolución del problema durante este año crucial. En 15 de diciembre de 1905 el titular principal de portada era «¡Abajo los consumos!» y, recordando una promesa de Moret de abolir el impuesto, se aventuraba que los consumos, «de seguro en el año 1907, si no antes, serán totalmente suprimidos, por el Gobierno o por el pueblo». En 15 de julio de 1906 el periódico continuaba en la opinión de que «es un hecho la completa supresión del impuesto de consumos en España, porque si el Gobierno no cumple lo prometido [...] e hiciera una burla más, entonces el pueblo los suprimiría de hecho». En 12 de enero de 1907, y a raíz de unos graves motines acaecidos en Alicante y Sagunto, se confirmaba que «ahora ha quedado todo en promesas, en proyectos y en intenciones», y vaticinaba nuevos conflictos «por no haberlos suprimido

40 Alcañiz, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 174, y HA, 24-1-1905, n.º 2897. Sariñena, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 173, y HA, 3-8-1905, n.º 3195.

el 1.º de enero, como anunció con tambor y trompeta por todas las partes de nuestra península». ⁴¹

El ciclo de protestas contra los consumos no se cierra aquí, sino que durante los siguientes años y hasta 1911, en que se faculta por ley la supresión del impuesto y su sustitución, continúan los motines y algaradas. En 1907 ocurren sucesos de este cariz en Vierlas, Plenas, Mediana y Codos, y en Quinto, Nuévalos y La Almunia durante 1908. En el año de la Semana Trágica la atención parece dirigirse hacia otros escenarios y cuestiones, y ciertamente se produce una inhibición notable en el número de protestas por la cuestión fiscal, aunque al año siguiente el mapa aragonés vuelve a mostrar profusión de puntos conflictivos. Aunque, eso sí, son las cédulas personales las que ahora copan las iras de los vecindarios, señal de la intención de las corporaciones municipales de prescindir de la «cuestión batallona» de los consumos explotando cargas menos utilizadas hasta ese momento: Pastriz, Malanquilla, Villalengua, Saviñán, Urrea de Jalón, Pedrola o Graus en 1910; Illueca, Codos, El Frasno, Novillas, Munébrega o Gallur en 1911, del que reproducimos telegrama de urgencia: ⁴²

41 *El Ribagorzano*, 15-12-1905, n.º 30; 15-7-1906, n.º 44; y 12-1-1907, n.º 60. En 1905 hay noticias de motines en Used (*HA*, 20-9-1905, n.º 2237) y Daroca (AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 170), y en 1906 en Manchones (*HA*, 20-3-1906, n.º 2394, con agresión al alcalde incluida), Gallur (*HA*, 8-5-1906, n.º 2434), Quinto (*HA*, 1-8-1906, n.º 2507), Alhama de Aragón (*HA*, 24-8-1906, n.º 2527), Vera de Moncayo (donde se toca a rebato contra los embargos, *HA*, 6-10-1906, n.º 2565) y Malón (*HA*, 19-10-1906, n.º 2579).

42 Vierlas, en *HA*, 28-1-1907, n.º 2678. Lo de Plenas, en *HA*, 27-2-1907, n.º 2708. El motín de Mediana, con pasquines contra la dignidad del secretario de por medio, en *EN*, 24-9-1907, n.º 1956, y AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 171, y el de Codos, en *EN*, 20-9-1907, n.º 1953. Lo de Quinto es un motín de mujeres por la cobranza de los atrasos del impuesto por roturaciones, seguido luego por los hombres, que lesionan al alcalde (*EN*, 24-5-1908, n.º 2164). El de Nuévalos también lo protagonizan las mujeres al hacer acto de presencia el recaudador, justo en el momento en que las tormentas se habían llevado las cosechas (*HA*, 3-7-1908, n.º 4197). De nuevo fueron las mujeres y niños los que comenzaron el motín de La Almunia, con una silba frente a la posada en que se hospedaba el recaudador (*EN*, 3-12-1908, n.º 2331). Pastriz, en *EN*, 12-11-1910, n.º 2961. Malanquilla, en *HA*, 28-9-1910, n.º 4954. Lo de Villalengua es una manifestación contra el reparto (*HA*, 31-3-1910, n.º 4779). En Saviñán hubo manifestación de mujeres por las cédulas (*HA*, 22-11-1910, n.º 5008), y también mujeres protagonizaron un motín por el mismo motivo en Urrea de Jalón (*HA*, 3-12-1910, n.º 5064). Manifestación por cédulas en Pedrola, en *HA*, 20-12-1910, n.º 5080. Graus, en AHPH, Sentencias criminales, 1914, n.º 29. Los motines de Illueca (*EN*, 14-2-1911, n.º 3048), Codos (*HA*, 25-2-1911, n.º 5145) y El Frasno (*HA*, 16-3-1911, n.º 5164) son por las cédulas personales. El de Munébrega, mediando pasquines «en términos violentos», en *HA*, 22-8-1911, n.º 5329.

Gallur. Comandante puesto guardia civil a mtro. Guerra.

Alterado orden público por inmenso vecindario pidiendo grandes voces y fuera y muera el secretario, fuera el recaudador, fuera el sargento y fuera la guardia civil, pidiendo la libertad de un detenido... habiendo sido por medio de la violencia, prometiéndoles se les complacería en lo que pedían; se disolvieron, alguno de ellos trataron arrojar fuerza echando mano a las armas prometieron reanudar hecho agresivos e incendiar casa consistorial. En este momento hora: las 22/50- reina tranquilidad aparente.⁴³

Lo fiscal continuó siendo fuente de conflictos durante la última década de la Restauración, y la sola presencia de los recaudadores incita a los vecinos a echarse a la calle en numerosas ocasiones más. Sin embargo, también se detectan algunos cambios cuando las protestas van precedidas de un mitin, cuando se prefiere una manifestación pacífica o tienen como fin el presentar un escrito ante la autoridad. Podría decirse que por estos años la animadversión antifiscal, sin dejar de constituir uno de los principales motivos de «alteración» del orden social, comienza lentamente a articularse de un modo diferente, y que las preocupaciones y oportunidades de la protesta apuntan en otras direcciones y se configuran bajo diferentes criterios respecto del *localismo* y la inmediatez que vertebran las acciones hasta aquí esbozadas. Sin embargo, sería incompleta la descripción del motín sin hacer alusión a multitud de conflictos que aparecen también conectados con la actividad del Estado en la sociedad rural, y que en última instancia permiten aclarar el carácter *político* de las acciones de los amotinados.

1.1.2. Conflictos en torno a la tierra y la autoridad

En efecto, en no pocas ocasiones los pueblos manifiestan su descontento por el modo en que se gestionan los recursos básicos para el sostenimiento y bienestar material o moral de las familias, como la regulación del acceso a tierras comunales, la praxis de la justicia liberal, las deficiencias en el sistema educativo, o el ejercicio de la autoridad desplegado por los cuerpos de vigilancia y mantenimiento del orden. La narración histórica debería en este sentido ser capaz de alentar la imaginación para situar junto a la animadversión antifiscal otras preocupaciones en la vida cotidiana del mundo rural finisecular, ante las que los actores desplegaban un variado

43 AHM, Sección 2.^a, 4.^a, leg. 170.

repertorio de respuestas, con grados de intensidad variables en función de circunstancias cambiantes. Por partes.

En 1872 tiene lugar en Villarroya de la Sierra «un levantamiento unánime de todos los vecinos, hombres, mujeres, ancianos y niños, protestando violentamente contra la venta de cierta finca declarada de propios». El asunto, relacionado con las disposiciones desamortizadoras, tenía su origen en la venta por el Ministerio de Hacienda de una dehesa que debía permanecer exceptuada de la venta. Se produjo un pulso entre el Ayuntamiento, que reclamó al ministerio, y los compradores, que consiguieron la posesión judicial a través de la Audiencia de Zaragoza. Fueron el bando prohibiendo el uso de la dehesa y la presencia de los compradores para tomar posesión de las tierras lo que exasperó los ánimos del vecindario. Existen versiones contradictorias sobre su actitud, pero parece que cuando la Guardia Civil llegada de Calatayud quiso desalojar la plaza del pueblo, los varios centenares allí presentes se resistieron gritando «¡A las armas!» y «¡Viva la Commune!», evitándose en última instancia el choque con la fuerza. Quienes han rastreado con detenimiento los primeros años ochenta no han encontrado protestas similares hasta la década siguiente: en 1891 sucede en Cetina otra alteración del orden por la cuestión de los aprovechamientos de leñas, que, al igual que los impuestos, podían ser subastados por los ayuntamientos al mejor postor. Al acto acudió todo el pueblo, entrando un buen número en el salón del consistorio y produciéndose «un movimiento unánime de protesta» ante el temor a que el rematante contratase jornaleros forasteros.⁴⁴

Algún año después se producía en el pueblo turolense de El Cuervo un motín contra la venta del monte comunal en el momento en el que el administrador provincial de Bienes Nacionales quiso demarcarlo y entregarlo al rematante. Ambos, administrador y rematante, debieron abandonar el pueblo perseguidos por unos enfurecidos vecinos que, para ahuyentarlos, dispararon varios tiros al aire. La actividad de los delegados de Hacienda se llevaría, tan solo unos meses más tarde y no muy

⁴⁴ *DZ*, 27-12-1872 y 3-1-1873. Lo de Cetina, en AHPZ, Sentencias criminales, 1893, n.º 91.

lejos de allí, un nuevo sobresalto. En Cella «las mujeres armadas de palos, hoces y piedras, sitiaron a los comisionados en la posada, dispuestas a hacer con ellos cualquier barbaridad». Se menciona que, gracias a que los hombres se hallaban en el campo, el tumulto no tomó mayores proporciones, retirándose los comisionados bajo el amparo de las autoridades locales y una intensa lluvia de piedras. Ese mismo año la venta de los montes de Alcañiz produjo «gran efervescencia». Muchos vecinos salieron a la calle en manifestación con una pancarta que decía «los montes para Alcañiz», entregando una exposición al alcalde pidiendo la nulidad de la venta y su adquisición por los vecinos. A la luz de estos hechos cabe desde luego afirmar que, de forma recurrente, las prácticas en torno a las subastas y compras de montes por grupos vecinales será un modo frecuente de combatir la apropiación foránea de los predios municipales, dando lugar o bien a desórdenes públicos, o bien a prácticas lindantes con el fraude legal.⁴⁵

El primer supuesto lo ejemplifican los vecinos del barrio zaragozano de Juslibol, quienes en 1895 se resistieron infructuosamente a la puja de un propietario por una dehesa. El segundo supuesto tiene lugar, por ejemplo, en la localidad pirenaica de Hecho, donde «desde tiempo inmemorial» se respeta la práctica de sacar a subasta los pastos de verano, buscar una o dos personas «de confianza para simular que son rematantes de dicha subasta» y, verificado el remate, ceder sus derechos al Ayuntamiento para que este pueda subarrendar «extraoficialmente» los pastos a los ganaderos y obtener así ingresos suficientes para los presupuestos anuales. En otras ocasiones, como en Muniesa en el año 1896, se conseguía disuadir a los compradores para que dejaran desierta la subasta, revirtiendo entonces los terrenos al municipio. Bajo este mismo patrón, se puede leer en la prensa que «grande era la excitación que reinaba en Tarazona» en 1897 por la inminente celebración de la subasta pública del monte Valcardera, en principio exceptuado de la venta. El Ministe-

45 La cuestión de El Cuervo se halla en AHM, Sección 2.^a, 4.^a, leg. 169. También en *ET*, 4-3-1894, n.º 407, donde se indica que «hombres, mujeres y niños, armados con armas y palos y piedras sitiaron la posada donde estaban hospedados los comisionados». El motín de Cella, en *La Derecha*, 17-7-1894. Lo de Alcañiz, en *ET*, 8-4-1894, n.º 412. Algún mes más tarde los ganaderos de Alcañiz pretenden comprar al rematante los montes que fueron de propios de la ciudad (*DAZ*, 10-8-1894, n.º 7885).

rio de Hacienda suspendió la subasta en previsión de posibles alteraciones del orden.⁴⁶

Más ejemplos de protesta colectiva por este motivo, en Sástago, donde el Centro Obrero organizó en 1903 una manifestación de protesta por las decisiones tomadas en el concejo relativas a los montes, o en Berdejo, que por las mismas fechas presenció un motín por el reparto de los aprovechamientos. En las Cinco Villas se comenzó a plantear por aquel entonces la conflictividad en torno al asunto de los comunales, una pieza fundamental para comprender la evolución política y social de la comarca durante todo el primer tramo del siglo XX. Así, en 1905 hay noticia de un motín en Biota contra el presidente de la junta del monte «Saso» para exigirle que rindiese cuentas de los gastos. En otros pueblos de la zona, como Luesia, al mismo tiempo que se realizan manifestaciones para solicitar a las autoridades pan y trabajo, se fuerza en un motín a los propietarios de montes comunales a cederlos al Ayuntamiento para hacer frente a la crisis económica. A los pocos días tenían lugar en la vecina villa de Uncastillo dos manifestaciones de «braceros y gentes necesitadas» para solicitar al Ayuntamiento la anulación de la venta de los comunes. Y algo parecido sucedió en Sádaba, concentrándose fuerzas de la Guardia Civil en previsión de unos desórdenes que en última instancia no se produjeron.⁴⁷

46 Juslibol, en *DAZ*, 22-3-1895, n.º 8089. El caso de Hecho, en AHPH, Sentencias criminales, 1894, n.º 78. En la noticia de Muniesa se comenta que en la venta pasada los labradores «hicieron esfuerzos inauditos para pagar lo que no podían, vendiendo muchos el ganado para satisfacer lo que les correspondía», y que con la subasta desierta «los jornaleros están de enhorabuena, pues con una carga de leña que hacían al día, antes de ser vendidos los montes, vendiéndola al precio máximo de 75 céntimos, sacaban para el pan de la familia y no pasaban tantas necesidades» (*DAZ*, 30-9-1896, n.º 8577). Lo de Tarazona, en *DAZ*, 27-9-1897, n.º 8937. Es preciso hacer constar la campaña que lanzó la prensa en 1897 contra las disposiciones ministeriales que pretendían incrementar ingresos a través de las ventas de comunales y de fincas embargadas por impagos fiscales: *DAZ*, «El estado de Aragón», 25-7-1897, n.º 8872; «La riqueza rústica en Aragón», 31-8-1897, n.º 8910; «Aprovechamientos comunales», 17-11-1897, n.º 8988; «La tala de los montes», 2-12-1897, n.º 9003; *HA*, «A defenderse, pueblos», 28-9-1897, n.º 610.

47 Sástago, en *HA*, 12-10-1903, n.º 2497, donde por la calle se daban mueras al caciquismo. Para los antecedentes y tensiones con Cinco Olivas por el cultivo de tierras del monte, Marín Sariñena (1988). Berdejo, en *HA*, 1-12-1903, n.º 2541. El motín de Biota, en *HA*, 21-10-1905, n.º 2264. La manifestación de Luesia, en *HA*, 6-4-1906, n.º 2407, y las de Uncastillo, en *HA*, 18-4-1906, n.º 2417. El asunto en Luesia colea en los meses posteriores, denunciándose al año siguiente coacciones para que se retirasen las denuncias por

¿Cómo interpretar todo este conjunto de movimientos y protestas? Manuel González de Molina y Antonio Ortega han denominado a este proceso global de enajenación de tierras municipales por parte del Estado «desarticulación» del comunal, un proceso de largo plazo sin solución de continuidad desde las primeras desamortizaciones, pero que se acelera en determinados momentos de finales del XIX y principios del XX en función de coyunturas económicas o políticas. La privatización del suelo actuó como el motor fundamental de esta intervención estatal en el medio agrícola, algo que para las comunidades campesinas comportó una restricción en el uso de unos recursos que siempre habían estado ahí, al alcance de la mano. No es de extrañar el recelo, cuando no la abierta hostilidad, que entre dichas comunidades provocaban las tendencias centralizadoras y burocráticas y los valores de rentabilidad y beneficio que las sustentaban. Haciéndoles frente aparecen en escena las luchas de los vecinos por derechos que consideraban enraizados en la costumbre y en la tradición. En palabras de Alberto Sabio, «indignación por no haber obtenido lo que esperaban y pérdida de legitimidad de los nuevos gestores parecen conceptos particularmente explicativos para entender las reacciones de los pueblos».⁴⁸

Hay quien ha planteado el carácter «ecológico» de este tipo de protestas por los recursos naturales, en cuanto a que pudieran significar una pionera lucha contra un sistema productivo industrial depredador del medio y portador de desequilibrios irreparables en el ecosistema naturaleza-sociedad (el «ecologismo de los pobres» de Martínez Alier). La noción, aunque sugerente, flaquea en algunos puntos, pues sucede que no son solo los pobres los que protestan, no son solo ellos los que depredan, y por el

aprovechamiento abusivo de los montes (*HA*, 26-2-1907, n.º 2707). El estudio de referencia y más reciente sobre los comunales en las Cinco Villas, es de Sabio Alcutén (2002a). Hay otras noticias de motines por los comunales en otras comarcas, como en Escatrón, donde se intentó asaltar la secretaría del Ayuntamiento (*HA*, 29-8-1906, n.º 2531), o en Viver de la Sierra (*HA*, 27-2-1907, n.º 2708).

48 Sabio Alcutén (1997a), p. 195. González de Molina y Ortega Santos (2000). Un claro ejemplo de protesta contra la privatización: Baños de Panticosa, donde grupos de vecinos de varios pueblos produjeron destrozos en las obras de delimitación de una fuente usada por ellos desde tiempo «inmemorial». Su compra por la sociedad «Aguas de Panticosa», radicada en Zaragoza, y la pretensión de su explotación privada fue lo que motivó los tumultos (AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 172, y *HA*, 20-6-1904, n.º 2706).

exceso que puede ser atribuir una mentalidad ecológica a los protagonistas. Más que tratarse de una lucha por la conservación del entorno, se trata de conflictos sociales que tienen lugar en un entorno dado. Folchi prefiere el término «conflicto social de contenido ambiental» para referirse a este tipo de conflictos que surgen en una comunidad en el momento en el que, a consecuencia de factores externos o internos, «se tensiona la estabilidad histórica conseguida entre una comunidad y su hábitat». La protesta turo-lense de Calanda puede aclarar algo en este sentido.⁴⁹

En 1901 la «Electra-Calandina» instaló un motor de energía eléctrica en el molino de «abajo» aprovechando las aguas de una acequia de riego para suministrar por las noches luz a la localidad. Al año siguiente el conflicto por las aguas generará un farragoso pleito civil entre, por una parte, el presidente de la Junta de Riegos y teniente de alcalde del Ayuntamiento y, por la otra, los propietarios del molino. El detonante, el corte del suministro de agua por parte del primero. En pocos días el Juzgado de Alcañiz ordenó que se restituyera la posesión de las aguas al molino, una decisión que encendió las iras de un numeroso grupo de vecinos. Unos sesenta hombres, reunidos en la calle, protestaban por no poder regar, alegando que «defendían sus derechos como calandinos» y amenazando al jefe de la Guardia Civil con tirarlo al río. Este les disuadió con palabras y dispuso fuerza en previsión de acontecimientos «por ser carlistas la mayoría del vecindario y las autoridades». Si esto ocurrió en mayo, en noviembre cuarenta hacendados de Calanda denuncian los desórdenes que desde la reposición del Ayuntamiento presidido por José María de Santa Pau, que fue suspendido gubernativamente, tienen lugar en la localidad:

[...] rondas cantando canciones insultantes contra liberales y una muchedumbre de hombres y mujeres armados aquellos con garrotos recorrió calles dando vivas y muera profiriendo gritos subversivos, blasfemias e imprecaciones y golpeando y ejecutando otros actos agresivos contra casas señores Gasca, Sauras y otros, todo consentido y amparado por autoridades locales pues revoltosos iban acompañados por serenos y algunos Concejales.

49 La perspectiva, de Martínez Alier (1990). El matiz, de Folchi (2001). Profundizando en esta distinción entre conflictos «ambientales» y «ambientalistas», González de Molina y Ortega Santos (2004). Como indica Alberto Sabio en ese mismo volumen, la historia ambiental ha alcanzado su mayoría de edad como disciplina histórica. Dos jalones fundamentales en ese camino: el volumen de *Ayer* codirigido por González de Molina y Martínez Alier (eds.) (1993) y la recopilación de trabajos que diez años después hicieron los mismos autores (González de Molina y Martínez Alier, eds., 2001).

El mismo Sauras, que aparecía en el pleito por las aguas como uno de los propietarios del molino, es el que ahora ve agredida su casa. Sin más datos es complicado demostrar la relación entre unos hechos y otros, pero no es difícil imaginar que para la mayoría de los amotinados Sauras apareciese como uno de los culpables de las dificultades para acceder al agua tal y como se había venido haciendo hasta entonces. Novedades técnicas, empresas, cambios en los usos de los recursos..., de todo lo cual no puede deducirse que los que protestaban lo hicieran contra el progreso, sino más bien contra un determinado modelo de desarrollo y tratando de preservar, en expresión de González de Molina, «espacios vacíos de capitalismo». Este ejemplo subraya que las líneas de tensión políticas y sociales intracomunitarias debieran ser objeto, cuando las fuentes lo permitan, de consideración en el intento de una comprensión lo más amplia y profunda posible de los conflictos sociales del pasado.⁵⁰

Pero la *desarticulación* de unos usos tan vitales para la economía familiar (los comunales eran conocidos como el «pan del pobre») abarcó otros procesos de carácter conflictivo, como la competición entre comunidades vecinas por la titularidad, deslinde y disfrute de estos bienes, sobre todo cuando cada una de ellas promocionaba un uso diferente de los recursos, fuera este agrícola, pecuario o forestal. Servirá el acercamiento a dos casos concretos para pulsar este tipo de manifestaciones colectivas de descontento, aunque el primero de ellos no gravita en torno a la tierra sino, de nuevo, al agua. En la parte oriental de la provincia de Zaragoza el Ebro describe sinuosos meandros que encierran en bucles a los vecinos pueblos de Alborge y Cinco Olivas. Esa disposición geográfica hace del vado del río un asunto de vital importancia para los pueblos, por lo que no es extraño que entre ambos surgieran fricciones por la disputa de los aprovecha-

50 Calanda, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 169 y AHPZ, Pleitos civiles, 6312/5. El caso de Ojos Negros, en el suroeste aragonés, es un caso significativo porque, a diferencia de lo que puede ocurrir en zonas mineras, donde es habitual la protesta por la contaminación de las aguas que produce el lavado del mineral, lo que existe es una disputa explícita con la Compañía Minera Sierra Menera por las condiciones de acceso y uso del agua, poniendo así en primer plano el carácter social y económico del conflicto. Ha sido estudiado con detenimiento por Dobón Pérez (2004). Un caso similar, el de Mesones en 1912, en el que los pueblos de Mesones, Arándiga y Nigüella protestaron ante el gobernador civil para que la Compañía Minera Aragonesa no desviase aguas del río Isuela para usos industriales, en *HA*, 25-8-1912, n.º 5659. González de Molina (1996).

mientos de la barcaza que cruzaba el río. Si en agosto de 1904 eran los de Alborge los que se amotinaron contra una comisión de Cinco Olivas a los gritos de «¡matarlos! ¡a pegar fuego a la barca!», en los primeros días de septiembre fueron los de Cinco Olivas los que amenazaban a los de Alborge y disparaban trabucazos al barquero, obligando a la escasa guardia civil de la zona a multiplicarse para contener los conflictos.⁵¹

No fueron pocos los casos de disputas por cuestiones de riegos que se dieron por toda la región aragonesa, sobre todo en las zonas de vegas del Jalón y la propia ribera del Ebro. Layana y Sádaba (1895), Viver y Sestrica (1897), La Almunia y Ricla (1897), Plenas y Moyuela (1905), Pedrola y Alcalá (1906), Cervera de la Cañada y Villarroja de la Sierra (1907), Pedrola y Figueruelas (1907) o Lumpiaque y Épila (1907) aparecen en la prensa emparejados por disputarse tal o cual derecho de riego o uso de acequia. El *Heraldo*, ante el rosario de conflictos, dedicó en 1907 un artículo editorial a la cuestión de los riegos, pues «los conflictos surgidos entre los pueblos son muy numerosos y muy graves porque amenazan seriamente el orden público». Cifrabá el motivo principal de estos en que «no han seguido una proporción análoga las innovaciones de los cultivos y el sistema de los riegos», multiplicándose las cosechas y exigiendo más agua, pero permaneciendo los riegos «tal y como los establecieron los árabes o cuando más [...] los reformadores del siglo XVIII». En efecto, la propia Diputación Provincial alude a antiguos acuerdos para emitir justicia en los pleitos, como las concordias entre Sestrica y Viver (1746), Tudela y Tarazona (1695), Ariza y Monreal (1669) o Calatorao y Salillas (1634), cuando no

51 Los motines, en *HA*, 31-8-1904 y 14-9-1904, núms. 2768 y 2780. Hubo un intento de mediación a través del Gobierno Civil, pero todavía en 1906 la madeja del pleito seguía enredándose más si cabe: el alcalde de Alborge comunica que los vecinos están dispuestos a dejar pasar en la barca a los de Cinco Olivas, mientras no circularsen con sus carros por la calle Mayor del pueblo, lo cual se temía constituyera nuevo motivo de discordia. Ante el fallo del Ministerio de Fomento, favorable a Cinco Olivas, el alcalde de Alborge declaró que «no entrarán ellos en nuestro pueblo, porque hasta las mujeres, desde las ventanas, los hostilizarán como a enemigos irreconciliables». El fallo disponía la construcción de amarres para la barca en Cinco Olivas, temiéndose alteraciones del orden en Alborge por este motivo: indolencia en la retirada de piedras del camino, destrucción del puente de la acequia, etc. (*HA*, 27-4-1906, n.º 2425; 22 y 30-5-1906, núms. 2446 y 2453; 9 y 15-6-1906, núms. 2463 y 2467). En este proceso los ánimos «enconados» podían dar lugar a situaciones como que treinta vecinos de Alborge se presentaran en un monte que venían utilizando los de Cinco Olivas para exigirles que no apacentaran allí sus ganados (*HA*, 18-1-1905, n.º 2892).

a «costumbres de inmemorial no interrumpidas». Por aquí es por donde es posible conectar algunas de estas manifestaciones de protesta con la actividad estatal, que es objeto de las iras vecinales no en el origen del conflicto, pero sí casi siempre cuando interviene para impartir justicia, «una especialísima justicia hidráulica que tiene muy poco de justicia», argumenta el *Heraldo*. Fue la presencia por sorpresa del Juzgado de Belchite para destruir los malecones del río lo que exasperó los ánimos en Plenas contra Moyuela, que había elevado el pleito contra ese uso «inmemorial». Y en el conflicto entre Alcalá y Pedrola por la acequia de Santiago, los alcaldes culpaban al gobernador de no resolver con diligencia el asunto y hacer recaer sobre las autoridades locales la responsabilidad de «lo que pudiera ocurrir». Poco después, seiscientos vecinos armados de Pedrola marcharon hasta el límite de Alcalá, donde les esperaban los vecinos «dispuestos a dirimir sangrientamente el pleito».⁵²

Pero no hemos contestado a la cuestión sobre el origen del conflicto. ¿Estamos ante reacciones instintivas y codiciosas de los habitantes de los pueblos por el agua, o bien el conflicto deviene de otros factores y procesos por encima de rivalidades locales? El tópico del campesino aragonés le endosa una sed casi genética y un rudo carácter condicionado por los extremos a los que lo somete la tierra y el clima («un inmenso país muerto, con algunos rincones en los que abunda la vida: eso es Aragón», sentenciaba el observador francés Valdour). Sin embargo, junto a las dificultades de adaptación a las condiciones climáticas y la imprevisibilidad que acompaña a la actividad agrícola en toda sociedad rural, en ese sentido no mayores que en otros contextos geográficos, hay otros factores de tipo histórico y social que ayudan mejor a comprender el conflicto. La fuerte presión privatizadora que se da en los montes comunes de la tierra baja del valle del Ebro, los cambios en la estructura de la propiedad de la tierra, y el cambio en la utilidad de los recursos que ello pudo conllevar, son quizás los principales. Un proceso histórico en el que, con diferentes fines, entraban en competición

52 Layana y Sádaba, en *DAZ*, 18-9-1895, n.º 8249; Viver y Sestrica, en *HA*, 11-6-1897, n.º 515; La Almunia y Ricla, en *DAZ*, 4-8-1897, n.º 8883; Plenas y Moyuela, en *HA*, 26-8-1905, n.º 3215; Lumpiaque y Épila, en *HA*, 5-9-1907, n.º 3899. El artículo «Los riegos», en *HA*, 5-9-1907, n.º 3899. Los acuerdos a los que aluden los informes de la DPZ, en la sección Fomento, leg. VIII-444, exp. 5874; y leg. VIII-459, exps. 537, 31, 1008 y 70. Lo de Pedrola y Alcalá, en *HA*, 17, 30 y 31-8-1906, núms. 2520, 2532 y 2533.

ganaderos locales, grandes propietarios y las familias campesinas, los unos para roturar y ampliar los patrimonios, los últimos deseando participar en el reparto para cubrir necesidades bastante más perentorias.⁵³

Al hilo de esto último traemos a colación el segundo ejemplo que queremos presentar de disputas competitivas, la de Rueda y Lumpiaque por el uso de una cantera cercana. En mayo de 1906 los de Lumpiaque se plantaron en manifestación ante el Ayuntamiento para reclamar su derecho a la extracción de piedra de la cantera, algo a lo que se oponía Rueda esgrimiendo la exclusividad que el Estado le había concedido en el aprovechamiento de dicha cantera, y la confirmación de este hecho por el pago que Lumpiaque venía haciendo a Rueda por obtener la piedra. Lumpiaque, por su parte, alega merma en los usos forestales desde que Rueda explota las canteras, «no pudiendo utilizar sus pastos ni leñar por no existir dichos productos», y protesta porque la Guardia Civil custodia los trabajos de extracción sin haberse fallado el recurso levantado a una resolución gubernativa favorable a Rueda. Lo que en realidad parecía esconderse tras el conflicto no era tanto el apego a unas costumbres más o menos antiguas, como los intentos de ambos pueblos por beneficiarse de la construcción de la central azucarera de Épila, a donde se debían dirigir las mayores cargas de material. Ello permite contemplar el conflicto con otro paisaje de fondo, el de los grandes negocios remolacheros agrícolas e industriales que con el cambio de siglo tratan de asentarse en el agro aragonés, y las disposiciones legales con que la administración, mediante su intervención en el uso de los recursos, pretende favorecerlos. Todavía en septiembre de aquel año tenía lugar una «imponente manifestación» en Lumpiaque, acudiendo unos 1300 vecinos al Ayuntamiento y luego, junto a las autoridades, a las canteras para intimidar a los trabajadores que llegaban en los carros custodiados por la Benemérita. Consiguieron hacer volver sobre sus pasos a los de los carros y los guardias hasta la llegada de refuerzos de Calatayud.⁵⁴

53 G.E.H.R. (1994). Valdour (1988), p. 43.

54 *HA*, 14, 15 y 16-5-1906, núms. 2439, 2440 y 2441. Estimamos que existe un error en la información que presta aquí el *Heraldo*, pues afirma que la primera manifestación por el uso de la cantera fue en Épila, cuando todos los datos indican que fue en Lumpiaque, sobre todo uno, el nombre del alcalde de esa localidad, Julián Adiego, que aparece en esa información sobre Épila y que coincide con la firma de una carta posterior de dicho alcalde explicando la cuestión. El conflicto sigue en *HA*, 12, 15, 17 y 19-6-1906, núms. 2543, 2546, 2547 y 2549.

Es cierto que, aunque el problema de fondo descansara sobre la articulación de diversos intereses y la delimitación de propiedades donde antes había recursos comunales, y que una consecuencia de ello fuera la competición intercomunitaria sobre predios, canteras y acequias cuyo uso ahora se escatima, la percepción vecinal del agravio se activaba con la llegada de algún representante de la autoridad o el conocimiento de denuncias interpuestas que consideraban injustas. La movilización de Lumpiaque comenzó cuando los de Rueda hicieron varias denuncias por extraer piedra de las canteras, y ya se ha visto lo que ocurrió con la llegada de los carros. Osera y Fuentes de Ebro mantenían un litigio similar por una mejana común, cuando en agosto de 1904 la Guardia Civil sorprendió en ella a unos cuantos vecinos de Fuentes cortando tamarices. Cuando al formalizar las denuncias les preguntaron sus nombres, salieron de entre la espesura unos cincuenta hombres rebelándose contra la Benemérita, «negándose a que se hicieran efectivas las denuncias y prorrumpiendo en voces y gritos de protesta, pues alegaban los leñadores que estaban en su propiedad y no debían ser molestados». Las denuncias fueron por corta de leña, aunque posteriormente, llegados refuerzos de Pina, se interpusieron denuncias por desacato a la autoridad que se cursarían por la vía militar.⁵⁵

Quizá una sola frase entresacada de la prensa pueda resumir el estado de ánimo de muchas de las comunidades en conflicto por las cuestiones aquí referidas: «Cuando los pueblos con la abrumadora centralización carecen de seguridad personal, de vías de comunicación, de riegos y de instrucción y de las garantías sociales que disfrutaban las ciudades, ¿es justo hacer más imposible la vida en ellos quitándoles los pocos aprovechamientos comunales que disfrutaban?». En realidad, cuando se habla de centralización se hace referencia a una situación en muchas ocasiones nominal, pues para el establecimiento de servicios de este tipo el Estado se vio forzado a delegar su gestión en las instituciones locales. Los asuntos públi-

55 HA, 29-8-1904, n.º 2766. El conflicto no terminó ni mucho menos ahí, sino que en diciembre se registró una agresión a tiros de los de Osera a los de Fuentes, vaticinando, si no se pone remedio «un día de luto para ambos pueblos». El Gobierno Civil ordena a la Guardia Civil que ejerza mayor vigilancia, y llama a los alcaldes para recomendarles que «prediquen temperamentos de prudencia y calma» (HA, 26-12-1904, n.º 2872). Un año después la comisión de la Diputación Provincial se reúne para emitir un dictamen sobre el «añejo y zarandeado pleito» (HA, 12-7-1907, n.º 3846).

cos con etiqueta «estatal» no dejaban de presentar un engranaje local. Por eso las protestas en torno de estas cuestiones se articularon en la mayoría de las ocasiones contra la autoridad del pueblo o la aldea.⁵⁶

Sobre la educación estatal, los frecuentes problemas de los pueblos con el pago a los maestros y los cierres de las escuelas hablan de las incapacidades del proyecto liberal para dar consistencia y continuidad al medio que pretendía ser la piedra de toque de la nacionalización de la población. *La Consecuencia*, el órgano de los maestros de Zaragoza, lamentaba en 1890 que con el cierre de las escuelas de Caspe, Sástago, Escatrón, Chiprana y Fabara, «cientos de niños vaguen errantes por calles y plazas cual si de uno de los aduares de África se tratara». También cerraron durante esa década los maestros de Plenas, Acered, La Almolda, Letux, Villafeliche, Mainar, Lécera, Tauste, Torrijo, Urriés, Moros o Leciñena, quien comunicó lacónicamente al gobernador que cerraba «por no encontrar a nadie quien le fíe alimentos». Los problemas de liquidez entre el cuerpo de maestros rurales debieron de ser constantes, llegando a solicitar al gobernador en 1894 que obligase al delegado de Hacienda a ingresar en la caja de primera enseñanza el importe de los recargos municipales recogidos por los agentes recaudadores. La magnitud del problema la ilustró *El Motín* con una viñeta en la que los maestros, macilentos y cadavéricos, acudían resignados a intercambiar sus medallas y méritos por panecillos.⁵⁷

¿Fue esta penosa experiencia motivo de protesta? ¿Hasta qué punto se percibió como una inadecuada gestión política? No son muchas las manifestaciones de descontento por este asunto, aunque sí bastante significativas. El problema en Caspe se resolvió solo momentáneamente, pues se volvieron a cerrar las escuelas en 1895, cuando los adeudos acumulados eran ya de tres años. Los vecinos no lo recibieron de buen grado, pues «según

56 *HA*, 28-9-1897, n.º 610.

57 *La Consecuencia*, 12-9-1890, n.º 18. *DAZ*, 14-11-1894, n.º 7965. Son tan frecuentes los apremios del Gobierno Civil a los alcaldes para que recaudasen los impuestos por educación y cárceles y pagasen a los maestros, que sería de todo punto tedioso enumerarlos todos. Acaso baste mencionar que Zaragoza era la cuarta provincia de España que más adeudaba a los maestros: el 6 % de los 7,5 millones de pesetas en 1894 (*DAZ*, 28-3-1892, n.º 7086). Se llegó a redactar un real decreto para facilitar el pago a los maestros, dando orden de prioridad a los ayuntamientos al pago de instrucción pública, beneficencia y sanidad, sobre cualquier otro tipo de gasto (*DAZ*, 20-4-1896, n.º 8430).

rumores que circulan por esta población, si pronto no se dan órdenes para que se abran las escuelas, se hará una manifestación grandiosa para protestar de la mala administración de nuestro municipio». Algo que sí llegó a suceder en Illueca, donde «un grupo inmenso de padres de familia» se presentó ante el Ayuntamiento en diciembre de 1904, protestando por el cierre de las escuelas de niñas. Hubo al año siguiente otra manifestación en Luceni protagonizada por todos los niños del pueblo y alentada por los padres, un acto «en extremo original» en el que pedían un maestro para la escuela. Los hechos de Lucena de Jalón nos hablan de una suerte de tutela paterna hacia la educación de los hijos extensible hasta la censura al maestro por la exhibición de ciertas actitudes reprobables. Del maestro «se tenía mal concepto por la poca asiduidad con que iba a la escuela» y, cuando se supo que había participado armado en una reyerta de mozos, se formó una manifestación contra él, que era además secretario del Ayuntamiento, reproduciéndose al día siguiente. En Paracuellos de Jiloca hubo una protesta a favor del maestro interino, que debía ceder el puesto al titular al presentarse este con un notario en el pueblo. «Y allí fue Troya», al iniciar los niños una protesta secundada por el vecindario en masa, «aclamando al maestro querido de todos, a quien no se permitió que dejara la escuela, pues la voluntad soberana del pueblo ordena y manda que siga en ella». ¿Estamos ante actitudes novedosas, teniendo en cuenta que probablemente la mayoría de esos vecinos no acudieron a la escuela durante su infancia? ¿Qué significa que medio centenar de vecinos se amotinaron en Magallón, al grito de «¡o todos o ninguno!», por no poder acceder a la escuela de adultos? ¿Hasta qué punto fue efectiva la insistencia de la literatura obrerista en el valor de la educación como medio de liberación colectiva, provocando la crítica a la administración por estas carencias? La conflictividad aparece en una línea argumental e interpretativa que, en trayecto de ida y vuelta, viaja de lo general a lo particular, de lo estatal a lo local.⁵⁸

58 Lo de Caspe, en *DAZ*, 24-1-1895, n.º 8041. Las manifestaciones de Illueca y Luceni, en *HA*, 7-12-1904, n.º 2853, y *EN*, 11-4-1905, n.º 1194. Y las de Lucena de Jalón, en *AHPZ*, Sentencias criminales, 1897, n.º 129. Fueron procesados veinte vecinos, todos labradores, afincados en el pueblo, la mayoría casados, y todos ellos absueltos. Pero al año siguiente el maestro enviaba una instancia a la Junta Provincial de Instrucción, quejándose de que «intencionadamente le quemaron la puerta de la casa, poniendo en peligro su vida y la de su familia» (*DAZ*, 26-2-1896, n.º 8385). Parece que en este caso la protesta se inscribe dentro de unas difíciles relaciones entre los notables locales y los vecinos, pues unos meses antes de estos sucesos la junta de escuelas del pueblo se comunicó con el gober-

Lo mismo ocurre durante todo este período intersecular con otras parcelas del poder estatal que son gestionadas con un elevado grado de autonomía por las entidades locales. La administración de justicia no cuenta con legitimidad y provoca rechazo entre la población, registrándose en los archivos abundantes sentencias por enfrentamientos, insultos, amenazas y agresiones hacia jueces y secretarios. Estamos hablando de reacciones individuales ante embargos de cosechas, animales o bienes, o detenciones por pequeños hurtos que constituyen motivo de rebeldía y desautorización hacia los agentes con capacidad de impartir justicia. En el terreno de lo colectivo, las manifestaciones de descontento pretenden, en primer lugar, dejar claro que *junto* a las leyes liberales de la propiedad y el orden existe un código no escrito asumido por los vecinos, legitimado por la costumbre y defendido frente a la injerencia de otros códigos. Y en segundo lugar, hay que tener bien presente que este descontento se produce dentro de un marco local de relaciones de deferencia y desobediencia hacia la autoridad. En función de esto, lo que se castiga es el abuso y la utilización parcial del poder de la judicatura para incrementar beneficios o contentar a padrinos políticos. Dicho con otras palabras, pese a que en ocasiones los jueces actuaban como intermediarios y figuras de autoridad en los motines populares, su imagen más habitual entre el vecindario aparece adornada de arbitrariedad y servilismo hacia el cacique local.⁵⁹

El cuándo y el cómo de la puesta en escena de esta justicia «popular» se concreta en momentos fuertes y portadores de oportunidades de actua-

nador civil pidiéndole que no concediera a Miguel Arribas la autorización para ejercer al mismo tiempo de maestro y secretario (*DAZ*, 26-3-1895, n.º 8092). Lo de Paracuellos, en *HA*, 18-6-1913, n.º 6126, y Magallón, en *EN*, 7-11-1908, n.º 2309.

59 La fórmula del código popular «no escrito», tomada de E. P. Thompson (1989), p. 50. La relación de la justicia con el caciquismo, en Baumeister (1997), p. 146, y Shubert (1991), pp. 278 y ss. El asunto de la «justicia popular» podría enmarcarse en los estudios de «cultura popular». Michael Mullet (1990): «En el campo del derecho, un terreno en el que los cambios podían ser especialmente nocivos para los campesinos, tendían a buscar refugio en conceptos estáticos como la “buena ley antigua”, la costumbre, un conjunto de derechos y obligaciones que comprendían y sobre los que podían ejercer cierto control» (p. 90). La noción es similar a la de la «economía moral» thompsoniana del XVIII inglés, de ahí la necesidad de contextualizar los conceptos y no trasegarlos con excesiva alegría a través del espacio y el tiempo. Existe toda una tradición teórica que concibe la cultura popular en interacción con la de las elites, estableciendo una tensión dinámica entre la cultura hecha desde *abajo* y la hecha desde *arriba*. Por ejemplo, la introducción de Ginzburg (2000), Storey (2002) o Erice Sebares (2003).

ción, como las detenciones tanto de delincuentes como de vecinos implicados en la protesta, o la comunicación de sentencias consideradas injustas. Un inmenso gentío custodiaba en Calatayud el paso de una cuerda de detenidos por sus calles, camino del cuartel, por robo de un notable local, «escuchándose infinidad de silbidos, mueras y apóstrofes de todo género, que pintaban claramente la indignación popular». Similar indignación popular se produjo en Casetas ante la muerte de un vecino por un guardia, o en Daroca, donde una vez detenido un «bohemia» homicida «se aglomeró frente a las puertas de la cárcel casi todo el vecindario, pidiendo a grandes voces que se le entregara el reo para lyncharlo». También en Grisel quiso el pueblo «lynchar» a un vecino que disparó a otro por cantar rondas ofensivas. Ese mismo año un grupo apedreó por la noche la casa del juez municipal de Plasencia de Jalón. Y en Pastriz, cuando se supo que el cura había matado al hacendado Bernad, el pueblo se amotinó contra el prelado. Se apedreó el carro enviado desde Zaragoza para trasladarlo con el fin de que no saliera del pueblo, dándose «un momento apuradísimo» al creerse al detenido en manos de los grupos. Hubo de permanecer el cura detenido en la cárcel, en tensa espera mientras se sucedían las pedreas e intentos de asalto por parte del vecindario. Cuando se dispuso su salida, un cortejo formado por guardia civil montada y personas de influencia trataban de proteger la vida del detenido, «conteniendo la muchedumbre a cada paso y prometiendo justicia».⁶⁰

¿Hasta cuándo se extiende esta potestad de protestar contra jueces y sentencias que se consideran insatisfactorias? Es claro que el proceso de abandono del viejo código regulador de la vida comunitaria es lento, y que existen persistencias de este tipo de protestas hasta bien entrada la centu-

60 Lo de Calatayud, en *DAZ*, 28-2-1896, n.º 8387. En Casetas, «la multitud dirigióse a la casilla del peón caminero, y hubo momentos de verdadero peligro» (*DAZ*, 12-2-1896, n.º 8373). El asunto de Daroca, en *HA*, 1-6-1900, n.º 1790, y el de Grisel, en *HA*, 16-7-1900, n.º 1510. La pedrea de Plasencia de Jalón, con cuyo motivo se solicita al gobernador un puesto de Guardia Civil en el pueblo, en *HA*, 19-9-1900, n.º 1566. Pastriz, en *HA*, 21 y 22-7-1904, núms. 2733 y 2734. Mantenemos la ortografía original en «lynchamiento», que hace referencia al origen histórico del vocablo: el coronel irlandés de Carolina del Sur John Lynch, quien, revestido de una autoridad suprema por sus conciudadanos, condenaba y ejecutaba acto seguido, sin trámites, a los delincuentes sorprendidos en flagrante delito. Superada esa ley, quedó el vocablo para atender a los actos del pueblo que integraban ese tipo de administración directa de justicia. En Costa Figueiras (1907), p. 58.

ria. En 1907 hay todavía un grave alboroto en Zaragoza contra un padre que mantenía en pésimas condiciones a su prole. El Juzgado halló a los niños malnutridos, sucios y harapientos, y la prensa dio pábulo a una sórdida historia de malos tratos en la que la madrastra era quien salía peor parada. Al día siguiente crecía la indignación en la calle, sobre todo entre las mujeres del mercado, mientras se leía la edición de la mañana de la prensa y se extendía unánime «el fallo de la justicia popular». La inoportuna y acaso inconsciente salida de su casa del padre hizo inevitable el revuelo. Ante las imprecaciones y acusaciones del público, se refugió en la iglesia de San Felipe, respetando los grupos en un primer momento «el derecho de asilo», pero queriendo luego entrar en el templo y llegando a apedrear el atrio de la iglesia. Llegó el gobernador con fuerzas para acordonar la plaza y evitar el «lynchamiento», pero una vez se hubo decidido evacuarle llegaron los problemas con los cocheros. Entre las aclamaciones de los grupos se negaban a hacer el servicio, mientras llegaban más obreros que salían de fábricas y talleres cercanos y «era cada vez más incierta la determinación de las autoridades». Los periodistas se dirigieron al gobernador Sr. Tejón: «el conflicto es grave, a este hombre hay que llevarlo en coche celular y que el público vea que se le conduce a la cárcel». Así se hizo, entre carreras de las mujeres para intentar interceptar el vehículo y silbas «atronadoras» del vecindario de la calle Predicadores, donde se levantaba el edificio penitenciario. La multitud «vociferaba pidiendo ¡justicia, nada más que justicia!», lloviendo algunas piedras sobre la Guardia Civil que custodiaba la entrada y haciéndose dos cargas para que los grupos se dispersaran. Cuando ya se oían voces de «¡Arriba, arriba!», el fiscal propuso que dejaba ver el preso a una comisión. Hecho así, «bajaron y refirieron su visita y el público se dio por satisfecho». El gobernador, instaurada la tranquilidad, fue felicitado por «tolerar la expansión del público para evitar mayores males, en cuanto no pasó de vocerío justiciero». ⁶¹

A partir de la segunda década del XX comienzan a escasear este tipo de protestas. En 1910 hay disturbios en Magallón y Escatrón, y en 1913 tiene lugar en Paniza una manifestación de simpatía hacia dos inculpados en un homicidio, expresando los vecinos en la plaza su deseo de que los detenidos fueran conducidos sueltos y no amarrados: «ya que la desgracia los llevó a

61 HA, 4, 5 y 6-7-1907, núms. 3838, 3839 y 3840.

ese malhadado trance, quiso el pueblo demostrarles sus simpatías». Ahora bien, con ser escasas, no dejarán de producirse durante todo el primer tercio del siglo, e incluso hubo manifestaciones espontáneas de «justicia popular» en la Segunda República, en forma sobre todo de enfrentamientos con la autoridad por ciertas detenciones y las nociones comunes de justicia y estatus que se perciben como agraviadas. ¿Cómo interpretar este dato? ¿Como el asentamiento paulatino de una nueva cultura política o la resignación ante los cauces administrativos estatales? Para intentar contestar a este tipo de cuestiones hay que remontarse, desde el microanálisis de los pequeños grupos sociales, a las visiones macrosociológicas que incluyan la evolución del Estado y los procesos de cambio social, para con ello tratar de cerrar el análisis de los episodios de protesta vistos hasta el momento.⁶²

Si el localismo caracterizaba las motivaciones y objetivos de las formas «tradicionales» de protesta, es que cabe cuestionarse la capacidad de penetración del Estado finisecular en la sociedad rural. La administración de los asuntos públicos por parte de los gobiernos monárquicos precisaba del control directo que sobre el terreno proporcionaban los entes locales, y eso es algo que los estudiosos del caciquismo y del entramado político se han encargado de demostrar. Sin embargo, al mismo tiempo los espacios del poder local se mostraban portadores de símbolos que remitían a una instancia política superior, al Estado, y eso era sin duda asimilado en los marcos interpretativos de los estratos populares y trabajadores. Por eso, pese al carácter local del motín o la manifestación, en el fondo se estaba cuestionando la legitimidad estatal para exigir bajo la amenaza de la fuerza diferentes recursos. Esa idea, materializada en la ocupación física y diversas formas de violencia contra edificios que ostentaban la bandera nacional, como el Ayuntamiento, o contra la Guardia Civil como brazo armado de la autoridad, es lo que permite percibir el contenido *político* de todas estas muestras de descontento. Sin pretender resolver la tradicional polémica sobre la fortaleza o la debilidad del Estado, es preciso no pasar por alto los argumentos principales y la tendencia actual en la historia social y política contemporánea.

62 Magallón, en *HA*, 29-5-1910, n.º 4836, y Escatrón, en *HA*, 7-6-1910, n.º 4845. La manifestación de Paniza, en *HA*, 8-1-1913, n.º 5967. Un ejemplo de continuidad: en 1933 se amotina Fuentes de Ebro contra un conductor de autobús que atropelló a una niña, pretendiendo lincharlo al grito de «¡a matarlo!» y apedreando el vehículo hasta destruirlo por completo (Archivo del Gobierno Civil de Zaragoza, exp. 101-6).

Los autores que han abordado el asunto, si bien con matices, argumentan que factores como la crónica escasez de recursos estatales o la magra voluntad de las elites del sistema por incrementar la base de la comunidad política, junto a la fragmentación real del poder en cacicatos de taifas, gestaron el desapego de la población hacia las manifestaciones y prerrogativas estatales. Es obvio que muchas de las protestas sociales tenían que ver con estas carencias, sobre todo cuando de modo explícito se atacaba a los agentes fiscales, de montes o judiciales. La cuestión parece residir en el enfoque, pues parece más probable que en la escala de la pequeña comunidad rural el Estado sonara a «monstruo frío» o a «maquinaria voraz y ajena», nada débil en todo caso, del que había que protegerse más que esperar derechos y contrapartidas. Al mismo tiempo, como se ha podido ver, no pocos de los conflictos tenían raíces comarcales o locales, y en ellos jugaban un papel fundamental los sentimientos de pertenencia al propio lugar y al propio modo de hacer las cosas. En resumen, como advirtiera Manuel González de Molina, la alusión del discurso histórico al marco nacional no debiera servir únicamente para legitimar la consolidación del aparato del Estado, para demostrar que lo que sucedía en los pueblos y comarcas era tan solo una insignificante parte de una entidad mayor y más importante. Más bien al contrario, y sin perder de vista los procesos de transformación social, no hay que olvidar que la mayoría de las relaciones sociales y económicas del pasado discurrían en un ámbito espacial limitado, por lo que tampoco tiene mucho sentido hacer pasar toda problemática histórica por el prisma del Estado-nación.⁶³

63 Para González Calleja (1998*a*), el aparato estatal aparecía «infradimensionado, débil e inoperante» frente a la presión de los poderes fácticos tradicionales (Ejército, Iglesia, burocracia), lo cual aceleró su crisis de legitimidad entre la población. Por su parte, los sectores sociales marginales del régimen liberal, aprovechando este «contexto de vulnerabilidad estatal», se vieron obligados a instrumentalizar sus demandas mediante el despliegue de acciones contenciosas violentas (p. 540). Echando la vista hacia atrás aparece la interesante polémica mantenida por Borja de Riquer y Juan Pablo Fusi (1990) sobre el nacionalismo español. Sobre el Estado, Fusi defendía que a la altura del cambio de siglo España era una entidad política plenamente consolidada y vertebrada (da el visto bueno a los ítems: mercado nacional, urbanización, sistema nacional de educación, medios de comunicación de masas, opinión pública y socialización de la política), afirmación discutida por Riquer en ámbitos como el educativo o la socialización política. Posteriormente Fusi (2000) ha venido a reconocer cierto fracaso nacionalizador, poniendo el acento en la evolución social y la propia precariedad del Estado como causas principales. Por el contrario, el propio Riquer o Núñez Seixas (1997) señalan como causa principal la debilidad de las

En esa búsqueda de la tensión explicativa entre lo pequeño y lo general, y situando el enfoque de la historia social en la perspectiva de la percepción popular, resulta interesante el concepto de «habitus» de Bourdieu. Definido como «sistema de disposiciones en la práctica, [...] (como) la tendencia a actuar de una manera regular» que encuentra su fundamento no en una ley explícita sino en una lógica práctica relacionada con lo impreciso, lo espontáneo y lo incierto, constituye «el instrumento que permite articular lo individual y lo social, las estructuras internas de la subjetividad y las estructuras sociales externas». Es evidente que, pese a que Bourdieu lo articuló a partir de las prácticas relacionadas con las estrategias matrimoniales, este particular modo de hacer las cosas tenía en las comunidades campesinas mucho que ver también con la forja de identidades y la vinculación a estructuras informales de participación y movilización colectivas, y con la valoración de las normas y obligaciones que llegaban desde arriba, desde el Estado, desde el poder.⁶⁴

1.1.3. Las ideas, los protagonistas

Este código tácito en lo tocante a protesta colectiva es conocido, aceptado, articulado e innovado por los vecinos de los pueblos en el ejercicio cotidiano de los encuentros en la calle, en el mercado, en el trabajo o en la fiesta, siendo a través de la protesta como se revelan las notas legitimadoras de aquello que Thompson denominó «código popular no escrito». Era preciso cierto sentido grupal de agravio colectivo hacia ese código para poner en marcha la protesta. Si el concepto de *habitus* contiene implicaciones que ayudan a identificar las líneas de continuidad entre la costumbre local y la norma estatal, la «economía moral de la multitud» permite adentrarse con mayor claridad en los momentos de ruptura de ese engranaje y de percepción de ofensa de los modos y costumbres *habituales* y no

elites políticas nacionales. José Álvarez Junco (1998, 2001*a* y 2001*b*) ha venido más tarde a confirmar la debilidad estatal, aunando ambas causalidades. La crítica hacia la tesis de la debilidad de la nacionalización española, que ocultaría en realidad una nación imaginaria ideal que en realidad no desarrolló el país, en Ferrán Archilés (2004). En otro lugar el mismo autor atiende a la raíz local de la nacionalización (Archilés, 2002*b*). Lo del «monstruo», en Cruz (1995) y lo de la «maquinaria», en Castro Alfín (1989). La alusión, a González de Molina (2001).

⁶⁴ Bourdieu (1996).

siempre codificados. Su primera característica puede apreciarse en el ritual de la nivelación social, de cierta justicia elemental que emana de una visión dicotómica de la sociedad entre «pobres» y «ricos» que se explicita durante el motín. Cuando en La Almunia los grupos invadieron en tropel el casino, haciendo huir a los potentados por los tejados, alegaban «que los ricos no contribuyen como los pobres», destruyendo más tarde con el fuego la documentación de la administración de consumos y destrozando los talonarios y cajas recaudatorias que se hallaban en los hornos. «La mayor inquina se observa contra los ricos», apunta el corresponsal de la prensa, unas palabras que casi repetiría textualmente el reportero que cubrió el motín de Tarazona de 1895 cuando apuntaba que «manifiéstase mucho el antagonismo entre ricos y pobres». Aquí las mujeres comandaban grupos que, golpeando las culatas de sus armas contra las puertas, pretendían abrir las casas y tiendas de los más acomodados.⁶⁵

La cuestión remite en seguida a los lazos que fundamentan la cohesión interna y capacitan para la unificación de la respuesta ante los atropellos externos. La definición común de los agravios produce un aglutinador sentimiento de «nosotros» frente a la identificación de unos «ellos» responsables de la situación negativa (autoridades, elites), algo que en el marco de la comunidad rural es favorecido por la fortaleza de las relaciones primarias del tipo familiares y de vecindad. La evaluación de una situación como injusta, a través de la interacción cotidiana y la comparación con otros grupos sociales, más que la situación objetiva en sí, es por tanto la clave de la puesta en marcha de la protesta. Identidad común y percepción de injusticia van de la mano en la identificación de una situación como intolerable. El proceso de deslegitimación de la desigualdad, la imposición de lo que se percibe como nuevos y repentinos agravios externos, la violación de principios y valores a través de agentes de autoridad o la inoculación de determinados principios ideológicos o morales, producen en último término la indignación moral que alienta la protesta.⁶⁶

65 La Almunia, en *DAZ*, 20-4-1891, n.º 6751. En el motín de Tarazona la prensa zaragozana atribuye cierta responsabilidad de la gravedad de los sucesos a la actitud de las clases acomodadas: «Los temores injustificados de los pudientes (cerrando sus casas) han excitado más a los menesterosos» (*HA*, 22-12-1895, n.º 81). Thompson (1984).

66 Pérez Ledesma (1991). Klandermans (1997), desde el enfoque de la psicología social, trabaja el nexo entre percepción de injusticia e identidad. Pérez Agote (1986). Para comprender la importancia de las relaciones primarias en la «comunidad», Calhoun (1980).

¿De qué valores estamos hablando? Partiendo del presupuesto de que estamos realizando una generalización a partir de indicios, dada la imposibilidad de encuestar a los protagonistas, existen varias cuestiones que han de tenerse presentes en el análisis de la protesta popular del pasado. Ya se han visto reacciones ante la desigualdad económica y social, que han de enmarcarse en el ámbito relacional de la comunidad campesina. «Nosotros», los campesinos y pobres, los que labramos la tierra, frente a «ellos», los rentistas y señores, los que se reúnen en el casino para repartirse el poder del pueblo y colocarse en los juegos de la alta política. La primera demanda de los amotinados de Sariñena en 1905 fue que los vecinos que más adeudaban al Ayuntamiento fueran los primeros en ingresar las sumas y, luego, que el turno para pagar comenzase por los mayores contribuyentes, «sin saltar clase ni persona». Y en el motín de Calamocha de 1894 «los revoltosos», dueños absolutos de la población durante un par de horas, hacen publicar bandos «en los sitios de costumbre» y previo toque del tambor, advirtiendo que «en nombre de los pobres nadie saliera a trabajar el día siguiente, pagase consumos ni gremios de vinos, bajo pena de ser pasados por las armas».⁶⁷

De esta experiencia común como pobres respecto a otros grupos, surge también el recelo y la hostilidad ante el forastero que promete el beneficio rápido. En un mundo en el que lo azaroso cuenta en los ciclos productivos y donde la tierra rara vez otorga algo más que lo imprescindible para pasar las estaciones, quien practica caminos alternativos al esfuerzo debe ser objeto de desconfianza. En la zona vitivinícola de Cariñena se instaló, allá por el cambio de siglo, una pujante industria de alcoholes que se abastecía de la uva de los cultivadores locales. En Aguarón se produjo un motín cuando se supo que el comerciante francés ya había comprado el alcohol industrial para hacer las mistelas, violando así el previo compromiso que pactaba la adquisición de uva si mediaban ciertas modificaciones en los plantíos. Un grupo de vecinos colocó una mesa en la plaza, invitando a quien pasaba a firmar su compromiso de salir a la estación para quemar los convoyes de alcohol. Poco después se apedrearon las ventanas y balcones del industrial, y el alcalde huía para ponerse a salvo. Y en la vecina villa de Cariñena sucedieron hechos análogos en cuanto corrió la noti-

67 Sariñena y Calamocha, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, legs. 174 y 169, respectivamente.

cia de que ciertos compradores ofrecían un precio más bajo del pagado a algunos grandes propietarios. Los grupos fueron aumentando, dirigiéndose luego «numerosa turba» a la casa del mayor comprador, rompiendo la puerta y varios cristales y penetrando en ella sin hallar al inquilino, que había huido por la parte de atrás. En ambos casos son los «vicultores modestos» los protagonistas de la ira popular, los que castigan, como se explica en la crónica de lo de Cariñena, la especulación que los intermediarios practican al esperar al último momento para fijar (a la baja, claro), los precios.⁶⁸

Otra faceta de la identidad colectiva en la comunidad rural es aquella que trata de afirmarse en las costumbres y usos propios frente al efecto avasallador de las exacciones estatales y sus sistemas punitivos. En ese sentido, las relaciones que se dieron entre el cuerpo social y las elites, así como la capacidad de actuación de los sistemas campesinos de organización y gestión (generalmente de tipo informal, más cercanas a los ámbitos de la sociabilidad cotidiana que de la autoridad oficial), son elocuentes. Es difícil imaginar acciones de protesta sin un cierto grado de autonomía local, sin el papel aglutinador de cofradías, hermandades, comunidades de regantes..., y sin la percepción de la lejanía y enemistad del ente estatal, tan solo perceptible cuando de tiempo en tiempo sus agentes y guardias sembraban el pueblo de tristezas y lamentos. Es preciso, eso sí, relativizar la autonomía y el aislamiento campesino y poner de manifiesto que, pese a las líneas de fractura o identificación intracomunitarias, las relaciones de poder, los intereses enfrentados y las muestras colectivas de descontento también se hallaban presentes en el ámbito rural tradicional. Con quien los vecinos negociaban el voto a finales del XIX era con los potentados locales, que prometían a cambio caminos, carreteras, ferrocarriles o acequias, y que practicaban la donación del *favor* a cambio de la fidelidad de las voluntades. Pese a todo ello, cuando los amotinados actuaban lo hacían en nombre y defensa «del pueblo», como conjunto de vecinos «pobres» tras-

68 Lo de Aguarón, en *HA*, 10-10-1900, n.º 1583. Y lo de Cariñena, en *HA*, 19-10-1900, n.º 1591. En Cetina los vecinos se amotinaron contra un rematante de montes «por temor a que empleara jornaleros forasteros» en sus trabajos (AHPZ, Sentencias criminales, 1893, n.º 91). Estas cuestiones del comportamiento campesino, en los textos de Bailey y Dobrowolski que aparecieron en el volumen editado por Shanin (ed.) (1979). Una valoración crítica sobre los acercamientos al comportamiento campesino, en Fontana (1997).

pasados por la penalidad y la injusticia, y esa es una razón legitimadora de la rebeldía que no conviene olvidar.⁶⁹

Todo esto permite introducir la cuestión de la *cultura popular*, entendida como clave interpretativa del entorno y, al mismo tiempo, como plataforma y ocasión para poner en práctica la protesta. Los símbolos y los ritos tienen una gran capacidad para vehicular, interpretar y canalizar nuevas situaciones, pudiendo pasar, a través de su faceta catártica, de instrumentos de refuerzo del orden social a explicar espacios de subversión en los que se pueda introducir el debate y la opinión sobre las nuevas motivaciones e inquietudes. En otras palabras, espacios donde, sin perder de vista la tensión dinámica con la tradición, pueda darse el juego del cambio social. Se trataría de observar que los ritos no son únicamente un reflejo de la sociedad, sino que, de modo dialéctico, forman parte de ella y, planteando los conflictos, permiten la crítica al orden político y social. Y que, en última instancia, subrayan los rasgos de identidad local y refuerzan la solidaridad comunitaria. Bien a través de denuncias públicas de corte moral, bien a través del planteamiento de límites al ejercicio de la autoridad y la ocupación de tiempos y espacios al margen de esta, la costumbre tiene un papel central en las pautas de conducta y los valores morales que se pretenden defender.⁷⁰ Los mismos símbolos utilizados para movilizar al vecindario nos hablan de algo que se ha venido trabajando en los últimos tiempos, del carácter «instrumental» de la cultura. Se utiliza el cuerno para llamar a los vecinos a amotinarse en Azuara, Sariñena o Herrera; se tocan las campanas a rebato en Calanda o Vera de Moncayo; suena el tambor en Calamocha para anunciar los bandos editados «en

69 Esta línea fue asentada por los trabajos de la llamada «tercera generación» de estudiosos de las revoluciones, como Eric Wolf, Landsberger, Skocpol o Barrington Moore, Jr. Es conocida la frase del primero de ellos de que «una rebelión no puede empezar en una situación de impotencia total; quienes carecen de poder, son víctimas fáciles». Un resumen nominal y teórico, en Goldstone (1980). También Jenkins (1982). Shubert (1992) abordó las cuestiones de autogobierno y vigilancia moral de los pueblos (pp. 277 y ss.).

70 Un caso paradigmático, el de Torremocha, en Teruel, donde se promovió un motín con motivo de haber ordenado el Ayuntamiento la poda del hermoso olmo que se erigía en la plaza del pueblo. El «venerado árbol», de casi siglo y medio de existencia, aglutinaba la vida pública de la comunidad rural, y no se permitió la desaparición de la sombra bajo la cual «habían pasado tantas generaciones», precisamente como garantía de que otras tantas habrían de cobijarse bajo ella. El olmo era para los vecinos un símbolo de identidad común (*ET*, 4-3-1894, n.º 407).

nombre del pueblo»; y en Codos se enarbola una guitarra que, «a guisa de banderín, servía de señal para que el vecindario abandonase sus casas y se unieran a la protesta». Pese a parecer obvio, no está de más subrayar que utilizar tal o cual artefacto *servía* de hecho para movilizar a los vecinos.⁷¹

Pero si hay un elemento estudiado en los trabajos sobre cultura popular y al que es inevitable aludir aquí, ese es el Carnaval.⁷² Es en efecto el símbolo de la inversión del mundo, de la liberación de las ataduras normativas cotidianas, de la extensión de la sátira y la burla hacia el orden habitual de las cosas, de la protesta a través de la risa. El párroco de Luceña de Jalón escribía al arzobispado en 1900 que

el día 26 de febrero, segundo del llamado Carnaval, varias personas de este pueblo tuvieron la pésima ocurrencia de parodiar disfrazadas el acto de la celebración de un matrimonio, y principalmente una de ellas estaba disfrazada, si no precisamente con hábitos u ornamentos, con cosas parecidas como sayas negras o enaguas que simulaban sobrepelliz y sotana y un bonete hecho ex profeso: acompañando todo de palabras indecentes.⁷³

71 El término «cultura popular» ha sido utilizado con frecuencia para indicar un residuo de formas culturales inoperativas, fosilizadas y conservadoras. Recientemente se ha rebatido en diversos volúmenes esta visión, subrayando el carácter instrumental de estas manifestaciones culturales: Cruz y Pérez Ledesma (1997), Jorge Uría (2003). Interesante es al respecto el balance del mismo autor sobre este tipo de estudios en España (Uría, 2001). Desde el ámbito antropológico, Honorio Velasco (1982). La frecuente conexión entre fiesta y protesta, en Pitt-Rivers (1984). En los orígenes, Hobsbawm y Rudé (1985).

72 Tres obras desde la antropología: Caro Baroja (1979); Gaignebet (1984); Bajtin (1987).

73 ADZ, caja 3201. En el Domingo de Carnaval de Fuentes de Ebro de 1890, un hombre disfrazado de oso ronda las calles y, al descubrirse por un grupo de jóvenes que es forastero, es objeto de una agresión (AHPZ, Sentencias criminales, 1890, n.º 122). En el Carnaval de Ariza de 1896 hubo un altercado con un vecino también vestido de oso y otro sobre quien se había abalanzado «para imitar con más propiedad las cualidades brutales del animal que representaba» (AHPZ, Sentencias criminales, 1897, n.º 72). La fiesta como buena ocasión para la protesta, por ejemplo en el Carnaval zaragozano de 1898, cuando en las celebraciones varios sujetos se dirigieron a unos guardias de consumos diciendo «que los más alcahuetes eran los consumidores» (AHPZ, Sentencias criminales, 1898, n.º 290). Es corriente que durante esta década los comentaristas de los periódicos no pierdan ocasión de rechazar esta fiesta popular: «las bromillas de nuestros campesinos consisten en masacrarse la cara con sebo, vestirse con los más repugnantes harapos, recorrer las calles dando gritos o imitando los animales que de continuo los rodean y arrojarse tierra y estiércol» (HA, 23-2-1903, n.º 2304). En Teruel se celebra también la «civilización» de la fiesta: «hemos observado con gusto que este año las serpentinas, confetti, carnavalinas, etc, han sustituido a la harina, agua sucia y otras cosas que antes se arrojaban a los transeúntes, lo cual prueba que el Carnaval va perdiendo su parte brutal» (*Heraldo de Teruel*, 6-3-1897, n.º 23). Lo mismo

La fiesta, sin embargo, y aun contando con una tradición secular, comienza a languidecer en estos años finales del siglo XIX, acorralada por la visión peyorativa de los comentaristas urbanos y diluida tanto por las nuevas costumbres irradiadas desde las ciudades como por el desprecio de la religión católica contra las mitologías, rituales y bestiarios de la fiesta tradicional. A pesar de ello perviven diversos elementos como las encerradas,⁷⁴ rondas de mozos,⁷⁵ coplas «de picadillo»,⁷⁶ fiestas de

ocurre en las páginas de la prensa oscense: el éxito de los espectáculos «cómico-líricos» desautorizan las diversiones carnavalescas, «poco apropiadas a la perfección progresiva de los temperamentos y hábitos populares» (*Diario de Huesca*, 27-2-1895, n.º 5626).

74 En Moyuela, por ejemplo, se quejaba el cura de que un viudo y una viuda «viven malamente hace unos años», juntándose «cuando quieren por el día y por la noche según fama pública», y que quizá se casarían si no fuese por «no sufrir y aguantar los ruidos y estrepitosas manifestaciones de lo que llamamos encerradas» (ADZ, caja 3220). En Torrellas la autoridad se presentó en la plaza para evitar la «matraca» o encerrada que grupos de mozos iban a dar a un vecino (AHPZ, Sentencias criminales, 1893, n.º 3), y en Fuentes de Jiloca varios jóvenes dieron una encerrada a una viuda que contraía segundas nupcias, bailando y dando fuertes voces en torno a una hoguera que hicieron frente a su casa (AHPZ, Sentencias criminales, 1896, n.º 184). No solo se daban en los pueblos, sino que también podían escenificarse en Zaragoza, como la ocurrida en 1892 para *obsequiar* a un vecino que se casaba por segunda vez: «El escándalo llegó al colmo; la aglomeración de instrumentistas hacía de todo punto imposible el tránsito; el ruido y estrépito eran fenomenales; la gritería inmensa», se quejaba el redactor en *DAZ*, 7-4-1892, n.º 7095.

75 En Saviñán rondaban varios mozos en la noche del Domingo de Pascua, cuando fueron conminados por el sargento de la Guardia Civil a retirarse. Hubo palabras, se oyeron amenazas («Dadle hierro y fuego!») y un motín contra la detención de varios vecinos que detuvieron a un guarda que iba a disparar al grupo (*DAZ*, 7-4-1893, n.º 7406). Era habitual el enfrentamiento con la autoridad por estas cuestiones. En Salvatierra había mozos rondando, cantando «coplas escandalosas», y cuando los concejales les mandaron retirarse, ellos les llamaron «pillos», «borrachos» y «granujas del Ayuntamiento» (AHPZ, Sentencias criminales, 1898, n.º 161). En Fuentes de Ebro, frente a la casa del teniente alcalde que había querido parar las rondas, «la insurrección adquirió proporciones alarmantes: insultos, blasfemias y epítetos groseros, fueron allí lanzados contra las autoridades» (*HA*, 19-3-1907, n.º 2728), y en Aragüés del Puerto la ronda arrojó piedras contra la autoridad (AHPH, Sentencias criminales, 1892, n.º 37). Son numerosas además las reyertas entre los grupos de rondas que se disputan el protagonismo de la fiesta, como la sucedida en Nonaspe, donde «el hecho de parar de tocar una ronda que intenta pasar o pasa delante de otra es obligado en el pueblo de Nonaspe y de rudimentaria etiqueta entre los jóvenes de dicho pueblo, hasta el punto que el faltar a ella indica insulto, desprecio, desafío o provocación» (AHPZ, Sentencias criminales, 1892, n.º 12). En Sos se enfrentaron dos rondas de mozos tras provocarse con varias jotas «de picadillo» (*HA*, 12-12-1904, n.º 2880).

76 Son numerosos los casos en los que se argumenta que las canciones «provocativas», «picantes», «mortificantes» u «ofensivas» provocan violencia, según se argumenta en las crónicas de las reyertas de Tarazona o Jarque (*HA*, 16-7-1900, n.º 1510, y 7-1-1902, n.º 1955,

quintos,⁷⁷ etcétera, que atestiguan la intensidad y extensión de las manifestaciones de la cultura popular y posibilitan con asiduidad el enfrentamiento con la autoridad local, sobre todo cuando esta se esforzaba por cor tapisar el terreno de la fiesta.⁷⁸ En La Cartuja surge el motín en 1902 cuando se detiene a un vecino que, desobedeciendo el mandato del alcalde, prende varios cohetes en las eras repletas de mies. El vecindario de Alhama se amotinó por las mismas fechas por no habersele concedido permiso para correr vaquillas, asunto este de las tauromaquias que de manera constante aparece en el epicentro de los conflictos entre los vecindarios y la autoridad, aun en fechas tan tempranas como 1879. En ese año y en las fiestas de Ansó, se produjo cierta tensión en la corrida que fue sofocada al instante, pero después algunas rondas se pusieron a circular por la población entonando «cantares insultantes contra los carabineros y soldados». De noche, sin embargo, el grupo de carabineros sufrió una descarga de trabucos disparada por un grupo de paisanos, muriendo un guardia y un vecino tras la réplica de los carabineros, y el alguacil durante el tiroteo posterior. El jefe militar considera los sucesos «una cuestión local y con

respectivamente), o en sentencias de casos similares en Pomer, Bijuesca, Villanueva de Gállego o Erla (AHPZ, Sentencias criminales, 1892, n.º 47; 1894, n.º 205; 1895, n.º 142; y 1896, n.º 254, respectivamente). Estas coplas solían aludir a relaciones que habían de pasar, según juicio popular, el precio del escarnio, como en Gelsa. «Había rumores en el pueblo respecto a las relaciones íntimas» que existían entre un jornalero y la mujer de su amo, que justificaron canciones «un tanto provocativas» (AHPZ, Sentencias criminales, 1890, n.º 131). Especial relevancia tienen las coplas cantadas a curas de los que se sospecha mantienen relaciones ilícitas con sus amas. En Nuévalos cantaron coplas «mortificantes», y después contaron en alta voz un cuento referido a un sacerdote que dormía con la casera, con alusiones más o menos directas al párroco (AHPZ, Sentencias criminales, 1896, n.º 48).

77 En bastantes pueblos de Aragón, como en otras muchas zonas de España, existía la costumbre de que los mozos del reemplazo, los quintos, plantaran en la plaza pública un *mayo* bien alto y recto, mejor si era mayor que el del reemplazo anterior. En Paniza colocaron en 1893 uno tan alto que los quintos previos lo aserraron por la noche. Sin embargo, al día siguiente aparecieron dos nuevos mayos plantados en la plaza (*DAZ*, 23-5-1893, n.º 7446). La competición también existía entre las rondas de quintos de diferentes años, como en Almonacid de la Sierra, donde acabaron a tiros (AHPZ, Sentencias criminales, 1898, n.º 243). Hablan de las rondas de los quintos Bajén y Gros (1999), pp. 38-40.

78 Thompson (1995) se acercó a la cencerrada, conocida en Inglaterra como *rough music* y en Francia como *charivari*: Natalie Z. Davis (1971). Su papel proveedor de formas de rebelión, en Alan Greer (1990).

motivo de las fiestas», si bien concede espacio a la precaución «por si pudiera obedecer a algún fin político».⁷⁹

Y es que las corridas de toros o vacas en las fiestas fue asunto al que las autoridades quisieron frecuentemente poner coto, dada la persistencia con la que daban lugar a tumultos y alborotos. El propio ministro de Gobernación tomó cartas en el asunto en 1882 ordenando a los gobernadores una reglamentación para encauzar «un espectáculo tan arraigado en las costumbres populares». Los altercados en las capeas dan lugar, por ejemplo, a conflictos contra los forasteros que trataban de humillar el orgullo local. Entre los vecinos pueblos de Moros y Villalengua se organizó una auténtica batalla campal a raíz de una banderilla que un mozo de Moros quiso quitar en las fiestas de Villalengua, una «chispa» que prendió la yesca de «la rivalidad que desde tiempo inmemorial parece que existía entre estos dos pueblos». Los locales increpan al osado y entonces un numeroso grupo de vecinos, «turbas» de hombres y mujeres de Moros, se abalanzan sobre ellos «cometiéndolo todo género de tropelías y barbaridades», amenazando a la autoridad del pueblo y haciéndose dueños de la localidad durante varias horas. Huido el alcalde, los vecinos del pueblo «invadido» se reunieron en la plaza y decidieron proponer a un propietario erigirse en autoridad y liderar al pueblo en la venganza de la afrenta. Él declinó, pero otro que había sido alguacil «se constituyó en autoridad, y después de ordenar el toque de somatén, dirigió a sus convecinos una alocución, encareciendo la necesidad de tomar la revancha». Esto bastó para que se armaran y salieran «todos a una» a buscar a los de Moros, a quienes ya no habrían de encontrar para consumir su venganza.⁸⁰

79 Los sucesos de Alhama y La Cartuja, en *HA*, 20-8-1902, n.º 2145. Los de Ansó, en *AHM*, Sección 2.ª, leg. 168. Otro ejemplo, el de Teruel, donde con motivo de las ferias de San Fernando, y al haber acudido a la ciudad mucha gente de los pueblos que debía atravesar la proyectada línea de ferrocarril Calatayud-Teruel-Sagunto, se pensó en hacer una manifestación de protesta por la dilación de las obras, «cuyas consecuencias podrían haber sido tal vez lamentables, por el número y estado de ánimo de todas las personas a quienes la construcción de la vía interesa y la punible apatía con que el asunto es mirado en altas regiones» (*ET*, 10-6-1894, n.º 421).

80 La comunicación a los gobernadores, en *AHN*, Gobernación, Serie A, leg. 32, n.º 3. El combate entre Moros y Villalengua, en *DAZ*, 18-8-1892, n.º 7237. Por el mismo motivo se amotinó Almonacid de la Sierra en 1903, «gritando que no era permitido matar el toro a los forasteros como lo era Gil, a quien intentaron agredir con palos y garrochas». Se oyeron «gritos contra los ricos y otras expresiones provocativas» en alusión a la familia del

Son numerosos los casos en los que se plantean conflictos similares con ocasión de celebrarse episodios festivos: el final de la lidia en las fiestas de Ateca de 1892, cuando los vecinos portaron en volandas a la res hasta la casa del alcalde, como protesta por la mansedumbre del animal; la manifestación de doscientos hombres en Calanda en 1901 por no permitirse la corrida, «dando voces subversivas de “Viva la Virgen del Pilar y que haya toros en Calanda”»; las pedradas contra la autoridad en las fiestas de la Virgen del Carmen en Zaragoza por tratar de reprimir «el abuso» del disparo de cohetes; la protesta «ruidosísima» con que los partidarios de la gaita exigieron en las fiestas de Monegrillo de 1906 que la banda contratada de Zaragoza dejase de tocar; o el motín de los mozos en Fuentes de Ebro, apedreando la casa del alcalde y el casino donde estaban las «personas influyentes», por no permitir correr las vaquillas. Son episodios que permiten vislumbrar, sin negar la brutalidad de ciertas acciones, algo más que primitivismo entre la población rural, algo que solía tener que ver con la política y el ejercicio del poder en su dimensión local.⁸¹ Algunos casos se acercan con mayor claridad a lo que pretendían evitar las autoridades, como en Orihuela (Teruel), donde, ante la bronca general habida en la plaza, el alcalde mandó detener a la cuadrilla, volviéndose entonces el público a favor de esta, «saliendo en manifestación dando gritos de viva la República, viva Carlos VII y fuera el alcalde». La mejor prueba de la funcionalidad que supone la fiesta tanto para la cohesión interna de la comunidad como para crear ocasiones para la protesta, es la persistencia de este tipo de fenómenos hasta bien entrado el siglo XX, desde las encerradas y rondas a los conflictos con la autoridad por la capea de vaquillas.⁸²

implicado. Exigieron mil pesetas en compensación, apedreando la casa en presencia de la autoridad, quedando los amotinados «apaciguados» cuando se mostraron las mil pesetas entregadas (AHPZ, Sentencias criminales, 1905, n.º 107).

81 Lo de Ateca, en *DAZ*, 19-9-1892, n.º 7237. Lo de Calanda, en AHM, Sección 2.ª, leg. 162. El alboroto de Zaragoza, en *HA*, 16-7-1901, n.º 1817. Lo de Monegrillo, en *HA*, 2-7-1906, n.º 2510. El motín de Fuentes, en *HA*, 9-10-1906, n.º 2568. Lo de Orihuela, en *DAZ*, 16-7-1892, n.º 7181.

82 Sin ir más lejos, hemos hallado noticias de encerradas en Jaraba en 1917 contra un novio forastero, y en Torralbilla en 1933, contra unas segundas nupcias. Sonados fueron los conflictos en Sarrión por la prohibición de las vaquillas en plena dictadura primorriverista: en 1926 hubo «perturbación orden público con desacato Guardia Civil», y en la madrugada del 17 de agosto de 1929 varios vecinos «recorrieron las principales calles de la población conduciendo una caballería asnal con unas antorchas encendidas, simulando un toro embolado, a la que maltrataban bárbaramente con unas varas, [...] dando lugar al desaso-

Encontramos por lo tanto que, a la hora de abordar la cuestión de la identidad y mentalidad de los amotinados de final de siglo, algunos factores son especialmente relevantes para su comprensión, como la costumbre y los hábitos forjados en los momentos de intensidad simbólica y ritual, como las fiestas. Pero, al mismo tiempo, se pueden observar manifestaciones conflictivas en las que son enarbolados argumentos explícitamente políticos, como las reyertas entre banderías locales en las que se mezclan lealtades clientelares, partidismos políticos y solidaridades vecinales. Era sobre todo en tiempos electorales, descritos por un diario como «semilleros de eternos odios y piedra de escándalos continuados», cuando con más frecuencia e intensidad se manifestaban este tipo de alineamientos. En Ateca sucedió una reyerta tras una discusión por unas elecciones, hallándose tan excitados los ánimos «que la Guardia Civil tuvo necesidad de cargar sus armas en previsión de que pudiera ser atacada» al concentrarse los dos bandos en el lugar de los hechos. Y en Sariñena, en una jornada electoral de algunos años más tarde, «no se oía más que el estallido de los disparos de pistola y trabuco».⁸³

En este sentido, los caciques locales podían movilizar las lealtades fidelizadas en los vecindarios, al menos a los partidarios más activos o involucrados, y crear con ello estados de opinión favorables a sus intereses mercantiles o políticos. La bandera de los intereses colectivos locales o comarcales, puestos en entredicho debido a supuestas injerencias del poder político estatal, solía ser muy eficaz al respecto. En Alcañiz se celebró en 1897 una «imponente manifestación» popular para protestar por el intento del gobernador de hacer dimitir al alcalde. Unas dos mil personas se hallaban frente al Ayuntamiento, y ante una pancarta que rezaba: «En defensa del derecho, Alcañiz al dirigir sus destinos, se adhiere incondicionalmente a la actitud de su Ayuntamiento y protesta contra los políticos perturbadores». Una protesta similar contra decisiones políticas que son percibidas como injerencias externas tuvo lugar en Tarazona

siego e intranquilidad del vecindario». El jefe de la Guardia Civil no duda en calificar los hechos como «protesta contra la supresión de las capeas y menosprecio de las autoridades», indicando que anualmente se repetían en el pueblo de Sarrión desde el estallido del motín (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 13, n.º 5).

83 El «semillero de odios», en *HA*, 14-9-1905, n.º 3231. Lo de Ateca, en *DAZ*, 22-4-1896, n.º 8432. Los «hechos deplorables» de Sariñena, en *HA*, 14-11-1905, n.º 2284.

cuando, tras las elecciones de 1907, llegaron varios delegados gubernamentales para realizar el escrutinio y proclamar vencedor al candidato ministerial, Sr. Senao, en detrimento del Sr. Lamana. En la plaza del Mercado se produjo «un movimiento de agitación y enorme griterío», tomando posiciones la Guardia Civil, que dio un toque de atención, «oído el cual la muchedumbre dispersóse en distintas direcciones en medio de ensordecedora gritería». Las tiendas y los establecimientos públicos cerraron sus puertas en previsión de desórdenes, y la fuerza tuvo que escoltar al grupo de Senao y sus partidarios, entre los gritos y silbidos de los fieles de Lamana.⁸⁴

Experiencias compartidas, percepciones comunes, ideas al uso, credos políticos..., falta, claro está, y usando la famosa expresión de Rudé, «encarnar» todo eso en los sujetos que vivían aquel tiempo histórico y que, como el pez en el agua, respiraban en aquella atmósfera de creencias, pensamientos y sentimientos. ¿Quiénes eran los integrantes de las «muchedumbres», los protagonistas de los motines, los que se encaraban con los guardias y la tropa? No existen muchas fuentes que aporten datos sobre las identidades de quienes se echaban a la calle en son de protesta. La principal, las sentencias criminales que juzgan los desórdenes públicos, dado que no ha sido posible acceder a las sentencias dictadas por los tribunales militares, explicitan con jerga administrativa diversas circunstancias personales que no se deben pasar por alto. Y que en cualquier caso refutan el punto de vista según el cual los integrantes de las multitudes en acción habrían de ser marginales, excluidos, criminales y forasteros o, como han aparecido en no pocos textos de escritores y opinantes, «gente vil», «populacho» y «chusma». El propio Cánovas del Castillo, en su faceta de historiador, y un historiador al tanto de las corrientes más en boga de las ciencias sociales del

84 La manifestación de Alcañiz, en *DAZ*, 27-12-1897, n.º 9028, y *HA*, 26-12-1897, n.º 685. Los sucesos de Tarazona, en *HA*, 25 y 26-4-1907, núms. 2765 y 2766. Se menciona además que la autoridad acuerda suspender las habituales serenatas con que se agasajaba a los candidatos elegidos. La funcionalidad de la costumbre, en su vertiente de mayor participación política, vuelve por lo tanto al primer plano, como sucedió en Sos ante la llegada del conde de la Viñaza en los días previos a las elecciones de 1893. La rondalla que durante su visita recorría el pueblo, ante su sorpresa y desagrado, entonaba «inocentes cantares» y prorrumplía en «atronadores vivas» al candidato contrario, el ministerial Mariano Arredondo (*DAZ*, 24-2-1893, n.º 7372).

momento, criticaba los excesos de «las turbas más odiosas e ignorantes», la «libertad de la canalla», el desenfreno que hace que «la hez de la sociedad suba a la superficie». ⁸⁵

Decía esto en Barcelona, en unos discursos pronunciados a mediados de octubre de 1888. De vuelta a Madrid hizo escala en Zaragoza para visitar a sus amigos políticos y descansar en casa de su correligionario Tomás Castellano. Al hacer entrada en la ciudad, y como dedicando una lección práctica al jefe conservador, se oyeron «silbidos, gritos, expresiones de protesta y desahogos» contra el distinguido visitante. «Como un copo de nieve y otro copo forman con la rapidez del rayo la avalancha que destruye y arruina», explica la prensa local, «entre las multitudes, que se parecen a la nieve en ocasiones, un grito, un silbido desarrolla ciertas tendencias y determina ciertas situaciones». La bola de nieve desembocó en lluvia de piedras contra la casa de Castellano y la dispersión de los grupos por un destacamento de la Guardia Civil. La prensa local calificó los hechos como «un momento de turbación» en el que «el exacerbamiento pudo más que la razón». Pero ¿quién protagonizó el altercado? Hubo dieciséis procesados por esta causa. Su dedicación profesional denota que se trataba de gente de humilde condición, pero no de mendigos ni vagabundos, pues había cinco jornaleros y labradores, un carpintero, un albañil, un fundidor, un zapatero, tres camareros, un comerciante, un empleado, un cantor y un músico, acumulando una edad media de veintiséis años y siendo cinco de ellos casados. No son muchos los datos que de ellos tenemos, pero son bastantes para afirmar que contaban con un oficio y familia, y por lo tanto con ciertos recursos materiales y emocionales que les separan de la imagen del «lumpen» hambriento y furioso, como habitualmente se caracterizó a los amotinados. ⁸⁶

Pocos meses antes se había producido el motín contra los consumos de Calatayud, que comenzó con el rumor de que se iba a celebrar una

85 Cánovas del Castillo (1888). La forja de esta opinión venía de lejos. Tras el motín de broqueleros de Zaragoza de 1766, Tomás Sebastián y Latre identifica como protagonistas de los sucesos a «holgazanes vagabundos enemigos jurados de la sociedad», «vagos pordioseros», «mujeres pordioseras» y «gente forajida y canalla», según Baras Escolá (1998). En el motín popular de 1855, en el que ante la crisis de subsistencia las mujeres de Zaragoza quisieron desamarrar y quemar las barcasas que se llevaban el trigo hacia Cataluña, se publicó un bando militar anunciando que «ladrones, vagos y maleantes de cualquier género» serían juzgados sumariamente (*La Libertad*, 15-11-1855, n.º 319).

86 *DAZ*, 19-10-1888, n.º 5970, y *AHPZ*, Sentencias criminales, 1890, n.º 42.

manifestación pacífica por las calles de la población. De nuevo se airea en la prensa el argumento según el cual la mayoría de la gente que formaba los grupos eran «desconocidos y hasta forasteros». Sin embargo, de los veintisiete procesados, veinte son naturales y vecinos de Calatayud y, como en el caso anterior, todos menos una (que es viuda) cuentan con un oficio, un factor determinante para medir el grado de inclusión en la comunidad vecinal: hay siete jornaleros, dos carpinteros, un cochero, un blanqueador, un medidor de grano, un cestero, un horchatero, un zapatero, un molinero, un herrero y un músico y cantor de iglesia. La edad media es de treinta años y once de ellos están casados. Parece por lo tanto que, más que desagregados sociales y gente de mal vivir, los amotinados se perfilan como vecinos que cuentan con un mínimo reconocimiento social y que actúan dentro de unos márgenes de legitimidad que no son ajenos al conjunto de la población. El mes anterior había tenido lugar el también grave motín de Tarazona, por el que fueron juzgados nueve jornaleros, un zapatero, un escribiente y una viuda, de los que, sin contar esta última, seis estaban casados. Los motines de Azuara (1892), en el que se indica que los inculpados son todos naturales y vecinos del pueblo, Acered (1894), donde se juzgó a once vecinos del pueblo de buena conducta, con instrucción y sin antecedentes penales, o Villarroya de la Sierra (1903), en el que fueron acusados siete jornaleros naturales y vecinos del pueblo, de buena conducta, sin antecedentes penales y con instrucción tres de ellos, también permiten perfilar rostros en la multitud bien alejados del tópico de la «chusma» dibujado por agentes del orden y autoridades políticas.⁸⁷

También en Fraga, tras el trágico motín de 1906, la prensa y los informes militares hablan de jornaleros, braceros del campo, vecinos y obreros «hambrientos» y mal aconsejados por «propagandas imprudentes». Tan solo conocemos los nombres de los diecinueve procesados en el subsiguiente consejo de guerra, pero, unido a ellos, un detalle aparentemente nimio remite a la pertenencia a una comunidad de vecindad: el apodo. Eso

87 Las sentencias de los motines de Calatayud y Tarazona, en AHPZ, Sentencias criminales, 1888, núms. 283 y 284. Los motines de Azuara, Acered y Villarroya, en AHPZ, Sentencias criminales, 1893, n.º 56; 1895, n.º 129; y 1905, n.º 107, respectivamente. Hemos intentado completar la información sobre la identidad de los amotinados de los que contamos con nombre buscando los repartimientos de contribución rústica del período, pero no hemos hallado esa fuente, «perdida» al parecer en un traslado de documentación entre archivos institucionales.

y que el cabo se jactase de poder reconocer tras los hechos al menos a un centenar de implicados, vuelve a indicar que los amotinados eran conocidos y naturales de Fraga, y no maleantes o agitadores forasteros. Precisamente el hecho de que solo fuesen hombres los procesados, a pesar de que «todo el pueblo, incluso mujeres y chicos» se vieran implicados en la manifestación y los primeros choques con la fuerza, remite a una cuestión de un gran peso específico, como es el de la participación de la mujer en la protesta social. En la crónica que el reportero enviado a Fraga elabora para el *Heraldo de Aragón* se esencian las imágenes más habituales con las que periodistas y comentaristas se acercaban al fenómeno:

Es brava, terca y ruda la gente de esta tierra. Es decidida y viril la mujer que lanza a su marido a la pelea, acompañándole sin temor. ¿Temor?... Ni aún lo tuvieron para llevar a la lucha los chiquitines de pañales. Con ellos en el regazo desafiaban a los guardias; dándoles el pecho infundían valor a los hombres. ¡Pobres criaturas! Si viven recordarán con gratitud a su salvador el cabo Bergua. En el ardor del combate —me decía este valiente— vi muchas mujeres con niños y quedé horrorizado. ¡Tirar a los pretiles! grité a los guardias, con objeto de hacer miedo y contener a la muchedumbre sin que me remordiese la conciencia de haber muerto a seres inocentes.⁸⁸

El párrafo daría juego para un comentario desde diferentes puntos de vista, desde el de la asociación que se realiza de la mujer con las imágenes del pueblo levantado en armas, hasta la profunda penetración en la sociedad de los discursos nacionalistas y eugenésicos que, en este final de siglo, priman la maternidad de la mujer como elemento clave de la evolución social y política nacional. Sin embargo, atendiendo exclusivamente a la acción y a la reacción de los actores en relación con la presencia de la mujer en el motín, hay varios subrayados que hablan por sí mismos. El cabo de la Guardia Civil da órdenes para evitar que las mujeres sean heridas, viendo en ellas «seres inocentes», acaso cegados por la exaltación. O eso admite, aunque no fuese difícil deducir el componente estratégico destinado a desconcertar a los guardias y disuadirles de abrir fuego. Si bien algunos estudios han analizado esta actitud como, pese al envoltorio de rebeldía, una aceptación en el fondo por parte de las mujeres del papel subordinado que el discurso burgués de la domesticidad articuló en torno a sus funciones, no es menos cierto que de hecho consiguen confundir a la fuerza

88 HA, 10-3-1906, n.º 2380.

y desviar momentáneamente el golpe. También menciona el cabo que las mujeres «lanzan» a sus maridos a la protesta. En efecto, ellas suelen comenzar el motín y alentar a los hombres a seguirlas. Los ejemplos son numerosos, también en Aragón.⁸⁹

Asomarse a este protagonismo femenino en la protesta significa no perder de vista la autoridad de que gozaba en ciertas facetas de la vida doméstica de la sociedad del pasado, sobre todo en lo que atañía al abastecimiento material y al estatus moral de la casa y de la comunidad. Esto último incluía la autoconciencia como grupo generador y preservador de vida, que motivaba por ejemplo protestas contra el modo de gestión de los alumbramientos o contra las personas que habían atentado contra ese principio básico. En Cabañas las mujeres se amotinaron en 1906 contra una vecina por haber dado muerte al hijo de una pariente soltera, queriendo atajar así la ignominia que se podría cernir sobre la casa en forma de burlas, críticas o murmuraciones. Al año siguiente las vecinas de Sástago protestan contra el expediente que una comadrona promueve contra otra partera. Como otros escritos han establecido con anterioridad, es el mercado un lugar privilegiado de expresión de esta, en expresión de Kaplan, «conciencia femenina». Zaragoza es un buen ejemplo de ello⁹⁰.

En su mercado es donde la participación femenina en la protesta aparece con mayor autoridad. Ya en 1892 las verduleras iniciaron una manifestación «espontánea» para conseguir el indulto para los condenados por el caso Conesa, un empresario muerto a manos de unos obreros, logrando el perdón del ministerio en el último momento. Fue asimismo el mercado el lugar al que acudieron primeramente los grupos republicanos y anticlericales en 1901, buscando su legitimación para llevar adelante la

89 Aportamos datos y abordamos estas cuestiones en Lucea Ayala (2002). Para el caso riojano, Gil Andrés (2002a). Claro, el debate o la duda sobre el sentido de estas acciones surge durante este final de siglo, en el que las mujeres tienen una función crucial en la construcción de la nación al convertirse en las responsables de su construcción biológica y cultural, y portar por lo tanto un papel básico en la producción de la vertiente simbólica del nacionalismo finisecular. Zancarini-Fournel (1999) y Caine y Sluga (2000).

90 Temma Kaplan (1990) denominó «conciencia femenina» a este sustrato relacional que alimentaba el desempeño exclusivo de ciertos roles dentro de la comunidad, como el cuidado material y el mantenimiento del buen nombre de la familia. Una idea para la que resulta fundamental la ocupación femenina de espacios como el mercado o el lavadero. En Kaplan (2003) retoma el concepto y sus implicaciones en la protesta colectiva.

protesta por la boda del ultraconservador conde de Caserta con la infanta. En 1904 las vendedoras realizaron manifestaciones y protestas contra el modo de adjudicación de puestos en el Nuevo Mercado, y a ellas acudieron ese mismo agosto los obreros en huelga general buscando cierta complicidad en su acción reivindicativa. En 1909 se conoce el fallo judicial por el que se condenaba a muerte por homicidio a dos hombres y se liberaba a la mujer acusada en el caso, a quien se le ocurrió «el desahogo» de pasearse por el mercado. «Ser reconocida y alborotarse todo el mercado fue cosa de un momento», hubo gritos, carreras e intentos de linchamiento por parte de unos grupos que, al grito de «¡arrastrarla!», acorralaron a la mujer en una tienda hasta la llegada de los guardias.⁹¹

Pero quizá fuera en 1899, durante los motines que por tres días conmocionaron la ciudad, donde con mayor claridad se manifestó el liderazgo de las mujeres del mercado en la puesta en escena de la protesta. Convocaban el cierre de tiendas las cámaras de comercio por los presupuestos de Villaverde, pero en seguida Paraíso y compañía se vieron desbordados por la acción popular. En la mañana del primer día «la animación observábase principalmente en el Mercado», donde las verduleras «comentaban fuertemente lo que se estaba preparando», disponiéndose a la huelga para seguir el movimiento general. Ese día fue en extremo agitado, con manifestación, cargas policiales, un muerto por disparos de los guardias, invasión del Gobierno Civil, intento de quema del convento de jesuitas y declaración de la ley marcial. Al día siguiente, en los mercados de la ciudad, «las mujeres comentaban lo ocurrido, gesticulaban, daban gritos descompuestos, hacían cálculos sobre lo que el día iba a dar de sí». Los mercados se poblaron rápidamente ante la expectación creada por los «ensordecedores gritos» de las mujeres. En un momento dado «las verduleras, cruzadas hasta entonces de brazos, aunque trabadas de palabras, decidiéronse a adoptar una situación

91 El motín de Cabañas, en *HA*, 26-4-1906, n.º 2428. Lo de Sástago, en *HA*, 25-6-1907, n.º 3829. Y el motín del mercado de Zaragoza, en *HA*, 29-11-1909, n.º 2654. Estos casos ilustran bien el marco del debate sobre la interpretación de la protesta femenina. Aparentemente las mujeres portan en el motín una elevada carga de legitimidad y disfrutan de un ancho margen de actuación, pero es significativo que todas las acciones estén relacionadas con ese espacio cotidiano en el que la mujer cuenta con responsabilidades, que no es otro que, en primer lugar, el alumbramiento de la vida y, después, el abastecimiento familiar. Unas responsabilidades muy en consonancia con los presupuestos que sobre la mujer maneja el discurso político nacionalista del momento.

activa y comenzaron por arrojar a un lado y otro canastos y hortalizas». Pronto se unieron a las mujeres «muchos chiquillos», y todos juntos cerraron una carnicería que permanecía abierta, apedreando los cristales. Del mercado salieron «grupos de amotinados», que poco después se enfrentaban de nuevo a las tropas. Las cargas hicieron «desparramarse las masas» por las calles, y algunos grupos fueron a dar de nuevo al Mercado, donde las mujeres persistían en sus gritos y exhortos. «Aquéllos y éstas hicieron causa común y la algazara aumentó de modo extraordinario». De nuevo se sucedieron cargas, carreras, tiroteos, heridos y pedreas. El capitán general de la región y gobernador militar por aquellos días, marqués de Ahumada, da cuenta al ministro de la Guerra del modo de proceder de los revoltosos, y de su pensamiento sobre las mujeres:

[Ordené] que la caballería cargase contra los grupos a cuyo frente iban siempre numerosos chiquillos menores de 16 años y bastantes mujeres que eran quienes chillaban y apedreaban a las fuerzas, huyendo precipitadamente en cuanto veían moverse hacia ellos los caballos, pero reapareciendo en otros sitios a los pocos momentos [...]. La naturaleza del enemigo infantil y femenino con que he tenido principalmente que habérmelas, prolongó el estado de cosas más de lo que hubiera deseado, pero lo he creído preferible al triste espectáculo de sembrar las calles con algunas docenas de cadáveres de chicuelos y mujeres que fueron los únicos agresores constantes de la fuerza pública.⁹²

Ya se ha comentado que esta autoridad de las mujeres para lanzar la protesta está vinculada a la presencia en espacios públicos de trabajo y sociabilidad como el mercado, relacionados con la subsistencia familiar. Pero no solo. Existen manifestaciones de protesta en las que entran en juego otros elementos básicos para la subsistencia, como son el agua y la tierra en el medio campesino. En Nombrevilla fueron grupos de mujeres y chicos los que retornaron a su original el cauce de las aguas que el Ayuntamiento había desviado, y fueron las mujeres de Villanueva de Jiloca las que poco tiempo después se amotinaron contra la construcción de un azud que creían que perjudicaría las casas del pueblo durante las eventuales avenidas. Algo parecido sucedió cuando se quisieron cobrar atrasos por roturaciones de tierras en Quinto en 1908. Las mujeres se amotinaron «y se armó fenomenal griterío», y más tarde intervinieron los hombres, apedreando las casas del Ayuntamiento, alcalde y secretario, penetrando en el

92 AHM, Sección 2.ª, leg. 174. El relato, en *HA*, 27 y 28-6-1899, núms. 1130 y 1131 y *El Liberal*, 28-6-1899, n.º 7205.

café, donde rompieron mesas y vajillas, y lesionando al alcalde, que allí se había refugiado, suspendiéndose el cobro hasta la llegada de fuerzas por orden del gobernador. De igual modo se levantan las mujeres en demanda de cuestiones relacionadas con sus trabajos en los lavaderos, espacios exclusivamente femeninos y especialmente importantes en la forja de relaciones cotidianas generadoras de cohesión y opinión. En 1885 las lavanderas de Zaragoza se habían venido quejando a la autoridad por el estado de los lavaderos públicos, hasta que aquélla los acondicionó, recibiendo en agradecimiento una bulliciosa serenata. Y cuando el Ayuntamiento de Alfajarín clausuró en 1906 los lavaderos por cuestiones de salubridad pública, se formó una manifestación de mujeres pidiendo su inmediata reapertura.⁹³

En definitiva, motines, algaradas, tumultos..., formas conflictuales de plantear demandas por parte de unos sectores populares que englobaban a trabajadores y vecinos integrados con eficacia en redes sociales como para establecer juicios comunes acerca de lo injusto o agravante de ciertas situaciones, y con recursos materiales y morales para entrar en acción y arriesgar en su jugada ante la autoridad. Frente a ellos encontraron con asiduidad a la fuerza pública, signo inequívoco del modo como el poder político interpretaba la protesta: como un «desorden» del orden público. La militarización de la vida social y el manejo discrecional de las garantías constitucionales son la mejor prueba de ello, una postura que en buena medida se nutría de las opiniones y prejuicios de muchos ensayistas y escritores sobre la motivación criminal de los protagonistas, aireados en artículos de prensa y volúmenes de éxito académico en la ciencia social del momento.

1.1.4. La respuesta del orden

Para la cuestión del orden público regía la ley de 1870, una ley que, con alguna modificación, se mantuvo en vigor hasta 1933. En ella se especificaban asuntos como las circunstancias bajo las cuales debía resignarse el mando a la autoridad militar, el tiempo de prevención y alarma que debía preceder al uso de la fuerza, o el momento en el que debían darse las

93 El motín de Nombrevilla, en *HA*, 30-3-1907, n.º 2738, y el de Villanueva de Jiloca, en *HA*, 10-7-1909, n.º 2518. Lo de Quinto, en *HA*, 25-5-1908, n.º 2165. La serenata de Zaragoza, en *DAZ*, 19-8-1885, n.º 4953, y la manifestación «feminista» (según la califica la prensa), en *HA*, 1 y 8-8-1906, núms. 2507 y 2513.

primeras cargas, «aprovechando la impresión que produce el ataque y persecución de los jinetes». Sin embargo, pese al intento de legislación de la respuesta frente al «desorden social», bajo el cual se escondía una concepción magmática y desbordante de la propia acción colectiva, se suscitaron «algunas dudas en cuanto a la interpretación de los [...] textos», viéndose en ciertas ocasiones quebrantada «la unidad de criterio con que deben aplicarse por todos los llamados a intervenir en tales conflictos». Mediante disposiciones legales y circulares se recordaba a gobernadores civiles y militares sus obligaciones y atribuciones, debiendo la primera resignar la autoridad en la segunda cuando las fuerzas de vigilancia y Guardia Civil se demostrasen insuficientes para contener o reprimir el alboroto. Lo cual no fue algo infrecuente. La excepcionalidad de la suspensión de garantías se hizo norma, llegando a limitarse los derechos constitucionales durante más de un centenar de ocasiones durante el período de la Restauración, acumulando un tiempo de veinticinco años con las libertades públicas gravemente limitadas en parte o todo el territorio nacional.⁹⁴

En efecto, la represión del «desorden social» constituye honda preocupación para quienes poseen la autoridad, y por ello la vocación del Ejército, además de salvaguardar la integridad e independencia nacionales, será la defensa de la patria «de los enemigos interiores», como viene consignado en la propia Ley Constitutiva del Ejército de 1878. Y como el propio Cánovas subraya en 1890 al pronosticar que «el ejército será por largo plazo, quizá para siempre, robusto sostén del orden social y un invencible dique de las tentativas ilegales del proletariado, que no logrará por la violencia otra cosa sino derramar inútilmente su sangre». La disposición de guarniciones en las poblaciones más importantes no es sino la consecuencia de este estado de ánimo en alerta constante y de la necesidad de «ocupación interior». Pero además del Ejército, la Guardia Civil, a través de una trama nacional de comandancias situadas en las cabeceras de comarca y de cuarteles en las localidades más pequeñas, y a modo de «tentáculos», hacía presente «al Estado central en cada punto del país», en palabras de López Garrido. Debe recordarse que la Benemérita, aunque dependía del Ministerio de Gober-

94 González Calleja (1998a). Algunos ejemplos de las disposiciones, en la circular con instrucciones a las autoridades militares de 1892 (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 60, n.º 8) o en las instrucciones enviadas a los gobernadores civiles en 1902 (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 63, n.º 12).

nación en aspectos como los sueldos, acuartelamiento y servicio, obedecía al Ministerio de la Guerra en lo tocante a conflictos de orden público. Su presencia y actividad ocupa todavía el lugar y las funciones que ya en otros países desarrollaban los cuerpos civiles de policía y vigilancia, ciertamente escuálidos en lo tocante a medios, número, especialización y organización en España. En clave de Estado, el hecho es interpretado por no pocos autores como otra muestra de las limitaciones del aparato político español, incapaz de articular un sistema represivo más flexible y adecuado a una disensión interna que cada vez tiene más que ver con la ampliación de los derechos de ciudadanía articulados en torno a cuestiones como la identidad regional o la clase, y cada vez menos con los típicos levantamientos armados y las intrigas político-palaciegas del XIX.⁹⁵

Era el modo en que se intervenía en los conflictos lo que concitó los odios más profundos hacia la tropa. «Por el más insignificante disturbio, por la protesta más inocente, por el grito más cándido se echa mano del sable o del maüsser y previa la intimación de rigor, siempre orgullosa y altanera, se hace sentir el imperio de las leyes a los rebeldes de modo hartamente abusivo y cruel», clama *Heraldo*. Sin embargo, lo que para algunos era un abuso, para otros constituía legítima defensa y justa porfía por dejar intacto «el honor de las armas». Pues de otra manera, se cuestiona *El Noticiero*,

95 González Calleja (1998a), p. 39, y en esta línea Castro Alfin (1991) identifica en la sistematicidad del recurso al Ejército una nota específica de la historia hispana respecto a otros países europeos (p. 114). López Garrido (1982) y (1987). La Guardia Civil asumió tareas como la vigilancia rural para perseguir fenómenos como el «bandolerismo», del que todavía hay algunas señales de vida en Aragón a finales del XIX, y del cual se habla como de un hecho residual que subsiste en algunas zonas del país debido «a la popularidad de que disfruta la gente aventurera, a la leyenda imaginativa que lo sostiene y al extravío que sufren las conciencias patrocinando ciertas ideas morales que no tienen ningún valor social», dicho con motivo de un tiroteo en Villamayor entre los guardias y tres ladrones (*HA*, 31-3-1907, n.º 2739). Por otra parte, si eran manifiestas las carencias presupuestarias en la Benemérita, lo eran más todavía entre los cuerpos civiles de policía, lo cual provocó no pocas quejas en las ciudades en crecimiento como Zaragoza, pidiendo más medios y la reforma general de los cuerpos para evitar, entre otras cosas, que «se les ponga en ridículo, despreciando su labor» («Una necesidad», *HA*, 10-12-1904, n.º 2856, y «Robos a granel», *HA*, 12-12-1904, n.º 2860). Las quejas tienen también que ver con el comportamiento de la propia policía, dejando al descubierto las carencias del sistema de ingreso en los cuerpos: «La indignación del vecindario tiene que estallar ante esas repetidas pruebas de *frescura* que nos vienen dando los individuos en los cuales se depositó una ilimitada confianza» («Escándalos», *HA*, 27-8-1907, n.º 3890). Las palabras de Cánovas, citadas por Payne (1968), p. 55. También, Ballbé (1985).

«¿cómo ha de quedar el prestigio de la autoridad fortalecido, si se consiente no ya silbar e insultar, sino apedrear y herir? ¿Desde cuándo la autoridad no ha de ejercer sus derechos y prerrogativas? ¿O es que a los proyectiles se ha de contestar con saludos de cortesía?». Lo que parece claro es que para los amotinados el comportamiento de los guardias tenía más que ver con lo primero que con lo segundo, como demuestran los hechos de Fraga en 1906 o, sin llegar a ese extremo, en muchas otras protestas de las pequeñas localidades del medio rural aragonés.⁹⁶

Sucede en Tarazona durante el motín de 1895, cuando un teniente de la Guardia Civil hiere con su sable a un vecino en la cabeza. «Los revoltosos se manifiestan en actitud hostil dando gritos y amenazando con hacer uso de las armas», debiendo la tropa a orden del comandante «envainar la bayoneta por petición tumultuaria». Los relatos coinciden en que este hecho desencadenó la mayor efervescencia del motín, sitiando «las turbas» el Ayuntamiento durante horas, pidiendo la entrega del teniente, que se había refugiado en el edificio junto con todas las autoridades. Los hechos le costaron al teniente coronel al mando, Sr. Joaquín Aguado, la apertura de un expediente al considerarse que, pese a las opiniones favorables que alcalde, obispo Sr. Soldevila, diputado provincial Sr. Lamana y otras «conspicuas» personas de la ciudad manifestaron respecto a sus intentos de solución pacífica del conflicto, obró con «lenidad» en tanto, siendo su misión obedecer a la autoridad local mientras no se agrediese a la Guardia Civil, «desde el momento en que se apedreaba la casa Ayuntamiento donde aquella se encontraba y resultó levemente herido un guardia, tenía deber de rechazar a los agresores» desplegando «más energía de la empleada».⁹⁷

Aunque también puede ocurrir que los «esfuerzos» de los guardias sean insuficientes y acaben «declarándose impotentes» ante los actos de protesta de los vecinos. Por detener a algunos que habían hecho cargas de leña en el monte se amotinaron los pueblos de Moneva y Sestrica contra los civiles

96 La primera cita, en *HA*, 29-10-1903, n.º 2513. La siguiente, en *EN*, 12-4-1903, n.º 570, siguiendo la estela de la comunicación interna que el inspector general de la Guardia Civil envió a los jefes de tercio acerca de la intervención de las fuerzas en motines y algaradas: «es preciso que la fuerza del instituto no permanezca impasible, dejándose apedrear, escarnecer y aun arrollar, como ha ocurrido en algunos casos» (reproducida en *La Opinión*, 29-11-1901, n.º 972).

97 AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 173.

en 1895 y 1896. También en Carenas hubo incidentes contra los guardias por detener tan solo a los agresores del agente recaudador, siendo que este había disparado anteriormente a un vecino. Al saberse que los detenidos iban a ser trasladados a la cárcel de Ateca, se amotinaron contra los guardias, «acorralándolos con ademanes amenazadores, y dando voces de “atrás”, “atrás”, obligaron a la benemérita a suspender la marcha». La gente, indignada por el trato diferencial que se daba al recaudador y a los vecinos, «empezaron a insultar a la guardia civil, pretendiendo arrollarla». El juez, «dada la efervescencia de las gentes, que, gritando y vociferando pedían la libertad de los presos», decretó que no salieran hacia Ateca, donde al día siguiente iba a tener lugar otro grave enfrentamiento entre vecinos y Guardia Civil.⁹⁸

Allí, tras el motín ocurrido contra la decisión del Ayuntamiento de cobrar los atrasos fiscales, llegaron en tren tropas de la Guardia Civil de los puestos cercanos. Al pasar en formación un vecino les lanzaba insultos e improperios, siendo al momento detenido y conducido hacia la cárcel. En seguida un grupo de más de cien hombres trató de liberarlo, «prorrumpiendo en denuestos contra la Guardia Civil, que ante la actitud de verdadera hostilidad de los paisanos, vióse en la necesidad de cargar los Maüsser y apuntar en acción de disparar». Al llegar a la cárcel se repitió la escena, «llegando los vecinos a luchar cuerpo a cuerpo con la guardia civil» en su intento de desarmar a algunos números, accediendo entonces, dada la gravedad de la situación, a liberar al preso. En el pueblo turolense de Ariño había tenido lugar por esos años una situación similar, cuando en 1897 la Guardia Civil detuvo a dos vecinos por una disputa sostenida durante una romería con varios del vecino pueblo de Albalate. Los vecinos impidieron la entrada al pueblo de varios guardias que iban a realizar diligencias, y cuando a ellos se les unieron los refuerzos de Oliete encontraron «un grupo como de doscientos hombres con armas de todas

98 Moneva, en *DAZ*, 19-11-1895, n.º 8300. Sestrica, en *DAZ*, 6-11-1896, n.º 8471. El motín de Carenas, en *HA*, 3-2-1899, n.º 1036, AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 169, y AHPZ, Sentencias criminales, 1900, n.º 6, donde se indica que el tumulto fue promovido por «un gran grupo de gente compuesto de hombres, mujeres y niños», aunque se detuvo, y luego se absolvió, a cinco vecinos, dos labradores, un alpargatero y dos jornaleros, todos naturales y vecinos del lugar, sin precedentes ni antecedentes penales, y dos de ellos con instrucción.

clases que le insultaban y amenazaron de muerte si pasaban a la población», afirmándose en la prensa que «no fueron pocas las mujeres que iban armadas de cuchillos». ⁹⁹

Los relatos de motines y tumultos remiten aquí y allá a la enemiga popular hacia la fuerza armada, que se manifiesta también con pedreas a los cuarteles (Villarroya de la Sierra, 1893) o, incluso, intentos de incendio de estos (Remolinos, 1894). ¹⁰⁰ Se trata de la contestación ante el modo en que los cuerpos armados gestionaban el orden público y sus prerrogativas ante la salida de los vecinos a la calle. Pero ¿qué percepción se tenía del «desorden» social para articular este tipo de respuesta militarizada? La Ley de Orden Público y los reglamentos de las fuerzas contemplan la intimidación verbal, pero dan por sentado que una vez ha estallado el motín se desencadena una fuerza de imprevisibles y crecientes consecuencias, una ola de violencia que desborda los cauces de la paz social. Es el pensamiento «volcánico» que sobre la protesta triunfó a finales del siglo XIX, que abundaba en imágenes meteorológicas y de fenómenos naturales o de símiles explosivos, y que bebía del positivismo científico finisecular y del psicologismo de la teoría social. Hay no pocas huellas de este tratamiento en el estilo periodístico de la época, como en esta nota escrita al hilo de las disposiciones ministeriales emanadas en 1885 por el temor a posibles desórdenes públicos:

El hambre, el más terrible de los elementos revolucionarios, extiende sus fatídicas alas sobre la clase obrera y una crisis general y terrible hace imposible hasta la vida de la clase media. Con estos negros trances ¿cómo no esperar una conmoción general? Créanlo nuestros lectores: la lava sube sin descanso y los bordes del cráter aparecen ya ennegrecidos por la proximidad del hirviente y abrasador elemento. ¡Hay [sic] del día en que la miseria sirva de gas impulsor

99 El motín de Ateca, en *HA*, 7-6-1900, n.º 1477, y el de Ariño, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 168, y *HA*, 29-4-1897, n.º 475. En Embid de Ariza se tiran pedradas a los guardias, resultando ocho detenidos por los hechos (*HA*, 24-1-1902, n.º 1970). En Mallén ocurre en 1904 un forcejeo entre paisanos y guardias con motivo de un alboroto que estos fueron a sofocar en un café. Al final no detienen a los agresores «porque en las inmediaciones había apostados bastantes paisanos en actitud expectante y poco tranquilizadora» (*HA*, 23-11-1904, n.º 2839). Se tiene noticia de que en Moyuela unos cien hombres agreden a tiros a los guardias civiles que iban a denunciarlos por cazar ilegalmente (*HA*, 20-1-1911, n.º 5110).

100 Lo de Villarroya, en *DAZ*, 5-4-1893, n.º 7404. Lo de Remolinos, en *DAZ*, 7-5-1894, n.º 7794.

a la erupción! El torrente devastará todo cuanto se oponga a su paso y las ruinas quedarán inservibles para otra reedificación. En suma: algo ocurre parecido a un movimiento.¹⁰¹

Los casos de los que existe más documentación permiten contemplar esta percepción de la «magmatización» de los amotinados. De los de Calatayud (1888) se apunta que «se desparramaron por el casco de la población, [...] *desbordándose* hasta el extremo de quemar también las puertas de la ciudad». Del caso del Fraga se comenta que «el instinto colectivo [...] es perenne causa de peligros si se *desborda* del fondo incierto y movedizo de los antagonismos sociales», pues «al más leve rozamiento relampaguea el odio como las culebrinas sobre el cielo negro de la tormenta y pronto el motín estalla como un grito rabioso, como un alarido de fiera». Durante la procesión del Corpus de Zaragoza de 1906, se produjo una «desbandada» provocada por la confusión de un globo con una bomba, cuando todavía quedaban cercanas las crónicas del atentado de Morral en Barcelona. La vistosa y ordenada procesión se convirtió de pronto en «hirviente multitud», en «ola que todo lo arrolló», sacudida por un pánico que cundió «como reguero de pólvora», en «avalancha de fugitivos» y «bola de nieve» que siembra el terror por las calles. También el redactor encargado de contar el motín de La Puebla de Híjar contra un recaudador homicida utiliza este tipo de imágenes, como cuando dice que «fue la de anoche una explosión formidable de cólera popular» que «no se ahogó en sangre» por la prudencia de las autoridades y las buenas palabras del alcalde. Sin embargo, a la mañana siguiente «la levadura seguía aún en activa fermentación y la gente joven se ha *desparramado* por las eras y demás lugares de trabajo» para alentar la entrada al pueblo de los labradores para vigorizar la protesta. Las gentes, pacíficos labriegos y honrados artesanos, devienen en «masa» durante el motín, nota que alude a su pretendido descabezamiento, pero también a su supuesta maleabilidad.¹⁰²

En efecto, es el momento de las elaboraciones sobre la «masa» tumultuaria, en las que se asumía la pérdida de la capacidad de raciocinio de las personas que integran una multitud. El discurso se socializa y extiende

101 *LAA*, 17-10-1885, n.º 1072.

102 El comentario sobre el suceso de Fraga, en *DAZ*, 23-7-1907, n.º 12121. La alarma de Zaragoza, en *HA*, 15-6-1906, n.º 2467, y lo de La Puebla de Híjar, en *HA*, 3-8-1910, n.º 4901.

entre la ciencia social y la política, como atestiguan las referencias de la prensa sobre alteraciones del orden, siendo este tipo de lenguaje volcánico y explosivo la metáfora más utilizada para describir la acción colectiva. Es sabida la influencia de Le Bon sobre esta opinión respecto a masas y multitudes, y han sido muchas las citas que de su obra *Psicología de las masas* se han extraído en estudios sociológicos e históricos para ilustrar la cuestión. Aunque se verá con más detenimiento en otro apartado posterior, únicamente rescatamos ahora, por seguir con las imágenes entresacadas del mundo de la naturaleza, la que identifica al individuo de la multitud como «un grano de arena inmerso entre muchos otros que el viento agita a su capricho». Algunos años después, Juan Díaz del Moral, asumiendo igual pérdida de individualidad de quien participa en la protesta colectiva, aportaba un sentido más positivo al analizar las agitaciones campesinas andaluzas, asimilando la dinámica tumultuaria a un impulso eléctrico, una flecha y un torrente:

Subyace en el espíritu de la multitud el sentimiento profundo de su unidad originaria; el agravio y la injusticia van acumulando rencores y elevando el tono en su vida afectiva, y un día, ante el choque sentimental que actúa de fulminante, explota ardorosa la pasión, la muchedumbre se hace pueblo, el rebaño se transforma en ser colectivo: el egoísmo, el interés privado, la preocupación personal desaparecen, las voluntades individuales se funden y se sumergen en la voluntad general; y la nueva personalidad, electrizada, vibrante, se dirige recta a su objetivo, como la flecha al blanco, y el torrente arrasa cuanto se le opone.¹⁰³

Y en estos discursos, casi siempre es el hambre el elemento invocado como catalizador de la ceguera colectiva y actor oculto de los desmanes, pues «se comprende el delirio de las muchedumbres», se puede leer en el *Heraldo*, «que carecen de alimento, [...] son lógicos esos movimientos subversivos en quienes sienten la fiebre del hambre y no encuentran medios de aplacarla». ¿Era esto realmente así? ¿Se puede avalar esta tesis que supone «el odio que se despierta en el corazón» del hambriento? ¿Cómo se articulaba la protesta que tenía que ver con la subsistencia? ¿Y únicamente tenía que ver con el tradicional alimento del pobre, el pan? Más bien no, parece que las peticiones iban unidas no solo a eso, sino a reclamaciones en torno a las circunstancias y garantías del trabajo.

103 Díaz del Moral (1967), p. 44.

1.2. El pan y el trabajo

El hambre sobrevolaba por sobre las crónicas de motines y manifestaciones de finales de siglo, pese a que los clásicos motines de subsistencias parecían ya pertenecer a otro tiempo. Persisten, pese a todo, las reivindicaciones en torno a la calidad del pan o sus condiciones de venta, pero ya sin la táctica de la regulación directa de los precios que se había venido practicando durante la Edad Moderna. Podría decirse que el cambio sustancial respecto a esta cuestión tuvo lugar a lo largo de la segunda mitad del XIX, adquiriendo carta de naturaleza, junto a las demandas de pan en tiempos de carestía, la reivindicación del trabajo a las autoridades políticas y propietarios. La huelga se perfila durante ese tiempo como una táctica eficaz para la lucha colectiva por la mejora de las condiciones laborales, a la par que se van produciendo los primeros ensayos organizativos. «Pa i treball!», gritaban en Fraga varios cientos de braceros «determinados por el hambre». Pedían trabajo en el Canal de Aragón y Cataluña, una obra que, como tantas otras, era anhelada por los vecinos como tabla de salvación para los tiempos de crisis, y con tal motivo los jornaleros pretendían declarar en la ciudad la «huelga general». Ya no extraña esa expresión ni lo que comporta a esas alturas, entrado el siglo XX, pero no ocurría así cuarenta años atrás, cuando tuvieron lugar los primeros paros en algunas de las industrias y oficios de la capital zaragozana.

En 1865 los tejedores de la fábrica de los Hermanos Escudero acudían al paro como medida de presión para intentar la anulación del alquiler que por ella pagaba el arrendatario del taller de tejidos del presidio, ya que veían peligrar su puesto de trabajo por la baratura de la mano de obra reclusa. Hubo enfrentamientos entre los partidarios de la huelga y los que la rechazaban, siendo tras el paro despedidos casi dos tercios de la plantilla. El conflicto resulta significativo por ser uno de los primeros de Zaragoza en el que se explicita el paro laboral como medida de presión negociadora. La patronal se movió entre el desconcierto inicial y, en seguida, una manifiesta contrariedad por la pérdida de jornadas y la posibilidad de desorden público. Por ello desde sus órganos de prensa y asociativos se articuló un discurso genérico tendente a la indulgencia hacia los que usaban vías pacíficas de protesta como las peticiones escritas, al tiempo que se criminalizaba a quienes optaban por métodos de presión como el paro o

la violencia. Así, en las páginas del conservador *Diario de Zaragoza* se podía leer, con motivo de una huelga de alfareros de Zaragoza de 1868, que

Sabemos que algunos trabajadores de oficio alfarero hace algunos días que no asisten a las fábricas donde antes trabajaban, so pretexto de ser corto el jornal que les dan. Ignoramos hasta qué punto puede ser fundada la exigencia de los que de tal manera se rebelan contra el más sagrado de los deberes, cual es el trabajo, pero sea de ello lo que quiera, nos parece que todo el mundo tiene abierto el derecho de petición y podían hacer uso de él [...] sin abandonar por eso sus ocupaciones.¹⁰⁴

A partir de ese momento, y conforme se vayan produciendo los conflictos que describen, se normaliza el uso de la «huelga» en las crónicas aunque, como afirma Thompson, eso no implica un cambio automático y extensivo de la táctica, sino que hay que imaginar un proceso histórico en el que la protesta por la pérdida de privilegios y derechos que conlleva la implantación de la economía capitalista va conformando la propia identidad como clase social. La experiencia conforma y amplía el repertorio de acciones conjuntas de protesta, echando mano de lo que resulta conocido y valorando las novedades introducidas en función de su resultado y eficacia. El conflicto se sigue manifestando en multitud de ocasiones con alborotos y tumultos, en otras a través de peticiones pacíficas, pudiendo afirmarse en todo caso que la calle perdura como escenario fundamental de las demandas laborales. Y ello porque, como se verá, la huelga no fue diseñada para defenderse de la respuesta armada, y además porque en gran parte del ámbito rural la huelga fue un fenómeno más bien desconocido hasta bien entrado el siglo XX. Así, ocurre que de las veinticinco huelgas registradas desde la de los alfareros hasta el año 1885 tan solo cinco tienen lugar en poblaciones como Caspe, Calatayud o Brea. Es en la capital, lugar que acoge a una incipiente industria de transformación, y sobre todo donde oficios como los zapateros, tejedores, harineros o panaderos cuentan con largas tradiciones asociativas, donde tienen lugar la mayoría de las huelgas. En perspectiva amplia, las reivindicaciones laborales forman parte del cambio de unas preocupaciones relacionadas principalmente con el consumo a otras en las que va pesando cada vez más todo lo que tiene que

104 *DZ*, 5-11-1868. La huelga de tejedores, en *DZ*, 28-1-1865.

ver con el ámbito productivo. Los siguientes párrafos tratarán de sumergirse en esta problemática.¹⁰⁵

1.2.1. «Ganar el pan con el sudor de nuestra frente» (1885-1900)

Esa fue la petición que los obreros de «La Económica» hicieron llegar al rey Alfonso XII durante su visita a Zaragoza en 1875. No era poca cosa a tenor de las dificultades económicas por las que atravesó la sociedad aragonesa del período, sobre todo en los años posteriores a la experiencia republicana. En una economía todavía fundamentalmente agrícola, la repercusión de la llamada «crisis agrícola y pecuaria» en la vida cotidiana habría de traducirse en una subida de los precios de los artículos de consumo, que indefectiblemente habría de dificultar la subsistencia a las clases populares. Los primeros años ochenta fueron de miseria en muchos pueblos y comarcas aragonesas, castigadas por devastadoras inundaciones en 1880 y una pertinaz sequía en 1882 que hizo perder casi toda la cosecha de cereal en buena parte de las provincias de Zaragoza y Huesca. La consulta para la creación de la Comisión de Reformas Sociales, llevada a cabo en 1884, aportaba datos significativos acerca de la penosa situación de los trabajadores rurales y urbanos, con larguísimas jornadas laborales y sueldos insuficientes para atender a las necesidades más perentorias.¹⁰⁶ Y todavía tendría que llegar la epidemia de cólera de 1885, provocando un

105 Thompson (1989a). En palabras de Carlos Gil Andrés (2000), «el motín no cederá su liderazgo a la huelga como voz de los que no tienen voz hasta bien entrado el nuevo siglo y, [...] todavía durante un tiempo, serán compañeros de viaje» (p. 68). Para los primeros pasos del movimiento obrero en Aragón, López González y García Lasasa (1982), donde se estudia por ejemplo la actividad asociativa ligada a la Asociación Internacional de Trabajadores y las agrupaciones que funcionaron al margen de ella, como las sociedades de socorros mutuos o las cooperativas de consumo y de producción. Peiró Arroyo (2002) lleva su estudio de los conflictos laborales del Antiguo Régimen hasta esos primeros años setenta del siglo XIX, subrayando la continuidad organizativa existente en ciertos oficios entre las cofradías y gremios y las secciones obreras: alpargateros, carpinteros, sastres, zapateros, albañiles (pp. 186 y ss.). Sobre esta misma continuidad de los oficios en los orígenes del asociacionismo obrero y sus implicaciones en la creación de una política radical del movimiento, Piqueras Arenas (1999).

106 La situación económica fue especialmente grave en algunas comarcas, como en la zaragozana de Caspe, las oscenses de los Monegros, el Somontano y el Alto Aragón (donde la crisis de la ganadería por la escasez de pastos aumentó la postración económica de la montaña) o las turolenses de Montalbán, Híjar o Valderrobres. López González y García Lasasa (1982), pp. 291 y ss.

mayor estancamiento económico además de un mazazo demográfico, ciertamente significativo en Aragón respecto de las cifras de otras regiones españolas.¹⁰⁷

107 Respecto de la epidemia de cólera, Asa Briggs (1961) determinó algunas variables sobre su impacto en la sociedad contemporánea que todavía hoy resultan de interés desde el punto de vista de la historia social: además de la pérdida demográfica (Aragón registró más de 21 000 defunciones, siendo la provincia de Zaragoza —13 000 muertes— únicamente superada por Valencia, con 21 000), se producen desequilibrios en la percepción de la estructura social, fundamentalmente en las relaciones pobres-ricos y vecinos-autoridades, en una suerte de juego en el que participan las reacciones esperadas y las reales: en las crónicas de los pueblos de los últimos días de julio de 1885 se elogian los comportamientos de las autoridades políticas, médicas o judiciales que se implican en el consuelo y alivio de los enfermos, y se acusa a otras de huir del lugar buscando la salvación propia, como las de Calanda. En tercer lugar, Briggs consideró la relación entre la epidemia y la coyuntura política, sobre todo la relación con la protesta social y las revoluciones, algo estudiado con mayor detalle por Richard Evans (1988). En cuarto lugar merecerían atención las medidas gubernamentales relacionadas con el tráfico interior y la administración de la caridad y las ayudas: instalación de lazaretos y cordones sanitarios («verdaderos cantones», apuntan desde Castejón, «cantonalismo sanitario anárquico y absurdo», denuncian desde Peñarroya), que bloquean el tráfico de mercancías y personas (en Ateca no se permitió la entrada de ninguna mercancía pese a que se establecía un plazo de cuarentena legal, y desde Erla se indica que «el exceso de precauciones adoptadas en Ejea es origen de que los pasajeros que se ven obligados a cruzar dicha villa sean víctimas de toda clase de vejaciones»); provisión de hospitales y beneficencia (hospital de coléricos en Zaragoza, adecuación del granero del Cabildo como hospital, repartos de comida a asilados y enfermos, cuestaciones populares auspiciadas por instituciones civiles y eclesiásticas...); u otras medidas preventoras para frenar la expansión de la enfermedad (en Albalate del Arzobispo, corporación y mayores contribuyentes acordaron aportar fondos para socorrer a los vecinos pobres mediante repartimiento «espontáneo y proporcional» a la tributación de cada uno, y en Alcañiz el Ayuntamiento y propietarios proporcionaron recursos cuando «la miseria empieza a apoderarse de la clase trabajadora»). En ocasiones estas medidas provocaron no pocas protestas, como en la capital de la vecina región riojana, donde hubo una manifestación solicitando un cordón sanitario que cerrara el tráfico con destino a la población, o en Binéfar, donde no gustó la decisión de la alcaldía de tapiar varias bocacalles de la población. En último lugar Briggs apunta a la extensión del conocimiento médico y las actitudes populares hacia ese conocimiento. Actitudes de aceptación, rechazo y en ocasiones protesta, como en Ateca, donde existía cierta prevención contra el médico, al que no llamaban, y cuando lo hacían se negaban a tomar medicamentos, debiendo tomar el médico, «para convencer al paciente, la porción de láudano dispuesta y aun así no ha conseguido la tomara». O como se manifestó en Híjar, donde la experimental cura del doctor Ferrán, pese a la disposición gubernamental que hacía de Teruel la provincia en la que debía testarse la vacuna, debió pasar de largo cuando «los doctores vieron relampaguear la tormenta y sin aguardar más salieron del pueblo», pues allí «nadie da su brazo a pinchar». Un observador contemporáneo, Gimeno F. Vizarra (1888), critica «el miedo y la impresabilidad de este pueblo», que hizo temer en Zaragoza asaltos a las casas de algunos facultativos investiga-

Las soluciones propuestas por las autoridades generalmente tenían que ver o bien con la solicitud al poder central de nuevas obras públicas, o bien con otras de corte benéfico y asistencial en forma de reparto de bonos o comida que paliaran lo que el menguado tejido industrial no podía ofrecer: un colchón para los tiempos de crisis agrícola. Hubo obras que se consideraron precisas para el desarrollo regional y cuya realización se prolongó en el tiempo durante décadas, como por ejemplo las reclamadas desde la comarca de Sariñena del canal de riegos y la carretera hacia Tardienta, o el comienzo de las obras del ferrocarril de Canfranc, asumida como prioritaria por las instituciones provinciales de Zaragoza y Huesca. En Teruel proyectos como la carretera de Alcañiz a Caspe, la de Albalate a Val de Zafán o los pantanos de la ribera, como el de Híjar, paralizaban constantemente sus trabajos por falta de recursos, y cuando se reanudaban podía ocurrir que los obreros abandonaran sus puestos porque lo exiguo de los jornales no fuese suficiente para los precios de las subsistencias. Zonas como las Cinco Villas soportarán el lastre de la crisis durante años, iniciándose la protesta cuando en 1882 medio millar de jornaleros pidieron pan y trabajo ante el Ayuntamiento de Uncastillo. En Zaragoza hubo otra manifestación al año siguiente, con el fin de patentizar la crisis de algunos gremios locales, sobre todo los de la construcción. En 1884 carpinteros y albañiles repitieron diversas manifestaciones ante la autoridad local contra su política en el sector de la construcción. El 15 de diciembre unos 150 trabajadores del gremio y jornaleros del campo recorrieron las principales calles de la ciudad, congregándose ante el Gobierno Civil. Dos días más tarde, grupos de obreros volvieron a dirigirse a esa institución, en actitud pacífica, portando un pendón en el que se leía la palabra «trabajo» enmarcada por una orla negra, y presentando un escrito al Ayuntamiento en el que demandaban «lo que justamente les pertenece [...] trabajo con que ganar honradamente el sustento para ellos y sus hijos». Lejos de adop-

dores. Quizá cabría también, para acercarse a una mirada global del comportamiento social relacionado con la enfermedad, y desde el ángulo de las creencias y percepciones populares, estudiar en qué medida se dio el «pánico» del que daban cuenta casi todos los correspondientes locales, y la participación en actos religiosos como rogativas y procesiones. Los datos de Aragón, tomados de *DAZ*, del 20-7-1885 al 12-8-1885. Un estudio detallado más general, Fernández Sanz (1989), aunque han proliferado los de ámbito local, como, por citar varios recientes, los de Rodríguez Flores (1999), Ramos Calvo (1993) o Fabregat i Galcerà y Muñoz i Sebastià (1996).

tar una actitud pedigrüña, dejaban claro que satisfacer sus «justas reclamaciones» atañía «a la sociedad entera».¹⁰⁸

La escasez hacía en ocasiones contundente acto de presencia en la vida de numerosas familias de trabajadores y campesinos, pero su aparición ya no es interpretada como el único factor determinante de la protesta laboral. Otras muchas variables se han asentado en el análisis del movimiento obrero en los últimos años, como el grado de organización societaria, el funcionamiento interno de las empresas, el comportamiento de la autoridad y los propietarios ante el conflicto, o la fortaleza de los valores y los símbolos aglutinadores. El paso de la carestía a la calle no es automático. Entre lo primero y lo segundo media la percepción que los protagonistas se forjan sobre cuestiones como la justicia social y la dignidad colectiva, y sobre el modo en que deberían respetarse y como realmente ocurren las cosas. Una percepción que debe ser articulada durante oportunidades adecuadas, mediante repertorios de acción conocidos y a través de redes sociales eficaces para la comunicación de valoraciones y conceptos. Toda una suerte de elementos sociológicos y políticos que han venido a compensar el excesivo peso que el economicismo tenía hace algunas décadas en las explicaciones de los movimientos de protesta obreros y populares de las sociedades en proceso de industrialización. Los mecanismos que explican la movilización social están relacionados, en todo caso, con episodios que traslucen la complejidad de las relaciones entre la sociedad y el poder.¹⁰⁹

Lo cual significa que, como apuntaran en su momento Álvarez Junco y Pérez Ledesma en su conocido y relevante artículo sobre la necesaria renovación del estudio del movimiento obrero, la gama de formas de protesta de los trabajadores es más amplia de lo que a priori se pudiera suponer, incluyendo además de las huelgas las manifestaciones, peticiones escritas, actitudes de rebeldía cotidiana y, en última instancia, el propio fenómeno migratorio. En esta línea, cobran relevancia las frecuentes concentraciones de obreros en paro frente a las casas consistoriales, como ocurrió en Alcañiz y Zaragoza en 1887. En febrero de ese año fueron los jor-

108 *DAZ*, 15 y 17-12-1884. La cita del escrito de los obreros al Ayuntamiento, en *El Contribuyente*, 20-12-1884.

109 Entre ellos, los de González Fernández (1996), Gil Andrés (1995*a*) y (2002) o Pérez Sánchez (1996). Una valoración de la historia obrera de los últimos treinta años, en Barrio Alonso (2000).

naleros alcañizanos los que, en número de unos cuatrocientos, se reunieron ante el Ayuntamiento mientras una comisión era recibida por el concejo para dar cuenta de la dramática situación por la que atravesaba el «elemento obrero» de la localidad. En septiembre unos quinientos obreros de Zaragoza hicieron lo propio, reuniéndose en la antigua plaza de San Francisco para solicitar trabajo del Ayuntamiento, sobre todo el relacionado con la construcción, sector que comenzaba a demandar numerosos obreros debido a la expansión urbana por las zonas aledañas de huerta. Al mismo tiempo que esto sucedía, se comenzaban a desviar capitales hacia sectores industriales como el metalúrgico, que en diferentes facetas productivas comenzaba el camino de una sólida implantación mediante la producción de bienes de equipo para la industria alimentaria y otros productos de consumo (herrajerías, cerrajerías, calderería, vigas armadas, maquinaria para alcoholeras y azucareras, fabricación de camas de hierro, telas metálicas, etcétera). En poco tiempo aparecieron los primeros conflictos laborales en varias fábricas del sector, que se configurará a no mucho tardar como uno de los más potentes en cuanto a actividad organizativa y movilización obrera.¹¹⁰

Por el momento tienen lugar varios conflictos huelguísticos en la fábrica de camas de Irisarri, en la de Ayala y en la fundición de Rodón, implicando en total a unos trescientos obreros en demanda de subida salarial, en oposición a su rebaja y por enfrentarse a un maestro de taller, respectivamente. Quizá el más grave fuera el conflicto de la fábrica de Ayala, en mayo de 1887, habiendo, según la crónica de *La Derecha*, «unos sesenta hombres armados de palos» que se resistían a entrar en los talleres. Había también unos veinte que querían volver al trabajo, pero aquellos se lo impedían. El patrono aceptó el aumento de jornal solicitado, y seguidamente el jefe de seguridad y vigilancia, acompañado de agentes del cuerpo, hizo entrar a unos y otros al trabajo. No hay ninguna huelga registra-

110 Álvarez Junco y Pérez Ledesma (1982). Un reciente balance historiográfico de esa «segunda ruptura», con una primera impresión positiva no carente sin embargo de aspectos mejorables y campos en los que profundizar, en Erice Sebares (2001). La manifestación de Alcañiz, en *DAZ*, 14-2-1887, y la de Zaragoza, en *DAZ*, 14 y 16-9-1887. En noviembre de ese mismo año se cifraron en seiscientos los albañiles de la ciudad en paro (*La Derecha*, 17-11-1887). Sobre la primera expansión urbana e industrial de Zaragoza, ver por ejemplo Biescas Ferrer (1985) o los estudios previos que realizan Vicente Villanueva (1993) o Bueno Madurga (2000a).

da hasta dos años después, cuando en septiembre de 1889 los sombrereros de la ciudad, unos ciento veinte al decir de la prensa, plantearon a los patronos una subida de salario. También los sombrereros, como se verá más adelante, y al igual que otros grupos de trabajadores, mantendrán una actitud muy activa durante todo el final del siglo XIX y principios del XX en demanda de mejoras de las condiciones laborales y salariales. Y en ello tendrá que ver sin duda el nivel asociativo presentado por los grupos de oficios, que experimentará un giro, si bien con escasa continuidad, en 1890 y con la celebración del Primero de Mayo, la jornada de reivindicación que provocará aversión y prevención entre los propietarios de fábricas y talleres.¹¹¹

Fue en efecto enérgica la reacción tras los mayos de 1890 y 1891, con las clausuras de centros obreros y la detención de los más destacados dirigentes por parte de las autoridades. La década de los noventa fue tiempo de alternancia entre la inercia y la organización de la movilización obrera. Parece conveniente bajar al detalle si se quiere obtener una imagen más completa de la cuestión. En enero de 1892 varios centenares de obreros se concentraban en la Lonja zaragozana para alistarse en los trabajos municipales. Hubo un tumulto y la policía despejó el lugar. Dos semanas después, «numerosos individuos de la clase obrera» dirigían una nota al Ayuntamiento de la ciudad pidiendo trabajo, pues al irse terminando los tajos municipales «se les pone en la dura alternativa de pedir limosna o morir de hambre». Por esos mismos primeros días de febrero de 1892 varios centenares de trabajadores del ferrocarril se declaraban en huelga en Caspe, reconcentrándose allí fuerza de la Guardia Civil para reprimir posibles desórdenes.¹¹²

111 La huelga de los trabajadores del metal, en *La Derecha*, 1-6-1887. La de los sombrereros, en *DAZ*, 3-9-1889. Resulta interesante rastrear la evolución en el tiempo de la protesta de algunos de estos grupos de trabajadores, de fuerte impronta gremial, como los relacionados con el metal. Hubo ya en 1876 una huelga de metalúrgicos de las casas Averly, Rodón e Iranzo, las tres más importantes de Zaragoza, solicitando reducción de la jornada laboral. Lo mismo pedirán los trabajadores cerrajeros en 1880, quienes, al darles respuesta negativa, se organizarán en cooperativa para sacar adelante sus pedidos, proponiendo así una salida práctica y nueva al conflicto con los maestros (*DAZ*, 7-9-1880).

112 *DAZ*, 23-1-1892, n.º 7021, y *DAZ*, 6-2-1892, n.º 7036. Lo de Caspe, en *DAZ*, 2-2-1892, n.º 7034.

No sería la única ocasión en que los obreros del ferrocarril se levantasen en son de protesta. Ese mismo verano hubo huelga de los descargadores de traviesas en Calatayud, y en enero de 1893 unos doscientos jornaleros que trabajaban en Caspe hicieron lo propio, debiendo el alcalde conferenciar con los contratistas para solventar el conflicto. En marzo volvió a haber novedades desde Caspe, cuando varios operarios de las brigadas que trabajaban en las obras del ferrocarril, tras amenazar al capataz, «hicieron cesar en sus labores a los que continuaban trabajando y se dirigieron en manifestación al domicilio de D. Francisco Creus [el patrón] pidiendo aumento de jornal». De nuevo en mayo, los mismos trabajadores de Caspe protestan pidiendo el pago por quincenas y la jornada de doce horas. En agosto una brigada de obreros del ferrocarril de Zaragoza protesta por el intento del contratista de rebajar el jornal, apuntando la prensa que «gracias a la intervención de la policía pudo evitarse una huelga general». En noviembre de ese año de 1893 los protagonistas son los empleados del ferrocarril del Mediodía, que por lo que respecta a Aragón fueron los factores de la empresa en Zaragoza y Calatayud. En 1894 saltan de nuevo a la prensa los de Caspe pidiendo a través de una «huelga pacífica» un aumento de jornal. Algunos años más tarde, en 1897, trabajadores en paro de Calatayud se pusieron de acuerdo con obreros de la vía para organizar un paro general. Y al año siguiente, en agosto de 1898, los obreros ferroviarios que trabajaban en La Puebla de Alfindén fueron a la huelga por la cuestión del jornal. Es más que probable que quienes engrosaban las cuadrillas y quienes presionaban con los paros fueran campesinos y jornaleros que trataban de allegar algunos ingresos a las economías familiares como mano de obra de trabajos temporales que no requerían especial cualificación (desbroce de terreno, acarreo de material...). La utilización de la huelga como medio de negociación laboral remite a un tipo de sujetos sociales alejados de los tópicos de ignorancia y anomia frecuentados por agentes estatales y arrendadores, dispuestos en todo caso a utilizar la fuerza que les daba el número y el saber que en el pueblo vecino, en la capital o en más remotos lugares la huelga había sido eficaz.¹¹³

113 La huelga de Calatayud, en *DAZ*, 7-7-1892, n.º 7172. La primera huelga de Caspe, en *DAZ*, 13-1-1893, n.º 7372, y el tumulto posterior, en *DAZ*, 1-4-1893, n.º 7400, y AHPZ, Sentencias criminales, 1900, n.º 89. El conflicto de Zaragoza, en *DAZ*, 8-8-1893, n.º 7510, y la huelga de factores de Zaragoza y Calatayud, ante las que hubo protesta escrita de las cámaras de comercio locales al ministro, en *DAZ*, 3 y 5-11-1893, núms. 7602 y

No obstante estas protestas habidas en el medio rural, la «cuestión obrera» tuvo su epicentro en la capital del Ebro debido a su capacidad de atracción empresarial e industrial, y por constituirse en el principal foco regional de la actividad propagandística y movilizadora de las organizaciones obreras de autodefensa. Volvamos la atención a los primeros años de la década de 1890. Junto a los Primeros de Mayo, otros sucesos de carácter local dejaron bien claro hasta dónde podían llegar las tensiones sociales abiertas por las nuevas condiciones del mercado de trabajo. Nos referimos a las muertes violentas de Conesa y Archanco, dueños de sendas fábricas de carpintería, en diciembre de 1890 y marzo de 1891. Aunque tan solo la muerte del segundo pareció deberse a una cuestión laboral (según el testimonio de Jordana de Pozas, el asesino de Archanco —Francisco Peinado— era un obrero de su taller que, tras el cierre de este, no encontró trabajo en ninguna otra fábrica), ambos nombres aparecerían por extensión ya ligados a la conflictividad laboral de la ciudad. Quizás sea esa la clave para entender la reacción popular dos años más tarde, en el momento de ejecutarse la sentencia de los apresados por el crimen de Conesa. Dos hombres eran reos de muerte, siendo una tercera inculpada absuelta cuando ya el lúgubre garrote esperaba en la calle. Bien temprano se formaron grupos en el barrio del Mercado, «compuestos de verduleras y gente del campo», que en manifestación se dirigieron a la cárcel para pedir el indulto, rogando a los guardias a viva voz que les pusieran en libertad. Luego recorrieron lugares significados de la ciudad para ganar autoridades a la causa (Audiencia, Diputación Provincial, Universidad, Capitán General, palacio arzobispal, redacciones de prensa...), aumentando su número al incorporar a los estudiantes a la marcha del «pueblo» (se habla de una «compacta masa que excede de cinco mil»), logrando el cierre de numerosos talleres, fábricas y tiendas, y tratando de impedir la circulación

7603. La otra referencia de Caspe, en *DAZ*, 8-3-1894, n.º 7746; lo de Calatayud, en *DAZ*, 16-1-1897, n.º 8685; y la huelga de La Puebla, en *DAZ*, 3-8-1898, n.º 888. Sobre la multiplicidad de ingresos practicada por los jornaleros, sirva el comentario de Jacques Valdour (1988), p. 120, sobre los que bautizó como «campesinos-mineros» de Utrillas: «estos mineros aragoneses son cultivadores que durante la mayor parte del año trabajan en la mina y vuelven al campo cuando las tareas agrícolas, especialmente la cosecha y la vendimia, reclaman muchos brazos». Jordana de Pozas (1915), p. 9, comentaba que «el peón de albañil, en Zaragoza, fue antes jornalero», dándose en la sección de peones «bruscas alteraciones en número de asociados, coincidiendo con las épocas de mayor demanda de brazos en la industria agrícola».

de tranvías. Al final, instalados frente al palacio del gobernador y portando estandartes con leyendas como «Perdón» o «Indulto para los tres o para ninguno», recibieron con alborozo la noticia esperada, acudiendo junto con las autoridades a la cárcel para anunciársela a los reos.¹¹⁴

El año siguiente, 1893, se abre con una petición escrita de los albañiles de Zaragoza al Ayuntamiento, «en súplica de protección que alivie el triste presente de las clases constructoras». Sin limitarse a pedir jornal y teniendo en cuenta la escasez del erario municipal, los firmantes proponen una serie de medidas para restaurar edificios ruinosos, edificar las afueras y abrir calles en el interior, que son al decir de la prensa «modelo de corrección, de sensatez y de prudencia». En marzo, obreros en paro solicitaron sin éxito permiso al gobernador Barriovero para celebrar una manifestación con el lema «Pan y trabajo», si bien el *Diario de Avisos* no dudaba de los esfuerzos del alcalde por mejorar la vida de «esos infelices». En abril se declaran en huelga los canteros de Zaragoza, de matriz socialista, quienes se esforzaron por dejar claro en la prensa que no pretendían tumultos ni coacciones. La huelga dura más de un mes, algo inédito hasta la fecha. En julio de ese mismo año protestan los sombrereros de la fábrica de Casanova para que se despidan a un esquirolo, y son las mujeres las que a comienzos de agosto quisieron ir a la huelga, evitada en última instancia por la presión patronal. Hubo además en ese mismo verano cierta agitación entre los obreros de las obras del ferrocarril, debido al elevado número de jornaleros que se presentaron en solicitud de trabajo. Es obvio que esta tensión se produce porque para estos obreros la presencia de los parados supone un elemento competitivo y desequilibrante para el beneficio que suponía poder trabajar en el invierno, al interpretarse que su llegada podía traer consecuencias como el abaratamiento del jornal. Son años de aprendizaje colectivo de protesta para los trabajadores, de una paulatina puesta en marcha de las estructuras asociativas obreras, de utilización de formas conocidas de plantear necesidades y de asimilación por diferentes caminos de ideales colectivos de emancipación y transformación social.¹¹⁵

114 *La Alianza Aragonesa*, 25 y 26-11-1892, núms. 3904 y 3905. *El Liberal*, 26-11-1892, n.º 4906. La reacción popular por el caso Conesa, en Lucea Ayala (2004a).

115 Las manifestaciones de Zaragoza, en *DAZ*, 6-1-1893 y 27-3-1893, núms. 7303 y 7396. La huelga de canteros, en *DAZ*, 10, 11 y 12-4-1893, núms. 7409, 7410 y 7411. Lo de los sombrereros y el tumulto en las obras del ferrocarril, en *DAZ*, 13-7-1893, n.º 7483. El conato de huelga de las mujeres, en *DAZ*, 3-8-1893, n.º 7505.

En el verano de 1893 la comarca de las Cinco Villas contempla dos protestas de vecinos sin trabajo, en Uncastillo y Luesia, a modo de manifestaciones pacíficas que se repetirán con cierta frecuencia en la comarca durante los años venideros y en coyunturas especialmente desfavorables. La primera, protagonizada por unos doscientos vecinos de la «clase proletaria», fue una manifestación «ordenada y pacífica» que terminó con la presentación de un escrito a la autoridad. De igual modo sucedió en Luesia, saliendo toda la «clase jornalera» a la calle, demandando «a los pudientes pan y a la autoridad trabajo», y entregando a los munícipes un escrito demandando su mediación para el comienzo de una carretera comarcal que llevaba años proyectada. Se instalaba entre los columnistas de los principales diarios la opinión de que estas manifestaciones eran merecedoras de respeto y consideración por el modo pacífico en que tenían lugar, y por hacer descansar en la autoridad la resolución del problema. Pues no buscaban en apariencia una reorganización social ni alentaban ideas subversivas como las que ya circulaban en algunos medios anarquistas. Respecto de la de Uncastillo, dice por ejemplo el *Diario de Avisos* en primer lugar que parecía veraz «por haberse hecho en un tiempo en que en otros años había apenas empezado la trilla, lo que prueba la situación precaria [...] y por lo tanto la justicia de sus pretensiones». Y en segundo término se congratula porque, pese a que en la solicitud presentada a la autoridad se hace constar la falta de carácter político, «la mayoría de los manifestantes son individuos cuyos ideales políticos no se hallan muy en armonía con el régimen existente en la actualidad». Lo cual probaría que hasta los más rebeldes reconocen en los medios de protesta «ordenados» los pasos más eficaces para la consecución de sus demandas. Son estos, no hay que olvidarlo, los años de eclosión del anarquismo barcelonés y, en expresión de Núñez Florencio, de la «psicosis terrorista» que atezará a la autoridad y a los principales órganos de prensa de la época. Sin ser violento, el grito de «trabajo, trabajo» pretende decir: «el remedio de nuestros males no lo queremos hallar en el bolsillo del rico y del potentado, sino en el sudor de nuestra frente».¹¹⁶

116 La cita, a propósito de la carestía en Luna, en *DAZ*, 30-9-1896, n.º 8577. Uncastillo, en *DAZ*, 8-8-1893, n.º 7510, y Luesia, en *DAZ*, 19-8-1893, n.º 7521. Los problemas en la comarca no eran nuevos. En febrero de 1892 fue hallado en la casa del alcalde de Luna un cartucho de dinamita, y al año siguiente hay quejas del mismo pueblo porque se producen recurrentemente «desórdenes nocturnos» de los «jóvenes que se dedican a alborotar», llegando a detener la Guardia Civil a dieciséis de ellos. Puede no existir un motín de ham-

«El bolsillo del rico» aludía a las medidas de corte asistencial y caritativo con que las autoridades abordaron cuestiones como la pobreza y la mendicidad, un fenómeno que en la capital preocupa cada vez más a los sectores mejor instalados y a los creadores de la opinión, que reaccionaban contra el fenómeno por dos vertientes confluyentes: primero, por la molestia que suponía el «asalto» del pobre rogando la caridad en las calles y bulevares más notorios de la capital zaragozana (las reformas, ensanches o ampliación de ciertas calles llevan aparejado un proyecto de sociabilidad burguesa que podía requerir la «limpieza» o exclusión espacial de golfos y mendigos), y en última instancia el control del orden público. Y en segundo término, por la posibilidad de que alguno se aprovechase de la limosna sin

brientos, pero puede darse el desprestigio de la autoridad si por ejemplo esta impedía al vecindario el acceso al comunal según uso y costumbre, o puede haber acciones directas sobre ese comunal (en Uncastillo se presentó «numeroso grupo de vecinos provistos de hachas» para sacar leña para sus familias, según *DAZ*, 14-1-1895, n.º 8023), o puede llegar la tragedia en el monte si interviene el guarda (dos jóvenes mataron al de Uncastillo, Gregorio Soler, según *DAZ*, 21-12-1893, n.º 7629). Son frecuentes las crónicas de la zona que dan cuenta de «la crisis terrible que en aquella comarca atraviesa la clase obrera», y lo son también las voces que cifran en la realización de obras públicas la solución a dicha crisis (de Uncastillo se solicita al diputado de la circunscripción, Sr. Conde de la Viñaza, que consiga activar un plan de obras públicas, según *DAZ*, 13-7-1893, n.º 7488); poco después se agradece desde Luna la aprobación de la carretera que comunicaba la zona con Zuera (*DAZ*, 17-8-1893, n.º 7518), si bien es cierto que poco después, y pese a que cuatrocientas firmas apoyaban la petición, la ilusión se fue esfumando por la negativa del contratista a emplear a trabajadores de Luna (*DAZ*, 12-1-1895, n.º 8022). La crisis cerealícola hizo especial hincapié en la comarca, y algún año más tarde se amotinan los jornaleros de Sos del Rey Católico ante el Ayuntamiento, pidiendo trabajo para superar la crisis (*DAZ*, 9-5-1896, n.º 8447). La cuestión es ¿hasta qué punto es preciso creer a la prensa cuando habla de «crisis» en los pueblos? Durante los años noventa se generaliza un tipo de crónica que, usando un lenguaje lastimero y quejumbroso, tiende a dramatizar la descripción con tonos fuertemente emotivos y alusivos a la postración de los agricultores. Se va configurando de este modo la imagen de un campesinado necesitado de la ingeniosidad tecnológica de la ciudad y de la generosidad del Estado moderno, una «clase dependiente» en último término de la capacidad de gestión de los mayores propietarios, capaces de operar a través de las asociaciones agrícolas de corte vertical y la intervención directa en los aparatos del Estado. De Uncastillo, en 1892: «se habla de las miserias del pobre labrador y esperamos solo nuestro remedio del cielo; triste es tener que demostrar el desaliento y la postración en que se encuentra el labrador» (*DAZ*, 25-2-1892, n.º 7054). «Situación aflictiva», «horrible cuadro», «desolado país», «negro horizonte», «miseria y hambre», acompañan a la crónica de la emigración de bastantes familias de la comarca hacia el Brasil (*DAZ*, 9 y 28-5-1896, núms. 8447 y 8463, y *DAZ*, 30-9-1896, n.º 8577). Como Sanz Lafuente (2000) ha demostrado, intereses como el comercio y distribución de insumos y maquinaria agrícola podían esconderse detrás de este discurso.

necesitarlo, es decir, practicase la «vagancia», pecado máximo de la retórica burguesa de la dignificación del hombre por el trabajo. En lo que toca a los obreros empobrecidos o parados en coyunturas especialmente difíciles, instituciones municipales como la Tienda Económica de Zaragoza, distribuidora de alimentos baratos, la Hermandad del Refugio o la Sociedad de San Vicente de Paúl podían en algún momento servir de remedio a las necesidades de los obreros pobres. Sin embargo, no parecía ser este un recurso al que se acudiera con gusto por parte de numerosos trabajadores con experiencias de empobrecimiento o con un marcado y frecuente sentido de la dignidad del propio trabajo, como hemos tratado de demostrar en otro lugar.¹¹⁷

Por el contrario, la expresión «el sudor de nuestra frente», con toda su semántica bíblica, es usada por doquier en reuniones y escritos obreristas para evocar el trabajo como derecho y deber, y la obligación colectiva de luchar por la «emancipación laboral» y la posibilidad del disfrute de los rendimientos producidos con el esfuerzo de los propios brazos. Y también para recordar a la autoridad su implicación y responsabilidad en la concreción de ese derecho. Los tejedores de la ciudad, oficio con tradición gremial y cierta fortaleza organizativa, toman el protagonismo en los años siguientes. Primero fueron setenta y dos obreros de la fábrica de Pomares los que hicieron huelga, y poco después, en enero de 1894, volvieron a aparecer en la prensa por igual motivo. En abril los tejedores de otra de las casas con solera de la ciudad, la de la viuda de Ascobereta, también se declaran en huelga porque no se les sube el jornal pese a que deben tejer

117 Lucea Ayala (2004b). Los escritos reclamando soluciones a la autoridad local para controlar la mendicidad se sucedieron a partir del comienzo del nuevo siglo. En 1903 se queja *Heraldo de Aragón* de la «legión de chiquillos desarrapados y de mozos de extraña procedencia que no dan sosiego en su labor de asediad con impertinentes requerimientos al transeúnte», y de que «familias enteras gallegas o andaluzas recorran de puerta en puerta relatando lástimas y descubriendo miserias» (*HA*, 10-1-1903, n.º 2267). Al poco, la alcaldía restringía la concesión de trabajo a quien presentara certificado de vecindad de Zaragoza (*HA*, 31-12-1904, n.º 2877), un tipo de petición que se vino convirtiendo en habitual durante los años sucesivos (*HA*, 25-10-1905, n.º 2267, y *HA*, 20-3-1907, n.º 2729). Al respecto, parece útil la diferenciación propuesta por Carasa Soto (1991) entre *pauperizables*, *pauperizados* y *asistidos*, siendo el primer anillo de la pobreza el más extenso y en el que entrarían jornaleros, criados, obreros, artesanos degradados y peones en dificultades. Ahonda en la cuestión de la pobreza Sánchez Jiménez (1990). Interesantes son también los escritos de Esteban de Vega (1992) y López Alonso (1992).

diez metros más de tela. Y en el mes de septiembre van al paro los sombrereros *fulistas* de la fábrica del Sr. Cortinas, antigua de Conesa, por haber despedido a algunos operarios pertenecientes a la sociedad del oficio.¹¹⁸

A partir de este momento, hacia la mitad de los años noventa, las huelgas se van espaciando en el tiempo, pese a la persistencia de las duras condiciones laborales y de subsistencia (o quizá por eso mismo, como se verá más adelante): los albañiles de Zaragoza visitan la redacción del *Diario de Avisos* para dar cuenta de su situación y pedir trabajo, y el Ayuntamiento de Huesca comienza a socorrer a los jornaleros con bonos y rancho. Los inviernos de 1895 y 1896 se hacen especialmente difíciles para los obreros de Zaragoza. Para *El Republicano*, la crisis se cebó especialmente en «las artes de la construcción» debido al elevado número de aprendices empleados por propietarios y contratistas para terminar las obras. Ellos parecen contentarse con jornales más bajos, «en perjuicio de una muchedumbre de buenos oficiales y maestros». La inmigración a la capital agravó el problema según el mismo rotativo, pues «de ocho años a la fecha en nuestras obras y en nuestros talleres están en considerable mayoría los extraños». Algo de esto debía de haber cuando el Ayuntamiento aprobó en enero de 1895 dar trabajo en las obras municipales únicamente a los jornaleros que justificasen un año de residencia en la ciudad. Varios meses más tarde el consistorio volvía a pretender «contrarrestar la crisis obrera» con varios proyectos en los que ocupar «al anciano, al herrero, al sastre, al carpintero, etcétera, que por no tener trabajo acostumbran todos los años en la época de invierno a refugiarse en las obras municipales». En efecto, desde las páginas de la prensa se indica que ya en noviembre se ven «grupos de trabajadores en busca de colocación y acosados por la miseria», y en enero de 1896 se presentaron unos «ciento cincuenta obreros de diferentes industrias» ante el alcalde para pedirle trabajo. Al año siguiente se proyecta, aunque no se realiza finalmente, una manifestación en Tamarite de Litera (Huesca) para reclamar el impulso de las obras del

118 La huelga de los tejedores de Pomares, en *DAZ*, 28-10-1893, n.º 7580, y la siguiente, en *DAZ*, 22-1-1894, n.º 7706. La huelga de tejedores de la fábrica Ascobereta, en *DAZ*, 5-4-1894, n.º 7767. La de sombrereros, en *DAZ*, 3-9-1894, n.º 7903. Hubo también una manifestación significativa en Huesca, en la que los obreros reclamaban el comienzo de las obras del matadero y las escuelas para poder trabajar, retirándose luego «en el orden más perfecto» (*DAZ*, 7-3-1894, n.º 7745).

Canal de Aragón y Cataluña para poder así «dar colocación a muchos braceros sumidos actualmente en la miseria».¹¹⁹

En resumen, no fueron estos años centrales de la década de los noventa especialmente favorables para la protesta obrera. Las primeras asociaciones de oficios estaban ocupadas en no perder más terreno ante la ofensiva represiva y legislativa que generó el terrorismo anarquista, la opinión pública en general se hallaba distraída con los avatares de la guerra de Cuba, y las energías de las clases populares, concentradas en evitar la quinta que les llevaría a la manigua. Hubo en Zaragoza una huelga de canteros en enero de 1895 por el despido de dos obreros asociados en las obras de la estación de trenes, escasos paros de algún oficio o fábrica en el Primero de Mayo, y un conflicto de los tahoneros con el Ayuntamiento que no tuvo «carácter obrero», aunque sí la consecuencia «nada halagüeña para los pobres» de una subida del precio del pan. Y poco más hasta el final del siglo, hasta el 98, cuando «estallan» los motines de subsistencias a lo largo y ancho de la geografía nacional, en un particular momento de patriótico paroxismo mediático y de una aguda carestía de grano provocada por la devaluación de la moneda. Hubo desórdenes durante los primeros días de mayo en Cáceres, Gijón, Valencia, Murcia, Soria, Logroño, Ciudad Real..., mostrándose las autoridades, dice *El País*, «impotentes para contener a las mujeres que asaltan fábricas y tahonas, impiden la exportación de trigos y piden la abolición de los consumos y el abaratamiento del pan». Comerciantes y fabricantes fueron puestos en el punto de mira también en Zaragoza, donde la «gran efervescencia» empujó a los grupos a intentar quemar la fábrica de harinas de Villarroya y Castellano, sobre la cual corrió la noticia de haber exportado cinco mil sacos a Cataluña. También en Tarazona las mujeres se amotinaron ante el Ayuntamiento para pedir fon-

119 La manifestación de Huesca, en *DAZ*, 7-3-1894, n.º 7745. *El Republicano*, 20-4-1895, n.º 11. El acuerdo municipal, en *DAZ*, 4-1-1895, n.º 8010, aprobándose también abrir una «suscripción» a la que serían invitados los mayores contribuyentes (*DAZ*, 15-1-1895, n.º 8024). Lo del contratista, en *DAZ*, 6-11-1895, n.º 8289, y la nota de los grupos de trabajadores, en *DAZ*, 23-11-1895, n.º 8304. La manifestación, en *DAZ*, 14-1-1896, n.º 8347. La proyectada manifestación de Tamarite, en *DAZ*, 13-1-1897, n.º 8682. La situación de la comarca de la Litera venía ya siendo objeto de lamentos desde el verano anterior, aventurando desde Binéfar que «no es imposible que se origine una situación violenta que entrañe serios peligros», pues «la desesperación y el hambre no discurren cuerda-mente» (*DAZ*, 28-7-1896, n.º 8515).

dos de la Diputación Provincial y favorecer «a la clase proletaria». Y en Teruel subió tanto el precio del pan que «se van alarmando las clases necesitadas, y bien pudiera esto producir un conflicto popular» que no se dio en última instancia. En apariencia, poco tuvo que ver esta cadena de motines y conflictos con las organizaciones obreras, aunque sí con la preocupación de las clases populares urbanas, que por definición eran trabajadoras, por los precios de los alimentos básicos y el acceso al trabajo, demostrada durante los años previos.¹²⁰

En efecto, ya se hablaba de «carestía» en 1897 por el encarecimiento del pan y otros artículos de primera necesidad, y se advertía en la prensa sobre posibles altercados por este motivo, pues «el hambre aguza los sentidos y al cabo embrutece el entendimiento». Además, no solo eran los precios la causa del malestar en torno a las subsistencias, sino también cuestiones como la salubridad pública y las relacionadas con el sistema de pesos a aplicar. La situación en el campo no era mejor, dada la sucesión de sequías y malas cosechas en algunos puntos. No es fácil averiguar precios y salarios del campo para estas fechas, salvo a través de noticias dispersas que en cualquier caso ayudan a captar la desfavorable proporción para los trabajadores. A través de ellas se conocen los bajos salarios de los obreros y jornaleros (los hombres podían cobrar alrededor de ocho reales, cuatro las mujeres y dos o tres los chicos), «sacando apenas el valor

120 La huelga de canteros, en *DAZ*, 17-1-1895, n.º 8026, y los paros del Primero de Mayo, en *DAZ*, 1-5-1895, n.º 8123. El conflicto de los tahoneros, en *DAZ*, 28-10-1895, n.º 8281. Sobre los motines de mayo de 1898, el artículo de Serrano (1991). Álvarez Junco (1998) habla del 98 como de un momento de «exageración o percepción sobredimensionada» de los acontecimientos. La cita, en *El País*, «La rebelión del hambre», 7-5-1898, n.º 3958. El tumulto de Zaragoza, en *El País*, 6-5-1898, n.º 3957, donde parece que se llegó a evitar el conflicto de orden público por la ágil gestión del alcalde Sr. Higuera, refrenando la subida de precios de los tahoneros, comprando trigo de puntos cercanos, fiscalizando las exportaciones en las estaciones de ferrocarril, y amenazando a los comerciantes renuentes a proporcionar existencias con «publicar sus nombres en los periódicos» (*HA*, 4, 5 y 6-5-1898, núms. 799, 800 y 801). Bien es cierto que las alabanzas del *Heraldo de Aragón* tenían como contrapunto las críticas a los municipios del conservador *Diario de Avisos* por, a su juicio, haberse quedado «cruzados de brazos» ante el «peligro inminente», pues «hay momentos en que las clases populares no reflexionan» (*DAZ*, 6-5-1898, n.º 9154). El principal antecedente tuvo lugar en 1855, cuando grupos de jornaleros parados y mujeres se abalanzaron sobre las barcazas del Ebro para evitar la salida de grano de la ciudad (Piniella Navarro, 1985, pp. 173-174). El motín de Tarazona, en *El Liberal*, 8-5-1898, n.º 6792, y *El Progreso*, 8-5-1898, n.º 189. Lo de Teruel, en *ET*, 1-5-1898, n.º 624.

de lo que recolectan», según cuentan desde Almochuel. Teniendo en cuenta los incrementos de los precios en la década 1893-1903 (según el Ministerio de Hacienda, el pan subió un 6 %, la carne el 50 %, el cerdo un 35 %, las alubias un 18 % o el vino un 30 %), pueden comprenderse fácilmente los agobios de muchas familias de campesinos y trabajadores urbanos durante este final de siglo. Desde los pueblos las crónicas abundaban en los lastimeros y sombríos panoramas de «miseria» local, cuadros probablemente exagerados por una percepción temerosa ante los cambios socioeconómicos sobrevenidos, el fenómeno migratorio y las teorías «socializantes» que empezaban a calar entre el campesinado.¹²¹

En la capital la dinámica es distinta. Algo ha debido de cambiar si se admite la hipótesis de que la protesta obedece a causas razonables, ya que el año de la juntura secular contempla un brusco despegue de la actividad huelguística y obrera, con diecisiete huelgas de diversos oficios y secciones. En abril los obreros panaderos declaran batalla a los patronos tahoneros por la cuestión del descanso dominical. En mayo las alpargateras *capelladoras*, «laboriosa clase [...] muy modestamente retribuida», hacen lo propio pidiendo un aumento del salario, extendiéndose el paro en todos los talleres y protagonizando algún alboroto con rotura de cristales en los establecimientos reticentes al cierre. A finales de junio las tejedoras de *La Fabril Linera* inician una huelga que se iba a extender de nuevo a todo el oficio y a lo largo de un mes, momento en el que se anuncia la huelga de obreros herreros de la fábrica de Carde y Escoriaza y la de fundidores de Pellicer y Juan, que piden la readmisión de varios empleados despedidos. Por el mismo motivo cesan en sus trabajos los sombrereros *fulistas* de la fábrica de Casanova, conflicto que precisa de la intervención del gobernador y que se prolonga por más de un mes. También los curtidores salen en las

121 La «carestía» de 1897, en *DAZ*, 20-9-1897, n.º 8930, y también en Teruel se teme «que la subida en el precio del pan origine muy pronto un conflicto entre la clase trabajadora» (*DAZ*, 20-10-1897, n.º 8960). La cita del hambre, en *El País*, «Hambre y pan», 6-7-1897, n.º 3654. Acaparadores, usureros y agiotistas, capaces de alterar los precios en una buena jugada de bolsa, son apuntados como últimos causantes del alza de los trigos y la miseria de jornaleros y labradores (*HA*, 26-3-1897, n.º 562). Lo de los repesos, en *DAZ*, 17-3-1898, n.º 9104. En Alcañiz se multiplican las protestas por el fraude en el peso del pan (*DAZ*, 1-8-1896, n.º 8517), y en Teruel los vecinos se quejaron de la mala calidad del pan y del fraude ejercido por «los especuladores de oficio», es decir, los tahoneros (*ET*, 17-6-1900, n.º 734). La referencia de Almochuel, en *HA*, 26-6-1897, n.º 528. Los datos sobre precios y salarios, en Arriero (1984) y García Sanz (1979-1980).

páginas de la prensa por hacer lo propio en agosto, reclamando trabajo en los talleres. Y en noviembre los tejedores de la fábrica de Joaquín Herrero convocaron un paro pidiendo aumento de salario y la readmisión de una obrera, tomando el conflicto más graves proporciones cuando algunos obreros incendiaron un taller de tejidos anejo a la fábrica de Conesa. Algo, en efecto, estaba cambiando en la movilización colectiva de comienzos del nuevo siglo en la ciudad de Zaragoza.¹²²

Porque nueva es la atención que la prensa dedica a la conflictividad obrera, sobre todo el *Heraldo de Aragón*, que concede extensos espacios a los comunicados enviados por las comisiones obreras y patronales explicando sus posiciones en el conflicto. La nueva prensa de masas gestada durante estos años, profesionalizada y con un corte de opinión aparentemente imparcial, pasa de ese modo a convertirse en potencial arma de sensibilización social por parte de los grupos en litigio, al tiempo que atiende a una creciente demanda de noticias sobre lo que se vino denominando «la cuestión social». Una demanda que puede tener en la particular historia de Zaragoza, igual que la de otras grandes ciudades del país, convertidas en escenario de intensa movilización política y social entre el 98 y el final del siglo, una explicación plausible. La tan traída y llevada «regeneración» del país toma forma en el intento de las «clases neutras» por crecer en influencia y

122 La huelga de panaderos, en *HA*, 9, 12, 16 y 18-4-1900, núms. 1164, 1429, 1432 y 1434. La de alpargateras, en *HA*, 7 y 9-5-1900, núms. 1450 y 1452, donde hay profusión de detalles de patronos y huelguistas. Estas presionaban a los patronos diciéndoles que a la que intentase trabajar contraviniendo el acuerdo de huelga «la sellaremos de traidora para que se la conozca toda su vida en cualquier parte a donde vaya». La huelga de tejedores, en *HA*, 2, 12 y 24-7-1900, núms. 1498, 1508 y 1517, con al parecer una discusión en el transcurso de la huelga entre obreros y operarias ante los rumores de que algunas habían abandonado la huelga. En ese último número de *HA* vienen las huelgas de herreros y fundidores. La de sombrereros, en *HA*, 6-8-1900, n.º 1528, y 7-9-1900, n.º 1556, y la de curtidores, en *EP*, 18-8-1900, n.º 4787. El paro de tejedores, en *HA*, 21-11-1900, n.º 1621, y 3 y 4-12-1900, núms. 1629 y 1630. Los fabricantes se solidarizaron con Herrero y cerraron como medida de presión sus establecimientos, dejando sin trabajo a unos setecientos obreros. El conflicto se prolongó hasta enero de 1901, siendo la base cuarta de las propuestas por los obreros, la que exigía la readmisión de la obrera en el mismo taller de tejidos, el caballo de batalla entre huelguistas y el fabricante Herrera. Amalia del Carmen, que así se llamaba, y que era al tiempo recaudadora de la Sociedad de Tejedores, debió de constituirse en icono de la lucha a tenor de lo que escribieron en la prensa sus directores Julio Escayola y José Lázaro, y de las gestiones llevadas a cabo por el gobernador para salvar ese último escollo de la negociación (*HA*, 12-1-1901, n.º 1665).

tocar algo del poder gestionado desde los ministerios. Algunos comerciantes y fabricantes habían crecido hasta alcanzar una importancia económica que no tuvo correlato en beneficios políticos, así que el 98 vendría a ser para este discurso el aldabonazo que confirmaba que los que manejaban las palancas del poder, los terratenientes y potentados de cuna, habían traicionado finalmente la confianza del pueblo laborioso. Era hora de un cambio. Las cámaras de comercio se organizan y, bajo la dirección de Paraíso y Costa por la parte aragonesa, convocan a un cierre de tiendas en protesta por los presupuestos de Villaverde en junio de 1899. Fue la oportunidad de actuar para otros sectores descontentos, como los obreros y ciertos grupos republicanos, algunos de los cuales se hallaban relacionados con el movimiento de las cámaras.¹²³

«¡Viva Zaragoza!». Así abre el diario republicano *El País* su edición del 28 de junio, celebrando la deriva tumultuosa de los acontecimientos en la ciudad. Al punto de la mañana del 26, como dando consistencia a la protesta, las verduleras del mercado «comentaban fuertemente lo que se estaba preparando y disponíanse a la huelga», y al poco todas las tiendas, talleres y fábricas estaban cerrados. Algunos grupos de «chiquillos y muchachos» protagonizaron los primeros desórdenes en las calles, y cuando ya era «una gran muchedumbre» la que se reunía en el centro de la ciudad (se habla de cuarenta mil almas), hicieron cesar el tráfico de tranvías desenganchando las mulas de algunos coches. Algunos cartelones rezaban eslóganes como «Jarabe de estaca especial para ministros verdes», o «Abajo el caciquismo. Viva la unión de la nación. Viva España y Aragón». Hubo asaltos a los edificios del Casino y la Cámara de Comercio, buscando al parecer únicamente el apoyo de su junta directiva. Luego, a media mañana, se produjo el sitio del edificio del Gobierno Civil. «Las turbas» daban gritos y silbidos, y fue tremenda

123 El relato está sacado de *El País*, 27, 28 y 29-6-1899, núms. 4370, 4371 y 4372, *HA*, 27 y 28-6-1899, núms. 1130 y 1131, y *El Liberal*, 27 y 28-6-1899, núms. 7207 y 7208. En otro lugar valoraremos las repercusiones y consecuencias de este movimiento. Aquí tan solo hemos apuntado la línea argumental del discurso regeneracionista más cercano a la protesta de las «clases neutras». En última instancia, la cuestión de la transformación de los bloques oligárquicos de poder remite a debates pasados, como el alcance de la revolución burguesa en España. La obra de Mayer (1985), y al margen de las complejidades y debates de cada país en particular, extendió la tesis de que la falta de desarrollo de las clases y la cultura burguesas en Europa, frente a la fortaleza de los sectores nobiliarios y terratenientes, favoreció la amalgama de las viejas y las nuevas elites económicas.

la pedrea sobre las puertas. El propio gobernador Cañizares, queriendo apaciguar los ánimos entre la multitud, fue objeto de varios intentos de agresiones con arma blanca y de fuego. El edificio fue finalmente asaltado entre «ruidosísima algazara», comenzando entonces «descomunal empresa de destrozo», arrojando el mobiliario a la calle entre gritos y mueras al Gobierno, mientras en otras dependencias del inmueble el gobernador entregaba el mando a la autoridad militar, que tuvo que declarar la ley marcial, anunciada en plazas y calles a tambor batiente. Los amotinados, describe la prensa, «avaros de saciar sus concentradas iras», parecían bullir en una «caldera a alta presión» que debía estallar de forma violenta.

Aún protagonizaron ese día graves episodios anticlericales y violencias contra un general, antes de las primeras cargas de la caballería. Fue de nuevo en los mercados donde al día siguiente las mujeres confirmaron que la batalla iba a proseguir en las calles. «Dando ensordecedores gritos [...] excitaban a los trabajadores del campo, a los de fábricas y talleres, y paralizaron no pocas obras consiguiendo que los grupos aumentaran». Declarados los obreros en huelga, «desparramáronse las masas por distintas calles» al tiempo que los soldados tomaban de nuevo posiciones. El cronista de *El País* describe como se improvisan discursos revolucionarios que preceden a las pedreas y silbidos contra la tropa, y como los amotinados hacen de la céntrica plaza de la Constitución su lugar fuerte, disponiendo barricadas de sillas para impedir la entrada de la caballería. Después habrían de llegar las cargas de los soldados, la ruptura del cerco, el trueno de la fusilería, las atropicadas carreras en «horrible confusión», el descubrimiento de un vecino muerto y finalmente los gestos de rabia de la multitud, que, encarándose a los guardias, les espeta: «¡miserables!, ¡cobardes!, ¡asesinos!...». Los ánimos seguían en una tensión terrible, arremetiendo en silbas y pedreas contra la tropa cuando llegó el furgón mortuorio. Querían llevarlo al gobernador «con el objeto de que vea hasta qué punto ha llegado su divorcio con el pueblo», y con tanta porfía lucharon por llevar a cabo este empeño que los guardias llegaron a apuntar con sus fusiles a las gentes para que se retirasen. Dos horas después moría otro vecino por las heridas de los balazos.¹²⁴

124 La versión del capitán general marqués de Ahumada trataba de maquillar los sucesos y salvaguardar la imagen de la tropa introduciendo la duda sobre la autoría de la muerte: «[el oficial ordenó que] se hiciese una descarga, tras la que se oyeron más detonaciones

Al año siguiente la Unión Nacional volvió a promover un cierre de comercios. El recuerdo del año anterior hizo que los grupos transitasen en actitud pacífica, viéndose entre la gente «bastantes blusas», aunque los obreros no realizaron muestras ostensibles de simpatía u oposición al movimiento de «las clases productoras». Desde su dirección se quiso desde luego diferenciar en mayor medida que el año anterior a los sujetos que debían protagonizar la protesta (tenderos, pequeños fabricantes...), para tratar de que esta fuese correcta: «temíase que la hez de la calle se levantara, como el año pasado, en remolinos malolientes... [pues] a la sombra de toda protesta colectiva, cual al pie del trigo la cizaña, agítanse siempre los chiquillos del arroyo, las mujeres de la plazuela, los golfos grandes y chicos en sus varios matices, pescadores de gangas o *diletantes* del desorden». Por su parte, los obreros organizados en sociedades de resistencia acudieron a un mitin el Primero de Mayo, varios días antes del cierre, para decidir su conducta al respecto. Según relata Jordana de Pozas, en número cercano a cinco mil y habiendo muchas mujeres entre ellos, simpatizaron para ayudar a «crear una burguesía honrada como base para la existencia de un obrero digno», aunque los oradores recomendaron no participar en el movimiento, pues al fin y al cabo se trataba de burguesía. El sociólogo subraya el desarrollo de la organización obrera y la constitución de sociedades en casi todos los gremios y oficios, hecho que adjudica al renacimiento industrial de Zaragoza (cita a Sorel y la relación que este establece entre progreso industrial y agitación proletaria). Sea como fuere, lo cierto es que a partir de 1900 la clase obrera experimenta un acelerado y extensivo proceso de asociación entre muy variados oficios. Si 1899 significaba la fuerza de la lucha callejera y un hito más en la memoria de la represión armada de las clases populares, 1900 se podía resumir como el despegue de un nuevo proceso organizativo y de actuación pública. Un proceso que

aisladas del paisanaje, que en su mayoría se retiró precipitadamente de sus posiciones, abandonando el cadáver de un individuo, y sin que pudiera precisarse si fue muerto por la descarga de la Sección de Caballería o por los disparos de los agresores». También merece destacarse de su informe el relato que realiza sobre la participación de mujeres y chicos en los motines, como se ha visto con anterioridad. «Como los revoltosos carecen de fuerza suficiente para luchar con el Ejército, acuden al medio de poner delante a las mujeres y los niños a fin de que la justa piedad que inspiran atenúe el rigor del castigo», y recomienda meter en prisión a unos y otras para que entonces las tropas «puedan obrar con desembarazo y con toda energía» (AHM, Sección 2.^a, 4.^a, leg. 174).

había echado a andar años antes, de la mano del recordado Primero de Mayo celebrado diez años atrás.^{124bis}

1.2.2. Los primeros pasos: la organización y la fiesta (1890-1900)

Un proceso que, eso sí, presentó desigual y arrítmica evolución en el territorio aragonés, con una fuerte presencia en la capital zaragozana y una más débil y difusa en el resto del territorio. A la altura de 1890 las secciones de oficios trataban de recomponer la capacidad reivindicativa que habían tenido a comienzos de la década de los ochenta cuando, en el seno de la Federación de Trabajadores de la Región Española, se había aprovechado la coyuntura favorable de la salida de Cánovas del poder y la mayor permisividad hacia el asociacionismo del gabinete Sagasta. La Federación se mantuvo vigente hasta el final de aquella década, aunque su importancia disminuiría considerablemente a partir de 1883 por asuntos como la represión que siguió a la Mano Negra y las disensiones ideológicas y tácticas que separaban entre el anarquismo tanto a colectivistas de comunistas, como a partidarios de la acción secreta de los que preferían una vía legal y pública. Sea como fuere, la región aragonesa no será ajena al bullir asociativo del período, poniéndose las bases del complejo devenir del movimiento obrero para los años venideros.¹²⁵

Complejo y poliédrico, pues junto a la corriente anarquista dominante comienzan su andadura las primeras organizaciones socialistas, en

124bis *HA*, 11-5-1900, n.º 1454. Jordana de Pozas (1915), p. 33.

125 Es claro que la historia de los orígenes se remonta a la década anterior y a los avances de la Federación Regional Española (FRE) de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). Circunscribiéndonos a la casuística de los años ochenta y al avance de la FTRE, cabe decir que si al congreso fundacional de Barcelona de septiembre de 1881 acudieron por la parte aragonesa secciones de carpinteros, cerrajeros, panaderos y zapateros de Zaragoza y la sección de oficios varios de Gallur, al año siguiente eran doce las secciones integradas en la estructura de la formación: tejedores, trabajadores del arte del hierro y el metal, panaderos, zapateros, molenderos, fideeros, albañiles y peones, carpinteros, ebanistas y oficios varios, más las secciones de Gallur y la de trabajadores del campo de Villarroya de la Sierra. Poco tiempo después se organizaron las secciones de los baldoseros, alparateros, sogueros y fundidores de Zaragoza, y la de los tejedores de Alagón. Sin embargo, en 1883 comienza a descender el número de afiliados, y al Congreso Comarcal de Aragón de 1885 tan solo acuden las secciones de manufactureros, sombrereros y molenderos. El final del reinado de Alfonso XII en 1886 supuso un nuevo estímulo y un intento de reorganizar la sección de obreros del arte del hierro y el metal y un pequeño grupo en Huesca, pero sin gran éxito, disolviéndose la Federación definitivamente en 1888.

torno a la Asociación del Arte de Imprimir, fundada en 1881 y dirigida por Pablo Claramunt, y a la Sociedad de Obreros Canteros que Matías Pastor organizó en 1890. Como cabía esperar, socialistas y anarquistas pugnarán desde los primeros tiempos por fidelizar a la población obrera aragonesa. El pulso fue ganado en los números por los anarquistas de la FTRE en los ochenta, contándose unos seiscientos afiliados de las secciones de la Federación hacia 1883, mientras que la sección de impresores socialista no pasó de sesenta en toda la década. La actividad propagandística de la Sociedad del Arte de Imprimir en Aragón, pese a que la trayectoria del socialismo se institucionalizaba con el nacimiento del PSOE en 1885, la publicación *El Socialista* en 1886 y el buen contexto ofrecido por la Ley de Asociaciones de 1888, tan solo pudo dar lugar a un pequeño grupo de litógrafos afines, al establecimiento de la Sociedad de Encuadernadores y al ingreso de los toneleros de Zaragoza y Calatayud en la Federación Española. Para lo que aquí interesa, dos notas deben subrayarse respecto de la actividad obrera por estos años: el carácter urbano del asociacionismo, emergiendo tan solo en algún núcleo agrícola de mediano tamaño, y por otro lado la fuerte impronta artesanal de la movilización, que al tiempo que comulgaba con los credos ideológicos utópicos, hacía del oficio la principal fuente de autoestima e identidad obreras.¹²⁶

Llegadas a la altura de 1890, las asociaciones y agrupaciones obreristas viven un breve momento de «aceleración» propagandística y organizativa que culmina con la celebración del Primero de Mayo, alentadas por las directrices que la Internacional aprobó en el Congreso de París. En los trabajos preparativos se celebró un mitin en el Teatro Novedades el 29 de

126 López González y García Lasasa (1982). De los difíciles tiempos para los socialistas en Zaragoza, da cuenta Juan José Morato (1976) comentando que «tenían siempre frente la hostilidad de los anarquistas, el menosprecio de los republicanos y, lo que era peor, la indiferencia letal —cuando no la befa— de la masa obrera» (p. 95). Un resumen de la movilización obrera, en Forcadell Álvarez (1977) y Vicente Villanueva (1993), pp. 36 y ss. Datos en obras clásicas, en Tuñón de Lara (1972) o Termes (1972). Las obras más recientes tratan de profundizar en la veta cultural de la movilización obrera: Pérez Ledesma (1997). En este sentido es en el que más apreciables frutos está produciendo el acercamiento al mundo del trabajo. Según apunta Forcadell Álvarez (2001), «si para Thompson la clase era una construcción social y cultural, no desprendida de unas relaciones económicas y sociales que definían su existencia, ahora lo que se propone explicar es el proceso de construcción cultural de una identidad colectiva y no tanto la realidad de la categoría sociológica de clase» (p. 251).

abril, presidido por Mariano López Villanueva junto a un zapatero y un cantero, aprobándose las conclusiones del Congreso de París y acordándose realizar una manifestación pacífica desde el teatro hasta el Gobierno Civil para entregárselas al gobernador. Nació así el ritual que se repetiría durante décadas. La manifestación se realizó «en el orden más perfecto», a pesar de que la autoridad militar había comunicado que se preparaba «gran agitación para alterar el orden». Todo esto hace suponer al historiador Santiago Castillo que la comisión organizadora estaba próxima en su actuación a una línea socialista o reformista, aunque no todos la compartían. De hecho, muchos oficios continuaron en huelga hasta el día cinco, entre ellos los labradores que formaban grupos en las calles e incitaban al paro a sus compañeros. Tras la movilización del Primero de Mayo se puso en marcha un amplio proceso de organización de los oficios, contándose sociedades de resistencia entre agricultores, albañiles, carpinteros, tejedores, zapateros, pintores, obreros del hierro, hojalateros, sombrereros, silleros y alpargateros, la mayoría de las cuales se hallaban vinculadas al anarquismo, según anuncia con entusiasmo el periódico *La Anarquía*. Por su parte, tipógrafos y canteros seguirán vinculados al socialismo, sumando entre ambos grupos un centenar de afiliados y adhiriéndose a la UGT dos meses después de la manifestación.¹²⁷

Al margen de los números, parece que el Primero de Mayo de 1890 no satisfizo a bastantes obreros y artesanos, ni a las cabezas visibles de las secciones. Quizás por lo exiguo de los resultados obtenidos, desde principios de 1891 el proceso asociativo cobró nuevos bríos con el fin de llegar con la mayor fortaleza y autonomía doctrinal posible al mes de mayo siguiente. El 17 de febrero se constituía la agrupación socialista de Zaragoza, presidida por Matías Pastor y con local propio, en un momento en el que, a raíz de los asesinatos de Conesa y Archanco, se respiraba un clima de fuerte tensión social en la ciudad. Al tiempo, las secciones anarquistas continúan realizando «incesante propaganda», que tratan extender a Huesca y otros núcleos importantes, y a finales de ese mismo mes de febrero tiene lugar una reunión a la que acude «muy numerosa concurrencia» y

127 *El Socialista*, 27-6-1890, n.º 225. *La Anarquía*, 31-10-1890, n.º 12, que cifra en tres mil los afiliados aragoneses. Castillo (1979). Peiró Arroyo (1977-1978). Las prevenciones de la autoridad y el envío de tropas y material móvil, que permanece en la estación hasta pasado el 5 de mayo, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 174.

abundantes trabajadores del campo. Todas las miradas se concentraban ya en la próxima conmemoración de los sucesos de Chicago. *La Anarquía* se mostraba optimista y aventuraba que «Zaragoza no quedará a la zaga en el próximo movimiento de primero de mayo», algo que requería una campaña previa a lo largo de todo el mes de abril anterior.¹²⁸

El día 11 el Novedades, escenario habitual de los mítines obreros de la ciudad, resultó insuficiente para albergar a los «varios miles de obreros, muchas mujeres y algunos curiosos» que asistieron al acto. Lo presidía el albañil Pascual Gracia, quien recomendó orden y silencio y advirtió que solo se daría la palabra a quien subiera al estrado, «con el objeto de saber quién era por si sus frases pudieran alterar el orden». Cinco de los siete oradores fueron zapateros, lo cual da una idea del peso que ese gremio tenía entre las secciones de oficios. Juan Allué, Nicolás Iglesias, «el compañero Martín», Pelegrín Celma y Vicente Fuster, más el labrador José López y el tejedor Mariano Tró, fueron quienes hicieron uso de la palabra. Según *El Liberal*, «abundaron las frases violentas, tanto más aplaudidas cuanto más enérgicas», abogando por la huelga general como medio de conseguir las ocho horas, desplegando escepticismo sobre la eficacia de presentar peticiones al Gobierno y sobre la política misma, y alentando a la unión y la asociación obreras. Hubo vivas «a la emancipación del cuarto estado», al Primero de Mayo, a la huelga general y a la revolución social, y se animó a los asistentes a mantener el orden durante la huelga, siempre y cuando los obreros no fueran atropellados por la fuerza. Porque dado el caso, sentenció Mariano Tró, «era muy justo que [...] concluyeran con los parásitos que pululan en la sociedad; que la sociedad que se va tiene reyes y magistrados que son una cuadrilla de zánganos; [...] y que él confía en que todos sabrán cumplir con su deber si son atropellados».¹²⁹

128 *La Anarquía*, 2 y 27-2-1891, núms. 25 y 27. Sobre la formación de la agrupación socialista, hay que mencionar que vino precedida por la celebración en Zaragoza del V Congreso de la Federación Tipográfica, en el mes de septiembre de 1890. Congreso en el que participó Pablo Iglesias, quien, a buen seguro, alentó a sus correligionarios zaragozanos a formar la agrupación política (*El Socialista*, 3-1-1890, n.º 239).

129 *DAZ*, 13-4-1891, n.º 6746, y *La Anarquía*, 16-4-1891, n.º 34, donde se recoge la crónica de *El Liberal*. Al tiempo que los obreros se preparaban, también lo hacía la autoridad. El ministro pedía informes a los gobernadores de las previsions del Primero de Mayo, solicitando «número aproximado de obreros que puedan tomar parte en cada centro fabril o minero», los nombres de los jefes o agitadores principales, recomendaba la publicación

El día 27 se celebró otro mitin en el Novedades, con un nuevo lleno de varios miles y con numerosa presencia de mujeres, en buena medida protagonistas del evento, a las que se les habían «reservado» las plateas altas y parte de la grada derecha. Presidía también el albañil Pascual Gracia, y volvió a abrir la reunión el zapatero Juan Allué, quien lamentó que la sociedad quisiera hacer pasar a los anarquistas por «asesinos e incendiarios», sin atender a los «principios humanitarios» sobre los que pretenden el cambio social, recomendando finalmente a las mujeres llevar a sus hijos a las escuelas laicas. El chocolatero Antonio Alberg se detuvo en su discurso en los tres grandes números ocho que servían de adorno a la barandilla del escenario, explicando que significaban la jornada de ocho horas, las que necesita el obrero para ilustrarse y las ocho de descanso. Y se dirigió también «a las compañeras, diciendo que la mujer es la base de la sociedad, que la mujer es la verdadera socialista» y que «la causa de la degeneración de la raza humana es por dedicar a la mujer al trabajo». José López se dirigió primero a las obreras, «puesto que casi por ellas solamente se realizaba la fiesta», reconviniéndolas por no alentar a sus maridos en sus ideas al decirles «que no se metan en nada, porque de trabajadores no han de salir». Luego hablaron, no sin dificultades, las obreras. De la primera, no reproduce el nombre la prensa por petición de su avergonzado marido, nada menos que el delegado que asistió al congreso de la sección en Madrid de la sociedad del arte del hierro y el metal. «Llevaba en brazos un niño de pechos» y habló en términos similares a los de los «compañeros», siendo interrumpida en varias ocasiones por los «murmullos», hasta que hubo de terminar exclamando que «no puedo continuar porque se conoce que se ha propuesto alguno que las mujeres no hablemos». Le siguieron Atanasia Fontán, «muchacha de poco más de veinte años», y Dolores Soler, «operaria que ha sido en fábrica». Las tres trabajadoras, aunque no se precisa el oficio y sí que eran madres o esposas, las tres abordando problemas específicos de las mujeres obreras y alentando a la unión y a la militancia en las secciones. Ellas constituían en aquella ocasión el centro de las miradas y a ellas iba dirigido el acto. Se encontraban en el centro de una

de un bando el día 30 para evitar la reunión de más de veinte personas en la vía pública, y requería su opinión sobre si era necesario enviar algún delegado a algún punto en que no le inspirase confianza «la energía de la autoridad local». Varios informes, en AHN, Gobernación, Serie A, leg. 63, exp. 12.

construcción cultural obrera, la de la imagen de la *mujer fuerte*, con capacidad y atributos para dignificar el movimiento obrero frente a los vicios burgueses como el juego, la bebida o los toros. Una idea anclada en la cultura popular y en la autoridad que la mujer, como dueña y abastecedora de su casa y responsable de la prole, ejercía en el seno familiar. Esa figura, de la buena madre y trabajadora infatigable, constituyó un ideal femenino honesto y digno a los ojos de la clase obrera masculina, que perduraría hasta bien entrado el siglo XX.¹³⁰

No parece que cayeran las arengas en saco roto, pues al día siguiente se inscribieron en la sociedad treinta y tres tejedoras, que presentaron peticiones diferenciadas de las de los tejedores. Ese mismo día los oficios se reunirían para ultimar las peticiones que entregarían a los patronos, con el común denominador de la jornada de ocho horas, siendo los primeros zapateros y obreros del hierro, y siguiéndoles curtidores, pintores, albañiles, obreros del ferrocarril y harineros. Por su parte, los socialistas reunidos en su centro de la calle Boggiero, no más de treinta, acordaron guardar fiesta en el Primero de Mayo y celebrar un mitin en el local, pero se manifestaron en contra de la huelga y resaltaron que la conducta de los anarquistas traería «fatales consecuencias para conseguir las aspiraciones de la clase obrera». Se referían a la represión, que ya la autoridad militar preparaba

130 DAZ, 28-4-1891, n.º 6758. Llama la atención la utilización de planteamientos ideológicos de liberación universal junto a argumentos y actitudes que compartirían la visión del discurso dominante patriarcal sobre el papel de la mujer en la sociedad. Mary Nash (1981) identificó dos corrientes de pensamiento dentro del anarquismo sobre el asunto. La primera, misógina, biologicista y coformista con el reparto de roles asignados a hombres y mujeres en los espacios públicos y privados, subrayaba la función maternal de la mujer y rechazaba su incorporación a la producción. Habría otra línea, siguiendo la línea bakuninista, que reconocía la opresión del sexo femenino y tomaba una postura combativa y emancipadora. Retomaba entonces la línea abierta por Álvarez Junco (1991) sobre el modo como se abordó la relación de los sexos en el seno de las organizaciones obreras. Más recientemente, Nash (1999), Espigado (2002) y Ackelsberg (1999). Cabe pensar en la irritación de las mujeres objeto de estas consideraciones, como la que parece que manifiestan las oradoras de Zaragoza, cuando por un lado legislaciones como los códigos Civil (1889), Penal (1870) o de Comercio (1885) sancionaban de manera efectiva la discriminación de la mujer respecto del hombre (regulando por ejemplo la disponibilidad del dinero ganado por la mujer a favor del marido, imponiendo castigos diferenciales por adulterios o crímenes pasionales, o legalizando la discriminación salarial practicada por los empleadores), y por el otro las organizaciones obreras las excluían del objetivo emancipatorio de su lucha. La idea de la *mujer fuerte*, en Llona (2006).

durante los días previos. El capitán general de Aragón escribía al ministro de Gobernación que «no creo se inicie movimiento alguno» en Zaragoza, «dependiendo lo que pueda ocurrir de lo que Barcelona haga, y de cuya población no faltan aquí agentes que se mueven excitando los ánimos». ¹³¹

Llegó el Primero de Mayo. Las secciones anarquistas celebraron un mitin vespertino en la plaza de toros, toda vez que la ciudad había permanecido inactiva y en calma durante la mañana. Vuelve a presidir la reunión el albañil Pascual Gracia, en una humilde escenografía compuesta por «una tosca mesa y sillas de anea», apareciendo flanqueado por los secretarios y por dos compañeros, uno sosteniendo un cartelón que rezaba «silencio», el otro con una corneta que tocaba para dar paso a un orador o para imponer orden. No solo se pretendía con ello agilizar el discurrir de la sesión, sino también transmitir una imagen de seriedad a la autoridad competente delegada para velar por el orden. Acudieron cerca de dos mil personas, escuchándose en los discursos frases contundentes contra la burguesía, alentando a la resistencia, a la revolución y a la «emancipación social». Hubo algún tumulto cuando la gente creyó que sucedía algo extraño y quiso salir atropelladamente. La imagen de la Guardia Civil con las bayonetas caladas junto a la plaza de toros hubo sin duda de incrementar el temor y la tensión entre los asistentes. Algunos oradores se contagiaron y reaccionaron con furia combativa («no mancharemos nuestra bandera, pero si los burgueses se resisten y nos obligan a ello, ¡guerra sin cuartel!»), y otros fomentaron la calma («los obreros no tienen miedo a sus adversarios ni a las bayonetas, porque están dentro de la ley»). No está de más recoger los nombres de los protagonistas del acto, si con ello se incorporan nombres perdidos en el tiempo a la historia de la movilización social y obrera zaragozana: los zapateros Juan Allué, Nicolás Iglesias y Vicente Fuster, José López y Nicolás Gutiérrez por los agricultores, el molendero Antonio Alberg, el fundidor Ignacio Martín y Romualdo Falcón por los albañiles. ¹³²

131 Los previos, en *DAZ*, 30-4-1891, n.º 6760, y *AHM*, 2.ª, 4.ª, leg. 174.

132 El mitin del Primero de Mayo, en *DAZ*, 2-5-1891, n.º 6761. Algunos de los oradores lucieron los galones de la veteranía ganados en batallas pasadas. Nicolás Gutiérrez llevaba «treinta y dos años entre conspiraciones y calamidades», y echaba en cara al auditorio que cuando llega el momento «echáis a correr». Por su parte, Antonio Alberg aparece ya destacado en el Congreso de la Federación Regional Española celebrado en Zaragoza en 1872, firmando junto con otros importantes delegados (como Anselmo Lorenzo o José Mesa) una protesta contra la suspensión gubernativa del acto. Lorenzo (1974), pp. 282-

El 2 de mayo continuaba la huelga. Se formaron grupos en el centro de la ciudad y se produjeron las primeras carreras ante la caballería. Por estos hechos fue detenido un obrero, protestando Juan Allué al gobernador por escrito en nombre de la Federación obrera, siendo luego apresados tanto él como el portador del mensaje. Al día siguiente, mientras el consejo local del Centro Obrero se afanaba por facilitar ayudas económicas, lo fueron nombres significados como el fundidor Ignacio Martín y el agricultor Nicolás Gutiérrez. Por la tarde de ese día 3 salió al galope una sección de la Guardia Civil hacia la fábrica de harinas de Villarroya y Castellano, al saberse que hacia allí se dirigía un grupo de unos cuarenta obreros. El día 4 la huelga sigue siendo general y la fuerza pública se mantiene alerta disolviendo los grupos que se forman en la calle. Se disuelve el Centro Obrero de la calle Liñán por el jefe de vigilancia, acompañado de abundantes guardias civiles a caballo y a pie que ocupan patio, escalera y salones del círculo, produciéndose «gran sorpresa en los obreros federados». A ruego del presidente del consejo local Ildefonso García, también detenido, desalojaron la calle, haciendo correr la noticia entre el vecindario mientras caminaban hacia la céntrica plaza de la Constitución. Por la tarde hubo en sus inmediaciones cargas de los guardias, «sable en mano y a trote largo o al galope», pasando a los «culatazos» a los que se resistían. Momentos después, al tiempo que disminuyen los grupos de obreros, «los de mujeres y chicos permanecen con sus gritos y silbidos», provocando «la excitabilidad en los grupos y en la fuerza pública». Hay más cargas, forcejeos y detenciones, y todavía el día 5 la mayoría de los obreros holgaban, aunque poco a poco en los mercados y los comercios la situación va volviendo a la normalidad. La protesta, como se ve, toda vez que en esta ocasión no se siguió el ritual socialista, adquirió al salir a la calle tonalidades propias del motín popular urbano.¹³³

288. Tanto Anselmo Lorenzo como Diego Abad de Santillán dedican espacios considerables al librepensador José López Montenegro, uno de los principales impulsores del anarquismo en Zaragoza durante los años setenta y cuya vida, plagada de peripecias, sería digna de un estudio en profundidad. Abad de Santillán (1960) y Lorenzo (1974), pp. 249-252.

133. *DAZ*, 3, 4, 5 y 6-5-1891, núms. 6762 a 6765. Todavía el día 7, pese a acudir a los talleres y fábricas aproximadamente la mitad de los obreros, continuaban en huelga zapateros, albañiles y obreros del hierro, dado que los patronos no habían contestado a las bases presentadas. La autoridad siguió además con las detenciones —los obreros Celma, Iglesias y Torcal (*DAZ*, 8-5-1891, n.º 6767)— y se clausuró el Centro Socialista: Jordana de Pozas (1915), p. 27. También tuvo carácter tumultuario en otros lugares, como en el País Vasco, según apunta Miralles (1990).

¿Qué consecuencias tuvieron las jornadas sobre las pretensiones obreras? De nuevo, resultados desiguales. Según *La Anarquía*, los zapateros consiguieron un aumento salarial del diez por ciento; los operarios de la fábrica de gas, los de la fábrica de regaliz, la mayor parte de los albañiles y los trabajadores del hierro, la jornada de ocho horas; y los silleros, rebajar la jornada de doce a diez horas. Sin embargo, a partir del relato de los sucesos y de las diatribas mantenidas en los diferentes órganos de prensa durante los meses posteriores, se pueden avanzar consecuencias de mayor calado teórico. Por un lado, se proclama abiertamente la aversión anarquista por la vía socialista: se le desprecia como «gremio adormidera», capaz de convertir a la clase obrera en pedigüeña de concesiones a la autoridad. Y en segundo término... ¿la «clase obrera»?; ¿qué se puede decir sobre la identidad de los trabajadores en estos años en los que parecen inaugurarse las acciones colectivas de protesta «proletaria»? Como apuntó en su momento Pérez Ledesma, la clase obrera como sujeto colectivo «fue resultado de un proceso [histórico] de formación, entendido este como la construcción cultural de una identidad». Y aceptar eso conlleva mirar hacia ciertos ángulos de la propia experiencia de los trabajadores, como la fuerza de las tradiciones del oficio, o el uso y extensión de un cierto tipo de lenguaje capaz de mediar en la percepción de la realidad construida por el individuo.¹³⁴

134 Las mejoras laborales de los oficios, en *La Anarquía*, 22-5-1891, n.º 36. Sobre los socialistas, se dice en las páginas de este mismo órgano que «Zaragoza no será nunca adormidera, porque ya hemos dicho que nosotros, si hemos dejado de ser republicanos federales no ha sido para ir hacia atrás, sino para marchar adelante. Y adelante no se va por el camino de falsos ídolos, que no otra cosa representa el partido socialista; adelante se va por la Anarquía, con cuya hermosa idea se halla identificada una gran parte del pueblo zaragozano, y dentro de poco lo estará todo» (*La Anarquía*, 21-8-1891, n.º 50). Es preciso aludir a la obra de Thompson, quien primero formulara la idea de que toda clase es una *construcción* social y cultural, y no un fenómeno de raíz estrictamente económica. Tras él surgieron diversos complementos a las tesis del autor, sin abandonar la profundización en las experiencias, tradiciones y valores compartidos por los individuos que integran un grupo social. Las principales vías, en Sewell, jr. (1994) o Stedman Jones (1989). El número 39 de *Historia Social* dedica espacio en su dossier a estudios sobre la historia del trabajo y los trabajadores que incluyen estas herramientas analíticas (lenguaje, formas de conciencia, tipos de resistencia o contextos políticos) capaces de adentrarse en la construcción cultural de la propia identidad colectiva, en este caso de contextos bien alejados del europeo como el indio, el africano y el latinoamericano: Chakrabarty (2001), Cohen (2001) y French (2001).

En efecto, parece más que justificado afirmar que no fueron los obreros fabriles quienes protagonizaron las reivindicaciones, ni los jornaleros urbanos que pedían trabajo frente al Ayuntamiento con la llegada del invierno, sino los trabajadores artesanos del pequeño taller que contaban con una posición algo superior a la de aquellos. La cuestión es cómo grupos tan distintos llegaron a percibir que formaban parte de una unidad y compartían intereses y objetivos, enfrentados además a los de otras clases. El análisis del lenguaje ofrece un primer camino de aproximación. Al tiempo que por estas fechas términos como *clase*, *burguesía* o *proletariado* alcanzaron el reconocimiento oficial de la Academia, se comenzaba a extender su uso para describir la visión dicotómica de la sociedad, enfrentada en dos bloques: «ricos y pobres», «explotadores y explotados», algo ya bien patente en los discursos en torno al Primero de Mayo zaragozano y que resulta de vital importancia para comprender algunos de los mecanismos de la movilización colectiva. A estas alturas de siglo, tanto en la prensa como en los medios y discursos obreros se alude a la «clase jornalera», la «clase obrera», las «clases proletarias» y las «clases privilegiadas», con un significado marcadamente económico y superador del viejo significado de «estado» (si bien es cierto que todavía en 1891 era común dar vivas a «la emancipación del cuarto estado»). En aquellos discursos abundaron las imágenes dicotómicas de la sociedad entre «burgueses y obreros», «explotadores y explotados», así como las imágenes peyorativas de la burguesía («pillos», «zánganos», «vagos», «parásitos», «ladrones...»), acompañadas constantemente tanto de términos pertenecientes al campo semántico del enfrentamiento («adversarios», «enemigos», «guerra a muerte», «morir matando», «abajo con...») como de alusiones a la necesaria «revolución social», a la «transformación radical» de la sociedad. Otra palabra que aparece con frecuencia y que cuenta con un peso específico fuerte y una gran posibilidad de impacto en el auditorio es «derecho», el derecho a la protesta por ser productores o por el mero hecho de ser, como proclamaba el fundador Ignacio Martín: «No puedo consentir que nadie diga *soy más que tú*. [...] Yo soy autoridad, rey, todo, y nadie me puede quitar mis derechos».¹³⁵

135 Una cata en varios diccionarios de la época corrobora las posibilidades del análisis lingüístico en torno a la experiencia obrera. En Luis de Ramón (1885), *clase* significa «orden o número de personas del mismo grado, calidad u oficio», aceptándose como uso el de «clase media» y «clases pasivas», pero nada parecido a «clase obrera» o trabajadora. *Burgués* está desprovisto de connotaciones socioeconómicas («perteneciente a un burgo»), sin existir el término *burguesía*, y por *obrero* se entiende el «oficial que trabaja por jornal en

Pero si hay una palabra que se repite en los discursos y escritos de prensa, y que porta una carga de experiencia potente entre los sectores obreros, esa es «emancipación». En efecto, como enuncia con claridad Pérez Ledesma en el mismo escrito, en las últimas décadas del XIX «la emancipación del trabajador, entendida como la posibilidad de convertirse en maestro o patrono, se estaba convirtiendo en un sueño irrealizable», ya que, o bien los capitales para establecer un negocio de cierta importancia eran inaccesibles para el obrero, o bien los grandes productores ahogaban al pequeño comercio comprando la materia prima más barata y empujándolo al cierre por la ruinosa competencia, y en definitiva haciéndole depender cada vez con mayor exclusividad del salario. El «desheredado» estaba siendo privado de su «heredad», de su «herencia», de la posibilidad de hacerse con los secretos de un oficio para pasar a ser maestro de su propio taller. Una creciente dependencia que inspiró el uso de los campos semánticos de la «esclavitud», la «libertad» y la «emancipación».

Sin embargo, la creciente capacidad de precisión en este tipo de análisis ha llevado a plantear, desde similares presupuestos metodológicos, una eficacia diferenciada de los discursos que trataban de implementar estos vocabularios de «clase obrera» en función de espacios, tiempos y grupos sociales diversos. Rafael Cruz ha indicado recientemente como los discursos socialista y anarquista, al insistir en expresiones de raíz utópica como «clase trabajadora», «clase productora», «proletariado»..., dificultaban la identificación de los obreros manuales no cualificados, que hasta finales del XIX eran una minoría, con los proyectos de organización y movilización sindicales, que interpelaban más bien al mundo del oficio tradicional

las obras de los edificios o en las labores del campo», dejando de lado por el momento a los incipientes proletarios industriales. Algunos años más tarde, en RAE (1914) se amplía la definición a la «persona que trabaja en un oficio u obra de manos». Por otra parte, la *huelga* es definida en los diccionarios del XIX (RAE, 1869, RAE, 1878 o Barcia, 1881) como el «espacio de tiempo que uno está sin trabajar, el tiempo que media sin labrarse la tierra, o la recreación que ordinariamente se tiene en el campo o en algún sitio ameno». En el *Diccionario popular de la lengua española* se precisa, pensando en los trabajadores de taller como protagonistas del fenómeno, que es «el abandono del trabajo con que los que se ocupan de un oficio, arte, etc, quieren obligar a que les sea concedido lo que en común exigen, y que suele ser aumento de salario o disminución de horas de trabajo». Y en el diccionario de 1914 se añade un significado más conflictual, el de la «cesación o paro en el trabajo de personas empleadas en el mismo oficio, hecho de común acuerdo con el fin de imponer ciertas condiciones a los patronos» (José Álvarez Junco, 1991, pp. 468 y ss.).

y la cualificación laboral. Ya se ha mencionado como dichos discursos asimilaban la «explotación» a la esclavitud que imponía la dependencia del salario y la pérdida de posibilidades de emancipación individual, un mundo de difícil acceso para los más pobres y muchos «asalariados». También planteó problemas en la penetración social del lenguaje de clase el empeño socialista en considerar que los obreros formaban un solo conjunto social y político, cuando en el debate público se usaba el plural (trabajadores, obreros, proletarios, clases trabajadoras, asalariados...), y cuando además la propia realidad de los trabajadores manuales en la España de los primeros años del siglo XX era tremendamente heterogénea. Y, cómo no, las distintas perspectivas entre socialistas y anarquistas sobre la estrategia y la organización no contribuyeron a imponer una única visión de la clase obrera a través de un solo lenguaje y prácticas uniformes de clase. El caso de los zapateros, el oficio con mayor ascendencia en la preparación de aquel Primero de Mayo, ejemplifica a las claras la importancia del mundo artesanal en el movimiento y las protestas laborales de la época. Muchos de ellos son «zapateros de portal», como apunta Jordana de Pozas, y habitualmente trabajan aislados, uniendo a su calidad de zapateros la de guardianes de la casa. Sin embargo, esta práctica, más que con un trabajo independiente, parece que tuviera que ver con el «destajo» y la «competencia entre los obreros» denunciada por los oficiales. La sección exigió por ello a los patronos una jornada laboral más reducida (se trabajaba de catorce a dieciocho horas) y un salario mínimo de doce reales, y sugería un pacto de precios mínimos entre los «maestros», comprometiéndose a castigar al que no lo cumpliera con la marcha de los operarios a otra «casa» en que los necesitaran. Añaden también que, con el fin de no ocasionar a los maestros mayores gastos, «todos los oficiales llevaremos las herramientas a los talleres», pues de ese modo «el operario, teniendo la herramienta en el taller, no podrá hacer nada por su cuenta».¹³⁶

136 Cruz (2005*a*). La figura del zapatero ha sido objeto de estudio por aparecer como un oficio de tradición contestataria y políticamente «radical». Jordana de Pozas lo comentaba como algo inherente a las condiciones del trabajo, pues «el oficio de zapatero [...] debe tener en sí algo que impulse al anarquismo: no se trata de una originalidad, que sería de muy mal gusto en un trabajo serio, sino de un hecho absolutamente cierto, cuando menos en Zaragoza [...]. Quizás el aislamiento en que trabajan; el conocer los defectos de cuantos les rodean, por unir a su calidad de zapateros la de guardianes de un portal; lo mecánico de su labor, que permite dejar a la imaginación libre para arreglar un mundo ideológico perfecto, y otras pequeñas cosas ignoradas, contribuyen a ese resultado». Sobre el

El caso es que en torno a esa experiencia bastante general de dependencia salarial y de imposibilidad de emancipación del oficio, comienza a percibirse una identidad común que, por el momento, no deja de lado la tradición del oficio y el orgullo por su ejercicio. ¿Dónde comprobar una cuestión tal sutil? Hay peticiones que las secciones presentan a los patronos en las que exigen que se conserven determinadas costumbres y modos de trabajo, como las de los labradores, quienes gozaban de un estatuto antiguo por el que trabajaban ocho horas y contaban con otros beneficios, y piden que no se añada el destajo «para evitar la explotación». También hay expresiones públicas en los discursos que invitan a pensar en ese orgullo de oficio mezclado con el nuevo lenguaje de clase y la ideología anarquista, como cuando Ignacio Martín dice en la plaza de toros que «soy fundidor, y tengo ganas de fundir todas las monedas de la sociedad». O cuando, tras la dura represión desencadenada en Jerez, los órganos de prensa anarquistas abren suscripciones para ayudar a los familiares de los tres reos ajusticiados, habiendo obreros de Zaragoza que firman como «un jardinero anarquista», «un agricultor explotado», «un pintor», «un botero», «un ebanista»... Pero además, las nuevas prácticas de los empresarios fabriles, empleando a capataces para imponer la autoridad sin atender al criterio aceptado por los obreros sobre quién podía organizar el trabajo, como la antigüedad, la experiencia, un perfecto conocimiento del oficio y las buenas costumbres morales, son objeto de no pocas protestas.¹³⁷

radicalismo de los zapateros en la sociedad «preindustrial», Hobsbawm y Scott (1999), donde se trata de explicar el fenómeno en función de factores como la itinerancia del remendón y la disponibilidad de lecturas y foros de discusión, y Poni (1989). Más recientemente, Nieto Sánchez y López Barahona (2001), así como Sanz Rozalén (2005).

137 El deseo de anonimato da lugar a curiosos seudónimos: «Un agricultor explotado», «Uno que no tiene pelos en la lengua», «Un agricultor explotado con cuatro hijos», «Un escribiente», «Un agricultor con catorce hijos», «Uno que hace cuatro años que está enfermo», «Un anarquista», «Un anarquista en embrión que no se emancipa hasta la revolución», «E. C. que anhela la transformación social», «Un quinquillero», «Uno apodado el P.», «Una anarquista», «Un descamisado», «Un anarquista de seis años de edad que desea la revolución» (*La Anarquía*, 10-6-1891, n.º 91). Esta cuestión de la compatibilidad del «orgullo» por el oficio con la pertenencia a la «clase obrera», apuntada por Magraw (1999). El estudio trata de conciliar los valores que todavía contiene el concepto de «artesano radical» de Thompson con la crítica surgida hacia él durante los años ochenta y noventa, sugiriendo vías de trabajo como la tradición artesana, la compleja y variada sociabilidad obrera o el silenciado papel de la mujer en la formación de la identidad obrera. Por ejemplo, el monográfico de *Historia Social* titulado «Oficios», n.º 45 (2003). Enrech (2001) estudia el tema de la disciplina fabril y los cuadros obreros. O lo que es lo mismo, aquello que Hobsbawm

Con todo y eso, hacía falta crear y difundir mitos, rituales y símbolos unificadores para consolidar e interiorizar ese largo proceso de acumulación de experiencias, y para terminar de aprehender los nuevos códigos lingüísticos de «clase» que facilitarían la participación de los trabajadores en ella. «Chicago 1886» se convirtió en seguida en el «mito fundacional» que, sobre todo en las zonas de raigambre anarquista, se habría de recordar como una jornada de lucha hasta conseguir las demandas por las que aquellos murieron. La conmemoración anarquista, teniendo bien poco de fiesta, transmutaba a los ejecutados en «mártires» de la causa y, por lo tanto, en modelos ejemplares para los trabajadores, recordándolos en grabados, números especiales de prensa, opúsculos y piezas literarias. Un reportero que visitaba el Círculo Obrero en los días previos al Primero de Mayo del 91, contaba que «fuera del salón hay varias tablillas de anuncios, y otra con alambra, para la venta de folletos y retratos de los principales anarquistas del mundo», entre los que no sería extraño que figuraran los ajusticiados. Se buscaba que la evocación del sufrimiento de aquellos «cuatro compañeros norteamericanos» provocara admiración y movilización, pues por haber aquel día «enarbolado la bandera de las ocho horas [...] su idea se ha propagado por todo el mundo». Con este objetivo, el campo semántico del «martirio» fue ampliamente incorporado a discursos y artículos, como una nueva fe en la que la participación en el sufrimiento prometía redención a través del colectivo. Nicolás Iglesias describía la fiesta como el momento del «martirologio que sufren los trabajadores», y Juan Allué explicaba a la concurrencia que «los modernos parias elevan hoy unidos el grito de redención del cuarto estado». Algunos meses después de las detenciones de los líderes obreros, y con motivo de una reunión organizada en Zaragoza para celebrar su liberación, escribía Donato Luben que fueron aquellos «objeto de religiosa veneración» por la concurrencia. Y arengaba

denominara en su momento «aristocracia obrera», concepto que abrió un debate que aparece resumido en Kaye (1989), pp. 131-134. En las bases de 1890 se pedía «vigilancia de todos los talleres y establecimientos industriales [...] por medio de Inspectores retribuidos por el Estado y elegidos, cuando menos, la mitad por los mismos obreros», y la octava base de los obreros del arte del hierro en 1891 planteaba la «prohibición de que los obreros sean maltratados por los patronos o encargados». Por su parte, los sombrereros de la fábrica de Casanova protestaron porque el encargado no permitía la salida a los operarios al término del trabajo, «exigiendo que permanezcan allí hasta que oigan el pito» (*DAZ*, 09-10-1893, n.º 7563).

a la población obrera a continuar la lucha, pues «la sangre del martirio es lo único que hace fructificar el árbol santo de la libertad», para no dejar «vergonzosamente abandonado el inmaculado estandarte de las reivindicaciones en medio del arroyo». El mito de «los orígenes» estaba más que consolidado, y los partidos y organismos obreros, pese a esa imagen legada por la historiografía más «militante» de un proletariado racional y hostil a los rituales gremiales, dieron en los años sucesivos un peso importantísimo a los componentes simbólicos de la clase obrera.¹³⁸

Sin embargo, los anarquistas ya no participarían con igual intensidad en los actos del Primero de Mayo de los años sucesivos. Las disputas mantenidas con los socialistas, de algún modo, mermaron energías a la hora de realizar campañas efectivas de propaganda entre los oficios. A la vez, la reacción gubernamental, ejecutada a través de arbitrarias prohibiciones para reunirse o asociarse o bien mediante el encarcelamiento de los principales líderes obreristas, se intensificaría a partir de 1891.¹³⁹ Estas dificultades llevarán a un cierto oscurecimiento del anarquismo en la arena pública zaragozana hasta los primeros años del siglo XX. Tanto es así que para 1892 el *Diario de Avisos de Zaragoza* declaraba sin ambages que «aquí no hay organizadas colectividades anarquista ni socialista», aventurando que «este año el Prime-

138 Sobre los orígenes del Primero de Mayo y el relato «mítico» inicial, Pérez Ledesma (1987), pp. 126-141. También hay datos de interés en Esenwein (1989). El relato del reportero, en *DZ*, 28-4-1891. El artículo de Donato Luben, en *La Anarquía*, 7-8-1891, n.º 48. Unos meses después escribía desde Zaragoza José Laforcada, en el aniversario de la muerte de los anarquistas americanos, usando un lenguaje redentorista y cuasi religioso: «Abajo la actual sociedad con todos los verdugos de nuestros hermanos de Chicago! ¡Anarquistas de todo el planeta, unámonos. [...]! Así honraremos a los muertos y emanciparemos del yugo de la esclavitud a los vivos» (*La Anarquía*, 11-11-1892, n.º 113). En ese mismo número firmaban artículos los principales anarquistas del país, como Teresa Claramunt, Fermín Salvochea, José Prats, Ricardo Mella, Anselmo Lorenzo, F. Tárrida, Juan Montseny o Soledad Gustavo. Sobre el supuesto rechazo del proletariado a los elementos rituales, Hobsbawm (1987), cap. 5, y (1999), donde concede más espacio a los elementos simbólicos y antropológicos en la conformación de la fiesta del trabajo.

139 En diciembre de 1893 el ministro de Gobernación trataba de estrechar el cerco sobre los anarquistas, pidiendo a los gobernadores tres listas de militantes. En la primera se pedían los nombres de los «hombres de acción» dispuestos a atentar. En la segunda, los propagandistas que hayan escrito en publicaciones, emitido discursos o presidido reuniones. Y en la tercera, los anarquistas que no fueran ni terroristas ni propagandistas. Se pedía exhaustiva y minuciosa información sobre muchos otros factores locales, como el tipo de escuela anarquista, la organización pública o secreta de las asociaciones, la influencia sobre las masas, etc. (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 2, n.º 17).

ro de Mayo pasará en Zaragoza con la mayor tranquilidad». Sin embargo, eso no fue del todo así. Con sordina y en letra pequeña, pero se pueden descubrir hitos significativos en el proceso de movilización obrera, como la inauguración en septiembre de un centro en la calle Boggiero titulado Ateño Obrero Zaragozano. Hubo también un mitin ácrata en diciembre con la esperada presencia de Enrico Malatesta, y la formación pocos días después de «un grupo comunista anárquico de jóvenes titulado “La Juventud del progreso anarquista”, que se propone propagar los ideales de la revolución social». En febrero de 1893 se encuentran dos bombas, supuestamente anarquistas, y más probablemente fruto de un plan policial para intensificar la persecución sobre el elemento obrero, en un mitin de Salmerón, que no llegaron a estallar. Pocos días después algunos de los fundadores del disuelto Círculo Obrero convocan un mitin en el Teatro Goya al que asisten más de quinientos obreros, hablando dos zapateros y otros dos oradores. Aparecen además periódicos como *El Eco del Rebelde* o *El Invencible* en 1895, de filiación anarquista y de los que lamentablemente apenas existen ejemplares para su consulta. A pesar de estos intentos, era patente la dispersión de las secciones anarquistas, cada vez más espaciadas las noticias de sus actividades organizativas, e inexistentes las acciones reivindicativas hasta final de siglo.¹⁴⁰

140 Lo del Primero de Mayo, en *DAZ*, 29-4-1892, n.º 7117. Lo del nuevo centro obrero, en *La Anarquía*, 3-9-1891, n.º 52. Antes, en julio de 1891, hubo un pequeño mitin al que acudieron unas doscientas personas según *El Socialista*, 31-8-1891, n.º 282. El mitin de Malatesta, en *La Anarquía*, 24-12-1891, n.º 68. Fue presidido por Nicolás Iglesias y participaron Juan Allué y Antonio Alberg, y los invitados Esteve y el propio Malatesta. En él Allué aconsejó a los trabajadores la asociación, pues al igual que «un grano de arena llega [...] a formar parte de una gran montaña», por medio de «la unión y la solidaridad» se habrían de conseguir los ideales ácratas. El grupo de juventud anarquista, en *La Anarquía*, 1-1-1892, n.º 69. La denuncia de las dificultades, en *La Anarquía*, 27-5-1892, n.º 89. Hubo además una reunión en noviembre de 1892 en conmemoración del 5.º aniversario de los asesinatos de Chicago (*El Socialista*, 4-12-1892, n.º 354), de la que los socialistas criticaron duramente el comportamiento de Antonio Alberg, alguien «que habla en todas las reuniones, ya sean de republicanos o de carlistas», por la contradicción que suponía hablar en contra de la «burguesía republicana de los Estados Unidos» y estrechar más tarde la mano a dos concejales de esa tendencia política. Y un mitin «abstencionista» en marzo de 1893 (*La Anarquía*, 16-3-1893, n.º 131). La prensa obrera, en Forcadell Álvarez (1986a). Previamente a los títulos mencionados había aparecido en Zaragoza, y al calor del Primero de Mayo de 1890, *El Rebelde*, «periódico comunista anárquico» de carácter mensual y clandestino, editado en una sillería de la ciudad y portador sobre todo de artículos explicativos de las doctrinas del anarcocomunismo y referencias hagiográficas a los mártires de Chicago.

Mientras esto ocurría en la capital, bien poco se puede decir del entorno rural, donde las noticias del fenómeno son ciertamente escasas. Las viejas secciones de la FTRE de Gallur o Villarroya de la Sierra dejaron de existir, y tan solo encontramos manifestaciones aisladas de anarquismo, a veces confundido en los relatos de prensa con una suerte de igualitarismo nivelador campesino relacionado con la desigual distribución de la tierra y contra el ejercicio del poder de caciques y potentados. Sus manifestaciones más conflictivas fueron anónimas que la prensa tildaba de «anarquistas». En febrero de 1892 *El Liberal* publicó la noticia de la aparición de varios pasquines ácratas en la puerta del Ayuntamiento de Torrijo de la Cañada, en los que al parecer se decía que «la propiedad es de los que trabajan con las manos», que por tanto los propietarios disfrutaban de lo que no les pertenecía, y que había que arrebatárselo «cortando la cabeza a los curas, a los ricos y a todos los que no trabajen». En Cella circularon unas «hojas clandestinas» que *El Turolense* llamó «manifiesto anarquista», contra las autoridades y pidiendo ayuda para derrotar a los contribuyentes en las próximas elecciones locales. Fenómenos en todo caso aislados, que no permiten pensar en sociedades agrarias ácratas a la manera andaluza, aunque sí en una mínima recepción de las ideas por la vía propagandista, y quizá algún número suelto de prensa, como observa preocupada la autoridad tras los sucesos de la toma de Jerez. Para contrarrestar este peligro, clases dirigentes y burguesía financiera y empresarial tratarían de aglutinar, y en cierta medida lo conseguirían, a la población rural en torno a sociedades de defensa de los intereses comarcales capaces de perfilar una identidad colectiva corporativa y vertical, y de evadir los conflictos derivados de clase o de corte horizontal.¹⁴¹

141 Lo de Ateca, en *DAZ*, 1-2-1892, n.º 7028. Lo de Cella, en *El Turolense*, 19-5-1895, n.º 469. La detención, en *DAZ*, 27-1-1892, n.º 7054. Por esas mismas fechas el Ministerio de Gobernación enviaba instrucciones a los delegados respecto a la conducta a seguir con los anarquistas, debiendo seguir «criterio de rigor» en los mítines que organizaran y constante vigilancia sobre los propagandistas (*DAZ*, 2-2-1892, n.º 7029). Pocos días después se detuvo a un individuo que, según se dice, «iba predicando ideas disolventes por los barrios rurales» (*DAZ*, 27-1-1892, n.º 7054). Y en Luna se encontró un cartucho de dinamita en la puerta de la casa del alcalde, que no llegó a estallar (*DAZ*, 1-2-1892, n.º 7028). Pese a las prevenciones, todavía no se percibía el terrorismo como el peligro de los años venideros, según lo confirma el ministro de Gobernación en abril de 1892: «dolorosas experiencias acreditan la contagiosa influencia que determinados actos punibles pueden ejercer en cerebros exaltados o enfermos de individuos propensos a delinquir; en España, sin embargo no ha llegado el contagio a tal extremo [...]. Dificilmente se registrarán entre nosotros atentados como los que [...] se cometen en otras partes». Y recomendaba una revisión de todas

Las secciones socialistas trataban por su parte de salir de la penosa situación en que quedaron tras los sucesos de mayo, de la que culpaban tanto a los anarquistas como a las autoridades, intentando constituir una Federación Local de Sociedades Obreras con «los pocos elementos que aún tienen vida». Era junio de 1891 y el intento fue abortado por el gobernador, quien se lo comunicó en su despacho a Matías Pastor. Hubo que esperar hasta el verano siguiente para vislumbrar avances efectivos en el socialismo zaragozano, que bajo la fuerte impronta de Pastor conseguía constituir una nueva agrupación y organizar poco después un importante mitin el 30 de noviembre. Tomaron parte Miguel Beltrán, Modesto López y el propio Pastor para explicar los principios del programa socialista, las ventajas del asociacionismo y la conveniencia de la representación política obrera. A partir de 1893 se comenzaron a recoger frutos de la organización y la propaganda. Algunos breves y caducos, como la breve incorporación de los sombrereros *fulistas* a la UGT o la constitución de una sociedad de Carpinteros afín.¹⁴²

El relato de las aparatosas diatribas doctrinales no debe hacer perder de vista una cuestión fundamental, como es que la clave de bóveda del socialismo zaragozano, y en general del movimiento obrero de aquellos años, radicaba en el elemento sindical. Lejos de considerar a la UGT como

las asociaciones de la provincia, para verificar que se ajustaban a los preceptos de la Ley de Asociaciones, y perseguir a las que podían atentar contra la «moral pública» (según sentencia del Tribunal Supremo de 28 de enero de 1884, «la Asociación fundada en la anarquía y el colectivismo con el propósito de emprender y sostener la lucha del trabajo contra el capital, y de los trabajadores contra la burguesía, es contraria a la moral pública, pues contradice la autoridad y la propiedad industrial» (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 2, n.º 17).

142 Los detalles de este proceso, en Castillo (1979), pp. 39-44. Aportamos en todo caso algún dato sobre la intensidad del enfrentamiento con los anarquistas. De la primera reunión de los socialistas para tratar de reorganizarse, en agosto de 1892, dijo el corresponsal de *La Anarquía* que «no llegó a treinta el número de individuos que asistió, contando policía y curiosos», y los tildaba de «descocados [...] puesto que tienen el atrevimiento de decir que las secciones de oficio se han disuelto por los descabellados (los suyos sí que tienen pelo) planes de los anarquistas», llamándolos en último término «falsos redentores parlamentarios de obrero» (*La Anarquía*, 1-9-1892, n.º 103). Parece que los anarquistas trataron de reventar el mitin socialista de noviembre, cuando al inicio, y tras leer un artículo de *El Socialista*, «se levantaron protestando como energúmenos [...] y pidiendo todos a una la palabra. La treta no les dio resultado, pues proponiéndose dejar sin oyentes a los socialistas, sólo consiguieron que el público, conociendo ya el paño, protestara contra tan inalicable proceder» (*El Socialista*, 4-12-1892, n.º 354).

mero brazo ejecutivo del PSOE, los estudios más recientes consideran a las organizaciones sindicales como las protagonistas del movimiento obrero en España. Así, se presenta a la UGT como un organismo con mecanismos de decisión y de funcionamiento propios, derivados de las estrategias adoptadas para llevar a cabo una lucha obrera caracterizada por el moderantismo sindical y el centralismo estructural. Bajo estas premisas, la clásica imputación de que dichas cualidades muestran un supuesto «fracaso» a la hora de extender su base social puede ser revisada como una lógica consecuencia de la relación de los dirigentes ugetistas con las secciones obreras. Recuérdese al efecto su naturaleza semiartesanal, aglutinadora de trabajadores de pequeños y medianos talleres urbanos, con cualificación, difícilmente sustituibles en sus puestos laborales, y dueños de cierta capacidad negociadora ante los patronos. No es de extrañar que en esta «fase artesanal» se planteasen movilizaciones parciales, sostenidas con los fondos de las cajas de huelgas, destinadas a obtener mejoras laborales sin necesidad de convocar el paro de todo el oficio. Desde este punto de vista, aquella «debilidad» de los órganos centrales del sindicato puede interpretarse ahora como una política deliberada de autonomía y respeto hacia la dinámica de las secciones, y el «centralismo» de la organización pierde importancia frente a las evidencias que hablan de una no muy tupida red solidaria de sociedades de oficio de ámbito fundamentalmente local.¹⁴³

Así, el objetivo principal de la organización ugetista durante estos pioneros años de lucha sindical fue la extensión del *closed-shop*, esto es, el compromiso patronal de emplear únicamente a obreros asociados al sindicato para poder controlar de ese modo el mercado laboral, limitar la incorporación de aprendices y obreros sin cualificar y, por tanto, mantener el nivel salarial. La eficacia de esta medida habría de residir en la solvente organización del oficio, por eso conviene no perder de vista los indicios que sobre este hecho proporcionan las fuentes. La constitución de la

143 Fesefeldt (2004), Ralle (1990), Angel Smith (1996) y Byrne (1992). En la explicación del supuesto «fracaso» de la UGT a la hora de captar secciones y afiliados en esta primera década de existencia, se trabajaron argumentos como las suspicacias que entre los anarquistas provocaba la cercanía del sindicato al partido socialista y su posible politización, la insensibilidad de la estructura centralizada hacia la variedad de situaciones socio-laborales existentes en España, o la moderación sindical, un regalo para una clase patronal y un Estado poco dispuestos a la negociación en materia de reforma social. Véase al respecto Castillo (1998) y Gabriel Sirvent (1990).

sección de sombrereros zaragozanos y su afiliación a la UGT produjo pronto los primeros frutos en forma de protestas por el control del personal laboral. Una de las más destacadas fue la de septiembre de 1894, cuando los empleados de la casa Cortinas y Cía. se declaraban en huelga para exigir la readmisión de varios obreros significados en la formación de la sección del oficio, prolongando la protesta durante tres meses y llegando a provocar incluso el cierre definitivo de la factoría. Otra no menos importante tuvo lugar poco después, en enero de 1895. Un grupo de setenta canteros empleados en las obras de la estación iban a la huelga en protesta por la expulsión de cinco miembros caracterizados de la sociedad (entre ellos Matías Pastor), que no se habían presentado el día anterior al trabajo por estar realizando «tareas societarias». Tras la declaración de la huelga entró en escena la policía, deteniendo a siete miembros más de la sociedad, denegándole permiso para reunirse bajo amenaza de disolución y citando en la noche a otros doce canteros a las oficinas de vigilancia con el único fin de intimidarles. En los días siguientes, tres parejas de la Guardia Civil y cinco de Orden Público vigilarían las inmediaciones de la estación para garantizar «la libertad de trabajo». Los patronos terminarían reconociendo el derecho de asociación obrera y readmitiendo a los despedidos... a cambio de una hora más en la jornada laboral. La sociedad tuvo que aceptar, dada la dificultad de luchar con esquiroleros en las propias filas y la llegada de canteros foráneos. Como puede verse, los intentos de los canteros y sombrereros locales por comprometer a los patronos en la contratación de trabajadores sindicados resultaban todavía desiguales, al igual que sus esfuerzos por consolidar la estructura de la organización obrera.¹⁴⁴

144 Más detalles, en Castillo (2000). A partir de 1893 las escasas noticias sobre asociacionismo obrero se refieren casi en su totalidad a los acuerdos adoptados por las secciones ugetistas. Por la huelga de canteros de 1893 sabemos que se reunieron veintitrés obreros en la calle Miguel de Ara, que recibieron 2700 pesetas de ayuda de la sección de Barcelona, que recibieron apoyo moral de sociedades de diferentes puntos, y que Matías Pastor, José Bel y Ramón Belveure formaban la representación de canteros para el proyectado mitin socialista del Primero de Mayo (*DAZ*, 19-4-1893, n.º 7416). Al término de esta huelga, a mediados de mayo, se volvieron a reunir para aprobar cuentas y leer las cartas de simpatías de Bilbao y Barcelona (*DAZ*, 24-5-1893, n.º 7446). Los sombrereros organizaron la huelga de 1893 desde su local de la calle Azoque. Alrededor de cuarenta obreros decidían sobre ella, motivados por la presencia de un esquirol en la plantilla de la factoría de Casanova, y acordando «repartir socorros en metálico entre los huelguistas más necesitados» (*DAZ*, 13-7-1893, n.º 7488). Los tipógrafos, reunidos en su local de la calle San Voto, decidían ayudar con una pequeña cantidad a los sombrereros y designar a la comi-

En efecto, el Centro Obrero constituido por las sociedades ugetistas en 1893 dejaba de existir como tal en 1895. Si a esto se añade la presión de la autoridad, el exiguo número de afiliados cosechados por las secciones, y el carácter «peticionario y legalista» que le imprimió el movimiento socialista, se podrá comprender que el Primero de Mayo mutase de bestia negra a civilizada celebración a los ojos de los sectores acomodados de la sociedad zaragozana. En 1893 la prensa local se congratulaba porque «lo que hace cuatro años amenazaba presentarse en lo futuro como fecha de terrible pugna entre los diversos elementos sociales se ha convertido, afortunadamente, en día normal, de paz acostumbrada, de tranquilidad completa». En 1894 la fiesta transcurrió «sin romper la monotonía de la vida ordinaria». Pese a haberse repartido por las calles y fijado en las esquinas una alocución «excitando a los trabajadores a holgar ese día», y a pesar de haber parado algunas fábricas de sombreros, las obras de albañilería y algunos talleres de fundición, las «precauciones» tomadas pasaron prácticamente desapercibidas. Incluso afloraron diferencias internas cuando ese año los tipógrafos acordaron no celebrar la fiesta ni acudir al mitin socialista. La prensa conservadora ninguneaba la fiesta obrera, dando en cambio notorio pábulo a la actuación de los coros de Clavé y a su mensaje conciliador, capaz de agrupar a «las legiones del trabajo [...] bajo la pacífica enseña del arte». En 1895 más de lo mismo, pasquines socialistas en las calles pero incapacidad de recursos (no disponían ya de local propio para un acto público), constatándose en 1896 la práctica desaparición de actividad socialista en Zaragoza (no había ninguna sociedad obrera afiliada a la UGT, como así constó en la celebración del V Congreso del sindicato en Valencia). En 1897 dejó de existir la agrupación socialista de Zaragoza, hasta nuevo intento. Las celebraciones en Huesca y Teruel, por su parte,

sión que debía representar a la asociación en el congreso de Zurich (*DAZ*, 15-7-1893, n.º 7490). En agosto los sombrereros acordaban en su local volver al trabajo, no sin antes gestionar «un asunto pendiente con un grupo de los que no quisieron adherirse a la huelga» (*DAZ*, 16-8-1893, n.º 7517). En junio tipógrafos, canteros, sombrereros y carpinteros habían acordado constituir un Centro Obrero conjunto en la calle Agustina de Aragón. Las cuatro secciones se reúnen en septiembre en el local de los canteros de la calle Azoque para escuchar a Pablo Iglesias, quien había dado un mitin en el Teatro Goya junto a Matías Pastor (*DAZ*, 4-9-1893, n.º 7533). En octubre celebran en el Centro Obrero una reunión en la que Modesto López, Rafael Esteban y Matías Pastor, representando a carpinteros, tipógrafos y canteros respectivamente, «dedicaron sus esfuerzos a demostrar las ventajas y conveniencias de la asociación» (*DAZ*, 28-10-1893, n.º 7580.)

nunca dieron durante estos años noventa quebradero alguno de cabeza a las autoridades, transcurriendo las jornadas del Primero de Mayo sin noticia reseñable en ninguna de las dos capitales.¹⁴⁵

Así de desarbolado quedaba el movimiento obrero a mediados de los años noventa. Tanto los contemporáneos como historiadores posteriores responsabilizaron de este «fracaso» al débil tejido industrial aragonés, también zaragozano. El argumento se hereda de la psicología social de aquel primer siglo XX, en la medida en que relaciona la existencia de «multitudes» con el estallido social y los «desajustes» provocados por la industrialización, con la aparición de grupos de inadaptados.¹⁴⁶ Es obvio, sin embargo, que la experiencia y comportamiento de los trabajadores obedecía a factores más complejos. Unos estaban relacionados con la cotidianidad laboral y el proceso de salarización (creciente y exclusiva dependencia de un exiguo salario, competencia de los recién llegados del campo dispuestos a trabajar por menores jornales, percepción del acoso que suponían los nuevos condicionantes temporales y modos productivos para la tradición del oficio...), y había otros más cercanos a temas como la propia identidad colectiva y el modo de entender la participación en los asuntos públicos. Teniéndolos todos ellos en cuenta, quizá podría

145 El Primero de Mayo de 1893, en *DAZ*, 1-5-1893, n.º 7426, y el de 1894, en *DAZ*, 1-5-1894, n.º 7789. Lo de los tipógrafos, en *DAZ*, 22-4-1893, n.º 7419. Los coros de Clavé en Zaragoza, en *DAZ*, 14-5-1894, n.º 7801. Los pasquines socialistas, en *DAZ*, 29-4-1895, n.º 8121. En Huesca hubo tan solo en 1891 una pequeña huelga en Riglos de los trabajadores gallegos del ferrocarril de Canfranc (AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 174), y en general una fuerte crisis económica de la que se hacía eco la prensa: «La desesperación cunde, el trabajo falta, y cuando como ahora sucede, se secan estas fuentes de riqueza, nadie piensa en huelgas», *DH*, 5-5-1891, n.º 4488. La jornada de 1892 transcurrió también tranquila, debido «a la morigeración de costumbres, al buen sentido moral de sus hijos y al respeto ingénito que en estas tierras del alto Aragón se tienen mutuamente todas las clases sociales» (*DH*, 2-5-1892, n.º 4780). *La Anarquía* escribía contra la apatía de los turolenses, que, alejados de las cuestiones obreras, y pese a los pedriscos, sequías e inundaciones que abatían la tierra, «no dejarán aquellos palurdos de gastarse en alhajas y luces para la iglesia lo que debían emplear en canales de riego, etc.» (*La Anarquía*, 7-8-1891, n.º 48). Sí que hay alguna nota alertando sobre la posibilidad de alteración del orden público a cargo de la «clase trabajadora» por la subida del precio del pan (*DAZ*, 20-10-1897, n.º 8960), pero nada que haga referencia a cierta organización o asociación.

146 La advertencia sobre el peligro de recurrir al argumento de la presencia o ausencia de las «masas» para explicar la protesta, en Cruz (2002).

valorarse este primer y pionero período del movimiento obrero no tanto como un «fracaso», sino como una trayectoria de aprendizaje colectivo fundamental para el surgimiento de una nueva *cultura política* de ribetes violentos y excluyentes.

El proceso de autodefinition obrera se produjo paralelamente al de otros grupos urbanos y de interés, y se articuló por un elemental contraste de experiencias y discursos con los de dichos grupos, que pronto pasaron a ser «opuestos». Ese trabajo de autodefinition, unido estrechamente a particulares condiciones de pobreza y dependencia laboral, contribuyó a perfilar una interpretación de la realidad muy concreta en torno a ciertos parámetros tácitamente acordados sobre los límites de la justicia, la equidad, la solidaridad y la dignidad. Y también a perfilar el marco de acción política en el que como colectivo se podía actuar. En ese sentido, la conformación de un marco interpretativo común sobre la realidad se nutrió de articulaciones discursivas obreristas capaces de englobar en su discurso a extensas capas de la población trabajadora, y en menor medida, y dependiendo de las coyunturas, de conexiones ideológicas con discursos más o menos cercanos, como el republicano. Las nociones de libertad, justicia o solidaridad adquirieron para los estratos populares un significado discernible y concreto, al ser sinónimo no solo de ciertos derechos políticos de ciudadanía, sino sobre todo de transformaciones sociales que habían de facilitar su bienestar social, «hurtado» por patronos, explotadores y políticos de oficio. La tarea de articulación y explicación de tales nociones fue de militantes y oradores, pero la de socialización implicó a una polimórfica red de espacios de emanación e intercambio de opinión, que iba desde los círculos obreros a la prensa (recordemos como se leía la prensa en muchas ocasiones en voz alta y en grupo), pasando por los comercios, los cafés, las obras de teatro y la misma calle. La importancia de los elementos simbólicos en la tarea de socialización y refuerzo de la autoidentificación colectiva como sujeto merecedor de derechos políticos y sociales, es fundamental. Las celebraciones del Primero de Mayo obrero, las efemérides —no muy exitosas— de la Commune parisina, o el 11 de febrero en el ámbito republicano, son algunos de los hitos a subrayar. El recelo ante la política, cuando no un abierto antipoliticismo, la primacía de la protesta como forma de movilización colectiva y el carácter excluyente de la afirmación identitaria caracterizarán la cultura política del obrerismo organizado durante el primer siglo XX.

1.2.3. Ensayando la huelga general. 1904

La llegada del nuevo siglo fue testigo de acontecimientos que supondrán cambios significativos en la percepción de los sujetos acerca de las posibilidades de participar en los asuntos públicos, y en la valoración de la recompensa que podía suponer el tomar ciertos riesgos al hacerlo. La inmensa movilización de efectivos para la guerra de ultramar, la derrota, la repatriación de muertos, famélicos y enfermos, la inmediata crisis gubernamental del Gobierno liberal de turno, el intento de las «clases neutras» de articular un movimiento de regeneración política, y la proliferación de voces autorizadas pidiendo cambios en la estructura y articulación del poder, hicieron vislumbrar entre los críticos al statu quo cambios en el tapete de los combates sociales. En el lenguaje sociológico al uso, podría decirse que hubo cambios en la *estructura de oportunidades políticas* y, posteriormente, un notable incremento de la movilización contestataria de los sectores críticos, a través de las organizaciones obreras, el republicanismo y, por un corto período de tiempo, las agrupaciones de «clases medias» como la Unión Nacional de Costa.

Sidney Tarrow ha apuntado que los ciclos económicos y los finales de las guerras ofrecen incentivos para la acción colectiva, debiéndose tener presente en el caso aragonés, además del efecto que en la opinión pública tuvieron las listas de fallecidos publicadas en las páginas de la prensa y la visión de los repatriados por las calles, el tirón alcista que supuso la explotación de la remolacha azucarera y la progresiva implantación de industrias de tipo químico o eléctrico. Pero sobre todo nos interesa precisar que la bonanza industrial incrementó la demanda de mano de obra, posibilitando una postura de fuerza de unos trabajadores que rápidamente experimentan la necesidad de mejorar su situación en demanda de mejoras de los salarios y de las condiciones de trabajo. En cualquier caso, tales incentivos no actuarían directamente, sino alterando la *estructura de oportunidad*. Cuestiones como las divisiones internas de los partidos dinásticos y las críticas al propio sistema político, la agitación promovida por los arcos del sistema parlamentario (republicanos y carlistas), la apertura del mínimo y formal acceso a la participación que posibilitaron las leyes de Sufragio Universal Masculino (1890) y de Libertad de Asociación (1887) o la percepción de las clases menesterosas de poder contar con «aliados» de influencia y dinero entre las clases medias, fueron algunos de los factores

de la «estructura de oportunidad» de la movilización social finisecular. Además, no debe perderse de vista el efecto indirecto que tuvieron aquellos primeros intentos de articular la protesta laboral a través de las organizaciones obreras y las movilizaciones de los Primeros de Mayo del inicio de la década de los noventa. La reorganización de las secciones ugetistas, y sobre todo anarquistas, a partir de 1900 retomó en gran medida la labor de aquellas secciones de oficio, y añadió a las tácticas y programas la búsqueda de la eficacia en la movilización de un nuevo sujeto político digno de todas las atenciones: las masas urbanas, articuladas en diferentes sensibilidades identitarias y a través de diferentes organizaciones asociativas.¹⁴⁷

Y en ese proceso no iba a resultar inocua una de las mayores protestas sociales en la historia reciente de la capital, el ya mencionado motín popular contra los impuestos de Villaverde en junio de 1899, originado en el cierre de tiendas dispuesto por las cámaras de comercio y la Unión Nacional. Puede afirmarse que hubo una estrecha relación entre la protesta y el surgimiento posterior de las organizaciones de trabajadores por las mismas fechas, pese a la aparente asimetría entre la protesta «tradicional» y las organizaciones «modernas». Y eso porque se admite que la protesta colectiva es capaz de crear nuevas oportunidades de actuación para lo sucesivo, ensanchando el marco de la participación política y social e incorporando a la experiencia de los sujetos nuevas expectativas y mecanismos de negociación colectiva.

¿Cómo ocurre esto? El inmediato precedente de los motines puede ayudar a entender algunas claves. Los grupos de interés agrícolas zaragozanos lanzaron a través de la prensa una campaña sin precedentes a raíz de la petición de algunos industriales catalanes para rebajar el arancel sobre el azúcar extranjero. Se tocó a rebato para que el labrador aragonés defendiera el cultivo de la remolacha contra las «ambiciones» catalanas, organizándose una manifestación el 22 de mayo en Zaragoza, y también en núcleos como Morata de Jalón, Chodes o Ricla. Pocos días después salen a la luz los presupuestos de Villaverde incluyendo unas exigencias fiscales sobre los vinos imposibles para el sector, que en seguida provocan la respuesta de la burguesía local y los hombres de negocios interesados. «Eche-

147 Tarrow (1997). Sobre el contexto hispano, Pro Ruiz (1998). También en Balfour (1997).

mos a la calle la protesta», dice el editorial del *Heraldo*, «hagamos un *meeting* o una manifestación semejante, pero monstruo, grande, digna de los daños que van a producir». Se anima al «movimiento de las masas» desde los pueblos, en los que «reina gran efervescencia entre la clase agrícola». Casinos, círculos y sindicatos locales, liderados por los principales propietarios y cargos municipales, aglutinan a los campesinos, como ya hicieran en otras ocasiones, bajo la bandera del interés común y el beneficio comarcal. Con la participación de comisiones llegadas de los pueblos, se celebran multitudinarias asambleas en Tarazona y Calatayud, lugar este último donde se realizó una manifestación de varios miles que culminó con la entrega al alcalde de una exposición al Gobierno. Llegados al 26 de junio de 1899, el sindicato vitivinícola y la junta general de gremios de Zaragoza acuerdan adherirse a la protesta de contribuyentes planeada por las cámaras de comercio que lidera Basilio Paraíso. Los cierres de tiendas y las manifestaciones se extienden a Huesca, Barbastro, Daroca, Monzón, Tamarite y muchas otras poblaciones más. Pero los mayores temores de que se desbordara la protesta se centraron en Zaragoza: el gobernador Planter reúne el día anterior a los directores de periódicos para pedirles que procurasen «aquietar los ánimos, en lugar de engrandecerlos», y el *Heraldo* apunta que «ni tiene por norma ni gusta de asonadas y tumultos». Demasiado tarde. Si durante la campaña se pretendía «echar a la calle» la protesta, después, una vez pasados los disturbios, las cámaras de comercio y agrícola, los gremios y el Centro Mercantil achacan el posible fracaso de la movilización a «la actitud tumultuaria, los gritos subversivos, la imposición en las calles, la coacción en tiendas y talleres, los atropellos y violencias en cosas y personas». El propio Paraíso manifiesta su desaprobación de los hechos: «nosotros no queríamos ese género de desórdenes», aclara al reportero desde el hotel de Madrid en el que se aloja.¹⁴⁸

Quizá el error de cálculo de Paraíso y las cámaras estribase en dar por sentada una aséptica separación entre clases medias y trabajadores. Las fronteras entre la pequeña burguesía y la clase obrera cualificada eran a estas alturas todavía imprecisas y permeables, conviviendo dentro del mundo del pequeño negocio familiar una amplia jerarquía que iba desde

148 *HA*, 17 al 22-5-1899, núms. 1096 a 1100, y *HA*, 19 al 28-6-1899, núms. 1128 a 1131.

los más prósperos y estables a los más pobres e inseguros. La comunidad de intereses entre unos y otros en muchos aspectos era patente y cotidiana. Nadie había invitado a las mujeres del mercado a la protesta, pero de inmediato pusieron en marcha su *modus operandi* arengando a los labradores y trabajadores de talleres y fábricas, y forzando a cerrar algunos establecimientos que se resistían a echar las persianas. Pues bien, fue este espacio generado para la participación colectiva, y de confianza en la efectividad de las medidas de presión hacia el Gobierno, el aprovechado por las asociaciones de trabajadores para reorganizarse. El obrerismo llegaba de la peregrinación en el desierto de los noventa, en el que solo hubo los oasis de las manifestaciones por los presos de Montjuich y la campaña socialista por el servicio militar obligatorio, sin mucha repercusión en Aragón. Como estudiaron Ignacio Barrón y Carlos Forcadell después, hacia 1899 se pone en pie la ugetista Federación Local de Sociedades Obreras de Zaragoza (en adelante FLSO), a partir de la unión de la Agrupación Socialista y varias sociedades de resistencia, que liderará el movimiento social zaragozano hasta 1905.¹⁴⁹

El Primero de Mayo de 1900 supuso la confirmación de este proceso de despegue. Hubo un paro obrero general, y unas cuatro mil personas asistieron al mitin que tuvo lugar en el Salón-Teatro Pignatelli, con abundante presencia de mujeres, igual que sucedió diez años atrás en el mitin del Novedades. Firmaban la convocatoria de los carteles previos la Agrupación Socialista y las sociedades de resistencia de obreros pintores-decoradores, canteros, marmolistas y pulidores, tipógrafos, constructores de máquinas, cocheros, constructores de carros y coches, sombrereros-planchadores, peluqueros y barberos, camareros y panaderos, los últimos de los cuales habían protagonizado una huelga durante todo el mes de abril. Pre-

149 Las difusas fronteras entre la pequeña burguesía y los trabajadores cualificados, en Bueno Madurga (2000*a*), p. 118, y Barrón (1979), pp. 51-58. Por «estrecha relación» no debe entenderse la alianza explícita de la Unión Nacional y el PSOE, que nunca existió, sino que usamos la expresión como la ocupación de los espacios públicos de negociación política que van abriendo los diferentes actores sociales, que no tienen por qué coincidir en sus objetivos particulares. Es más, dentro de este movimiento de «clases medias» se celebró, después de la de Zaragoza, una asamblea en Valladolid, abierta en esta ocasión a un mayor espectro de organizaciones y asociaciones, y no solo a las cámaras de comercio. A Pablo Iglesias se le criticó que no asistiera como asambleísta para incorporar a los trabajadores al movimiento, y que por el contrario realizara mítines de propaganda en Salamanca, Valladolid y León (*HA*, 18-1-1900, n.º 1356).

sidida la reunión por Emilio Felipe, actuaron como oradores el pintor Saturnino Lloré, los barberos Ildefonso Martínez y Blas Domínguez, el constructor de coches Ramón Fernández, Fausto Arnal, como «obrero intelectual», y el encuadernador Isidoro Achón, quien consigue enfervorizar al público al culpabilizar de la miseria del proletariado a los «ministros ladrones, generales traidores, jueces prevaricadores...». Achón, a quien ya no se puede perder de vista como líder del socialismo zaragozano durante el primer tercio de siglo, declaró cierta simpatía por el movimiento de la Unión Nacional, pero seguidamente indicó a los trabajadores que no lo secundaran, «pues podemos pagar los platos rotos de una clase que, al fin, nos explota». Una clase, la burguesa, sobre la que no faltaron críticas y elaboraciones en torno al campo de la «explotación». Arnal vino a sintetizar en una sola frase la retórica excluyente al uso: «¿Quién sobra, pues? ¿El capitalista o el obrero, ellos o nosotros?» (replicando muchas voces: «¡ellos!, ¡ellos!»). Sin embargo, y pese a frases más o menos fuertes, los socialistas imprimirían un carácter festivo y ordenado al Primero de Mayo, que ya apenas constituiría motivo de zozobra para los grupos dirigentes en estos primeros momentos del nuevo siglo. El de 1901 transcurrió a modo de «gira campestre» en la arboleda de Macanaz que hay junto al Ebro. En el de 1902 «dejaron de acudir muchos trabajadores a fábricas y talleres» para reunirse en el mismo sitio, «atendiendo a la invitación de los obreros de la calle Mayor». Y en 1904, «el criterio pacífico y evolucionista ha triunfado por completo, sobreponiéndose a las tendencias revolucionarias y haciendo del 1.º de Mayo una alegre jornada llena de simpático atractivo».¹⁵⁰

No fue tan calmo el panorama de la conflictividad laboral desarrollada desde ese momento. Ya se ha visto que la mayor parte de las huelgas llevadas a término en 1900 (se da un salto cuantitativo notable, con dieciséis huelgas) son organizadas por diferentes secciones socialistas, como la de canteros, sombrereros o panaderos. No hay que olvidar el marco del desarrollo general de la UGT en el país, que entre los meses de marzo y septiembre ve duplicarse sus secciones, y aumentar el número de afiliados de

150 Las referencias del mitin, en *HA*, 30-4-1900, n.º 1444, y 2-5-1900, n.º 1446; *El Clamor Zaragozano*, 3-5-1900, n.º 84; *La Derecha*, 2-5-1900, n.º 104; *La Alianza Aragonesa*, 2-5-1900, n.º 5253. El Primero de Mayo de 1901, convocando con carteles firmados por la FLSO a una «fraternal merienda», en 1-5-1901, n.º 1763; el de 1902, en *HA*, 2-5-1902, n.º 2052; y el de 1904, en *HA*, 2-5-1904, n.º 2665.

catorce a veintiséis mil. Poco importantes en términos absolutos (115 tipógrafos y 33 marmolistas), los ugetistas de Zaragoza ejercerán sin embargo una notable influencia sobre las secciones obreras afines, oponiéndose a las actuaciones programadas desde el ámbito ácrata. Porque también los grupos anarquistas se reorganizaron al socaire de este favorable contexto general, a través de la creación de una Federación Obrera llamada «La Autonomía», un hecho que se enmarca en la reconstrucción de sociedades anarquistas por todo el país y en la constitución de la Federación de Sociedades Obreras de la Región Española (FSORE), que, de manera flexible y dispar, las agrupaba. Retomando la costumbre de la FTRE de realizar congresos anuales, estos se comienzan a celebrar a partir de 1901, estando representados en el de 1903 los silleros, zapateros y oficios varios de Zaragoza. Pero la competencia por la clientela no terminaba ahí. Pese a no constituir un objeto caracterizado por la protesta, que es lo que aquí se pretende estudiar, el catolicismo social también experimentó un notable empuje a través de sus múltiples asociaciones y sindicatos, siendo un elemento muy importante en la caracterización global de la clase obrera aragonesa de la época, y recogiendo sobre todo frutos en el contexto rural.¹⁵¹

1901 comienza en Zaragoza con el mantenimiento de la huelga de tejedoras de la fábrica de Joaquín Herrero, que presionaban para que fuera admitida la obrera Amalia del Carmen (véase la nota 122), al tiempo que se declaraban en huelga los tejedores de Alagón. Como era de esperar, las secciones socialistas se hacen notar con el planteamiento de diversos conflictos laborales (sombrereros, peluqueros, carreteros, tipógrafos). Pero dos hechos merecen ser subrayados dentro de esta tendencia creciente a organizar huelgas. El primero, que la organización de una sección socialista en

151 El crecimiento de la UGT, en Castillo (2000), pp. 107 y ss., y Forcadell Álvarez (2000). Nada despreciable, el anarquismo zaragozano albergaba en 1902 la Oficina Regional de la FSORE y publicaba un boletín editado por José Quiñones, gracias al cual se sabe que son seis sociedades zaragozanas y una oscense las integradas entre las más de cuatrocientas sociedades de la Federación (Fernández Clemente y Forcadell Álvarez, 1986, p. 198). Para César M. Lorenzo (1972), esta entrada en escena del marxismo reformista supuso el repliegue del anarcosindicalismo que, replegado sobre sí mismo, prefirió otorgar su confianza a la corriente con la que había venido disputando en los últimos años, el comunismo libertario o anarcocomunismo, sinónimo para Lorenzo de «grupismo», de «santones», de «mesianismo», de «insurrecciones», de «atentados» y de «negativismo» (p. 26).

Calatayud facilita la concatenación de diversos paros en el mes de abril, como son los de rastrilladores, sogueros, trabajadores de obras de aguas y boteros, hecho que resulta novedoso en el panorama monocromático de las huelgas urbanas. Tan solo los silleros de Ateca y los obreros de la papelera de Montañana protagonizan durante este año protestas en el ámbito rural, siendo lo habitual, como en este último caso, que las huelgas estén relacionadas con la construcción de fábricas o infraestructuras, no ya con el propio trabajo agrícola (huelga de constructores de la fábrica de cemento de Quinto, de los albañiles de las azucareras de Gallur, de Épila y de Alagón en dos ocasiones, de los cargadores de grava de Cabañas, de los obreros del ferrocarril de Utrillas, de los obreros de una papelera de Villanueva de Gállego, de los constructores de la fábrica de químicos de Sástago, de los obreros de la carretera de Mesones y los de Bujaraloz...). Y en segundo lugar, la importancia que a partir del cambio de siglo, en consonancia con la expansión urbana de Zaragoza, adquirieron en el terreno de la conflictividad social ciertos oficios como los constructores de máquinas o los albañiles, quienes se mantuvieron al margen del socialismo local, exhibiendo una «independencia» inicial que se acercó progresivamente a las posturas y combatividad de las sociedades libertarias. En diciembre de 1900 hay un primer paro parcial en una obra, y en marzo de 1901 la huelga se hace extensiva a la mayoría de los albañiles de la ciudad, tanto oficiales como peones. Solicitaban a los patronos aumento de jornal y reducción de horas de trabajo, pero el resultado final fue desfavorable para los trabajadores, divididos y debilitados tras varias semanas de huelga. Una huelga, por cierto, que había sido comenzada durante un intento de paro general promovido por distintos oficios de la ciudad, del que apenas hay noticias en la prensa local pese a las cargas efectuadas por la Guardia Civil.¹⁵²

152 *El País*, 21-2-1901, n.º 5316. Las huelgas de Calatayud, en *HA*, 30-4-1901, n.º 1762. Sobre los albañiles, se colige de las informaciones de la prensa que unos doscientos oficiales, alrededor de la tercera parte del total, estaban adscritos a la sociedad obrera durante las primeras reuniones de planificación de la huelga, a mediados de marzo. Sin embargo, a los pocos días se comenta que «se han recibido infinitas adhesiones» de obreros que no estaban asociados, llegando a los trescientos y esperándose más inscripciones. Se fijan carteles por la ciudad invitando a los albañiles a asociarse, y se organiza un mitin el 25 de marzo en el Teatro Pignatelli, «que ellos por su natural sencillez no quieren que así se llame, sino reunión a secas», en el que hablan los compañeros Izquierdo, Zurita, Mendaro, Abadía, Quiñones y Casanova, y en el que se aprueba unánimemente ir a la huelga. Pocos días después vuelve a comentarse que eran un «sinnumero de compañeros» los que ingresaban en

Durante ese Primero de Mayo la atención no la coparía la fiesta obrera, sino el polémico estreno de *Electra* en Zaragoza, y pocos días después tenía lugar un mitin socialista en Zaragoza, presidido otra vez por Emilio Felipe. En él se hizo de nuevo patente la escisión del elemento obrero, al suscitarse un tumulto por interrumpir los libertarios los discursos de los oradores Fausto Arnal, Isidoro Achón y, en última instancia, Pablo Iglesias, que no pudo dirigirse a los dos mil congregados. «¡Debemos ser obreros, no políticos!», dice la prensa que gritaban. Y es que los socialistas, aunque con un fuerte ascendente entre las filas obreras, no estaban solos. El 15 de ese mes de mayo se declaraban en huelga los obreros zapateros asociados, unos doscientos cincuenta, cuya sede se hallaba en el Centro Obrero de la calle del Sepulcro, el mismo en el que tenía su domicilio la Sociedad de Albañiles. En febrero de 1902 los periódicos abrían con «Agitación obrera» para referirse a la huelga promovida por los obreros de ese centro en solidaridad con la huelga general que estaba teniendo lugar en Barcelona. La movilización vino anticipada el día 20 por el cierre de la mayor parte de las fábricas y talleres, y por la concentración de tropas en la ciudad en prevención de desórdenes. El día 21 la Guardia Civil, que había tomado posiciones en el centro para evitar la agresión de los grupos a los tranvías, dio varias cargas a bayoneta calada, produciendo sustos, carreras y detenciones. Mientras unos doscientos hombres recorrían las obras del paseo de Sagasta, obligando a suspender los trabajos en los talleres, una comisión de obreros visitaba al gobernador. Pertenecían a las secciones ugetistas del centro de la calle Mayor y, representados por Matías Pastor, hicieron constar a la autoridad que «no habían tomado parte en la iniciación del movimiento», añadiendo que, si no había coacciones de «presiones extrañas», pretendían volver al trabajo. Se declaró el estado de sitio en la ciudad y se instauró la censura previa, se arrancaron los pasquines manuscritos colocados en diferentes puntos, y se clausuró el centro de la calle del

la asociación, pudiendo decirse que «el actual movimiento ha hecho prosperar infinitamente la sociedad de antiguo constituida». Oficiales y peones permanecieron unidos hasta el día 10 de abril, en el que fructificaron las tareas de zapa de la patronal: los peones aceptan volver al trabajo con la promesa de un aumento de jornal, sin hacer extensivo este aumento a los oficiales. Una semana más tarde finaliza la huelga, con el resultado de la subida del veinte por ciento del jornal a los peones, y de dos reales a los oficiales (*HA*, 18-3-1901, n.º 1724; *HA*, 23-3-1901, n.º 1729; *HA*, 25-3-1901, n.º 1730; *El País*, 26-3-1901, n.º 4986; *HA*, 29-3-1901, n.º 1735; *HA*, 10-4-1901, n.º 1745; y *HA*, 17-4-1901, n.º 1751).

Sepulcro. Quizá en esa entrevista con el gobernador de Zaragoza, que respondía a las directrices del PSOE de no secundar la huelga y cortocircuitar la solidaridad que pedían los anarquistas de Barcelona, quedó reflejada como nunca antes la insalvable distancia que separaba ya al reformismo socialista, del que no cabía esperar desórdenes, y al apoliticismo y revolucionarismo anarquista, que, haciendo pervivir de algún modo la tradición de las sociedades de la FRTE, crecía en capacidad organizativa y movilizadora en el entorno urbano zaragozano.¹⁵³

Pocos meses después los albañiles volvían a la carga. Seguían reuniéndose en el centro de la calle del Sepulcro, reabierto con el permiso de la autoridad tras permanecer varias semanas clausurado. Anunciado con carteles rojos, se celebró en mayo un mitin de propaganda para abogar por la jornada de ocho horas, siendo esa la demanda principal de las bases presentadas a los patronos. Ante la negativa de estos, se celebra un mitin en el velódromo de los Campos Elíseos, en el que, usando «términos radicales», se decidió finalmente ir a la huelga el 10 de junio. En la mayoría de los tajos hubo paros, produciéndose algún altercado en algunas obras a las que acudieron esquiroleros a trabajar. Al día siguiente el gobernador se afanaba por evitar las «coacciones» del día anterior, desplazándose incluso a las obras del Mercado para recomendar orden a los obreros. El que hubiera algunos centenares de huelguistas allí y se formase algún tumulto fue el pretexto del gobernador Moncada para tomar medidas. El centro de la calle del Sepulcro volvió a ser clausurado ante la sorpresa de los obreros, que calificaron el acto de «arbitrario». En cambio, el centro de la calle Mayor parecía consolidar su existencia, albergando a otras secciones también declaradas en huelga, como las de tejedores, movilizados contra los nuevos telares y a favor de los antiguos, o la de fundidores de la casa Averly, descontentos con un encargado «cuyo trato molesta bastante a los obre-

153 El mitin socialista, en *HA*, 6-5-1901, n.º 1767, y *El País*, 5-5-1901, n.º 5026. La huelga de zapateros, en *HA*, 15-5-1901, n.º 1775. Para la huelga general de Barcelona, Ramos y Bengoechea (1989). Los hechos de Zaragoza, en *HA*, 20 y 21-2-1902, núms. 1991 y 1992; *DAZ*, 20 y 21-2-1902, núms. 10321 y 10321; *El Liberal*, 21 y 22-2-1902, núms. 9172 y 9173, y *El País*, 22-2-1902, n.º 5317. Sobre el centro obrero de la calle del Sepulcro, decía el *Heraldo* que albergaba a «los elementos radicales [...] de tendencias diametralmente opuestas a los [socialistas]», y que repartieron para el Primero de Mayo de 1902 «una hoja escrita en términos violentos, apoyando la idea de una huelga general» (*HA*, 1-5-1902, n.º 2051).

ros». Los datos, no obstante, son confusos, pues, pese a reunirse en el centro de la calle Mayor, los fundidores y constructores de máquinas aparecen en alguna relación como secciones autónomas de la UGT y, por tanto, vinculadas más probablemente al pensamiento anarquista. Corroboración esta opinión el hecho de que este grupo va a demostrar durante el primer tramo del siglo una fortaleza organizativa y autonomía sindical muy notables. El año termina con diversas huelgas de corta duración, como las de trajineros, cocheros y la sociedad ugetista de toneleros.¹⁵⁴

En su mayoría, los obreros aludían en las bases que presentaban a los patronos al salario percibido, insuficiente para atajar las necesidades más perentorias dado que los precios subían y los jornales permanecían anclados en los niveles de los años noventa. Desde 1901 se advierte que «el modesto jornal, cuando se gana, no da para más», agudizándose las dificultades en momentos puntuales, como durante el cierre de las carnicerías en enero de 1902 debido a una protesta de los menuderos, o el encarecimiento de la carne en enero de 1903. Se hicieron además patentes carencias como la cuestión de la vivienda y otras de salubridad pública, como la mala

154 Las reuniones de albañiles previas a la huelga, en *HA*, 3 y 5-6-1902, núms. 2079 y 2081. El mitin, en *HA*, 9-6-1902, n.º 2084. En él actuaron como oradores Tomás Aparicio, propagandista madrileño, y varios asociados de los que tan solo conocemos sus apellidos: Molina, Berenguer, Gómez y Monedero. Las coacciones, tumultos y la reacción del gobernador, en *HA*, 10 y 11-6-1902, núms. 2085 y 2086. El fin de la huelga, desfavorable para los obreros, aunque felicitados por la prensa por no haber cedido «a las predicaciones de ciertos elementos enamorados del desorden», en *HA*, 16-2-1902, n.º 2090. Casi al mismo tiempo, aunque sin poder probar su conexión con el movimiento zaragozano, se declaraban en huelga los peones albañiles de Huesca, pidiendo la jornada de diez horas (*HA*, 7-6-1902, n.º 2083). La huelga de tejedores, en *HA*, 28 y 29-5-1902, núms. 2074 y 2075; *HA*, 5 y 6-6-1902, núms. 2081 y 2082; y *HA*, 2 y 5-7-1902, núms. 2104 y 2107. Este diario comenta en tono críptico que a mediados del mes de junio llegó a la ciudad «un elemento obrero a quien la autoridad sigue la pista por estar enterada de que su misión es la de agitar las masas predispuestas a la anormalidad» (*HA*, 16-6-1902, n.º 2090). No concluyó bien la huelga para los obreros, que terminaron pidiendo a los empresarios la readmisión en iguales términos en los que trabajaban antes de comenzar el paro (*HA*, 5-7-1902, n.º 2107). Algo similar pasó con los fundidores (los preparativos y el desarrollo de la huelga, en *HA*, 17, 19 y 20-6-1902, núms. 2091, 2093 y 2094; y *HA*, 2-7-1902, n.º 2104), demorándose la resolución de la huelga en dos ocasiones cuando todo parecía indicar su final. Por dos veces medió el gobernador Moncada entre Averly y los obreros, al negarse estos a transigir con las condiciones de readmisión del empresario (*HA*, 5-2-1902, n.º 2107). Germán Zúbero (1998), p. 48. Las huelgas de trajineros, cocheros y toneleros, en *HA*, 25-11-1902, n.º 2227; *HA*, 3-12-1902, n.º 2234; y *HA*, 14-2-1902, n.º 2218, respectivamente.

depuración de las aguas del Ebro, que incidían negativamente en el nivel de vida de las familias de trabajadores. En la línea apuntada por la Comisión de Reformas Sociales, las corporaciones municipales asumieron que había que proporcionar ciertos servicios básicos destinados a los obreros, con el objetivo de crear un proletariado con cierto nivel de satisfacción y poco proclive a las «violencias del hambre». En este orden de cosas, la prensa de Zaragoza se hacía eco en 1902 de una conferencia pronunciada en el Centro Obrero socialista de la calle Mayor, titulada «La casa del obrero» e impartida por el catedrático de Higiene de la Facultad de Medicina Hipólito Fairén. Argumentaba a favor de las casas «higiénicas» y baratas para los obreros, haciendo descansar su discurso en la cadena causal que iba del hacinamiento a la concupiscencia, y de aquí a la enfermedad física y moral de la sociedad. Pero además de cierto bienestar material, se comenzaba a aceptar que había que dotar al obrero de educación para que por sí mismo se «independizara» de «los oradores de plazuela o de meeting, que con tanta facilidad manejaban a su antojo centenares de obreros», lanzándolos «por el camino de la perdición y del crimen». Con la educación, «lejos de odiar al rico [el obrero] le miraría con simpatía (porque el pobre es muy agradecido), y evitaríamos los efectos de las huelgas, que ya van tomando cuerpo entre estas sencillas y dóciles gentes, pero temibles, [...] pues cuando dicen adelante son devastadoras y tenaces». Los incidentes huelguísticos de Barcelona y de otras ciudades avivaron el temor entre el *establishment* y los órganos de prensa, que se apresuraban a recomendar templanza, «sentido práctico» y métodos pacíficos y legales entre los obreros.¹⁵⁵

155 Sobre el encarecimiento de la vida, «La vida en Zaragoza», *HA*, 19-3-1901, n.º 1725; «Las subsistencias», *HA*, 29-10-1901, n.º 1893; «El problema de las subsistencias», *HA*, 19-3-1902, n.º 2014; «Y el pan, ¿cuándo se abarata?», *HA*, 3-9-1902, n.º 2157. Lo que se dio en llamar «el conflicto de la carne», en *HA*, 27 al 31-1-1902, núms. 1972 al 1976, y la subida de precios de 1903, en *HA*, 26-1-1903, n.º 2280. La conferencia sobre la vivienda, en *HA*, 1-11-1902, n.º 2207, y la recomendación de la educación, en *HA*, 4-11-1902, n.º 2209. Para el asunto de la vivienda: Arias González (2001-2002) y Díez de Baldeón (2001-2002). En Zaragoza la corporación no tomó medidas hasta aproximadamente 1910, fecha a partir de la cual se comienzan a levantar diversos barrios obreros (AMZ, Reformas Sociales, diversos años). Hasta ese momento la instalación de inmigrantes rurales atraídos por las industrias de la capital dio lugar a caóticos barrios parcelarios levantados en el tiempo libre de los trabajadores con rudimentarios adobes o material de derribos —barrio de las Canteras, barrio de Almería, barrio de Jesús, barrio de Cariñena (Bueno Madurga, 2000a, p. 52)—. Los comentarios sobre la lucha de capital y trabajo, en «La fiesta del trabajo», *HA*, 1-5-1902, n.º 20521, y «Movimiento obrero», *HA*, 11-10-1902, n.º 2189.

El relato de la protesta obrera permite apreciar los matices de la movilización colectiva del período. No toda la protesta, como se ve, es violenta, aunque es esta la que mayor reacción provoca entre interlocutores y grupos sociales enfrentados y la que, ante la intervención policial, puede dar lugar a una espiral de violencia en la calle. Se van distinguiendo formas de expresar el descontento permitidas o convencionales y prohibidas o transgresoras, al margen de su grado de violencia, y diversas combinaciones de ambas en función del desarrollo de la protesta. Las asambleas, las manifestaciones y las huelgas estaban en principio legalizadas aunque, sobre todo las últimas, sometidas a una intensa vigilancia y control por parte de la autoridad gubernamental, que a partir de principios de siglo asume un papel mediador entre los colectivos enfrentados, patronos y obreros. El desarrollo del movimiento obrero permite observar como las huelgas no surgían de la mera situación de carestía, sino que existía detrás un aprendizaje y una práctica de movilización que abarcaba la reunión asamblearia, la petición escrita, la asociación festiva o la práctica electoral. Comienza a darse además la confluencia entre la práctica derivada del asociacionismo defensivo de los oficios y la militancia doctrinal, estableciéndose un cada vez más afinado cálculo de posibilidades de éxito en función de factores como la organización local, los apoyos externos, las fuerzas a las que enfrentarse o la campaña necesaria para hacerse con el favor de la opinión pública.

En 1903 desciende la presencia de Zaragoza en el mapa huelguístico, apareciendo en él los panaderos de Huesca (marzo 1903), los cortadores de carne, pañeros y curtidores, rastrilladores del gremio de alpargateros y albañiles de Tarazona (enero y junio), y los pastores de Aniñón (julio). En junio Zaragoza reaparece de forma rutilante, con las crónicas de un mitin convocado, al igual que en otras muchas localidades españolas, en protesta por la detención de obreros en Badajoz, Jumilla, Infiesto, Almería, Córdoba y otros lugares tras los altercados sucedidos en el Primero de Mayo. De nuevo el concepto de «solidaridad», al igual que sucedió con la huelga de Barcelona de 1902, aparece como un elemento clave de la acción de las sociedades anarquistas, que son parte de los convocantes del evento. El concepto, como estudió José Álvarez Junco, tiene que ver no solo con la moral anarquista y el compromiso igualitario y activo con los derechos de los seres humanos, diferente de ese otro pasivo de la «caridad» cristiana, sino también con el proceso de apertura del anarquismo doctrinario a las

masas a través del sindicalismo y los ensayos de extensión de la huelga general revolucionaria durante la primera década del siglo. Reunidos unos dos mil obreros en los Campos Elíseos, presidió la reunión José Quiñones, quien dio paso a los oradores. La mayoría aludió a las detenciones de Jumilla e Infiesto (uno propone pedir al Gobierno la libertad de los presos, «y de no conseguirla, ir a sacarlos de la cárcel cueste lo que cueste»), aunque también hubo espacio para la diatriba doctrinal, atacándose a Pablo Iglesias, a Quejido y a la UGT. Hubo quien incluso lanzó, a modo de reto dialéctico, un «mitin de controversia» para demostrar que la asociación socialista era «una farsa». El manifiesto final solicitando la libertad de los presos permite vislumbrar la complejidad del fenómeno asociativo obrero durante estos años, pues a la sociedad de oficios y profesiones varias se adherían las sociedades Centro de Dependencia Mercantil, silleros, grupo anarquista, «Amor Universal», «Humanidad Libre» y «Carlos Caffiero», de los que pocas noticias más hemos podido recabar.¹⁵⁶

Otras, como *La Autonomía*, seguían recibiendo azotes en el hocico en cuanto asomaban por la puerta de la legalidad. Justo cuando el gobernador Planter autorizaba la reapertura de la sociedad, un incidente ciertamente menor, como la «caída» de las tiras de papel que censuraban frases «impertinentes» en los carteles anunciadores, provocaba el inmediato cierre del centro. Los obreros protestaban airados por sentirse «como esclavos», sensación que se repetiría pocos días después en un momento de particular sensibilidad colectiva, como fue el entierro de dos obreros muertos

156 Las huelgas de Tarazona, en *HA*, 9-6-1903, n.º 2393. La coincidencia de estas huelgas en el tiempo hace pensar en la formación de una sociedad obrera, como así se anunciaba por medio de carteles en diversos puntos de la ciudad: «Se invita a todos los obreros a una reunión que tendrá lugar en la fábrica de gaseosas de Lucas Puente, a las once de la mañana del día 7 del corriente, para tratar del nombramiento de presidentes de los diferentes gremios y hacer la Federación obrera. ¡Obreros! Hoy es el día en que ni uno solo debéis faltar a esta reunión. Ha llegado la hora de que busquemos nuestra emancipación». La Federación, de carácter socialista, conseguía organizar al siguiente Primero de Mayo una manifestación pacífica por la ciudad (*HA*, 2-5-1904, n.º 2665), así como una manifestación obrera pidiendo trabajo en enero de 1905, promovida por los dos concejales socialistas de la localidad y seguida por más de seiscientos obreros con carteles rezando «trabajo e instrucción para los obreros» y «adelante con el proyecto de las escuelas» (*HA*, 16-1-1905, n.º 2890). La huelga de pastores, en *HA*, 4-7-1903, n.º 2415. Álvarez Junco (1991), pp. 119-120 y 555-556. El mitin, en *HA*, 15-6-1903, n.º 2398. En él hablaron Ricardo Berenguer, José Juan, Tomás Aparicio, Francisco Salas, Nicasio Domingo, Mariano Sanjuán y Gedeón Vidal.

en un pozo negro. Junto al depósito se congregaron unos mil obreros que siguieron en solemne manifestación (esa es la palabra escogida por la prensa y el matiz conflictual que aquella añade) a los dos féretros llevados a hombros por compañeros de las víctimas hasta la puerta del Duque, y luego hasta el cementerio. El alcalde y un concejal, que formaban el duelo de honor, pudieron escuchar «comentarios poco favorables hacia quien teniendo el deber de velar por la seguridad del trabajador, nada hacen para el cumplimiento de tan importante misión». Sin duda que el acto contribuyó a remarcar la propia autodefinición obrera por oposición a quien no sufría ese tipo de adversidades, y a reforzar ciertos lazos de solidaridad interna entre el más de un millar de asistentes. Una suerte de cuestiones fundamentales para la siguiente demostración de fuerza, el primer ensayo de huelga general.¹⁵⁷

Anunciada la jornada por los sindicatos desde Barcelona para forzar la libertad de obreros presos, la ciudad amaneció el 3 de agosto con la calma que acompañaba a la presencia de la fuerza en puntos estratégicos de la ciudad. Sobre las ocho, un nutrido grupo con predominio de albañiles y algunas mujeres recorrieron distintas fábricas invitando al cierre, generalizándose el paro en las afueras y en todas las obras de albañilería. Sin embargo, en el centro de la ciudad la fuerza desbarató los planes de los huelguistas de hacer parar a diversos operarios del Ayuntamiento y suspender el servicio de tranvías. El gobernador Planter ordenó al alcalde enarenar las calles, acto que auguraba cargas de caballería, y amenazó a los alborotadores con entregarlos a la justicia bajo el cargo de sedición. Por la tarde, con motivo del entierro de un obrero, se reunieron los huelguistas en la puerta del Duque, marchando luego a la plaza de la Constitución para entregar, a través de una comisión de cuatro «libertarios», una instancia pidiendo la liberación de obreros encarcelados «por cuestiones sociales». A su salida se dice que grupos de «chiquillos» obligaron a cerrar diversos establecimientos y ape-

157 El cierre de *La Autonomía*, en *HA*, 22-7-1903, n.º 2340. Por cierto, que esta sociedad tenía su sede en la plaza de Liñán, la misma en la que estaba ubicada la sociedad obrera clausurada por la autoridad durante las algaradas del Primero de Mayo de 1891, aunque ignoramos si se trataba de la misma sociedad y local. La manifestación de duelo, en *HA*, 28-7-1903, n.º 2345. El asunto de la seguridad laboral acaparó la atención del movimiento obrero de esos meses, como por ejemplo ocurrió en el mitin del 15 de junio, en el que se lamentaban las muertes recientes en una obra y se responsabilizaba de las tragedias al arquitecto y encargado de aquella.

drearon un tranvía, hasta que la policía impuso finalmente orden y dispersó los grupos. El balance de la huelga general, según la prensa, un sonoro «fracaso»: «chispazos sueltos, ecos perdidos entre la indiferencia de la gran masa obrera [...], protestas de grupos aislados, varias coacciones y algunas pequeñas alarmas». Para las sociedades obreras locales constituyó un relativo éxito en clave de aprendizaje colectivo de movilización y organización, en el ejercicio de la solidaridad con los presos y los organizadores de Barcelona a través de la petición oficial, y en los «sobresaltos y temores» despertados entre los sectores acomodados ante los primeros escarceos de su nueva «bestia negra», la huelga general.¹⁵⁸

Porque si para anarquistas y socialistas constituía un mito, una meta capaz de subvertir el orden social, para esos otros sectores sociales era la gran amenaza que ahora, una vez «domesticado» el Primero de Mayo, y con nuevas «masas de carne humana» de trabajadores urbanos al albur de propagandistas y agitadores, parecía estar creciendo. Sería deseable, dice el diario católico *El Noticiero*, la unión «fraternal» de proletariado y burguesía, pero lamentaba no ser factible, debido a que «en las multitudes el microbio del bien perece prontamente y el del mal se propaga con rapidez espantable». Y continúa citando a Sighele para observar que la muchedumbre «es un montón de pólvora seca, pronta a explotar a la menor chispa que se ponga en contacto con ella», una chispa que encienden propagandistas y «cuantos tratan de dirigir la masa». Barcelona y luego Bilbao hicieron saltar en 1903 las alarmas sobre los peligros de la masa obrera, poniendo a prueba la capacidad gubernamental para mantener el orden en las calles. La política de la fuerza tan solo varió en el número de muertos y heridos de un caso a otro, pero es cierto que al tiempo que llegaban las crónicas de los tumultos y las cargas se abrían algunos interrogantes sobre la dureza y la sistematicidad de la represión gubernamental.¹⁵⁹

Al año siguiente hubo un nuevo intento.¹⁶⁰ La sociedad de carpinteros y ebanistas, afiliada a la UGT, pedía a los patronos jornada de nueve

158 *HA*, 3 y 4-8-1903, núms. 2439 y 2440. *El Liberal*, 4-8-1903, n.º 8997.

159 *El Noticiero*, 19-4-1904, n.º 915. Los interrogantes, en «Por la fuerza», *HA*, 29-10-1903, n.º 2513.

160 Hasta el mes de agosto hubo diversas huelgas y acontecimientos asociativos: los carpinteros del taller de Carde y Escoriaza exigían el despido de un obrero no asociado (*HA*, 30-1-1904, n.º 2593; *HA*, 4-2-1904, n.º 2597; *HA*, 15-2-1904, n.º 2606; y *HA*, 24

horas, incremento del 50 % en las horas extraordinarias y un aumento del 20 % en el jornal percibido. Ante la «intransigencia» patronal para aceptar las bases propuestas, los asociados acordaron iniciar a partir del 3 de agosto una huelga, sumándoseles en solidaridad los obreros no asociados y destajistas del gremio. Sin embargo, a partir del día 6 se observa gran «agitación» entre los centros obreros ajenos al oficio. Al mismo tiempo que los carpinteros solicitaban al gobernador Planter autorización para celebrar un mitin de solidaridad para debatir la huelga general, los anarquistas de *La Autonomía* pedían permiso para organizar una reunión por la libertad de los presos detenidos por cuestiones sociales. Ambos actos se celebraron en el mismo fin de semana, y en el mismo edificio de la Lonja. Dirigió el primero el presidente de los carpinteros, Vicente Carmona, actuando como oradores diversos representantes de sociedades obreras, que apoyaron «ir a la huelga como un solo hombre». En el mitin anarquista de *La Autonomía* hablaron conocidos oradores locales, pero debe destacarse sobre todas las intervenciones la de Teresa Claramunt, conocida ya en su primera alocución zaragozana como una «famosa agitadora». ¹⁶¹ Aplaudida y vitoreada de principio a fin, su discurso fue el más incendiario, decla-

y 29-3-1904, núms. 2633 y 2637); los maestros barberos se asocian para ser independientes de los peluqueros y dependientes de barbería (*HA*, 13-12-1904, n.º 2605); en Épila los obreros de la azucarera protestaban por haberseles rebajado el jornal (*HA*, 19-2-1904, n.º 2610 y 5-3-1904, n.º 2617); los obreros agrícolas de Nuévalos piden un real más de paga (*HA*, 5-3-1904, n.º 2617); los obreros del Arte de Imprimir se reúnen en el local de la calle Mayor para conmemorar el quinto aniversario de su reorganización; los canteros del extrarradio de Zaragoza van a la huelga por las condiciones laborales (*HA*, 24-3-1904, n.º 2633); los carniceros de Huesca se declaran en huelga por los impuestos municipales (*HA*, 28 y 29-3-1904, núms. 2636 y 2637); los hortelanos paran por las condiciones de descarga en el Nuevo Mercado (*HA*, 6 y 9-4-1904, núms. 2644 y 2647); los obreros de la «Electro Metalúrgica» de Sástago piden mayor jornal (*HA*, 11-4-1904, n.º 2648; 25 y 28-5-1904, núms. 2684 y 2687; y 11-6-1904, n.º 2691); en Huesca huelgan los obreros del Canal de Aragón (*HA*, 4 y 5-5-1904, núms. 2667 y 2668); y las obreras laneras de la fábrica Izquierdo y Cía. solicitan un día de fiesta (*HA*, 19 y 21-5-1904, núms. 2679 y 2681); declaran huelga parcial los obreros de La Zaragozana (*HA*, 25-5-1904, n.º 2684); los peluqueros protestan contra los maestros barberos, que no querían cerrar los establecimientos los domingos (*HA*, 26-5-1904, n.º 2685); y los obreros de la carretera de Mesones se plantan en señal de protesta (*HA*, 2-6-1904, n.º 2691).

¹⁶¹ Una necesaria aproximación biográfica a la figura de Teresa Claramunt, en Vicente Villanueva (2005). Allí se puede leer, recogiendo las impresiones de Federica Montseny, que «Teresa pronto se destapó como una oradora enérgica, fogosa y elocuente, sin pelos en la lengua, y con un poder cautivador sobre las masas que las conmovía, levantaba y arrasaba a su causa».

rando que no se sometía a las disposiciones gubernativas «porque ella es rebelde y anarquista y la ley le garantiza para hablar», y produciendo risas en el auditorio cuando llamó asalariados a los periodistas, a los polizontes y a los guardias civiles. Finalmente el presidente del acto, Ricardo Berenguer, quien a su vez había actuado como orador en el mitin de los carpinteros, terminó de explicar la relación entre la reunión y la huelga general, que habría de dar comienzo a la mañana siguiente.¹⁶²

El paro esta vez iba a afectar a casi todas las actividades. La prensa y el presidente de la sociedad de carpinteros, Vicente Carmona, cifran en unos doce mil los obreros huelguistas. Pese a las expectativas de la autoridad, que esperaban ver «muchedumbres» en las calles desde el primer momento, tan solo algunos grupos de obreros paseaban por el centro de forma pacífica sin hacer emplearse a la fuerza, lo cual es interpretado por Carmona como un signo de la madurez y seriedad de los trabajadores. No deja de resultar paradójico que durante el mitin del día siguiente para calibrar el estado de la huelga hubiese apelaciones explícitas a la violencia («al acero y al fuego hay que contestar con plomo», «es conveniente derramar sangre», «la sangre de las víctimas hará que sean los héroes en más número y aumenten los soldados de la causa...»), mientras que la dirección del movimiento trataba de compensar la tendencia recomendando «sensatez y orden». La entrada en escena de una sección de lanceros cuando terminaba el acto fue lo que provocó «terrible pánico» y cargas, llegándose a amartillar los fusiles. El alcalde hubo de prometer castigo para la tropa por su

162 En los últimos momentos se adhirieron a la huelga los hortelanos, los fundidores y los camareros, mientras que significativas sociedades obreras socialistas, como los tipógrafos y los panaderos, explicitaban su desmarque de ella. La autoridad tomaba medidas preventivas, como disponer fuerzas en distintos puntos o distribuir cartuchos de medio alcance, para que los disparos del máuser no atravesaran los edificios. En cuanto a los oradores de los mítines, en el de las sociedades hablaron los carpinteros Francisco García, Modesto López y «el compañero Ginés», el albañil Ricardo Berenguer y el peón Pablo Casas, el constructor de camas Pedro Pórtolas, el electricista José Juan, el camarero Guillermo Redondo, los dependientes de comercio Manuel Martín y Juan Eliodoro, el obrero de sillas de enea Nicasio Domingo, el pintor Saturnino Lloré y los «independientes» Salvador José, Ricardo Llauvé y Víctor Monedero. Por «independientes» hemos de entender que no representaban a sus respectivas sociedades de oficio. Eso sí, su discurso fue marcadamente anarquista, pues al día siguiente, junto a Nicasio Domingo y la Claramunt, volvieron a dirigirse a la concurrencia en el mitin ácrata de *La Autonomía* (HA, 8-8-1904, n.º 2748). La huelga de carpinteros y los movimientos previos, en HA, 25, 26, 28 y 29-7-1904, núms. 2737, 2738, 2740 y 2741; y HA, 3, 4 y 6-8-1904, núms. 2744, 2745 y 2747.

«intemperancia» y libertad para los obreros detenidos ante la insistencia de sus indignados compañeros. El resto del día, salvo alguna «turbamulta» de muchachos, discurrió tranquilo. A la mañana siguiente el ambiente había decaído bastante y muchos obreros iban entrando en talleres y fábricas. Algunos grupos quisieron por ello desplegar mayor resistencia en el centro de la ciudad. Fueron detenidos significativos obreros como Víctor Monedero y Ricardo Llanví, a quienes se dice que se les ocuparon sendas armas de fuego. Esta noticia fue aprovechada por la autoridad para efectuar registros y tratar de detener al resto de oradores del mitin libertario. Los carpinteros, asumido el fin de la huelga general, aún se mantendrían en su lucha sectorial durante algunos días más, pero la postura de los patronos, salvado el Rubicón de la huelga general, era de mayor fortaleza e intransigencia si cabe que antes.¹⁶³

No resulta sencillo hacer balance del primer ensayo de huelga general en Zaragoza. Por un lado destaca el hecho de que de entre todas las sociedades y círculos obreros movilizados tan solo *La Autonomía* declarese su carácter anarquista, pero que el resto asumieran tanto el lenguaje como la táctica ácratas. Incluso puede decirse que el liderazgo corrió por cuenta de los anarquistas, lo cual es significativo cuando la iniciativa la llevó en sus comienzos una sociedad nominalmente ugetista. Hubo también sociedades «independientes» que de hecho eran de raíz anarquista, y que reforzaron el discurso y la acción de las más combativas. Por su parte, el socialismo se ganó la lejanía de algunas sociedades y de posible clien-

163 *HA*, 9, 10, 11 y 12-8-1904, núms. 2749, 2750, 2751 y 2752. En el mitin del día 9 hablaron, por seguir con la nómina de los obreristas destacados de aquellos años, Francisco Gracia (carpintero), Ricardo Berenguer (albañil), Félix Monteagudo (panadero), José María Martínez (camarero), Salvador José (azucareras), Antonio Cuezanca (corsetero), Ramón Illa (constructor de máquinas), Nicasio Domingo (obrero de sillas de enea), Ricardo Llanví (constructor de máquinas), Modesto López (carpintero), José Quiñones (albañil), José Juan (electricista), Saturnino Lloré (pintor e «independiente»), Víctor Monedero (albañil) y Vicente Carmona (carpintero). También, *El Liberal*, 8, 9 y 10-8-1904, núms. 8054, 8055 y 8066; *El País*, 9, 10 y 11-8-1904, núms. 6215, 6216 y 6217. La persistencia de la huelga, en *HA*, 13, 16-17 y 25-8-1904, núms. 2753, 2755, 2756 y 2763. Terminó la huelga con el mandato forzoso del gobernador de abrir los talleres para que los obreros que quisieran entraran a trabajar y garantizar así «la libertad de trabajo». Se amparaba para tomar tal medida en que tan solo ciento cincuenta y nueve obreros participaron en la votación de persistencia de la huelga, de un total de más de setecientos compañeros que se abstendían de tomar parte en las votaciones.

tela obrera. La medida no vendía, y se hicieron patentes las primeras quiebras entre las bases y las directivas. «Es imposible precisar las asociaciones adheridas a la huelga —se dice en la prensa—, porque en muchas de ellas los asociados se muestran disconformes con el proceder de las respectivas juntas». También se dice que en la reunión de tipógrafos para decidir sobre posiciones ante la huelga, las posturas en pro y en contra aparecieron «casi equilibradas». El propio Pablo Iglesias, preguntado por la huelga cuando se encontraba de paso hacia el Congreso Socialista de Ámsterdam, no parecía muy entusiasmado con la militancia de los carpinteros en la UGT, dejando entrever «muy poca fe en que los huelguistas consigan sus propósitos». La autonomía de la que gozaban las secciones ugetistas podía esconder este peligroso doble filo. El discurso de la confrontación y de la acción directa ácratas parecía encontrar su lugar en la Federación Local de Sociedades Obreras gracias a esa autonomía táctica de todas las sociedades obreras. No de otro modo puede explicarse la exitosa apelación a la solidaridad entre secciones pertenecientes a tan diferentes estilos y estrategias, llamando a una «lucha de honor», a «la honra y dignidad» de los obreros y a la vigilancia de la «traición» del obrero desaprensivo.¹⁶⁴

Por su parte, la prensa valoró de muy diverso modo el movimiento, según tendencias. *El Liberal* ensalzaba la «actitud racional» de los huelguistas y el carácter «ordenado y silencioso» que imprimieron al paro, mientras que *Heraldo de Aragón* valoraba el movimiento como una ilusoria veleidad política de los obreros, a los que «el resplandor de una falsa gloria ciega sus ojos y perturba su entendimiento». De nuevo aparece el lenguaje eruptivo propio de la época: «camino que termina en un volcán», «culebrina, relámpago»... Sea como fuere, resulta evidente que en mayor o menor grado, a favor o en contra, el argumento sobre el que giraban las opiniones era el de la «irracionalidad» de los obreros en sus diferentes versiones de «infantilismo», «candidez» o «impulsividad». En

164 Pese a no prestar su apoyo «moral» a la huelga, los tipógrafos dieron ayuda «material» a la caja de resistencia, al igual que el resto de sociedades socialistas afiliadas en el centro de la calle Mayor. Pero el día 8, prueba de las fuertes divergencias internas, los tipógrafos «holgaron», deteniendo las tiradas de la tarde. Eso produjo «algún revuelo», pues no se sabía el origen del paro, reuniéndose «en sesión muy agitada» y conviniendo en mantener el acuerdo primitivo de no secundar la huelga.

último término, una crítica general hacia la huelga fue la de su falta de pragmatismo, «pues todas las energías consumidas en esta huelga estéril hubieran sido de más provecho aplicadas a un fin práctico, inmediato y perfectamente legal como es, por ejemplo, el abaratamiento de las subsistencias».

Los precios de los artículos de primera necesidad no mejoraron respecto de los años precedentes. La situación se tornó «angustiosa» para los trabajadores de la ciudad y del campo a partir del segundo semestre de 1904 y durante 1905.¹⁶⁵ Isidoro Achón escribía sobre el asunto en el *Heraldo*, indicando que «subsistencias, alquileres, recreo, etc., todo ha subido en proporciones alarmantes», y exigía inspecciones sanitarias sobre «esos tenduchos inmundos donde se roba y envenena al público por partida doble». A la carestía general hubieron de sumarse durante los meses de septiembre y octubre de 1904 ciertas dificultades en el abastecimiento de pan y carne debidas al conflicto surgido entre trabajadores y patronos de diferentes oficios por la aplicación de la Ley del Descanso Dominical. En diciembre la FLSO toma la iniciativa y plantea reunir a todos los colectivos implicados para tratar de buscar solución al problema de las subsistencias, algo que esta vez también afectaba a un gran sector de las «clases neutras» o «pequeños burgueses», si bien no tanto ni tan duramente como a los trabajadores. Así lo argumentó, en nombre de la agrupación socialista, Modesto López durante el mitin de la Lonja de enero de 1905. Presidido por Nicasio Domingo, hablaron también Vicente Foz en nombre de la Enseñanza Popular y representación de los «obreros intelectua-

165 «El problema de la vida», *HA*, 7-2-1905, n.º 2909; «Las subsistencias», *HA*, 10-2-1905, n.º 2912; «La crisis del hambre», *HA*, 25-3-1905, n.º 2995; «El hambre en Aragón», *HA*, 7-4-1905, n.º 3006; «Síntomas alarmantes», *HA*, 8-4-1905, n.º 3007; y «El hambre y la sociedad», *HA*, 17-4-1905, n.º 3014, donde se relaciona el hambre con los conflictos sociales: «se comprende el delirio de las muchedumbres que carecen de alimento, son lógicos esos movimientos subversivos en quienes sienten la fiebre del hambre y no encuentran medios de aplacarla»; «El hambre en Mallén», *HA*, 26-5-1905, n.º 3138; «La miseria en Aragón», *HA*, 29-5-1905, n.º 3140; «La crisis agraria en Aragón», *HA*, 22-7-1905, n.º 3185. Desde la Diputación Provincial de Zaragoza se pide la concesión de obras públicas al Ministerio de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas «para proporcionar sustento a la clase jornalera y evitar los transtornos sociales que el hambre pudiera ocasionar». Los pueblos como Mallén, que habían perdido los viñedos por el mildiu, piden socorro pecuniario «por no poder atender a su subsistencia y con objeto de evitar el grave conflicto de orden público que como consecuencia pudiera producirse» (ADPZ, leg. XIV-909).

les», Modesto Domínguez Royo por la Agrupación de Librepensadores, Saturnino Lloré por la Juventud Republicana y, por instancia de algunos correligionarios, el republicano Juan Pedro Barcelona. Se aprobaron por aclamación las bases a elevar a los poderes públicos, terminando Modesto López por manifestar «sentir vergüenza al ver grupos de esos obreros detenidos a las puertas de la Casa municipal en demanda de un triste bono de La Caridad». ¹⁶⁶

Varias semanas más tarde, en plena campaña del PSOE por el abaratamiento de las subsistencias, fue recibida una comisión de obreros en el Ayuntamiento zaragozano. Los protagonistas, hombres ya conocidos y bregados en la negociación con la autoridad: Matías Pastor, a la sazón presidente por estas fechas de la FLSO, Saturnino Lloré, Modesto López y Vicente Foz, quienes criticaron a la corporación por falta de previsión y solicitaron obras públicas en las que emplear a los parados. La culminación de la campaña llegaría en julio, con la convocatoria a un paro a todas las sociedades afiliadas. Se celebró una asamblea en el centro de la calle Mayor, en la que se desarrollaron intensos debates sobre la conveniencia de secundar o no el paro. Rafael Esteban, presidente de los tipógrafos, aglutinaba las voces más moderadas y renuentes a seguir otras propuestas más exigentes, como la de Modesto Domínguez, representante de los librepensadores, de llevar a cabo una «huelga general radical». Llegada la hora de las votaciones, las secciones desecharon la huel-

166 El artículo de Achón, en *HA*, 29-8-1904, n.º 2766. El descanso dominical fue cuestión ampliamente discutida en algunos gremios, como los panaderos, carniceros, taberneros o verduleros, pues abarcaba varias vertientes de conflicto simultáneas: por un lado, entre la autoridad y los contribuyentes de actividad industrial, que no pagaban menos por el día de cierre, y por otro lado, entre los patronos y los obreros de ciertos gremios, al pretender los primeros compensar posibles pérdidas con prolongación de jornadas laborales o decrementos en los sueldos (*HA*, 12 al 16-9-1904, núms. 2778 al 2782; y *HA*, 19 y 21-9-1904, núms. 2784 y 2786). El descontento por este motivo favoreció el planteamiento de huelgas como la de panaderos (*HA*, 26 y 28-9-1904, núms. 2790 y 2792; y *HA*, 8-10-1904, n.º 2795) o la de camareros, que presentaron unas bases de trabajo nuevas a los patronos (*HA*, 5-10-1904, n.º 2813), y el desarrollo de algún incidente violento de dependientes de comercio contra establecimientos abiertos en festivo por excepción legal (*HA*, 24-10-1904, n.º 2813). El mitin, en *HA*, 16-1-1905, n.º 2890. En las bases se incluían medidas como el fomento de la ganadería, la contribución sobre las dehesas y acampos de recreo, incautación y reparto de terrenos yermos, abaratamiento de carnes, cereales, aceite y vino, abolición del impuesto de consumos, fomento de las obras públicas, autonomía económica de los ayuntamientos, etc. (*HA*, 14-1-1905, n.º 2889).

ga y aprobaron la propuesta de Domínguez de pedir permiso al gobernador para celebrar mítines de protesta, poner un telegrama al Consejo de Ministros subrayando el modo de proceder de los obreros zaragozanos, y comunicar a la Junta Central de Madrid «que Zaragoza quiere como protesta un paro ilimitado y radical». A pesar de que no hay noticias de ese paro general, quedaba patente la división interna de las secciones socialistas que había venido anunciándose en acciones previas, entre un ala «moderada» y otra más directa y partidaria de echarse a la calle.¹⁶⁷

A partir de este momento y hasta 1910 cambia la dirección de la FLSO, pasando a ser controlada por federaciones independientes con influencias libertarias. Desciende la actividad huelguística, no registrándose conflictos hasta mayo de 1906, en que se declaran en huelga los panaderos por el descanso semanal. Algo después fueron los constructores de carros, y en octubre algunos sombrereros y planchadores. En 1907 varios tipógrafos huelguistas de *La Editorial* son detenidos, lo que provoca la protesta ante el gobernador de la Sociedad del Arte de Imprimir. El paro se extiende a todo el gremio, contrario a la mediación de la recién creada Junta Local de Reformas Sociales, un órgano de la comisión homónima para arbitrar los conflictos laborales y que ahora aparece por primera vez de manera pública. También se declaran en breve huelga ese año los canteros de las obras del centenario de los Sitios, pidiendo la jornada de nueve horas. Para Jordana de Pozas, el descenso de la conflictividad laboral en la ciudad durante 1907 y 1908 se debió precisamente a la celebración de esa exposición y a las esperanzas que la ciudad entera puso en la salida de la crisis económica que arrastraba desde principios de siglo, interpretando que «toda demanda particularista hubiera sido mal acogida por la opinión y hubiera fracasado». Las coordinadas obreras eran sin embargo bien distintas. En 1907 tuvo lugar un mitin sobre «la organización de los obreros para dar vida a la Federación», lo cual da cuenta del estado de incapacidad en el que las secciones se encontraban para movilizar a su personal. La intensa activi-

167 La sesión de las subsistencias, en *HA*, 6-2-1905, n.º 2908. La asamblea, en *HA*, 19-7-1905, n.º 3182. En ella participaron carpinteros, pintores, hojalateros, sombrereros, librepensadores, la agrupación socialista, constructores de máquinas, constructores de camas de hierro, Unión Republicana, silleros, tipógrafos y curtidores.

dad desplegada en los años precedentes y cierta resaca de fracaso tras las huelgas generales, las disputas en la dirección de la Federación, los desacuerdos habidos con motivo de la constitución de la Junta Local de Reformas Sociales y la escasez de fondos de las cajas de resistencia, pueden ayudar a explicar esta inactividad.¹⁶⁸

Y es que en 1908 no se registra ninguna huelga, salvo un paro de hortelanos, y en 1909 tan solo tres (tipógrafos, peones municipales y metalúrgicos). A partir de ese año comienza a cambiar la tendencia. La FLSO, aun manteniéndose al margen de la recién constituida CNT, aprovechará a partir de 1910 los espacios que la movilización popular y obrera allanó en el campo de la negociación política, toda vez que sucesos como la Semana Trágica o la institucionalización sindical cenetista eran traducidos como muestras de la fortaleza obrera. Sin embargo, no hay que perder de vista que, en lo que atañe al análisis de la movilización obrera aragonesa, no solo hubo protestas relacionadas con la dinámica de expansión urbana e industrial de Zaragoza, sino que en ciertas zonas rurales también se dieron conflictos en torno al trabajo. Relacionados con aventuras constructoras o industriales, o en núcleos en los que existía cierta capacidad de protesta en torno a la condición vecinal y campesina, algunos de estos movimientos fueron de notable entidad en la primera década del siglo XX.

168 El cambio de dirección de la FLSO, en Forcadell Álvarez (2000), p. 56. La huelga de panaderos, en *HA*, 12-5-1906, n.º 2438; la de carreteros, en *HA*, 25-6-1906, n.º 2475; y para ambas y la de planchadores, Instituto de Reformas Sociales [en adelante, IRS] (1907), pp. 50-51, 58-59 y 70-71, donde se detallan datos como el número de huelguistas, la proporción de mujeres, las peticiones o el desarrollo de la huelga. La crisis de trabajo persistió durante 1906: «Sin trabajo», *HA*, 8-2-1906, n.º 2357; «Hay pan, pero falta trabajo», *HA*, 9-2-1906, n.º 2358; «La crisis del trabajo en Zaragoza», *HA*, 19-3-1906, n.º 2393, donde se da cuenta de la manifestación de obreros municipales al Ayuntamiento solicitando aumento de jornal; «La crisis del trabajo en Zaragoza», *HA*, 13-4-1906, n.º 2413, artículo escrito por el significado tipógrafo Rafael Esteban, quien proporciona datos facilitados por las sociedades obreras sobre el número de trabajadores parados, cifrando en más de cuatro mil dicha cantidad, y destacando sobre todo los oficios relacionados con la construcción (braceros, albañiles, peones, carpinteros). Para las huelgas de tipógrafos y canteros de 1907, IRS (1908). El mitin de la FLSO, en *HA*, 17-6-1907, n.º 2745. En él aparece por primera vez en acto público otra de las abanderadas del primer anarquismo zaragozano, Antonia Maymón, liderando la agrupación femenina. Persisten en la dirección de sus oficios nombres conocidos como José Quiñones, Ricardo Berenguer y Nicasio Domingo.

1.2.4. Obreros del campo: braceros de las Cinco Villas, obreros del Canal de Aragón y Cataluña, mineros de Ojos Negros, alcoholeros de Cariñena

Si existe una comarca con ímpetu reivindicativo durante estos años, esa es la de las Cinco Villas. En los años noventa del siglo XIX los jornaleros de poblaciones como Luesia o Uncastillo protagonizaron manifestaciones ante los ayuntamientos en demanda de trabajo (véase la nota 116). Ahora, con la crisis de subsistencias de 1905, la gente volverá a echarse a la calle. En Sos unos dos mil vecinos pidieron la capitalidad de la zona para la recaudación de contribuciones, y en Uncastillo unos quinientos braceros se presentaron frente al Ayuntamiento para presionar a los poderes públicos la continuación de las obras de la carretera de Luesia. También en la cabecera, Ejea de los Caballeros, se hizo notar la crisis cerealícola de ese año, alternándose las rogativas en petición de lluvias con la constatación del hondo malestar entre la clase trabajadora hacia unos políticos que no gestionaban obras que diesen trabajo. El 17 de mayo tiene lugar una «manifestación bracerá», tomando los grupos de huelguistas las salidas para sumar a los despistados a la protesta, sin saberse a ciencia cierta quién la organizaba, aunque «se adivina que ésta ha sido elaborada bajo una buena dirección». El corresponsal, aterrado, esbozaba este sombrío cuadro:

El aspecto de la población es imponente a manera que transcurre el tiempo. Albañiles, carpinteros, herreros e industriales de todas las artes hacen causa común con los manifestantes, incluso las mujeres que los alientan con su presencia. En este momento hay en la plaza de la Constitución mil hombres o más y el clamoreo y el murmullo que producen esas multitudes causa verdadero terror, solo comparado al bostezo de un monstruo de mil cabezas que amenazara devorar todo cuanto encuentre a su paso. Dícenme que van a presentar una exposición al Ayuntamiento, redactada en tonos correctos, pidiendo trabajo y según las impresiones que reciban de esta corporación se hallan dispuestos a mantener la manifestación por tiempo indefinido.¹⁶⁹

169 La crisis, en *HA*, 3-4-1905, n.º 3002. También de Castejón de Valdejasa se da cuenta de una fuerte crisis y la solicitud al Gobierno Civil del comienzo de las obras de una carretera comarcal (*HA*, 29-4-1905, n.º 3115), y también desde Sos («La miseria en Cinco Villas», *HA*, 22-5-1905, n.º 3134). La manifestación de Sos, en *HA*, 26-4-1905, n.º 3112, y la de Uncastillo, en *HA*, 23-5-1905, n.º 3135. La huelga, en *HA*, 17 y 18-5-1905, núms. 3130 y 3131. Terminó con la promesa de la autoridad de realizar una cuestión entre los pudientes para subvenir a las necesidades de la clase trabajadora y solicitar de los poderes públicos y la Diputación Provincial se diera comienzo a los trabajos de caminos vecinales para proporcionar trabajo a la población.

Sin embargo, unos días después comentaba ese mismo observador, con la sensación de que tan solo se había salvado momentáneamente el peligro, que «sin fuerza moral ni material para contener la hambrienta masa de este pueblo trabajador, se halla el día muy cercano en que el orden público se ha de alterar muy gravemente». A comienzos de junio hicieron manifestación varios centenares de braceros de Luna, mujeres y niños, presentándose ante el Concejo para pedir la puesta en marcha de las obras de carreteras, y pocos meses después se amotinó el vecindario de Biota, asaltando el Ayuntamiento para exigir claridad en las cuentas del monte comunal «Saso». La demanda de obras de caminos vecinales era vista por los vecindarios como la solución, y a ese efecto, queriendo a la vez adelantarse a un temido desorden popular, las autoridades de la comarca convocaron una asamblea en Ejea para transmitir al diputado de la circunscripción, Dionisio Casañal, la urgencia con que se precisaban sus gestiones en Madrid para iniciar dichas obras. Pero las promesas no fueron suficientes, y los braceros de Luna volvían a manifestarse de forma «tumultuosa» ante el Ayuntamiento en marzo de 1906 por ese motivo. También pidiendo trabajo se manifestaron los de Uncastillo ante su Ayuntamiento en el momento del pleno, enviándose una instancia al gobernador para agilizar el concurso de la carretera, haciéndolo de igual modo los trabajadores de Luesia y de Biel, quienes «a grandes voces» reclamaron socorro y trabajo. En Luesia volvió a tener lugar otra manifestación relacionada con la subsistencia, para pedir al Ayuntamiento que intentase que los propietarios de los comunales los retornasen al pueblo, y en Uncastillo sucedió lo propio para pedir la anulación de la venta del comunal. La batería de protestas terminó con una huelga de pastores de Ejea, injustificada a juicio del corresponsal y ajena a la movilización jornalera, pero que sí que pudiera haber sucedido como consecuencia indirecta de las malas cosechas y los «cambios en la agricultura».¹⁷⁰

170 HA, 27-5-1905, n.º 3139. Lo de Luna, en HA, 3-6-1905, n.º 3144, y lo de Biota, en HA, 18 y 21-10-1905, núms. 2261 y 2264, cuando todavía se hablaba de «crisis gravísima» y «miseria espantosa» en la comarca (HA, 25-10-1905, n.º 2267). La asamblea de las Cinco Villas, en HA, 5-2-1906, n.º 2354. La manifestación de Luna, en HA, 15-2-1906, n.º 2363; la de Uncastillo, en HA, 16-3-1906, n.º 2391; y la de Luesia, en HA, 20-3-1906, n.º 2394. La manifestación de Biel, en HA, 30 y 31-3-1906, núms. 2402 y 2403. La protesta por los comunales de Luesia, en HA, 6-4-1905, n.º 2407, y por los de Uncastillo, en HA, 18-4-1905, n.º 2417. La huelga de pastores, en HA, 21-4-1906, n.º 2420.

Unos «cambios» que han de enmarcarse en el contexto de una crisis agrícola finisecular que afectó profundamente a la economía cerealícola de las Cinco Villas, y a la aragonesa en general, pues la llegada de los trigos americanos y rusos a las costas españolas a precios competitivos provocó que los centros transformadores harineros de Cataluña o la cornisa cantábrica dejaran de abastecerse de las zonas del interior. El derrumbe de los precios espoleó la búsqueda de mejores rendimientos agrícolas a través de la utilización de abonos químicos y del uso de maquinaria. Eso facilitó, con diferencias regionales ecológicas y económicas, el abandono de la agricultura «tradicional», orgánica, energéticamente sostenible y poco agresiva con el medio, y la paulatina introducción de la agricultura «moderna», energéticamente ineficiente y con un elevado impacto sobre el entorno, pero capaz de alimentar a mucha más gente por activo empleado. Lo cierto es que la crisis produjo una general descapitalización de la agricultura aragonesa y la puesta en marcha de flujos migratorios hacia la capital, Cataluña o el extranjero, sobre todo en aquellas zonas que no pudieron o supieron proporcionar a la población salidas airoosas a la situación. Si en el valle del Ebro se apostó por el cambio a un cultivo de mayor rendimiento como la remolacha azucarera, en algunas zonas tradicionalmente cerealícolas, como los somontanos oscenses, las respuestas se afirmaron en esa especialización comarcal, lo cual obligó a aumentar la producción mediante la extensión de las tierras de labranza, conseguidas generalmente por el pequeño agricultor a través de créditos usurarios. Por eso en las Cinco Villas, como se ha visto, las miradas de quienes peor se podían adaptar a la crisis durante la difícil coyuntura de 1905, los pequeños propietarios y braceros del campo, se volvieron hacia los comunales enajenados y las prometidas obras públicas relacionadas con las comunicaciones de la zona.¹⁷¹

Y se volvían hacia quienes controlaban el poder político y económico, el sector de propietarios empleadores de mano de obra barata y dependiente, y cultivadores de un paternalismo profusamente practicado en tiempos de prosperidad, que sin embargo podía ser abandonado por los más humildes en los períodos de crisis. Esta será la constante de la época

171 Las consecuencias de la crisis, en Forcadell Álvarez y Germán Zubero (1988). El cambio en el tipo de agricultura, en Pinilla Navarro (2001). El último y más completo análisis sobre la cuestión agraria aragonesa, centrándose en el caso de las Cinco Villas, Sabio Alcutén (2002a).

en el medio rural, la batalla de la gente de orden por domeñar al campesinado a través de su aislamiento de las «perniciosas» ideologías «socializantes». La táctica, aglutinar a las comunidades rurales bajo la bandera del interés comarcal, cohesionando a todos los estratos sociales con un supuesto beneficio común. La mejor expresión de este empeño la proporcionó el discurso católico de la fraternidad interclasista refractaria de violencias, y la estrategia habitual de los propietarios para asegurarse el orden social y mano de obra in situ consistió en impulsar la pequeña propiedad entre los braceros. Tan pequeña, eso sí, que resultaba insuficiente para mantener a la familia campesina, debiendo el jornalero emplearse en las fincas mayores vendiendo su fuerza de trabajo. Esta posibilidad de emplear o rechazar a los peones, en un contexto de competencia laboral no solo entre los jornaleros locales, sino también con las cuadrillas que llegaban de otras regiones, los «agosteros», constituía para los propietarios una indiscutible fuente de poder, dado que quien conseguía trabajo solía mantener cierta «deuda de reconocimiento» personal hacia el amo. «El obrero agrícola», escribía Antonio Abengochea, «no es otra cosa que un instrumento rudo y ciego que [los amos] explotan a su capricho para consolidar y enriquecer sus haciendas y para afianzarlas en el cacicato de campanario y aldea de que disfrutaban perpetuamente».¹⁷²

No era ajeno a estas maniobras el cultivo de un estereotipo del jornalero de secano, desenraizado y algo pendenciero, con querencia por el vino y el juego de taberna, y peligroso por ser portador de las «malsanas» filosofías adquiridas a su paso por centros fabriles. Por ejemplo, el católico Jacques Valdour opinaba que «la difusión de estas ideas [socialismo-anticlericalismo], se ve facilitada por la emigración temporal de los cultivadores a las ciudades o bien por la transformación, in situ, de los campesinos en asalariados». Los teóricos y ensayistas de fin de siglo, regeneracionistas o no, pusieron sobre la mesa diversas soluciones, la mayoría de las cuales pasaban por la cuestión de la tierra. Con la perspectiva que daba vivir en

172 Sabio Alcutén (2002a), pp. 252 y ss. La cita, en «Obreros agrícolas», *HA*, 28-2-1902, n.º 1997. Sobre la delgada línea que separaba al pequeño propietario de la pobreza, se dice durante la crisis que los muchos emigrantes de las Cinco Villas «no son jornaleros, son familias que poseen tierras y que las han dejado para que las cultive quien quiera, pues de continuar trabajándolas tendrían necesidad de venderlas para comer» (*DAZ*, 28-5-1896, n.º 8463).

el ocaso del siglo de las revoluciones liberales, no pocos pensaron que algo había fallado en su desarrollo y en el reparto económico de los medios productivos entre las clases trabajadoras. En esta línea, el ideal costista del campesinado descansaba sobre una clase numerosa de labradores aferrados al terruño y portadores de los valores esenciales de la nación (Unamuno le achacó abogar por una «democracia rural de calzón corto»), al que había que ayudar a mejorar su situación, entre otras cosas, como la política hidráulica o la mejora de la instrucción y conocimientos agronómicos, a través de la protección de la propiedad comunal. Costa propone como ejemplo el de Jaca, donde los hijos de la ciudad podían disfrutar de una parcela de huerta comunal de forma vitalicia a cambio del pago de una pequeña cuota, con diversas formas de disfrute del comunal según particularidades locales. En *Colectivismo agrario* realiza un repaso por el modo en que estos organismos, tradiciones y comunidades locales podían ayudar a la mejora de la situación global del campesinado y, por ende, de la «despensa» nacional. Algo que además habría de garantizar la paz social, pues sobre el «problema social agrario» indicó que, pese a que los gobernantes no habían estimado conveniente importunar la placidez de su sueño, «la pólvora está acabando de cubrir la haz de toda la Península». Problemas como el «del segador andaluz, de la vivienda-pocilga, del doble gazpacho por alimento», estaban ya anunciando que «una revolución de corte trágico [...] está a punto de alumbramiento».¹⁷³

Sea cual fuere el acento, cuando se hablaba de campesinado a finales del XIX era para hacerlo en términos de atraso y rutinarios procesos sociales, también respecto de sus formas de manifestación colectiva, trufadas de arcaísmo y estulticia. En un reciente estudio histórico se hace un repaso del proceso por el que el socialismo tendió a identificar la conflictividad rural exclusivamente con las luchas de los jornaleros, los «asalariados» del campo, y estas con el antilatifundismo y el anarquismo del mediodía español. Continuando con ese reduccionismo, la mezcla del «primitivismo milenarista» y del revolucionarismo ácrata habría de llevar al campesinado a una vía muerta alejada del reformismo y de la modernización social. En

173 Valdour (1988), p. 137. Costa (1980), pp. 69-70, y (1983). La alusión de Unamuno, en Tuñón de Lara (1986), p. 170 (el original es del artículo de Unamuno, «Sobre la tumba de Costa», publicado en la revista *Nuestro Tiempo* en marzo de 1911 con motivo de la muerte del polígrafo).

su desencuentro con el campo, el pensamiento socialista de estos años relegó al campesinado a un lugar marginal de su programática y su actividad, asumiendo que el atraso agrícola lastraba peligrosamente el ritmo de transformación social, por lo que más valía concentrar los esfuerzos en la organización y movilización de los obreros industriales. El poderoso ascendiente de estas ideas en la historiografía hispana ha obstaculizado el análisis del campesinado como grupo social autónomo, provocando al tiempo un vacío de estudios sobre otras formas de conflictividad campesina, como los motines fiscales o de subsistencias, a las que se tildó de espontáneas y radicales, o las sociedades de resistencia vinculadas al republicanismo, el sindicalismo católico o incluso el de color socialista.¹⁷⁴

Merece la pena detenerse sobre un caso en el que se entrecruzan cuestiones como la protesta obrera, el discurso republicano regeneracionista y la identidad colectiva comarcal promocionada por los propietarios locales. Las obras del Canal de Aragón y Cataluña, una infraestructura de regadío destinada a beneficiar los cultivos de unas cien mil hectáreas en las provincias de Huesca y Lérida, ya habían sido aprobadas en 1876, pero en 1888 se otorgó a la sociedad promotora una nueva concesión, alimentando las esperanzas de los labradores y jornaleros de la zona, que aún tuvieron que esperar varios años hasta ver comenzar las obras. Joaquín Costa luchó durante los años noventa para que los gobiernos turnantes adoptaran políticas de riegos, aglutinando a los agricultores de la zona mediante, primero, la Liga de Contribuyentes de la Ribagorza y, más tarde, la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Su «política hidráulica» fue una de las medidas más aclamadas del programa costista para atajar la precariedad del sector y, en último término, para resucitar un país postrado. El ascendiente de Costa sobre estas agrupaciones incluía además cuestiones como la

174 El estudio en cuestión, Cruz Artacho, Acosta Domínguez, Cobo Romero, González de Molina Navaro y Herrera González de Molina (2004). En esta línea, Juliá (1997). Los lastres historiográficos derivados de la supuesta incapacidad del campesinado como grupo social autónomo, en Cruz Artacho (2001). «Atraso» o «fracaso» fueron durante décadas expresiones habituales con las que se caracterizó la evolución del sector agrícola español en su agónica y perezosa marcha hacia la modernización, algo revisado con contundencia en los últimos años, en los que los especialistas prefieren hablar de una solvente adaptación a los condicionantes ecológicos e institucionales del agro hispano. Por ejemplo, Pujol, González de Molina, Fernández Prieto, Gallego y Garrabou (2001).

supresión de los consumos, la creación de bancos de crédito rural capaces de poner fin a la usura, o la recuperación del patrimonio territorial de los municipios, si bien es cierto que en términos generales hubo que esperar a la muerte de Costa para que sus iniciativas fueran asumidas por el republicanismo de partido. De momento, de la «política hidráulica» se esperaban beneficios para solventar las frecuentes crisis de trabajo y la escasez de subsistencias para una mayoría de jornaleros y campesinos. Una situación, sin embargo, que tan solo desde el punto de vista de la salvaguarda del orden público y del enfriamiento de las tensiones sociales generadas era atendida y paliada por las autoridades locales, ofuscadas como estaban «en el logro de fines personalísimos y anhelos de vanidad y soberbia en los asuntos políticos».¹⁷⁵

Esas autoridades, lideradas en Madrid por el prócer liberal Manuel Camo, y atrincheradas en la retaguardia en la Diputación Provincial de Huesca, se apuntaron hacia el cambio de siglo el tanto de la continuidad presupuestaria de las obras por parte del Estado. Al hacerlo, las corporaciones locales y provinciales se erigían en «benefactoras» y «protectoras» de los vecinos de los pueblos, asentando con ello su continuidad en el poder local y comarcal. El Gobierno continuó con la campaña triunfalista cuando el entonces ministro de Fomento, conde de Romanones, acudió a las obras del canal, siendo el evento presentado como el resultado de la buena gestión política de los representantes oscenses y como la garantía del futuro mejoramiento del sector. Sin embargo, no había que retroceder mucho en el tiempo para comprender que el proyecto del canal iba acompañado de demoras y tensiones sociales y que, aunque no figurase en las crónicas junto a la sagacidad y el tesón de los prohombres oscenses, el miedo al desorden público promovido por trabajadores y jornaleros descontentos hubo en algunos momentos de espolear su gestión.¹⁷⁶

Cuando en el verano de 1903 se paralizan las obras por falta de liquidez, se dijo que aquello entrañaba para la comarca «extraordinaria gravedad cuyas consecuencias no se harán esperar». En un año de mala cosecha,

175 *DH*, 8-2-1888, n.º 3607. Cifuentes (1996). Azpíroz (1993). La cita, en *DAZ*, 28-7-1896, n.º 8515. También sobre las circunstancias políticas y la conveniencia de la construcción del canal, Sichar (1892).

176 Cifuentes (1996), pp. 208-209.

un parón de trabajo suponía serias dificultades de subsistencia para muchas familias. Como medida de presión, los jornaleros fueron a la huelga, planteando la admisión en unos tramos y reclamando la jornada laboral de ocho horas en otros, como lo hicieron los mil quinientos de la zona Estada-Estadilla en mayo de 1904. Como solía suceder en estos casos, el gobernador Antonio Baztán, quien se trasladó al punto de origen de la huelga, adoptó «muchas precauciones», notándose «mucho movimiento de guardia civil», pese a que para la prensa los obreros estaban satisfechos con las condiciones de trabajo, y que tan solo se trataba de «algunos elementos díscolos» y «revoltosos». Casi al mismo tiempo tenía lugar una «imponente manifestación» del vecindario de Jaca ante el Ayuntamiento con motivo de otra infraestructura trascendental para la región, el paso de ferrocarril a Francia por Canfranc, cuya realización se hallaba en esos días en el vilo de la negociación hispano-francesa: «El asunto es de vida o muerte para la comarca y no es de extrañar que si se resolviera desfavorablemente estallasen graves conflictos».¹⁷⁷

Durante el siguiente invierno, las malas cosechas y la escasez de subsistencias hicieron saltar las alarmas en la zona oriental de la provincia de Huesca. En la Ribagorza «se consume pan de harina de bellota, que hacía años no había sucedido», disponiéndose los ayuntamientos y sociedades de labradores a incoar los expedientes para la rebaja de la contribución por tener las viñas filoxeradas, mientras los pueblos de La Litera pedían moratoria de tributos y las organizaciones obreras de Zaragoza comenzaban a preparar la campaña por el abaratamiento de las subsistencias. Al comienzo de 1905 un numeroso grupo de unos mil obreros procedentes de Francia y Cataluña se presentó ante el alcalde de Tamarite en demanda de trabajo, reclamando ser admitidos o todos o ninguno y que se comenzasen

177 *HA*, 4-7-1903, n.º 2415. La huelga, en *HA*, 4 y 5-5-1904, núms. 2667 y 2668. La manifestación de Jaca, en *HA*, 29-7-1904, n.º 2741, una movilización liderada desde las cámaras de comercio locales, Real Sociedad de Amigos del País y personalidades como el insigne republicano Marceliano Isábal. El acuerdo fue firmado en agosto de 1904, aunque habría que esperar hasta la dictadura de Primo de Rivera para inaugurar el túnel y estación de Canfranc. Pueden calibrarse las ilusiones puestas en el proyecto cuando, al saberse que el tratado era favorable a la construcción del túnel sobre otras alternativas como el Noguera Pallaresa, el alcalde jacetano mandó salir a la banda municipal a la calle para ejecutar su mejor repertorio por espacio de dos horas, y adornar así el «popular regocijo» con que se recibió la noticia.

los trabajos de un nuevo sector del canal, donde tendrían todos cabida. La situación parecía grave, «dado el grandísimo malestar económico que reina en la comarca por la ausencia de las cosechas». Hubo tumultos en Benabarre por el arriendo de los consumos. En Albelda hubo por esas fechas un motín de obreros contra los pudientes de la villa, «por suponerlos culpables de que no los admitieran a trabajar en el Canal», obligando a los sirvientes a abandonar a sus amos e impidiendo la salida al monte del ganado. Al secretario Franciso Lana «lo cogieron las masas tumultuarias y lo maltrataron con piedras y palos produciéndole varias contusiones en la cabeza», terminando el conflicto cuando las autoridades ayudaron a los obreros a escribir una instancia al Gobierno para que ampliase las obras del canal. Y del cercano pueblo de Ballobar se daba cuenta de como la «clase jornalera» extraía ilegalmente regaliz de un soto de varios hacendados del pueblo, avivándose «viejas cuestiones» que llevaron a «un estado de intranquilidad grandísima», obligando a concentrar allí la Guardia Civil de Fraga, Candasnos, Alcolea, Belver y Zaidín.¹⁷⁸

La crisis y los conflictos ocasionados por jornaleros en paro continuaron durante aquel primer semestre de 1905. En abril unos quinientos obreros de los que trabajaban en Tamarite amenazaron con ir al paro de no admitir a cuantos se presentaban demandando trabajo, unos dos mil, y en Zaidín varios centenares de jornaleros se presentaron ante el Ayuntamiento «en ordenada y pacífica manifestación», solicitando trabajo en el canal «para los que carecen de pan para sus hijos». Estaba claro que jornaleros y labradores empobrecidos estimaban que el Gobierno podía y debía contribuir a paliar la crisis inyectando dinero en las obras del canal, una presión que, percibida como amenaza de alteración del orden por la autoridad, produjo el envío de cartas oficiales y la formación y visita de comisiones a Madrid para gestionar la ampliación de los trabajos. En julio, y por haberse terminado varios destajos, quedaron sin ocupación cerca de mil braceros, reinando entre ellos «gran excitación», pues «pretenden trabajo a todo trance». En agosto «estalló el conflicto que se temía». Los obreros de Tamarite se amotinaron dando voces contra el paro de los trabajos

178 *El Ribagorzano*, 30-12-1904, n.º 7, y 14-1-1905, n.º 8. Lo de los obreros de Tamarite, en *HA*, 5-1-1905, n.º 2881, y *El Ribagorzano*, 14-1-1905, n.º 8. El conflicto de Albelda, en *El Ribagorzano*, 17-2-1905, n.º 10, y el de Ballobar, en *HA*, 6-2-1905, n.º 2908, donde se comenta que la cuestión social aparece «agravada por recientes predicaciones».

del canal, concursando también grupos de mujeres y chicos que obligaron a abandonar sus puestos a las criadas y a cerrar las tiendas. Mientras par-tía una comisión con varias personalidades y unos pocos obreros a visitar al gobernador civil de Huesca para que gestionase la reactivación de las obras, se reconcentraba fuerza de la Guardia Civil y se tomaban precau-ciones ante los rumores sobre la pretensión de los obreros de cortar los hilos telegráficos y de repetir los sucesos con mayor intensidad.¹⁷⁹

No pocos de los braceros que quedaban en paro eran de la ciudad de Fraga. El malestar de unos jornaleros regresados a una ciudad que atrave-saba por una crisis agrícola y no permitía su colocación fue la causa de la primera movilización pidiendo «pan y trabajo». Ya sabemos cómo evolu-cionaron los acontecimientos, dejando cinco muertos sobre las calles de la localidad. Humeantes todavía los cañones de los máuser, el ministro Romanones insistía en que el Gobierno estaba atado de pies y manos y que no podía hacer nada más, los propietarios temían la reproducción de los hechos, y los jornaleros insistían en que se conformaban con la contrata-ción en el canal durante tres meses, tan solo hasta la llegada de las faenas de siega y recolecta veraniegas. Bastante antes de eso, sin embargo, vuelve

179 Las amenazas de paro, en *HA*, 4 y 8-4-1905, núms. 3003 y 3007. Los encargados, sin embargo, respondieron negativamente a la petición de los obreros, argumentando que ya habían asignado los recursos del año y no podían abrir nuevos tajos. Se esperaba cordura y sensatez entre «la masa obrera». La petición en Zaidín, en *HA*, 1-5-1905, n.º 3116. La inquietud de julio en Tamarite, en *HA*, 29-7-1905, n.º 3191, y el motín, en *HA*, 8-8-1905, n.º 3199. Algo más al sureste, en la zona de los Monegros, también se hacía notar la crisis. Ya ha sido citado el motín por el reparto de los consumos de Sariñena, y en Mone-grillo tuvo lugar otro motín por el reparto del trigo que el cura local daba en limosna a los vecinos más necesitados. Solo unos pocos contaban con el título de «pobres de solemnidad» a quienes en principio iba dirigida la ofrenda, pero «el derecho a la limosna se hizo general» y, amparados en él, se formaron grupos de mujeres que exigían su participación en actitud hostil (*HA*, 7-10-1905, n.º 2252). Merece la pena subrayar que en ninguno de los dos casos la «crisis» empuja a un motín desaforado de hambrientos, sino que más bien da la sensación de que los protagonistas se esfuerzan por dejar bien patentes los derechos y convenciones en que se ampara su protesta. En Sariñena, recordamos, los varios centenares de vecinos amotinados, «dada la precaria situación por que atraviesa esta villa», pedían que los ricos pagaran sus adeudos, comenzando por las mayores cuotas y «por turno riguroso y sin saltar clase ni persona», y la suspensión del recaudador por los insultos y vejaciones cometidos en su función. La protesta colectiva, mediada por códigos que la colectividad comparte sobre lo que es permisible e imperdonable, recuerda inevitablemente a la «economía moral» de Thompson.

a darse una oportunidad única para la protesta. Se inauguraba la primera sección terminada del canal y a la cita acudía el propio rey Alfonso XIII. El día 1 de marzo unos doscientos obreros agriaban la comida a las personalidades que esperaban el convoy regio en Monzón cuando supieron que habían salido en manifestación desde Tamarite pidiendo trabajo «para todos o para ninguno», y anunciando que pensaban pedir al rey «pan y trabajo». Al día siguiente la Benemérita permaneció alerta durante los fastos inaugurativos, pues «querían presentarse en masa ante el rey unos dos mil obreros de la comarca, protestando de lo que ellos creen injusto», pero se les disuadió ofreciéndoles trabajo en breve plazo y la atención del ministro de Fomento, Sr. Gasset. No hubo más que reseñar de aquel intento de llegar al rey, comenzándose a poner inmediatamente en regadío no pocas parcelas de la zona beneficiada y apagándose de inmediato la protesta jornalera en torno al Canal de Aragón y Cataluña. Sin embargo, no sería esa la última demanda solicitando obras de regadío, ya que durante los años siguientes la zona que del Somontano pirenaico baja hasta las llanuras monegrinas se movilizó en pro del proyecto de riegos del Alto Aragón. Eso sería a partir de 1912.¹⁸⁰

Tanto las Cinco Villas como el Bajo Cinca, al igual que la mayor parte del territorio aragonés, estaban experimentando cambios relacionados con procesos económicos y políticos de largo alcance. La penetración del capitalismo en el campo y el intento de los propietarios de mejorar sus rendimientos agrícolas mediante el cambio técnico, son quizás los más visibles. No hay que olvidar las condiciones de un marco institucional con escaso interés homogeneizador, tanto por motivos económicos (inexistencia de estructuras mercantiles y financieras acordes con el mercado nacional) como políticos (ineficiencias estatales asociadas a la praxis caciquil). Procesos de largo alcance sobre los cuales se ha tendido en ocasiones a subrayar una suerte de inevitabilidad sobrevenida de la mano de un mercado equilibrador, donde las voces discordantes o las dificultades de adaptación aparecerían como fenómenos no deseados o anomalías del sistema. Ante la inauguración del canal, surge la duda de si los campesinos harán buen

180 *HA*, 2 y 3-3-1906, núms. 2379 y 2380. Los principales jalones en la construcción de obras hidráulicas en Aragón, en Bolea Foradada (1986).

uso de las nuevas posibilidades que el progreso les ofrece: «los agricultores de la nueva zona regable —comenta el *Heraldo de Aragón*—, habrán de adoptar algunas plantas cuyo cultivo desconocen, han de emplear abonos orgánicos y minerales cuyo uso ignoran, y han de servirse de determinadas máquinas y de modernos útiles a cuyo manejo no están acostumbrados». Un impedimento que no será obstáculo para la implantación de los cambios: «vencidas las primeras dificultades inherentes siempre a toda transformación tan radical, el problema cultural se encauzará». No debe olvidarse, sin embargo, que desde un enfoque conflictual como el que aquí se pretende adoptar, la protesta social ocupa un lugar central en la evolución de la vida campesina del pasado, bien porque grupos de campesinos traten de mantenerse «al margen» de ese mercado, bien porque se consideren perjudicados por esa «transformación tan radical», o bien porque simplemente estimen que es buen momento para poner en práctica su legitimidad para pedir pan o trabajo. Lo cual lleva a la consideración de los vectores del comportamiento que rigen esa protesta como intentos de conservación, en expresión de González de Molina, de «espacios vacíos de capitalismo», al margen de la racionalidad moderna y de lucro financiero: los vínculos de solidaridad trabados en torno a los bienes comunales, la fuerza del parentesco o la vecindad, el aprendizaje de las formas reivindicativas, la importancia al mismo tiempo de los alineamientos verticales promovidos por los propietarios locales, las dinámicas identitarias generadas por la cultura oral, la valoración de la sostenibilidad ambiental de las prácticas reproductivas, etcétera.¹⁸¹

Al respecto de esto último, existen pruebas de que los campesinos articularon resistencias a la implantación de ciertas prácticas dañinas para el medio natural en el que se había venido desarrollando la vida económi-

181 El conjunto de estas observaciones, en la réplica que González de Molina (1998) hace a un escrito de Gallego Martínez (1998). La expresión «espacios vacíos del capitalismo», en González de Molina (1996). La cita, en *HA*, 2-3-1906, n.º 2379. Para la crítica al mito del mercado «autorregulador», sigue siendo referencia el clásico de Polanyi (1997). La toma de decisiones en los mercados locales en lo tocante a introducción de nuevos cultivos y técnicas, también estuvo condicionada por el papel y voluntad de las elites agrarias, que trataban de mejorar su situación de predominio respecto de un poder central que se hacía cada vez más presente, y que no dudaban al mismo tiempo en encararse a los modernos empresarios agrícolas. Remitimos para la cuestión a los estudios del número 48 de la revista *Ayer* (2002), sobre todo los de Muñoz Dueñas (2002) y Moll y Salas (2002). Sobre el caciquismo, destacamos Robles Egea (comp.) (1996).

ca comunitaria. Sobre todo en aquellas comunidades en las que desembarcan actividades especialmente agresivas con el entorno, como la minería, y donde la conversión temporal del labrador en minero es percibida como dramática consecuencia de las transformaciones modernas. La documentación interna de la Compañía Minera Sierra Menera, con explotaciones en el municipio turolense de Ojos Negros, permite rastrear este tipo de protesta desde el punto de vista de la empresa, algo muy interesante para comprender las aspiraciones de la comunidad rural y los intereses contrarios de los empresarios y autoridades, atentos sobre todo a la evolución del orden público. En efecto, desde el desembarco de la compañía en Ojos Negros allá por 1900, no dejaron de sucederse conflictivos episodios que dan cuenta de las difíciles relaciones entre ambas partes. En primer lugar, en el terreno de los legalismos, como cuando el ingeniero de montes, a instancia del Ayuntamiento del pueblo, ordena suspender los trabajos en las minas. La razón, que para la compañía «es preciso tomar todo el terreno comunal de Ojos Negros desde la linde de Villar del Salz hasta Herrera». No mucho después, la Dirección General de Agricultura suspende los trabajos en las minas merced a una denuncia interpuesta por el Ayuntamiento y vecinos de Ojos Negros:

[...] se dice [en la denuncia] que la Compañía Minera de Sierra Menera ha hecho en los montes de Ojos Negros una corta de 5000 pinos y cometido otras violencias. Como esto indudablemente es falso y si lo es procede que la Compañía persiga por los medios legales a los denunciantes, deseamos que Vd. averigüe [sic] lo que haya sobre el particular, y si hay algo, no ya que motive, sino que de pretexto siguiera [sic] para que los denunciantes sienten afirmación tan deprimente para la Compañía, le recomendamos evacue esta comisión con la mayor premura, pues no queremos perder tiempo para que si como tenemos casi la seguridad podemos perseguir a los denunciantes se incoe inmediatamente las diligencias judiciales pertinentes.¹⁸²

182 AHPT, Fondo Compañía Minera Sierra Menera [en adelante, CMSM], 1/1, carta fechada en 9-10-1902. La cita sobre el común de Ojos Negros, en la misma ubicación, carta fechada en 30-6-1902, produciéndose en este terreno de la apropiación de montes una dura batalla plagada de trucos legales: «con el objeto de apoderarnos del común de Ojos Negros que cae fuera de nuestras minas, nos conviene denunciar nosotros las dos minas siguientes...» (carta de 1-7-1902); y con respecto a ciertas expropiaciones en otro punto de Teruel relacionadas con el ferrocarril que habría de llevar el mineral a la costa levantina, escribía el ingeniero Aburto al abogado de la empresa Pedro Gómez que «a los de Albentosa y Sarrión debe V. apretarles para conseguir una rebaja mayor todavía» (carta de 22-7-1902). En marzo la compañía mostraba claros signos de impaciencia por la demora de los expedientes de montes en el Ayuntamiento de Ojos Negros: «Ya se está influyendo con el gobernador de

Las dificultades planteadas por los vecinos continuaron poco tiempo después respecto de las aguas utilizadas por la compañía. El pueblo se nutría de diversos arroyos y fuentes de no muy abundante caudal situadas en el común (Peral, Espino, Ojuelo, Póveda), pues en la población tan solo había una fuente debajo del cementerio, «que aparte de su poco caudal es tan insalubre que ha sido denunciada», y ahora que la empresa entraba en pugna por su uso se hicieron oír pronto las protestas «por la manera atrevida con que la Compañía Minera pretende hollar los derechos que el pueblo de Ojos Negros tiene sobre las citadas aguas». La reclamación se refería tanto a la cantidad de agua como a la calidad, pues se presentaron «casos frecuentes de infecciones gastrointestinales, producidas indudablemente por alteración del agua de la fuente de la que se abastece este pueblo», tomando la corporación la decisión de «aconsejar al vecindario la ebullición del agua para beberla». Además, se reprochaba a la compañía no cumplir su promesa de construir un barrio obrero, escuelas para niñas y niños y casas para los maestros «como compensación a los favores que le ha concedido este pueblo». ¹⁸³

También tuvieron lugar episodios conflictivos en el campo de los hechos consumados. El 22 de julio de 1907, estando los obreros de la compañía trabajando en las obras de aprovechamiento de las aguas que surgen en el monte «de su propiedad», antiguo monte comunal La Sierra, «se vieron sorprendidos por un grupo numeroso de vecinos de Ojos Negros, los que en forma tumultuosa y violenta impidieron la prosecución de aquellos trabajos, causando algunos desperfectos. En la noche del mismo día, no mujeres como la tarde anterior, sino hombres destruyeron las obras y la toma de aguas que tenía la compañía instalada en la fuente del Peral». Pero lo más grave para la empresa minera fue la orden del alcalde de suspender los trabajos por motivo de orden público, de modo que, según el ingeniero, «tenía previamente conocimiento de lo que pretendían algunos vecinos y no solo trató de evitarlo, sino que abu-

la provincia —decía el ingeniero Aburto— para que los pida y se los arranque de cualquier manera» (carta fechada en 10-3-1903). El mismo ingeniero escribe indignado que «no he conocido ninguno de ese pueblo que no hayan tratado de perjudicarnos con toda su alma, y sería una perfecta primada que correspondiéramos con gratificaciones pecuniarias y no faltaría más que nos pusieran un rodazal» (carta de 16-3-1903).

183 AHPT, CMSM, 1145/4.

sando de sus atribuciones, ordena suspender los trabajos dando la razón a los revoltosos». ¹⁸⁴

El conflicto continuará a lo largo del primer tercio del siglo y hasta la Segunda República, pero dos cuestiones merecen sobre otras ser destacadas a raíz de este ejemplo. La primera, el carácter que podríamos denominar «integral» de la protesta de los vecinos de Ojos Negros. En una coyuntura sin duda dramática para el modo de vida tradicional, con la venta de los montes comunales y la instalación de las minas, y abarcando reclamaciones relacionadas con la percepción de que la nueva situación impactaba de lleno en la línea de flotación de la subsistencia, el Ayuntamiento ensaya negociaciones con la empresa (cesión de más caudal, construcción de abrevadero y lavadero, uso de los pasos de ganado y los pastos del monte, y un reparto equitativo de la explotación de leñas del monte), llegando a un acuerdo final en 1909, con compromisos para las dos partes que iban desde el pago de jornales a la construcción de instalaciones conductoras de agua, pasando por el respeto de los derechos de pastos y los pasos de ganadería. El acuerdo fue papel mojado durante décadas, en las que los vecinos siguieron percibiendo que la presencia de la industria era dañina para el pueblo. El vecindario sostuvo por ello una presión que abarcaba desde el recurso al motín a las peticiones escritas al Ayuntamiento, pasando por la acción y mediación de los representantes comarcales (como el diputado conservador a Cortes Justino Bernad). En este sentido, la

184 AHPT, CMSM, 1145/4. La versión de la alcaldía enviada al gobernador era distinta: «sobre las 10 de la mañana del día 22 de julio último varias mugeres del pueblo reunidas, después de enterarse que no estaban en la localidad el Alcalde, fueron en busca del Teniente de este y le hicieron presente su alarma por los trabajos que ejecutaba la Compañía indicada hacia la fuente del Peral por indicar que trataba de privar de aguas al vecindario, que había destruido los lavaderos y abrevaderos, causando grandes perjuicios al vecindario [...] el Teniente Alcalde se concretó a persuadir las para que se retiraran a sus hogares con el bien entendido de que la Corporación municipal sabría cumplir con cuantos deberes le impone la ley; no subsiguió a esto denuncia ante los Tribunales, ni se impuso tampoco castigo alguno administrativo porque aquellas mugeres si bien expusieron sus quejas, recelos y perjuicios con el calor y arrebató propio de su sexo no faltaron en lo más mínimo a la autoridad ni a persona alguna, tanto es así que acataron la orden que se les dio; que por lo que pudiera ser y ante el temor de que los hombres se contagiasen con aquel entusiasmo mugeril en la defensa de los comunes intereses y evitar que la ira popular estallase si continuando las obras su curso llegaba el momento de verse privado el pueblo de agua, determinó el Ayuntamiento en aquel mismo día suspender dichas obras y comunicar tal acuerdo a la Compañía como así lo hizo» (AHPT, CMSM, 1145/4).

interpretación del conflicto en clave ambiental remite a cuestiones que van mucho más allá de un mero enfado por el cambio de las costumbres tradicionales, que tocan y cuestionan el planteamiento del beneficio que empresarios y poderes locales disponen sobre un entorno dado.¹⁸⁵

El otro asunto es el de los caracteres del oficio de minero, y las imágenes que sobre el minero se vertieron por los observadores y la literatura del último tercio del ochocientos. Una imagen mítica y al tiempo castigada por los atributos de violento, borracho y pendenciero con que era habitualmente retratado. Jacques Valdour sentenció que «todos ellos son impulsivos, violentos y brutales a la menor ocasión», cifrando este comportamiento en los «apasionamientos» y «estados coléricos» propios del trabajador de la mina. Sus condiciones de trabajo fueron estudiadas por Eloy Fernández Clemente a partir de algunas fuentes contemporáneas, pudiéndose tan solo añadir algunas cuestiones relativas a la vivienda o los servicios comunes. En Ojos Negros, donde ya en 1904 los vecinos habían reclamado a la empresa la construcción de casas obreras, los trabajadores vivían hacia 1910 en torno a la mina, en cuatro barriadas, con hospital para enfermos o heridos, cocinas económicas y economato, y en Utrillas había casas para obreros, servicio a domicilio de médico y botica para enfermos y accidentados y un pequeño hospital, economato no obligatorio para obreros y escuelas pagadas por la empresa. Todo eso no quita para que las condiciones de insalubridad de la casa obrera fueran generales. Dicenta comenta para el caso linarense que no era infrecuente la autoconstrucción de chabolas y tugurios o la simple habilitación de cuevas. En el pueblo turolense de Libros, donde hubo explotaciones de azufre, cuando el obrero acudía a solicitar trabajo le daban 25 pesetas y las herramientas para cavarse en la montaña su casa, algo que preferían los propios obre-

185 También el pueblo de Utrillas sostuvo diferencias con la compañía minera del mismo nombre a causa del agua tomada para el ferrocarril (*HA*, 3-4-1906, n.º 2405). González de Molina Navarro y Ortega Santos (2004). La centralidad del eje ambiental en muchas de las protestas sociales del entorno rural del período permite nuevas lecturas en clave ecológica, como el caso de Riotinto de 1888. Cuando se formaba la manta de humos con motivo de las calcinaciones, alguien hacía sonar la esquila, las mujeres cerraban las puertas de sus casas y los mineros se ponían a cubierto o en zonas altas para evitar el aire irrespirable. Los trabajadores de la mina se pusieron en huelga, lo cual, unido a las protestas de los agricultores, culminó en una gigantesca manifestación el 4 de febrero de 1888, que terminó trágicamente con varios muertos y numerosos heridos. García Rey (1997). La vocación integral de la historia ecológica, en O'Connor (1997).

ros antes que tener que alojarse en lugares más alejados o tener que volver al pueblo de origen. Con ello lograban guarecerse de las emanaciones sulfurosas de los hornos y permanecer cerca de la bocamina donde comenzaba a contar la jornada.¹⁸⁶

Para los observadores contemporáneos, la pobreza iba de la mano de la delincuencia y la violencia. La teoría social ha superado con mucho esa visión del conflicto, emparentada con rasgos «desviados» o «patológicos» de determinados grupos de población o laborales. Se argumentaba además que el consumo inmoderado de alcohol y la nociva visita a tabernas y burdeles hacía al minero despilfarrar su jornal y rebajarse moralmente. Sobre Utrillas escribía Valdour que «los sábados, los domingos y los días de cobro se pasan toda la noche bebiendo alcohol y vino, mientras se juegan el dinero». Sin embargo, no parece que la conflictividad en los núcleos mineros fuera mayor que en otros agrarios, donde hay constancia de numerosas denuncias por agresiones y reyertas. Es cierto que existían costumbres basadas en creencias erróneas, como la que favorecía el consumo de alcohol para suplir un aporte calórico alimentario deficiente. En Ojos Negros, como en muchos pueblos mineros, se disponía un pequeño cobertizo a la salida de la población, y de camino hacia las minas, para vender aguardiente a los trabajadores que se dirigían al tajo. Pero no cabe duda de que al margen de este tipo de situaciones, similares a las de otros muchos pueblos, el tono acusador y enjuiciador de Valdour tiene más que ver con la procedencia de su discurso y los extremos que intentaba exagerar y corregir, que con la sucinta observación de la realidad.¹⁸⁷

186 La aproximación a las variables socioeconómicas, en Fernández Clemente (1982). Su fotografía de las condiciones sociales de los mineros se basa en dos informes. El primero, de Marv y Mayer (1910), aclara que en Utrillas la jornada era de diez horas en el interior y de sol a sol en la superficie, que en Teruel trabajaban 205 obreros en interiores y 1133 en exteriores (unos mil en Ojos Negros), y que los jornales eran de 2,25, 3 y 4 ptas. El segundo informe es el de Ferrer y Gómez (1911), y en él se indica que en Zaragoza y Huesca trabajan 200 mineros en el interior, 51 en el exterior y 10 mujeres, siendo la jornada de 12 horas con dos de descanso y jornales de 2 a 3 ptas., alcanzando las 4 en el caso del destajo. La cuestión del economato era presentada por los patronos como una ventaja, pero sola sin embargo constituir una fuente de protestas de los obreros, a quienes se obligaba a adquirir en ellas los artículos de consumo básicos. En Vizcaya fue esta una cuestión trascendental en las huelgas y motines de 1903, según observó Marvaud (1975), pp. 139 y ss. Las cuevas de Libros, en Moreno Naval (2000).

187 Una aproximación a los espacios de sociabilidad del minero, en Sierra lvarez (1994). Los detalles de Ojos Negros, en Sanz Fernández (1996).

Sin pretender «dignificar» comportamientos que de hecho pudieron ser penderos o brutales, no hay que perder de vista que Valdour era un conservador católico de la época, limitado socialmente por la *Rerum Novarum*, aunque anclado doctrinalmente por el *Syllabus*. Su relato tiene el valor de sostenerse en un año de trabajo entre la clase obrera, pero al mismo tiempo muestra una clara intención moralizadora. Convencido de que el conflicto social escondía en realidad un combate religioso, cifraba en el descrédito del catolicismo la decadencia de las costumbres entre obreros y gente pobre. De los mineros opinaba que «todos ellos son impulsivos, violentos y brutales a la menor ocasión». Advertidos del sesgo de Valdour, cabe no obstante preguntarse sobre la veracidad de algunos elementos de su relato.

El observador francés hablaba del «campesino-minero» aragonés, tipo que Adrian Shubert denominó obrero «mixto» en el caso asturiano. Se tiene noticia de que acudieron inmigrantes valencianos, andaluces, asturianos y vascos a trabajar en los tajos, pero eran los pueblos vecinos a la mina los que proporcionaban la mayoría de la mano de obra. «Estos mineros aragoneses son cultivadores que durante la mayor parte del año trabajan en la mina y vuelven al campo cuando las tareas agrícolas, especialmente la cosecha y la vendimia, reclaman muchos brazos». Y cifraba en este discontinuo sistema de trabajo la tardía y costosa implantación de organizaciones obreras de corte católico como las cooperativas de consumo o las sociedades previsoras (pese a los intentos del ingeniero, en Utrillas tan solo se inscribieron quince obreros de quinientos en la «Sociedad de Previsores del Porvenir»). Desde diferentes presupuestos, Shubert también destacó la importancia de esta estacionalidad laboral, para relacionarla con las dificultades en algunas zonas para «el desarrollo de la conciencia de clase». En Ojos Negros, por ejemplo, los obreros de los primeros años del XX se alojaban en las posadas y casas del interior de los pueblos, debiendo esperar hasta bien entrado el siglo para ver aparecer las primeras barriadas a las afueras de los núcleos rurales. No parece, por lo tanto, que en los pueblos mineros aragoneses se diera una llegada masiva de población causante de *culturas de desarraigo*, siendo muy lento y complejo el proceso por el cual se fueron forjando señas de identidad colectivas basadas en la clase.¹⁸⁸

188 Shubert (1984).

El análisis de la protesta colectiva puede dar pistas interesantes acerca de los ritmos de implantación de dichas señas identitarias de clase entre los «mineros-campesinos». Si bien hasta el final de la primera década del XX no se tienen noticias de huelgas de mineros, ocurren sin embargo conflictos colectivos relacionados con la crisis agrícola y la transformación industrial del medio rural, como el ya visto de Ojos Negros por las aguas del pueblo o las coacciones efectuadas en 1905 por el «somatén» de La Granja de Escarpe, junto a Mequinenza, tratando de forzar su admisión en los trabajos de la mina alegando ante los contratistas el estado de miseria en que se encontraban. En mayo de 1909 los novecientos cincuenta mineros de Sierra Menera ganaban una huelga en la que solicitaban aumento de jornal y reducción de la jornada en los meses de verano, y poco después los ciento veinte mineros y escombreros de un túnel de Canfranc pedían sin éxito la conservación del horario de trabajo alterado por los patronos. Al año siguiente los mineros de Ojos Negros vuelven a la carga en demanda de un aumento de salario, pero esta vez interviene el alcalde para contener sus reivindicaciones, que quedan pospuestas. En 1912 serán los mineros de la zona pirenaica de Bielsa y los de Tierga, en Zaragoza, quienes soliciten aumento de jornal, y en 1913 mil obreros de Ojos Negros van a la huelga por el mismo motivo, volviendo a frustrarse su demanda por la intervención del alcalde en previsión de desórdenes públicos. Sin embargo, en Ojos Negros no se tiene constancia de la instauración de un sindicato formalmente constituido hasta 1929, sección que fue de raigambre socialista.¹⁸⁹

La experiencia de la huelga y la organización colectiva vinieron de la mano de la extensión de un lenguaje de confrontación social practicado desde los órganos de prensa y tribunas públicas, entre colectivos obreros y organizaciones patronales y católicas. Aunque Valdour no lo menciona, es lógico pensar en estructuras organizativas con una mínima capacidad de intercambio de información con los sindicatos zaragozanos y con la iniciativa suficiente como para desarrollar sus propias protestas. Desde su concepción del campesinado como colectivo fácilmente sugestionable, se limita a indicar el envío de emisarios desde Zaragoza a los centros rurales

189 Lo de Mequinenza, en *HA*, 30-6-1905, n.º 3167. Las huelgas de mineros de Ojos Negros, el Pirineo y Tierga, en *IRS* (1909), (1911), (1912) y (1913). La tardía aparición del sindicato socialista en Ojos Negros, en Dobón Pérez (2004).

alejados para preparar huelgas «y sembrar [...] el anticlericalismo entre los campesinos que trabajan en la mina», para después estos extenderlo entre los cultivadores una vez abandonan la mina para volver a las tareas del campo. Sí que alude a la extensión de ciertos idearios y posturas críticas hacia el poder o la religión a través de redes informales de relación nutridas de tiempos compartidos de trabajo o de ocio en diferentes espacios como la taberna, la mina o la casa. Y alude también a la eficacia con la que se producía esta propagación en las comunidades mineras por la identificación de los avatares de la experiencia laboral con ciertos aspectos de esas propuestas críticas de la realidad a medio camino entre la mina, el jornal en la finca del amo y la huerta familiar. Una realidad que, por estos primeros años del XX, era en términos generales obviada por el discurso obrero.¹⁹⁰

El campo de Cariñena resulta especialmente ilustrativo sobre cómo la introducción de ciertas novedades agrícolas e industriales modificaron la percepción colectiva de la realidad comunitaria, de cómo las clases pudientes locales trataron de instrumentalizar el descontento social en beneficio propio y para afianzar su posición de dominio social, y de cómo los sectores populares terminaron saliéndose del guión preestablecido llevando a la práctica sus propias acciones de protesta. Puede decirse que todo comienza en los últimos años del XIX, cuando con motivo de la crisis agrícola y pecuaria, y aprovechando los desastres que la plaga filoxérica provocó en las viñas francesas, se opta por la introducción masiva de viñedos en la zona debido a sus buenas condiciones edafológicas y climatológicas. La comarca pronto recoge buenos frutos, solidificando su vocación vitivinícola. De la mano de los sectores pujantes del campo ve la luz un nuevo fenómeno asociativo, encaminado a consolidar las relaciones capitalistas en el campo y a introducir innovaciones técnicas capaces de incrementar la productividad. Se trata de una tendencia defensiva de los agraristas y propietarios, estudiada por Gloria Sanz, quien comprobó como se trataba de establecer un poderoso grupo de intervención agraria provincial con dos apuestas principales: el proteccionismo y la necesaria transformación técnica, impulsados desde los diferentes centros de reunión, ateneos, sociedades económicas de amigos del país y actividades de la Granja Agrícola de Zaragoza. El compo-

190 Valdour (1988), p. 129.

nente conservador y el temor a que la penetración de corrientes socialistas en el campo cuestionasen el orden de la propiedad se sumaron pronto a la corriente técnico-productivista, acelerando la formación de las asociaciones de tipo interclasista en defensa de producciones concretas.¹⁹¹

En el caso de Cariñena y Borja, esta iba a ser, por supuesto, el vino. Francisco Moncasi, Ximénez de Embún, Marceliano Isábal y otros propietarios de ambas comarcas fueron los encargados de organizar estas primeras asambleas de notables y propietarios. El contexto legal era favorable al asociacionismo y la participación política, posibilitando además la movilización del voto para lograr la representación provincial y estatal de estos potentados locales. En los años noventa, la recuperación de las viñas francesas y el mayor nivel de la competencia exterior habían generado conflictividad y emigración ligada a la supervivencia en los sectores más desfavorecidos, pero también había dado lugar a la «protesta de la opulencia» de los propietarios que veían reducirse sus rentas, iniciando el movimiento de defensa a través del desarrollo de las ligas agrarias (de Ateca, de las Cinco Villas, de Monegros, de Borja...). A través de ellas se ensayó la distribución de insumos agrícolas (desarrollada después a través de la Asociación de Labradores de Zaragoza —1900—) y la unión del campesinado bajo la bandera de los intereses locales y comarcales frente a los intereses del Estado. En marzo de 1895 se reunieron en Tarazona algunos principales viticultores y propietarios zaragozanos, constituyendo una junta permanente de defensa de los intereses del sector, que promovió desde sus órganos y páginas de prensa la formación de instituciones análogas en los diferentes partidos judiciales contra «los gobiernos centralizadores y absorbentes que sufrimos». A la villa de Ateca, asumiendo los exhortos efectuados desde Tarazona, acudieron más de cuatrocientas personas de los pueblos del partido, dirigiendo la reunión el propietario y diputado Ignacio Garchitorena, quien pronunció rimbombantes razones para reafirmar su liderazgo político, aunque revestido de sacrificio personal puesto a los pies del bien común:

No veáis en mí —dijo— al hombre político que ostenta la grata investidura de mandatario vuestro en la provincia; ved en mí al representante genuino

191 Sanz Lafuente (2000), pp. 33 y ss. Pionero fue en la misma línea el estudio de Durán (1977). Sobre la tarea de las granjas escuela, Fernández Clemente (1984) y *Granja Agrícola de Zaragoza. Su cincuentenario* (1931).

de las clases productoras del país. Político soy y seguiré perteneciendo a determinada agrupación política [...] pero cuando las necesidades materiales del país lo demandan, [...] abro un paréntesis en el curso de mi larga historia política y me consagro por entero al cumplimiento de ese sagrado deber [...] de dedicar de lleno todas mis energías [...] a la defensa de nuestros legítimos derechos.¹⁹²

Pocos días después tuvieron lugar sendos mítines de viticultores en Borja y Calatayud, a los que acudieron numerosos diputados provinciales (Castillo, Lamana, Melendo, Gaspar, Casañal, Ojeda, Grasa...) y multitud de comisiones de los pueblos comarcanos. Se aspiraba a la creación de una «asociación nacional vinícola», capaz de emular, «por su fuerza legal avasalladora, lo que acaba de hacer Castilla con los trigos». Igual sucedió en Cariñena, donde en abril se organizó el mitin de viticultores al que asistieron notables personalidades del mundo de la política y los organismos económicos provinciales, como Moret, y que presidía el alcalde Sr. Galo Sainz. Se organizó una «imponente» manifestación en la que los «millares» de asistentes seguían los estandartes reivindicativos de las localidades: «en cada pueblo iban delante las mujeres y detrás los hombres, demostrando así que lo que se pide es pan y calor de que los hogares están faltos». En la abarrotada plaza se aprobaron por aclamación las conclusiones de la convocatoria del mitin (supresión del impuesto de consumos sobre el vino, revisión de cartillas evaluatorias y prohibición de fabricar vinos artificiales). Sin embargo, en poco tiempo pudo comprobarse que «la mala impresión en la multitud era evidente». La brevedad de las alocuciones, cierta confusión sobre el estrado y la noticia de que Moret se reservaba para los brindis del banquete fueron las causas del malestar. Cuando en el salón preparado al efecto comenzaron a dispensarse corteses saludos entre las personalidades y elevados deseos para la comarca, un asistente interrumpió diciendo que «el pueblo impacientado pide que todos estos discursos que aquí se pronuncian delante de doscientas personas a la mitad de las cuales no afecta el asunto, se pronuncien en la plaza pública, ante los pobres del país que son los verdaderos interesados». Desde el exterior se oían gritos de «A la plaza ¡ahora, ahora!», y allí hubieron de dirigir sus pala-

192 El mitin de Tarazona, en *El Republicano*, 9-3-1895, n.º 5. Bernardo Zaboray, diputado provincial y propietario que más tarde será presidente de la poderosa Asociación de Labradores de Zaragoza, llamaba a la movilización de los viticultores a través de artículos, como en *DAZ*, 9-4-1895, n.º 8104. El mitin de Ateca, en *El Republicano*, 23-4-1895, n.º 7. Para la descripción de estos procesos, ver también Sabio Alcutén (1995).

bras los diputados y representantes varios, también el más criticado, el viejo ex ministro republicano Moret.¹⁹³

Durante esos años fue creciendo la efervescencia asociativa y asamblearia en dos niveles, en el de la conformación de mecanismos de intervención frente al Estado (Asamblea Nacional de Productores reunida en Zaragoza en 1899) y en el de las plataformas que, sostenidas por las elites comarcales, se situaban a la cabeza de la defensa de los intereses sectoriales cerealista o vitivinícola. En efecto, también en 1899 se crean la Liga Triguera de Aragón y el Sindicato de Vitivinicultores para impulsar medidas de tipo proteccionista. En el caso de estos últimos, se pretendía frenar la reforma hacendística impulsada por el ministro Villaverde y el proyecto de cambio de la Ley de Alcoholes. El sindicato reunía a los grandes propietarios y productores de la provincia contra los consumos sobre el vino. Sin embargo, los protagonistas de los motines de Aguarón y Cariñena de 1900 fueron otros bien distintos, y con otras motivaciones. En Aguarón los pequeños cultivadores, indignados contra un industrial francés por pretender importar alcohol industrial para fabricar mistelas, pusieron una mesa en la plaza del pueblo invitando a firmar la propuesta de salir a la estación y quemar los «conboyes» de alcohol procedentes de Barcelona, apedreando luego su casa y amenazando al alcalde, quien huyó a Zaragoza. A Cariñena también llegaron los compradores de uva ofreciendo mejor precio a los grandes propietarios que a los modestos. Surgió el malestar entre estos últimos, quienes a las puertas del Ayuntamiento esperaban el resultado de las gestiones del alcalde. La inesperada publicación de un bando suspendiendo la compra de uva dio origen al conflicto, acudiendo «numerosa turba» a la casa donde se alojaba dicho comprador, quien hubo de huir por la noche de tejado en tejado. Lo que los motines demuestran

193 Los mítines de Borja y Calatayud, en *DAZ*, 26-3-1895, n.º 8092. El mitin de Cariñena, en *DAZ*, 17-4-1895, n.º 8111, y *El Republicano*, 27-4-1895, n.º 12. Los lemas de los estandartes daban cuenta del carácter combativo frente al Estado: *Aragón despierta* (Aladrén), *Abajo los consumos para el vino. ¡Viva la unión!* (Tosos), *Favor a los vinos* (Encinacorba), *Atended lo justo* (Tobed), *Protección, la conseguiremos por la unión* (Codos), *Protección a la agricultura* (Alpartir), *Protección a la agricultura para poder pagar los tributos* (Muel), *Unión y constancia* (Cosuenda), *Protección a la producción nacional* (Villar de los Navarros), *Tributación módica. No más consumos ni vinos artificiales* (Paniza), *Libre circulación para los vinos* (Aguarón), *Energía y unión* (Almonacid), *Protección a la producción nacional* (Longares), *Protección a los vinos* (Cariñena).

es que podían existir diferentes líneas de acción colectiva respecto de un mismo problema, que varió en función de sus participantes, intereses y tácticas de movilización. Y que, aunque podía haber una instrumentalización política de la movilización social por parte de propietarios y capitalistas, también las clases populares podían plantear, con diferentes catalizadores y aliados, sus propias demandas.¹⁹⁴

Precisamente de Aguarón acudieron unas ochocientas personas al mitin organizado el año siguiente en La Almunia, siguiendo de nuevo el patrón del combate por los intereses vinícolas comarcales y bandeando como principal banderín de enganche la supresión de los consumos sobre el vino. Por aquellos días de octubre de 1901 se celebraron otros dos mítines en Tarazona y Cariñena. Sin embargo, a pesar de la puntual movilización lograda en estas reuniones, el problema fundamental de las organizaciones de propietarios fue que no consiguieron una sólida base social, pese a su insistencia en las bondades de la asociación del campesinado y la presión interclasista y no tumultuosa como mejor medio de hacer llegar las demandas al Gobierno. La crisis en el campo parecía agravarse con la instalación de la plaga filoxérica a partir del nuevo siglo, y más con la crisis general de subsistencias hacia 1904. Ese año discurrió por las calles de Cariñena una manifestación compuesta en su mayoría «de la clase jornalera», pidiendo al alcalde que gestionase con los horneros medidas en evitación del aumento del precio del pan. Por su parte, los fabricantes de alcoholes, a través de una Asamblea Nacional Alcohólica creada al calor del empuje reivindicativo ejercido por la Unión Nacional y las cámaras de comercio, se alzaban en pie de guerra contra nuevos gravámenes fiscales. Se organizó al efecto un cierre de «escritorios, establecimientos y tiendas, en señal de pacífica protesta y de estrecha solidaridad entre todas las clases contribuyentes», realizándose dicho cierre en Zaragoza sin «el más leve indicio tumultuoso». Algunos meses más tarde, en febrero de 1905, volvió a organizarse un nuevo mitin de viticultores en Cariñena para pedir la revocación de la Ley de Alcoholes, y poco después tuvo lugar un nuevo evento en Calatayud al que asistieron varios miles, «muchedumbre inmensa de agricultores» y representantes de sindicatos agrícolas. Cuando los delegados de Hacienda llegaron a Aguarón para hacer cumplir la Ley de

194 Los motines, en *HA*, 10-10-1900, n.º 1583, y *HA*, 19-10-1900, n.º 1591.

Alcoholes y formalizar los nuevos cobros, el pueblo, sin usar la violencia, protestó formalmente para suspenderlos por la escasez de la cosecha recogida. Durante el verano de 1905 se hablaba de «situación desesperada» en Belchite, Almonacid y Cariñena, lugar este último donde también se produjo un conato de motín contra el inspector de alcoholes gubernamental cuando quiso cerrar una fábrica, siendo notorio que «de repetirse similares casos se precipitará el conflicto que todos temen». Igual preocupación por el orden público mostraron las autoridades de la ciudad en abril de 1906 con motivo de una manifestación llevada a cabo contra la denostada Ley de Alcoholes. Escribía el alcalde al ministro de la gobernación:

Presidente Consejo ministros-Madrid.- Numerosísima comisión de fabricantes y agricultores se me presenta en imponente manifestación, protestando ley de alcoholes, que verdaderamente es la ruina de esta comarca, fabricantes dispuestos a cerrar fábricas; si la modificación no es inmediata temo se ocasionen disturbios, pues las familias quedarán sin pan si no se consigue lo que piden.¹⁹⁵

A largo plazo puede decirse que las comarcas vinícolas como la de Cariñena estaban asistiendo a un acelerado proceso de transformación en la producción y distribución agrícola, que tomaba en las reivindicaciones estatales y sus representantes el blanco concreto al que dirigir las protestas. Las elites locales proporcionaban un discurso de sesgo antiestatalista y otros marcos significativos que conseguían dar sentido a difíciles experiencias laborales y sociales del campesinado. Los cambios afectaron a diversos sectores productivos agrícolas (azúcar, trigo, remolacha...), pero esta vez en un contexto de aguda crisis económica provocada por la extensión de la filoxera y el descenso de precios. De momento las fábricas seguían cerrando en Cariñena tras los controles gubernamentales, organizándose una manifestación en 1906 por los obreros sin trabajo para pedir

195 El mitin de La Almunia, en *HA*, 30-9-1901, n.º 1868; el de Tarazona, en *HA*, 11-10-1901, n.º 1878; el de Cariñena, en *HA*, 28-10-1901, n.º 1892. La manifestación del pan en Cariñena, en *HA*, 25-8-1904, n.º 2763. El llamamiento a la protesta de los alcohólicos, en *HA*, 28-6-1904, n.º 2713, y el cierre en Zaragoza, en *HA*, 1-7-1904, n.º 2716. La comisión que visitó al gobernador estaba formada por Basilio Paraíso y Bernardo Zamboray. Los destiladores disolvieron el gremio y formaron la sociedad (*HA*, 28-9-1904, n.º 2792, y *HA*, 25-11-1904, n.º 2841). El nuevo mitin de Cariñena, en *HA*, 25-2-1905, n.º 2925, y la asamblea de Calatayud, en *HA*, 10-4-1905, n.º 3006. Ese mismo día se celebró otra asamblea de viticultores en Borja. La protesta de Aguarón, en *HA*, 26-4-1905, n.º 3112, y el conato de motín de Cariñena, en *HA*, 12-9-1905, n.º 3229. La manifestación de Cariñena, en *HA*, 6-4-1905, n.º 2407.

soluciones. Algo de luz se vislumbraba en la adopción de mejoras técnicas capaces de mejorar la calidad de los caldos, hasta entonces cultivados de modo tradicional y sin mucho esmero. Se lanzó la idea de la construcción de una estación enológica que diese calidad a la producción sin utilizar alcoholes industriales, el caballo de batalla que había convertido en vinos caros y poco competitivos los caldos de la comarca en comparación con los de otras zonas que los utilizaban. Aunque este, como otros muchos proyectos de mejora agrícola y de fomento, tuvo que esperar hasta los años de la Segunda República para verse materializado.¹⁹⁶

Por el momento el pan, el agua, el trabajo... aparecen en las gargantas y a veces las pancartas de vecinos y trabajadores movilizados durante este cambio de siglo. Se extiende por los círculos políticos y órganos de prensa la expresión «cuestión social», aplicada a la descripción de la protesta obrera urbana y las revueltas agrarias, mientras los analistas sociales las trataban de explicar como «procesos morbosos sociales» o, lo que es lo mismo, patologías ocurridas en el cuerpo social del mismo modo que existían en el organismo humano. Tan claro aparecía el nexo que el insigne veterinario y estudioso de sociología Pedro Martínez Baselga argumentaba en un escrito que las enfermedades fundamentales en el hombre ocurren por desórdenes y anomalías nutritivas, por el hambre, en definitiva, «y que el hambre engendra una larga serie de enfermedades que se llaman pauperismo, mendicidad, prostitución, suicidio, clericalismo, tiranía, presidio, guerras, usura, inquisición, alcoholismo, etc.». La degeneración, en suma, del país y de la raza, y la debilidad de las masas ante la siembra de las semillas de la confrontación y el tumulto. Y eso a pesar de que Baselga escribía desde cierta «fe en la redención del hombre» y contra «los que se asustan creyendo que las sociedades modernas toman rumbos apocalípticos». Considera que los tiempos que vive son mejores que los pasados, los de la «dominación clerical». Precisamente acerca del anticlericalismo como

196 La nueva manifestación en Cariñena, en *HA*, 6-4-1906, n.º 2407. Los dieciséis fabricantes asociados a La Cariñense continuaron con el cierre durante los días siguientes, temiéndose «ocurran desórdenes por la protesta de los que se quedan sin trabajo» (*HA*, 28-5-1906, n.º 2451). Un resumen de la difícil situación de las comarcas vinícolas españolas, en *HA*, 23-6-1910, n.º 4860. El proceso de transformaciones técnicas y concentración empresarial en torno a ciertas producciones agrícolas de Aragón ha sido estudiado por Germán Zubero (1999). «Estación enológica en Cariñena», *HA*, 11-7-1910, n.º 4878.

manifestación de combate contra el clericalismo, vía de movilización colectiva y creador de identidades en la historia contemporánea, así como de otros motivos y modos de manifestación del descontento social, se tratará en los siguientes párrafos.¹⁹⁷

197 Martínez Baselga (1903).

CAPÍTULO 2 OTROS MOTIVOS Y ACCIONES DE PROTESTA

2.1. Anticlericalismo y republicanismo

Huesca, febrero de 1891. Al entrar en la ciudad, el obispo fue saludado «con una silba monumental» por los grupos liberales de la ciudad, expresando con ello al prelado su malestar por la campaña que había hecho a favor del conservador duque de Solferino, electo por Barcelona pero con extensas posesiones agrícolas en Huesca y Zaragoza. Los grupos siguieron al coche en el que viajaba dando gritos de «¡fuera!», disolviéndose al llegar a la residencia episcopal. Dice la sentencia que, pese a la oscuridad de la noche, no cabe duda, «por el momento, la oportunidad y espíritu reinante de desagravio y animadversión», de que las manifestaciones de protesta no iban sino dirigidas al prelado. Teruel, julio de 1893. Parece que era costumbre de la ciudad celebrar religiosamente el aniversario de la defensa de la población contra los carlistas, pero ese año el obispo advirtió que no podría presidir los actos. «Creció la bola de nieve del disgusto» y, sin ritos religiosos, se celebró una procesión cívica en la que se rindió tributo a los «mártires de la libertad». Del «pueblo indignado» se escuchaban fuertes increpaciones: «¡A quemar el palacio!», «¡muera el obispo!», «¡mueran los curas!», «¡viva los mártires de la libertad!». Frente al palacio la multitud daba una «silba horrorosa», tomando el motín «aspecto poco tranquilizador». Un diario indica que «las gentes pedían a grito herido la cabeza del obispo». Durante los días siguientes, mientras el prelado permaneció recluido en palacio, se agotaron los silbatos en las tiendas de la localidad, con los que

los irritados vecinos daban muestras de su descontento. Zaragoza, agosto de 1895. Un pequeño incidente provoca el estallido de «los furiosos de las turbas». Un sacerdote tropieza con un niño y, al ir a consolarle, comenzaron a oírse «desaforados gritos» pidiendo castigo para los clérigos. Los ánimos se caldean, presentando en seguida la plaza del Mercado «el aspecto propio de los días de motín». La gritería aumenta y se trata de dar caza al cura. «A los gritos de ¡Mueran los jesuitas! ¡Mueran los ladrones de niños!», un grupo de unos cientos de hombres y mujeres se lanzan en su persecución arrojándole piedras. «Las turbas» tenían en mente los rumores acerca de unos clérigos de Lisboa que robaban niños para devorarlos. Quisieron luego asaltar la casa donde se había refugiado otro sacerdote, momento en el que finalmente la policía pudo aplacar los ánimos.¹⁹⁸

Tres casos de patente animadversión anticlerical que sirven de punto de partida para subrayar la extensión y fuerza del fenómeno. ¿Espectáculo «salvaje y repugnante»? ¿«ligereza poco meditada»? ¿«excitación de la imaginación popular»? El relato de la prensa se suele mezclar con este tipo de descalificaciones. Más allá de esto, ya se han elaborado explicaciones históricas solventes sobre el arraigo del anticlericalismo popular en la sociedad finisecular. También desde la antropología se han aportado claves interesantes, tendiendo a explicar la violencia anticlerical como manifestación ritual imbricada en las costumbres y experiencias colectivas de largo recorrido de los grupos sociales. No obstante, pese a lo positivo de estos aportes, los historiadores optan en los últimos tiempos por primar la dimensión política del fenómeno utilizando los planteamientos de la teoría de la acción colectiva y los movimientos sociales, con el fin de destacar su funcionalidad en la movilización e integración de las masas en el juego político a finales del siglo XIX. Es decir, para tratar de delimitar la participación del anticlericalismo en los programas políticos republicanos, en la

198 La silba de Huesca, en *Diario de Huesca*, 5-2-1891, n.º 4414, y AHPH, Sentencias criminales, 1892, n.º 62. De la sentencia se obtienen detalles interesantes que ayudan a completar la escena, dado el ninguneo a que fue sometida por la prensa local, como la identidad de los procesados (dos propietarios, un cirujano, un camarero, un confitero, un calderero, un guarda rura y, un agricultor), y que los gritos y silbidos parecían «animadas de mudo y secreto concierto», formándose y deshaciéndose los grupos «entre las sombras de la oscuridad de la noche», y siendo curioso el hecho de presentarse en la estación «forasteros que no se han identificado en demanda de silbato». El motín de Teruel, en *El Turolense*, 16-7-1893, n.º 374, y *La Derecha*, 10-7-1893, n.º 7483. El motín de Zaragoza, en *La Alianza Aragonesa*, 2-8-1895, n.º 3716.

conformación de identidades colectivas anticatólicas, o su peso específico en la eficacia con la que algunos populismos conseguían echar a la calle a sus bases sociales en determinados momentos y bajo ciertas consignas.¹⁹⁹

Siguiendo a Salomón Chéliz, hay que señalar que la renovación historiográfica ha propuesto líneas de trabajo muy interesantes sobre el tema. Si los estudios del anticlericalismo de hace unos años se centraban en el fenómeno en sí, de un tiempo a esta parte suele hacerse en relación con el clericalismo como contramovimiento que opone la Iglesia al proceso secularizador. Por otra parte, se viene subrayando el contenido del anticlericalismo como movimiento portador de un sentido de la libertad, de la sociedad y del mundo que sirvió en ciertos momentos como programa de acción colectiva. Conceptos como el de «secularización» adquieren si cabe más relevancia para explicar el proceso por el cual las nuevas propuestas sobre la ordenación social y política adquirieron carta de naturaleza en el ámbito europeo desde mediados del siglo XIX. Las sociedades católicas mediterráneas asistieron en su seno a la progresiva pérdida de importancia de las actividades e instituciones religiosas, algo históricamente relevante teniendo en cuenta el carácter totalizador que la Iglesia mantenía a través de sus funciones legitimadoras y de control social. El proceso es doble, «desde abajo» en tanto se extienden nuevas señas identitarias autodefinidas como incompatibles con la doctrina católica, y «desde arriba» por cuanto el Estado liberal aspira a controlar parcelas de poder reguladas hasta ese momento por la Iglesia (educación, beneficencia, política...)²⁰⁰

La separación de las esferas política, jurídica e institucional de la religiosa no implicaba en principio ningún ataque a la Iglesia, sino únicamente la voluntad de limitar su influencia al terreno estrictamente religioso. Pero el argumento tendió en algunos grupos sociales a radicalizarse

199 Salomón Chéliz (2002). Pérez Ledesma (2001*a*), (2001*b*) y (2001*c*). En la última de ellas subraya la importancia que en los estudios culturales del fenómeno han tenido y tienen las construcciones populares de la sexualidad del clero, algo que sitúa estas versiones a medio camino entre la psicología social y la historia. En su acercamiento a la cuestión, González Calleja (1998*a*), p. 326, reconoce que las aportaciones de antropólogos y etnólogos han desbordado la vertiente exclusivamente política de las manifestaciones anticlericales, proponiendo incluir cuestiones de moral, folclore o psicología colectiva, y dejando claro que lo anticlerical no identifica tipos de protesta (popular y elitista, de derecha o izquierda, rural y urbana...) con grupos sociales particulares, sino que desborda y difumina los límites de estos.

200 Alonso (2003).

hacia la aspiración laicista de separar totalmente la vida social de todo referente creyente. Era además inevitable que en los países católicos como España, con una Iglesia acostumbrada al monopolio intelectual y social, la disputa por esos dominios entre grupos hegemónicos y desafiantes adquiriese un tono virulento. Así, el anticlericalismo se instaló en España a lo largo del XIX al ritmo del rechazo que la implantación del orden liberal generó en la Iglesia. Un rechazo que transitó por diferentes grados de compromiso con las opciones políticas tradicionalistas y conservadoras contrarias al régimen liberal, desde el apoyo al carlismo a la integración en el Partido Conservador a comienzos del siglo XX. Un maridaje que despertó prevención y recelo entre los sectores populares ligados de una u otra manera al republicanismo y las plataformas obreras no católicas.

Anticlericalismo y republicanismo van de la mano como señas de identidad capaces de alimentar ideológicamente las protestas contra el clero. De los actos de sabotaje carnavalesco en el pueblo a los multitudinarios mítines republicanos de Zaragoza, una variada tipología de episodios forman parte de este proceso histórico fundamental en la transición a la cultura política de masas contemporánea. Ahora bien, la movilización social que alentó se basó en buena medida en la crítica ética al clero que de hecho ya impregnaba buena parte de la sociedad. Ese sustrato previo de anticlericalismo popular de base cristiana, que denunciaba la corrupción, la lujuria y la avaricia de los ministros de la Iglesia, ayudó sin duda a la elaboración y socialización del discurso republicano y a la movilización de las masas urbanas de trabajadores y profesionales descontentos. En realidad no solo en las ciudades, sino también en los pueblos, pudo este discurso nuevo y violento facilitar la identificación del clero como causante de los males propios y como símbolo del oscurantismo y la resistencia al avance de la democracia.²⁰¹

2.1.1. El anticlericalismo a finales del siglo XIX

Existía por lo tanto un anticlericalismo que, al margen de problemas terminológicos, podría denominarse «tradicional», y que suponía la rectificación moral o pastoral del clero sin poner en cuestión sus funciones reli-

201 Esta es la idea que subyace en algunos textos de Salomón Chéliz (1998), (1999) y (2001).

giosas ni los dogmas de fe. Las huellas de esa crítica podrían remontarse a la Edad Media, pero por lo que aquí respecta es suficiente con oponerlo al anticlericalismo «moderno» o «contemporáneo». Este apareció en el período de las revoluciones burguesas, y se caracteriza por criticar la presencia eclesiástica en los asuntos públicos, su poder económico y su influencia en la organización del Estado y sobre el propio individuo. Propugna la autonomía del individuo respecto a la Iglesia, rechaza las manifestaciones externas del culto y destaca por su carácter eminentemente político, así como por su capacidad para la conformación de identidades colectivas y la movilización social. La distinción entre uno y otro tipo se vuelve problemática en el terreno empírico cuando se acude a las fuentes. ¿Cómo hacer entonces que las categorías no ahoguen la riqueza del acontecimiento? ¿Qué entender por anticlericalismo «tradicional», teniendo en cuenta ese trasvase de elementos conocidos y nuevos, esa cotidiana cercanía con el llamado «moderno»?²⁰²

Como las últimas aportaciones historiográficas ponen de manifiesto, parece preciso volver a aludir a una cuestión tan resbaladiza como la «cultura popular» para encontrar pistas para avanzar. Dos advertencias previas: en primer lugar, se suele aludir a la cultura popular como un producto espontáneo y autónomo, sin tener en cuenta la interacción entre la cultura «popular» y la de las «elites» y el comportamiento circular y recíprocamente modelador entre ambas. Tanto el clericalismo como el anticlericalismo contaron con fuentes emisoras de discurso de tipo elitista, pero también con un sustrato popular portador de códigos éticos y culturales vertebradores de la vida colectiva y con capacidad de influir en la producción de los discursos. La otra precaución tiene que ver con el hecho de que en ocasiones se asimile lo «popular» con lo «primitivo», una relación practicada por los contemporáneos para combatir formas y lenguajes irredentos respecto de las pautas del poder político o espiritual. La correspondencia del clero no deja lugar a dudas sobre esta idea, emitiendo severos juicios sobre las

202 Las diferencias, en Gil Andrés (2000), p. 333. Sobre la tradición anticlerical en la Edad Moderna, Peter Burke (1996) busca las huellas en lo carnavalesco y otras manifestaciones de cultura popular. También bucean por estas aguas Fandiño (2001-2002) y De la Cueva Merino (1997). El contraste antropológico, en Manuel Delgado (2001), quien cree sin embargo que dentro de ese marco general de modernización y de ruptura con las tradiciones que pudieran considerarse naturales, «en el plano ideológico no existió de hecho un anticlericalismo popular» (p. 87), utilizando «popular» en su acepción más sociológica.

particulares y ancestrales «supersticiones» que las clases populares, sobre todo en el ámbito rural, mezclaban con los elementos canónicos de la fe.²⁰³

Gramsci, con su concepto dinámico de cultura y su interpretación conflictual del folclore, ofreció un marco teórico de referencia para estudios posteriores. El punto de partida del análisis es el aparente consenso en la celebración ritual y simbólica colectiva, algo que puede asumirse en las celebraciones religiosas del mundo rural finisecular. El concepto de *hegemonía* articulado por Gramsci aclaraba como al tiempo que ciertos grupos sociales conseguían imponer su dominio sobre otros, surgían grietas de desafección en ese sistema hegemónico de símbolos y ritos. Esas demostraciones de descontento constituían toda una *subcultura política* de oposición hacia el dominio clerical, incluyéndose en ella no solo muestras abiertas y violentas de protesta, sino también el comentario, la ignorancia fingida, la burla o atentados a propiedades. El concepto se mostró muy válido para explicar el consenso y la continuidad, pero no muy eficaz para analizar el cambio social. Asimilado y ampliado por corrientes historiográficas del siglo XX como la de los historiadores de las mentalidades o los marxistas británicos, es sugerente en ese sentido el concepto de *sistema de creencias*: «el círculo de pensamiento en el que cada parte apoya a las demás a la vez que se apoya en ellas, haciendo todo el sistema impermeable a la falsación» para sus moradores. Cuando surgen contradicciones en su seno y sobrepasan un umbral crítico, llegan los problemas, el desapego, la apertura a nuevos sistemas, la contestación y la protesta.²⁰⁴

Anticlericalismo, religiosidad «tradicional», cultura popular..., disquisiciones teóricas aparte, lo cierto es que el ámbito del anticlericalismo «tradicional» ofrece abundante casuística en el contexto finisecular.²⁰⁵

203 Sobre la circularidad e interdependencia entre la cultura de las elites y la popular, insistió Ginzburg (2000), prefacio. También el debate entre Briggs, Burke, Smith, Richards y Yeo (1991). Más recientemente ha subrayado esta circularidad también para la cuestión anticlerical Castro Alfin (1997). En otro escrito (Castro Alfin, 2003), el mismo autor advierte sobre las imputaciones de primitivismo a la religiosidad popular (p. 31).

204 Burke (2000) p. 222.

205 Si bien los datos manejados en este primer acercamiento no fueron incorporados por Pilar Salomón, las fuentes son básicamente las mismas, la correspondencia diocesana, la prensa y los boletines eclesiales. Es inevitable, no obstante, repasar algunos hechos sucedidos a partir de 1900 sobre los que ya la autora profundizó en su momento, aunque con matices y subrayados distintos. Estas justificaciones teóricas y empíricas, en Lucea (2005).

Julio Caro Baroja sugiere que el clero de aquellos años no se debía de destacar «por su suavidad, ni por su cultura, ni por su intuitiva visión de la marcha del mundo». El párroco rural, decía el *Boletín Oficial Eclesiástico de Zaragoza*, se postulaba como «obrero vigilante, centinela que no duerme; padre y médico que no descansa ni sosiega, el Pastor de la grey, el escudo de sus hijos». Lo cual requería del control de casi todos los asuntos de los habitantes del pueblo. Jerome Mintz lo dijo mejor en su libro sobre Casas Viejas:

En los pueblos pequeños la sombra de la Iglesia llegaba a todas las casas. Los ritos y doctrinas católicas penetraban en la vida cotidiana: el saludo diario (¡Vaya con Dios!), el calendario, las misas y una miriada de costumbres sociales ofrecían homenaje a Dios, la Iglesia y el cura. La Iglesia controlaba la educación, establecía las normas de conciencia y de conducta, ordenaba los ritos y archivaba las partidas de nacimiento, los certificados de boda y de defunción. La asistencia a misa y la actitud frente a la Iglesia señalaban alianzas de clase social e indicaban el grado de conformidad social.²⁰⁶

Esa exclusivista competencia en los asuntos trascendentes es la que motivó al cura de Juslibol, pueblo cercano a Zaragoza, a escribir al obispo acerca de la costumbre local de llevar en los entierros los cadáveres la cara descubierta, permaneciendo así durante la misa y la conducción al cementerio. Apuntaba que «el desgraciado cura que se opusiese a esto tendría que vérselas con el pueblo entero», y que por su parte ya había recibido presiones de varios vecinos deseosos de denunciar «a los que ellos llaman criados del pueblo como son curas, alcaldes, maestros, etc.». Además, protestaba por la costumbre de tener que ir el párroco a las cuevas excavadas en el monte cuando allí ocurría alguna defunción, cuevas «accesibles sólo por escabrosas y peligrosas sendas [...] y aún cuando sea de un recién nacido hay que ir a buscarle a la puerta con capa y cruz alzada, siendo ridículo ver a la ida la cruz sola por los cabezos, llevada muchas veces por el mismo sacerdote en defecto de sacristán, quien a la vez canta a dos coros y, más risible todavía, verla después acompañada de hombres

206 Mintz (1999), pp. 112-113. En esa dirección, Manuel Delgado (2000), p. 31, afirma que el fin de los motines anticlericales «no era cambiar este o aquel aspecto de la organización social, política o económica vigente, sino el núcleo duro y más duradero del que partían las instrucciones sobre qué y cómo actuar, decir y pensar, los códigos y las gramáticas».

vestidos tan solo de camisa y calzoncillos, cual trabajan en los campos, y de mujeres sin mantillas asidas del brazo cual en una gira campestre».²⁰⁷

En casos como este, «la costumbre» aparece como el campo de batalla del conflicto entre la tendencia homogeneizadora y unificadora de la Iglesia y la fuerza disgregadora que suponía la existencia de un sinfín de tradiciones consideradas perjudiciales o primitivas para la ortodoxia católica. En otro enterramiento, el del maestro de la localidad turolense de Mazaleón, se criticó al cura que, habiendo convenido el tipo de entierro y pagado este, «llegada la hora en que la familia y casi todos los habitantes de pueblo esperábamos *según costumbre* al Sr. cura con la cruz parroquial, se negó a venir a recibir el cadáver y recitar las preces de ritual, diciendo que por haber nieve y barro no podía hacerlo». La enemistad venía de atrás, por negarse el maestro a tocar el órgano en la iglesia mientras no se le pagara lo que «por costumbre» se había pagado siempre a los organistas, provocando en una ocasión «gran escándalo de las gentes». A raíz del entierro creció la enemistad entre el cura y los vecinos, «tanto así que públicamente se cantan canciones alusivas al acto, se le apedrea la puerta y otros sucesos nada agradables; y que demuestran a las claras la protesta a que por su conducta es acreedor dicho Sr. Lesma».

El contexto de la fiesta también ofrece una buena oportunidad para la protesta. En Illueca se iba a celebrar la instalación del nuevo altar con misa solemne, pero los ánimos se exaltaron cuando se supo que el cura impedía que la banda de música tocara durante la liturgia. Su casa fue apedreada y el día de la misa grupos numerosos, junto con la banda, se apostaron a la puerta de la iglesia impidiendo la entrada. Tras conferenciar con el cura, este hubo de aceptar las peticiones, aunque pidió el traslado para no volver más.²⁰⁸ Otras veces se lanzaban los agujones de la risa y la bafa.

207 Archivo Diocesano de Zaragoza [en adelante, ADZ], caja 3201. Propone al obispo que, para «corregir ambas cosas sin exposición del párroco», sea él quien prohíba conducir los cadáveres, descubiertos o cubiertos, a la iglesia y que ordene que los muertos de las cuevas los lleven hasta la entrada del pueblo. Dos años después escribe el mismo cura previendo un motín en el pueblo por asuntos relacionados con las fiestas y la gestión de la hermandad local. Denunciaba este cura que en esa fiesta «se mezcla lo sagrado con lo profano, dando a esto último más importancia que a lo primero», y no dudaba en considerar la supresión de esa hermandad (ADZ, caja 3222).

208 HA, 1-10-1901, y *El Clamor Zaragozano*, 3-10-1901. El obispo autorizaría después el uso de esa música en los oficios religiosos, lo cual provocó al año siguiente nueva

Si el cura de Lucena de Jalón se lamentaba de la parodia burlesca de un matrimonio durante el Carnaval, el de Sierra de Luna detallaba como un grupo de mozos, en el día del baile, interrumpieron la novena de almas de 1899. «Subieron al coro a cantar o mejor dicho, a perturbar el orden, y excitar la ira de los concurrentes, porque se veía clara la intención de burlarse del religioso acto, haciendo cosas nunca hechas, y dando voces desacompañadas, fuera de tono, que más bien parecían rebuznos de animales irracionales».²⁰⁹

Es preciso insistir en la potencialidad conflictiva de la costumbre. La gestión de las hermandades y cofradías locales representa quizá el caso más claro al respecto. En 1898 el cura de Armillas protestaba por el gasto que los cofrades hacían para la comida anual, una celebración que desde el siglo XVIII había venido siendo prohibida por decretos obispaes de santa

diatriba por este motivo en el vecino pueblo de Brea. Varios vecinos amenazan con no celebrar la fiesta de San Blas si el cura no accede a que toque la música de viento en la misa y la procesión. Explica su negativa diciendo que la ejecución con instrumentos «impropios» resulta «ridícula», se produce «desorden e indevoción», y porque los fieles padecen el «escándalo» de ver convertido en espectáculo la misa (ADZ, caja 3222).

209 El escándalo fue mayúsculo, según el párroco: «protesté indignado, diciendo que hiciesen favor de salir de la Iglesia aquellos cafres que habían ido a insultar a Jesús Sacramento, y hacer escarnio de las benditas ánimas del purgatorio» (ADZ, caja 3220). En Escatrón varios cofrades del Santo Rosario fueron interrumpidos y burlados en los actos religiosos que, «según tradición» y «loable costumbre», se venían celebrando, mediante una ronda con la que se burlaron «cínicamente» de ellos (ADZ, caja 3201). Merece la pena avanzar un poco más en este caso. En 1890, en la carta del párroco de Escatrón Tomás Vivache al vicario sobre las burlas que recibían los rosarieros, se constata la fuerte enemistad que mantenía con el alcalde, a quien describe como «hombre sin conciencia y sin honor», de «soberbia luciferiana» y dado a «sofismas y palabras huecas» para hacerse seguir por gran cantidad de adeptos. Insistió el cura en abrir proceso civil contra él, decretando el juez de Caspe que debía permanecer arrestado durante ciertas celebraciones religiosas. Reunidos en el Ayuntamiento, el alcalde y otras personalidades (teniente de alcalde y concejales, presidente del sindicato de aguas, el hermano del alcalde de Alcañiz, el médico forense y otros muchos con sus mujeres), «todos afiliados a cierto partido político», es de presumir de tendencia republicana, hicieron mofa desde el balcón a los rosarieros. Por la tarde una ronda agasajó al cura cantando: «aunque estemos presos, la libertad nos darán, y de todo lo que ocurra, el cura lo pagará», y por la noche hubo nueva ronda con canciones «obscurísimas», reinando «la más completa anarquía» en la población. En la misa siguiente el cura protestó desde el púlpito «de las inmundicias y maldades amparadas y patrocinadas por la autoridad». No hubo incidentes en el templo, pero «los malvados, irritados y mal aconsejados vinieron por la noche me apedrearon la casa, me rompieron los cristales, y esta escena la han reproducido por cuatro o cinco veces, con amenazas de muerte y todas las barbaridades que puede imaginarse en el transcurso de tres o cuatro meses».

visita en sucesivas ocasiones (1772, 1809 y 1868), bajo pena de excomunión y para evitar los «abusos» a que solía dar lugar. En Villarroya del Campo el cura deshizo tres hermandades por no gastar el dinero en asuntos religiosos. El vicario le recriminó y el cura volvió por la obediencia, prometiendo permanencia en el puesto pese a los peligros, pues «de estos zulús cualquier cosa cabe esperar [ya que] todos los curas que ha habido en esta parroquia desde hace cuarenta años todos han salido a tiros, o apedreados, o por enredos de estas acémilas». También existen ejemplos de lo contrario, de la utilización de la costumbre a favor de la continuidad de ritos religiosos y algunos sacerdotes, como cuando para la Navidad de 1898 el vecindario de Villarreal del Campo amenazaba con un grave desorden si no se hacía retornar del seminario a su párroco para celebrar la Misa del Gallo. «Todos los habitantes, hombres, mujeres y niños piden a voz en grito se presente en el pueblo sin tardanza», siendo tal la actitud del vecindario que el alcalde tiene «la seguridad de que el día de Pascua ha de revolucionarse el pueblo en muy mal sentido». En Muniesa el alcalde hizo detener en 1896 al coadjutor por no celebrar algunas misas, pues este le requería el pago de las funciones religiosas. Apercibido el vecindario del hecho, «acudió como un solo hombre en demanda de la libertad de su querido Mosén Bernardo, dando vivas al mismo, al papa y a la religión», debiendo el alcalde dar libertad a dicho sacerdote.²¹⁰

Si la costumbre podía convertirse en territorio en el que dirimir los límites de la autoridad eclesiástica, en otros casos se criticaba abiertamente la actitud del clero en lo que se consideraban excesos y dejaciones de sus funciones y actitudes. Cuando en las fiestas mayores de 1892 se amotan los vecinos de Escatrón contra el cura Agustín Picapeo, varias voces desde la muchedumbre aclararon al alcalde que la manifestación «no tenía en modo alguno carácter antirreligioso y sí sólo de protesta contra la conducta pública y privada del Sr. Picapeo, prorrumpiendo en vivas a la reli-

210 El caso de Armillas, en ADZ, caja 3220, y lo de Villarroya del Campo, en ADZ, caja 3201. Lo de Villarreal del Campo, en ADZ, caja 3220. En Hoz de la Vieja el párroco y el alcalde se enfrentaban a causa de la gestión de un patronato local de beneficencia, emprendiendo, en palabras del cura, «una campaña de difamación y calumnias con objeto de amotinar al pueblo contra mí, lo que consiguieron en parte, pues [...] fui insultado, apedreadas las ventanas de la casa y disparando dos tiros cuyos proyectiles obran en el juzgado de instrucción de Montalbán» (ADZ, caja 3210). Lo de Muniesa, en ADZ, caja 3201.

gión, a la Santísima Virgen y a Nuestra Patrona». Esa crítica tomó diferentes formas e intensidades, pero bien pudiera ser entendida en clave de un control basado en un código no escrito sobre cómo debía manifestarse el comportamiento del sacerdote, el desempeño de sus funciones y las pautas morales que regían la vida cotidiana de la comunidad rural.²¹¹

Una crítica frecuente se refería al cuidado de objetos religiosos. En 1888 se produjo «general indignación» y un fuerte conflicto en Calanda al saberse que un cura del pueblo, como miembro integrante de la Cofradía del Santísimo Sacramento, a la que pertenecían casi todos los vecinos, había vendido el «Longinos», una antigua armadura de hierro que se creía proveniente de los romanos y que se sacaba en la Semana Santa. Los cofrades siempre se negaron a venderla por considerarla «recuerdo inapreciable de sus mayores», y a pesar del descontento general el anticuario quiso seguir con la compra, por lo que hubo necesidad de concentrar fuerzas de la Guardia Civil. Otros casos dan muestra de similar apego a los objetos de culto más destacados, como cuando en 1892 el obispo de Zaragoza hubo de suspender su visita a la ciudad de Daroca por indicación del alcalde, ante la protesta «en masa» del vecindario. El motivo, la creencia de que la llegada del prelado tenía como fin llevarse ciertos objetos a una exposición de Madrid con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América. El rumor llegó a extender que incluso saldrían de la ciudad los Corporales, por lo que hubo de realizarse una fiesta de adoración para convencer a las gentes de lo erróneo de esos rumores.²¹²

Pero los abandonos y dejaciones que más críticas acarrearían eran los referidos a la moral, asunto focalizado casi siempre en la sexualidad y en el juego. Las sospechas sobre lo que ocurría en los espacios exclusivos del

211 DAZ, 16-8-1892, n.º 7207, y *El País*, 18-8-1892, n.º 1906.

212 Lo de Calanda, en ADZ, caja 3209. El asunto de Daroca, en DAZ, 27-8-1892, n.º 7217, y *La Derecha*, 24 y 25-8-1892. En Villarroya del Campo el cura compró varios roquetes para miembros de la cofradía con cierto dinero de esta. Los hermanos desconfiaban y pretendían guardarlos ellos mismos, «pues no querían comprarlos para que otro se los vendiera» (ADZ, caja 3201). En Gotor hubo un motín cuando se supo que el cura quiso vender varios objetos antiguos de culto, con el permiso del arzobispo. Grupos de hombres, mujeres y chicos formaron «tumultuosa gritería», apedreando la casa del sacerdote y tratando de penetrar en ella entre insultos y denuestos, hasta que fueron disuadidos por la llegada de la Guardia Civil del puesto inmediato de Jarque (*HA*, 28 y 30-9-1905, núms. 2244 y 2246).

sacerdote, como la sacristía, el confesionario o la casa curato, venían de lejos, y en muchos lugares, como constató Jerome Mintz, «los clérigos eran considerados perdidos, fornicadores y perezosos». Se admitía que en la casa hubiera mujeres a su servicio, pero la vigilancia popular podía juzgar si el comportamiento era o no adecuado para el buen nombre de la parroquia, y sancionar o avisar con rumores y chismes, cantarse coplas alusivas o escribirse cartas acusatorias al obispado. Cartas en las que solía describirse esa situación como «abandono» moral, una cesión a los impulsos y pasiones comunes, por lo tanto una crítica hecha desde el credo católico y que podía acarrear graves consecuencias para la honra y la carrera clerical del aludido. El cura de Mainar se suicidó en 1889, probablemente en «momentos de exaltación o perturbación de sus facultades intelectuales», producida «por la impresión que debió causarle el saber que el rumor sobre el estado de la doméstica coincidía con el que surgió después». El cura de Veguillas del Cuervo (Teruel) quedó privado de curato y sujeto a «otras penas» tras su escándalo con la casera. El nuevo obispo de Albarra-cín le dio licencia para volver a celebrar «con la condición de separarse de su casera, causa principal de sus caídas», faltando a la palabra dada por dos veces y «continuando con su conducta escandalizando a las gentes». En otras ocasiones son los propios sacerdotes los que delatan a otros curas. La descripción que hace el párroco de Valderrobres del de Peñarroya en 1900 no tiene desperdicio:

El párroco además de tener 66 años y una extremada obesidad, es muy indiferente, se ha hecho tan labrador y propietario que no piensa más que en atesorar, en engañar la vida, olvidándose de la muerte, no asiste al confesionario, no predica, no enseña el catecismo, no hace más que celebrar. [...] Es un deshecho, entregado a los alcoholes, y lo que es peor, siempre metido en una casa con escándalo del pueblo del país, armándole ramadillas al párroco desprestigiándolo y desprestigiándose, y siempre día y noche en aquella casa que es de las principales, y a ciencia y paciencia del marido que es acérrimo enemigo de cura.²¹³

213 El caso de Mainar, en ADZ, caja 3209, y el de Veguillas del Cuervo, en ADZ, caja 3220. La referencia de Peñarroya, en ADZ, caja 3201. De ese pueblo dice el delator que «La parroquia de Peñarroya tiene 1800 almas, aborrece al párroco, desprecia y censura al coadjutor, está perdida, sin fe y llena de pecados. Se ha llegado, según informes a bailar el cancan en cueros, y parodiar en cueros y con un incensario el baile [¿?]. ¿Puede rebajarse más este pueblo? Está perdido por completo». El cura de Ejea de los Caballeros se hacía eco de un anónimo recibido sobre el cura del vecino pueblo de Erla, en el que se daba cuenta de ciertas sospechas sobre su relación con la casera y su afición al juego, acusaciones que

Algunos sacerdotes demostraron cierta querencia hacia este tipo de declaraciones y denuncias epistolares enviadas a la superioridad eclesiástica, pues el mismo cura de Valderrobres, Gregorio Marcuello, criticaba a su coadjutor por ser «el payaso de los caciques», por «criarse en una taberna» y pasarse el día «en las plazas chismografiando y discutiendo de todo sin entender de nada». No era infrecuente este tipo de delación, reflejo en todo caso de complicadas relaciones entre los ministros del clero, tanto más cuanto que lo que se ventilaba en muchas ocasiones eran beneficios y privilegios económicos y de influencia sobre el vecindario. El conflicto entre el cura de Sástago y los sacristanes degeneró en una violenta reyerta a la puerta de la iglesia en 1899 y en presencia del vecindario, sobre todo de bastantes mujeres, que fueron quienes dieron la voz de alarma para que acudiera el alcalde.²¹⁴

Pero donde con mayor frecuencia aparecen denuncias por «excesos» o «demasías» es en las disputas entre la autoridad civil y la eclesiástica por el monopolio de ciertos derechos y prerrogativas. Un territorio en el que, aunque confluyen los motivos y denuncias anticlericales «tradicionales» y los «modernos», se pueden distinguir con mayor claridad las trazas y el sentido del proceso histórico de secularización. El conflicto entre el cura de Escatrón y el alcalde y otros vecinos afiliados a «cierto partido político» se destapó al impedir dicho alcalde al cura el acceso a ciertas cuentas y documentos a los que este creía tener derecho.²¹⁵ Y es que durante este

el párroco de Ejea rebajó a merecedoras de «paternal reprensión», pero concluyendo que no era «tan escandaloso ni tan malo como lo hace el escrito» (ADZ, caja 3220). Otro caso de denuncia por juego, en Luceni en 1900, donde se apunta que el cura «se junta con malas compañías como es el veterinario y no sale de casa del médico del pueblo. No hacen en aquella casa más que jugar» (ADZ, caja 3201).

214 Lo de Sástago, en ADZ, caja, 3220, y *DAZ*, 4-1-1899, n.º 9372. En 1902 el alcalde escribe al Gobierno Civil sobre una nueva reyerta entre los mismos protagonistas y en presencia de los fieles, «produciendo el consiguiente escándalo, saliendo ambos desafiados para reñir a las afueras de la población sin que afortunadamente llegaran a las manos por la oportuna intervención de las autoridades y de los vecinos». Comenta también que a punto estuvo de alterarse el orden público, «puesto que los ánimos estaban sumamente excitados, censurando civilmente al Sr. Cura considerándole autor por su temperamento nervioso e intransigente» (ADZ, caja 3222).

215 Al final el Ayuntamiento de Escatrón fue destituido por orden del gobernador civil, congratulándose el cura de poder salir el rosario a la calle «como tradicionalmente se venía haciendo» (ADZ, caja 3201).

final de siglo tuvieron lugar no pocas disputas por el control de funciones tradicionalmente desempeñadas por la Iglesia, como los enterramientos o los desposorios, materializados en la posesión de las llaves de los camposantos o el levantamiento de las actas de matrimonio.²¹⁶ «La mano centralizadora —decía el cura de Escatrón—, no respeta los derechos adquiridos». «Triste necesidad —decía el cura de Ejea— de ceder a las corrientes de irreligiosidad de estos desgraciados tiempos y a las altas presiones de los gobiernos». Política iba a ser por tanto la respuesta de la Iglesia frente a una sociedad descristianizada, según denunciaban los órganos católicos. La batalla se manifestó abierta a partir de la última década del XIX.

Basta con echar la mirada a las décadas precedentes para constatar como el liberalismo había ido reduciendo el campo de acción eclesial. La beneficencia se hace pública en 1849, en la educación los órdenes son varias veces expulsadas, en lo político se establece el Concordato de 1851 y, quizá lo más sangrante para la Iglesia, tienen lugar las desamortizaciones. La caída de la Monarquía tras la «Gloriosa» y el Sexenio Democrático supuso una nueva pérdida de privilegios para la institución eclesiástica. Pero la amenaza del desorden social y la revolución también intimidó a capitalistas y propietarios, así que la Restauración supuso un encuentro natural entre Iglesia y conservadurismo político. Si aquella se beneficiaba de ciertos privilegios concedidos desde el Gobierno, el *establishment* económico veía con agrado como la Iglesia amparaba doctrinalmente el orden social, la propiedad y el rechazo a los movimientos revolucionarios. No obstante, los nuevos tiempos requerían una puesta al día en las formas de movilización de adeptos. Y la Iglesia lo hizo: se organizaron con profusión manifestaciones externas de culto, como misiones populares, rosarios, romerías, jubileos y peregrinaciones multitudinarias, como las muestras de devoción mariana; se crearon círculos católicos de obreros; las órdenes retomaron su protagonismo en el ámbito educativo y en la beneficencia; se difunde el pensamiento católico a través de libros, folletos y periódicos;

216 Un conflicto significativo entre la autoridad civil y la eclesiástica, por la carga simbólica que portaba, ocurrió en Illueca en 1890 y fue por el uso de las campanas de la iglesia. El alcalde pretendía bandearlas para convocar al vecindario al sorteo para la conformación de la junta municipal, pero el párroco se negó alegando que no creía el motivo suficiente para ello, e indicando al alcalde que la obligación contenida en la ley de que el aviso fuera mediante campanas, debía de referirse a la existente en muchos ayuntamientos, «y no la eclesiástica» (ADZ, caja 3211).

y se organizan congresos nacionales, como el que tuvo lugar en Zaragoza en 1890. Florencio Jardiel, canónigo del Pilar, se dirigía así en el sermón inaugural a los que veían con recelo la concentración de los católicos:

Hermanos míos, luchamos por vosotros, no luchamos contra vosotros. Si hemos puesto los ojos en las alturas encumbradas de la política y en los estrados donde tiene su trono la magistratura, y en la escuela y en la Universidad, de donde sale formada la juventud, y en el movimiento comercial tan combatido por la injusticia, y en las cárceles y en los hospitales, y en los campos y en los talleres, y en el ejército también, que es gloria y salvaguardia de la patria; si todo lo deseamos y todo lo pedimos es porque queremos que reine en todas partes el influjo del Evangelio, sin el cual todas las grandezas degeneran y todas las instituciones se derrumban.²¹⁷

El fin de esta estrategia era eminentemente político. Y política era cada vez más la contestación social por parte de liberales, republicanos y, a veces, vecinos ofendidos por el tono violento de las prédicas. En 1891 numerosos vecinos de la localidad oscense de Ayerbe condujeron en un entierro el cadáver hasta la puerta de la iglesia, pero sin entrar en ella, aguardando el final del funeral para luego volver a formar cortejo hasta el cementerio. Se aducía que el cura, «abusando de su situación, se inmiscuía con exceso en los asuntos electorales que por su ministerio no le pertenecen». En otro pueblo de Huesca, Igríes, el cura alarmó al vecindario «con sus exageradas predicaciones para ver de recabar votos a favor del candidato carlista», lo que provocó un primer tumulto que se repitió el día de la votación cuando llamó «embusteros» a los que votaban al republicano Castelar. Salieron a la calle hombres y mujeres increpando al cura, quien abandonó el pueblo temeroso de los cauces que tomaba el asunto. En otro pequeño pueblo de Huesca, Junzano, el párroco llamó a Castelar desde el púlpito «apóstata» y «hereje», frases que produjeron en el auditorio murmullos e indignadas protestas.²¹⁸

217 León Carbonero y Sol (1890), p. 62, y citado en el trabajo de Fernández Clemente y Forcadell Álvarez (1986). Sobre el catolicismo social, Estarán Molinero (2001). Desde una perspectiva más amplia, Andrés-Gallego y Pazos (1993). La unión entre Iglesia y burguesía, en José Casanova (1999). Acerca de la movilización clerical finisecular, ver en el mismo número Figuerola (1999). Para la violencia anticlerical asociada a la primera guerra carlista, Pérez Garzón (1997).

218 *Diario de Huesca*, 4-2-1891, n.º 4413. Algún año más tarde el cura de Cariñena era acusado por el Ayuntamiento de haber participado en las elecciones municipales de 1901 «a favor de determinada bandería política, irritando las pasiones cuando su misión debería de ser de paz como lo han hecho todos sus antecesores» (ADZ, caja 3222).

De un modo cada vez más explícito, el republicanismo finisecular se erigió, no solo en los núcleos urbanos, sino también en los rurales, en seña de identidad asociada a los valores democráticos y a la fe en el progreso social, y en sostén ideológico de las acciones contra los enemigos de la razón y el bienestar social, el clero. La enemiga pública contra los «parásitos» clericales y monárquicos se convirtió en banderín de enganche de la exitosa movilización republicana de los primeros años del siglo XX, cuyo fin último no era otro que asaltar de una vez por todas el edificio del poder político a través del sufragio masivo. Tras el desastre colonial y los ensayos regeneracionistas, el republicanismo se convirtió en correa de transmisión fundamental para el descontento de las clases trabajadoras urbanas y las aspiraciones políticas de unas elites que lograron instrumentalizar con eficacia la movilización social para sus intereses.

2.1.2. El republicanismo de finales del siglo XIX

En 1893 las Cortes reciben una carta conjunta firmada por los obispos de Jaca, Barbastro, Tarazona, Zaragoza, Teruel y Pamplona en la que comunican su preocupación por la cuestión de la educación, y donde se solicitaba, más bien se exigía, que «siendo la cálida enseñanza de Catecismo e Historia Sagrada y la práctica de ejercicios religiosos objeto preferente en la escuela cristiana para tornar hombres dignos que sepan gobernarse en la vida [...], debe impedirse que en todos los centros de enseñanza sostenidos por el Estado, por la Provincia y el Municipio existan profesores, maestros textos o explicaciones que las de culto católico, y sin ninguna concesión en materia de enseñanza». La preocupación esconde una fuerte irritación por lo que la jerarquía eclesiástica consideraba como falta de rigor de las instituciones y organismos estatales respecto del privilegio y tutela eclesiásticos en el ámbito educativo. No es difícil imaginar la tensión que podía teñir la relación entre enseñantes públicos y sacerdotes en las comunidades rurales, también por la disputa del favor caciquil. De esa tensión da cuenta la correspondencia clerical, aportando signos inequívocos de un pensamiento y actitudes laicistas relacionadas con un firme sustrato republicano combativo para con las «ingerencias» del clero en la escuela.²¹⁹

219 En Perdiguera (Zaragoza), el cura se quejaba al obispado en 1899 de que el maestro tuviera una esposa que no había puesto los pies en la iglesia, y que no llevase los niños

Un sustrato que se enraíza en el medio rural al presentarse con caracteres y objetivos localistas. En efecto, ante la imposibilidad de influir decisivamente en la vida del Estado, muchos republicanos convirtieron el núcleo local en una realidad autosuficiente y la conquista de las instituciones del municipio agrario en experiencia y ensayo del ideal republicano en plenitud. Fue el caso de los *rabassaires* del Penedés o los agricultores de Huesca, Fraga y Sariñena. En estos contextos, la presencia del republicanismo estuvo ligada a su interés por la modernización del sector agrícola y la mejora de las condiciones de vida de un campesinado agobiado por la usura, los impuestos y la dependencia de los sistemas de uso y tenencia de la tierra. Un interés que, paradójicamente, coincidió en ciertos momentos con el de los grupos patronales y propietarios por mejorar la productividad y movilizar y organizar al campesinado, llegando en ciertos momentos a participar con aquellos en tareas como la divulgación agronómica, la introducción de mejoras técnicas o la insistencia en los beneficios del asociacionismo. Y es que existía en el seno del movimiento un interclasismo en las propuestas programáticas de las familias republicanas que les convertía en defensores de las estrategias librecambistas o, en función de los rasgos de la economía local, en proteccionistas, y casi siempre en firmes partidarios de las mejoras de las infraestructuras básicas, algo común a los caciques locales y comarcales, quizá movidos por fines más espurios y electoralistas. Así puede explicarse la presencia de insignes republicanos entre la nómina de oradores de los mítines agrícolas zaragozanos, como Marceliano Isábal o el letrado Gil Gil y Gil.²²⁰

a la misa, y que al quejarse a la autoridad, topó con «personas impías que [...] han tenido la osadía de calumniarme» (ADZ, caja 3220). En Ráfales (Teruel), el cura ecónomo protestó contra el maestro porque «ni asiste a la misa parroquial los domingos y días festivos con los niños, ni a las procesiones ni a ningún acto religioso [...] y lo que es más, cuando asiste se coloca en sitio apartadísimo de ellos permitiendo que enreden y alboroten interrumpiéndome en los Divinos Oficios». Según su relato, cuando le reconvinó le contestó que «de Dios por abajo no mandaba nadie de él» (ADZ, caja 3201). En Albalate del Arzobispo (Teruel), el cura se queja de que la alcaldía propusiera como depósito de cadáveres y sala de autopsias un cuarto anejo a la iglesia. Apunta que la culpa es de los maestros («que son sin duda más poderosos que la Iglesia»), porque había otro cuarto junto a la iglesia que se desechó por ser «antihigiénico y terrorífico para los niños», y que el Ayuntamiento atiende estas consideraciones de los maestros y no lo hace con la iglesia, «por ser más humilde y sufrida» (ADZ, caja 3222). El caso ya citado de Valdelatoro (Teruel), en ADZ, caja 3222.

220 El interclasismo del sindicalismo rural republicano, en Pomés (2000). En el mismo monográfico escriben acerca del carácter localista del republicanismo de fin de siglo Duar-

El republicanismo jugó un papel fundamental en la creación de espacios de sociabilidad en el medio rural, mostrando gran eficacia en la fundación de casinos y en la difusión de periódicos favorecedores de una esfera pública autónoma y crítica para con el poder. Puede decirse que fueron auténticos «laboratorios de convivencia democrática y refugios de comportamientos sociales modernos». Un repaso por la rica panoplia de círculos, clubes, ligas, juventudes, cámaras, sindicatos y sociedades de múltiples fines y objetos, permite identificar algunas de ellas como netamente republicanas, como los centros republicanos de Barbastro y Huesca, el Centro Federal de Calatayud, el Casino Republicano Federal de Fuentes de Jiloca, el Casino Republicano de Tarazona y los diversos centros de Zaragoza que agrupaban a las diferentes familias políticas (Casino Autonomista, Casino Fusionista, Centro Republicano, Centro Republicano Gubernamental), aunque parece probable que bajo denominaciones más neutras existieran locales y agrupaciones a los que llegaran la prensa e ideario republicanos. Sobre todo a partir de la primera década del siglo XX, cuando más virulento fue el enfrentamiento con los contrarios políticos, instalados en numerosos centros carlistas y tradicionalistas de la geografía aragonesa, sobre todo turolense.²²¹ Creció en efecto el fenómeno asociativo en el campo al arraigar con fuerza, además de las fórmulas del sindicalismo católico y las sociedades de labradores más afines a los intereses de la bur-

te y Gabriel (2000). Diversos estudios locales y comarcales sobre la configuración del republicanismo en Aragón: Frías Corredor (1992) y Villanueva Herrero (1993). Sobre los *rabassaires* del Penedés, López Estudillo (1989). Otros ámbitos: Archilés i Cardona (2002a), Gutiérrez Lloret (1989), Arcas Cubero (1985), Morales Muñoz (1999), López Estudillo (2001) y Radcliff (1994).

221 Villanueva Herrero (1993), pp. 380 y ss., desgrana con detalle cómo fue aumentando la tensión en la ciudad de Teruel a finales de la década de 1880 debido a la agitación carlista. En agosto de 1893 aparecieron pasquines por la ciudad en los cuales se amenazaba abiertamente a los republicanos locales: «Viva Carlos VII / Mueran los republicanos / Ya no hay masones / Carlistas, a ellos que son pocos y desunidos», hecho que coincidió con un verano de fuerte agitación carlista en el Maestrazgo. En 1897 se levantó una partida en Castelnou, siendo fallido su intento de captura por parte de la Guardia Civil debido a las «malas confidencias» que tuvo, «por la simpatía con que los carlistas eran mirados en los pueblos del Bajo Aragón». En los días previos, las informaciones de Alcañiz describían como por las noches, desde el centro carlista local, los socios «recorren las calles dando vivas a Carlos VII, haciéndose la propaganda con tal publicidad, que todo el mundo sabe el día que los carlistas tienen señalado para echarse al campo». Y que en Calanda los domingos, después de misa, «se reparte en la plaza pública dinero, y en el círculo carlista armas y cartuchos» (*DAZ*, primeros días de marzo de 1897).

guesía rural, numerosos espacios de tipo político y de clase, al tiempo que los viejos modelos de los pósitos, las sociedades de socorros mutuos o los sindicatos de riegos, pese a mantener cierta presencia, entran en un período de lento desvanecimiento. No cabe duda, en todo caso, de la importancia que los círculos y casinos republicanos tuvieron en la conformación de las identidades colectivas locales y en su defensa violenta más allá de los muros de sus locales y de las páginas de sus periódicos. Hanneke Willemse reconstruye la vida del centro republicano de Albalate de Cinca:

Todos los declarantes sabían que a principios de siglo había existido un grupo de republicanos que se habían reunido para crear un Centro Republicano que, como foco cultural, empezó a funcionar en 1910. Verdad es que hubo que rebautizarlo varias veces, tantas como gobiernos hubo que prohibían el término republicano, y entonces se cambiaba por el de Centro Obrero, como hubo que hacer durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera. El local tenía dos pisos. En la planta baja se había instalado un café, en donde los hombres solían beberse un buen vaso de vino o tomar el aperitivo; había también diarios que, sobre todo si la situación estaba un poco agitada, pasaban de mano en mano y se leían en voz alta.²²²

Pero fue sobre todo en el ámbito urbano donde se gestó esa nueva cultura política en la que, bajo el aliento encendido del discurso radical y populista, el pulso con el contrario político tomaba la forma de la confrontación directa, como los conocidos casos valenciano y barcelonés ponen de manifiesto. Durante los años noventa se producen algunos procesos sin los cuales no puede entenderse la facilidad con que ese discurso prendió entre el descontento popular, como el refuerzo de los lazos entre republicanismo y clase obrera. Existen solventes estudios sobre esta cercanía que aclaran, utilizando conceptos y enfoques de la teoría de los movimientos sociales y la historia cultural, el modo en que los ámbitos comunes de sociabilidad contribuyeron a esta ligazón, no siempre armónica ni exenta de tensiones, y a la conformación de un nuevo modo de entender lo público. En la ciudad, la supeditación del trabajo al capital constituyó una experiencia de primer orden en la configuración de la identidad del

222 Willemse (2002), p. 65. La relación de centros, en Alía Miranda et ál. (1998). Lo del «laboratorio», en Urzainqui Biel (2005) y (2003). La cita, en Rújula (1997), a propósito del caso del Casino de Alcorisa. Sobre el modelo de sociabilidad carlista, Canal i Morell (1999).

movimiento obrero. Una identidad fundamentalmente de tipo defensivo y reivindicativo que encontró en el discurso republicano la articulación de las esperanzas, sentimientos, imágenes e ilusiones que las ansias emancipatorias despertadas por la Internacional habían proyectado sobre un confuso horizonte futuro de redención. Societarismo y republicanismismo caminaron juntos y se fortalecieron mutuamente, y más en las ciudades que, como Zaragoza, todavía no habían iniciado su definitivo proceso de remodelación urbanística. Un proceso que terminaría por expulsar a las clases populares a los barrios periféricos para que el centro fuese ocupado por las fincas y bulevares al gusto burgués. Pero eso comenzaría en la ciudad en torno a 1900.

La propia morfología urbana puede proporcionar información relevante sobre el modo de vida de trabajadores, profesionales y otros colectivos implicados en el republicanismismo finisecular. La Zaragoza anterior a 1900 era la de los oficiales y menestrales, la de la tienda lindante con el taller artesano, con el café, la taberna o el bar de camareras, y sobre cuyo techo podían disponerse las humildes estancias del oficial y del aprendiz, la del comerciante o la del funcionario. Podría hablarse de una fuerte mezcla social, patente no solo en la proximidad vecinal, sino en la comunidad de intereses entre obreros y pequeños comerciantes, labrada en los pequeños avatares cotidianos (no es difícil imaginar a comerciantes fiando a vecinos obreros durante las crisis o las huelgas), y en otros de mayor riesgo, como en los motines urbanos. Se trata, en suma, de advertir la compleja sociabilidad practicada por las clases populares en los años noventa, y de intuir los continuos trasvases entre los diversos centros emanadores de información, doctrina y literatura política y social: casinos políticos, círculos de recreo, ateneos, centros y sociedades obreros..., cuya clientela conforma identidad al reunir a quienes tienen «otras ideas», los que no pisan la iglesia, los que no quieren la guerra y claman contra los consumos, los antiguos federales, los masones, los maestros laicos, en fin, los que de modo genérico puede decirse que tienen algún recelo con respecto a la organización del sistema político y social vigente.²²³

223 Duarte (2000). El republicanismismo iba más allá de un programa político, era en realidad «una visión del mundo, un conjunto de creencias sobre los avatares humanos, su pasado y su futuro» (Álvarez Junco, 1994). Sobre los trasvases entre unos y otros espacios de sociabilidad, Morales Muñoz (2001-2002). También, Duarte (1989).

Como advierte Pere Gabriel a propósito de la confluencia entre obrerismo y republicanismo, una parte no desdeñable de este último era y se consideraba heredero del progresismo de los generales Prim y Serrano, de dudosa voluntad democrática popular, y en su vertiente más culta la Institución Libre de Enseñanza tampoco abogó por un papel destacado de las masas en la escena pública. Esta cultura republicana, que Gabriel denomina «liberal/progresista», permitía a diversas ramas políticas (progresista, posibilista y lerrouxista) compartir una misma idea sobre el modo en que debía abordarse la modernización del país, un común denominador que incluía la extensión de la propiedad privada y del Estado liberal y el recelo hacia la participación obrera dentro de este. Dicho republicanismo liberal representaba en buena medida los intereses de una burguesía capitalista pujante y descontenta. Y frente a esta *cultura política* se situó el federalismo como corriente de mayor calado social dentro del republicanismo, como un ideario de contenido clasista llamado a constituir un movimiento popular y obrero con influencia decisiva en el carácter y rumbo del Estado. Por ejemplo, en la historia turolense la rama federalista aparece como la que con mayor empuje intentó aunar, como ya se hiciera en ciudades como La Coruña, Pontevedra, Cuenca o Reus, a las diferentes familias políticas locales, proponiendo entre otros puntos elaborar un programa social ofreciendo a las clases trabajadoras reformas «que despertaran en todas las inteligencias la idea de que estamos resueltos a realizar la justicia sin temores y sin contemplaciones de ningún género».²²⁴

La crisis política de 1898 supuso un cambio significativo en la articulación del republicanismo popular, que buscaba movilizar con mayor eficacia a las masas urbanas. Hasta ese momento no se había intentado una acción política coherente y unitaria, sino que, allí donde existía, el «viejo republicanismo» se había asemejado a los cacicazgos que decía combatir, disgregado en grupos de «notables» que se movían en tertulias y clubes, en función de intereses y oportunidades locales, y sin una estructura sólida sobre la que unificar un mensaje político nítido. Algunos acontecimientos indicaron durante los años noventa la necesidad de superar estas inercias, como la muerte de Ruiz Zorrilla en 1895 o la liquidación del partido posibilista de Castelar, hechos que pusieron en evidencia una debilidad ya

224 Gabriel Sirvent (1999). El programa, en *La República*, 10-7-1894.

anunciada por la desunión arrastrada por las familias republicanas y que llevaron al retraimiento electoral de 1896. La cuestión colonial terminó por difuminar el perfil político republicano, al mostrarse los partidos, excepto el federal de Pi, igual de nacionalistas, militaristas y colonialistas que los partidos monárquicos. No eran una alternativa política para el electorado descontento, aunque en realidad, y como indica Carlos Dardé, la oposición popular, donde se dio, estaba ocasionada por motivos locales relacionados con la subsistencia y los impuestos, que el pueblo no vinculaba directamente con cuestiones políticas como monarquía, república o guerra. Eso favorecía la diversidad social y doctrinal, y dificultaba una acción política coherente y unitaria.²²⁵

El cambio de siglo constituye una cesura entre el viejo republicanismo histórico, heredero de la experiencia de la Primera República, y una nueva y más vigorosa forma de movilizar al electorado. Hasta ese momento el discurso político republicano se había presentado muy fragmentado. El común denominador de la defensa de la democracia, de la idea de progreso frente a la reacción y de la defensa de la educación y la cultura frente al oscurantismo, era muy holgado y ambigüo, y eso posibilitó discursos muy diferentes en el interior de las familias políticas y, en ocasiones, culturas, identidades y percepciones bien distintas entre ellas. Eso no impidió que el republicanismo como movimiento social tuviese la facultad en ciertos momentos de echar a la calle a los sectores populares, aglutinados bajo la bandera anticlerical. Pero se hacía precisa una renovación encaminada a la unidad. El proceso culminaría en la Unión Republicana de 1903, en la que bajo la inestable dirección de Salmerón convivieron durante un tiempo progresistas, centralistas, federales y gubernamentales, y según algunos referentes básicos como el parlamentarismo y la regeneración nacional. El triunfo electoral de 1903 (36 diputados de 70 candidatos presentados) alentó la euforia destapada tras el objetivo de la unión, y la cimentó durante unos años, hasta las siguientes diatribas doctrinales en torno a 1906-1907.

El estado del republicanismo aragonés hacia el comienzo del siglo XX tenía mucho que ver con esta búsqueda de unidad programática y política. Las familias se hallaban representadas por órganos con una difusión impor-

225 Dardé (1994).

tante, *El Clamor Zaragozano* y *El Progreso*, que por esos años habían enterrado el hacha de guerra en aras de la fusión política. El tono de este republicanismo era de centro y radical, sin menospreciar la facción federalista, y la bandera común era el anticlericalismo, focalizado en su vertiente local en las campañas contra los jesuitas. La prensa amplificaba los mensajes y hacía visible la propaganda de los mítines, no solo de Zaragoza, sino también de núcleos como Tardienta, Monzón, Ayerbe, Sariñena o Huesca. Los 11 de febrero adquirieron mayor realce al organizarse no solo banquetes y brindis en honor y gloria de gestas pasadas, sino también mítines y discursos públicos que eran reseñados en los periódicos. Los esfuerzos organizativos fructificaron en la apertura de locales en muchos lugares, en la fundación de juntas de defensa locales y de barrio o en el nacimiento de secciones de juventudes. En ese sentido cabe señalar, como se verá más adelante, que el republicanismo local consiguió instrumentalizar con cierto éxito las movilizaciones callejeras anticlericales del período que fue de 1899 a 1902, preparando con relativa rapidez sus estructuras para la inminente unión política republicana. Además, estableció con el obrerismo una buena relación que se tradujo en la preparación de actos conjuntos y en la publicación de escritos de confraternización, hecho que hizo aumentar el nivel de expectativas de movilización por parte de los republicanos.

La coyuntura del desastre facilitó al republicanismo la selección del objetivo a batir. Se pone en la picota de las responsabilidades a la Iglesia, por haber excitado los sentimientos patrióticos, y a las órdenes religiosas, por haber provocado con su cerril y oscurantista comportamiento la insurrección tagala. Otros acontecimientos avivan el fuego anticlerical desde las filas republicanas, como la formación del Gobierno conservador de Silvela, el caso Ubao (una joven confinada en un convento sin autorización paterna), el anuncio de la boda del ultramontano conde de Caserta con la princesa de Asturias o los altercados producidos tras el estreno de la obra de Galdós *Electra* en distintas ciudades del país. Las calles de la capital serán de nuevo el escenario en el que tengan lugar las manifestaciones más conflictivas de esta movilización social.²²⁶

226 De la Cueva Merino (1997). El cambio de estrategias y capacidad movilizadora del republicanismo, en Suárez Cortina (1994) y (2000), pp. 181 y ss. La culpabilización de las órdenes religiosas en las insurrecciones de ultramar como principal argumento anticlerical movilizador, en Pérez Ledesma (1998a).

2.1.3. «¡A los jesuitas!»: crisis del 98 y movilización popular (1899-1905)

Esas tres palabras se convirtieron, en la resaca del 98, casi en un grito de guerra durante las manifestaciones y motines populares ocurridos en la ciudad. La primera gran ocasión se produjo durante los altercados de junio de 1899. En el primer día de motín de los grupos que ocupaban el centro de la ciudad salió la voz de «¡a los jesuitas!», y la multitud, «como si se hubiese sugestionado», corrió hacia el colegio y lo rodeó con un cinturón de amenazas. Al grito de «¡que ardan!», derribaron la verja exterior, momento en el que «se desparramó la turba por los jardines y los asoló». La muchedumbre entró «como un turbión» al grito de «¡quemar las puertas!» y «¡vamos contra ellos!». Mientras en el interior los jesuitas recibían la absolución, los revoltosos incendiaban varias puertas y cobertizos, quemaban algunas gallinas y rompían los cristales a pedradas, «todo con gran vocerío». Llegaron las tropas, que a duras penas contuvieron a la multitud a las puertas del convento, mientras los amotinados «los injuriaban de palabra y atropellaban con pedradas». Todavía al caer la tarde seguía la agitación frente al edificio. La razón, según relato de los jesuitas, «la voz esparcida, maliciosa y calumniosamente» de que habían «descuartizado» a dos muchachos que habían logrado entrar. El capitán general Ahumada autorizó que algunos franquearan las puertas y se persuadieran de que no era cierto y, aunque al salir dijeron que nada habían encontrado, fue preciso hacer dos o tres cargas y disparos al aire para despejar los alrededores del colegio. Durante los días siguientes, siguieron presentes ochenta soldados, y una sección de ocho soldados pasados los motines y hasta septiembre.²²⁷

227 HA, 27-6-1899, n.º 1130. El ataque a los jesuitas fue lo que hizo resignar el mando de la autoridad civil del gobernador Cañizares en el mando militar del capitán general marqués de Ahumada. En su comunicado avisaba al general de que «varios grupos se dirigen apresuradamente hacia el Colegio de los Jesuitas, con intención de quemarlo, arrasarlo y degollar a los frailes» (AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 174). En el relato de *El País* se apunta que se dieron numerosos gritos de «Viva la República!» durante las algaradas, dato que no aparece en otras fuentes hemerográficas. El relato de los jesuitas, en Fernández Marco (1999). Aquí se apuntan detalles interesantes para el relato anticlerical, como que la matrícula de alumnos en el colegio hacia finales del XIX había descendido a los números de veinticinco años atrás, o los avatares tenidos con la prensa por difundir una «calumnia» relacionada con la muerte de un alumno. La prensa clerófoba de 1879, de la que no se detalla cabecera ni fecha, difundió que «el joven pensionista cometió una falta leve por cuyo moti-

El escabroso caso del asesinato de una joven por parte de un cura de la Seo fue varios meses más tarde motivo de una intensa campaña de periódicos como *El Clamor Zaragozano* o *El Farol*. La campaña en realidad se dirigía a denunciar el manto de silencio, rayano al encubrimiento, que parecían exhibir el arzobispado y la prensa conservadora para con el cura fugado, acusando también de pasividad a la policía y agentes de la justicia, que decían no poder hallar al homicida. «Silencio de muerte» se tituló el artículo que elevaba el punto de mira hasta las más altas esferas eclesiales, y que le costó a la redacción la interposición de denuncia por parte del arzobispado y su pública excomunión. En él se acusaba al prelado de abandonar a sus subordinados, «dándose el caso de que concurran al teatro donde se cultiva el chiste verde, y de que haya Sánchez que tienen primas por queridas». El elemento sexual también teñía las crónicas del asesinato, pues según *El Clamor* el homicida había mantenido relaciones con la joven muerta, algo imputable a las malas artes y engaños del sacerdote y no a la inocencia de la mujer. Pero sobre todo se acusaba al obispo de haber abandonado la diócesis a los jesuitas, «que han acaparado todas las sociedades, conferencias y juntas de neos para atraerlas sobre sí». Los jesuitas, en efecto, simbolizan para los anticlericales el oscurantismo y la reacción, son la bestia negra del pueblo, y a ellos irán dirigidos una y otra vez los dardos de la crítica. Una crítica que, paradójicamente, utilizaba un lenguaje cristiano y cargado de referencias éticas. Así, para describir la experiencia de la redacción del periódico se puede leer que

No hay que negar que este género de campañas lleva sobre sí la interminable cruz de un martirologio que no está comprendido en los textos sagrados, aunque en rigor, es más meritísimo que los de algunos que hoy pasan como canonizados y aun elevados a la categoría de santos, mártires y beatos. No queremos tales prebendas, que vamos muy contentos con nuestra manera de ser, pues hartos pagados nos consideramos con que el pueblo honrado, cuyos nobles impulsos seguimos, nos haya correspondido, colocándose incondicionalmente a nuestro lado.²²⁸

vo sus profesores, después de dejarle en paños menores, mandáronle agarrotar las manos y los pies. Y le dejaron, en este estado, frente a una ventana abierta, durante algunas horas de la noche. Tan terrible castigo ha dado por resultado la muerte del infeliz joven... Sin comentarios, padre jesuitas». El *Diario de Avisos* recogía días después la protesta firmada de varias decenas de padres por la difusión de la «atroz calumnia».

228 *ECZ*, 30-9-1900, n.º 127. La campaña por el asunto del homicidio de la Seo aireó sonoros titulares con los que se abrían las ediciones: «El crimen de La Seo», «Los curas que matan» (*ECZ*, 16-8-1900, n.º 114); «La acción popular» (*ECZ*, 19-8-1900, n.º 115);

Se entiende que se está hablando de otro martirologio paralelo al cristiano, el que comporta la defensa de la democracia y el laicismo, y de otra santificación, la que otorga el pueblo sacrosanto en ejercicio de la libertad y el reconocimiento de la verdad. Ese consideró el diario que fue su triunfo, el verse avalado por la respuesta popular y el aumento de las ventas de los diarios. En realidad no podía ser otro el triunfo, porque dos años después todavía no se conocía el paradero del cura y, por lo tanto, no se le había abierto causa criminal para condenarlo. Pero todavía habrían de llegar las mayores tormentas anticlericales a la ciudad. En febrero de 1901 se casaba el conde de Caserta con la infanta, ocasión que fue utilizada por los estudiantes liberales para protestar, al encontrarse con las puertas de las facultades cerradas. Se protestaba por que tal acontecimiento fuera fiesta, uniéndose a ellos «elementos extraños», y haciéndose con una bandera nacional a la que rasgaron el escudo. En el mercado se dieron vivas a la República y mueras a la reacción, a la policía y a los jesuitas, mientras la policía, acribillada de verduras y hortalizas, trataba de hacerse con la bandera «ultrajada». Después llegaron las cargas contra los amotinados en el centro de la ciudad, entre vivas a la República. De nuevo se volvió a escuchar la consigna contra los jesuitas, porque poco después un numeroso grupo se armó de piedras para lanzarlas contra el colegio. Hubo cargas por parte de los guardias a caballo, persecuciones, carreras, sablazos, silbas y pedreas. Tras un contundente barrido de los guardias, todo parecía en calma. Entonces apareció un grupo de un centenar de jóvenes que daba vivas a la República y mueras al clericalismo y a los jesuitas. Atronó una descarga de máuser de treinta o cuarenta disparos que dieron con tres

«Silencio de muerte» (ECZ, 23-8-1900, n.º 116); «Que se busque. No estará lejos» (ECZ, 2-9-1900, n.º 119); «¡Siempre en la brecha!» (ECZ, 13-9-1900, n.º 122); «El mitin de protesta» (ECZ, 20-9-1900, n.º 124); y «El triunfo de El Clamor» (ECZ, 23-9-1900, n.º 125). De *El Farol* no hemos conseguido consultar ningún número, aunque sabemos que la antipatía del arzobispado ya la tenía ganada tiempo atrás. Algo más que antipatía, en realidad, cuando en 1897 se prohibió «a todos nuestros amados diocesanos su lectura y mandamos en el nombre Santo de Dios y en virtud de santa obediencia a cuantos conserven o tengan algún ejemplar que lo entreguen a sus párrocos o confesores, quienes, a su vez, lo harán a nuestra Autoridad [...]. No solo el director y redactores del mismo, sino también los suscritores, los que lo compren, lean, reciban en sus casas o cooperen a su publicación y circulación, se harán reos de enormísima culpa e incurrirán en las terribles penas espirituales impuestas por la Iglesia» (*Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza* [en adelante, *BOEZ*], 1897, pp. 403-404).

muchachos en el suelo gravemente heridos, y otros más leves y contusio-
nados. Al día siguiente una comisión de estudiantes, erigiéndose en voz
del vecindario, pidió al gobernador la dimisión por lo sucedido, mientras
grupos «que no son ya de estudiantes ni de chiquillos» daban a las puertas
del palacio mueras a la reacción.²²⁹

Similares tumultos se produjeron en ciudades como Madrid, Grana-
da o Valencia. Sagasta valoraba la situación como «muy peligrosa» dado
que «el final de las conmociones populares es imposible señalarlo», e iden-
tificando la causa de la situación en la «fatal coincidencia» del estreno de
Electra, el proceso de la señorita Ubao y la boda de la infanta. La sucesión
de acontecimientos tumultuosos parecía no tener fin, dando la razón a los
más oscuros agoreros de la nueva sociedad de masas. Además la prensa
confirió a algunos de ellos un efecto multiplicador sobre la opinión públi-
ca, cuando, por ejemplo, tras haberse publicado lo de Ubao, salió en *El País*
un recorte sobre «otro atropello clerical» en Zaragoza, en el que, sin aclarar
lo sucedido, se hacía eco de los «fuertes rumores» sobre el traslado de una
joven agonizante desde un convento de monjas. Las descripciones de los
conventos como cárceles en las que se encierra la inocencia de las mucha-
chas para lavar conciencias hipócritas, o en las que se esconden oscuros
vicios y envidias, son una constante del período.²³⁰ El estreno de *Electra* en
la ciudad acaparó la atención de aquel Primero de Mayo, finalizando la
representación como en otras localidades, obligada la orquesta a tocar *La*
Marsellesa, el *Himno de Riego* y el *Trágala*, «que fueron coreados con estré-
pito, siguiendo a cada audición gritos de viva la libertad, mueran los Pan-
tojas y otros por el estilo». Los republicanos locales, pese a haberles sus-
pendido el tradicional banquete del 11 de febrero con que se venía
conmemorando la instauración de la República, no dejaron de percibir la

229 HA, 11 y 12-2-1901, núms. 1690 y 1691. LAA, 9, 11 y 13-2-1901, núms. 5486,
5487 y 5489. La llegada de Caserta y la infanta al mes siguiente de las algaradas fue reci-
bida más bien con indiferencia por la población, aunque sí que parece que en algún
momento de sus apariciones públicas hubo silbidos, dirigidos sobre todo al conde. *El País*,
13-4-1901, n.º 5004, y *El Liberal*, 13-4-1901, n.º 7858.

230 En Barbastro el vecindario protestó cuando se pretendía volver a ingresar en el
convento de monjas a una hermana huida, cansada «de soportar durante veinte años los
malos tratos de sus hermanas en Cristo». Ante el convento, pedía «a grito herido que salie-
ra la monja», adquiriendo el conflicto «serias proporciones» y debiendo intervenir el obis-
po de la ciudad (*ECZ*, 5-5-1901, n.º 189).

situación como una oportunidad para crecerse y exhibir su capacidad en la calle. Pero los clericales decidieron responder al reto. Ambos colectivos se mostraron dispuestos a defender la propia identidad, percibida como agredida por la provocación del contrario en los actos públicos de celebración o afirmación. La salida del Jubileo a la calle, prevista para julio, constituyó la ansiada ocasión de ajustar cuentas.²³¹

En abril el gobernador de Zaragoza, igual que el resto de delegados, había recibido circular del Ministerio de la Gobernación instándole a reducir a «límites racionales» las protestas que los elementos liberales y los políticos avanzados pretenden realizar «para contestar a lo que entienden es una provocación ofensiva a sus ideas».²³² La celebración del Jubileo no podía en ese sentido producirse en peor momento para los garantes del orden público, y parece necesario volver resumidamente sobre unos hechos que ya han sido descritos por Pilar Salomón. Los prolegómenos del Jubileo en la Seo presagiaban el conflicto cuando «una masa de gente» siguió al Capítulo cantando *La Marsellesa* y dando vivas a la libertad. A pesar de los ruegos que el gobernador hizo al vicario para que la manifestación fuese suspendida, este alegó que ya era tarde y la comitiva, al frente de la cual figuraban destacados miembros del carlismo zaragozano, se puso en marcha hacia la calle de Don Jaime. En la embocadura les esperaban los grupos de anticlericales entonando «muera a los Pantojas y a los jesuitas», «vivas a la libertad» y «¡no pasarán!», y allí surgió el primer encononazo. Dos carros cruzados en la vía impedían el paso a la proce-

231 Lo de la joven, en *El País*, 27-4-1901, n.º 5018, y el estreno de *Electra*, en *HA*, 2-5-1901, n.º 1764. También en Cariñena el público no pudo contenerse «y prorrumpió en manifestaciones hostiles contra el personaje Pantoja» (*HA*, 19-3-1901, n.º 1725).

232 La circular, en AHN, Gobernación, Serie A, leg. 63, exp. 12. Además recuerda que «no debe permitir recorrer las calles a las masas», «en estado casi siempre tumultuario», sobre todo «al salir exaltadas de los mítins y reuniones públicas» donde van, por ese solo hecho, «a la merced de quien quiera empujarlas al desorden. En el mismo legajo se hallan otras dos circulares similares. En una enviada el 25 de julio de ese mismo año, pocos días después de los incidentes del Jubileo de Zaragoza, el nuevo ministro liberal envió otra circular instruyendo a los gobernadores sobre la diferencia existente entre las manifestaciones y las procesiones religiosas. «Éstas requieren la presencia del clero revestido con los trajes e insignias del ministerio sacerdotal, con cruz alzada y con imágenes en su caso. Cuando faltan estos signos, debe V.S. considerar que se trata de una manifestación». Las procesiones pueden celebrarse previo permiso de la autoridad gubernativa, mientras que las manifestaciones pueden ser permitidas o no, «según su discreción y prudencia se lo aconseje, atendidas esencialmente las necesidades del orden público».

sión mientras por detrás los anticlericales cercaban a los jubileístas. Según el *Heraldo*, a los gritos de «¡viva la libertad!» se respondía con el de «¡viva don Carlos!». Las pedradas eran contestadas con palos, viéndose además «bastantes armas blancas y de fuego», estas últimas portadas principalmente por los clericales, que revólver en mano amenazaban a la multitud. Pese a que charcos de sangre regaban el suelo de la plaza de la Seo, la comitiva religiosa avanzó como pudo por la calle, en medio de una «gritería espantosa». En mitad de la vía se recrudeció el enfrentamiento, «enarbolando estacas y bastones, y repartiéndose garrotazos en abundancia», resultando no pocos heridos y contusos. En ese punto la violencia rompe la procesión, que se disgrega en varios grupos.

Uno quedó en la calle Don Jaime y se disolvió tras un soberbio tumulto. Un segundo se dirigió a una plazuela cercana, donde «se libró una verdadera batalla a garrotazos, pedradas y tiros». Otro avanzaba por la calle Méndez Núñez, donde los dos grupos «lucharon cuerpo a cuerpo». Allí, entre vivas a la anarquía, fueron apedreados y tiroteados los curas, y herido de bala el jefe de los carlistas de la ciudad, refugiándose los eclesiásticos en las casas que encontraron abiertas. El grupo más numeroso se dirigía hacia San Felipe, la primera iglesia que debía visitar la procesión, aunque antes de refugiarse en ella hubo de atravesar «una lluvia de piedras y ladrillos». El cronista del *Heraldo de Aragón*, quien se introdujo con los clericales en el interior de la iglesia, narra con detalle los hechos a partir de ese momento. Afuera, airada por los disparos efectuados desde la torre, la muchedumbre gritaba y apedreaba las puertas. Dentro, una rápida misa para expulsar el temor. Los grupos quemaron y derribaron las puertas en el momento en el que llegaba la Benemérita a caballo y el grupo huía del interior por una salida trasera. *El Liberal* apunta el detalle de que la iglesia tuvo que ser nuevamente bendecida antes de celebrar culto, «porque ha sido profanada por los devotos, puesto que estos hicieron disparos desde el interior a la muchedumbre». El resultado de los combates, más de cien cuenta heridos e innumerables contusos, algunos de gravedad, calculándose en doscientos los tiros efectuados entre unos y otros.

Durante la tarde y la noche los grupos atacaron los principales centros del clero. Unos apedreaban la redacción del diario católico *El Noticiero*, reventando las puertas y haciendo una hoguera con los periódicos. Otros trataron nuevamente de asaltar el edificio de los jesuitas, dando

lugar a varias cargas a caballo tras apedrear y tirotear el edificio. «Ya unidos, ya diseminados», los grupos acuden a los centros religiosos y repiten los cantos, los gritos y las pedreas. Los conventos del Sagrado Corazón, de los Carmelitas y de Santa Inés fueron también objeto de las iras anticlericales, prendiendo las puertas del último. «Las religiosas atemorizadas, han echado a rebato las campanas, pidiendo auxilio». Apagado el fuego y disueltos los grupos, todavía seguían las religiosas bandeando las campanas, «para ahuyentar sin duda el gran pavor que la acción de las turbas infundiera en sus ánimos». A la mañana siguiente los grupos apedreaban el palacio arzobispal y diversas iglesias, y perseguían a los pocos sacerdotes que se atrevían a salir a la calle. Y se cerraba, hecho sin precedentes, la basílica del Pilar ante la ira de «las turbas», mientras la Guardia Civil cargaba y tomaba posiciones en la popular plaza.

La resaca de las violentas jornadas trajo diversos cruces de declaraciones y acusaciones en la prensa. El capítulo acusaba al gobernador de haber arengado a las masas y haberse mostrado «liberal francamente». Es ilógico pensar que se produjera esa arenga, pero sí que hay cierta unanimidad en señalar que el gobernador Sr. Avedillo salió a la calle y en los momentos de mayor tensión trató de contener los tumultos diciendo «que tuvieran confianza en él todos, pues la fuerza pública no haría nada contra el pueblo», acabando con un «¡viva la libertad!» que fue aplaudido con alborozo por los presentes. En la memoria colectiva, y seguramente en la del gobernador, se recordaban los sucesos de hacía unos meses, cuando la fuerza disparó a los estudiantes. Probablemente trató de retardar el momento de usar la represión, pero no previó la velocidad a la que iban a ocurrir los tumultos. Por otra parte, la prensa anticlerical y el propio gobernador acusaron a los jubileístas de haber sido los provocadores de la violencia y de estar preparados con armas y munición abundantes; de disparar de modo «infame» los sacerdotes sus revólveres contra la multitud; de dotar de contenido político al acto religioso invitando a reconocidos neocatólicos y carlistas; pero sobre todo, de no haber suspendido el jubileo cuando el gobernador lo propuso al vicario al derramarse la primera sangre. Su respuesta fue: «lo lamento con toda mi alma, pero no me extraña que eso suceda si, además de los insultos, injurias y silbidos, los anticlericales cometen agresiones a las cuales naturalmente contestan los fieles». Acaso las palabras de estos protagonistas resuman bien a las claras la mentalidad competitiva, lo extendido del discurso belicista entre dos visiones contrapuestas de la

organización social y política, y la confianza de los líderes en que el sentimiento de agravio entre los colectivos implicados es lo suficientemente fuerte como para echar a las masas a la calle en momentos significativos.²³³

El tumulto provocó las iras de los clericales zaragozanos hacia el gobernador, que fue objeto de una campaña de desprestigio. Pronto llegó desde Madrid la noticia de su destitución, y eso volvió a movilizar a los republicanos de la ciudad. Los pasquines convocaban «al Pueblo de Zaragoza», pues «te quieren arrebatat al único Gobernador democrático que has tenido tan sólo porque no mandó fusilaros ante la protesta de la manifestación clerical-faciosa», emplazando a la gente a una manifestación que partiría del Mercado, lugar por antonomasia de legitimación de la protesta popular. Varios oradores, entre ellos una mujer, hablaron a los congregados criticando el traslado del gobernador, la reacción y el clericalismo, y «un obrero ha recomendado que los chiquillos se marcharan, para que el acto resultase serio y para que se viera que los republicanos sabían utilizar los derechos sin dar motivo a desórdenes». Puesta en marcha la manifestación, al decir de la prensa «constituída por elemento obrero» por los blusones azules predominantes, se dan los vivas y mueras de rigor, se canta *la Marsellesa*, se dirigen alocuciones y se exhiben dos banderas rojas. Tras la visita al gobernador tienen lugar las primeras carreras ante los guardias. De nuevo se debió de gritar la consigna antijesuítica, porque poco después se hallaban apedreando el colegio, gritando mueras, tiroteándolo, intentando en varias ocasiones el asalto y atacando el cercano convento de monjas del Sagrado Corazón. Hubo algunas cargas y el gobernador cesante trató de apaciguar los ánimos, hasta que llegaron más tropas. «Las turbas» los recibieron entre protestas, silbas y piedras, llegando los civiles a apuntar sus fusiles a la multitud. Había entre la gente algunos concejales republicanos que alentaron a los grupos a ir al Ayuntamiento, donde los porta-

233 El relato de los acontecimientos está tomado de *HA*, 18-7-1901, n.º 1819; *DAZ*, 17 y 18-7-1901, núms. 10136 y 10137; *El Liberal*, 18 y 19-7-1901, núms. 7964 y 7965; y *El País*, 18 y 19-7-1901, núms. 5100 y 5101. Tan solo una semana después de los sucesos tiene lugar un mitin anticlerical en la plaza de toros de Zaragoza en el que toman parte significados republicanos y líderes obreristas, como el maestro laico Mariano Perales, Teresa Claramunt y Bonafulla, estos venidos ex profeso de Barcelona para la ocasión. Se conmemoraba la expulsión de las órdenes religiosas en 1837 y se protestaba por la dura actitud de la autoridad respecto de los obreros en recientes huelgas (*HA*, 29-7-1901, n.º 1827 y *ECZ*, 1-8-1901, n.º 214).

voces protestaron por las cargas dadas por la Guardia Civil y el alcalde Sr. Fornés acordó secundar la petición de los manifestantes a la reina regente para que no se consumase el traslado del gobernador. Por la tarde se formó una última manifestación de jóvenes que, entonando *La Marseillesa*, se acercaron hasta el Seminario Conciliar para apedrearlo, disolviéndose luego definitivamente los grupos y volviendo a instalarse la calma en la ciudad.²³⁴

Por dónde transitaba el republicanismo popular en aquellos años en una capital en expansión como Zaragoza, no es fácil determinarlo. La identidad republicana, como ya se ha comentado, no tenía únicamente que ver con la adscripción a un partido. Era más bien un modo de entender las relaciones sociales y la propia realidad circundante, una esperanza democrática que se inculcaba en el seno familiar desde la infancia, crecía entre unos adolescentes que se socializaban en el centro republicano, se hacía consciente y se afirmaba en los artículos de prensa del joven que pretendía hacerse con un nombre, maduraba entre los miembros de las directivas y gerentes de los partidos y los centros. Era una identidad política compleja que, a partir de la fe en valores como la democracia, la educación y la justicia, se alimentaba al mismo tiempo de señas de identidad como el anticlericalismo, la simpatía hacia el igualitarismo obrero, y de elementos de la economía moral plebeya, como la legitimidad de actuación frente al poder. Y los escenarios para mostrar y defender la propia identidad podían ser muy diversos, no solo el espacio dedicado a la política, como el café o el casino, algo que tiene que ver con el republicanismo no ya como ideario político, sino como movimiento social.

Había espacios urbanos que constituían de por sí oportunidades para la protesta callejera, que llegado el momento los grupos de descontentos trataban de aprovechar y moldear en un sentido determinado, como el republicano. La plaza de toros era lugar de frecuentes tumultos cuando el público se consideraba engañado por la ganadería o el torero. En 1893 se apedreó la casa del empresario, pero ahora, pocos meses después de los sucesos del Jubileo, los hechos trascendieron del enfado estrictamente tauromáquico. Era noviembre de 1901, y la ciudad no solo tenía bien presentes las gara-

234 HA, 10 y 11-1-1902, núms. 1958 y 1959; ECZ, 9-1-1902, n.º 259 bis, y 12-1-1902, n.º 261; y AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 174.

das de julio, sino que habían comenzado los conflictos entre los comerciantes por la cuestión del descanso dominical, produciéndose alguna tensión entre los partidarios del cierre y la policía. Por la tarde hubo corrida de toros, y también motín en la plaza. Los «protestantes» pasaron en las crónicas a convertirse en «turbas» que, ya fuera del coso taurino, apedrearon tranvías, la casa del empresario y los teatros Circo y Pignatelli, donde también mantenía representaciones. Únicamente la presencia del gobernador Avedillo y la promesa de que «confiaran en su justicia» calmó los ánimos. Entre aplausos y vivas fue acompañado el «gobernador republicano» al palacio al tiempo que se proferían mueras a la Guardia Civil. Los grupos terminaron la jornada cantando *La Marsellesa* por las calles más céntricas de la ciudad, quizá el signo más claro de la dirección que había tomado este tipo de protesta espontánea y popular, alentada sin duda por la irritación matutina de los comerciantes y por la percepción de un cambio en los niveles de tolerancia de la autoridad, encarnada en el gobernador. No en vano la prensa es unánime describiendo el cortés saludo de sombrero que el gobernador brindó a los grupos a la puerta del palacio.²³⁵

Este tipo de hechos alientan la sospecha de que, en el terreno de las sensibilidades sociales y las percepciones populares, y no tanto en el del comportamiento estrictamente electoral, podría darse a través de la protesta un fluido trasvase de motivos y alegatos en el peculiar contexto urbano. Eso no significa asumir ese tránsito como «alocado» o «descabezado», asumir en definitiva las tesis de la «sugestionabilidad» de las masas. Preci-

235 *HA*, 4-11-1901, n.º 1898; *DAZ*, 4-11-1901, n.º 10227; y *EN*, 4-11-1901, n.º 126. Lo que este suceso revela en el fondo es una cuestión tangencial al asunto que nos ocupa: la mercantilización del ocio y los cambios que ello supuso en la noción popular del empresariado y las formas de evaluar la respetabilidad y los comportamientos adecuados (Shubert, 2001). El artículo forma parte de un dossier sobre la mercantilización del ocio, con interesantes aportaciones de J. H. Plumb, Jorge Uría, Serge Salaün y Xavier Pujadas y Carles Santacana. Aunque hubo otras broncas en la plaza, volvió a sacarse la protesta fuera del ruedo en 1904, dirigiéndose los amotinados a la casa del empresario, apedreándola y pretendiendo «las turbas» penetrar en ella (*HA*, 20-6-1904, n.º 2708; *EN*, 21-6-1904, n.º 943; y *AHPZ*, Sentencias criminales, 1904, n.º 259). En 1906 se formó una manifestación de los asistentes a la plaza por motivo similar al anunciarse la suspensión de la corrida. No fueron muchos los que fueron a las puertas del Gobierno Civil, pero luego los grupos fueron aumentando en número e indignación hasta hacer salir a la Guardia Civil, que fue recibida con silbas y protestas: «—No hace falta guardia civil. Que no nos engañen y no pasará nada», glosa un periódico. El tumulto se calmó a las puertas de la plaza, cuando se anunció la devolución de la entrada (*HA*, 15-10-1906, n.º 2574).

samente, el sentido de ese tránsito se dirige hacia elementos fundamentales de la identidad colectiva que se perciben más o menos en juego, más o menos amenazados, y que pueden aprovechar una oportunidad como la que suponía un coso taurino lleno de un público relativamente homogéneo y que se cree legitimado para protestar contra el fraude del empresario. La propia dinámica de la protesta en la calle, la ocupación de espacios simbólicos y la necesidad de legitimarse ante la ciudadanía y la autoridad, llevan luego a expresar abiertamente simpatías, creencias o demandas de más amplio calado. Precisamente el republicanismo de comienzos del siglo XX tratará de acercarse, buscando su propio electorado, a las clases bajas y medias urbanas, aunque este tipo de acciones espontáneas y alejadas de una acción coordinada de protesta no fueran bien vistas por los partidos.

Unos partidos que, unificados en la Unión Republicana de 1903, experimentaron un fuerte protagonismo en la vida política local, sobre todo tras lograr un importante cupo parlamentario en las elecciones de ese mismo año. El proceso aceleró la democratización formal del republicanismo y el abandono de la táctica insurreccionalista como principal doctrina del cambio político, aunque eso no evitó la existencia de tensiones en el seno de la formación, que se irían enquistando y haciéndose insoportables con el paso de los años. Había una línea conservadora en lo social representada por los «gubernamentales» de los Azcárate, Muro, Melquíades Álvarez, etcétera, y otra radical, representada sobre todo por el pujante Lerroux. La convivencia de progresistas, federales y centralistas bajo el mando de Salmerón no duró mucho, y algunos hechos, como la desafección de Costa o la creación de Lerroux del Partido Radical en 1908, aceleraron la disgregación. Eso es un buen indicativo de que tampoco la unión de las familias estuvo exenta de tensiones, y ya a finales de 1903 aparecen los primeros recelos en la pensa, como cuando *El Clamor* afirma no haber sido invitado a un mitin de Lerroux y Nogués a su paso por la ciudad. Sea como fuere, lo cierto es que Zaragoza fue a comienzos de siglo, al igual que las principales ciudades del país, disputada por el republicanismo a través de la palabra en el mitin.²³⁶

En septiembre de 1902 se celebró un mitin de los federales en el Teatro Circo, al que, pese a no asistir mucho público, se le dio buena cober-

236 Suárez Cortina (1994).

tura y relevancia en la prensa local; fue protagonizado por el jefe de la Juventud Republicana de Madrid, Emilio Rodríguez. Para el 11 de febrero de 1903 ya aparecieron juntos los líderes de las principales familias republicanas, como Mariano Algora, Juan Pedro Barcelona y Marceliano Isábal, que presidió un acto en el que se aludió a la memoria reciente de la protesta colectiva para tratar de legitimar y reforzar la unión republicana. Se aplaudió en efecto a los estudiantes que no habían aceptado las vacaciones cuando la boda de Caserta, y se recordó que «los hermosos movimientos de la Unión Nacional y la Liga de productores», aun tomando puntos del programa republicano y habiendo despertado «grandes esperanzas en el país», fracasaron por no hacer política republicana y tratar de hacer compatible su proyecto con la Monarquía. No faltó la iconografía de rigor, con la presentación en el escenario de una niña vestida con los atributos de la República. También en el mitin organizado el 13 de abril de ese año, durante la campaña electoral para diputados a Cortes, presidía el teatro un cuadro alegórico, protegido por las enseñas entrelazadas tricolor y española. Al acto asistieron unas cuatro mil personas, con las adhesiones de los centros y comités republicanos de Tarazona, Jaca o Villafeliche, recibéndose cartas de simpatizantes de otras muchas localidades. Al mismo tiempo se celebraba un mitin en Ateca (Zaragoza), al que acudieron otros tantos miles, y que contó con la participación de Marceliano Isábal y el propio Salmerón. Poco después, en el mes de julio, se improvisaba en Zaragoza, en el Teatro Circo, un mitin con ocasión del paso por la ciudad del diputado republicano por Barcelona Vallés y Ribot, en el que participa de nuevo Isábal y presidía Bartolomé Arroyo. Allí se escucharon claras invitaciones a aproximarse al mundo obrero, concretadas en la petición de Vallés de adherirse a los obreros por la liberación de compañeros presos «a causa del hambre y sed de justicia que al proletariado devora». En ese mismo verano de 1903 continuó la propaganda en Zaragoza con varios mítines previos a las elecciones municipales, donde se oyeron «discursos llenos de fuego y de vigor, recibidos con aplausos delirantes y muestras de gran entusiasmo». Pocas semanas más tarde, en septiembre, hacía su aparición en la ciudad el maestro del fuego retórico, Alejandro Lerroux.²³⁷

237 El mitin de los federales, en *ECZ*, 2-10-1902, n.º 336, y *HA*, 26 y 29-9-1902, núms. 2176 y 2178. El mitin conjunto, en *HA*, 12-2-1903, n.º 2295. También hay una reseña de una velada republicana para esa fecha en Monzón (Huesca), donde se abogó por

Su fama le precedía y los parabienes por su discurso no se hicieron esperar, alabando su carácter «correctísimo, discreto dentro de sus radicalismos tradicionales, en el que encerró de forma brillante, vigorosa con ráfagas de humana poesía y pasajes de elocuencia demoledora, un fondo de oración estudiada y metodizada [...]». Habló, cómo no, de la cuestión religiosa, prometiendo la disolución de las órdenes con la llegada de la República, y advirtiendo que «si los conventos se convirtiesen en cuarteles carlistas entonces habría que tratarlas a sangre y fuego». Predijo mesiánicamente que «con la República no habrá división entre los que explotan y los que trabajan, entre opresores y oprimidos», y alabó la gran tarea de unión del republicanismo, supeditando los colores de las banderas a uno solo, «el rojo», y la reducción de los programas a «la transformación y redención de España». Las cuatro mil personas que abarrotaban el Teatro Circo aplaudieron larga y ruidosamente a Lerroux, quien alabó el fervoroso ambiente zaragozano. Pocas semanas después, los republicanos cantaban victoria en los comicios municipales, no solo en la capital, sino también en numerosas localidades aragonesas (Alcorisa, Ainzón, Ayerbe, Calatayud, Alhama, Tarazona, Borja, Sos, Sádaba, Biota, Castiliscar, Alagón, Villanueva de Gállego, Maella, Valderrobres, Cretas, Aguaviva, Huesca, Barbastro, Graus, Tardienta...). Algo se movía de hecho en el plano político cuando Antonio Maura, a la sazón ministro de Gobernación del momento, y amparándose en varias sentencias dictadas por el Tribunal Supremo, insta a las autoridades a perseguir y detener a quien gritase «viva la República» u ostentase «banderas o lemas contrarios a la forma de Gobierno o subversivos del régimen establecido», bajo la acusación de rebelión o sedición, máxime si con ello se incitaba y conseguía alterar el orden público.²³⁸

la unión de las diferentes facciones para combatir el caciquismo y la monarquía. Hablaron Pedro Ferrer, Anatolio Godesert, Faustino Rivas, Juan Martí y Ramón Campo como presidente del acto, que tuvo lugar en el Círculo Republicano (*HA*, 14-2-1903, n.º 2297). Los mítines previos a las elecciones de 1903, en *HA*, 13-4-1903, n.º 2345. El mitin de Vallés y Ribot, en *HA*, 27-7-1903, n.º 2434. Los mítines de agosto ante las elecciones municipales, en *HA*, 24-8-1903, n.º 2456. Hay noticias de otro mitin en Aniñón (Zaragoza), en *HA*, 21-8-1903, n.º 2454.

238 *HA*, 14-9-1903, n.º 2473. Los triunfos electorales, en *EP*, 10-11-1903, n.º 49. Sobre Lerroux, Álvarez Junco (1990). La nota de Maura, en *AHN*, Gobernación, Serie A, leg. 5, n.º 3, recomendación que tuvo sus frutos en Zaragoza. En un mitin en el que se pedía libertad para los presos por delitos sociales, y de protesta por las condiciones de tra-

Vivas a la República, mueras a Maura y cantos de *La Marsellesa* fueron lo que en efecto se escuchó por las calles de Zaragoza durante la protesta que organizaron los estudiantes por lo sucedido en la Universidad de Salamanca. Allí la Guardia Civil penetró en el claustro persiguiendo un motín estudiantil y disparó a los grupos, matando a varios jóvenes. Anunciada la protesta de los escolares zaragozanos en los primeros días de abril de 1903, celebraron primero una misa en la iglesia de San Gil en memoria de los muertos, para luego formar una manifestación encabezada por una gran bandera negra, y haciendo cerrar las tiendas a su paso. Hubo por la mañana pedreas contra algún establecimiento que se negó a cerrar y contra un tranvía, pero lo más grave tendría lugar por la tarde. Según el *Heraldo* se perdió el carácter estudiantil al sumarse «elementos heterogéneos, extraños [...] ni escolares, ni obreros, unos cuantos grupos de mozalbetes desocupados, la materia de siempre propicia a generar esta clase de disturbios, [...] espíritus amigos del orden y el motín». Hubo pedreas sobre los guardias y el Gobierno Civil, continuando la manifestación por diferentes calles de la ciudad, rompiendo al paso faroles entre vivas a la República. Hubo varias cargas de la Guardia Civil a caballo, e incluso el gobernador civil Planter «repartió algunos bastonazos a varios mozalbetes». Las algaradas continuaron por la noche, con pedreas y asaltos de los grupos

bajo de la albañilería, el joven Gedeón Vidal llamó a Alfonso XIII «imberbe, degenerado», y dijo «que había que hacer en España lo que se había hecho en Servia», siendo condenado a dos años y cuatro meses de presidio correccional (AHPZ, Sentencias criminales, 1904, n.º 210). El mismo año salía a la luz un artículo en *El Clamor Zaragozano* firmado por Inocencio Expósito que fue objeto de causa por delito de lesa majestad. En él se asimilaba la Monarquía a la atrofia de las energías nacionales, la decadencia: «veréis un adolescente, un cuerpo desmedrado, [...] veréis amarillez, anemia, enfermedad incurable, extrema pobreza fisiológica [...]». El acusado fue condenado a ocho años y un día de prisión mayor (AHPZ, Sentencias criminales, 1904, n.º 87). En Mequinenza trataron de poner como nombre a una mina el de «República», pero el gobernador Sr. Ortega resolvió negativamente, amparándose en un punto del reglamento de minas que permitía «rechazar los nombres de los registros que pudieran ser ofensivos y malsonantes». El hecho fue ironizado por Manuel Ciges Aparicio en *El Progreso*, 26-2-1903, n.º 191, quien fue absuelto en la causa seguida contra él por injurias al gobernador (AHPZ, Sentencias criminales, 1904, n.º 250). En Torres de Berrellén fue detenido un hombre por promover escándalo, «dando vivas a Salmerón y a la República y gritos subversivos contra las instituciones» (HA, 25-11-1904, n.º 2841). Con anterioridad a estas nuevas medidas legales, ya habían llegado denuncias bajo el epígrafe de «escándalo» o «tumulto»: en Boquiñeni un concejal denunció a un vecino que, junto a otros, daban voces de «Viva la República», «Viva Zorrilla» y «Muera Topete, fuego a los usureros» (AHPZ, Sentencias criminales, 1891, n.º 48).

sobre los tranvías, y con tremenda carga policial y palos sobre los amotinados, que fueron acorralados por la secreta. Antes de terminar todo, los muchachos invadieron tres tranvías en la plaza de la Constitución, y entre «estrepitosa gritería» hicieron «deslizarse majestuosamente los coches por los raíles, entonando *La Marsellesa* los gratuitos viajeros».²³⁹

La extensión puntual de la violencia simbólica, contenida en los límites tácitos del motín o la algarada, alcanzó también a otras poblaciones aragonesas. En algunas existen noticias de la frecuente ruptura de urnas o de tensiones surgidas durante la jornada electoral. En otras existe más información sobre el perfil político de los contendientes, como en Mequinenza (Zaragoza), donde hubo en 1904 un motín entre monárquicos y republicanos, acaudillados estos por el alcalde, o en las localidades oscenses de Grañén y Sariñena, donde hubo tiros entre grupos análogos. En Fuendejación (Zaragoza) se suscitó también «violenta discusión en la plaza pública entre dos grupos de monárquicos y republicanos», disputa que terminó en reyerta con el resultado de un muerto y un herido de arma blanca. Ahora bien, la disputa política y los actos de afirmación identitarios no excluían el anticlericalismo basado en criterios éticos o morales. En 1904 el pueblo de Pastriz pretendió linchar al cura homicida de un potentado vecino, y apedreó el carruaje que debía trasladarlo a Zaragoza. En Fuendejación dos hombres agredieron al cura por haber condenado en la misa la boda civil de uno de ellos, y en Aranda de Moncayo la procesión de la romería se deshizo a la vuelta por diferencias entre el pueblo y el cura. Parece que este regresó primero con algunas mujeres, y luego lo hizo el resto del pueblo junto a las autoridades, cantando luego a voces en la plaza del pueblo *La Marsellesa*.²⁴⁰

239 HA, 4, 7 y 8-4-1903, núms. 2338, 2341 y 2342, y EN, 4, 7 y 8-4-1903, núms. 564, 566 y 567. Sobre la composición de los grupos, comenta este diario que pese a que el gobernador había conferenciado con Matías Pastor como presidente de la Federación Local de Sociedades Obreras y otros elementos obreros, quienes le manifestaron su pretensión de no participar en la protesta, se dice que «a la salida de las fábricas y talleres llegaron a la plaza muchos obreros formándose un grupo numeroso». Hay una crónica contemporánea en Gistau Ferrando (1907).

240 Los argumentos morales contra el clero eran esgrimidos también por la prensa republicana. *El Clamor Zaragozano* afirmó que el coadjutor de Sástago sostenía relaciones amorosas con la sobrina del párroco (AHPZ, Sentencias criminales, 1900, n.º 201). A veces circulaban hojas impresas para desprestigiar de alguna personalidad, como cuando en Monegrillo circuló un cuento alusivo a la vida licenciosa de la hermana de Lorenzo Peral-

Pero desde ese otro enfoque del anticlericalismo «moderno», defensor de la separación de la Iglesia y el Estado y del laicismo, la cuestión religiosa volvió a copar la atención de los discursos tras la firma del acuerdo del Gobierno con el Vaticano, aunque con las aguas algo más templadas por la actitud contemporizadora de la Unión Republicana en Madrid y las propias responsabilidades de gobierno municipal de los republicanos como grupo mayoritario, interesándole ofrecer una imagen de partido tolerante y dialogante. En septiembre de 1904 se celebró un mitin en la Lonja presidido por Víctor González Albelaida, en el que se abordó exclusivamente este asunto. Hablaron insignes republicanos locales, como el jefe de la Juventud Republicana Saturnino Lloré, quien afirmó que «la masa del pueblo español es anticlerical», o Juan Pedro Barcelona por los federales, quien «consideró a todas las religiones iguales». Marceliano Isábal protestó del Concordato, aunque con argumentos transigentes en cuanto a los plazos y maneras, apuntando que no se le podía exigir al Gobierno la expulsión de las órdenes, pues con igual argumento podría expulsarse a los francmasones o los republicanos. El presidente resumió lo dicho, se declaró librepensador y cerró «proclamando la doctrina de Jesucristo: amaos los unos a los otros». En diciembre de ese año Lerroux apareció por tierras oscenses para intervenir en un mitin, y en mayo de 1905 Azcárate pronunció un discurso en el Teatro Principal de Zaragoza. Los oradores destilaban intensidad y en algunos casos impaciencia por hacer avanzar el republicanismo político y social. El discurso se radicalizaba. Para Isábal era inminente el advenimiento de la República, y el diputado

ta, que era monja (AHPZ, Sentencias criminales, 1900, n.º 310). Lo de Mequinenza, en *HA*, 16-8-1904, n.º 2755, y lo de las localidades oscenses, en *HA*, 14-11-1905, n.º 2284. La reyerta de Fuendejalón, en *HA*, 4 y 5-12-1905, núms. 2300 y 2301. Lo de Pastriz, en *HA*, 21-7-1904, n.º 2733. El suceso de Fuendejalón, en *EP*, 19-8-1905, y el de Aranda de Moncayo, en *EP*, 7-9-1904. Hubo más casos de protesta anticlerical, como en Épila, donde hubo un motín motivado por la presencia de un predicador y sus imprecaciones desde el púlpito (*LAA*, 19-2-1901, n.º 5494). En Daroca las mujeres del pueblo se manifestaron contra un párroco por haber destituido a otro sacerdote. Advertida la autoridad, impidió que llegaran a la casa del cura (*HA*, 14-11-1901, n.º 1908). En 1904 fue apedreada la casa del cura de Peñaflor por motivos desconocidos, aunque quizá no fuera ajena la protesta firmada por el vecindario oponiéndose a la destitución del alcalde (*HA*, 17-11-1904, n.º 2834). También es apedreada la casa del cura de Castejón de Valdejasa (*HA*, 7-1-1905, n.º 2883), al igual que la del párroco de Sádaba, quien había instado al traslado de otro sacerdote. Numerosos grupos «en actitud tumultuosa» lanzaron la pedrea y los insultos, obligando a la Guardia Civil a proteger la huida de los curas (*HA*, 22-8-1904, n.º 2760).

por Barcelona Lletjet arengaba: «hasta ahora os hemos pedido vuestros votos, vuestras energías cívicas; mañana os pediremos vuestros brazos, vuestros corazones, vuestros fusiles. No es posible la República sin la revolución (ovación indescriptible)». Azcárate «impugnó que el socialismo no fuera credo republicano», terminando el discurso con alegatos contra los consumos y la redención del servicio militar, «dos bofetadas anuales que se daban a las clases menesterosas». A la salida la multitud acompañó a los visitantes a los gritos de «¡viva Aragón republicano!».²⁴¹

Pocos días más tarde salían de nuevo los republicanos a la calle en actitud de protesta durante los actos de Coronación de la Virgen del Pilar, unos actos considerados por los medios afines como una provocación y como un intento de los católicos de tomar la revancha por los sucesos del Jubileo de 1901. Pilar Salomón analizó no solo el desarrollo de la protesta, sino los movimientos previos al día señalado, dado que los republicanos reprocharon al gobernador Planter haber roto la promesa que les había hecho de prohibir la manifestación pública del rito. El sábado salió en efecto el rosario, pero el domingo se reunió numeroso grupo de republicanos en la plaza del Pilar para impedirlo. Por la mañana había circulado una hoja impresa («¡Pueblo zaragozano!», se titulaba), convocando a los radicales a la plaza, que acudieron luciendo escarapelas tricolores y otros distintivos. Una refriega con un guardia constituyó el detonante de la violencia, teniendo lugar nuevos altercados entre radicales y clericales, bajando incluso a la plaza el gobernador Planter para intentar disolver los grupos. Ante la persistencia de estos en su oposición a que saliera el rosario, el gobernador mandó a la Guardia Civil realizar una carga. La gente se mostraba indignada ante los guardias, recibidos con silbidos y protestas, y protagonizando un enfrentamiento con varios de ellos que conducían a un detenido. Una nueva carga y diversas carreras despejaron definitivamente el entorno de la plaza del Pilar.²⁴²

241 El mitin de la Lonja, en *HA*, 26-9-1904, n.º 2790, y el del Teatro Principal, en *HA*, 15-5-1905, n.º 3128. A este último mitin se adhirieron comités y grupos de numerosas localidades de todo Aragón, sobre todo oscenses: Huesca, Teruel, Osés, Tiermas, El Frago, Erla, Monzón, Biotá, Malpica, Artieda, Ansó, Embún, Bubierca, Jarque, Mara, Villalba, Velilla de Cinca, Ráfales, Leciñena, Plenas, Alcañiz, Farlete, Perdiguera, Escatrón, Portalrubio y Quinto. También lo hicieron de Lérida, Cenicero y Cortes.

242 *HA*, 22 y 23-5-1905, núms. 3134 y 3135; *EP*, 23-5-1905; y *EN*, 23-5-1905, n.º 1229.

Pese a no revestir la gravedad de los enfrentamientos del Jubileo de 1901, los de la Coronación de la Virgen supusieron la dimisión del gobernador Planter, al igual que cuatro años antes los tumultos habían terminado con la trayectoria en Zaragoza de Germán Avedillo. Criticado desde los medios republicanos por haber roto su promesa de no permitir el culto público, también lo fue desde los medios clericales por pretender coartar su libertad constitucional de realizar esos actos en público. Parece, sin embargo, que la postura de los republicanos zaragozanos cambiaría desde entonces en lo tocante a la cuestión clerical. Las responsabilidades de gobierno local en el Ayuntamiento zaragozano, así como la postura más moderada de Unión Republicana, alentaron la búsqueda de cierta templanza y el abandono del recurso anticlerical como discurso populista, movilizador y cohesionador de las familias radicales y progresistas de la ciudad. Se apostó en este sentido por salvaguardar el buen nombre de Zaragoza como ciudad tolerante y abierta al diálogo con todas las ideologías, como prueba irrefutable del progreso de la cultura y las costumbres políticas de sus habitantes. Los órganos y el discurso parecían querer distanciarse de la calle, sin por ello restar combatividad dialéctica a sus ataques a monárquicos y clericales. Era en las urnas donde se debía plasmar el republicanismo de las clases populares. Con el permiso, claro está, de los notables políticos, como se demostró en las elecciones a Cortes de noviembre de 1905, en las que, frente a los Castellano y los Moret, competían por el acta de Zaragoza, dividiendo de hecho el voto republicano, los Costa, Isábal y Nogués. Cuando entre los correligionarios ya se celebraba el triunfo en los círculos de la Unión y de la Juventud Republicana, comenzaron a llegar noticias de que los resultados de los pueblos eran para Castellano. De los dos centros salieron grupos hacia el Gobierno Civil, donde protestaron ruidosamente mientras Isábal conferenciaba con el gobernador Sánchez Lozano. Regresaron al Círculo, donde Isábal dio explicaciones sobre la legalidad de la votación que no satisficieron a los republicanos. Se formaron grupos y «echáronse a la calle profiriendo gritos subversivos», pidiendo el acta de Costa. Fueron inevitables las carreras con la aparición de la Guardia Civil, aunque el *Heraldo* les resta importancia y gravedad. También aquí es la caballería la que, tomando posiciones, impone la calma en la zona.²⁴³

243 HA, 11-9-1905, n.º 3228.

2.1.4. Tiros y empellones: abandono de la violencia anticlerical y politización de la calle (1906-1909)

Sin embargo, y pese a la tensión manifestada con motivo de la Coronación de la Virgen, no se llegó a aprovechar la oportunidad de movilizar masivamente a las clases populares como en otras ocasiones. Ni siquiera el mitin celebrado la semana anterior fue específicamente anticlerical, ni se intentó hacer proselitismo al amparo de los acontecimientos. Sea por lo que fuere, por la falta de apoyo por parte del republicanismo oficial aragonés o por la crisis derivada del acercamiento de Salmerón a Solidaridad Catalana, lo cierto es que no volvió a haber manifestaciones de violencia anticlerical durante el resto de la década. Otros asuntos pasarían a constituir el frontispicio de la política y táctica republicanas, aunque con la subida al poder de Canalejas en 1910 la cuestión clerical volvería al primer término. Si bien es cierto que de un modo distinto, enmarcada en un debate político articulado sobre derechos y libertades de la ciudadanía. Por el momento, en torno a 1906 los republicanos se afanaban por mantener a salvo el andamiaje de la Unión Republicana y aclarar posiciones. En el mitin de La Lonja de diciembre de 1905, bajo la presidencia del concejal republicano Sr. Franco, intervinieron Ricardo Martín, Ángel Laborda, Eusebio Romeo y Víctor G. Albelaida, quienes «en tonos patrióticos defendieron la unidad nacional y pusieron de relieve la conveniencia de abatir el odioso impuesto de consumos».

Era tan solo el aperitivo oratorio de la magna Asamblea Municipal Republicana celebrada pocos meses después, convocada no solo para debatir cuestiones doctrinales favorables al municipalismo y contra el caciquismo, sino también para reorganizar las filas del partido, volver a reagruparse ante la opinión pública y, de paso, mandar un mensaje de advertencia a Salmerón y los suyos en Madrid. Dos nombres brillaron por encima de los demás. El primero, Alejandro Lerroux, dirigía las sesiones como vicepresidente de la asamblea, resumía las ideas fuerza y alentaba los espíritus de los asistentes con estudiados y efectivos recursos retóricos. En la presentación del acto, ayudado por la expectación creada en la prensa, vino a transmutarse en sacerdote del credo laico y libertador, al recordar al auditorio «las prácticas litúrgicas de los primeros cristianos que en las catacumbas misteriosas, antes de comenzar sus trabajos, unían sus manos pronunciando el *Oremus* de ritual», para pronunciar ellos ahora la frase «laboremus» al

comienzo de la asamblea. No dejó de aludir, pese a hablar en ocasiones de «derechos» y de mediación política, a la violencia para alcanzar aquellos y, en definitiva, el poder. Que el republicanismo hubiese de hecho abandonado con el cambio de siglo el insurreccionalismo chocaba con esta defensa retórica de la conquista del poder por medio de las armas y la revolución, pues «el pueblo y la República tienen como brazo armado el ejército», y «si los reaccionarios, los carlistas y monárquicos se dedican a conquistar la iglesia, nosotros nos dedicaremos a conquistar los cuarteles». La otra gran figura de la asamblea, ensalzada en numerosas ocasiones durante ella por Lerroux (recurso de falsa modestia ante el verdadero protagonista del acto), fue el ilustre Joaquín Costa, bastante delicado de salud por esas fechas.²⁴⁴

Tanto que, tras el viaje a Zaragoza, le fue imposible pronunciar el discurso en el momento previsto. El gentío del Teatro Circo se indignó al difundirse la especie de que el gobernador había suspendido el acto. «El rumor, propagándose rápidamente, arrancó vivas protestas [...]; el griterío iba creciendo hasta convertirse en sordo rumor de tempestad». El discurso estaba previsto para el aniversario de la República, y la multitud no se daba por contenta con las explicaciones de Isábal. «No cesaban los murmullos, ni los gritos de protesta, ni abandonaba la gente el teatro». Tuvo que llegar Lerroux para calmar al auditorio con loas al León de Graus y promesas de aplazamiento de la protesta violenta. Merece la pena detenerse en la crónica de este momento, en el que Lerroux consigue canalizar el enfado de la multitud:

No puedo sustituir a Costa, porque soy humano... soy como soy y quiero ser humano mejor que genio. Ni siquiera soy su intérprete: estoy cansado de discursos y espero la hora en que vuestra voluntad me ponga en camino de tomar la iniciativa de la acción. En nombre de la Junta municipal republicana, de las de distrito y la organizadora de este acto, os invito a que con el mayor orden despejéis el local. La revolución no se hace con gritos a la puerta del teatro, ni gritando en la calle, porque salen cuatro civiles y un cabo y se queda la calle limpia como la palma de la mano. No habéis traído las armas cargadas; habíalas de cargar Costa con su palabra maravillosa. Como no viene Costa os iréis con las armas vacías. Después que el apóstol haya hablado, entonces es posible que haya energía para la lucha; entonces iré yo delante de vosotros. Habrá llegado la hora de matar, habrá llegado la hora de morir. Pero hoy... tranquilidad. Yo no me quiero morir sin oír a Costa. Hasta mañana.

244 *HA*, 4-12-1905, n.º 2300.

Y al día siguiente habló Costa. Más que detenernos en el contenido de su discurso, lo haremos en las circunstancias de la estancia del «patricio republicano» en la ciudad y en la potencia de su imagen pública. Una imagen generadora de una expectación sin límite entre simpatizantes y correligionarios ansiosos por escuchar al polígrafo montisonense. Su pose rotunda fue llevada al lienzo por Gárate en el retrato de mentón altivo, barba poblada y mirada ceñuda conservado en el Ateneo de Madrid. Su imagen grave y comprometida, reproducida en multitud de grabados, iba aparejada al mágico poder de su palabra, arracimada en clarividentes verdades. La extensión de esta imagen cuasi mítica era, más que la lectura de sus obras, la verdadera conexión de las clases populares con la figura de Costa, con la figura de un hombre forjado a sí mismo y bregado en la batalla por la tierra que le vio nacer. Era, sobre todo, «uno de los nuestros». Porque a estas alturas Costa era leyenda y mito, un mito que como tal idealizaba una realidad dolorosa en la cotidianidad física y frustrada en su ambición política. Se dice que de él esperaban los grupos en la calle un gesto de «bendición», aunque todavía no había llegado el momento. Extenuado tras el viaje a Zaragoza, se recluyó en la casa de un amigo mientras en el teatro, según rezaban los carteles rojos colocados por la ciudad, se ultimaban «las obras de carpintería necesarias». La expresión significaba en realidad la construcción de una rampa para que Costa pudiera acceder a la tribuna.

Expuso sus criterios de gobierno para «rehabilitar a la patria» y ponerla «en los carriles de la historia», terminando con la recomendación de una tutela para la nación, «una especie de gestor de negocios que le imprima dirección». Acabado el mitin, un inmenso gentío se agolpaba en los porches del teatro, llegando el *Heraldo* a cifrar en diez mil almas las que coreaban vivas a Costa, al «salvador de España», al «sabio aragonés». Se describen luego los titánicos esfuerzos de D. Joaquín para llegar a la habitación del hotel Continental, y como pese al malestar físico quiso dirigirse a la multitud desde el balcón: «soy del pueblo, y el pueblo me reclama», dijo, pero su cansancio fue entonces demasiado y cedió, dice el cronista. La expectación creció todavía más al día siguiente, cuando debía ofrecer otro mitin dirigido especialmente a sus electores en el mismo foro, que presentaba igual rebosar de gentes apiñadas en los palcos y patio de butacas. Igual «masa compacta» le aclamó a la salida, pudiendo esta vez agasajar a los fieles desde el balcón del hotel: «me pareció al entrar en Zaragoza no que entraba en una ciudad dependiente de una corona, sino en la ciudad capi-

tal de una república. Porque es republicana la mayoría de su vecindario y es republicano su gobierno municipal». ²⁴⁵

Uso de técnicas de identificación con el auditorio, legitimación ética de las posiciones políticas en torno a conceptos como la verdad, la honradez o la moralidad, disposición para el sacrificio personal, manejo de la espectacularidad..., son algunas de las claves que desgranó Álvarez Junco en su análisis de la demagogia populista de Lerroux, y que bien pueden irse señalando a lo largo del relato de lo sucedido durante estos días en la capital aragonesa. El resultado era el buscado, sucesivas muestras de efusividad por parte de un «pueblo» preparado para el voto. Porque, como bien apunta Junco, es preciso descargar de imágenes excesivamente racionalistas la transacción entre oferta y demanda del discurso político de la época. Los dirigentes rara vez ofrecen análisis prácticos y razonados de los problemas comunitarios, y desde luego no por ello defraudan al auditorio. Al contrario, no se busca el enunciado de una solución, sino una «bendición»: en las arengas o debates que más incidencia logran sobre la opinión, lo que dominan son «declaraciones grandilocuentes en torno a la capacidad u honestidad de los candidatos, referencias abstractas a conjuntos de creencias, disquisiciones vanas o autocomplacientes sobre la grandeza del pasado colectivo, mensajes intimidatorios sobre la perversidad del adversario y los peligros apocalípticos que amenazan a la civilización en cuestión y sus valores morales...». La otra cara de la moneda era la desazón que esas muestras de efusividad popular provocaban entre la autoridad. Al día siguiente, y con motivo del banquete dedicado a Costa en el Teatro Circo, el gobernador había ordenado concentrar fuerzas de la Benemérita en el Gobierno Civil para «salir al menor intento de perturbación». No hubo necesidad de hacerlo, aunque sí que se alteraron los ánimos pocos días después, estando todavía Costa en la ciudad, con motivo de la publicación de un artículo en el *Diario de Zaragoza* en el que se le acusaba de tener cierto interés lucrativo en el pleito de la localidad ciudadrealense de La Solana. En seguida numerosos grupos de republicanos salieron a la calle a comentar contrariados el hecho, acudiendo luego al Mercado como punto de

245 HA, 13 y 14-2-1906, núms. 2361 y 2362. Alusión de Lerroux a la salud de Costa: «Costa tiene más fuerte el espíritu que la materia. ¡Ah!... Si el físico fuese lo que el intelecto! No puede disponer a capricho de su naturaleza como arranca chispazos brillantísimos a su imaginación». Ver Cheyne (1992).

partida de una manifestación de desagravio a Costa. Engrosándola varios centenares, la «masa republicana» discurrió hasta el hotel donde se alojaba el polígrafo sin incidentes, pese a las previsiones de la autoridad. Allí el público acogió «entre ovaciones estruendosas» las razones con las que su guía defendía su honra «inmaculada, íntegra». *Heraldo* aprovechaba la oportunidad para calificar de «exceso», «ceguera» y «perturbación del entendimiento» el artículo en cuestión, pues, si la honra de un ciudadano es «sagrada», hacerlo en el caso de Costa resultaba «blasfemia». Y es que, en efecto, la «honra» se hallaba en la España de entresiglos muy presente en el debate público, al haber sido elevada al frontispicio de los caracteres nacionales, para atacarla o alabarla, en multitud de escritos, opúsculos y ensayos surgidos sobre todo con motivo de las derrotas de ultramar, circunstancia donde más se había puesto a prueba el honor patrio.²⁴⁶

La integridad personal, como valor opuesto a las corruptelas acostumbradas por los gobernantes del sistema y denunciadas por los grupos de oposición republicanos y obreristas, constituía buena parte del crédito que entre ellos mantenía la imagen pública de los prohombres republicanos. En realidad, el fenómeno debe ser contemplado desde una perspectiva más amplia, la que describió Arno Mayer como la persistencia de los valores nobiliarios y aristocráticos en Europa hasta 1914, cuando el código de honor ocupaba todavía una posición central en los círculos del poder y la influencia públicas, disputándole en cierta medida a la ley estatal la preeminencia y la definición de la jerarquía social entre la ciudadanía. El duelo viene a ser la expresión más depurada de como políticos y periodistas «modernos», en un contexto de creación de opinión pública en el que la prensa amplifica como nunca disputas y contenciosos, buscaban con frecuencia el prestigio del que venía imbuida la aristocracia a través de la resolución alega del conflicto y la afrenta. Lances de honor fueron protagonizados por hombres como Alejandro Lerroux o Benigno Valera, personaje radical y polémico periodista que en uno de ellos dio muerte a su correligionario federal Juan Pedro Barcelona en el zaragozano soto de La Almozara. La personalidad de Barcelona era indiscutida en el ámbito de republi-

246 *HA*, 19-2-1906, n.º 2366. Los recursos retóricos usados por los dirigentes populistas de la época, en Álvarez Junco (1990), pp. 230 y ss. Gabriel Sirvent (2004) ha estudiado el caso de Pi i Margall como referente ético del republicanismo histórico. Algo similar debía de suponer la figura de Costa para el republicanismo zaragozano y aragonés.

canismo zaragozano, habiendo sido director de la primera etapa de *El Progreso*, incesante propagandista en mítines y reuniones por toda la geografía provincial, y miembro destacado de la junta republicana provincial con la organización de la Unión Republicana. Fue masiva la manifestación popular de duelo acompañando el féretro por la ciudad de camino al cementerio de Torrero, hablándose en los medios de miles de personas ocupando todo el paseo de la Independencia. Se cuidaron con mimo detalles simbólicos y escenográficos como el estandarte con los retratos de Pi i Margall y Figueras dispuesto tras los ramos y coronas de flores, del que pendían cintas tricolores portadas por niñas ataviadas con los tonos republicanos. En el Centro federal se acordó el orden de la manifestación, saliendo primero el féretro llevado a hombros, luego la prensa, seguidamente el Partido Federal, en cuarto lugar la Unión Republicana, la Sociedad de Librepensadores, después las sociedades obreras y finalmente amigos particulares. Detrás del duelo iban erguidas dieciséis banderas de los centros oficiales, con crespones y un estandarte negro, caminando también algunas muchachas vestidas con el traje de la República. En silencio acompañó la multitud el féretro en el largo trecho hasta los altos de la ciudad donde se ubica el cementerio, dedicándole destacados compañeros sentidos elogios, y retirándose luego todos ordenadamente tras la sepultura.²⁴⁷

Similar ritual se desplegó durante el entierro de otro insigne republicano local, Pedro Lajusticia, también de la familia federal y secretario de la Junta de Defensa de Unión Republicana.²⁴⁸ La pérdida de referencias históricas dentro del campo republicano, como las de Pi i Margall o Castelar en un corto período de tiempo, anunciaba simbólicamente un cambio en el modo de articular el republicanismo por parte de los nuevos jefes. Al margen de los nombres concretos, el empuje alcanzado por las formaciones republicanas tras la creación de Unión Republicana se verá a partir de mediados de la década refrenado debido a la política de acercamiento a Solidaridad Catalana por parte de Salmerón, y los enfados que esto provocó en familias locales y organizaciones regionales, al interpretarse como una política peligrosamente antipatriótica. Los mítines descendieron en

²⁴⁷ Un esbozo de la trayectoria vital de Varela, en Barreiro (2001). El entierro de Barcelona, en *HA*, 23-10-1906, n.º 2581. Los duelos de Lerroux y el capital de prestigio acumulado gracias a ellos, en Álvarez Junco (1990), pp. 53 y ss.

²⁴⁸ *ECZ*, 4-6-1903, n.º 406.

número, y en las reuniones de Zaragoza no se perdía oportunidad para lanzar denuestos contra el jefe del partido, como en el Círculo de la Fraternidad o en el propio de Unión Republicana del Arco Cinegio en marzo de 1907. Apenas hubo movimiento en las calles hasta 1909, cuando el Gobierno de Maura trató de materializar reformas legislativas como la Ley Electoral o la Ley de Huelgas, que provocaron la irritación de los grupos y partidos de oposición al sistema. En marzo de ese año el senador republicano Sol y Ortega convocaba en Madrid una gran manifestación en protesta contra el Gobierno, que tuvo su correlato en otras ciudades, como Zaragoza.²⁴⁹

Tan solo unos meses más tarde tendría lugar la Semana Trágica de Barcelona. Motivada por el llamamiento y embarque de mozos para batallar en Marruecos, la protesta popular desbordó de todo punto los iniciales motivos con incendiarias manifestaciones de anticlericalismo y barricadas en las calles. Unos meses más tarde, terminada la represión gubernamental contra obreristas y republicanos, llegaría la dimisión de Maura. Se organizó una contestación política y social que adquiriría la continuidad y organización de un movimiento moderno. El «¡Maura no!» consiguió aglutinar a las fuerzas de la izquierda, dando lugar al nacimiento de la Conjunción Republicano-Socialista, cuyos fines eran tanto la destitución del jefe del Gobierno como el cambio del régimen monárquico por el republicano. El proyecto político no era meramente defensivo, sino que abrió nuevos caminos para la protesta al articular la comunión de ciertas demandas de las clases urbanas trabajadoras, como la defensa de las libertades públicas, la moralización y racionalización del sistema político, el reforzamiento del poder estatal, la laicización de la sociedad, el servicio militar obligatorio, nuevos impuestos más equitativos y otras reformas sociales y educativas. El programa de republicanos y socialistas abordaba cuestiones menos específicas y de mayor amplitud que la vieja demanda laboral de legislación social, incluyendo términos como cultura, adminis-

249 HA, 20-3-1907, n.º 2729. La manifestación estaba convocada por todos los medios republicanos y obreristas de la ciudad: Círculo La Unión, Comité Federal, Fraternidad Republicana, Casino Republicano de Torrero, Juventud Radical, periódico *Libertad*, Federación de Sociedades Obreras, el grupo radical del Ayuntamiento, Casino Republicano del Arrabal, Cooperativa General del Trabajo, Sociedad de Librepensadores, Patronato de las Escuelas Laicas, Centro Ferroviario y el diputado provincial Eusebio Romeo (EN, 26, 27 y 30-3-1909, núms. 2427, 2428 y 2430).

tración honrada o paz, consideradas medicinas para una España enferma de incultura y fanatismo. A las formulaciones y comunicados públicos les siguieron los mítines y las movilizaciones en la calle. Por el momento llegó Lerroix a Zaragoza en diciembre de 1909, representando al Partido Radical, para pronunciar un mitin en el Pignatelli. Vitoreado y aclamado en la estación, se formó una manifestación espontánea de correligionarios frente a su hotel a los que el propio Lerroix invitó a disolverse. Tras el acto central, se formó una contramanifestación frente a la Capitanía General de varios cientos de personas que avalaban el comunicado: «los socios de la caja obrera de la Inmaculada protestan de su amor a la religión, a la monarquía y a la patria y consignan su admiración al Ejército». Durante los meses siguientes fue la política laicista de Canalejas la que determinó el tempo de los enfrentamientos y los actos de afirmación clericales. Zaragoza era cada vez más, sin duda por la tarea recristianizadora emprendida por el cardenal Soldevila, lugar de referencia para el catolicismo militante, y de destino de multitudinarias peregrinaciones y manifestaciones con las que se trataba de demostrar la fortaleza del conservadurismo político.²⁵⁰

Los discursos, en efecto, volvían a circundar con términos combativos el asunto de la religión. En marzo de 1910 se organizó en la ciudad un mitin contra la enseñanza laica que contó con el concurso de insignes prohombres de asociaciones y medios católicos. «Nos aplastará la revolución —alertaba Antonio Vela, de la Juventud Católica de Zaragoza— si no atajamos su avance por todos los medios posibles», para lo que recomendaba «lanzarse al campo, para que el enemigo se quede apabullado». Para García Berenguer, concejal del Ayuntamiento, «los adversarios quieren apoderarse de los niños para moldearlos y es preciso quitárselos», y proponía hacer algo «práctico», como acudir a orar ante la Virgen y decirle: «¿quieres ponerte otra vez al frente de este ejército católico, como en los días de la invasión francesa?». El enemigo en esta ocasión estaba en casa, pues los aires laicizadores de la revolución habían conseguido embaucar a algunos, y contra ellos debía dirigirse, en palabras de Manuel Gómez Roldán, presidente de la Congregación de San Luis de Madrid, «la guerra de cruzadas

250 *HA*, 6-12-1909, n.º 4668. El mitin fue presidido por Manuel Marraco y contó con el concurso de Joaquín Montestruc por el republicanismo oscense y Lorenzo Asensio, del grupo radical del Ayuntamiento zaragozano. Sobre la formación de la Conjunción, Robles Egea (2004).

que hay que hacer en defensa de la familia, del orden social, de Dios». Se blandieron términos como el «apachismo» para indicar la ruina civilizatoria prevista para cuando la cruz se quitase de las escuelas y los hospitales, y se pidió dinero para socorrer y sostener las escuelas católicas. El debate surgido en el marco de la política local sobre el empuje que el grupo republicano del Ayuntamiento pretendía otorgar a las escuelas laicas, actuaba de polémico telón de fondo del acto. Mientras esto sucedía, a las puertas del teatro no pocos grupos de anticlericales protagonizaban algaradas, obligando a la Guardia Civil a dar varias cargas para despejar la zona. Tan solo una semana después se producía en el mismo Teatro Pignatelli la respuesta racionalista, de tonos contenidos para no caer en la provocación de los clericales y así «no descender al arroyo para remover el fango». Además de Rafael Salillas, fue ovacionado tras su discurso Álvaro de Albornoz, candidato del Partido Republicano Radical por Zaragoza, quien «alargó su brazo» contra el clericalismo y el militarismo. En mayo, poco antes de las elecciones generales, se volvía a llenar el Pignatelli, escuchándose esta vez frases más contundentes del candidato Albornoz en contra sobre todo de la candidatura liberal, «que representa la reacción mansa, jesuítica, cien veces más temible que la de Maura, porque éste nos hubiera traído la revolución». Habló también un mayor y cansado Isábal, en su última batalla política, recibiendo, pese a las protestas por ser algo más compasivo con Moret, grandes aplausos en su repaso y fustigación del clericalismo.²⁵¹

251 *HA*, 14-3-1910, n.º 4763. No era ajeno a la polémica el debate surgido en el seno del Ayuntamiento local con motivo del empuje que el grupo republicano pretendía dar a la enseñanza laica en la ciudad. El asunto apenas prosperó, pues por conveniencias en los alquileres de los locales se terminó favoreciendo la enseñanza pública en detrimento de la radical, pero los católicos percibían la tendencia como una amenaza hacia ciertos valores y estilo de la educación por ellos preferida, la congregacionista. Se organizaron además mítines contra la enseñanza laica en Calatayud, Ateca y Tarazona (*HA*, 4 y 12-4-1910, núms. 4783 y 4791). En la prensa se publicaban adhesiones y ataques de corporaciones o grupos vecinales a la política religiosa de Canalejas. En Sástago el alcalde remitió al Consejo de Ministros un escrito firmado por ochenta vecinos aprobando esa política, y quejándose de la actitud de otros vecinos al suscribir un escrito de protesta contra el Gobierno, recogiendo según ellos firmas de «chicos y chicas menores de catorce años y mujeres que no saben escribir» (*HA*, 6-8-1910, n.º 4904). Se organizaron manifestaciones clericales en Caspe, Belchite, Fuendejalón, Gotor, Murero, La Almunia, Luna, Pina, Cariñena, Quinto, Alfajarín, Torralba de Ribota y Valdehorna (*HA*, 29-9-1910, n.º 4955). En Uncastillo la manifestación clerical no tuvo el seguimiento esperado por los organizadores, pues no gustó mucho el discurso del padre franciscano en la misa de campaña, «por observar en sus manifestaciones y en los vivas que dio, que era más bien que católico, de marcado carác-

En julio se celebró un nuevo mitin republicano, de nuevo con la presencia destacada de Albornoz, ya diputado electo por Zaragoza. De los discursos previos merece destacarse la intervención de Antonia Maymón, infatigable anarquista que por vez primera protagoniza una intervención femenina en un tipo de reunión que hasta la fecha tan solo había presenciado muestras de cortesía hacia las damas presentes. A ellas se les imputaba el ejercer de rémora del movimiento anticlerical, achacándoseles una vulnerabilidad mayor que los hombres respecto al clericalismo. Eso era debido en último término, según discursos médicos y ensayos psicológicos a la constitución particularmente frágil y nerviosa de la mujer, poco proclive a la serenidad necesaria para el estudio científico y humanístico. Maymón sin embargo se esforzaba por aclarar entre los foros progresistas que «si es cierto que hay una corte de honor que apoya las pretensiones clericales, hay también un puñado de mujeres anticlericales capaces de contrarrestar aquella influencia». Albornoz se encargó luego de disertar en duros términos contra los clericales, aprobándose por unanimidad las conclusiones que demandaban supremacía del poder civil, separación de Iglesia y Estado, supresión de las órdenes religiosas y servicio militar obligatorio. Y organizó la manifestación subsiguiente para que fuese «modelo de cultura y dignidad», sin provocaciones ni alteraciones del orden, como así fue. Los varios centenares bajaron hasta la plaza de la Constitución para que allí la comisión entregase al gobernador las conclusiones. Cuando Albornoz invitó a los radicales a disolverse, estos se dispersaron por los centros republicanos, donde siguieron comentando los hechos. Como este caso pone de manifiesto, el mitin y la manifestación aparecen unidos cada vez con mayor frecuencia en los movimientos de protesta social vinculados al republicanismo

ter político» (*HA*, 5-10-1910, n.º 4961). En Monzón la manifestación católica fue interrumpida, según *El Noticiero*, por grupos de radicales. El *Heraldo* rectificaba comentando que no hubo tal manifestación sino procesión del rosario, y que las interrupciones no se debían sino a negativas de ciertos asistentes a descubrirse. El hecho esconde, en cualquier caso, tensión y cierta violencia en torno a las manifestaciones públicas del credo (*HA*, 6-10-1910, n.º 4962). Reseñas de «aplech» católicos en Calanda (*HA*, 6-10-1910, n.º 4962) y Pina (*HA*, 11-10-1910, n.º 4967). Los republicanos de Huesca, junto al Centro Obrero, fueron capaces de organizar una manifestación de adhesión a Canalejas, figurando en la comitiva socios del propio Centro Obrero, los concejales republicanos, la Juventud Radical, Fraternidad Republicana y otros muchos adheridos (*HA*, 5-7-1910, n.º 4872). Los mítines republicanos de Zaragoza, en *HA*, 4-4-1910, n.º 4783, y *HA*, 8-5-1910, n.º 4816. Completaron la nómina de oradores en este último evento figuras consolidadas del republicanismo aragonés, como Eusebio Romeo y Joaquín Montestruc.

y el obrerismo, algo que denota cierto cambio en el repertorio de acción colectiva utilizado por organizadores y participantes. La calle se politiza además al convertirse en escenario de movilizaciones y conflictos cuyo ámbito supera el límite de la localidad o la provincia, algo a lo que coadyuvieron factores como la difusión de los medios de comunicación de masas, la acumulación de recursos y experiencia organizativa por parte de los grupos políticos y de presión, y el propio aprendizaje de los participantes de nuevos modelos de protesta capaces de evitar la respuesta represiva del aparato estatal sin restar contundencia a la expresión de su malestar.²⁵²

Pero, como es obvio, este comienzo de «modernización» del repertorio no borró de un plumazo la violencia, como se pudo comprobar tan solo unos meses más tarde, en octubre de 1910, al hilo de la política religiosa canalejista. Hubo en efecto reyertas entre anticlericales y católicos, mítines, actos de afirmación y desagravio, romerías, procesiones y manifestaciones, en una acelerada espiral de provocación y respuesta entre los grupos implicados. Una espiral que, dicho sea de paso, no puede decirse que en esta ocasión fuera equidistante, pues desde las filas católicas se alentó un ritmo e intensidad de movilización destinado a no dar aliento a las medidas secularizadoras del Gobierno, existiendo en cambio cierta moderación entre los líderes radicales para no llegar al tumulto callejero. Un diario tan poco sospechoso de veleidades revolucionarias como *Heraldo de Aragón*, comentaba en su editorial que «el afán de exagerar las cosas y de sacarlas de quicio puede producir en ocasiones una reacción explicable, [...] pues hablan los elementos de las derechas de supuestos ataques a la religión, de rudas y feroces campañas gubernamentales contra la iglesia, de cruentas y atroces persecuciones contra los fieles», y como los espíritus serenos no encuentran tales peligros en realidad, «no encuentran tampoco justificados tan extraordinarios medios de protesta». Se comenzó aquel 2 de octubre con celebraciones religiosas en el Pilar, para después salir en manifestación por la calle Alfonso hacia la plaza de la Constitución y el Gobierno Civil. Los guardias velaban por el orden en unas esquinas y bocacalles que aparecieron ador-

252 HA, 11-7-1910, n.º 4878. La «legión de honor» de la que habla Maymón, protagonizó poco tiempo después una protesta pidiendo que la religión fuese materia obligatoria en las escuelas del Estado. Algunas de las entidades organizadoras fueron Acción Social Católica, cofradías de Santa Águeda y Santa Bárbara, la Sociedad Protectora de Jóvenes Obreros, las Conferencias de San Vicente... (HA, 15-3-1913, n.º 6033).

nadas con pasquines desde el punto de la mañana: «Zaragozanos: la Zaragoza que luchó en 5 de Marzo y 4 de Enero no puede tolerar manifestaciones atentatorias a la libertad». No tardaron mucho en cruzarse las primeras increpaciones y producirse los primeros altercados, golpes, sustos y carreras. En la memoria colectiva, el Jubileo de 1901. A las voces de «¡adelante!» se contestaba con «¡fuera!» y «¡viva la democracia!», consiguiendo los contramanifestantes que muchos abandonaran la marcha antes de llegar a su destino. Los vivas a la Virgen y a la Zaragoza católica eran contestados con vivas a la libertad y a la Zaragoza liberal. Frente al «¡viva la libertad católica y el Vaticano!» se oyó «¡viva la libertad y abajo el clericalismo!». Mientras la junta organizadora, a cuyo frente se encontraba el canónigo Joaquín Juste, hacía entrega al gobernador de su protesta por la política del Gobierno, se generalizaban las bofetadas y las reyertas en la plaza, debiendo intervenir la Guardia Civil, que cargó en varias ocasiones «repartiendo sablazos a diestro y siniestro, sin reparar si los apaleados eran hombres, mujeres o muchachos de corta edad».²⁵³

El terreno quedaba expedito para convertir la calle en campo de batalla y elemento simbólico principal para manifestar la primacía entre clericales y radicales. Pero cada vez resultaba menos elegante para los primeros espadas rebajarse a los adoquinados para librar a bastonazos las diferencias con el contrario. El voto, así se reclamaba en mítines y páginas de prensa, se consolidaba como arma política fundamental y medio de acceso de los derechos de ciudadanía. Es factible pensar que para muchos de los hombres nacidos y crecidos en el último tercio del XIX fuese complicado abandonar la idea de que la calle constituía, más que un Parlamento lejano y ajeno, el escenario más comprensible sobre el que plantear diferentes proyectos e ideas sobre la sociedad. Así había sido con las insurrecciones y

253 HA, 3-10-1910, n.º 4959. Algo similar ocurrió en Huesca, aunque las manifestaciones de católicos y liberales no llegaron a enfrentarse. Sí que lo hicieron en Calatayud, donde clericales y radicales se enfrentaron a estacazos al salir el Rosario de la Aurora y, contraviniendo la sugerencia del alcalde, pasar por la puerta del Círculo Republicano. Parece que en ese lugar un individuo no quiso descubrirse, ni siquiera tras los exhortos de un sacerdote, sonando entonces un disparo y estallando la refriega entre los dos bandos. La confusión fue grande, sonó otro disparo, se hablaba de varios muertos, las mujeres corrían alarmadas en busca de sus familias y, aunque se reorganizó la procesión pasado el primer revuelo, hubo un disparo y tumulto poco después que impidió definitivamente continuar la marcha religiosa (HA, 31-10-1910, n.º 4988, y HA, 1-11-1910, n.º 4987).

revoluciones democráticas en las que *el pueblo* había tomado la iniciativa, y así debía seguir siendo. Máxime cuando tras la crisis del 98 la crítica hacia la corrupción política y el caciquismo no facilitaba entre las clases populares la aceptación de la representación política como único modo de gestión de las demandas colectivas. Debían ser por tanto los jóvenes cachorros los que batallasen por la calle, ganando con las cicatrices galones y respeto entre los propios. Serán frecuentes a partir de este momento los choques entre grupos de jóvenes carlistas (denominados durante estos años jaimistas, al suceder a Carlos VII su hijo Jaime III) y republicanos, alentados todos desde las páginas de la prensa afín, y debidamente retados con cartas o pasquines públicos para combatir en algún punto de la ciudad. Tal intensidad adquirió el enfrentamiento, que en Huesca tuvieron lugar los más graves sucesos desde el motín por consumos de 1885.

Eran públicas y sabidas las prácticas de tiro que, ante la pasividad de las autoridades, realizaban los carlistas en las afueras de la capital oscense, llegando a envalentonarse de tal modo que se anunciaba que una tarde de abril entrarían a la ciudad con las boinas rojas puestas, provocación evidente para los radicales de la ciudad. Entraron en efecto cuarenta o cincuenta individuos del Círculo jaimista acompañados de dos sacerdotes, que, tras ser impelidos por un grupo de radicales a quitarse las boinas, comenzaron la reyerta. Un carlista disparó a bocajarro a un radical, hiriéndole gravemente. Corría la noticia por la ciudad y aumentaba la indignación popular, amotinándose «más de cuatrocientos republicanos y mucha gente del pueblo» frente al Círculo jaimista, tratando de linchar al agresor cuando este era conducido por la policía, que apenas pudo contener la «ola humana». Tras cierto momento de tregua, la gente se dirigió al Círculo tradicionalista, dando «muera ensordecedores» y tratando de asaltarlo, cosa que impidió la Guardia Civil tras forcejear con los amotinados.²⁵⁴

254 HA, 28-4-1913, n.º 6075, y AHPH, Sentencias criminales, 1914, n.º 26. En Zaragoza, el requeté carlista retó a los republicanos en el campo de Valdespartera (HA, 24-11-1910, n.º 5010). Al día siguiente los republicanos formaban grupo para sin duda vengar a los heridos, dirigiéndose al Centro Obrero Católico de la calle Fuenclara, donde se hallaba el centro de Acción Católica, cuando les salió al paso la policía para realizar algunas detenciones (HA, 25-11-1910, n.º 5011). Al otro día volvieron a intentarlo los radicales, siendo disuadidos por la policía que envió al gobernador García Bernardo (HA, 26-11-1910, n.º 5012). Hubo otra riña en la ribera del Ebro (HA, 9-12-1910, n.º 5069). Otra reyerta, en HA, 19-12-1910, n.º 5079. En marzo de 1911 volvieron a acontecer similares sucesos, incluidas

La historia del republicanismo regional estuvo ligada durante los años siguientes a la actividad de la Conjunción Republicano-Socialista, un paso fundamental en la integración política de los trabajadores que fructificaría en la experiencia republicana de 1931. Por el momento, sin vislumbrarse todavía un horizonte político concreto, pero acumulando por el camino esperanzas de llegar, los republicanos acudían a los mítines, marchaban en manifestaciones, votaban, consumían la prensa, se organizaban en círculos y casinos, se divertían en apacibles meriendas campestres..., se movilizaban, al fin y al cabo, y al hacerlo manifestaban y reforzaban su identidad política, impregnados de los discursos, imágenes y símbolos con los que interpretaban y definían las relaciones sociales en un sentido democrático y solidario. La retórica empleada por la *intelligentsia* se encargaba en buena parte de levantar los ánimos, conseguir adhesiones, fidelizar y, en última instancia, dar sentido a la participación, potenciando un sentimiento de «nosotros», iguales en el sufrimiento de la injusticia y el despotismo, frente a «ellos», los detentadores del poder y culpables de los problemas. De aquí a la retórica emocional y populista había muy poco camino, y el trecho fue traspasado con determinación por algunos líderes, como Lerroux. Pero al mismo tiempo estaban modificando los márgenes de tolerancia del sistema, al incorporar como habituales algunas novedades en las formas de manifestar la protesta, como las manifestaciones tras los mítines, las peticiones escritas al gobernador o los multitudinarios acompañamientos a los líderes al hotel, provocando la dosificación en la frecuencia de la respuesta represiva. El propio control del orden público suscitaba tales protestas entre las clases populares y algunos sectores de las elites, que sin duda condicionaban la contundencia del siguiente castigo. La sola presencia republicana en la calle, avalada por un creciente número de correligionarios, suponía un pulso con las elites y el Estado, y el grito de «¡viva la República!» la mayor afrenta simbólica contra los poderosos, algo que quizás pueda explicar el hecho de que movimientos sociales de protesta débil-

pedradas y puñetazos entre los jóvenes radicales y carlistas, sonando un disparo desde las filas del requeté, seguidos luego de otros dos en la puerta del Círculo tradicionalista (*HA*, 17-3-1911, n.º 5166). Las algaradas se reprodujeron en los días subsiguientes (*HA*, 18 y 19-3-1911, núms. 5167 y 5168). El soto de la ribera del Ebro, donde al parecer ejercitaban las «maniobras militares», fue testigo de nuevas riñas (*HA*, 22-7-1912, n.º 5625). Más tensión, en *HA*, 5-5-1913, n.º 6082. Garrotazos entre carlistas y radicales, incluido disparo y herida de bala, en *HA*, 18-7-1913, n.º 6156. Poco después, nueva reyerta, en *HA*, 7-8-1913, n.º 6176.

mente formalizados acabasen amparándose en el ideal republicano. En este sentido, no solo la gestión del orden público suscitaba la articulación de propuestas utópicas y de cambio, pues las respuestas ante seculares demandas del Estado liberal como las quintas estaban buscando un discurso público capaz de desarrollar la oposición y legitimador de la protesta.²⁵⁵

2.2. La respuesta contra la guerra

Teruel, ciudad agrícola y aparentemente tranquila, presenta un buen ejemplo de movilización contra el injusto sistema de quintas ligado a la política republicana local. La primera experiencia al respecto se produjo allá por 1869, en pleno período democrático, cuando el Comité Republicano de Teruel llevó a cabo una intensa campaña para lograr del Gobierno «la completa extinción de las quintas». Ante la respuesta gubernamental de llamar a veinticinco mil nuevos mozos a filas, el comité turolense, de matiz federalista, organizó una manifestación en la ciudad para exigir del Gobierno la inmediata abolición de las quintas. Acudieron aproximadamente quinientos hombres, cien muchachos, ochenta soldados y varias mujeres, además de los principales dirigentes federales de Teruel, como Víctor Pruneda, Arnau, Benedicto y Muñoz Nougés. Similares manifestaciones se celebraron en otros puntos de la provincia, como La Puebla de Valverde, Gea y Cella, enviándose desde la provincia numerosas exposiciones a los diputados republicanos pidiendo la abolición de las quintas. Las corporaciones con presencia federal reunían dinero para redimir a los quintos. Pruneda, que presidía el Ayuntamiento, propuso incluso abrir una suscripción popular para allegar los fondos necesarios o, si esto fuera insuficiente, recurrir a un reparto vecinal. Similares medidas se llevaron a efecto en algunos pueblos del Bajo Aragón para eximir a los mozos del servicio militar, como en Alcañiz, Castelserás, Calanda o La Ginebrosa. Cuando en 1872 el Gobierno de Ruiz Zorrilla decreta la recluta de otros cuarenta mil hombres, volverá a suceder la evasión de la quinta por parte de los mozos en la capital turolense, que no se presentarán al sorteo, y el envío de telegramas de protesta por parte de los comités republicanos locales.²⁵⁶

255 Duarte (1997).

256 Villanueva Herrero (1993), pp. 279-281.

Con la movilización militar de los años noventa habrían de verse similares escenas de protesta en Teruel. Aprovechando la fiesta del 11 de febrero de 1898, los republicanos proyectaron celebrar una manifestación para pedirle al Gobierno «una ley para el servicio militar obligatorio para todas las clases sociales», y excitarle al mismo tiempo a que facilitase la labor de la justicia «en el descubrimiento de los inhumanos tratos que sufrieron los presos en Montjuich». Anunciada con carteles en las esquinas de la ciudad, a las doce del domingo comenzaba la manifestación con notable afluencia de vecinos y políticos, «guardando una compostura que para sí quisieran los partidos que se adjudican la exclusiva posesión del sentido gubernamental». Una comisión conferenció con el gobernador civil para que transmitiera las peticiones a Madrid, mientras los manifestantes esperaban a las puertas del edificio, molestos por el «lujo de fuerza» desplegada por dicha autoridad al cubrir toda la carrera con parejas de la Guardia Civil armadas para entrar en combate. «Los republicanos hemos llegado a la mayor edad en política», argumentaba *El Republicano*, pues «tenemos conciencia de nuestros derechos y sabemos ejercerlos», terminando poco después la protesta al disolverse en la más absoluta tranquilidad la concentración a las puertas del Gobierno Civil. ¿Cómo se articuló la protesta contra la quinta en el resto del territorio aragonés? ¿Cuáles eran los motivos para que constituyese un argumento de protesta entre las clases populares?²⁵⁷

2.2.1. Voces contra las quintas:

la primera mirada hacia Barcelona, 1898

Algunos sucesos ocurridos en la Ciudad Condal determinarán las más importantes muestras de antipatía hacia el sistema de quintas manifestadas en Zaragoza, y por ende hacia la movilización militar promovida por el Estado. La protesta contra el injusto sistema de recluta, igualador en la teoría de la ley de todos los varones españoles, pero sancionador de la mayor desigualdad en la práctica al reconocer la redención en metálico del servicio, se puede rastrear a lo largo de los años noventa conforme van sucediéndose las campañas bélicas emprendidas por los gobiernos españoles del *turno*. Las insalubres condiciones del traslado, lo exiguo de la paga proporcionada por el Ejército, y la más que extensa duración del servicio y la

257 *El Republicano*, 15-2-1898, n.º 25.

reserva, que generaban continuas y penosas situaciones de abandono laboral y familiar, también alentaron la indignación entre los movilizados. Durante la campaña de Melilla de 1893 ocurrieron en Getafe graves sucesos por la cuestión del alojamiento, produciéndose un tumulto entre los reservistas y la Guardia Civil, interviniendo las familias de aquellos con silbas y pedreas a los oficiales. El mismo día, 21 de noviembre, los reclutas de Guadalajara organizaban una cuestación pública «implorando la caridad», y los de Bilbao proyectaban igual petición, aunque les fue prohibido llevarla a término. La llegada del convoy de Guadalajara a Zaragoza el día 23 trajo a los reservistas y a su protesta con ellos. Rompieron los faroles del camino de la estación del Arrabal, las lámparas del tren, apedrearon las lunas de la fonda y destrozaron los servicios antes de que llegasen las ocho parejas de guardias enviados por el gobernador, quienes, con «no pocos trabajos y exhortaciones», lograron que los reclutas amotinados tomaran de nuevo el tren. Llegó entonces a la estación otro tren de reservistas navarros y riojanos, «que parece habían cometido algunos excesos en el camino», por lo que el gobernador envió nuevas fuerzas en previsión de desórdenes. En efecto, los soldados pidieron alojamiento inmediato nada más bajar del tren, y marcharon acto seguido en manifestación al Gobierno Civil para hacer oír sus demandas. Una parte de la tropa fue alojada en el castillo de la Aljafería, pero «muchos otros quedaron recorriendo las calles», protagonizando tumultos con la policía.²⁵⁸

Pero fue la protesta protagonizada por mujeres de Zaragoza en el verano de 1896 la que mayor resonancia tuvo en los medios de prensa locales y nacionales. El 17 de julio un grupo de vecinas visita al gobernador civil solicitando permiso para manifestarse contra el anunciado nuevo envío de tropas a Cuba, alegando que muchas de ellas tenían ya hijos en ultramar y que, de enviar al segundo hijo, quedaría la familia sin sustento. Denegado el permiso y extendida la alarma en los medios gubernamentales, la prensa

258 *DAZ*, 22 y 23-11-1893, núms. 7603 y 7604. El asunto del alojamiento y las condiciones de los viajes de concentración de tropas fue un motivo de descontento no baladí entre las tropas. En 1898 varios reclutas de Calatayud se negaron a subir al tren si el Estado no les pagaba el billete (*DAZ*, 2-11-1898, n.º 9306). Por otra parte, los trenes de reservistas fueron en los años sucesivos más fuertemente vigilados, en proporción, por ejemplo, de 40 guardias civiles para un convoy de 600 hombres (*DAZ*, 12-8-1895, n.º 8211). Estudios generales sobre el problema del servicio militar obligatorio en España, Núñez Florencio (1990), Ballbé (1985) y Feijoo Gómez (1996).

burguesa restó importancia al caso, presentándolo como un acto espontáneo de cariño de unas madres hacia sus hijos, aunque esparciendo la especie de haberse intentado aprovechar de ellas ciertos instigadores, traidores y «filibusteros». Tan solo unos días más tarde, y cuando el ninguneo de la prensa parecía haber surtido efecto en la opinión, las mujeres volvieron a las primeras de la prensa. Al punto de la mañana del primero de agosto algún corresponsal dijo haber percibido cierta agitación entre las mujeres en los mercados de la ciudad. En efecto, de las calles adyacentes al Mercado salieron algunos grupos que se reunieron en la plazoleta de San Pablo, de donde habría de partir una manifestación hacia el Gobierno Civil. «¡Viva España! ¡Que no vayan más tropas a Cuba!», decía la pancarta, produciéndose algún altercado y carreras con la policía cuando se apoderó de ella. Entonces la manifestación, formada sobre todo por mujeres y chicos, se dividió en numerosos grupos que gritaban «¡que vayan a Cuba ricos y pobres!», consiguiendo de camino que algunas operarias de almacenes y talleres abandonasen su trabajo y se sumasen a la marcha. Mientras un grupo se dirigía al Gobierno Civil, el otro subía a los altos de Torrero para hacer parar, entre imprecaciones dirigidas a los hombres por «¡cobardes!», las fábricas de conservas y sombreros allí emplazadas. Ningún rotativo concedía un mínimo grado de consciencia y autonomía a la protesta de las mujeres, dejándose caer con mayor o menor contundencia la participación conspirativa de protestantes y librepensadores locales. Al respecto, fue el conservador *Noticiero Aragonés* el diario que con más mordiente incidió en los trabajos de los «enemigos de la fe» contra la patria y a favor de los *yankees*. Interrogado por *El Liberal* el pastor de Zaragoza, «rechaza la especie y niega que la bandera saliese de la capilla evangélica», haciendo luego fervientes protestas henchidas de españolismo. Sea como fuere, parece indiscutible la carga de descontento de las madres respecto a la injusticia del reclutamiento, pues, según manifestaciones reproducidas en uno de los diarios, «es bien triste que por no tener dinero tengamos que exponer a nuestros hijos a ser muertos en el monte, y sabe Dios cómo, mientras los que lo tienen se están en sus casas, y a ellos lo mismo les importa que haya guerra como que no la haya. Sólo el pobre es el que...».²⁵⁹

259 La cita es de una supuesta manifestante de los sucesos del 17 de julio (DAZ, 20-7-1896, n.º 8507). Ver también HA, 1-8-1896, n.º 273, DAZ, 1-8-1896, n.º 8517, *Noticiero Aragonés*, 21-7-1896, n.º 11, y 1-8-1896, n.º 20, *El Imparcial*, 18, 19 y 20-7-1896,

Para María Dolores Ramos, este comportamiento se incardina en la defensa que las asociaciones de mujeres librepensadoras, surgidas en el contexto del regeneracionismo y el republicanismo finisecular, hicieron del civilismo y del papel que debía desempeñar en ese marco el sexo femenino. No tenemos pruebas fehacientes de la participación de una asociación de ese tipo en los actos de Zaragoza, aunque parece probable que así ocurriera, y el propio empeño de la prensa local en cargar las tintas sobre conocidos miembros del librepensamiento local. En todo caso, y como apuntó Carlos Serrano, no hacía falta ningún tenebroso agente para que se dieran manifestaciones puntuales de protesta contra las quintas. Puntuales, porque, pese a concitar el temor y la indignación de los mozos y familiares perjudicados, fueron escasas las muestras públicas de descontento por este motivo en los años noventa, tan frecuentes sin embargo durante todo el siglo XIX. El republicanismo centrista y conservador se unió a las filas probelicistas y, pese a que el federalismo mantenía la autonomía cubana como salida de la crisis y su oposición al sistema de quintas, en ningún momento trató de liderar una campaña pública coherente con esa idea ni de amalgamar un movimiento social de protesta por ese motivo. Desde las filas del movimiento obrero sí que se intentó estructurar una protesta de largo recorrido, pero las tentativas toparon con dificultades insalvables, como la escasez general de trabajo, la emigración, la propia movilización militar, o la persecución gubernamental de las organizaciones obreras tras los atentados del Liceo y Cambios Nuevos en Barcelona.

núms. 10490-10492, y 2-8-1896, n.º 10504, y *El Liberal*, 2-8-1896, n.º 6148. La presión patriótica sobre la opinión pública era notable por parte de los diarios conservadores, que atacaban a las redacciones que cuestionaban esa relación bajo la acusación de desafección. Así, cuando el *Heraldo de Aragón* se atrevió a cuestionar que fuera el centro protestante el incitador de la manifestación, el *Noticiero Aragonés* concluyó que en esa duda nació «una comunidad de pensamiento entre el *Heraldo de Aragón* y los protestantes y librepensadores» (*Noticiero Aragonés*, 3-8-1896, n.º 21). No obstante, y pese a no constituir el objeto principal del estudio, no debe minusvalorarse la actividad de los protestantes en la ciudad. Zaragoza fue uno de los primeros lugares en los que arraigó el protestantismo, contando desde 1870 con una capilla evangélica, la iglesia del Espíritu Santo. La confesionalidad de la Restauración hubo sin duda de avivar la animadversión hacia su presencia pública en la ciudad (Ruiz Pérez, 2004). Volviendo a la protesta de las mujeres, no sería la de Zaragoza la única muestra de descontento hacia el servicio militar, pues parece que también en Barcelona, Valencia o Logroño sucedieron similares protestas de grupos de mujeres (Soldevilla, 1897, pp. 341 y 342).

Estudiada por Serrano, la oposición a la quinta llegaba desde el obre-rismo como consecuencia del cuestionamiento de la campaña cubana, al responder desde su perspectiva a intereses exclusivamente económicos burgueses y a la desastrosa gestión política de la crisis por parte de los gobiernos monárquicos. Defendían la independencia de la colonia como salida más airosa e inmediata a la sangría humana que suponía la campaña en la manigua, y como mejor solución a un problema que los anarquistas interpretaban en clave social, de rechazo del explotado nativo al explotador colonial. Para este autor, el anarquismo no consiguió en esa coyuntura bélica conectar con unos trabajadores que buscaban un discurso capaz de articular el deseo generalizado de finalizar con las campañas, al hacer oscilar sus planteamientos entre el apoyo individual a las acciones pro cubanas y un discurso teórico abstracto sobre la superación de las nacionalidades. Su frontal oposición ideológica a todo militarismo se reforzaba durante las coyunturas bélicas, distanciándose del patriotismo belicista de muchos republicanos y respondiendo con un «¡que vayan ellos!» desde multitud de artículos en las páginas de la prensa ácrata. El PSOE, en cambio, habría conseguido llegar con mayor eficacia a las clases populares, emprendiendo en 1897, tras un período de crítica cautelosa y legalista, y aprovechando la oportunidad que parecía abrirse con el debilitamiento del Gobierno conservador y la muerte de Cánovas, su primera campaña a nivel nacional, que, bajo el lema de «o todos o ninguno», parecía batallar más contra la injusticia de la recluta que contra la guerra misma. Organizaron mítines en todos los núcleos en los que contaban con alguna fuerza, aunque no hubo reunión en Zaragoza. En ese momento, a la altura de 1898, coincide la campaña socialista contra la quinta con la denuncia en los medios anarquistas y republicanos radicales (*El Progreso*, de Lerroux) de las torturas y vejaciones efectuadas en Montjuich por los cuerpos policiales a los detenidos con motivo de los atentados ocurridos en Barcelona. La campaña centró la atención de la opinión sobre la represión y la tortura, proporcionando espacio a la crítica ácrata de la violencia de Estado y hallando en el descontento popular contra la quinta un buen compañero de viaje.²⁶⁰

260 Ramos Palomo (2001). Serrano (1984) y (2000). La crítica anarquista del militarismo, en Álvarez Junco (1991), pp. 247 y ss.

Así, los anarquistas no entraron en la preparación de actos públicos de protesta junto a republicanos y socialistas, pero sí que se dejaron ver en algunos de ellos. En Zaragoza tuvo lugar un mitin el 6 de febrero, organizado para pedir la revisión del proceso, subiendo al estrado conocidos anarquistas locales junto con otras personalidades políticas liberales. Unas mil quinientas personas llenaban el Teatro Pignatelli, actuando como secretario el propagandista ácrata Allué, y hablando los obreristas Antonio Alberg, quien aplaudió la campaña iniciada por *El Progreso*, y Pascual Gracia, quien por su parte excitó al pueblo a conquistar las libertades pese a que muchos no tienen derecho a pedir nada «porque en los momentos oportunos se venden por un pedazo de pan negro». Mariano Perales, quien algún año después participaría junto a Teresa Claramunt en un mitin anticlerical celebrado en la ciudad, cargó contra el *Diario de Avisos* por haber notificado que el mitin había sido organizado por los anarquistas, alabando la figura de Moret por tratar de establecer la autonomía de las colonias. Agustín Pérez, quien no había aparecido en público con anterioridad, sugirió una tesis habitual entre los ácratas, que lo de Cambios Nuevos «no es obra de los anarquistas, sino de la reacción para desprestigiar a aquéllos». Hubo gritos de desaprobación cuando un estudiante del público declaró ser católico e hizo varias consideraciones sobre religión. Y es que la campaña de *El Progreso* había conseguido despertar algunos días antes la polémica entre el estamento estudiantil de Zaragoza, saliendo a manifestarse contra la publicación grupos de escolares conservadores, y protestando por ello otros estudiantes que se adherían a la campaña y enviaban telegramas de apoyo y felicitación a Lerroux.²⁶¹

Pocas semanas después se organizaba con éxito una manifestación entre republicanos y socialistas de la ciudad, que según unas fuentes llegó a congregar a diez mil almas, según otras a cinco mil. Asensio, jefe de los republicanos, aclaraba los motivos de la protesta antes de su comienzo: «somos partidarios de la paz a todo trance, pero si la guerra ha de continuar queremos el servicio militar obligatorio». Además, se protestaría contra la impunidad de los martirios aplicados en Barcelona. La cabecera comenzó la marcha tras un estandarte rojo que rezaba «Justicia», tras la cual iba otro amarillo del comité federal con el lema «Servicio militar obli-

261 El mitin anarquista, en *HA*, 7-2-1898, n.º 723.

gatorio, Revisión del proceso de Montjuich». Otro rezaba: «Agricultores, atrás inquisidores, paso al progreso», y en otro negro con letras en rojo, portado por dos mujeres, se podía leer: «No queremos inquisición» y «revisión, revisión». Otro estandarte negro mostraba en letras doradas: «Justicia, libertad, servicio militar obligatorio», y cerraba la manifestación un grupo llevando una bandera nacional con la leyenda «Fuera privilegios, Servicio militar obligatorio». Entre vivas a la libertad y al progreso llegó la manifestación al Ayuntamiento, donde la comisión formada por Basilio Paraíso, Víctor González Albelaida, Asensio y Marceliano Isábal entregó al alcalde un escrito para que se lo hiciese llegar al Gobierno, disolviéndose luego los manifestantes en orden absoluto.²⁶²

Sin embargo, no todos protestaban contra las quintas. Es abril de 1898 y la mayor parte de la prensa ha calentado en el interior la tensión diplomática surgida con los Estados Unidos por la cuestión cubana, presentándola como una afrenta al honor patrio y logrando, junto a la labor de las instancias políticas y religiosas, una eficaz movilización belicista *antiyankee* de la población. Las manifestaciones patrióticas, que ya habían aparecido con anterioridad (por el contencioso con Alemania por las islas Carolinas en 1885, y a mediados de los noventa con las campañas cubanas), se suceden y extienden ahora con mayor celeridad en las principales ciudades del país. También en Zaragoza, donde el día 13 un numeroso grupo de universitarios marcharon por las calles de la ciudad dando vivas «patrióticos» y portando banderas nacionales, unas manifestaciones que en el fondo estaban cuestionando la gestión de la crisis diplomática del Gobierno liberal en el poder. El gubernamental *La Alianza Aragonesa* minimizaba el asunto al tratarlo como obra de «algunos muchachos del Instituto, algunos *golfos*, tres o cuatro hospicianos...». En realidad acusaba de los tumultos al conservador Tomás y Castellano, quien habría promovido estos actos a través de las páginas del *Diario de Zaragoza*. La agitación denunciada tomaba forma cuando el gobernador llamó ante su presencia a un conocido redactor de *La Derecha* que trataba de arengar a los estu-

262 La manifestación, en *HA*, 14-3-1898, n.º 753, y *DAZ*, 14-3-1898, n.º 9101. En *HA*, 4-2-1898, n.º 720, el descontento estudiantil contra la campaña de *El Progreso*. Visitaron las redacciones de los periódicos locales explicando su protesta, y entre vivas y mueras quemaron ejemplares del rotativo republicano. Otra manifestación contra *El Progreso*, en *HA*, 5-2-1898, n.º 721.

diantes. La manifestación patriótica más importante, por numerosa y por concitar las mayores simpatías populares, llegaría no obstante algunos días más tarde, el 22 de ese mes de abril. Precedida por la banda de música de un batallón militar que interpretaba la *Marcha de Cádiz*, la manifestación salió de la Facultad de Medicina ente banderas nacionales y estandartes con lemas como «Patria y libertad» o «¡Mueran los tocineros!», llamando la atención una bandera con una cabeza de cerdo clavada en la pica con la inscripción «¡mueran los yankees!». Los del barrio de San Pablo seguían a un hombre con una gran guadaña que rezaba: «¡guerra a los Estados Unidos!» y, de nuevo, «¡mueran los yankees!». Parece que en el Mercado el entusiasmo fue muy grande, mostrándose la multitud «ebria de entusiasmo» cuando desde los balcones del Casino Principal y el Mercantil se mostraron los retratos de Palafox, Agustina de Aragón y el Tío Jorge. Por la noche partieron los grupos de los cafés céntricos hacia el Teatro Circo, donde se representaba una obra, penetrando tumultuosamente en el escenario y obligando a la orquesta a tocar la *Marcha de Cádiz*. Los estudiantes, por su parte, vigilaban en la puerta del Banco de España para que no se cambiase peseta en grandes cantidades, asunto convertido en patriótico tras la devaluación a la que se vio sometida por esas fechas. En fin, la prensa local no cabía en sí de satisfacción, dando lugar en los espacios editoriales a las más fulgurantes metáforas y alabanzas hacia tales muestras de ardor patrio. «La bandera roja y gualda —decía *Heraldo*— tremolaba al aire, los gritos hendían el espacio, la animación era ardiente y general; por modo tal se expansionaba el sentimiento patriótico que arde en los corazones de la inmortal Zaragoza».²⁶³

263 *HA*, 13 y 14-4-1898, núms. 781 y 782, *DAZ*, 13-4-1898, n.º 9131, y *LAA*, 14-4-1898, n.º 4627. La manifestación de 22 de abril, en *HA*, 23-4-1898, n.º 789, *DAZ*, 23-4-1898, n.º 9141, *DZ*, 23 y 24-4-1898, núms. 96 y 97, y *LAA*, 23-4-1898, n.º 4635. *La Derecha*, 23-4-1898, n.º 97. Las manifestaciones patrióticas antigermanas por la cuestión de las Carolinas tuvieron lugar en distintos puntos de la región. En Huesca, en *La Crónica*, 7-9-1885, n.º 83, y en el oficio del Ayuntamiento en el que muestra su incondicional adhesión y la del vecindario oscense a las manifestaciones y protestas formuladas por la prensa y la opinión pública contra los proyectos anexionistas del gobierno alemán» (*AMH*, 1885, n.º 1540). Llegaban incluso noticias de pequeñas localidades como Hecho, donde los jóvenes, aprovechando la ocasión de la celebración de las fiestas, organizaron una manifestación a la que asistieron unas seiscientas personas «de todas clases sociales», donde se portaron leyendas como «¡Viva la integridad de la patria!» y «¡Viva la raza latina!» (*DH*, 16-9-1885). También en Monzón hubo manifestación patriótica (*Diario de Huesca*, 9-9-1885).

Tanto los que se manifestaron contra la redención de la quinta y las torturas de Barcelona como los furibundos patriotas *antiyankees* decían salir a la calle en nombre del Pueblo. ¿Qué pueblo? ¿Qué cambió en uno y otro caso? Había diferentes sensibilidades políticas e identitarias entre las clases populares, aunque su articulación y movilización podía no ser excluyente, lo cual añade complejidad al asunto. Y eso porque, como se ha visto, el nacionalismo español, y el belicismo en la coyuntura del 98, era enarbolado, aunque desde diferentes presupuestos ideológicos, tanto por el conservadurismo político como por el republicanismo. Sin embargo, en este caso parece que el papel principal como agente movilizador lo desempeñó la Iglesia católica. Pérez Ledesma valora su influencia en este sentido de mayor peso que la prensa, no solo bendiciendo la política belicista gubernamental mediante el púlpito, sino además tomando parte activa en la consecución de recursos materiales para la continuación de las campañas (formación de batallones de voluntarios, suscripciones populares...). En efecto, la patria y la religión aparecen «hermanadas» a finales de siglo, hallándose en esta última quintaesenciados los caracteres hispánicos que otrora cimentaran imperios más allá de la Península Ibérica. Según Julián Casanova, en esa relación de «estrecho matrimonio con el Estado» la Iglesia, «depositaria de las mejores virtudes, sociedad perfecta», estaba segura. Y ante esta fuente absoluta de verdad doctrinal y política, las «ofensas» a la religión y la patria debían ser reparadas con gallardía. Así, lo de Melilla «es sencillamente un atentado al decoro nacional llevado a cabo por hordas fanáticas y como tal debe ser castigado» y, cuando en 1896 se organiza una peregrinación católica al Pilar, se hace para rezar «por el triunfo de nuestros valientes y heroicos hermanos sobre los salvajes e impíos mambises». Los articulistas sentencian que «no puede haber patriotismo en los hombres sin fe», y el arzobispo Vicente Alda clama por que «¡quiera el cielo bendecir nuestras armas y concedernos el beneficio de la victoria!». ²⁶⁴

264 Pérez Ledesma (1998a). El pago de los batallones solía realizarse primeramente mediante aportaciones individuales de notables, hacendados locales y empresarios de prestigio, que eran luego bien publicitadas en hojas de prensa y boletines oficiales, para por último socializar la cuestión mediante todo tipo de actos públicos, recogiendo «los donativos en metálico y en especie, las cantidades que produzcan los espectáculos públicos y rifas: las que se obtengan en los cepillos que podrán establecerse en los templos, estaciones de las líneas férreas, sociedades, círculos, comercios, etcétera». En Zaragoza las más altas jerarquías del arzobispado, con los principales cargos municipales, ofrecen su beneplácito y primeros donativos para la formación de un batallón en 1896. En cuanto a las citas, la de Julián Casa-

Sin embargo, pese a su insistencia en la necesidad de batallar, los hombres con más fe, los más aguerridos, no conseguían partir a la guerra, pese a su declarada insistencia. En octubre de 1893 universitarios partidarios de la campaña de Melilla organizaban una patriótica manifestación adornada con la música del Hospicio y siguiendo tres banderas nacionales y lemas bordados en estandartes como «Los estudiantes de Zaragoza a la Patria», «Zaragoza a los héroes de Melilla», «Como este todos (en alusión a un león dibujado en el pendón). Zaragoza siempre la misma. Españoles, ¡viva España! ¡Lealtad y patriotismo!», o «¡Guerra a los rifeños! ¡Viva España!». La manifestación llegó hasta el Gobierno Civil para que una comisión se entrevistase con el gobernador, ofreciendo «el concurso personal y colectivo de todos para defender la patria en Melilla y donde sea preciso». El gobernador Sr. Borruel agradeció gentilmente el ofrecimiento, desestimando en cambio la oferta, y añadió, quizá tratando de consolar a los solícitos jóvenes, que, en el caso de que llegase el momento, «España sabe que puede contar con todos sus hijos».²⁶⁵ Tres años más tarde vuelven a sucederse en numerosas ciudades españolas similares manifestaciones estudiantiles contra la afrenta de las cámaras americanas al manifestar sus simpatías por los rebeldes y pedir el reconocimiento de la República cubana. Ahora, en cambio, el Gobierno no tolera las manifestaciones por considerarlas peligrosas para el orden público. En los cafés las orquestas daban «patriótico desahogo» a la «indignación y entusiasmo» del público tocan-

nova (2001) procede de un resumen que el autor realiza sobre el lugar de la Iglesia católica en el primer tercio del siglo XX (p. 20). Lo de Melilla, en *DAZ*, 3-10-1893, n.º 7534. Los «impíos mambises», en *DAZ*, 22-4-1896, n.º 8432, y la sentencia sobre el patriotismo, en «El patriotismo y la fe», *DAZ*, 10-6-1895, n.º 8157. La frase del arzobispo, en *BEO*, 1898, p. 99. Los conflictos se interpretan en este final de siglo en clave de «ofensa» de necesaria reparación, algo bastante común en los discursos nacionalistas. Que unos estudiantes de Nueva Jersey quemaran una bandera española y un retrato de Alfonso XIII fue considerado «provocación», «ultraje», «doble ofensa», «atropello», «conflicto» del que «sólo la guerra sea, al cabo, la única solución», en «Nuevas ofensas», *DAZ*, 7-3-1896, n.º 8394.

²⁶⁵ *DAZ*, 30-10-1893, n.º 7583. Los batallones de voluntarios que sí que iban a Cuba solían ser de extracción social humilde y pobre, empujada por el premio económico que conllevaba el alistamiento. Lo narra Clarín en el cuento «El Rana» (*Alas*, 2000, pp. 361-365). En un lugar del norte gallego, la ciudad en masa había despedido entre gritos de entusiasmo patriótico a todo un batallón de infantería que de allí había salido para la guerra. Una semana después no hay nadie en la estación para despedir a los quince voluntarios que parten para Cuba. *El Rana*, anarquista bebedor y blasfemo, les abre los ojos: «Esto es una limpia... Os barre el hambre, os echa a morir, a la alcantarilla, a la manigua, la necesidad...».

do repetidamente la *Marcha de Cádiz*, formándose improvisadas reuniones estudiantiles en las calles al grito de «¡Viva España!». Esos mismos estudiantes hicieron en aquellos días de marzo del 96 un ofrecimiento con más de doscientas firmas al capitán general para, voluntariamente, formar parte de un batallón... «urbano», que guarneciera la ciudad en el caso de que toda la tropa se hallase en Cuba. Los exhortos para el combate parecían por tanto ir dirigidos a otros. Pío Baroja no se mostraba nada compasivo con los patriotas, «una sucia morralla de chulos, que vociferaban en los cafés antes de la guerra [y] que soltaban baladronadas y bravatas para luego quedarse en sus casas tan tranquilos». Sin embargo, las cuestaciones y colectas lo eran para el conjunto de la población. Así, el Ayuntamiento de Zaragoza donaba al Ejército doscientos fusiles máuser para la campaña de Melilla comprados con el dinero aportado por los municipios en suscripción popular, y en el 98 se repetirá la suscripción destinada al «aumento de la Marina y a los gastos generales de la guerra».²⁶⁶

Bajo el abrazo totalizador y unificador del discurso patriótico existían diferentes experiencias, sensibilidades y opiniones en lo tocante a la quinta. Sabido era que la guerra beneficiaba solo a unos pocos, los más adinerados, comerciantes y grupos económicos influyentes. Como demostró Nuria Sales, los grandes beneficiados de la coyuntura bélica fueron notables de la política, la industria y las finanzas, cuyos nombres se hallaban entre las nóminas de accionistas de las sociedades de seguros y redención, sociedades cimentadas sobre la usura y el beneficio hipotecario de los suscriptores. Por otro lado, cabe pensar que quienes mayor ímpetu bélico mostraban tuviesen acceso a una redención desahogada para la economía familiar, pues el pago en metálico era practicado también por familias

266 Baroja (1990), p. 276. Las manifestaciones antiyanquis, en *DAZ*, 4, 6, 7 y 9-3-1896, núms. 8391, 8393, 8394 y 8396. El Ayuntamiento de Zaragoza compró los 200 fusiles «como pequeña prueba de los sentimientos de patriotismo y del amor sagrado que por la Patria tienen todos los zaragozanos». Para ello la Diputación Provincial pide el dinero necesario al pueblo zaragozano, «siempre dispuesto al sacrificio en holocausto de nuestra independencia y nuestro honor». Las respuestas de los ayuntamientos rurales fueron muy desiguales, dependiendo de los intereses políticos locales y de la posibilidad real de contribuir. En el caso de Tarazona, el alcalde se excusa ante la Diputación por no haber contestado a la suscripción, dado lo exiguo de lo recaudado; la causa es la competencia que ejercen las listas de carlistas, obispos y clero, y la apertura de «un diario para dar a los familiares de los reservistas» (ADPZ, Gobernación, leg. IV-184).

humildes pero al precio de una deuda subyugante.²⁶⁷ La otra experiencia de la quinta, la de la familia desprovista de una principal fuente de ingresos y las penurias de la manigua, fue presentada en toda su crudeza durante los desembarcos de los repatriados en los puntos costeros. «Cadáveres» andantes, «esqueletos con vida», macilentos y enfermos, mutilados incapaces de permanecer en pie... la prensa y literatura abundaron en las imágenes penosas de los combatientes, siendo frecuente encontrarlos durante los meses posteriores pidiendo limosna por las calles de las ciudades. En lugares como Vigo, Valencia, Santander o La Coruña hubo protestas y motines en el momento de la llegada de los barcos, por parte sobre todo de quienes poblaban los muelles en espera de sus familiares o amistades. Algo más tarde llegarían las protestas de los protagonistas por el retraso en la percepción de sus pensiones, como ocurrió en Madrid, Ferrol, Bilbao, Soria, Toledo, Valladolid, Palencia o Burgos. En Zaragoza se reunieron en el Teatro Circo unos trescientos repatriados para acordar una manifestación de protesta que no fue permitida por el gobernador. Dos semanas más tarde se vuelven a reunir en el velódromo de los Campos Elíseos pues el nuevo Gobierno silvelista había prometido pagar sin demora las deudas, pero con ciertos plazos y proporciones insatisfactorias. La comisión de reservistas vuelve a solicitar al nuevo gobernador el permiso para la manifestación, aunque, con la excusa de acompañar a la comisión, un nutrido grupo de repatriados ya se había echado a la calle en el centro de la ciudad.²⁶⁸

267 Sobre los arduos engañosos de las sociedades, «Notorio es como se forma la recluta de eso que se llama "voluntario": para cada uno que por sí y espontáneamente comparece a alistarse, hay diez seducidos por agentes que aprovechan su miseria y su ignorancia para sobre esas cualidades ajenas formar una fortuna propia» (*DAZ*, 31-7-1896, n.º 8517). Las líneas vienen al caso de la alarma que produjo el descubrimiento de 120 viejos y niños de un total de 600 voluntarios que iban a partir de Cádiz. Hay días, no obstante, en los que el mismo diario alberga en sus páginas de anuncios hasta cuatro agencias de quintas que ofrecen ventajosas condiciones de aseguramiento a los padres, admiten y tramitan sustituciones... Ver Galindo Herrero (1955), p. 46, y Sales (1970) y (1974), pp. 241-243.

268 Lo de Vigo, en Galindo Herrero (1955), p. 101, y *DAZ*, 7-3-1899, n.º 9416. El regreso de los soldados fue problemático y desde el principio se vislumbraban los problemas que iba a acarrear traer de vuelta a 108 000 hombres: «los buques que se destinan para este servicio son pocos en número, así que los soldados vendrán excesivamente aglomerados y no es esta circunstancia favorable para el estado en que se encuentran» (*DAZ*, 28-9-1898, n.º 9288). La primera reunión de repatriados en Zaragoza, en *DAZ*, 6-3-1899, n.º 9415, y la segunda, en *HA*, 20-3-1899, n.º 1065. Entre medio incluso pidieron caridad a la Cruz Roja, que la denegó al no disponer «de fondos más que para atender a los heridos y enfermos». En los pueblos la situación no era más alentadora, organizándose colectas y fun-

Así que entre estudiantes vociferantes y dantescas escenas de repatriados, entre el miedo al castigo de un posible juicio militar y la pesada deuda que la familia habría de arrostrar con el cacique o el usurero local, en dinero si se había recibido un préstamo, o en servilismo a cobrar si se había manejado el «favor»..., entre esto y aquello, decimos, podía debatirse el quinto. Sin muchas oportunidades ni facilidades para canalizar su protesta de forma pública, la reacción se producía en el ámbito de la ilegalidad, buscando las grietas del sistema de recluta para escapar de él con los menores costes posibles. Unas grietas que se solían encontrar siguiendo la huella del prófugo que huye al extranjero, o rastreando el camino de la trampa y el fraude de exceptuados y excluidos. Por ambas causas aumenta la preocupación entre los mandos militares durante los años noventa, al comprobar como una auténtica «sangría humana» escapa a los requerimientos del Estado a través de ocultaciones, certificados médicos amañados, declaraciones falsas, impedimentos físicos provocados, etcétera. El propio ministro de Gobernación reconoce la extensión y «gravedad del mal», poniendo en marcha en 1896 la reforma de la Ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército de 1885, por la que se facultaba a los militares a intervenir en labores anteriormente privativas de ayuntamientos y diputaciones provinciales. Se les instaba a presenciar y vigilar «escrupulosamente» los exámenes médicos y las sesiones de tallaje para que se efectúen «con la mayor imparcialidad», y proponiendo el nombramiento de médicos militares capaces de dirimir las divergencias, al parecer frecuentes, entre los otros dos facultativos oficiales. Es llamativo el modo en que la prensa da cuenta del tallaje en Zaragoza en 1896: los sargentos encargados de la talla «cumplieron su cometido a la vista del público, sin exageraciones ni violencias, y las parejas de médicos para los reconocimientos obraron con arreglo a conciencia». Del mismo modo, desde el Ministerio se animó a las autoridades militares y portuarias a poner «el mayor celo y vigilancia» para evitar fugas y desertiones, y «gran rigor» para castigar a quienes pretendían «burlar la ley», lo que incluía no solo a reclutas, sino también a agentes de emigración fraudulentos. Además, se estableció en

ciones caritativas. En Ateca los repatriados del lugar hicieron una becerrada para pagar sus enfermedades, «ya que el Estado, dando ejemplo de un total olvido a heroísmos y abnegaciones, los regatea los haberes que legítimamente les pertenecen» (*HA*, 4-4-1899, n.º 1079), y en Novillas la junta local paga los entierros y funerales a los cinco soldados regresados de ultramar (*DAZ*, 6-3-1899, n.º 9415).

ese mismo año de 1896 la prohibición de viajar a los jóvenes que no presentasen su pasaporte militar o que no hubieran depositado previamente a modo de fianza dos mil pesetas.²⁶⁹

La Ley de Reemplazo contemplaba la exclusión por razones biológicas (ser corto de talla —metro y medio—, presentar alguna enfermedad o impedimento físico...) y la excepción por razones socioeconómicas (ser hijo de viuda, mantener padres sexagenarios...). Y a tales salidas se acogían los mozos, en no pocas ocasiones haciendo uso del fraude. Con el inicio de las hostilidades cubanas, los mozos optan por las alegaciones de excepción, sumando aproximadamente el cincuenta por ciento de los mozos sorteados los acogidos a esta posibilidad y los declarados excluidos por impedimentos físicos o enfermedades. La cifra de excepciones disminuye considerablemente una vez finalizado el conflicto cubano, seguramente porque se percibe que el peligro en el destino será menor que el de la defensa de las colonias, ahora perdidas. De cualquier modo, la declaración de excepción tenía como principal dificultad para la autoridad la carencia de estadísticas fiables y catastros de riqueza, lo cual facilitaba la aparición de «falacias y supercherías» en las alegaciones. «Se comprende, desde luego —admitía el Instituto Geográfico y Estadístico en 1915 en relación a la alegación de pobreza de los padres— cuán difícil es apreciar cómo en los dos sexos se produce el jornal y la eventualidad a que está sujeta, así como también

269 La circular del ministro, fechada en febrero de 1896, en AHN, Gobernación, Serie A, leg. 2.ª, n.º 8. El tallaje de los mozos, en *DAZ*, 1-4-1896, n.º 8414. Los nombramientos provocaban susceptibilidades, como los «comentarios» a que dio lugar la sustitución de los dos sargentos designados por el Gobierno Militar para el tallaje de los quintos de Ateca (*HA*, 5-4-1896, n.º 8418). Tal era el problema acumulado de prófugos y no alistados que en marzo de 1896 el Gobierno trató de allegarse reclutas anunciando ciertas medidas de gracia: los mozos no alistados entre veinte y cuarenta años quedaban sin pena, debiendo cumplir servicio en ultramar siempre y cuando declarasen su situación en un plazo de dos meses; los prófugos que declarasen su situación serían indultados, igual que los excedentes de cupo que no habían acudido a los llamamientos (*HA*, 12-3-1896, n.º 8398). Poco después llegaría la real orden ministerial para dificultar el camino de los prófugos (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 63, n.º 28, y reproducida en *HA*, 9-9-1896, n.º 8556). Poco después el ministro telegrafaba a los gobernadores ordenándoles la mayor vigilancia «para impedir la salida por tierra», y no solo por mar, a posibles prófugos o desertores (*HA*, 22-10-1896, n.º 8599). También hubo preocupación por las deserciones en 1896: en julio se notó en los cuerpos de la guarnición «un número de deserciones algo mayor de lo normal», atribuyéndose el hecho entre los círculos militares a la prohibición de ese año de conceder licencias temporales, «especialmente en esta época en la que muchos soldados iban a ayudar a sus familiares en las operaciones agrícolas» (*HA*, 25-7-1896, n.º 8512).

indagar el alquiler que pagan de casa y demás circunstancias justificativas de la misma». Con los escasos avales documentales acreditativos de la alegación, sospechosos casi siempre de fraude o manipulación, la autoridad tendía a pensar «que no parece creíble que sean tantos los hijos que mantienen a sus padres sexagenarios, y también es difícil admitir que en un país donde pulula tan crecido número de vagos existan tantas viudas mantenidas por sus hijos, máxime cuando todos sabemos que, por desgracia, no son los hijos de las viudas los mejor educados para el trabajo». Esta insistencia en la excepción viene al caso de las diferencias regionales entre las tres categorías, pues las zonas marítimas o pirenaicas presentan un elevado número de prófugos, mientras que, al contrario, en el interior los reclutas, lejos de puertos y pasos fronterizos, tienden a escoger la excepción o la exclusión como mejor modo de librarse de la quinta.²⁷⁰

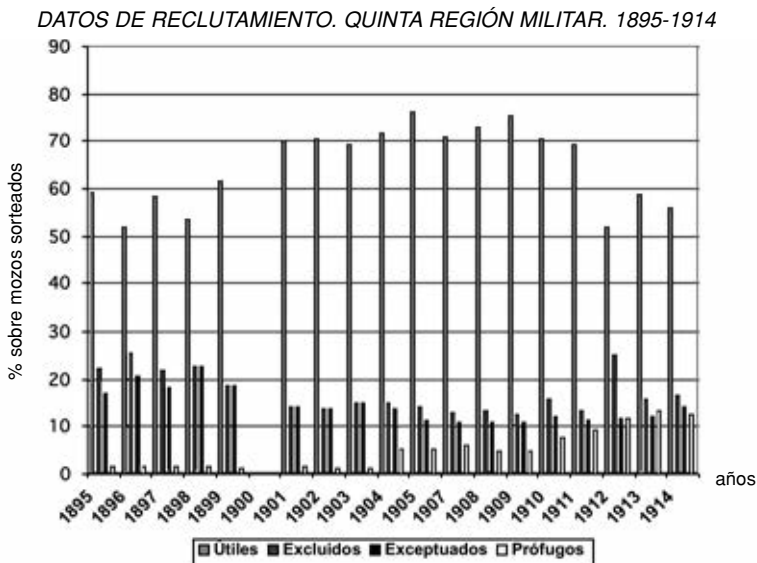
El comportamiento de los mozos de Aragón, por las estadísticas disponibles, parece responder a este patrón, siendo mayoría en las provincias de Zaragoza y Teruel los que utilizaron la excepción, y presentando la de Huesca, además de similares cifras de excluidos y exceptuados, las más elevadas de prófugos de la región aragonesa, debido a la cercanía de la frontera francesa. La documentación conservada de la Comisión Mixta de Huesca permite asomarse a la ventana de la trampa y la huida del quinto desde la narración microhistórica. El expediente de Mariano Buil Nevot, de veintidós años y labrador de Huesca, ofrece sobre eso varias pistas y una certeza, la renuente voluntad de muchos mozos para el servicio de armas y su recorrido por las diversas opciones que ante él se presentaban para evitarlo. Primero lo intentó con la excepción, alegando en 1897 ser hijo de padre pobre y sexagenario, certificándose en efecto que los padres eran braceros del campo y sin ningún tipo de bienes. Sin embargo, la resolución de excepción no llegó, y en 1899 nuestro protagonista pedía ser excluido alegando «de la nariz». Purulentas descripciones al margen, fue trasladado al Hospital Militar de Zaragoza durante cuarenta y cinco días para determinar si su caso era el de la enfermedad «de orena», tipificada en

270 Vila Serra (1903). Las leyes de reclutamiento, para solventar los intersticios legales por los que escapan al servicio los mozos, dejan cada vez menos espacio a la ambigüedad en la exención: se especifican y delimitan hasta 181 casos de defectos físicos que eximen de la incorporación a filas. Los datos fueron publicados por la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico (1915).

el código como merecedora de exclusión. Y aunque no aparece en el expediente la denegación de la exclusión y la declaración de mozo útil, no caben muchas dudas acerca de su existencia, pues la siguiente parada en Huesca la hizo detenido por prófugo por la Guardia Civil de Zaragoza, junto a otro recluta. El caso de Mariano Buil es el de la persistencia en la negativa a la quinta, y el de la adaptación a las diferentes estrategias posibles pasando de las de menor a las de mayor riesgo. Él no tuvo mucha fortuna en su intento, pero sí bastantes otros que alcanzaron la frontera pirenaica, como atestiguan los informes de la Comisión de Reclutamiento oscense. Por ejemplo, de los treinta y siete mozos sorteados en Monzón en 1898, cuatro huieron a Francia, y dieciocho más permanecían condicionales a la espera de una resolución por alegación física o socioeconómica. Algo más del cincuenta por ciento de los mozos alistados, como ocurría con las cifras medias del país. Sin duda que la huida se veía facilitada por el contacto comercial y migratorio de los montañeses con la Francia pirenaica y su conocimiento de los mejores pasos, o los más secretos y recónditos, aprovechando probablemente las vías ocultas a los ojos de la Guardia Civil, practicadas por contrabandistas o simples comerciantes. Esos caminos no serán olvidados al acabar el desastre, bien al contrario, serán todavía más frecuentados desde los primeros lances bélicos del Ejército español en Marruecos.²⁷¹

271 AHPH, Expedientes de reclutamiento, cajas D 2392, D 2398, D 2399, D 2403, D 2400 y D 2862. La relación entre emigración y profuguisimo, por ejemplo, en Azara y Azlor, donde tres de los once mozos sorteados se hallan trabajando en Francia. Dos mozos de Alquézar se hallaban también en Francia, presentando sus respectivos padres los certificados del consulado de Olorón, en los que se les declaraba útiles para el servicio. Los padres alegaron excepción, pero el alcalde se mostraba inflexible, amenazando con declararlos prófugos si no se presentaban en el plazo debido. Entre tanto, la tierra de por medio enfriaba el temor al castigo y alentaba la esperanza de éxito en el prófugo. La estrecha relación entre profuguisimo y emigración de hombres jóvenes en plenitud de facultades de trabajo, en Serrano (1982) y Balboa (1991). Por otro lado, el fenómeno del contrabando en la zona pirenaica, favorecido por lo recóndito del territorio, las malas comunicaciones de camino de herradura y la ventaja que los vecinos tenían respecto a la Guardia Civil y los carabineros en el conocimiento del medio, facilitaba mantener en algunas zonas y valles más frecuentes contactos comerciales y migratorios con Francia que con otros puntos del país. Una muestra de todo esto, el cargamento de dos carros aprehendido en 1890 que pretendía entrar a Jaca desde Canfranc (AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 170). Andolz (1988).

GRÁFICO 1



2.2.2. La segunda mirada hacia Barcelona: 1909 y el escenario marroquí

La segunda mirada hacia Barcelona se produciría inevitablemente en 1909, en uno de los más serios reveses sufridos por la Restauración, la conocida como «Semana Trágica». Las circunstancias que llevaron a ella han sido descritas en numerosas ocasiones, cuando con la llegada al poder del Gobierno de Maura en 1907 se inicia una política agresiva en el norte de Marruecos para tratar, sobre todo, de reparar un «prestigio» nacional maltrecho desde el desastre del 98. A ello se unieron intereses estratégicos y económicos por el control de explotaciones mineras, pero pronto los altercados con las cabilas locales dificultaron la presencia española en la zona, por lo que el Gobierno decidió enviar refuerzos. Cuestionada la decisión por la opinión pública y por algunos periodistas y políticos críticos, que denunciaban como única razón de la movilización el interés de los militares y algunos acaudalados industriales, a comienzos del mes de julio de 1909 se organizan mítines y manifestaciones contra la quinta, produciéndose incluso algunos motines y enfrentamientos en los cuarteles y estaciones de ferrocarril que son punto de partida de los reclutas. La tensión aumenta cuando a partir del día 12 son

también llamados a filas los reservistas del cupo de 1903, quienes ya habían cumplido con sus obligaciones militares y eran en muchos casos padres de familia. El día 14 de julio tienen lugar las primeras protestas en el puerto de Barcelona al efectuarse el embarque de las tropas, continuando los desórdenes en los días siguientes no solo en Barcelona, sino también en Madrid y otros muchos puntos del país. El descontento aumenta con la llegada de las noticias de los combates y las numerosas bajas registradas entre la tropa en torno al monte Gurugú y el barranco del Lobo. Los planes del PSOE y la UGT de canalizar el descontento hacia una huelga parcial, prevista para el 2 de agosto, se desbarataron con el desarrollo de los acontecimientos: la huelga parcial convocada en Barcelona desembocó a partir del 26 de julio en una semana de motines, enfrentamientos con los guardias, daños en los tranvías, levantamiento de barricadas y ataques e incendios de más de cuarenta conventos e iglesias de la ciudad.²⁷²

También en Zaragoza se registraron sucesos en protesta por la movilización militar y la guerra. El día 22 se produjeron las primeras despedidas en la estación de ferrocarril de allegados y reservistas. El 23 fue prohibido por el gobernador un mitin de protesta cuyo permiso fue solicitado por el presidente de Unión Republicana, Baltasar Muro, al haber llegado órdenes expresas del ministro de Gobernación Juan de la Cierva de no permitir «reuniones y mítines que guarden relación con las operaciones militares del Riff». El 24 marchaban nuevas tropas, entre lo que el *Heraldo* describe como la «más franca alegría» y las precauciones gubernamentales «ante el temor de que surgieran incidentes». Y el día 25 se quebró el «orden completo» que venían pregonando no sin cierta cautela los medios conservadores. De mañana aparecieron pegados en las esquinas pasquines convocando a reunirse en el Mercado, lugar donde habría de comenzar la manifestación proyectada contra la guerra. En la puerta principal comenzaron a formarse grupos, «entre los que se veían elementos conocidos como agitadores». Un grupo de unos quinientos marchó hasta la plaza de la Constitución, disolviéndose en principio tras la intimación del jefe de policía, y recorriendo después en grupos más pequeños algunas calles de la ciudad. Dentro del Mercado, otros grupos recorrían las naves

272 Sobre la Semana Trágica, Ullman (1972). Una mirada más reciente sobre los hechos, en Kaplan (2003). Relatos contemporáneos de los acontecimientos, en Canals (1910) y Villaescusa (1910). Ver, para los avatares militares de la campaña, Payne (1968).

al grito de «Abajo la guerra», siendo dispersados por los guardias sable en mano, y más tarde detenidos algunos de los principales republicanos locales, como Venancio Sarría o Nicasio Domingo. Al mismo tiempo, y pese a ser ocultado por la prensa local, gran parte del vecindario de la localidad de Mequinenza se echaba a la calle protestando contra la guerra. Sin haber heridos ni enfrentamientos, «dieron las masas unos cuantos gritos subversivos, impidieron el paso de las barcas del Ebro, rompióse el telégrafo, y seis reclutas que había en el pueblo no pudieron incorporarse a las filas a su debido tiempo», paralizándose el trabajo durante algunas horas en minas, fábricas y establecimientos. En Calatayud se tomaron precauciones al recibir el gobernador carta de la Guardia Civil previendo una posible alteración del orden, que no llegó a producirse.

El día 29, cuando se hacía oficial la suspensión de garantías en toda España, volvían a producirse en Zaragoza altercados de la mano de grupos de trabajadores en son de protesta. La noche anterior ya habían circulado rumores sobre la intención «de ciertos elementos de ir a la huelga», pero en el momento de entrar al tajo los habituales corrillos formados a las puertas de los talleres se limitaron a comentar los sucesos de Barcelona, entrando a sus puestos con normalidad. Pocas horas después eran las obreras tejedoras las primeras en abandonar el trabajo y recorrer las fábricas con mujeres empleadas para extender el paro, y más tarde la huelga se generalizaba en diversos importantes talleres de la ciudad. Los grupos, entre los que seguía habiendo bastantes mujeres, se reúnen luego en la plaza de San Felipe, siendo disueltos por fuerza de policía, mientras el gobernador civil se muestra partidario de «reprimir de forma violenta cualquier alteración del orden en las calles». El preventivo despliegue de fuerzas establecía retenes en puntos estratégicos como el palacio del gobernador, la compañía eléctrica y el Banco de España, y vigilancia en las afueras, donde se establecían talleres y fábricas. Un numeroso grupo de obreros fue disuelto sin dificultad en uno de los puentes del Ebro. Sin embargo, en otros lugares comenzaron a darse cargas y momentos de tensión entre los grupos (con numerosas mujeres todavía) y la fuerza, que llegó a despejar a caballo y sable en mano. La policía repartió «palos de ciego» y detuvo a veintiuna personas, entre ellas cuatro mujeres. La noche transcurrió en calma, aunque con prevención por parte de la autoridad, que no dejaba de enviar patrullas de vigilancia a diversos puntos. Cuando parecía claro que el día siguiente iba a transcurrir con normalidad, la prensa se apresuraba a

celebrar que Zaragoza no secundase el movimiento de Barcelona: «La tradición e historia de nuestra ciudad garantizaban que aquí sabría conservarse la serenidad y la entereza y dar ejemplo, como siempre lo dimos, de viril patriotismo».²⁷³

Parece algo excesivo atribuir color patriótico a la contención de los grupos y la falta de seguimiento de las algaradas de Barcelona, y probablemente haya que achacar a la intensa y puntualmente violenta presencia de los guardias, así como al cierto grado de confusión con el que llegaban las noticias de la Ciudad Condal, la escasa consistencia de la protesta en Zaragoza, que en todo caso parecía no contar con una única dirección. Si el movimiento del día 25 parecía organizado por los republicanos locales, como lo prueba la detención de conocidos militantes como Venancio Sarría,²⁷⁴ en cambio el paro del día 29, pese a no contar con noticias expre-

273 HA, 23 al 26-7-1909, núms. 4526 al 4530, y 29-7-1909, n.º 4532; DAZ, 28 y 29-7-1909, n.º 12858; EN, 26 y 29-7-1909, núms. 2532 y 2535. Los sucesos de Zaragoza adquirieron cierta relevancia, y fueron mencionados junto con los de La Rioja, Bilbao y Alcoy, en el discurso parlamentario de Moret posterior a la crisis. Sobre el motín de Calahorra, Gil Andrés (1998). Algunos autores apuntan detalles omitidos por la prensa, como que en el momento de las primeras partidas de reservistas «las mujeres de Zaragoza se arrojaron ellas mismas sobre los raíles del tren, de donde hubo que quitarlas a la fuerza» (Ward, 1911). La noticia de lo de Mequinzenza llega a la prensa cuatro años más tarde, cuando los veinticinco detenidos, entre ellos varias mujeres, siguen a la espera de la celebración del juicio (HA, 27-1-1913, n.º 5986). El envío de tropas de refuerzo, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 171. También en Monzón hubo un intento de realizar una manifestación contra la guerra, impedida por el alcalde por orden del gobernador (HA, 26-7-1909, n.º 2532). Lo de Calatayud, en AHM, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 169. Indicaba el alcalde al gobernador que «no se nota aquí síntoma alguno de movimiento sedicioso ni llegaron obreros propagandistas protesta guerra», cifrando la continuidad de la calma en la vigilancia de la estación y sobre los «elementos radicales» de la localidad.

274 Sarría, futuro diputado a Cortes durante la Segunda República por el Partido Republicano Radical Socialista, se fue forjando en política durante su juventud, como la mayoría de la generación política protagonista en los años treinta. En 1902 se afilió a la Juventud Republicana de Zaragoza, siendo tan solo dos años más tarde elegido presidente de esa organización. Como representante del Casino Fraternidad Republicana, pasó a ocuparse en 1906 de la secretaría del Patronato en Defensa de la Escuela Laica, compartiendo tareas y esfuerzos con Sebastián Banzo. En 1907 convocó varias reuniones para tratar de movilizar políticamente a la juventud del zaragozano distrito de Democracia. Tras la disolución de la Juventud Republicana, fundó otro grupo llamado Jóvenes Republicanos, activo entre 1907 y 1911. En 1908 y 1909 sus artículos se centraron en la oposición a la intervención española en Marruecos, siendo detenido por espacio de un mes con ocasión de los sucesos de julio de 1909. En 1912 fue de nuevo detenido durante cuatro meses por su artículo «La semana» en *La Correspondencia de Aragón*, por «injurias a la autoridad» al hacer alusiones

sas sobre su organización, pudo haber sido fácilmente preparado por la Federación Local de Sociedades Obreras: la primera pista es que algún casino republicano cerró voluntariamente sus puertas para desmarcarse de las algaradas, y la segunda que el cercano seguimiento por parte de la Federación de los sucesos de Barcelona quedó de manifiesto en octubre de 1909, al organizar un mitin en la plaza de toros en protesta por las represalias adoptadas en el posterior juicio militar. La muerte de Ferrer i Guardia fue sin duda el caso más protestado por liberales y republicanos, aunque a muchos otros tocó penar por aquellos hechos. En lo tocante a Aragón, Diego Abad de Santillán da cuenta del rosario de hombres y mujeres, algunos significados dentro del movimiento libertario catalán, como Anselmo Lorenzo, Leopoldo Bonafulla, Teresa Claramunt, Teresa de Nogués o Sebastián Suñé, que tuvieron que cumplir destierro temporal en localidades como Teruel, Alcañiz, Siétamo, Almudévar, Huesca, Fraga o Boltaña. Eran en realidad penas leves en comparación con las aplicadas a los muchos detenidos, según los conservadores, «verdaderos kabileños», una «turba de asesinos y criminales», «muchedumbres sin Dios y sin historia» entregados a «las más horribles violencias». La lista de los detenidos en Zaragoza, en cambio, revela que estos no eran delincuentes o marginales, sino que, como suele ocurrir cuando se trata de enfocar los rostros de los protagonistas de la protesta, estamos ante gente humilde pero bien asentada y aceptada en sus vecindarios, con trabajo y domicilio estable. No obstante, la información sobre dichos protagonistas es escasa, pues, pese a ser procesados por la jurisdicción civil, pudieron ser alcanzados por el indulto publicado el 25 de febrero de 1910, y por lo tanto se sobreescribió la causa formulada contra ellos, explicándose quizá de este modo su ausencia de los fondos judiciales del Archivo Histórico Provincial de Zaragoza.²⁷⁵

directas al arzobispo Soldevila. Tenía entonces 29 años. Su semblanza biográfica, trazada por Julita Cifuentes en Bernad (dir.) (2003).

275 Abad de Santillán (1960), vol. II, p. 74. Romero Maura (2000) trabajó sobre la idea de la conspiración y la responsabilidad de Ferrer como agitador en la Semana Trágica, justificando de algún modo su castigo final. Sobre los detenidos en Zaragoza, cabe señalar que, además de a cinco mujeres, se apresó a veintiún sujetos entre los que había un camarero, tres dependientes, un obrero, un carpintero, un albañil y un forjador. Eduardo González Calleja (1998a) atribuye la escasa pegada de la protesta en lugares como Zaragoza o Valencia a la especie difundida por el ministro de Gobernación La Cierva, de que lo de Barcelona se trataba de un movimiento separatista, creando cierta confusión entre quienes estaban dispuestos para la protesta (p. 434).

La cuestión marroquí se convirtió en cualquier caso en piedra de toque de la oposición a la Monarquía a partir de 1909 y durante casi todo el primer tercio del siglo, gravitando en torno a ella no solo la política exterior, sino también muchas cuestiones de la doméstica. Las consecuencias de la guerra, unidas a la campaña internacional contra el Gobierno por la muerte de Ferrer i Guardia, no se hicieron esperar, con la caída del Gobierno Maura y el ascenso al poder de Canalejas. Ese fusilamiento provocó incluso la llegada a Zaragoza de fenómenos peligrosamente novedosos, como la amenaza del terrorismo ácrata, al explotar un cartucho de dinamita vindicado «por Ferrer» y «monjas tiemblen».²⁷⁶ Pero la protesta contra la campaña bélica supuso además la confirmación y concreción de un proceso de apertura, para republicanos y partidos obreros, de caminos y motivos de movilización social que se habían manifestado portadores de un enorme potencial subversivo. En efecto, pese a los intentos por contrapesar este disgusto de las clases populares por la guerra con arengas más o menos ardientes de patriotismo, lo cierto es que el sistema de la Restauración vio como en la coyuntura de 1909 daba comienzo la más potente y erosiva crítica sufrida durante su existencia, y que desembocará en una auténtica crisis del Estado a partir de 1917. Pese a las patrióticas manifestaciones de «entusiasmo delirante» organizadas en numerosas localidades al conocerse la toma del monte Gurugú, cuando algunos meses más tarde comenzó a prepararse la siguiente y más larga campaña en Marruecos, la protesta volvió a las primeras de la prensa. Algunas respuestas, como la del vecindario de Mara (Zaragoza), fueron contundentes, recurriendo al viejo motín contra las quintas para prohibir la celebración del sorteo mientras no se quitase de la lista a dos mozos que se hallaban en paradero desconocido.²⁷⁷

276 *EN*, 24-10-1909, n.º 2618. En diciembre de 1909 (*EN*, 11-12-1909, n.º 2666) se detiene por esta causa a los hermanos Ángel y José Chueca y a Alfredo Valero, liberándose al primero de ellos tras tomarle declaración, e inculpando el fiscal a los otros dos por el petardo. Si por algo merece subrayarse la aparición de José Chueca aquí, es por su papel como instigador y protagonista en el asalto anarquista al cuartel del Carmen de la Guardia Civil de Zaragoza, en enero de 1920, asalto que le costó la vida.

277 Lo de Mara, en *EN*, 14-2-1911, n.º 3048. Manifestaciones patrióticas, con volteos de campanas, bandas tocando himnos y vivas a España, en Ariza, Calatayud, Tarazona, Cariñena y Zaragoza (*EN*, 30-9-1909, n.º 2594); también hubo celebraciones, bailes populares, balcones engalanados y vivas patrióticos en Jaca y otras localidades, como Muel, Sádaba, Ateca, Mequinenza, Sos, Ariza, Tauste, Belchite, Villarroya, Fuentes de Ebro, Riela, Gallur y Calatorao (*EN*, 1-10-1909, n.º 2595); y en otros pueblos, como Gelsa, Lupiñén, Pedrola, Villanueva de Sijena (*EN*, 4-10-1909, n.º 2598) y Sariñena (*EN*, 7-10-1909, n.º 2601).

Pero la protesta colectiva con motines y asonadas no fue lo frecuente. Desde la perspectiva de las clases populares, quienes a la postre embarcaban en los puertos ataviados con el uniforme de campaña y con los escasos y anticuados pertrechos militares, una incomprensible brecha se abría entre el transcurrir de la vida cotidiana y los temores que le asaltaban en el fatídico momento de partir. Escribía Arturo Barea que «cada soldado cogido en el mecanismo de un ejército se pregunta a sí mismo en la víspera de ir al frente: “¿Por qué?”, y más cuando las respuestas esparcidas en las arengas militares y las homilías eclesiásticas no resultaban del todo satisfactorias:

¿Por qué tenemos nosotros que luchar contra los moros? ¿Por qué tenemos que civilizarlos si no quieren ser civilizados? ¿Civilizarlos a ellos, nosotros? [...] Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros? Nuestros pueblos no tienen escuelas, las casas son de adobe, dormimos con la ropa puesta, en un camastro de tres tablas en la cuadra, al lado de las mulas, para estar calientes. Comemos una cebolla y un mendrugo de pan al amanecer y nos vamos a trabajar en los campos de sol a sol. [...] Reventamos de hambre y de miseria. El amo nos roba y, si nos quejamos, la Guardia Civil nos muele a palos. Si yo no me hubiera presentado en el cuartel de la Guardia Civil cuando me tocó ser soldado, me hubieran dado una paliza. Me hubieran traído a la fuerza y me hubieran tenido aquí tres años más. Y mañana me van a matar».²⁷⁸

El control sobre los reclutas ejercido por el propio sistema jurídico, el poder disuasorio de las fuerzas del orden o el consenso conseguido a través de los discursos belicistas, impedían encontrar con claridad vías de escape a la quinta. Pero ya se ha visto que en última instancia se encontraban, aun a riesgo de convertirse uno en fugitivo, tullido o tuerto de por vida. Las cifras vuelven a ser elocuentes del rechazo a la quinta nada más comenzar las campañas africanas. Y es que la media nacional de profugismo pasa de 3,44 % en el trienio 1895-1897 a 13,37 % en los años 1912-1914, creciendo también en la región militar de Aragón del 1,6 % al 12,49 %, si bien durante los tres años siguientes (1915-1917) el promedio de las tres provincias aragonesas baja hasta un 4,2 %. Indudablemente los mozos continuaron optando durante las quintas para Marruecos por la excepción (15,7 % en Aragón, dos puntos por encima de la media nacional) y la exclusión (8,3 % de promedio de excluidos total-

278 Barea (2000), p. 325. La vida cotidiana del soldado en Marruecos, también en Bachoud (1988).

mente en Aragón, y un 7,3 % de excluidos temporales). En realidad el engaño que podía sostener la exclusión por motivos físicos no se dejó de dar, ni en retaguardia ni en el escenario de las operaciones bélicas, donde el ingenio debía aguzarse para jugar con la salud siguiendo las enseñanzas recogidas a través de la experiencia previa de otros reclutas. El mismo Arturo Barea narra una escena ilustrativa previa a una peligrosa misión militar en Marruecos:

—¡Cómo se ve que no conoce usted a esa gente! No le pasa nada. Ni a los otros dos tampoco.

—No me digas que estoy tonto o ciego. Martínez tiene fiebre. Sotero tiene la mano como mi bota y Mencheta está chorreando pus.

—Sí, sí. Y ninguno de ellos quiere ir adonde voy yo. Martínez se puso una cabeza de ajo bajo el sobaco durante la noche. Sotero se metió ortigas machacadas en el rasguño que tenía y Mencheta se ha puesto un sinapismo.

—¿Un sinapismo?

—Sí, señor. Uno de esos papeles untados de mostaza que venden en la botica para los catarros. Hace usted un tubito delgado con ellos y se los mete en el caño de la orina y lo deja allí toda la noche. [...] Hay muchas cosas más que se pueden hacer: come uno tabaco y se vuelve amarillo, como si tuviera ictericia. Se calienta una perra gorda y se hace uno una úlcera en la pierna...²⁷⁹

En 1911 diversos colectivos ponían en marcha en Zaragoza sus campañas en contra de la guerra. El Primero de Mayo era la fecha elegida, organizando la Federación Local un mitin en la plaza de toros al que asistieron no pocos republicanos. La comisión organizadora pedía, junto a la protesta contra la guerra y la petición del servicio militar obligatorio, la revisión del proceso Ferrer, la amnistía para los presos políticos o la derogación de la Ley de Jurisdicciones. El final del acto fue tumultuoso y abrió las hostilidades entre anarquistas y republicanos merced a las duras palabras de Luis Fons contra estos, «enemigos del pueblo, servidores del capitalismo...».²⁸⁰ Poco después comenzaba una serie de mítines en los círculos radicales de la ciudad en los que los oradores eran en su mayoría «correligionarios», salvo alguna intervención puntual de algún obrerista destaca-

279 Barea (2000), p. 326. Los datos, en Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico (1915).

280 El mitin del Primero de Mayo de la Lonja, en *LCA*, 2-5-1911, n.º 373. En él tomaron parte José Echegoyen (azucareros), Montoya (madera), Campillo (panaderos), Mingullón (por el periódico sindicalista *La Aurora Social*), Tiburcio Osácar (tipógrafos), Nicasio Domingo y Luis Fons.

do como Osácar. Durante los meses de mayo y junio de 1911 se pudieron escuchar alocuciones instando al Gobierno a evitar la guerra en los locales del centro o de los barrios del Arrabal o Torrero. La retórica podía inflamarse con facilidad, y aludía a argumentaciones recurrentes del republicanism: los intereses de la «plutocracia» que esconde la campaña marroquí, la inutilidad del dispendio económico ante los retos que al país impone «el progreso y la civilización», lo injusto de que vayan los «hijos del pueblo» a morir por otros, o los llamamientos a las mujeres aragonesas para que, si es necesario, «se opongán, como las mujeres catalanas se opusieron en julio de 1909 a que vayan sus hijos a la guerra». En el mitin organizado por las Juventudes radicales en su local Fraternidad Republicana, se pudieron escuchar varias intervenciones contra la guerra utilizando un mismo argumento, el de la puesta en cuestión de uno de los eslóganes con los que los políticos llamaban a filas, el de la necesaria «civilización» de Marruecos. «¿Qué civilización llevaremos nosotros a Marruecos? ¿La de un país de 18 millones de habitantes de los cuales 14 son analfabetos? ¿La de una industria propia de la edad judía, de una agricultura prehistórica, de una enseñanza verdaderamente marroquí?». No es de extrañar el protagonismo de los jóvenes republicanos contra la movilización bélica, además de por cuestiones ideológicas, por constituir la siguiente generación de movilizados tras el desastre. Muchos de ellos, al menos en las ciudades, cuentan con una sociología distinta, hijos de profesionales y clases medias, cultivados, imbuidos de ideales de rebeldía y con «sangre» para la acción. Integran las Juventudes Radicales, participativas en las campañas políticas de los partidos y dispuestas para tomar la supremacía de la calle frente a sus oponentes clericales y monárquicos.²⁸¹

Álvaro de Albornoz escribía en la prensa sobre la cuestión de la guerra, explicando que la postura del partido era la del «antimilitarismo más modesto de los que afirmamos y sostenemos que el ejército no puede ser, en las democracias, un poder del Estado». El radicalismo republicano asumía la existencia del Ejército, pero sin prerrogativas por encima del poder civil como la que indicaba la Ley de Jurisdicciones, y se distanciaba del «antimilitarismo revolucionario», el de aquellos que únicamente ven el

281 Los mítines contra la guerra, en *LCA*, 25 y 26-5-1911, núms. 392 y 393, y 5, 12 y 15-6-1911, núms. 401, 407 y 410.

ejército «como instrumento al servicio de la burguesía gobernante». En realidad, más allá de hilaturas terminológicas, el republicanismo pretendía vehicular y aglutinar a una opinión pública que, lejos de mostrarse antimilitarista o pacifista, protestaba tan solo por el desigual reparto de cargas entre los que promovían la guerra y quienes la llevaban a cabo. Incluso podría decirse, a tenor de algunas actitudes de la multitud durante los motines, que tampoco se está en contra del Ejército, o al menos no tanto como se está en contra de la Guardia Civil. Es cierto, no obstante, que en algunos mítines obreros y republicanos se podían escuchar expresiones de rechazo hacia las guerras, «pues constituyen un baldón para la humanidad». Con ideas de esta índole, partidos como la Conjunción Republicano-Socialista trataban de canalizar el descontento de los sectores populares hacia la quinta y, al mismo tiempo, movilizar a los sectores urbanos que contaban con una identidad política definida contra la Monarquía y su política bélica. Los argumentos repiten lo pretencioso que suponía la excusa de la «civilización» que el poder político ofrecía para explicar la campaña africana:

No hay pan que dar a las muchedumbres paupérrimas pero habrá un tesoro para invertirlo en bronce y pólvora; no hay brazos que cultiven nuestros campos y yermos pero habrá pechos jóvenes que reciban las balas que defienden la independencia de Marruecos; no podemos arrancar la barbarie a nuestras aldeas pero en nombre de la civilización iremos a someter la morisma; no pudimos conservar nuestras colonias y pretendemos ser colonizadores. Nuestra conducta no puede ser más loca y absurda ni la paciencia y la mansedumbre del país más vergonzosas [...].²⁸²

Ante la impopularidad de las quintas, el nuevo Gobierno presidido por Canalejas promulga en febrero de 1912 una nueva Ley del Servicio Militar Obligatorio. En ella se declaraba obligatorio el servicio militar para todos los españoles varones con aptitud para manejar las armas, quedando prohibidas por el artículo 4.º la redención en metálico, la sustitución y el cambio de número en el sorteo. Sin embargo, se introducía la figura de la «cuota militar», por la que los mozos que se costeasen el equipo y entregasen mil pesetas permanecerían únicamente diez meses en filas, que se verían reducidos a cinco si la cantidad ascendía a dos mil pesetas. De

²⁸² LCA, 18-5-1911, n.º 386. El artículo de Albornoz, «Nuestro antimilitarismo», LCA, 3-11-1911, n.º 525.

nuevo, el dinero marcaba las diferencias, denunciándose entre la opinión general y los medios críticos que las reformas legales mantenían los viejos privilegios de la redención de manera encubierta, empujando a las clases pobres al destino más ingrato, a Marruecos. Un destino que no era, en palabras de Manuel Ciges Aparicio, sino «una abominable cadena de intereses que han puesto al cuello de España para rendirla más». Esta percepción volvía a hacer del sistema de recluta objeto de los mayores recelos: «sus hijos [los de los obreros] son los que han sufrido los tropiezos de nuestros primeros tanteos en el Rif; ellos son los que ahora esperan el posible choque alojados en barracones que en verano se tuestan al sol y se pueblan de parásitos, y en invierno se calan y encharcan». Por toda esta cadena de motivos, los órganos socialistas y radicales no tardaron mucho en organizar una nueva campaña de protesta contra la guerra.²⁸³

El Partido Socialista inicia en el verano de 1913 una intensa campaña por este motivo, consiguiendo movilizar a militantes y simpatizantes como nunca hasta la fecha lo había conseguido un partido obrero. Se organizan mítines y manifestaciones de protesta y se recogen firmas durante el primer semestre de 1914, superando las cuatrocientas mil en todo el país. Es uno de los primeros ejemplos en los que se puede comprobar como las multitudes, que anteriormente tan solo se movilizaban por asuntos locales, se incorporan a la política nacional a través de formas novedosas de participación pública. El mitin adquiere un papel protagonista en la difusión de las ideas y la organización de acciones de oposición colectivas, y la violencia del motín va dejando paso a acciones indirectas que exigen una respuesta política no solo para los demandantes, sino también para el conjunto de la opinión pública. Ahora bien, hay que hacer notar que, pese a incrementar su presencia, el Partido Socialista no contaba con suficiente raigambre en Zaragoza como para liderar la campaña con éxito. En las secciones y en la propia Federación Obrera primaba el anarquismo, y, aunque los llamamientos a la unidad de acción se escuchaban por doquier, todavía no era posible la unidad frente a un objetivo común. El antimili-

283 Ciges Aparicio (1912), pp. 76-77. Las cifras de los mozos de cuota siempre fueron mayores en Zaragoza que en Huesca y Teruel, ofreciendo en el conjunto del territorio aragonés los siguientes porcentajes respecto de los mozos del cupo: 5 % en 1912; 5,7 % en 1913; 6,1 % en 1915; y 4,3% en 1916 (Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 18).

tarismo no tenía prioridad en las agendas de las sociedades, como se vio en el mitin del Primero de Mayo de 1913, celebrado en la plaza de toros de la capital. Tan solo hubo una intervención crítica contra las guerras, por parte de Tiburcio Osácar, quien las calificó de «crimen de lesa humanidad», motivo por el que fue amonestado por la presidencia. Fue el republicanismo el que primero y más eficientemente articuló un discurso crítico hacia la guerra y las políticas belicistas no solo de España, sino también, y conforme iban llegando noticias de la tensión militar europea, allende las fronteras patrias.²⁸⁴

La prueba más palpable de esta eficacia difusora de las ideas antibelicistas descansa en el mitin celebrado en el Teatro Circo pocos meses más tarde, y organizado por las sociedades obreras «de acuerdo con la inteligencia republicana». Se escucharon gritos de «¡abajo la guerra!», invocaciones de «cultura y libertad», llamamientos a la unión obrera y republicana, críticas al papel internacional de Francia, y abominaciones de la guerra por dar salida a «la bestia humana». Terminó Álvaro de Albornoz criticando al Gobierno liberal por haber prohibido la manifestación pública al final del mitin, ante lo cual numerosas voces clamaban «¡que se haga la manifestación!». Sin embargo, el propio Albornoz, temiendo una reacción de la autoridad, recomendó a los concurrentes que se disolviesen, como así lo hicieron. Hubo un nuevo mitin en febrero de 1914, organizado por las sociedades obreras en la Casa del Pueblo cedida por los republicanos. Además de las alocuciones contra la guerra de Marruecos y abogando por la liberación de presos sociales, quizá merezca destacarse que como una de las conclusiones se aplaudió la necesidad de constituir lo antes posible la Federación Local de Sociedades Obreras, que por la represión seguida a la huelga de 1911 había desaparecido formalmente. Es decir, la actividad y el compromiso en campañas como la que estamos hablando refuerzan la solidaridad interna, elevan los niveles de expectativas de cambio y motivan a crecer en los niveles organizativos y los recursos para la movilización.²⁸⁵

284 El mitin del Primero de Mayo de 1913, en *HA*, 2-5-1913, n.º 6079.

285 En el mitin del Teatro Circo hablaron por la parte obrera Ángel Lacort y Tiburcio Osácar, y por los republicanos, Venancio Sarría, Nicolás Ferrer como representante de los correligionarios de Ayerbe, Manuel Bescós, Gil y Gil y Albornoz. En las conclusiones, enviadas al Gobierno, se decía que «Aragón, arma de la patria que ha sabido morir por ella, ante la desacertada política africana que lleva estéril a los hijos del pueblo, demanda

Sin embargo, pocos meses más tarde el inicio de la Primera Guerra Mundial en el escenario europeo lleva el desánimo a las filas obreras, cuando comprueban que el internacionalismo ha caído pronto en el olvido y que los hijos de los trabajadores franceses, alemanes o ingleses marchan ardorosos a combatir en las trincheras que marcan sus fronteras. La intensidad de la oposición disminuye conforme lo hacen las acciones en Marruecos, y los debates en la opinión pública no cuestionan la guerra, sino que se posicionan entre «aliadófilos» y «germanófilos». En la región aragonesa, la asamblea general de la Cámara Agrícola del Alto Aragón votó en Barbastro, en octubre de 1915, un «Manifiesto al país» en tono extremadamente reaccionario, antirrepublicano y progermánico, mientras que en Zaragoza una serie de notables suscribió un manifiesto de «Amistad Hispano-Germana» en 1916. Los aliadófilos recogieron adhesiones a Bélgica en 1916, participando desde católicos sociales hasta republicanos como Paraíso, y en 1917 Lerroux estuvo en Zaragoza proponiendo la intervención española junto a los aliados. El carácter de la movilización tenía mucho que ver con la identidad política y la difusión de la opinión a través de los medios de comunicación de masas. En este sentido, es destacable el protagonismo que algunas mujeres adquirieron en la escritura de artículos antibelicistas. En el rotativo republicano *El Ideal de Aragón* escribía durante estos años una joven María Domínguez, quien sería la primera alcaldesa española a partir de 1931, así como otras republicanas que firmaban bajo seudónimos (Imperia, Almina). Sus escritos daban cuenta de su opinión respecto de muchos temas (las mujeres en los toros, las drogas en los jóvenes, etc.), pero destacan por su insistencia los que se ocupaban de la guerra europea en un sentido antigermano y solidario con los países invadidos y los aliados.²⁸⁶

la inmediata terminación de la guerra con la consiguiente repatriación de tropas, y dice a los poderes públicos: para el trabajo y la cultura, para caminos, riegos, fomento de la riqueza y reforma social, nuestro esfuerzo jamás regateado; para insensatas empresas, para combatir sin plan ni objetivo en Marruecos, ni una peseta, ni un hombre» (*HA*, 4-8-1913, n.º 6173). El mitin de 1914, en *HA*, 7-2-1914, n.º 6339. Allí tomaron la palabra Manuel Montoya, Luis Porcell, Ignacio Lapiedra, Tiburcio Osácar, Manuel Buenacasa, Tomás Ginés y Ángel Lacort.

²⁸⁶ Artículos antibelicistas, en *EIA*, 15-1-1916 (Imperia), 12-2-1916, 6-5-1916 (M. Domínguez), 13-5-1916 (Almina) y 24-6-1916 (M. Domínguez). La más intensa movilización «antigermanófila», en *EIA*, desde marzo de 1917.

Casi al mismo tiempo escribieron artículos en contra de la pena de muerte y por la liberación de los presos políticos y sociales. En ellos se combinaba la creencia en el progreso colectivo basado en la educación y la razón, con la oposición a los corpus ideológicos y ordenamientos políticos basados en la dominación y la imposición. El republicanismo interpretaba el mantenimiento de la pena de muerte como un residuo del oscurantismo inquisitorial y como la máxima expresión de la inhumanidad de los sistemas punitivos propios del pasado. Con las movilizaciones violentas y masivas a partir de 1910, tuvieron lugar sucesivas campañas de oposición por la retención de presos o pidiendo el indulto de los reos, en las que también participaron mujeres que se ganaban con ello el aprecio y admiración de sus correligionarios (“queridas compañeras, hermanas de ideas, mujeres modelo: Almina, Domínguez, Stellina e Imperia, de inteligencia despejada, con más rebeldía y más energías que muchos de los que llevamos pantalones y nos llamamos hombres, pero que no pasamos de ser niñas”). «¿Hasta cuándo?», se preguntaba María Domínguez sobre la pena de muerte en agosto de 1916. La denuncia de la guerra, la muerte y la opresión política enmarcaban significativamente acontecimientos y experiencias que ahora, a través de un discurso articulado en torno a concepciones sobre la verdad, la democracia y la justicia, se percibían por amplios grupos de población como agravios merecedores de respuesta. Por eso las detenciones de articulistas ofrecían un motivo recurrente para la denuncia pública. A nivel local, la prisión del redactor oscense José Ayala en octubre de 1915 provocó las simpatías de los republicanos, la aparición de escritos en prensa y su lectura en veladas de homenaje, siendo también aireado el caso de Augusto Lagunas, quien había dirigido en Alcañiz una campaña de prensa contra el potentado local Andrade. La potente sensibilización social respecto de estas detenciones permitió celebrar en septiembre de 1916 un mitin «pro-presos» en Zaragoza, y un segundo mitin en octubre de ese mismo año.²⁸⁷

287 Los mítines, en *EIA*, 9-9-1916 y 21-10-1916. Sobre las detenciones por «delitos de imprenta», *EIA*, 23-10-1915, 20-11-1915, 4-12-1915, 25-12-1915 (sobre Ayala) y 2-9-1916 (sobre Lagunas). El artículo de María Domínguez, en *EIA*, 5-8-1916. Lo de las mujeres, en *EIA*, 27-5-1916.

El mar de fondo de las campañas de oposición a la guerra seguía conformado por los afanes de muchos hombres por eludir la quinta. Continuaban siendo válidas las tácticas silenciosas e individuales, como la exclusión y la excepción, que en Aragón alcanzaron unos porcentajes muy superiores a la media nacional, y el profuguisimo, usado en menor medida en la región. Pero lo más importante es que las campañas de prensa y de partido consiguieron polarizar la opinión pública, identificándose al imperialismo germanófilo con los sectores conservadores de la sociedad española, y a estos con las políticas belicistas y la movilización militar. Frente a ellos se situaban los sectores autoidentificados como aliadófilos, autodefinidos como progresistas, contrarios a la Monarquía y al sistema de poder instituido, y abanderados de las políticas democráticas y la diplomacia. Arturo Barea ofrece en su fresco del primer tercio del siglo XX español escenas de aquella polarización y del enfrentamiento a que daría lugar algunos años más tarde, cuando en los primeros veinte se debatía sobre la conveniencia de la retirada de Marruecos:

Se había formado un gran corro alrededor de nuestra mesa. La mayoría vociferaba que debíamos abandonar Marruecos, pero había una minoría que mantenía lo contrario. De repente, el chico de los periódicos gritó:

—Claro, los señoritos no quieren que nos marchemos de allí. ¡Viva la República!

El grito fue tan absurdamente inesperado que por un instante se hizo un silencio total. Pero un momento más tarde sonaban bofetadas, se levantaban sillas en alto y volaban algunos vasos y botellas.²⁸⁸

288 Barea (2000), p. 503. Cifras de evasión de la quinta de 1915 a 1917: exclusiones en Zaragoza (9 %), Huesca (8,3 %) y Teruel (7,7 %), con una media nacional de 7,8 %; excepciones en Zaragoza (16,3 %), Huesca (13,8 %) y Teruel (17,1 %); profuguisimo en Zaragoza (2,8 %), Huesca (6 %) y Teruel (2,8 %). En Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico (1918).

CAPÍTULO 3

HACIA LA CRESTA DE LA OLA (1910-1917)

La asimilación de los grupos y actores sociales en movimiento con imágenes «inundatorias» o «masivas» fue muy prodigada por ensayistas y pensadores conservadores, una vez que esas «masas» adquirirían el protagonismo en la escena política y social de los países en proceso de cambio industrial y urbano. Conforme avanzaba el siglo, las clases rectoras iban comprobando, primero con incredulidad y con notable desagrado después, que aquellas lograban organizarse con eficacia y que estaban dispuestas a utilizar la violencia para conquistar sus objetivos. 1917 marcó al respecto un hito significativo, al constituir la primera tentativa revolucionaria a nivel estatal, inaugurando el turbulento período del «trienio bolchevique». Por todo esto, y pese a no compartir las visiones peyorativas sobre las masas de la época, la imagen de la ola resulta sugerente para titular un apartado que pretende describir tanto la intensificación de la protesta social a partir de 1915, como los cambios cualitativos en la organización y ejecución de los movimientos de protesta colectiva. Y porque resultaba meridianamente claro que la eficacia de los movimientos contemporáneos iba de la mano de la disposición de formas demostrativas capaces de aglutinar a sectores muy amplios de población.

3.1. La huelga general: la puesta de largo (1909-1912)

Tras la crisis de subsistencias de 1905 y la campaña organizada por el Partido Socialista se produjo un descenso en el número de protestas, coincidiendo quizás con una «búsqueda de rumbo» tras los intentos frustrados

de huelga general, las detenciones y la presión de la autoridad sobre líderes y sociedades, la crisis de poder en el seno de la Federación Local y la potente entrada en escena de otros actores como el republicanismo y, en otros contextos, los nacionalismos contestatarios. Fue un momento en el que necesariamente se hubieron de revisar tácticas y prospectar nuevos caminos de movilización social. La afluencia de numerosos trabajadores a la capital para ocuparse en las obras de la urbanización de la huerta de Santa Engracia y la Exposición Internacional Hispano-Francesa de 1908, no provocó un aumento de la conflictividad sino que, al contrario, la elevada ocupación y el ambiente social favorable al desarrollo feliz del evento frenaron el ímpetu reivindicativo de las asociaciones obreras. No volvería a reanudarse la protesta en el ámbito del trabajo hasta 1910, fecha en la que, ocupados los puestos directivos locales por anarquistas, se incrementó de forma inusitada el número de conflictos entre trabajadores y patronos. En opinión de Jordana de Pozas, observador cercano del fenómeno, la causa de ese incremento del número de huelgas no había que buscarla en la prosperidad de la industria y la búsqueda del beneficio por los empresarios, ni en ningún acuerdo adoptado por estos para empeorar la condición del trabajador. Había que buscarla dentro de la propia organización obrera:

[...] ésta, sea por no hallarse satisfecha de los resultados obtenidos con su prudente conducta de años anteriores, sea por excitaciones que de fuera le vinieran, y, desde luego, estimulada por un hombre especialmente hábil para estas luchas y ganado al sindicalismo en su más moderna acepción, cambia su táctica y, sin llegar a la práctica de “la huelga por la huelga”, tiene menos reparos en usar de esta arma, y hasta en ocasiones provoca la ocasión de utilizarla.²⁸⁹

Jordana se refería casi con total seguridad a Ángel Lacort, omnipresente director y negociador en los conflictos obreros de estos años. Sin embargo, su sola presencia y actividad no explican por sí solas el incremento de la intensidad y número de las protestas obreras. En efecto, hubo en 1910 veintitrés conflictos obreros, cuando en los años precedentes más inmediatos la media era de tres o cuatro, y desde luego que parece algo excesivo atribuir este cambio al particular carácter, recursos o tendencia de un líder, sin que esa opinión reste ni peso ni mérito a la tarea organizativa y agitadora de toda una nueva generación de hombres y mujeres comprometidos con la causa de los trabajadores. Dos vías de argumentación solapadas resultan verosímiles, la una de

289 Jordana de Pozas (1915), p. 38.

corte sociológico y la otra, apuntada por Jordana, de tipo «táctico». Sobre la primera es preciso apuntar que en las dos primeras décadas del nuevo siglo se produce el grueso de la emigración regional rural hacia la capital zaragozana, generalmente tratando de huir de la crisis agrícola y de zonas y mercados incapaces de adaptarse a las nuevas condiciones económicas. Entre 1900 y 1920 llegan a la ciudad unos treinta y cinco mil inmigrantes, a los que hay que añadir unos trece mil trabajadores agrícolas de la huerta de Zaragoza que estacionalmente trabajan en sectores como la construcción. Se va conformando, por tanto, un proletariado numeroso y escasamente cualificado, absorbido por las obras urbanas o los campos de remolacha que abastecían a las azucareras y alcoholeras entre los meses de enero y marzo. Puede hablarse por tanto de una nueva clase trabajadora, pluriactiva, eventual, sin cualificar y de extracción rural y campesina en su primera generación, que carece de tradiciones asociativas y que porta consigo características identitarias propias como su difusa percepción contraria al Estado, a la ciudad y en general a la política, en su mapa de ideas responsables de su precaria situación y, en último término, de su expulsión del campo.²⁹⁰

Esta condición social y cultural del proletariado zaragozano explica el cambio «táctico» experimentado en el seno del movimiento obrero local durante estos años. Los artesanos de oficio, cualificados, alfabetizados, con más altos salarios y mayor nivel de estabilidad laboral, que habían constituido el núcleo fuerte del primer movimiento obrero zaragozano, quedan, por el tipo de crecimiento industrial experimentado en la ciudad, relegados ahora a un segundo plano. Y es que los tradicionales discursos ugetistas y socialistas, favorables a la mediación política y sustentadores de la pionera actividad reivindicativa del artesanado, encuentran fuertes impedimentos para penetrar en el nuevo tipo de proletariado urbano inmigrante. Poco cualificado, mal remunerado y sometido con frecuencia a la amenaza del paro, constituía un colectivo heterogéneo que prefería dar prioridad a la respuesta sindical directa antes que a peregrinas aventuras políticas. En opinión de Carlos Forcadell, esta opción, que suele desembocar en tendencias

290 Fernández Clemente y Forcadell Álvarez (1992). Germán Zubero (1998), p. 50, cifra en nueve el número de huelgas de 1910, que es el de conflictos tabulados por el Instituto de Reformas Sociales en sus estadísticas, número al que habría que sumar aquellas huelgas «de que ha tenido conocimiento la sección [del IRS], pero de las cuales no ha sido posible obtener datos concretos», y de las que da cuenta la prensa local.

más o menos «radicales», es una característica de sociedades en proceso de industrialización, donde el sector primario cuenta todavía con cierto peso, y, sobre todo, del momento de la transición de la producción agrícola a pequeña escala a la producción industrial. La resistencia de la Restauración para reconocer e integrar a las organizaciones obreras en el juego político tampoco contribuyó a atemperar las reclamaciones obreras, que percibirán el sistema de representación política como algo cada vez más ajeno. Las numerosas huelgas parciales organizadas por las sociedades de la ciudad solían terminar con buenos resultados para los trabajadores, algo que reforzaba la táctica sindical de la FLSO. Dentro de ella, eran las asambleas de trabajadores las que decidían la huelga, manteniendo como herramienta última de presión negociadora la huelga general de todos los oficios, algo a lo que se recurrió con mayor asiduidad gracias a su mejor coordinación. Dejando de lado el carácter «revolucionario» adoptado por la recién nacida CNT, la Federación zaragozana optó por un sindicalismo «autónomo» centrado en resolver las carencias económicas de los trabajadores, y en principio carente de connotaciones políticas. Es cierto que durante la fundación de la CNT en 1910 hubo representación aragonesa, y que todo parecía indicar que las sociedades iban a adscribirse a la nueva organización. Apunta Buenacasa que «no dejó de discutirse y dictaminarse ampliamente sobre principios, ideas, tácticas y finalidades», aunque dándose prioridad a la constitución de la Confederación. Poco después dicha Confederación adoptaría el «sindicalismo revolucionario» como táctica oficial, iniciándose entonces el alejamiento de la Federación zaragozana de la CNT hasta el final de la segunda década del xx. Hasta entonces, el sindicalismo «radical» de las secciones zaragozanas, surgido a partir de la propia experiencia reivindicativa, de la evolución de las organizaciones obreras y del intento de rescatar al anarquismo de la moderación socialista, daría su apoyo moral y no pocas muestras de simpatía a la organización cenetista. Porque por estas tierras tejedores, albañiles, fundidores, alpargateros, tranviarios, cordeleros, panaderos..., seguían confiando en la eficacia de la huelga de oficio como medio perfectamente válido de negociación con la patronal.²⁹¹

291 Vicente Villanueva (1993), pp. 44-45, Buenacasa (1977), p. 39, y Forcadell Álvarez (2000), p. 61. Es preciso tener presente que en poco tiempo se incorpora a la tradición asociativa local toda una nueva generación de dirigentes, tanto de cuadros sindicales como de propagandistas foráneos, lo que explicará no pocas de las diferencias surgidas en el seno del órgano principal de coordinación obrera, la Federación Local de Sociedades Obreras, y

A estas alturas, la preparación, desarrollo y desenlace de los conflictos sectoriales casi estaban ritualizados. Tras acordarlo así en las asambleas del oficio, se comenzaba con el paro y se presentaban las «bases» sobre las condiciones del trabajo o el salario por parte de los trabajadores, que entregaban al empresario y en algún caso al gobernador, bien cuando el conflicto se enquistaba (generalmente debido a la inflexibilidad patronal), bien cuando se preveía una negativa del patrono y se quería conseguir una gestión favorable de la autoridad. Lo hicieron las tejedoras de la fábrica del «prestigioso industrial» Pina, solicitando aumento de salario en enero, y en mayo los fundidores del taller Guitart. Sin embargo, aunque en unos casos la solución tardaba en llegar varios días o semanas, en otros no ocurría así, precipitándose una rápida salida por la mediación de la autoridad y la concesión por los empresarios de las peticiones obreras, como sucedió con el conato de huelga de operarias de una fábrica de la ciudad o el paro de metalúrgicos por pedir el pago semanal del salario. Los azucareros solicitaron el despido de los obreros que no estuvieran federados, pidiendo la entrada en escena del Consejo de Conciliación pese a la oposición del patrono, y los albañiles hicieron lo propio en el conflicto planteado por el despido de un obrero.

Junto a estos últimos, los metalúrgicos muestran gran capacidad y organización en su movilización. En junio los constructores de camas de la casa Irisarri inician una huelga reclamando la abolición del trabajo a destajo y el pago reglamentado de las horas extraordinarias, nombrando en asamblea a tres obreros para formar, junto a tres patronos y el gobernador como mediador, un tribunal de arbitraje. Sin embargo, estos cauces de negociación no ofrecían garantías para los obreros, que acuden en grupos frente a la fábrica para dejar clara su capacidad de presión. Este tipo de incidentes, que solían terminar en enfrentamientos con los guardias, detenciones y un incremento de la tensión, obstaculizaban generalmente las negociaciones, y en ocasiones venían justificados por el empleo por parte patronal de esquirols, tanto para continuar con la producción como para provocar las iras de los sindicalistas y dejarlos en evidencia ante la opinión pública como propensos a las violencias. Algo parecido pasó durante esta huelga de metalúrgicos, que fue

que esconde tensiones de fondo entre sindicalismo, laboralismo, anarcosindicalismo, anarquismo teórico y anarquismo de acción. La advertencia sobre la necesidad de hilar fino al respecto, así como sobre la intensa relación entre el movimiento obrero aragonés y la Barcelona de los años diez, en Gabriel Sirvent (2002).

durante meses adentrándose en una espiral de provocaciones y resistencias en las que el tema de los esquirols pasó a ser parte fundamental de las reclamaciones obreras. A finales de julio la Junta Local de Reformas Sociales, y siendo Matías Pastor su secretario, medió en el asunto para lograr casi la totalidad de las reclamaciones de los trabajadores.²⁹²

Lo más importante del caso es quizás comprobar como nuevos campos semánticos relativos al conflicto y la negociación laboral («bases escritas», «tribunales de arbitraje», «juntas locales de reformas sociales», «comunicados de prensa»...) se van asentando entre los protagonistas de la contienda, indicios en realidad de que en la cultura política de los sectores populares se concede una nueva y cada vez mayor importancia a los procesos de negociación colectiva y a la opinión pública. Tanto la Ley de Huelgas de 1909 como la de Conciliación y Arbitraje constituyeron los principales puntales legislativos del Estado para controlar y moderar las reivindicaciones obreras a través de la apertura de vías de mediación. Dichas vías resultaban en principio efectivas para las huelgas parciales de oficios (o al menos disfrutaron de cierto crédito inicial por parte de las sociedades), pero inoperantes para impedir la extensión de las reivindicaciones y el incremento de los niveles de enfrentamiento bajo ciertas circunstancias, y en última instancia ineficaces para amortiguar el empleo de la fuerza por parte de los gobiernos. Quizás el ejemplo más palmario del escaso desarrollo de los organismos y prácticas de negociación fue el envío por parte de Canalejas de un ejército de varios miles de soldados para

292 Las noticias sobre las huelgas las hallamos casi todas en la prensa local y las *Estadísticas* del Instituto de Reformas Sociales. Tejedoras: *HA*, 15-1-1910, n.º 4707. Operarias: *HA*, 27-2-1910, n.º 4748 (no se menciona la casa ni el oficio). Metalúrgicos: *HA*, 19-3-1910, n.º 4768 (en la casa «Maquinaria y metalurgia aragonesa»); *HA*, 4-5-1910, n.º 4812 (fundidores del taller «Guitard»); *HA*, 9-6-1910, n.º 4847, *HA*, 28-6-1910, n.º 4865, *HA*, 1,4, 5 y 12-7-1910, núms. 4868, 4791, 4792 y 4879 (fábrica de camas «Irisarri»); IRS (1912) (fundidores de Utebo). Cordeleros: *HA*, 13-6-1910, n.º 4851 (cordeleros «de Zaragoza»); *HA*, 26-8-1910, n.º 4924 (casa «Hijos de Pedro Marín»). Azucareros: *HA*, 24-8-1910, n.º 4922, y *HA*, 7-9-1910, n.º 4934 («Azucarera del Gállego»), produciéndose a las puertas de la fábrica algunos tumultos entre obreros y fuerza pública. Albañiles: *HA*, 9 y 28-6-1910, núms. 4847 y 4865, y *HA*, 1-7-1910, n.º 4868. Algunos datos de esta huelga de albañiles resultan destacables, como que durante su desarrollo se reunió por primera vez el Tribunal de Conciliación o arbitraje en Zaragoza a petición de los obreros (dice *Heraldo* que hubo de ser de las primeras en hacerlo en provincias), o que como representantes de los obreros figuraron tres nombres que adquirirían relevancia en el panorama obrerista local, Luis Fons (en ocasiones algunas fuentes lo consignan como Font, preferimos aquí el más usado en crónicas de prensa y fuentes policiales), Gregorio Naval y Manuel Fando.

reprimir las huelgas y tumultos mineros en 1910, algo por lo que se criticaría fuertemente al presidente liberal.

La Federación Local zaragozana no quiso mantenerse al margen del llamamiento a la solidaridad de los huelguistas vizcaínos y organizó un «grandioso» mitin en el escenario habitual, el Teatro Circo. Presidió el líder de la FLSO Valero Salas, fue secretario Joaquín Zuferrí, y hablaron al público otros habituales, como el ebanista Antonio Laborda, el sillero Nicasio Domingo, el fundidor Ernesto Marcén, la feminista Antonia Maymón y el albañil Luis Fons, prodigándose todos en críticas al Gobierno y en arengas a la solidaridad de los obreros de Zaragoza para con los de Bilbao. Finalmente se aprobó enviar al presidente del Consejo de Ministros un mensaje tan amenazante como ambiguo, dando cuenta de la disposición de la FLSO para proclamar la huelga general «si en plazo breve no hace el gobierno porque se solucionen los gravísimos conflictos surgidos por la intransigencia de los patronos en Bilbao, Santander y Barcelona». Pocas semanas más tarde se convocaba una asamblea en el local de la Federación de la calle Santo Dominguito de Val para intentar unificar posturas ante las confusas noticias que llegaban de la capital vizcaína. Un error en la recepción de un mensaje, un retraso o un fallo técnico podían dar al traste con toda una táctica, y eso era algo que sabían no solo los obreros, sino también el resto de agentes sociales implicados, patronal y Gobierno. Eran lógicas, por tanto, las suspicacias y diatribas en torno a la veracidad de las comunicaciones, hasta el punto de enviar desde Zaragoza una comisión de obreros a Bilbao para recibir información fidedigna. Hubo nuevos debates a su regreso sobre la conveniencia y riesgos de ir a la huelga, debates en los que sin duda influyó el hecho de ser Zaragoza el único núcleo en disposición de apoyar a los mineros con un paro general. Se acordó finalmente ir a la huelga, pero con «actitud expectante», y dejando la Federación «libertad de acción» a los obreros de las sociedades para adherirse a ella o no hacerlo. Las dudas, no obstante, planeaban en los pensamientos de los dirigentes, pues, como uno de los oradores apuntaba, «en la Federación existen cuatro mil obreros federados, y fuera de la Federación hay en junto una masa obrera de veinte a veinticinco mil hombres. ¿Cómo pues vamos a plantear una huelga que no sería general?». ²⁹³

293 El mitin de solidaridad, en *HA*, 2-8-1910, n.º 4900. La siguiente reunión en la que se trató de la veracidad del telegrama vizcaíno, en *HA*, 29-8-1910, n.º 4927, donde tomaron la palabra Luis Fons, Antonio Laborda, Joaquín Zuferrí, José Echeгойen y Banzo.

Y llega el día de la huelga. Había que movilizar con eficacia al resto de obreros y hacer circular la noticia entre la opinión pública. «La animación era grande» en el centro de la Federación, marchando en la hora de apertura los grupos de huelguistas hacia los talleres y fábricas, y consiguiendo sin mayores resistencias el cierre en la mayoría de ellos, hecho que venía a probar, al decir del *Heraldo*, «la crisis industrial porque atraviesa Zaragoza». Las mujeres volvieron a adquirir protagonismo en los acontecimientos al mostrarse como «las que más se identificaban con los trabajos de propaganda», secundando el paro las guarnecedoras, corseteras, tejedoras, traperas, modistas y otros oficios. Un grupo de huelguistas feministas recorrió los mercados, consiguiendo además paralizar los trabajos en varias fábricas y talleres, y marchando luego al Centro Obrero para «recibir instrucciones». Allí discurrían las conferencias entre los huelguistas y el comité, y se celebraban sendas reuniones, una de hombres y otra de mujeres, en las que se nombraron las comisiones que recorrerían los talleres. Antonia Maymón, como líder del grupo feminista, recomendó a las mujeres «no promover alborotos de ninguna clase en la vía pública para evitar la intervención de la fuerza». Lo cierto es que, salvo una reprensión de mujeres y muchachos hacia las trabajadoras de una fábrica de sal, no hubo incidentes en la calle. Por la tarde tuvo lugar el mitin en la plaza de toros, escuchándose «violentos discursos» y aprobándose la continuación de la huelga. Ante la unanimidad local, nuevos oficios se sumaban a la protesta, como los tipógrafos y los panaderos, que condicionaban su participación a la pronta solución de la huelga en Bilbao. Los grupos se habían adueñado de la vida de la ciudad, estableciendo vigilancia sobre los comercios en el centro e impidiendo la entrada en las estaciones de mercancías. Nuevo mitin y nuevos discursos insistían en no cejar en el paro, pese a los

La asamblea en la que se decidió la huelga general, en *HA*, 1-9-1910, n.º 4930. De todo este movimiento, los socialistas zaragozanos, agrupados en torno a la sociedad de tipógrafos, permanecieron más bien al margen. La comisión que viajó a Bilbao no tardó en acusar a los representantes socialistas de los mineros en Madrid del posible fracaso de la huelga. En ese contexto, la llegada del telegrama de marras no hizo sino atizar la enemistad, o al menos la distancia, con los socialistas. En reunión celebrada más tarde, se discutieron las apreciaciones hechas en la asamblea de la Federación sobre las sospechas de falsedad del comunicado, acordándose protestar por ello enviando un «enérgico escrito» al comité de la susodicha Federación (*HA*, 30-8-1910, n.º 4928). Aunque se mantuvieron a la expectativa hasta el último momento, celebrando reuniones en los locales del Centro Republicano de la calle Cinegio, al final la Sociedad del Arte de Imprimir se sumó a la huelga.

pasquines conminatorios de la autoridad local y los paseos de la caballería disolviendo los grupos.

A la tarde del tercer día se celebró un nuevo y «borrascoso» mitin en la plaza de toros, en el que predominaron las discusiones entre los partidarios de volver al trabajo (entre los que estaban los metalúrgicos, unos mil trescientos) y los de seguir con la huelga, «los anarquistas» según publica *El Noticiero*, entre los que se contaban figuras como Manuel Buenacasa o Antonia Maymón. El ambiente social contrario a la huelga y cierta sensación de desengaño al no haber sido secundada en otras poblaciones, dejaron fácil la decisión a la directiva de la Federación, que en los locales del Centro Obrero, y ante «la masa obrera», acordó dar por finalizada la huelga. Sin embargo, y pese a la general opinión vertida en la prensa que hablaba del paro como fracaso («derrota completa», «perjudicial», «contraproducente», «ineficaz»...), el comité de la Federación hizo un comunicado público proclamando que «la huelga general en Zaragoza adquirió un gran triunfo, por lo que todos podemos congratularnos».²⁹⁴

El final de la huelga general no pareció afectar a la capacidad organizativa de las sociedades, que plantearon diversos paros sectoriales en los pocos meses que mediaban hasta el final del año. Por primera vez se producen conflictos en diversos ámbitos relacionados con nuevos sectores productivos o de servicios, como con los tranviarios de la ciudad, los ferroviarios de la línea de Utrillas o los metalúrgicos de la casa de material de trenes Carde y Escoriaza. Los comunicados en la prensa tanto de las sociedades de resistencia como de la patronal son cada vez más extensos y minuciosos, para tratar de allegarse el favor y la comprensión del público lector. Desde el ámbito obrero se pretendía mostrar además la propia capacidad organizativa y solidaria, reafirmando los lazos entre sociedades y oficios, como cuando medio centenar de obreros de ferrocarril ofrecieron a los huelguistas de Carde hacerse cargo de sus hijos durante el paro, para cumplir «el más alto deber de humanidad y compañerismo» y para tratar de evitar que pudieran traicionar la causa ante el acoso de la miseria. Tam-

²⁹⁴ La asamblea decisoria de la huelga general, el desarrollo de los hechos y el mitin final, en *HA*, 1 y 4-9-1910, núms. 4930 y 4931, y *EN*, 5-9-1910, n.º 2901. El levantamiento de la huelga en *HA*, 6-9-1910, n.º 4933. Del protagonismo de las mujeres, tanto de las conocidas oradoras Maymón y Claramunt como de las propias obreras, Illion (2001). También, Vicente Villanueva (2005).

bién albañiles, alpargateros, trajineros o panaderos protestaron en demanda de mejores condiciones laborales o por la disputa del control del mercado laboral, pues el reconocimiento de la sociedad por parte de los patronos (y las prerrogativas que ello conllevaba como representante exclusivo de la voz y la acción de los trabajadores) pasa a figurar de manera habitual en las bases de los oficios que pretenden avanzar en el camino de la organización. Es precisamente ese punto el que en algunos casos hace encallar las negociaciones con los patronos, como en el caso de las traperas de las casas Estremera y Baraza, que conceden las diez horas de jornada, pero no así la afiliación obligatoria de las trabajadoras en la sociedad. Durante la huelga hubo algún tumulto provocado por las obreras, que «con silbidos y vocerío ensordecedor» acompañaban a las que prefirieron trabajar hacia sus casas.²⁹⁵

Su comportamiento tenía algo de la disciplina de los piquetes obreros, pero al mismo tiempo bastante de la *autoritas* femenina ejercida en el motín popular. La propia Antonia Maymón protagonizó un altercado con un guardia en el episodio de las traperas, como ella misma detalló en un mitin celebrado en octubre sobre las huelgas de la ciudad. Reconvenida por el guardia, afirmó haberle espetado que ella había acudido «porque soy presidenta de las huelguistas», y que «seguirá siendo una rebelde, llegando hasta el sacrificio en defensa de la clase obrera». En el mismo mitin, celebrado en la Lonja, además de tomar la palabra habituales como Nicasio Domingo o Luis Fons, habló al público una Teresa Claramunt de paso hacia Barcelona. En su discurso, expresado «con gran facilidad», abordó cuestiones que supe-

295 Dos huelgas breves, una de nuevo en la casa Irisarri y otra de albañiles en una obra de la calle del Arte, en *HA*, 20-9-1910, n.º 4946. La huelga de alpargateros, en *HA*, 29-9-1910, n.º 4955. La de los obreros de Carde y Escoriaza, así como la de los talleres del ferrocarril de Utrillas, en *HA*, 5-10-1910, n.º 4961. En *HA*, 6-10-1910, n.º 4962, se da otra versión del inicio de la huelga de Carde y Escoriaza. Según los trabajadores un capataz francés dirigió a un obrero «frases que consideran los obreros ofensivas para toda su clase, y hasta para su condición de españoles». En otro comunicado de prensa los empresarios de esta casa amenazan a los obreros con cerrar la fábrica (*HA*, 26-10-1910, n.º 4980). Coacciones de ciertos obreros a otros, en *HA*, 10-11-1910, n.º 4996, y el ofrecimiento solidario de los obreros de ferrocarriles Madrid-Zaragoza-Alicante de cuidar a los hijos de los huelguistas, en *HA*, 1-11-1910, n.º 4987. La división en el seno de los huelguistas, amenazas incluidas, en *HA*, 8-11-1910, n.º 4994. La huelga de traperas en *HA*, 28-10-1910, n.º 4983, y 10-11-1910, n.º 4996. La de trajineros, en *HA*, 26 y 31-10-1910, núms. 4981 y 4988, y *HA*, 8-11-1910, n.º 4994. Tranviarios, en *HA*, 4-11-1910, n.º 4990, y panaderos, en *HA*, 26-11-1910, n.º 5012, y 10-12-1910, n.º 5070.

raban los estrictos límites de la acción sindical, como la defensa de la educación laica o la necesidad de comenzar una «revolución de las costumbres, empezando por nuestros hogares». Y habló también, puede decirse que con valentía, de la inconveniencia de excederse en el uso de la huelga general: «Abogáis por la huelga general, y yo os he de decir que no se debe abusar nunca del paro general, porque es contraproducente y perjudicial para los obreros». Sin embargo, Luis Fons cerraba el mitin instantes después agasajando los oídos de los asistentes, acostumbrados como estaban a escuchar vehementes discursos contra el capital y a favor de la huelga, logrando que se incluyera en las conclusiones finales que si las huelgas parciales no se resolvían en ocho días, se comunicaría a la Federación para que esta organizara «las fuerzas» para la huelga general.²⁹⁶

1911 fue año, en palabras de Jordana de Pozas, de «febril agitación obrera». El efecto de «estímulos» externos como la llegada de oradores con oficio o la influencia de las noticias sobre los movimientos y huelgas en otras ciudades, la llegada fluida de auxilio monetario de otros lugares para sostener a los huelguistas, la frecuencia asamblearia y la confianza en la fortaleza de las sociedades coordinadas a través de la Federación Local, actuaron como factores que, por acumulación, provocaron un claro incremento de la conflictividad laboral. Significativas eran ya por ejemplo las cifras de afiliación a la CNT, organización que superó por estas fechas los dos mil socios en Aragón. Los miembros de las secciones, desafiados en sus tácticas colectivas de lucha por la intransigencia patronal y sus intentos de hacer quebrar las huelgas mediante el pago de «esquirols», contestaron en no pocas ocasiones con la violencia en forma de reyertas y coacciones callejeras. Hubo varias durante la huelga de curtidores que en ese año duró casi tres meses, y que contó con la participación activa de Ángel Lacort. También la violencia coactiva hizo acto de presencia durante la huelga de albañiles de marzo, comandada por Luis Fons. A la salida de la obra, los huel-

²⁹⁶ El mitin del que se hace referencia, en *HA*, 31-10-1910, n.º 4986. Participaron Salvador Pérez, Pedro y Francisco Broca, Manuel Sancho (presidente de la Sociedad de Constructores de Edificios), Nicasio Domingo, Francisco Gracia, Emilio Fernández, Antonia Maymón, Luis Fons y Teresa Claramunt. Varias semanas antes se había celebrado un mitin en la Lonja de los obreros constructores de edificios. Hablaron «fustigando al Ayuntamiento con extrema violencia», por no fomentar obras en la ciudad Ángel Guallar, Mariano Pereda, Jorge Mora representando al gremio de zapateros, y Luis Fons como secretario de los albañiles (*HA*, 3-10-1910, n.º 4959).

guistas esperaban a los esquirols, que caminaban escoltados por la fuerza pública, estrechándose el cerco y arreciando las increpaciones, hasta que se produjo la primera carga, con las consiguientes «carreras, sablazos y palos en medio de terrible confusión». Un obrero hizo fuego e hirió de levedad a un guardia, produciéndose más tarde numerosas detenciones. Las protestas de alpargateros y tejedoras resultaron más pacíficas, la excepción en una vida social caracterizada por una creciente virulencia. En cualquier caso, la violencia no es significativa de por sí, sino en la medida en que, como apuntaba Tilly, facilita la comprensión de procesos de contienda política de más hondo alcance.²⁹⁷

Eso se puso de manifiesto durante la celebración del mitin de las sociedades obreras en la conmemoración del Primero de Mayo, día en el que habían cerrado la mayoría de talleres y fábricas. Presidía el acto, en la plaza de toros, Ángel Lacort como presidente de la Federación Local y ocupaban no pocas gradas «gran número de mujeres que pertenecen a la agrupación femenina», asistiendo también «buen número de republicanos radicales que se habían adherido a las aspiraciones y proyectos de las sociedades zaragozanas». Hubo discursos como el de Manuel Buenacasa, el tipógrafo Osácar, el azucarero Echegoyen o Nicasio Domingo, dedicados a censurar al Gobierno por cuestiones como el proceso Ferrer, la Ley de Jurisdicciones o la cuestión de Marruecos. Sin embargo, una sola intervención precipitó un giro repentino de los acontecimientos. En su turno, Luis Fons protestó no solo contra «la injusticia de Maura y La Cierva», sino también «contra esos republicanos, esos diputados republicanos que están unidos en el Congreso solamente para hacer discursos [...] y que no han hecho nada para barrer la inmundicia de las calles». Entre fuertes rumores de los republicanos presentes, continuó con las acusaciones: «juegan a montar casinos y a montar en ellos otras cosas que todos sabéis. [...] No harán obra alguna de provecho para el pueblo, porque todos ellos son

297 Las cifras de afiliación a la CNT en 1911, en Casanova (1985), p. 10. Los 2259 socios se distribuían así: agrupación femenina «La Ilustración de la Mujer» (100), azucareros, alcoholeros y similares (191), ciegos y semiciegos «El Progreso» (20), constructores de edificios (1600), panaderos (65), obreros del calzado, cuero y similares (160), oficios varios (40), harineros y similares (83). Con ser significativas, ha de tenerse sin embargo en cuenta el carácter autónomo de la mayoría de las secciones, y que no sería hasta 1916, pese a los mimbres anarcosindicalistas de la Federación, cuando comenzó a desarrollarse la CNT en Aragón.

servidores de la clase capitalista y siendo amigos de la burguesía son enemigos nuestros», y excitó a que no se les votase en las jornadas electorales. El barullo era cada vez mayor, surgían discusiones y tumultos, y la presidencia disolvió el mitin. Ya en los locales de la Federación, se celebró por la noche una velada a la que asistieron unas quinientas personas, y en la que se reafirmó la distancia respecto a los radicales. ¿Por qué se eligió un foro público como el mitin del Primero de Mayo para escenificar el rechazo y explicitar la distancia?

La dinámica de enfrentamiento implicaba ahora a grupos competitivos que hacían de sus fidelidades elementos excluyentes, sobre todo por parte del obrerismo más combativo. La deriva de la Conjunción Republicano-Socialista, los acontecimientos de Barcelona y la insuficiencia de las medidas adoptadas por el posterior Gobierno liberal para la mejora de las sociedades y aspiraciones obreras, enmarcaron desde el ámbito nacional el rumbo de esta novedosa enemistad. Tampoco favoreció a nivel local el hecho de que el radicalismo republicano mantuviese una notable influencia entre el elemento obrero a través de sus centros de sociabilidad. El recelo obrerista hacia estas simpatías republicanas por los que repetidamente llamaban sus «hermanos de sufrimiento, de trabajo y de lucha», tenía en realidad mucho de reto duelístico del pasado: al cerrar la asamblea, los líderes de la FLSO ordenaron imprimir unas hojas retando a los radicales a un «mitin de controversia», y Nicasio Domingo clamaba que «nos han declarado la guerra, pues vamos a la guerra, y a luchar con ímpetu contra ellos».²⁹⁸

298 Los incidentes durante la huelga de curtidores, en *HA*, 22 y 23-2-1911, núms. 5143 y 5144. Días antes, un patrono del gremio había sido apaleado por un grupo de obreros, lamentando el gobernador la «airada actitud» de los huelguistas (*HA*, 1-2-1911, n.º 5122), una actitud persistente en señalar a los esquirols como elementos ajenos a los beneficios de la organización obrera, actitud que mantuvo el paro hasta el despido de un esquirol que trabajaba en una fábrica (*HA*, 16-2-1911, n.º 5137). Algo similar ocurrió durante la huelga de harineros, un grupo de huelguistas agredió a palos a varios que mantenían el trabajo (*HA*, 7-2-1911, n.º 5128). La huelga de albañiles de la obra San Martín, en *HA*, 10-3-1911, n.º 5158. Luis Fons fue condenado a tres meses por su participación en una huelga anterior, la de la obra Cortrona. El choque con la fuerza, en *HA*, 29-3-1911, n.º 5178. La huelga de tejedoras, en *HA*, 15-4-1911, n.º 5204. El mitin en la plaza de toros, en *HA*, 2-5-1911, n.º 5221, y *LCA*, 2-5-1911, n.º 373. En la asamblea de esa misma noche en los locales de la Federación hablaron Dueñas, Lacort, Fons, Laborda y Antonia Maymón. Jordana de Pozas comenta que «esto fue causa de que durante cierto tiempo fueran algo violentas las relaciones entre el partido republicano-radical, en el cual forman una gran parte de los obreros zaragozanos, y la Federación de Sociedades obreras» (Jordana de Pozas, 1915, p. 45).

La lucha continuaba en las fábricas, con nuevas huelgas entre carpinteros, colchoneros y marmolistas. Sin embargo, el mitin organizado quince días después por la Federación volvió a acoger a «gran número de republicanos radicales». Se quería protestar de «la intransigencia patronal» para solucionar las huelgas planteadas, según explicó Lacort en la presentación del acto. Representantes y oradores de los gremios en huelga dieron cuenta de la situación, alternándose estas intervenciones con otras de ámbito más general en las que volvían a aparecer argumentos propios del discurso republicano radical, como el anticlericalismo. Luis Fons arremetió contra la Iglesia, las órdenes religiosas, la burguesía y los obreros de sociedades católicas, «indicando la necesidad de combatirlos en todos los momentos para que quede siempre demostrada la superioridad del obrero federado». Antonia Maymón, por su parte, cerró el mitin hablando de la revolución mexicana y proponiendo la huelga general revolucionaria como muestra de adhesión a los rebeldes.²⁹⁹

La protesta obrera de Zaragoza adquiriría una fuerza inusitada durante ese año, y a nadie parecía exagerada la afirmación de que, detrás de Madrid y Barcelona, se trataba del movimiento más importante del país. Sin embargo, su combatividad no correspondía a la concertación de una estrategia, sino al ritmo impuesto por la deriva que tomaron ciertos acontecimientos en la calle, a la autonomía de las sociedades para tomar las decisiones sobre las huelgas, y en última instancia a la configuración de la política pública en la que los actores intentaban desarrollar sus intereses. Así se explicitó durante una asamblea celebrada durante esos días para decidir si las secciones construían o no una nueva casa común. La decisión no era únicamente técnica o presupuestaria, sino que lo que se debatía era el tipo de táctica societaria a seguir y los límites de la acción conjunta, concluyéndose, junto a la aprobación de la construcción de la «Casa del pueblo obrero», que «el procedimiento empleado en la lucha societaria sea de libre elección de las secciones, respetando siempre la idea política de los asociados».³⁰⁰ Por otro

299 *HA*, 15-5-1911, n.º 5234. Hablaron Francisco Gracia Belio (carpinteros), Pedro Boira (ebanistas), Manuel Buenacasa (carpintero), Maestro (colchoneros), Campillo (panaderos), Minguillón (tipógrafos), Nicasio Domingo, Antonio Domingo, Ángel Lacort, Luis Fons y Antonia Maymón.

300 La convocatoria de la asamblea, firmada por el secretario de la Federación Manuel Buenacasa, decía que «nuestro número ya no nos permite vivir en un local donde apenas puede desenvolverse una sola sociedad de las treinta que somos» (*HA*, 3-6-1911, n.º 5253).

lado, en la calle el encono con la patronal continuaba su deriva violenta. Durante la huelga de carpinteros, un disparo de un patrono sobre un obrero provocó una manifestación espontánea de los obreros que se hallaban en el Centro Obrero, reclamando «justicia» ante el Gobierno Civil. El suceso agravó la huelga, sucediéndose nuevos apaleamientos y amenazas, pero más lo hizo la rápida excarcelación del patrono agresor y el agravio comparativo de ese hecho con la retención del obrero Gregorio Naval, detenido durante la huelga de albañiles. La liberación de este obrero se convirtió en piedra de toque del movimiento durante las últimas semanas de mayo, condicionando las acciones de la Federación a este objetivo, que una comisión debía gestionar. La huelga de carpintería provocaba el paro en las obras de albañilería, lo que, unido a la protesta de los metalúrgicos, llevó a la declaración de la huelga general el día 9 de julio.³⁰¹

Lo primero que hizo el gobernador García Bajo fue publicar un bando advirtiendo de que mantendría el orden enérgicamente. Y si bien no se registraron incidentes durante los tres primeros días de huelga, el cuarto se con-

Presidida por Lacort, intervinieron nombres ya conocidos como Minguillón (tipógrafos), Guallarte (panaderos) o Echegoyen (azucareros), abogando por la unión obrera y la superación de las enemistades ideológicas para el progreso de la clase. Echegoyen llegó a proponer que la Federación cambiase de táctica al respecto «y no lastimara creencias ajenas», y en esa línea se manifestó también Buenacasa. También Fons se expresó a favor del fin de las luchas intestinas entre las sociedades, aunque dejando que «dentro de la Federación pudiesen pensar los individuos como les diese en gana». Parecía un pacto de buena vecindad hacia las sociedades socialistas, que, dada la correlación de fuerzas en la Federación, más favorecía a estas últimas que a las de corte ácrata. La promesa de cooperación por parte de estas últimas (Júlvez —zapateros—, Olavo, Isidoro Achón y Perera) se amparaba en la de independencia expresada por el resto de representantes obreros (*HA*, 10-6-1911, n.º 5260).

301 El disparo del patrono sobre el obrero, en *HA*, 19-5-1911, n.º 5237. La asamblea de la FLSO aplazando la huelga general, en *HA*, 31-5-1911, n.º 5250, y la asamblea en la que finalmente se aprobó, en *HA*, 9-7-1911, n.º 5289. No se inició, por cierto, con un amplio consenso dentro de la Federación. De nuevo, diferencias tácticas entre las diferentes secciones remitían la cuestión a la última votación. Lo hicieron a favor los panaderos, alpargateros, colchoneros, varia, cordeleros, cesteros y feminista. Votaron en contra los molineros y alcoholeros, los pintores se adhirieron a la mayoría y se abstuvieron los curtidores, fideeros, canteros, tipógrafos y sastres. Es decir, ocho votos a favor, dos en contra y seis abstenciones. Después, la decisión fue ratificada por aclamación por los trabajadores en el mitin celebrado en la Lonja la mañana siguiente, la del día 9, según informó Manuel Buenacasa como secretario de la Federación al alcalde de la ciudad (*HA*, 10-7-1911, n.º 5290). La detención de Gregorio Naval, en AHPZ, Sentencias criminales, 1912, n.º 46, donde se dice que espetó a los guardias «sacar los sables, que bien caro os va a costar», disparando acto seguido su revólver e hiriendo levemente a uno de ellos.

virtió en «jornada sangrienta». Parece que fue un disparo de un joven a un guardia lo que inició la represión violenta de la fuerza pública y lo que dio a Zaragoza «el aspecto de una capital revolucionada» en la que, por espacio de dos horas, se sucedieron las cargas de la caballería, las persecuciones por calles céntricas y los enfrentamientos a tiro limpio protagonizados por los republicanos desde los balcones del Casino radical. Acabada la huelga, los metalúrgicos culparon del inicio de los disturbios a «elementos extraños», cuestión que ya había dejado caer la prensa al recoger las opiniones de testigos para quienes los que hicieron los disparos «no usaban traje propio de obreros», los característicos blusones. Durante la refriega, «los grupos ocultábanse en las callejuelas más angostas y desafiaban a la fuerza con los gritos de cobardes y asesinos». El número final de heridos fue bastante considerable, pues aunque tan solo doce fueron atendidos por la Cruz Roja, muchos otros huyeron para no verse complicados en los sucesos, y veintiocho obreros fueron detenidos. En los locales de la Federación se comentaba que el conflicto debía darse por terminado, aceptándose sin dificultades la fórmula de arreglo propuesta por los patronos: concesión de la jornada de nueve horas, la prohibición de represalias y la concesión del 50 % de aumento por las horas extraordinarias. Todos volverían al trabajo a la siguiente semana, menos los metalúrgicos, que acordaron continuar con el paro. Pero, apenas sin solución de continuidad, las noticias llegadas de Marruecos iban a propiciar la ocasión perfecta para una nueva protesta obrera, una protesta que se extendería a diferentes focos del país y que adquirió diferentes matices en función de las reivindicaciones locales. Bilbao en huelga volvía a pedir solidaridad. En Zaragoza prensa y gobernantes temían lo peor, pues, habiendo sido de las pocas ciudades que entonces secundó el paro, «ahora no había de cambiar la situación, y más después de los ensayos realizados hace pocos meses que familiarizaron a los obreros con esta clase de luchas».³⁰²

302 HA, 9, 10, 15 y 16-7-1911, núms. 5289, 5290, 5291 y 5292. La Federación organizó un acto para procurar la liberación de los detenidos, leyéndose una carta enviada por Guallarte y Buenacasa desde la prisión pidiendo el apoyo de las sociedades. Berenguer, Campillo, Ángel Lacort, Luis Fons, Antonia Maymón y Teresa Claramunt protestaron de los atropellos de la fuerza, acordándose dirigir un escrito a la CNT para que gestionase la libertad de los detenidos (HA, 31-7-1911, n.º 5307). Por otra parte, se confirma la participación de los radicales en los tumultos con la gestión de Lerroux para la excarcelación de algunos presos que en agosto todavía continuaban en la cárcel, gestión promovida por Álvaro de Albornoz cuando la autoridad liberó a unos cuantos detenidos y, en cambio, mantuvo en los calabozos a un buen número de radicales (HA, 5-8-1911, n.º 5310).

Manuel Buenacasa apunta que en septiembre se había acordado en la CNT que el Comité Nacional residiese en Zaragoza, así como declarar la huelga general en España contra la Guerra de Marruecos y por solidaridad con los huelguistas carreteros de Bilbao, afiliados a la UGT. Las directivas de las sociedades, reunidas en la Federación, acordaron ir a la huelga sin esperar a otras ciudades donde también existía agitación obrera, como Madrid, Barcelona, Valencia o Sevilla. Las dudas y las resistencias volvieron a aparecer durante la asamblea en la que se tomó esa decisión, incluso entre líderes nada sospechosos de tibieza como Fons o Echegoyen. Huelgas y guerra aparecen unidos en mítines públicos y titulares de prensa, como en el mitin de la Federación que debía ratificar la huelga general, mitin accidentado cuando la autoridad impidió a varios oradores hablar en contra de la guerra. Arengaron a la multitud Lacort, Guallarte, Dueñas, Antonia Maymón y Teresa Claramunt, tras lo cual los grupos salieron a la calle gritando vivas a la huelga general y a la huelga revolucionaria, y muera a la guerra. La Guardia Civil había tomado el centro de la ciudad, que había sido enarenado para facilitar las «maniobras» a la caballería. En el entorno de la plaza de San Miguel los guardias civiles fueron recibidos con increpaciones y muera, y varios disparos de revólver que hirieron a un sargento. A partir de aquí, cargas, carreras y la «sangrienta colisión» que dejaría un paisano muerto en la calle del Perro. Se trataba de Francisco Álvarez, secretario de la sociedad de canteros, falleciendo esa misma noche otro obrero, Valero Salas, tornero de madera, que recibió cinco balazos desde la bocacalle. A partir de aquí la historia de la huelga, salvo la presencia activa de grupos de tejedoras frente a alguna fábrica, es la del comienzo de la represión y el descabezamiento del movimiento obrero zaragozano, con la suspensión de garantías constitucionales en el país, la ilegalización de la CNT, el registro y clausura del Centro Obrero local y la detención o huida de los principales líderes y propagandistas. Teresa Claramunt, Antonia Maymón, Luis Fons, Ángel Lacort, José Echegoyen, Antonia Trigo y bastantes más fueron procesados por «sedición», según reza en los expedientes de prisión preventiva de la cárcel de la ciudad. Mientras unos pocos conseguían huir a Francia, como Buenacasa, Guallarte o Maymón, la prensa publicaba con intención vergonzante los resultados de los registros de los domicilios de la Claramunt y la Maymón. En la casa de esta última se dijo haber encontrado «documentos y cartas indicadoras del plan fraguado por los organizadores del movimiento revolucionario, el cual obedecía a órdenes recibidas de

Barcelona», y en la de Claramunt la Benemérita dijo haber hallado papeles comprometedores en los que aparecían estampadas «las firmas de algunos elementos de fuera de Zaragoza, muy significados por sus ideas anarquistas». Las informaciones serían rectificadas más tarde, pero eso ya no importaba. Las palabras publicadas en el *Boletín Eclesiástico* del todavía entonces arzobispo Soldevila resumían bien el deseo de la gente de orden de que los obreros hubieran aprendido la lección: «Hagan uso legal de su derecho cristiano los pobres y los obreros, pidiendo lo que les es debido, pero no recurran jamás, movidos por elementos nocivos, a esas holganzas y paros que tanto perjuicio acarrear, como lo experimentamos en Zaragoza». Pocos días más tarde, el juzgado especial nombrado para los sucesos de la huelga suspendió todas las sociedades obreras domiciliadas en la Federación Local de Sociedades Obreras.³⁰³

Para cuando llegó la amnistía del Gobierno de Romanones en 1913, las fuerzas en el movimiento se hallaban menguadas y dispersas. Ilegalizada la CNT, la capacidad de coordinación y envío de recursos entre las sociedades debió de hacerse casi imposible. El cerco de la autoridad sobre los principales líderes obreros, los que contaban con mayores habilidades y experiencia movilizadoras y organizativas, consiguió hacer cundir el desánimo y desarticular la huelga, aunque quienes dieron la última palabra fueron los propios obreros, que, reunidos furtivamente en la arboleda de Macanaz, acordaron sin discusión la vuelta al trabajo. Quizá se podría cuestionar entonces el empuje y entidad del movimiento como un mero trabajo de sugestión de unos líderes capaces de «moldear» las masas urbanas a su antojo, dado que su ausencia provoca en apariencia «desorientación» y abatimiento. Si fuera cierta esa sensación, de desánimo colectivo, fácilmente comprensible por otra parte, no hay que perder de vista que el conflicto dio un giro en complejidad y dramatismo al caer los abatidos de la calle del Perro, un giro de difícil gestión para unos trabajadores sin

303 *HA*, 16 al 22-9-1911, núms. 5381 al 5387, y *EN*, 17 al 21-9-1911, núms. 3258 al 3262. Los expedientes de cárcel, en AHPZ, Fondo Cárcel de Torrero. En ellos se detallan los tiempos de permanencia en prisión. Se sabe de peripecias personales que ilustran el inevitable compromiso de toda esta generación de hombres y mujeres con su actividad y lucha sindical, como el caso de Buenacasa, quien tuvo que salir al exilio al día siguiente de su boda, celebrada el día en que se declaró la huelga (Cirac y Ledesma, 2005, pp. 46-47). Manuel Buenacasa dedica, por cierto, a lo largo de la narración de su obra más significativa diversos homenajes a los caídos de la calle del Perro (Buenacasa, 1977, pp. 40, 115 y 176).

directivas y sin sedes sociales y, por lo tanto, con escasa capacidad para mantener una acción colectiva común. La prensa, por su parte, insistía en la identificación de la violencia con la irracionalidad: «Piensen los obreros con calma —advertía paternalista el *Heraldo*— y no se dejen arrebatar por las impresiones del momento ni por las desesperadas arengas de los que, con su entusiasmo, los llevan a extremos de los cuales hay que arrepentirse luego». El uso de los revólveres contra la tropa había provocado esos males mayores, igual que en julio. Podría hablarse quizá de una mayor presencia de la violencia en la calle, no solo por estos hechos, sino por la frecuencia de los apaleamientos y amenazas entre obreros y patronos, entre radicales y carlistas, entre clericales y clerófobos. Sin embargo, la cuestión, siguiendo a Tilly, no estriba en dilucidar si la Federación había optado por el uso de estrategias violentas frente a las pacíficas, sino en comprobar como la elección de un tipo determinado de acción colectiva, como la huelga general, contenía posibilidades variables de conducir a la violencia en función de la propia dinámica del conflicto, su legalidad, sus costes y su efectividad. No en vano, los oradores del mitin en el que se declaró el paro «dijeron que había que ir a la huelga con entusiasmo, que apenas podría darse huelga alguna sin coacciones más o menos importantes, que el que tuviese miedo se quedase en casa».³⁰⁴

Los estudios de movimientos sociales se harían preguntas del tipo: ¿Resultaba acaso rentable para un grupo social sin poder político como el de los trabajadores federados el promover la violencia para que su protesta ganara en eficacia? ¿Pudo haber provocación hacia las fuerzas del orden para convertirse así en víctimas de la represión oficial y conseguir así el favor de otros actores políticos con poder? No resulta fácil responder a estas cuestiones, máxime cuando escasea la documentación que podría hablarnos de la intencionalidad de la acción organizada, como la documentación de la Federación o correspondencia de aquellos líderes obreros. Pero si otros actores sociales podrían buscar la simpatía de aliados poderosos, no parece que fuera ese el caso del movimiento sindical anarquista, contrario a las componendas de la política «burguesa» y, aunque con contradicciones, antirreformista por naturaleza. Con esa rueda de molino ya

³⁰⁴ Tilly, Tilly y Tilly (1997), p. 329. También, Tilly (1986), pp. 382-383, y Aróstegui (1994), pp. 46-48.

habían comulgado los socialistas en la Conjunción. Sin embargo, desde la perspectiva local el endurecimiento del discurso radical, así como el contexto político bélico e interior, favorecieron cierto entendimiento con los radicales, a raíz de cuestiones como el anticlericalismo o el rechazo a la guerra, plasmado en colaboraciones mutuas en mítines y actos públicos y, más que probablemente, en una relación más o menos fluida entre ambas directivas, pese a la dura competencia por la preeminencia identitaria entre los sectores populares. Parece más lógico pensar que, precisamente por el carácter apolítico del anarquismo, las posibilidades de acción colectiva eran mínimas, y que, pese a las mejoras conseguidas respecto a su estatus legal durante la coyuntura de Canalejas, teóricamente más tolerante y democrática, dirigentes y militantes eran conscientes de que el mínimo descuido habría de conllevar la represión y la vuelta a la ilegalidad. Por lo tanto la elección estaba entre realizar acciones con alguna posibilidad de alcanzar los objetivos del grupo, pese a la alta probabilidad de causar una respuesta violenta, o no actuar en absoluto, asegurando la integridad física de sus miembros, pero también la derrota de sus objetivos. El momento era desde luego de singular importancia en lo que atañía a la independencia y activismo de las sociedades, pues nuevas ofertas de mediación institucional, como las juntas locales de reformas sociales, por no hablar de la influencia que la prensa trataba de ejercer sobre la opinión pública, pretendían no otra cosa sino desmovilizar a los obreros y restar combatividad a sus reivindicaciones. Los federados más comprometidos fueron entonces los que, a partir de su experiencia reivindicativa, valoraron la posibilidad de conseguir beneficios colectivos, las propias capacidades para lograrlos y los riesgos potenciales a los que se exponían al echar a la gente a la calle. Ahí entraba el factor de la violencia, pero probablemente más como un riesgo asumible que como una baza ganadora. Y fueron a la calle. La siguiente pregunta, entonces, sería: ¿funcionó la represión para desarticular el movimiento obrero zaragozano?³⁰⁵

305 Antonio Bar (1981), p. 307, sin apostar por ninguna de las opciones, da cuenta del debate surgido con posterioridad a la huelga en lo que atañía a su intencionalidad. Para unos, como Constant Leroy, fue producto de un complot revolucionario de ciertos dirigentes de la CNT; para otros, como Morato, fue «un ardid del Gobierno», una «provocación» en toda regla para atajar el período ascendente de las sociedades obreras. Eduardo González Calleja (1998a), p. 460, concede verosimilitud a la existencia de un comité revolucionario de anarquistas españoles y extranjeros, pero apunta que el frente subversivo

No parece que los castigos a las directivas sindicales ejercieran un efecto inmediato sobre la conflictividad social de la ciudad. En 1912 volvieron a encadenarse huelgas promovidas por los diferentes gremios, que se enfrentaban a los patronos organizados en sociedades de nuevo cuño. Zapateros, hortelanos, metalúrgicos, peluqueros o camareros plantearon paros, pero fueron sobre todo los de albañiles, cerrajeros y ebanistas los más destacables por su firmeza y duración. De los nombres más reputados del obrerismo que habían llegado hasta septiembre de 1911, un superviviente destaca de entre los demás como referencia de la propaganda local, aun bajo la amenaza del destierro que habría de cumplir, el secretario de los albañiles Luis Fons.³⁰⁶ En el mitin convocado en la Casa del Pueblo de los albañiles con motivo de los conflictos obreros de diferentes sociedades, afirmaba, ante una audiencia que abarrotaba el local y la misma calle, que «somos dos ejércitos los que estamos frente a frente; el patronal cuya característica es la intransigencia y el nuestro, que ni un momento ha dejado de dar la nota de sensatez y benevolencia». En efecto, la petición de sensatez por parte de las directivas, dada la experiencia más reciente, va a ser la nota predominante durante las huelgas, y eso pese a las rígidas posturas de «patronos egoístas» que, según el tipógrafo Tiburcio Osácar señaló en el mismo mitin, «por los sucesos de septiembre destruyeron nuestra Federación, desorganizaron nuestras asociaciones obreras [creyéndonos por ello la clase patronal] destrozados, deshechos, sin tener en cuenta que la Asociación obrera en Zaragoza es cada vez más pujante y cada día cuenta con mayor fuerza». Fue precisamente la «intransigencia de los patronos» el argumento en torno al que se fraguó una nueva huelga general, y fueron los llamamientos al orden en las calles por parte de los dirigentes obreros la consigna más repetida en mítines y asambleas. Lo hacía, cómo no, Luis Font en los prolegómenos de la huelga:

temido por Canalejas no llegó a formarse: los republicanos de la Conjunción se inhibieron y los socialistas optaron por la moderación ante el riesgo de verse desbordados por la acción de sindicalistas y anarquistas.

306 En realidad dos fueron las condenas de destierro endosadas a Luis Font. La primera fue dictada en febrero de 1912 por un delito de «injurias» fechado en diciembre de 1910 durante la huelga de albañiles de la casa Cortrona. La segunda, también por «injurias» a la autoridad, durante un mitin en septiembre de 1911, castigándolo durante dos años y once meses a permanecer al menos a 250 kilómetros de Zaragoza (AHPZ, Sentencias criminales, 1912, núms. 19 y 108).

De acordarse el paro desde mañana he de recomendar a los obreros que no vayan en grupos numerosos por las calles, a lo más de cinco en cinco, sin presentarse en las vías centrales y pasando siempre a cincuenta metros de distancia de los agentes de la autoridad. Que no tengan motivo para repartir cintarazos [...]. También debe ser reprimido el ardor bélico de los muchachos, no dejándoles que desfilen en grupos por las calles, pues su irreflexión podía dar pie para la clausura del centro y llevar a varios trabajadores a la cárcel, y aún a sucesos lamentables como los ocurridos en septiembre del año último en que por una chiquillada de unos cuantos jovencuelos se ensangrentaron las calles y hubo víctimas y prisiones.³⁰⁷

Declarada entonces la huelga por los albañiles, a mediados de agosto de 1912 se sumaron los carpinteros, canteros, tipógrafos, camareros, transportistas y cargadores, cundiendo la satisfacción general por no producirse incidentes con la fuerza. Algo en efecto había cambiado drásticamente respecto al año anterior. Síntomas: Fons (o Font, como a partir de estos años es nombrado con mayor frecuencia) tranquilizaba a los suyos asegurando que, en caso de haber persecución violenta a los obreros, «de Madrid vendrían tres compañeros de la Unión de Trabajadores y ellos se encargarían de nuestra defensa», se entiende que jurídica; los obreros aceptaron sin peros la formación, por iniciativa del socialista Matías Pastor como secretario de la Junta Local de Reformas Sociales, de un tribunal de arbitraje mediador en el conflicto; y tercero, «la masa obrera brilló por su ausencia en las calles céntricas», marchando muchos al campo con sus familias o comentando el paro en sus centros sociales. Nada parecido a la «acción directa» que hacía tan solo unos meses había tomado las calles de la ciudad. Se acepta la fórmula de acuerdo propuesta por el gobernador, que no consistía sino en la dilación de la solución final al verano siguiente.

307 *HA*, 12-8-1912, n.º 5646. Los albañiles pedían el reconocimiento legal de la sociedad obrera, la jornada de ocho horas y la eliminación de las horas extraordinarias. Asambleas de albañiles, en *HA*, 24 y 26-6-1912, núms. 5657 y 5659, y *HA*, 2-7-1912, n.º 5665, con intervenciones de Fons, el tipógrafo Miguel Minguillón o Antonio Domingo entre los «veteranos», así como también de nombres nuevos como Manuel Sancho, Santos Gaspar o Enrique Pérez. La actividad de la sociedad se vio favorecida por la permanencia de un centro propio en la calle Espoz y Mina, clausurado como estaba el de la Federación de la calle Santo Dominguito de Val. El mitin de la Casa del Pueblo de los constructores de edificios, en *HA*, 8-7-1912, n.º 5671, con discursos de los albañiles Tomás Ginés y Luis Fons, los tipógrafos Tiburcio Osácar y Miguel Minguillón, Manuel Tejedor por la Sociedad de Obreros Federados de Épila, donde los azucareros mantenían una huelga, y Francisco Gracia Berenguer por los carpinteros. Nueva asamblea de albañiles, en *HA*, 10-7-1912, n.º 5673, y otro mitin con los mismos oradores que el del día 12 de julio, en *HA*, 24-7-1912, n.º 5627.

te, en el que un tribunal de arbitraje habría de fallar la conveniencia o no de la implantación de la jornada de ocho horas que exigían los albañiles, una solución que no fue fácilmente aceptada entre los obreros. Algo más tarde llegarían las felicitaciones desde la prensa burguesa «por la pasmosa serenidad como se han conducido en todo momento, huyendo la ocasión de todo disturbio, manteniéndose con frialdad sajona, impropia de nuestro temperamento colectivo», señalando además que, contra lo que se podría prever, «catorce semanas de privaciones y de angustias no han sido causa bastante para que ellos se salieran de quicio». Sin embargo, también llegarían las reprimendas, como la realizada desde la distancia por el antiguo presidente de los albañiles Ángel Guallarte en el semanario anarquista *Tierra y Libertad*.³⁰⁸

La perspectiva del tiempo permite calibrar que la eficacia de la represión no fue tan visible en el corto como en el medio plazo. Los castigos de 1911 hicieron precisas acciones moderadas y abrieron un espacio para que el sindicalismo socialista tratase de afianzarse y salir del oscuro rincón en que se hallaba dentro del panorama social zaragozano. Sin embargo, la desconfianza de las elites hacia cualquier tipo de acción colectiva concertada de las clases bajas, la dinámica represiva que siguió a 1911 y las propias cifras de afiliación ugetistas, exiguas en comparación con las de la Federación Local, restaban movilidad y capacidad organizativa a las secciones socialistas. Quizá el caso más significativo fuera la huelga de ferroviarios de las distintas compañías que operaban en la ciudad, convocada en solidaridad con el paro de los trabajadores de la red catalana, a la que también se sumaron los ferroviarios madrileños. Los socialistas habían conseguido mantener cierto predominio entre los trabajadores del tren, consideración que deducimos de la intervención política de Pablo Iglesias, de la gestión centralizada en Madrid de un comité central de huelga, de la actuación destacada en Zaragoza de Matías Pastor en las negociaciones con las compañías y las autoridades locales, y del testimonio posterior de Jordana de Pozas, que juzga la huelga como «especial». Sin embargo, el temor

308 En un recorte se detallan cifras del número de obreros federados por esas fechas: albañiles y peones, 2500; carpinteros y ebanistas, 800; carreteros, 200; metalúrgicos, 1000; fabricaciones, 600; pintores, 300; canteros y marmolistas, 100; camareros de café y similares, 300; hojalateros y fontaneros, 200 (*HA*, 14-8-1912, n.º 5648). Los prolegómenos de la huelga, en *HA*, 12 al 22-8-1912, núms. 5646 al 5656.

entre las élites ante una huelga de este cariz, capaz de extenderse a lo largo del trazado férreo para amenazar con colapsos comerciales y de subsistencias en ciudades de primer orden, quedaba patente en el extenso espacio concedido por los rotativos a una huelga que terminó en un día, cuando el Gobierno prometió llevar a las Cortes las reclamaciones de los obreros, y que no registró ningún incidente de orden público. Tan solo una pequeña tensión se registró en la asamblea en la que se acordó por aclamación la huelga general, y que subraya una vez más la relación compleja y fluctuante que venimos apuntando a lo largo del trabajo entre obrerismo y republicanismo, cuando un obrero gritó un «Viva la República». En ese momento los asambleístas, «como movidos por un resorte protestaron contra la inoportunidad del grito lamentando que hubiera elementos que pretendieran dar carácter político al acto», entregando al compañero a una pareja de la Guardia Civil. Tanto pesaba la autodisciplina por mantenerse dentro de la más estricta legalidad y el temor a una dinámica represiva por parte de la autoridad. Pero aun siendo una mera anécdota, cabe preguntarse acerca de las causas de esa reacción, lo cual nos lleva a tener que indagar entre los papeles del pasado aquella información que pueda hablar del papel del republicanismo como elemento movilizador y creador de identidad entre las clases bajas de la Zaragoza de los primeros años diez.³⁰⁹

3.2. El radicalismo lerrouxista y los obreros de Zaragoza

Y es que el estudio del movimiento obrero no puede, como apuntaba en su momento Pere Gabriel, separarse de los contextos locales y las redes relacionales en las que los trabajadores experimentan los avatares de su existencia, siendo preciso para comprender su comportamiento tratar de entrecruzar las tramas de vecindad, parentesco o afinidad ideológica con la realidad de la clase. Es decir, articular en el relato histórico la conexión entre la clase trabajadora y el conjunto más amplio de las *clases populares*, que en no pocos contextos urbanos de la Restauración

309 La huelga de ferroviarios, en *HA*, 18 al 29-9-1912, núms. 5683 al 5874, y *HA*, 2 al 7-9-1912, núms. 5879 al 5882. Jordana de Pozas indica que en 1915 la sociedad de los ferroviarios era la única adherida a la UGT, estando el resto de sociedades de oficios organizadas a través de la CNT (que Jordana denomina Confederación General del Trabajo).

bebían indefectiblemente del republicanismo a través de sus diferentes familias políticas. La ciudad, en efecto, emerge en la Restauración como un espacio privilegiado para el establecimiento de redes de relación y mecanismos de movilización política y social, un espacio aprovechado por los enunciados más populistas y combativos para tratar de extender y fortalecer el horizonte político republicano entre los trabajadores. Por eso últimamente se viene subrayando la importancia del estudio de la relación entre el obrerismo y las organizaciones y formas de sociabilidad republicanas, una relación fundamental en el proceso de delimitación de una cultura obrera configuradora de valores, intenciones y adhesiones colectivas. En ese sentido, la cultura obrera es antes que nada cultura de oposición, es plataforma eficaz de acción colectiva de protesta, de lucha por derechos laborales y de ciudadanía. Aquí es donde el republicanismo jugó un papel clave en la cesión de un código moral con el que los trabajadores podían comprometerse y vincularse sentimentalmente en esas batallas, sin que ello supusiera una subordinación a los dictados políticos del republicanismo.³¹⁰

Los puentes culturales trazados entre el obrerismo y el republicanismo más intransigente desde finales del siglo XIX se basaban en dicotomías que oponían la capacidad revolucionaria del pueblo a la reacción esclavizante y déspota, la honradez y la laboriosidad popular al parasitismo oligárquico, los explotados a los explotadores, argumentos a los que habría que sumar otros, como el rechazo común al ascendiente cultural católico, la valoración positiva del trabajo digno y libre o la combatividad contra el poder que no saliese directamente del pueblo, y su legitimidad para actuar en la calle. El carácter social y en cierta medida igualitario de este corpus moral facilitó la tendencia a los «intercambios» y colaboraciones, más que la subordinación del obrerismo a la cultura republicana, haciéndose difícil durante estos primeros años del siglo XX distinguir con precisión el componente republicano del propiamente

310 Gabriel Sirvent (1995). Erice Sebares (2001) somete a examen la «segunda ruptura» de Álvarez Junco y Pérez Ledesma (1982). Frecuentando aquellas inquietudes renovadoras transitaron estudios convertidos ya en clásicos como Reig (1986), Romero Maura (1975) para el republicanismo lerrouxista catalán, y Álvarez Junco (1990). Algo más recientemente, Townson (1994), Piqueras y Chust (1996), Radcliff (2004), Reig (2002) y Gil Andrés (2000).

obrerista en las diferentes manifestaciones culturales o sociales. Existía una tradicional deferencia mutua materializada en multitud de pequeños detalles insertos en la dinámica de la cotidianidad.³¹¹ Pero los mítines eran sin duda las grandes ocasiones para escenificar esas relaciones, con participaciones de oradores invitados en los actos organizados por una u otra directiva local. Lo hizo por ejemplo el radical Banzo en la asamblea de la FLSO que inició la huelga de septiembre de 1911, y ya antes las Maymón y Claramunt se habían dirigido al público convocado por los republicanos durante los mítines y manifestaciones anticlericales organizados en la ciudad en torno a 1910. Por aquel entonces el pujante sindicalismo era contemplado con simpatía por líderes republicanos como Lerroux, quien, en una entrevista reproducida en *La Correspondencia de Aragón*, apuntaba que «sus ideas revolucionarias significan concomitancias y relaciones con los partidos de acción», es decir, con «el Partido Radical, cuya finalidad presente es la revolución». Las palabras de Lerroux adquieren importancia en este caso no ya por las conocidas resonancias populistas de su discurso, sino por la importancia que el radicalismo adquirió en el panorama político zaragozano a partir del segundo lustro del nuevo siglo. Algunos historiadores hablan de una «hegemonía lerrouxista» que llegaría hasta 1912 aproximadamente. Durante esos años el auge del radicalismo convivió con un fuerte declive de la actividad obrera, pudiendo señalarse la figura y obra de Costa como el nexo más potente entre ambas tendencias, algo que incluso pasados los años sería reconocido como tal por algunos líderes obreros. Manuel Buenacasa le rendía sincero tributo entre las «figuras ejemplares» del movimiento obrero: «No diré que don Joaquín fuese anarquista, pero sí que el anarquismo altoaragonés, que tantos hombres de valer ha dado al Movimiento Libertario y a la CNT, se inspiró en las doctrinas y en la

311 En 1903 la FLSO cedía sus locales para el mitin de propaganda republicana, acudiendo «numerosa concurrencia, formada en su mayor parte por obreros» (*El Progreso*, 20-9-1903, n.º 5). Un análisis de los contenidos de la prensa republicana abundaría en las pruebas de esta relación. El Primero de Mayo de 1904 fue recibido en *El Progreso* con artículos de insígnies socialistas locales como Isidoro Achón, Rafael Esteban o Matías Pastor (1-5-1904, n.º 197). Y a propósito de la huelga general de 1904, decía el diario que «No sería *El Progreso* un periódico eminentemente popular y democrático si no tuviera puestas sus simpatías en esa causa santa de los desheredados, de los proletarios que aspiran a redimirse, a mejorar su condición y a vindicar su sagrado derecho a la vida» (*El Progreso*, 10-8-1904, n.º 282).

conducta ejemplar de Costa y siempre estuvo compenetrado con los anhelos manumisores de aquel gran servidor del Pueblo. [Fue] uno de los mejores defensores con que contó la clase obrera». ³¹²

Pero cuando los trabajadores se convirtieron en sujeto colectivo con capacidad propia para la movilización disruptiva, como se demostró durante el ciclo huelguístico de 1910-1912, la relación con el republicanismo adquirió diferentes matices, sobre todo debido al mayor protagonismo obrero en la organización y puesta en escena de la protesta. En palabras de Ángel Duarte, «el republicanismo pocas veces supo montar a caballo de la agudización de la conflictividad social». Luis Fons fue en Zaragoza quien primero y más sonoramente hizo sonar las trompetas de guerra, y lo hizo en aquel mitin del Primero de Mayo de 1911, dirigiéndose a los republicanos como «desenfadados y altivos», «enemigos del pueblo» y «servidores del capitalismo». La prensa republicana arremetió luego contra el orador, utilizando códigos de honorabilidad para evidenciar la escasa legitimidad de Fons entre los obreros, presentándolo como alguien ajeno a la ética y estética del oficio, vestido con un «rico gabán», «sortijas en los dedos», «espléndida cadena de reloj cruzando el pecho, y sus manos blancas, sin encallecimiento ni durezas, netamente burguesas». Sin embargo, los relatos de prensa sobre este crítico momento no sacan de muchas dudas respecto de la relación y las mutuas percepciones entre federados y republicanos. Aclaran un poco más al respecto las declaraciones hechas en el Círculo Radical por Ángel Laborda sobre la actitud de los republicanos

312 Profundiza en esta relación Barrio Alonso (2003). La entrevista de Lerroux, en *LCA*, 24-8-1911, n.º 467. La «hegemonía lerrouxista», en la tesis de Germán Zubero (1982), vol. 1, p. 93. Ejemplos de colaboración en mítines los hubo como en la asamblea de la Federación en la que se decidió la huelga de 1911, en la que intervino el radical Banzo, o como en mítines republicanos previos en los que habían intervenido significados obreristas como Maymón (*HA*, 11-7-1910, n.º 4878), Nicasio Domingo o Luis Fons (mitin radical organizado para conmemorar el aniversario del fusilamiento de Ferrer, según *LCA*, 13-10-1910, n.º 199). El destacado republicano Ángel Laborda fue procesado por un delito de injurias a la autoridad, por escribir en *La Correspondencia de Aragón* contra las contundentes órdenes del gobernador García Bajo a las fuerzas de seguridad durante la huelga de julio de 1910 (AHPZ, Sentencias criminales, 1911, n.º 23). También ocurrió que los puentes fueron utilizados con fines más tortuosos, como cuando el *Heraldo* publicó que Lacort fue hallado por la policía escondido en la Casa del Pueblo republicana de la calle Boggiero tras los sucesos de septiembre de 1911. *La Correspondencia* desmintió tal información, a la par que minusvaloraba la incautación de una pistola al diputado radical Banzo por tratarse de un objeto de defensa personal.

hacia los obreros. Quien fuera teniente de alcalde republicano de la ciudad en 1907 afirmaba que «somos obreros casi todos los radicales, y como obreros intervenimos en las lides reivindicativas», añadiendo que «vamos tan lejos como los ácratas» en cuestiones sociales. Sobre ellos sentenció que «ni queremos ni les hemos pedido el voto, pero sí su cooperación en otro género de luchas». En el mismo acto el presidente de los radicales, Andrés Palomar, aclaró como él mismo, Banzo y Álvarez habían compuesto la comisión encargada de tratar con la Federación la colaboración en el mitin de la plaza de toros, quedando «completamente de acuerdo» ambas sociedades, pues sin duda compartían el contenido «político y social» del programa del mitin: la revisión del proceso Ferrer, derogación de la Ley de Jurisdicciones, reforma del Código Militar, amnistía para los presos políticos y sociales, servicio militar obligatorio y protesta contra la guerra. Y cerró su discurso presumiendo de que «nosotros somos los únicos que estamos al lado del obrero».³¹³

Hubo más muestras de colaboración, pero es cierto que en el terreno de las percepciones colectivas la actitud de los obreros parecía estar distanciándose de los viejos compañeros de camino. La Zaragoza de la primera industria, la de la primera década del siglo XX, albergaba una sociedad con predominio de las redes y relaciones personales, unas redes que daban lugar a una cultura popular básicamente antioligárquica y anticlerical, en la que obrerismo y republicanismo aparecían muy cercanos, como identidades que se solapaban y que podían colaborar. No resultaba muy difícil para los radicales extender entre los obreros más inquietos, esos que frecuentaban el ateneo o el círculo republicano, la condena de los rivales políticos (patronos, propietarios, curas o rentistas), inculcando al hacerlo la distancia entre «ellos» y «nosotros». La configuración local del obrerismo zaragozano también tuvo que ver en la construcción identitaria de las

313 Duarte (1997), p. 186. *LCA*, 2-5-1911, n.º 373. No pasó mucho tiempo para que los republicanos volvieran a mostrar la mejor de las disposiciones hacia los ácratas, tras el mitin celebrado en la Lonja el 15 de mayo: comentaba ufano el redactor republicano que no hubo incidentes por diferencias políticas entre los obreros, y no podían ocurrir porque «los elementos compondores del gran bloque societario ostentan liberalísimo carácter, ese carácter de firmeza social que principiando en el más tibio republicanismo tiene su límite en las lejanías ácratas, con su esplendor luminoso aquél y éstas, unidos por ese lazo fraternal, humanamente consagrado que une los espíritus y los cuerpos en el ideal que concreta la palabra sublime: FRATERNIDAD» (*LCA*, 15-5-1911, n.º 383).

clases populares. Si durante los primeros años del siglo los socialistas de la Federación habían posibilitado cierta predisposición hacia la «colaboración de clases», ahora, en los años del cambio de década, el anarquismo triunfante en la mayoría de las sociedades y en la dirección de la Federación optaba por un camino de autosuficiencia y combate. Eso no solo implicaba a las organizaciones patronales y a los socialistas, sino también a los republicanos, con quienes comenzó un divorcio a raíz del incremento de la afiliación obrera y la fundación de la CNT.

El proceso reflejaba la necesidad de afirmarse como clase, y de representar y espacializar esa afirmación mediante la creación de sedes y centros obreros. Es cierto que circunstancias extraordinarias, como la clausura del Centro Obrero tras la huelga general, forzaron a continuar con la relación durante el año siguiente, siendo los republicanos los que cedían sus locales de la Casa del Pueblo para las reuniones de los federados. Pero en términos generales, la intensificación de la actividad reivindicativa entre los obreros durante este período fortaleció los lazos societarios basados en la solidaridad y el apoyo mutuos, valores que alentaron la independencia de las sociedades respecto de discursos externos. Si por un lado la pertenencia a la sociedad requería una generosa confianza de los individuos hacia el igual compromiso del resto, por el otro la propia fortaleza de las sociedades y la llegada de resultados alentadores para la clase durante la fase alcista de la movilización proporcionaban crédito a la organización, que ganaba enteros como agente con capacidad de negociación y resolución propias.³¹⁴

Merece la pena analizar el cambio operado en el discurso de los líderes radicales desde aquellas simpatías manifestadas por Lerroux hacia el movimiento obrero poco tiempo antes de las huelgas generales de 1911. En esta ocasión se reproduce en el *Heraldo* una intervención realizada con ocasión de la celebración de un mitin en la capital aragonesa en abril de 1912. Estaban Giner de los Ríos, Albornoz y Rafael Salillas, quienes con sus breves alocuciones tan solo levantaron la expectación hacia el discurso del jefe republicano. Durante este, Lerroux trató de aclarar entre otras cosas el desencuentro táctico con el obrerismo, trufando las razones de ciertas expresiones deladoras de falta de confianza en la fuerza social que sustentaba su proyecto político. En efecto, se defendió de las acusaciones de haber

314 Barrio Alonso (2003), pp. 115-116.

colaborado parlamentariamente con el Gobierno Canalejas alegando que, de no hacerlo, hubieran gobernado los conservadores. Con ello estaba rechazando la idea de que los radicales hubieran podido llegar al gobierno, porque «un partido no se hace tan pronto ni se coloca tan rápidamente en condiciones de desempeñar las funciones del poder». Había que prepararse y organizarse —continuó—, aprovechando el período de mando de los liberales, unos planes que se verían truncados por la huelga de 1911. «Surgió una huelga inopinada, una huelga cuya génesis era desconocida en absoluto» y que afirmó haber sido incubada en el extranjero, al modo de las viejas conspiraciones políticas. «Yo estoy dispuesto por mis ideales a ir a la revolución, a las barricadas, al motín si es preciso, pero no me alistaré jamás bajo unas banderas desconocidas cuyos colores negros o rojos pintan el alma de quien las conduce, manchadas por el crimen. Por eso me opuse a que la huelga fuera secundada en Barcelona [...] porque no quiero ser responsable nunca de conducir a los obreros al matadero en algaradas estériles». Y no sin cierto victimismo se presentaba como caprichosamente rechazado por los obreros: «los elementos de la izquierda social más extremados que nosotros, en lugar de aproximarse a nosotros, que en todas ocasiones, hasta las más críticas y difíciles les hemos prestado ayuda, se unen con las derechas republicanas. ¿Hace falta recordarlo? No hace muchos meses, a raíz de aquellas huelgas, cuando se creía que era necesario un acto colectivo, a pesar de no ser requeridos nosotros, enviamos un representante a la reunión de Santander y nuestro concurso no fue admitido».³¹⁵

El tono del discurso se enmarca en las consecuencias de lo que González Calleja llama la «desasistencia» de los republicanos a los obreros en la huelga de septiembre de 1911. En realidad durante ese año, y ya antes de la huelga, Lerroux había apoyado al Gobierno Canalejas en la política belicista del escenario marroquí, un acercamiento traducido en la firma de pactos secretos entre ambos, pactos que afianzaban la instalación del primero en el sistema y le inmunizaban de las medidas represivas desatadas contra las organizaciones obreras. La imagen de Lerroux entre estas salió especialmente dañada, pese a mantener una retórica social de vagos deseos de mejora de las condiciones obreras, siendo abiertos sus enfrentamientos con la CNT y conocida la animosidad que le guardaba el PSOE. En el polo

315 *HA*, 30-4-1912, n.º 5603.

opuesto del espectro republicano, la formación del Partido Republicano Reformista, con Galdós, Azcárate y Melquíades Álvarez como sus cabezas visibles, vino a complicar aún más la situación del republicanismo, sobre todo a raíz de su exclusión de la Conjunción Republicano-Socialista al declarar en 1913 la «accidentalidad» de la forma de gobierno, algo que equivalía a aceptar la Monarquía. Su discurso iba dirigido sobre todo a la pequeña burguesía, como se puso de manifiesto durante los mítines de Álvarez celebrados en Tarazona y Calatayud en 1912. «No queremos la anarquía, hemos aprendido mucho con las enseñanzas de aquella República del 73». Y exhortando a rechazar los desórdenes, pedía «turbas honradas para que se sacrifiquen por la patria, pero nunca harapientos que denigren la revolución con el pillaje y la barbarie». Las diatribas doctrinales y la competencia política acaparaban buena parte de las energías republicanas. El diputado Albornoz trataba por su parte de que la llama radical no se apagara en la circunscripción zaragozana dando un mitin en la Casa del Pueblo en el Primero de Mayo de 1913, que terminó con elogios a la propia fiesta obrera como celebración de «fraternidad» y «paz». No hay alusiones a la cuestión social, tan solo recomendó al auditorio declarar el rechazo a la guerra y a la política de armamentos. No en vano, sería este el banderín de enganche más efectivo para no perder en estos años definitivamente la fidelidad de las clases populares. En septiembre el gobernador prohibía dos mítines proyectados por la sociedad republicana «Jóvenes Bárbaros» contra la Guerra de Marruecos. Poco después reaparecían en la Casa del Pueblo radical, tras el presidio o el exilio, algunos de los grandes nombres del obrerismo zaragozano, para insistir en la causa contra la guerra, como Ángel Lacort o Manuel Buenacasa. Y de nuevo líderes obreros y republicanos aparecerían juntos en la celebración de un mitin de protesta contra la guerra en agosto de 1913, esta vez con el Teatro Circo como escenario. Bajo la presidencia del socialista Achón, intervinieron por los primeros Tiburcio Osácar y Ángel Lacort. Mayor peso tuvieron los republicanos, representados por Venancio Sarría, Nicolás Ferrer, Manuel Bescós, Gil y Gil y Albornoz, quien protestó contra la prohibición gubernamental de la manifestación proyectada.³¹⁶

316 Las difíciles relaciones del lerrouxismo con el obrerismo, en José Álvarez Junco (1990), pp. 422-423. Los discursos de Melquíades Álvarez en Calatayud y Tarazona, en *HA*, 24 y 25-6-1912, núms. 5657 y 5658. El mitin radical de Albornoz en Zaragoza,

Como se ve, los sentimientos de pertenencia de las clases populares eran múltiples y complejos. Alberto Melucci explica la identidad colectiva como «una definición compartida e interactiva, producida por varios individuos (o por grupos a un nivel más complejo), que está relacionada con las orientaciones de su acción colectiva y con el campo de oportunidades y construcciones en la que ésta tiene lugar». La identidad, por tanto, estaría integrada por definiciones de la situación compartidas, que no serían sino el resultado de «un proceso de negociación y laboriosos ajustes entre distintos elementos relacionados con los fines y medios de la acción colectiva y su relación con el entorno». Y es a través de este proceso de interacción, negociación y conflicto sobre las distintas definiciones de la situación, como «los miembros del grupo construyen el sentido del nosotros que impulsa los movimientos sociales». Es decir, la propia experiencia del conflicto es lo que determina la identidad y no al revés, como pregonaban los enfoques tradicionales. La definición ayuda a ubicar las relaciones del obrerismo anarquista zaragozano con los radicales como un proceso de interacción más dentro de la política pública, a partir del cual elaborar nuevas definiciones de los problemas que dan sentido a la participación activa.³¹⁷

3.3. El surgimiento de nuevos sujetos colectivos: los estudiantes

Atendiendo al carácter múltiple y al solapamiento de las identidades en construcción que venimos predicando, se van perfilando algunos de los engranajes que aglutinan los intereses de los sujetos, y que sustentan algunas de las más conocidas formas de acción colectiva: la clase, la nación, el

en *HA*, 1-5-1913, n.º 6078. No fue el último en los meses siguientes, participando en sendos actos en septiembre y octubre de ese año (*HA*, 15-9-1913, n.º 6215, y 31-10-1913, n.º 6230). La prohibición a los «Jóvenes Bárbaros», en *HA*, 27-9-1913, n.º 6227. El mitin obrero contra la guerra, en *HA*, 7-2-1914, n.º 6339, y el del Teatro Circo, en *HA*, 4-8-1913, n.º 6173.

317 Melucci (1995). Desde el enfoque de la psicología social, Klandermans (1997) profundiza en el proceso de conformación y adquisición de las creencias colectivas, un paso que considera fundamental para la elaboración de las definiciones de una situación social, y que se produce a través de la interacción individual que tiene lugar en las redes sociales cuando los sujetos pretenden validar la información con la que cuentan a través de la comparación y la discusión.

género, la ciudadanía... Una de ellas ha sido recientemente objeto de la atención de los especialistas, la juventud como fuente de tensiones respecto del poder controlado por las generaciones precedentes, merced a su carácter inquieto y su habitual cuestionamiento de los valores tradicionales. Precisamente, en su intento por maniatar un comportamiento en potencia incontrolable, los adultos tratan a partir de la segunda mitad del siglo XIX de encuadrar a los jóvenes en estructuras más o menos organizadas como asociaciones culturales, de recreo o proyectos pedagógicos. Junto a este interés asociacionista, se asiste en las sociedades contemporáneas a la vinculación de los jóvenes a movimientos de mayores hechuras políticas, como lo demuestra el hecho del nacimiento de las primeras juventudes de partido. Como señala González Calleja, la política de masas de la era contemporánea y la extensión del sufragio «abrió la política a la juventud». Más tarde, en el período de entreguerras, las viejas organizaciones juveniles impulsadas o patrocinadas por los adultos entraron en crisis, desintegradas por la traumática experiencia de los jóvenes en las trincheras y la retaguardia. Eso dio pie a la irrupción del Estado en los asuntos juveniles y a su intervención en su gestión, a través no solo de asociaciones lúdicas, sino también de legislaciones proteccionistas que recortaban su independencia a través de tribunales de tutela, servicios de bienestar, escuelas, etcétera. Pero eso llegará más tarde.³¹⁸

Hay que tener en cuenta que un contexto de aceleración de la dinámica de acción colectiva puede facilitar la aparición de nuevos grupos sociales que, impulsados por claves de identidad novedosas y efectivas, encuentren alicientes para participar en la política pública y para alinearse respecto de los problemas que les afectan. El contexto urbano moderno facilita el desarrollo de estos procesos de construcción de marcos significativos y de definición de la problemática colectiva. La proximidad entre grupos con intereses encontrados y la dinámica contenciosa entre ellos, la apertura de procesos competitivos entre los que han sido aliados, la cercanía a los centros de poder, la inmediatez en la difusión de nuevas ideas y el desarrollo de los medios de comunicación de masas..., dotan al entorno urbano de unas características favorables para la identificación de intereses, la propuesta de cambios y alternativas al poder, y para el ejercicio

318 González Calleja (2005a) y (2005b).

y la memoria de las formas de protesta más eficaces para lograr los propios objetivos. Lo que hace de la ciudad un espacio a tener en cuenta en la protesta social no es un tipo de protesta distinto, sino su capacidad para acoger movimientos propios de la contemporaneidad, de alcance más general, de corte más flexible y de praxis más pacífica que el repertorio localista y de acción directa de los motines tradicionales. No obstante, es claro que durante los tiempos de transición, como el del período finisecular, algo habrá de lo uno y de lo otro, de lo que se deja atrás y de lo nuevo.

La Universidad resulta una institución particularmente interesante para comprobar cómo cristalizan estos procesos en el colectivo joven urbano, pues, además de desempeñar su lógico papel como centro difusor del conocimiento, se convirtió pronto en plataforma de movilización colectiva, algo que fue comprendido no solo por los protagonistas, sino también por el resto de colectivos sociales. Y eso porque, además de su función académica, no hay que perder de vista su carácter socializador y su potencialidad como centro de debate e intercambio de opiniones. Algo que no siempre estuvo rodeado de exquisitez y floritura intelectual. Como Pío Baroja puso de manifiesto en el retrato del ambiente estudiantil madrileño de *El árbol de la ciencia*, eran frecuentes cierto grado de insolencia y arrojo pendenciero en la defensa de los pares de opuestos que servían para afirmarse como adulto y como hombre de ideas: «Hurtado era republicano, Montaner defensor de la familia real; Hurtado era enemigo de la burguesía, Montaner partidario de la clase rica y de la aristocracia», y unos y otros podían fácilmente participar del tono descarado y en ocasiones violento de las trifulcas que los enfrentaban, empujados por el carácter iniciático que se confería a la acción callejera y al enfrentamiento con la policía. Esta capacidad de movilización del ambiente universitario tenía una doble vertiente: en la interna, los estudiantes negociaban las condiciones relativas al desempeño de su propia tarea, poniendo de manifiesto al hacerlo el calibre de sus propias fuerzas como grupo de interés. Y en la externa, se participaba en las cuestiones políticas, las campañas de la prensa y los debates públicos que se extendían en la sociedad. Las campañas militares de finales de siglo XIX, en Marruecos y finalmente en las colonias de ultramar, fueron sin duda la piedra de toque que permitió y alentó a los estudiantes, sin perder de vista su heterogeneidad interna, a participar

de ahí en adelante en la escena pública como un sujeto con una creciente respetabilidad en el conjunto de la sociedad.³¹⁹

Porque la entrada de España en las guerras vino acompañada de articulaciones discursivas que, en clave nacionalista, legitimaban la participación por parte del poder en los conflictos armados, y además proporcionaban un soporte ideológico para que la ciudadanía pudiera percibir que tomaba parte en un proyecto común más amplio, algo tan aparentemente trascendente como la defensa de la nación amenazada. El nacionalismo actuó eficazmente como «mito movilizador» a lo largo de todo el siglo XIX, pero, para lo que aquí nos interesa, los primeros sucesos dignos de atención en este estudio son las protestas populares y manifestaciones patrióticas contra la ocupación alemana de las Carolinas en septiembre de 1885. Hubo en efecto muestras de antigermanismo en muchas localidades, en los principales núcleos políticos y económicos del país, y también en «provincias». En Huesca unas cuatro mil personas asistieron a la manifestación de protesta «contra el inicuo y traidor despojo de las Carolinas», luciendo multitud de banderas, estandartes e insignias con lemas patrióticos que daban el color a «una nueva página de gloria para la cultura y el civismo del pueblo oscense». Algo parecido ocurrió en Zaragoza, en Teruel y también en ciudades de tamaño medio como Fraga o Monzón. Álvarez Junco valoró estas manifestaciones como «magras exhibiciones miméticas que mantuvieron el espejismo de que en España se estaba produciendo una evolución comparable a la de los demás Estados-naciones de Europa». El juicio exige un breve resumen de las tesis manejadas previamente por el autor. Parte del reconocimiento de los conflictos internacionales de la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX como uno de los más poderosos motores para la creación de la retórica patriótica y su expansión a nivel popular en los principales países europeos. En el caso español, la inexistencia no ya de guerras exteriores, sino incluso de amenazas fronterizas, hizo que no se desarrollara ninguno de aquellos procesos por los que se inculcaban masivas dosis de patriotismo entre las capas populares que debían tomar las armas. Eso provocó, en opinión de Álvarez Junco, un generalizado desinterés social por el nacionalismo en sentido expansivo o agresivo, y la extensión de conductas evasivas entre las clases populares de

319 Baroja (1990), p. 39.

la sociedad, que tan solo muy esporádicamente salieron a la calle por este motivo. Ni siquiera entre los estratos mejor acomodados, los productores y alentadores de la retórica nacionalista, el servicio al Estado ocupó un lugar destacado en su escala de valores. Era natural, dado que, si para las capas populares el Estado era identificado con una «maquinaria voraz y ajena», para gobernantes y estratos altos aquel solo era contemplado en términos patrimoniales, «un predio heredado y mal vigilado del que podían obtenerse provechos marginales». Las arbitrariedades y privilegios daban a entender que el «servicio a la patria», concluye Álvarez Junco, no era un honor, sino una carga impuesta a las clases bajas.³²⁰

Parece un poco forzado no conceder que las guerras suscitaron en algún momento un fervor patriótico notable entre la sociedad española. Quizás la exposición de Álvarez Junco sitúe muy en el centro de su argumentario la debilidad del proceso nacionalizador español, algo que puede a veces dificultar el análisis de la evolución y los cambios de las posturas ante la guerra. Pérez Ledesma³²¹ ha matizado que pueden registrarse tanto el entusiasmo patriótico que llenaba las columnas de la prensa, el malestar y la protesta de sectores y grupos como los socialistas, como la pasividad o desinterés del común de la población hacia el desenlace bélico y los derroteros de la política internacional. La clave está en presentar dichas actitudes como formas de reacción de distintos sectores sociales en diferentes momentos de la guerra. Algo que, aplicado al caso estudiantil, también tiene su reflejo en las fuentes documentales de la época. En efecto, las crónicas de prensa hablan indistintamente de «estudiantes» respecto de los grupos que engrosan diferentes acciones colectivas, pero es a través de sus acciones concretas como se descubre el tono de la manifestación. Así, no es difícil distinguir entre los ardorosos grupos que recorren las calles y se ofrecen a la autoridad para formar «batallones de defensa» urbanos, y los que por esas mismas fechas se encuadran con órganos de prensa y partidos contrarios a la guerra, como algunos, no todos, medios republicanos. Desde la campaña de Melilla de 1893 hasta el desastre de 1898 los estudiantes patrióticos demostraron públicamente su apoyo a las políticas belicistas de los gobiernos de turno. No se comprende su intensa actividad en

320 *DH*, 9-9-1885. Álvarez Junco (1997).

321 Pérez Ledesma (1998*b*).

la calle sin tener en cuenta la espiral de manifestaciones y respuestas entre los medios progresistas, los conservadores y los gubernamentales. Y es que los medios de comunicación de masas van adquiriendo un singular protagonismo en la adjudicación de sentidos y significados de las acciones colectivas a partir de los primeros años del siglo XX.³²²

La campaña de artículos críticos de *El Progreso* en relación con el asunto de Montjuich, a partir de febrero de 1898, dio lugar a acciones demostrativas de descontento por parte de los jóvenes conservadores. Los grupos visitaban las redacciones de los diarios locales, «dando algunos vivas y quemando números de *El Progreso*», esperando repercusión mediática de su acción. En efecto, para la prensa conservadora, como el *Diario de Avisos*, «cumplieron como buenos», dando «altísimo ejemplo de cómo las muchedumbres ordenadas e instruidas patentizan sus derechos y deducen sus pretensiones sin extralimitarse lo más mínimo». Y les animaba a adherirse siempre a toda expresión pública de sentimiento nacional «con la sensatez y cordura de los ancianos». En cambio el *Heraldo* reprodujo la visita que los estudiantes liberales hicieron a sus locales para tratar de contrarrestar la acción de los primeros. Indicaron que, siendo alumnos de los últimos cursos de varias facultades, no podían adherirse a las manifestaciones previas. Y según costumbre cada vez más extendida en las acciones

322 En los primeros días de marzo de 1896 tiene lugar una serie de protestas estudiantiles en la siguiente secuencia: al conocerse las manifestaciones patrióticas de Barcelona, se tratan de emular en Zaragoza, no siendo consentidas por el gobernador civil (*DAZ*, 3-3-1896, n.º 8390). Mientras se recogían doscientas firmas entre los estudiantes para la formación de un posible batallón urbano, la prensa buscaba pruebas del patriotismo popular: «si no hay manifestaciones de protesta contra los yankees en la vía pública, en cambio el público busca patriótico desahogo a su indignación y entusiasmo aplaudiendo la marcha de Cádiz que obliga a tocar casi todas las noches a las orquestas de diferentes cafés...» (*DAZ*, 4-3-1896, n.º 8391). El día 6, un grupo de estudiantes de Medicina prorrumpió en vivas a España y al Ejército al pasar por delante de Capitanía General, lo cual «se ha interpretado por las autoridades como la preparación de una manifestación, adoptándose prudentes dispositivos para evitarlo» (*DAZ*, 7-3-1896, n.º 8393). Al día siguiente una comisión de estudiantes entrega al capitán general una protesta por los acuerdos de las cámaras americanas y el ofrecimiento para formar en caso necesario un batallón urbano para guarnecer la ciudad caso de tener que partir las tropas (*DAZ*, 8-3-1896, n.º 8394). Al día siguiente los estudiantes intentaron manifestarse repetidamente contra los EEUU, no permitiéndoselo la presencia de la fuerza pública. Algunos grupos recorrieron las calles dando «vivas a España» (*DAZ*, 9-3-1896, n.º 8395). Las manifestaciones celebrando la muerte de Maceo, en *DAZ*, 10-12-1896, n.º 8648.

colectivas del período, se envió un telegrama al rotativo madrileño para expresarle su adhesión en su campaña «en pro de la moral y de la justicia». Por aquellos días, en efecto, se celebraban en la ciudad mítines a cargo de republicanos y anarquistas para pedir la revisión del proceso instruido en Barcelona, apareciendo los estudiantes y sus movimientos en lugar preferente de los debates, para criticarlos o alabarlos. Y algunas semanas más tarde tendría lugar la manifestación referida en otro lugar de este trabajo, y «organizada por los republicanos y socialistas», para pedir no solo la revisión de los procesos de Barcelona, sino también el servicio militar obligatorio. No es difícil suponer la presencia de los estudiantes liberales entre los grupos de manifestantes, cuando además se inició en la puerta de la antigua Universidad zaragozana.³²³

Durante los años siguientes al desastre, la política pública y los sucesivos cambios de gobierno y ministeriales ofrecían oportunidades para que los estudiantes salieran a la calle, tomando mayor protagonismo en términos generales los grupos liberales o progresistas. Al tiempo, la prensa recogía reuniones y protestas en las que se debatían y reclamaban condiciones del propio colectivo, como las vacaciones o los criterios bajo los que los tribunales examinaban a los alumnos. Optaremos aquí por un acercamiento cronológico a la acción colectiva estudiantil, en la confianza de que al hacerlo podamos acercarnos al complejo proceso de conformación de esta identidad. Dos circunstancias acercan a ambos tipos de movilización: en primer lugar, las protestas motivadas por asuntos de orden «interno» o «profesional» tenían una incidencia sobre factores importantes para la acción en la calle y el enfrentamiento público con otros grupos sociales, reforzando su identidad colectiva y clarificando posiciones en cuanto colectivo, aunque al mismo tiempo sufrieran procesos de polarización en su seno. Y en segundo lugar, en la mayoría de los casos las acciones emprendidas por este tipo de asuntos no diferían en mucho de las formas empleadas para la manifestación pública de descontento por motivos que implicaban al poder y a la capacidad de autogestión del movimiento. En realidad

323 *DAZ*, 5-2-1898, n.º 9084, y *HA*, 4-2-1898, n.º 720. En el mitin del 6 de febrero celebrado en el Pignatelli (*HA*, 7-2-1898, n.º 723), organizado por elementos liberales y obreros locales, se recomendó la lectura de *El País* y *El Progreso* y se atacó a los estudiantes que se manifestaron contra este último diario «en lugar de hacerlo por los tormentos sufridos en Montjuich». La última manifestación, en *HA*, 14-3-1898, n.º 753.

la mayoría de las movilizaciones que aquí describiremos se podrían incluir en la tipología conceptual de Lipset de *movilización corporativa escolar*, que, aunque tenía un origen académico, estaba vinculada a razones ideológicas, como la defensa de los valores democráticos, la libertad de expresión o el laicismo, lo que confería un tono de politización a la protesta.³²⁴

El 2 de junio de 1899 hubo «ligeros eclipses» en la cordura general estudiantil descrita por el *Heraldo*, motivados por el elevado número de suspensos dictaminados por un tribunal. La cosa no pasó de un pequeño alboroto que no requirió de fuerza pública para disolverse. Sin embargo, dos años después sí que hicieron falta, con los sucesos originados en el anuncio de la boda de la infanta con el ultramontano conde de Caserta. Los estudiantes de Medicina y Veterinaria formaron una comisión y visitaron al gobernador para protestar del día festivo que el rector había concedido con motivo de la boda. Y mientras Madrid, Valencia y Granada vivían protestas por el mismo motivo, los grupos, que al decir de la prensa se habían engrosado con «elementos extraños», marcharon al palacio arzobispal, a la Universidad y finalmente al Mercado, donde, entre vivas a la República y mueras a la policía, tuvo lugar la batalla campal. Todo terminó frente al edificio de los jesuitas con varias cargas a caballo, carreras y pedreas. Lo importante es destacar como los estudiantes van poco a poco adquiriendo autoridad para comenzar protestas por asuntos que rebasan lo meramente académico, arrastrando a otros grupos y a ocasionales aliados a la acción colectiva. Y que el caldeado ambiente zaragozano, con un virulento anticlericalismo plasmado en el agitado Jubileo de 1901 o las sucesivas pedreas sobre el colegio de jesuitas con las que acababan algunas manifestaciones, daba espacio e incentivaba la movilización de algunos sectores vinculados al laicismo o, cuando menos, contrarios al imperante catolicismo. Algunos meses más tarde volvieron a tener lugar nuevos altercados por parte de los escolares, que pedían la supresión del examen de acceso a la Facultad, y poco después, en abril de 1903, se organizaron las manifestaciones en pro-

324 González Calleja (2005b) reproduce las categorías clasificatorias de Lipset para los movimientos estudiantiles: la *movilización «troyana»* o de disciplina académica, la *movilización corporativa escolar*, la *movilización profesional*, en la que las protestas cuentan con mayor continuidad y están basadas en el asambleísmo y la huelga, la *competición política faccional*, que implica a grupos políticos universitarios con visiones antagónicas de los sistemas educativo y político, la *acción sindical reconocida a nivel nacional*, y la *gestión burocrática*.

testa por los trágicos atropellos policiales ocurridos en la Universidad de Salamanca, donde murió un estudiante acribillado en el claustro. Hubo asambleas con rector y decanos, aplaudiéndose en la primera el envío de un telegrama de adhesión institucional al rector de Salamanca y aprobándose en la segunda, que era exclusivamente de estudiantes, diversos puntos: enviar una corona al entierro de las víctimas, ejercer la acción popular en los tribunales de justicia, expedir telegramas de protesta al Gobierno y de condolencia al rector Unamuno, y celebrar una misa en sufragio de las víctimas. Y bajaron luego entonando *La Marsellesa* desde la Facultad hasta el Gobierno Civil por el centro de la ciudad, junto con rector y decanos, para participar a la autoridad los acuerdos adoptados. El lunes siguiente, y tras la misa de sufragio, tuvieron lugar manifestaciones y enfrentamientos con las fuerzas del orden por todo el centro de Zaragoza. Siguiendo una bandera negra, marcharon por la ciudad cerrando las tiendas a su paso como señal de duelo, y apedreando aquellas que se resistían. Por la tarde la protesta «perdió su carácter estudiantil» al agregarse «elementos extraños», apedreándose el propio edificio del Gobierno Civil y sucediéndose las cargas entre vítores a la República y mueras a Maura.³²⁵

Como se puede comprobar, la relación de los estudiantes con la política, al igual que la de otros grupos sociales, no se restringe al ámbito electoral o al más estrictamente organizativo, sino que a través de la acción directa y del examen de los motivos esgrimidos pueden también rastrearse posturas respecto del poder y del uso de la fuerza que, sobre todo, pretendían dotar de autonomía a las propias decisiones. La animadversión hacia el gobernador conservador Planter durante las manifestaciones de 1903, cuando con su predecesor Avedillo habían abundado las muestras de simpatía, habla de una intencionalidad de castigo y de rechazo hacia el Gobier-

325 La protesta por el elevado número de suspensos en Derecho, en *HA*, 3-6-1899, n.º 1111. Las manifestaciones y tumultos por la boda de Caserta, en *HA*, 11-2-1901, n.º 1690, y *LAA*, 11-2-1901, n.º 5487. Las protestas pidiendo la supresión del examen de ingreso en la Universidad, en *HA*, 21-11-1901, n.º 1914. Las críticas que el rotativo *La Opinión* vertió sobre estos hechos motivaron que al día siguiente marcharan en manifestación a esa redacción. Hubo tensión con la policía que allí les esperaba, marchando luego a denunciar al gobernador que un agente «intentó agredir brutalmente a un estudiante amenazándole con el revólver» (*HA*, 22-11-1901, n.º 1915). Volvieron a salir los estudiantes en la prensa con ocasión de producirse un tumulto en la festividad de Santo Tomás, al serle impedido a un grupo de alumnos el acceso al acto central (*HA*, 9-3-1903, n.º 2315). Las manifestaciones por lo de Salamanca, en *HA*, 4 y 7-4-1903, núms. 2338 y 2341.

no que representaba. Hubo también una manifestación espontánea cuando un estudiante de Medicina fue detenido durante una representación teatral, protestándose ante el gobernador por lo que consideraban «atropellos» y «abusos», siendo por ello liberados los detenidos. La política también alcanzaba a los debates sobre las reformas escolares pretendidas por los gobiernos. Hubo un decreto en 1905 «que viene a perturbar gravemente la marcha de los estudios», y que era fruto «del absurdo desbarajuste que reina desde hace mucho tiempo en la legislación de enseñanza». Entre «temperamentos radicales» se celebró una nueva asamblea en la que, tras criticar al Gobierno, se acordó la «resistencia pasiva»: la huelga. Los nuevos repertorios y formas de protesta se extendían como por vasos comunicantes a nuevos colectivos y reivindicaciones, lo cual habla a favor de su flexibilidad y su capacidad de adaptación a diferentes situaciones y grupos. No obstante los alborotos cometidos por los huelguistas para presionar a quienes no adoptaban el paro, quizá lo más reseñable sea la organización de diversas asambleas consecutivas en la plaza de toros, en las que, siguiendo la costumbre, se debatieron y votaron las resoluciones y posturas a adoptar. Los estudiantes se adhirieron a la dirección del «movimiento» que llegaba de Madrid a través de la Unión Escolar, con la que mantenían comunicación de las conclusiones aprobadas, conmemorándose a los caídos de Salamanca, y se organizó una manifestación pacífica al Gobierno Civil, con el que se mantenía la comunicación abierta a través de una comisión. Se fijaron pasquines en la ciudad y se publicaron escritos en la prensa, a la que se rogó que, «como la palabra *meeting* parece tener cierto carácter político revolucionario», no se diera ese nombre a las asambleas. Lógico parece el intento estudiantil de desligarse de otros grupos cuando mayor parece su fortaleza, para dotarse de una imagen de seriedad y madurez y alejar las conspirativas sospechas de utilización por parte de otros grupos. Un alumno de Medicina habló «del carácter político que por algunos se quiere dar a este movimiento», y dijo haber oído a un catedrático «que los escolares eran instrumento de los republicanos», protestando de que así se piense «cuando no hay ninguna razón para ello». El conflicto terminó finalmente con la promesa del ministro de presentar al rey los reales decretos solicitados por los estudiantes para que este los sancionase con su firma.³²⁶

326 HA, 14-1-1904, n.º 2579. La huelga de estudiantes, en HA, 1, 3, 4, 5, 6, 7 y 8-4-1905, núms. 3001 al 3007, y EN, 4-4-1905, n.º 1188.

La práctica del nuevo repertorio que el movimiento obrero iba generalizando en la sociedad parecía adaptarse con extrema eficacia al colectivo y reivindicaciones estudiantiles: flexibilidad, carácter indirecto y modos pacíficos (con algunos matices, pues hubo en los primeros momentos algunas algaradas) fueron el resultado de la utilización de un complejo repertorio de acción colectiva que usaba instrumentos conocidos y otros nuevos, entre los que el empleo de medios de comunicación modernos para abastecerse y difundir información, y para coordinar un movimiento de carácter nacional, fue sin duda uno de los más importantes. En diciembre de ese mismo año una comisión de estudiantes valencianos se traslada a Zaragoza para conseguir apoyo de los de esta capital para las reformas impulsadas por un famoso doctor de aquella ciudad. En octubre de 1907, con ocasión del llamado «conflicto de las Clínicas», se volvió a la acción. Dos fueron los motivos principales de las protestas, la detención y excesos policiales de varios estudiantes, y la destitución ministerial del rector por su postura del lado escolar. Tras los discursos y recomendaciones de decanos y compañeros, se debatieron las conclusiones y se aprobaron por unanimidad: pedir al Gobierno la reposición en su cargo del rector, reclamar al mismo tiempo la destitución del gobernador civil, mantener la huelga general mientras esto no se cumpliera, y comunicar a otra administración implicada, la Diputación Provincial, que si no solucionaba la cuestión las facultades habrían de pedir el traslado de las matrículas a otra Universidad. Luego formaron nutrida manifestación que circuló por el centro de la ciudad, mostrando su descontento ante el Gobierno Civil. Cuando salió la Guardia Civil, «la excitación entre los escolares fue indescriptible», al temer un desenlace trágico como el de Salamanca. Hubo muertes al gobernador, coplas alusivas y, más tarde, cargas, sablazos y numerosas detenciones. Y también un telegrama a través de la prensa al ministro de Gobernación acusando al delegado Tejón de «alarde de fuerza contra elemento escolar». En los primeros días de diciembre de 1910 volvieron a las páginas de la prensa, al abandonar las aulas pidiendo la extensión de las vacaciones de Navidad y clamar a voz en grito ante el edificio del Gobierno Civil la destitución del rector por ese motivo.³²⁷

327 *HA*, 9-12-1905, n.º 2305. El conflicto de las clínicas, en *EN*, 25 y 26-10-1907, núms. 1983 y 1984. Lo de las vacaciones, en *HA*, 2 y 3-12-1910, núms. 5063 y 5064. El dato de las coplas y serenatas no es menor. Nos habla de las ramificaciones de la protesta popular en el ámbito urbano y en la adopción de los nuevos repertorios. Hay huellas que retrotraen este tipo de prácticas bastante atrás en el tiempo, como señala Eduardo González

Como se puede ver, los motivos de las protestas eran de lo más heterogéneo, gravitando entre la participación política y los intereses corporativos. No obstante, a la altura de 1910 nadie les negaba ya un protagonismo singular en la dinámica social urbana, a tenor de los espacios que la prensa dedicaba ante la noticia de cualquier movilización estudiantil. Sí que es cierto que los asuntos corporativos continuaron ocupando la mayor atención de sus demandas, como ocurrió en noviembre de 1912 con el conflicto de los alumnos de Ingeniería Industrial. Pedían al Gobierno que aclarase la competencia entre las diversas ingenierías para acceder a ciertos puestos de un mercado laboral que experimentaba cambios conforme avanzaba la industrialización. La huelga de los ingenieros arrastró a los estudiantes de otras facultades, si bien se comenta que «había partidarios y contrarios a la huelga», y que se temían incidentes entre ambos grupos. Hubo entonces, siguiendo la costumbre, la asamblea de rigor y la manifestación al Gobierno Civil para trasladar el acuerdo del paro. Al año siguiente, en noviembre de 1913, volvieron a ocupar buenos espacios en la prensa por las movilizaciones en solidaridad por la represión que una manifestación estudiantil provocó en Barcelona. La adhesión solidaria de los zaragozanos llevó en seguida a la huelga, a tumultos en las aulas y a enfrentamientos y carreras con la fuerza pública. No obstante, el carácter de estas manifestaciones parece contradictorio y difícil de determinar. En primer lugar, porque se desligaron de la decisión de los escolares de Barcelona de pedir la solidaridad a los estudiantes europeos por «cuestión de patriotismo», y porque al entrar en la redacción del diario conservador *El Noticiero* dieron sonoros vivas y aplausos a este. Sin embargo, al mismo tiempo atacaban violentamente la redacción del diario *La Crónica*, de corte aragonésista y conservador, y se trataban de alinear con los obreros en un escrito enviado al *Heraldo* en el que equiparaban la saña empleada por la autoridad para con unos y otros.³²⁸

Calleja respecto de los motines de la «noche de San Daniel» de 1865, que habían comenzado con una serenata al rector de la Universidad de Madrid (González Calleja, 2005b).

328 El conflicto de 1912, en *HA*, 8 y 9-11-1912, núms. 5904 y 5905. Las manifestaciones del año siguiente, en *EN*, 29 y 30-11-1913, núms. 4057 y 4058, y *HA*, 29 y 30-11-1913, núms. 6280 y 6281, y 2-12-1913, n.º 6283. Entre una y otra, los estudiantes en su inmensa mayoría salieron a la calle para sumarse a la manifestación de duelo y en protesta por el asesinato de Canalejas. Marcharon centenares de ellos de todas las facultades, con sus respectivos abanderados enarbolando sus pendones con crespones negros. Ellos «dieron la grandiosidad del acto», y a su aparición dedicó un espacio aparte la prensa (*HA*, 17-11-1912, n.º 5916).

En perspectiva general, puede concluirse que en los años de principios del siglo XX predominaron los conflictos estudiantiles de tipo reivindicativo de orden académico, seguidos de los de solidaridad en defensa del prestigio y singularidad del colectivo escolar frente a «agresiones» externas de prensa o policía. Como indica González Calleja, la movilización estudiantil fue un hecho frecuente por aquellos años, pero ni fue general ni obedeció a razones subversivas, salvo las de carlistas, republicanos o librepensadores. A partir de los años de la Primera Guerra Mundial se produce una mayor implicación de los estudiantes en la política, y sobre todo su encuadramiento en organizaciones de carácter nacional.³²⁹ La Federación Nacional Escolar se creó en 1911, si bien, como hemos comprobado, el tema de la «libertad de cátedra» provocó la escisión entre estudiantes «neutros» (liberales) y católicos, que terminaron por desgajarse del movimiento general. Ahora bien, independientemente de este tipo de valoraciones, lo que es innegable es que el estudio de la evolución del movimiento estudiantil en estas primeras fases de su historia remite a cuestiones muy importantes dentro de la dinámica de la protesta colectiva del entorno urbano zaragozano. En primer lugar, por la rapidez y claridad con que se extiende entre este colectivo un exitoso repertorio de acción conocido: tumultos en las aulas, manifestaciones callejeras, reuniones asamblearias, nombramiento de una comisión negociadora, pegada de carteles..., algo que contribuye sin duda a cohesionar la identidad del propio colectivo descontento. Y en segundo lugar, porque ejemplifica que la acción colectiva implicaba a otros grupos sociales además del movimiento obrero, que percibían de modo particular sus propias oportunidades para entrar en la escena de la protesta. Factores relacionados con el entorno sociopolítico, como el grado de autonomía gestora de la Universidad, la variable vulnerabilidad del sistema a las protestas, o la capacidad de cooptación profesional y política de los

329 Cabe decir que la primera movilización juvenil relacionada con la Primera Guerra Mundial tuvo lugar en 1918, para celebrar su finalización, y que estuvo ligada al movimiento republicano y la «Juventud Rebelde». El propio diputado Marraco acompañó a los jóvenes y sus banderas por las calles de la ciudad (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 41, exp. 14). Al año siguiente los estudiantes del Instituto General y de la Normal de Maestros de Huesca salieron en manifestación en protesta por la muerte de un universitario de Granada, «no dudando de que el Gobierno hará justicia castigando severamente» (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 41, exp. 23).

estudiantes por el sistema, influyeron en la apertura o el cierre de los contextos favorables o desfavorables para una movilización estudiantil que estaba ligada con la autopercepción como colectivo autónomo con capacidad de actuación propia.

3.4. Reorganización en la ciudad y huelgas en el campo (1913-1916)

Tras la huelga general convocada en Zaragoza en 1912, el movimiento obrero urbano experimentó un freno considerable en cuanto a la actividad huelguística y asociativa se refiere. Los patronos habían consolidado su organización como un sólido y compacto bloque capaz de mostrar la más firme de las posturas en los procesos de negociación con los obreros en huelga. Eso y la vigilancia de las autoridades para el mantenimiento del orden público y por la garantía de la «libertad del trabajo» llevaron a las sociedades zaragozanas a sus horas más bajas. Así, en 1913 los trabajadores tan solo pusieron en marcha cuatro huelgas (en los gremios de metalurgia, fabricación de papel, tranvías y peluquería), una en 1914 (ebanistas y silleros) y dos durante el año siguiente (empaquetadores de forraje y cerrajeros), sin que mediaran concesiones importantes por parte de la patronal que explicaran este descenso reivindicativo. Al contrario, la entrada en el año 1914 apuntaba una crisis de trabajo y de subsistencias entre los sectores populares de la población, y, como los estudios sobre la acción colectiva se han cansado de demostrar, las vacas flacas no provocan la protesta de la desesperación, sino, al contrario, desmovilización y carencia de recursos. En efecto, el ambiente prebélico europeo y la reducción del trabajo en no pocas naciones, más la escasez de iniciativas locales debido a «los quebrantos económicos», extienden la opinión de que la crisis se ha echado encima. Por su parte, las sociedades comprueban la desmotivación y el cansancio entre los obreros. A la reunión convocada por las sociedades en marzo de 1914 acuden tan solo unos ochenta obreros de los varios miles de parados que se calculaba existían en la ciudad, cundiendo «el desaliento general» por una situación agravada con la emigración de trabajadores a Lérida. Los locales ya no se llenan como años atrás en las asambleas, en las que se suelen escuchar «lamentos» por la pobre asistencia y el «gran abandono» que subyace entre el elemento

obrero, y en las que se podía recomendar a los asistentes «que cada cual en su trabajo haga propaganda».³³⁰

¿Qué quedó durante esos difíciles años de la fiesta del Primero de Mayo? A pesar de las dificultades, parece que su capacidad evocadora seguía siendo eficaz para la movilización de los obreros. En 1913 unos dos mil quinientos acudieron al mitin de la plaza de toros, cifra nada despreciable dada la situación de la mayoría de las sociedades. Bajo la presidencia de Montoya, de los metalúrgicos, se leyó al comienzo una «entusiasta y alentadora» carta de Font enviada desde su lugar de destierro, en Madrid. Los oradores, algunos de ellos conocidos para los asociados, como los tipógrafos Tiburcio Osácar o Miguel Minguillón, abogaron por la unión de los obreros y criticaron los «egoísmos» de los diferentes grupos, que daban lugar a los enfrentamientos. Gregorio Valenzuela, tipógrafo de Huesca, subrayaba que «nosotros no podemos ser liberales, conservadores, ni republicanos, ni carlistas; no podemos ser nada, trabajadores a secas y con el ideal de amor y trabajo, predicando amor y pidiendo pan, ir a la reivindicación de nuestros derechos». Y se recomendaba al final a las sociedades que se sumasen a «la Federación en proyecto, agrupándose en un solo organismo todas las sociedades de trabajadores». Al año siguiente se volvió a convocar a los trabajadores en el mismo lugar. Presidió en esa ocasión el ebanista Ignacio Lapiedra, hablando tras su presentación el albañil Tomás Ginés, Zenón Canudo, los tipógrafos Isidoro Achón y Tiburcio Osácar, y el azucarero José Echegoyen. Dos fueron los asuntos que atrave-

330 Localización de las huelgas: metalurgia (*HA*, 1-5-1913, n.º 6078), fabricación de papel (*HA*, 3, 6 y 7-6-1913, núms. 6111, 6114 y 6115, llegando a excitarse los ánimos de tal manera contra los obreros de los pueblos vecinos contratados por el patrono, «que hasta las mujeres tomaban parte en la protesta de los hombres»), tranvías (*HA*, 11-10-1913, n.º 6231, a quienes se les instaba a «no aprovecharse» de las fiestas patronales para conseguir sus objetivos) y peluquería (*HA*, 1-2-1913, n.º 5991). Más datos sobre el número de huelguistas y el resultado, en IRS (1915). La huelga de ebanistas (del 3 al 6 de noviembre, según IRS, 1916), empaquetadores (IRS, 1918) y cerrajeros (del 6 al 13 de abril, según IRS, 1918). La crisis económica de Zaragoza, en *HA*, 20-3-1914, n.º 6384. La reunión obrera abierta a todos los obreros, en *HA*, 21-3-1914, n.º 6385; la asamblea de la que están tomadas las expresiones de desánimo fue de albañiles (*HA*, 13-7-1914, n.º 6507), y a ella asistieron veinticuatro. Las cifras de otras asambleas no son mucho mejores. A la de azucareros fueron cincuenta y ocho asociados (*HA*, 13-7-1914, n.º 6507), unos sesenta a la de metalúrgicos (*HA*, 29-5-1914, n.º 6463), y treinta y nueve a la de albañiles (*HA*, 22-6-1914, n.º 6437).

saron la mayor parte de los discursos, el rechazo de la Guerra de Marruecos y la conminación al trabajador «a convivir asociado, creyente en los resultados de una buena organización obrera», además de cuestiones como la derogación de la Ley de Jurisdicciones o la amnistía para los presos por motivos políticos y sociales. A pesar de estos esfuerzos por aunar voluntades entre los trabajadores, la fiesta no preocupaba a la autoridad como antaño lo había hecho. Para la prensa, la «sensatez y cordura ejemplar» demostrada por los obreros se debía a «la nobleza de sus sentimientos y corrección impecable».³³¹

¿Y qué quedó de las disputas doctrinales y las tensiones entre los modelos sindicales ofrecidos a los trabajadores zaragozanos? Da la impresión de que quedaron adormecidas, aunque no extintas, mientras las maltrechas organizaciones trataban de recomponer sus fuerzas a golpe de discurso propagandístico. Los socialistas y su rama sindical ugetista, con tradicional ascendiente sobre gremios como los tipógrafos y los canteros y, en menor medida, los ferroviarios, todavía representaban una minoría en el espectro social, aunque poco a poco en ascenso (1144 miembros de la UGT en Zaragoza en 1916). El sindicalismo revolucionario de la CNT, como es sabido, no cuajaría en Zaragoza hasta 1919. Hasta entonces y durante estos años «intermedios», la mayor parte de dirigentes y sociedades trataron de mantener vivo el rescoldo del viejo modo de conducirse, que no había sido otro que la toma autónoma de decisiones en los procesos de negociación directa con la patronal, un sindicalismo «radical» de corte eminentemente práctico. Por eso, porque cualquier oportunidad era considerada buena para ganar adeptos, no es extraño ver a líderes ugetistas y de matriz libertaria participar conjuntamente en los actos públicos dirigidos a la clase obrera zaragozana durante esos dos o tres años que suceden a las grandes huelgas generales. El intento por ganar el terreno social perdido y la búsqueda de cierta estabilidad organizativa estarán en la base de los actos compartidos de propaganda y acción de los líderes obreros, una experiencia que pesará en los debates que acompañaron a la refunda-

331 El Primero de Mayo de 1913, en *HA*, 2-5-1913, n.º 6079. Intervinieron Luis Forcén (albañiles), Manuel Tejedor y Eduardo Mallén (azucareros y alcoholeros), Lorenzo Avelanas (albañil de Huesca), Miguel Minguillón y Tiburcio Osácar (tipógrafos) y Gregorio Valenzuela (representante de los obreros de Huesca). El mitin de 1914, en *HA*, 2-5-1914, n.º 6225.

ción de la Federación Local en 1916 y que preceden también a otro gran hito de la conflictividad social aragonesa, la huelga general de 1917. Aquí, pese a que los estudios locales no le dedican mucho espacio a esos años previos de 1913 a 1915, descritos como un tiempo de «languidecimiento» y «decadencia» del espíritu y capacidad reivindicativos, optamos por detenernos y aumentar la escala del análisis. Es posible concebir esos años como un pequeño paréntesis en la secuencia creciente de conflictividad que habría de llevar al asalto al cuartel del Carmen y al asesinato del cardenal Soldevila, dotarlos de peculiaridad propia e identificar a sus protagonistas, algunos nuevos y otros que vuelven a aparecer en la escena social zaragozana, y, en última instancia, tratar de subrayar detalles y circunstancias que faciliten la comprensión de la intensidad y virulencia del obrerismo de los años subsiguientes. La campaña por el abaratamiento de las subsistencias de 1915 es, creemos, fundamental en este empeño.

Y es que, desde una perspectiva más general, la creciente carestía experimentada por las clases populares del país se convierte en telón de fondo de la protesta social de aquellos años. El inicio de la Gran Guerra en 1914, lejos de impulsar un período de acumulación capitalista, como hasta no hace mucho se venía afirmando, provocó más bien beneficios parciales y de todo punto insuficientes para poder hablar de un empuje notable al proceso modernizador. Entre clases bajas y trabajadores en general la consecuencia más grave fue el inicio de un período inflacionista y, por lo tanto, de reducción de su capacidad de consumo y de encarecimiento de la vida, al quedar los salarios prácticamente estancados: mientras el índice de precios subía desde 100 en 1913 hasta 218 en 18, el de salarios tan solo lo hizo hasta 125 en el mismo período. El caso de Zaragoza es bien significativo. De nuevo, como años atrás, centenares de obreros pedían trabajo a las puertas del consistorio municipal con los primeros fríos del noviembre de 1914, cifrándose en varios centenares los parados en la ciudad solo dentro del ramo de la construcción (la prensa habla de varios miles, número probablemente exagerado, según el testimonio de los propios obreros) y adoptándose medidas urgentes por la autoridad, como la obligación de que los propietarios de edificios en malas condiciones o necesitados de reformas lo comunicasen a la alcaldía para poder disponer de tajos. La crisis tiene que ver sobre todo con el paro, ligado al freno en el sector de la construcción. Para tratar de remediarlo, el domingo 1 de noviembre las sociedades convocaban un mitin al que no acudían más de dos docenas de tra-

bajadores, lo que provocaba la «indignación» y el «dolor» entre oradores como el presidente del acto, José Echegoyen, al ver que «los obreros zaragozanos no responden por su apatía y abandono al llamamiento que se les hace», o Teodoro Roca, para quien «es preciso frecuentar el Centro Obrero y no pisar las plazas de toros ni los establecimientos de bebidas en los que el obrero se embrutece». Ángel Lacort, que reaparecía en la escena de la propaganda obrera, criticaba de igual modo que la culpa de la indiferencia institucional hacia la conjuración de la crisis estaba en los propios obreros, que «se meten en sus casas en lugar de echarse a las calles». Y continuaba desgranando improperios al suponer además que muchos de los que no acudieron al mitin lo hicieron por ir al cementerio «siguiendo la estúpida costumbre de la sociedad actual»:

[...] esos no son obreros, esos no son hombres conscientes; esos son esclavos miserables merecedores del látigo, que no tienen derecho a nada ni siquiera el derecho a pisar el planeta. Somos los trabajadores demasiado cobardes, y somos cobardes porque somos idiotas que no nos gustan más que las tabernas y las corridas de toros. Obreros que no estudian, obreros que frecuentan las tabernas y llenan las plazas de toros y las casas de juego y les gustan los vicios y no trabajan por su bien y el de su familia; esos obreros no harán obra trascendental ni práctica.³³²

Parece que los líderes locales consideraban fundamental forzar el discurso y el tono violento como medio de sacudir a una clase obrera que juzgaban aletargada, inerte, con la esperanza última de una reacción que diera éxito a la campaña. Y algo de éxito tuvo, pues a la semana siguiente eran unos cuatrocientos los que asistían a un nuevo mitin por «los sin trabajo». En la identificación de las responsabilidades para solventar el problema del paro y el del hambre en general, los oradores señalan con determinación no solo a las insituciones locales, sino más claramente al Estado, como hizo por ejemplo Zenón Canudo, director del recién aparecido e importantísimo rotativo *Cultura y Acción*. Pero es en diciembre cuando los precios de las subsistencias comienzan a ocupar las primeras de la prensa,

332 Las noticias de las concentraciones de obreros ante el Ayuntamiento zaragozano, en *HA*, 31-10-1914, n.º 6616, y *HA*, 1-11-1914, n.º 6617. El mitin, en *HA*, 2-11-1914, n.º 6618, en el que intervinieron además de los mencionados Echegoyen, Teodoro Roca y Lacort, José García, Esteban San Frutos, Mariano Hernández y Nicolás Serrano, algunos de ellos nombres nuevos en el panorama público de las sociedades, un factor que indica escasa estabilidad en el organigrama de esta y que habla de las dificultades para fidelizar personal durante esos años.

que comenta alarmada el hecho de la exportación a Europa de alimentos básicos como el arroz y la patata, subiendo en enero ostensiblemente los precios de la carne y el pan. Se trataba ahora de aprovechar la inercia movilizadora iniciada hacía un mes para solventar el paro obrero, concentrando los esfuerzos en la cuestión de las subsistencias para presionar al Gobierno a que frenase la exportación y la avaricia de los acaparadores. El primer mitin convocado al efecto tuvo lugar el 18 de enero de 1915.³³³

A la semana siguiente se congregaban más de mil quinientas personas en la Casa del Pueblo, entre las que llamaban la atención un numeroso grupo de unas cien mujeres, que ejercían cierta jefatura moral entre el auditorio aprobando frases y recibiendo constantemente los respetos de los oradores. Canudo, Lacort, Ángel Laborda o Nicasio Domingo explicaron de qué modo la guerra y la liberal actitud del Gobierno para con los comerciantes era la causa del encarecimiento de los alimentos, y alentaron al envío de las conclusiones al resto de sociedades obreras de España «para que secunden el movimiento». Finalizados los discursos, el ambiente era entusiasta y algunos insistieron, pese a no haber autorización, en llevar las conclusiones al gobernador en manifestación. Los «cabildeos» fueron atajados por las mujeres, que resueltamente abandonaron el local y, formando pequeños grupos, llegaron hasta el Gobierno Civil, donde les recibió la autoridad. A la semana siguiente volvió a celebrarse nueva asamblea en los locales de la Casa del Pueblo, de nuevo con presencia de numerosas mujeres y con el objetivo «de continuar la campaña emprendida frente a la carestía de las subsistencias». De entre los oradores, un nombre destaca por su pasado reciente en el obrerismo zaragozano: Antonia Maymón, que reaparece fugazmente en la escena pública para alentar al pueblo «a la rebeldía: una rebeldía sabia, equilibrada y consciente, que sin efusión de sangre lleve al pueblo a la reivindicación ansiada». En sus pocas pero elocuentes palabras puede entreverse, como es lógico, la represión y el paso por la cárcel sufridos tras la huelga de 1911. Una semana más tarde se celebraría un

333 El mitin, en *HA*, 9-11-1914, n.º 6625, y en él, bajo presidencia de Nicolás Serrano, tomaron parte Lucio Ferrer, Lorenzo Broto por los ferroviarios, Zenón Canudo por *Cultura y Acción* y Ángel Lacort en representación del comité de las clases obreras. Hubo un nuevo mitin en 18-12-1914. Las subidas de los alimentos y las críticas a las exportaciones hacia Europa, en *HA*, 7 y 13-12-1914, núms. 6653 y 6659, y *HA*, 21 y 23-1-1915, núms. 6697 y 6699.

nuevo mitin de la campaña, en el que volvieron a escucharse similares peticiones al Gobierno: fijación de precio máximo del trigo y favorecimiento de las importaciones, a la par que se alentaba una y otra vez a la unión de los obreros.³³⁴

Sin embargo, las últimas leyes votadas al respecto en Madrid no terminaban de hacer efecto, creciendo con ello el descontento y siendo habituales en los primeros días de marzo las noticias de manifestaciones y desórdenes en provincias (Jumilla, Valladolid, Jaén, Castellón). En la región aragonesa, por ser interior, la carestía del trigo parecía repercutir más que en el litoral, donde podía recalar algo de excedente. Mientras las «clases necesitadas» de Alagón celebraban un mitin, viajaba a Madrid una comisión de harineros para exponer al ministro de Hacienda la precaria situación y las «terribles» perspectivas de los meses siguientes, concluyéndose tras la entrevista que «las causas del estado inquietante que reina se debe a la exagerada alarma que se pone en circulación», pues de las provincias donde existe el problema salen noticias para las demás, «y el malestar cunde y se agranda, creando un estado de una gravedad que no existe». En otras palabras, los fabricantes se calmaron con prontitud cuando el ministro prometió el trigo necesario para garantizar el consumo, si bien las directivas obreras permanecían indignadas por la tardanza en la reacción del Gobierno.³³⁵

334 En el mitin del día 24 de enero hablaron Mariano Fernando por los metalúrgicos, Zenón Canudo por los camareros, Luis Martínez como pintor invitado por las federaciones obreras, Nicolás Serrano por los panaderos, Ángel Lacort como presidente de las federaciones obreras, Ángel Laborda y Nicasio Domingo (*HA*, 25-1-1915, n.º 6701). Las conclusiones, aprobadas por unanimidad, solicitaban al Gobierno permisividad en la entrada de trigos extranjeros, prohibición de exportación de artículos de primera necesidad y la imposición de tasas de precio máximo si las medidas anteriores no diesen resultado. El siguiente mitin de subsistencias, en *HA*, 1-2-1915, n.º 6708, en el que tomaron parte Santos Gaspar, José Echegoyen, Francisco Pérez, Tomás Ginés, Zenón Canudo, Antonia Maymón y Ángel Lacort. Y el siguiente, en *HA*, 8-2-1915, n.º 6715. En él reaparecía otro nombre importante del obrerismo desplegado en torno a 1910, Teodoro Roca. Junto a él disertaron los ya habituales Tomás Ginés, Nicolás Serrano y Zenón Canudo, quien insistió en la necesidad de un programa de «cultura y lucha» entre los obreros para superar su «indiferencia para agruparse e ir al combate».

335 En palabras de Antonio Elorza (1981), «la política gubernamental ante el problema [de las subsistencias] es una constante conjugación de preocupación intervencionista e inoperancia». El mitin de Alagón, en *HA*, 21-1-1915, n.º 6728. Más noticias sobre el problema de las subsistencias, en *HA*, 2-3-1915, n.º 6737 en adelante. En Jaén y Alicante hubo asaltos de tahonas y apropiaciones de pan, según *HA*, 13-3-1915, n.º 6748.

Puede decirse que de la campaña quedó... el intento. Tuñón de Lara caracterizó en su momento esta conflictividad como una «explosión momentánea de cólera» empujada por su propia «espontaneidad y falta de preparación». Para los historiadores de la clase obrera y la conflictividad social de hace unas décadas, la interpretación más plausible de los asaltos a las tahonas y las protestas por las subsistencias hablaba de «explosiones de descontento que no parecen ser canalizadas por las organizaciones y transformadas en acción sistemática». Utilizando sin embargo otro tipo de criterios analíticos, esta movilización ocurrida en enero y febrero de 1915 ofrece pistas más sugerentes. Era la primera vez en la que se trataba de superar el ámbito de coordinación local, por encima de las puntuales muestras de solidaridad entre federaciones de diferentes ciudades durante las huelgas, debido fundamentalmente a la percepción de que en este caso el origen del problema y la solución se encontraban en el ámbito de decisiones del Gobierno. Es cierto que las medidas de apertura comercial provocaron la mejora paulatina de la situación y el amaine de la protesta en todo el país, pero desde una perspectiva local la campaña facilitó la reorganización del obrerismo en numerosos puntos, también en Zaragoza. Su dinámica assembleística y reivindicativa fue reactivada gracias a factores como la elevada capacidad definitiva de los discursos, a la constante interpelación a la identidad y valores obreros por parte de los líderes federativos y, por supuesto, a la «privación relativa» provocada por el desfavorable contexto económico, percibido por las clases bajas como una amenaza de descenso a los sótanos del escalafón social. Por el momento los pasquines de los metalúrgicos convocaban a una asamblea para salir «del actual marasmo en que os encontráis», los panaderos se reunían con el objeto de reorganizarse, la sociedad de albañiles confirmaba la unión con la de peones y aprendices, y los zapateros constituían estatutos e ingresaban en la Federación. Además, la tendencia a superar el componente local quedó de manifiesto con el mitin obrero celebrado en los locales de Espoz y Mina, organizado con motivo de la llegada a Zaragoza de los delegados catalanes que asistieron al congreso anarquista pro paz en El Ferrol, finalmente suspendido por las autoridades. Sin embargo, el proceso de reorganización no fue lineal, como lo prueba la inexistencia de paros o mítines en la jornada del Primero de Mayo, o el propio número de huelgas planteadas durante todo ese año en la ciudad: tres.³³⁶

336 Tuñón de Lara (1972), pp. 517-518.

Sin embargo, es más allá de los límites de la capital donde se producen las mayores novedades en cuanto al número y desarrollo de las manifestaciones de protesta colectiva. Al Gobierno Civil llegan noticias de huelgas allí donde antes no se habían producido, y no solo relacionadas, como en los años precedentes, con actividades industriales u obras públicas, es decir, con la reunión más o menos numerosa de jornaleros que deseaban mejorar sus condiciones de trabajo, sino que ahora están directamente vinculadas con los trabajos agrícolas. Lo cual sin duda avanza que allí la percepción de la injusticia era algo general, y que además comenzaba a ser valorada como inaceptable. El trasunto económico tiene que ver con el impulso del capitalismo en muchas zonas rurales durante el primer tercio del siglo XX, a través de la introducción de mejoras intensivas en la producción, de la roturación de nuevas tierras, de la intensificación de relaciones comerciales con mercados demandantes... Aragón está conformándose como realidad económica dual con un potente motor en el valle del Ebro, mientras las provincias de Huesca y Teruel permanecieron en un claro estancamiento agrícola. Y en efecto las huelgas agrícolas se localizan en el corredor del Ebro. Pero no solo se debieron al factor económico, sino que también respondían a la extensión de las «ideas» y la experiencia de la organización asociativa entre los que se consideran, además de vecinos, trabajadores. Una nota identitaria que en buena medida explicaría la contestación abierta, superando los tradicionales vínculos de deferencia utilizados por los regentes del poder para mantener el control sobre la comunidad rural, haciéndolo, recordemos, bajo el epígrafe de «los intereses comunes» de la comarca o la localidad.³³⁷

Sin embargo, aunque con intereses y tiempos diferentes, en ciertos casos resulta erróneo separar tajantemente las demandas de los trabajadores urbanos de los rurales. En estos años las huelgas más importantes fueron organizadas por los metalúrgicos del pueblo de Utebo, muy cercano a Zaragoza, y los que lo hacían en los diferentes procesos que precisaban los centros remolacheros, ambos por lo tanto directamente relacionados con la dinámica productiva o comercial de la capital. Cuestión que se convierte en más relevante todavía al tener en cuenta la activa participación de esas secciones en las asambleas de obreros. Los metalúrgicos de Utebo plantearon

337 Germán Zubero (1988).

el paro en marzo de 1910 pidiendo el pago semanal del salario, demanda que concluyó con un éxito para la casi totalidad de la plantilla. No ocurrió lo mismo con el paro del año siguiente, motivado por el despido de varios obreros por un encargado de la empresa. Tras varias semanas de protesta se organizó un mitin para mantener los ánimos, en el que intervinieron Buenacasa, Font y Minguillón, y para acordar seguir en igual actitud mientras no fuera despedido el encargado. La Federación Obrera ofreció a la Sociedad de Metalúrgicos, a la que estaban adscritos los obreros de Utebo, «apoyo moral y material» para el buen fin de la huelga.³³⁸

Por otro lado, la «cuestión azucarera» llenó columnas enteras en la prensa local desde finales de 1910, a raíz del proyecto de ley del ministro de Hacienda Guillermo de Osma para incrementar los impuestos sobre el azúcar y los alcoholes derivados para beneficio de los grandes fabricantes, agrupados en el llamado *Trust azucarero*. La movilización que más columnas ocupó fue la de los propietarios y cultivadores locales y regionales, hombres de negocios enriquecidos al calor del floreciente y rentable cultivo remolachero, organizados en cuadros como la Asociación de Labradores de Zaragoza o el Sindicato Católico Agrario, y compuestos tanto por elementos conservadores como por insignes radicales. Esta «burguesía provincial», con capacidad de extender su influencia hacia escalas más bajas del escalafón contributivo, se guiaba, como indica Gloria Sanz, por criterios de rentabilidad y beneficio, «preocupándose por obtener productos en condiciones favorables en el comercio de insumos agrícolas o por la regulación arancelaria del mercado y los tratados comerciales». Ese es el lenguaje en el que hay que interpretar la movilización de defensa contra las condiciones que pretende imponer el *Trust*, pues más del treinta por ciento de la producción nacional de azúcar provenía de tierras aragonesas, y las variaciones de precios y condiciones de admisión del cultivo por parte de las fábricas afectaban directamente a gran cantidad de cultivadores y pro-

338 Las huelgas de Utebo, en IRS (1912) y HA, 12, 21 y 26-6-1911, núms. 5262, 5271 y 5276. Los patronos llegaron a contratar a veinte obreros de Madrid sin darles cuenta el motivo del trabajo. Al llegar a la fábrica hicieron causa común con los huelguistas, pero les pidieron ayuda porque no tenían dinero para el billete de vuelta. Las secciones acordaron en un mitin ayudar a los metalúrgicos con cuotas extraordinarias (bajo presidencia de Lacort, participaron Berenguer y Buenacasa —carpinteros—, Gualart —panaderos—, Maestro —colchoneros—, Minguillón y Osácar —tipógrafos—, Domingo —sección varia— y Font —albañiles—).

pietarios. Parecía perverso dejar de aprovechar el potencial, y por eso los remolacheros pretendían la construcción de más fábricas, que se habrían de sumar a las de principios de siglo (tres en Zaragoza y otras en Épila, Calatayud y Alagón). En efecto, de 1911 a 1913 se construyeron cinco nuevas factorías (Zaragoza, Luceni, Terrer, La Puebla de Híjar y Santa Eulalia), que pasarían a ser gestionadas por la Sociedad General Azucarera y otros grupos empresariales del sector. Por el momento, las dificultades en la admisión de la remolacha que planteaba la Sociedad General y los nuevos impuestos proyectados por el Gobierno fueron el motor de la campaña de defensa de los labradores, liderada por algunos «avanzados» diputados provinciales, como el radical Juan Andrés Palomar, Bernardo Zamboray o Eusebio Romeo, y que incluyó asambleas, comunicados al Gobierno y manifestaciones, la más importante de las cuales reunió a varios miles de labradores de la huerta de la ciudad y otros puntos de la provincia en marzo de 1911.³³⁹

Los labradores parecen seguir en su protesta las tácticas y directrices de las asociaciones de propietarios, sin plantear todavía conflictos abiertos relacionados con la jornada laboral o la remuneración económica. Sobre los trabajadores de la huerta zaragozana comentaba Jordana de Pozas que, merced a concesiones horarias históricas, «sus ideas acerca de la propiedad y la organización social son perfectamente burguesas», disfrutando «de una consideración igual [...] a la del patrono, que frecuentemente trabaja a su lado y come juntamente con sus obreros». Quizás por eso la Federación Local nunca consiguió atraerlos con éxito a la vida organizativa de clase. En los pueblos, los vínculos personales establecidos durante años o generaciones con las familias propietarias de los pueblos, así como la dependencia de los insumos agrícolas que aquellos mercantilizaban para el

339 Sanz Lafuente (2000), p. 88. La asamblea de la Sociedad General en Madrid, convocada, según titulaba *Heraldo*, por «los intereses regionales», en *HA*, 6-11-1910, n.º 4992. Más reuniones y deliberaciones, en *HA*, 10 y 11-12-1910, núms. 5071 y 5071. La asamblea de defensa de remolacheros en la Lonja de Zaragoza, en *HA*, 20-2-1911, n.º 5141, con intervenciones de Juan Andrés Palomar, Anastasio Arazo, Felipe Ondó, Zamora, Antonio Guallar, Bernardo Zamboray, Dámaso Martín y Eusebio Romeo. La manifestación, en *HA*, 20-3-1911, n.º 5169. Nueva asamblea en el frontón de la calle San Voto, en *HA*, 4-4-1911, n.º 5185. También hubo asambleas en los pueblos más dedicados al cultivo de la remolacha, en contra de la Sociedad General Azucarera, como en Alagón (*HA*, 7-3-1911, n.º 5155), Gallur (*HA*, 24-3-1911, n.º 5173), Luceni, Torres de Berrellén y Pedrola (*HA*, 27-3-1911, n.º 5176).

cultivo de la remolacha, tenían también mucho que ver en ello. Sin embargo, sería miope tratar de encontrar motivaciones de protesta relacionadas exclusivamente con la clase obrera urbana. El campesinado también puede desbordar los cauces establecidos y plantear medidas directas de presión y negociación. En 1914 vuelve a incrementarse la tensión de los remolacheros hacia la Sociedad General Azucarera por el retraso en el pago de las cosechas, siendo la Unión Labradora, presidida por Juan Andrés Palomar, la que aglutinó a la mayoría de los agricultores implicados. La protesta era encauzada a través de mítines y escritos en la prensa en forma de quejumbrosos lamentos por las consecuencias que el conflicto hacía padecer a los intereses locales. Sin embargo, conforme pasaban los días, la «cordura y sensatez» de los agricultores se trocaba en «protesta airada», creciendo la «efervescencia» en lugares como Maluenda o Calatayud, donde varios centenares de labradores se reunieron en la plaza e interesaron al alcalde para que gestionase la crisis. La protesta continuó durante el período de contrataciones de la siguiente cosecha. Algunos agricultores, movidos por la necesidad, aceptaban el precio ofrecido por las fábricas, provocando en el resto la utilización de formas coactivas de negociación. En Calatayud unos quinientos labradores, disgustados al conocer que la fábrica pretendía reducir el número de contratos, se apostaron a la puerta de la nave para impedir que otros firmasen, temiendo el alcalde «que se promuevan disturbios».³⁴⁰

Tanto desde el grupo más propiamente campesino como desde los jornaleros y oficiales que trabajaban en el sector del azúcar, se hicieron notar las reivindicaciones relacionadas con el modo de producción moderno. La implantación fabril, como magistralmente demostró Thompson

340 Sobre los conflictos remolacheros, hubo una asamblea en Calatayud a la que asistieron más de mil agricultores de la zona para protestar por el impago de la Sociedad Azucarera (*HA*, 15-2-1914, n.º 6347). Similares manifestaciones de descontento y protestas en la prensa, procedentes de Alfajarín, Monzalbarba, La Puebla de Híjar, Mallén, Grisén, Alcañiz, Pina y Plasencia de Jalón, en *HA*, 21 y 23-2-1914, núms. 6354 y 6356. Lo de Calatayud y Maluenda, en *HA*, 1-3-1914, n.º 6365. Más protestas sobre los nuevos contratos de las cosechas, en *HA*, 19-3-1914, n.º 6383, *HA*, 26-3-1914, n.º 6390 (los remolacheros de Santa Isabel, Montañana, Pastriz, Villamayor, Movera y Peñaflores anulan los contratos), *HA*, 16-4-1914, n.º 6410 (el *Heraldo* habla de «sabotaje agrario», hay destrozos en campos de remolacha en Montañana, Juslibol y Movera) y *HA*, 17-4-1914, n.º 6411 (protesta en Montañana). Jordana de Pozas (1915), p. 19.

para el caso inglés, trajo consigo cambios muy importantes en relación con la noción y valoración del tiempo y el esfuerzo. Las exigencias llegaron primero desde los patronos, que trataban de hacer abandonar a los obreros a su cargo la flexibilidad horaria propia de la «orientación al quehacer» de las sociedades campesinas. Sin embargo, pronto fueron los mismos obreros los que «aprendieron la lección de que el tiempo es oro demasiado bien», reivindicando la jornada de diez horas, luego de ocho, el pago de las horas extraordinarias..., y casi al mismo tiempo, el reconocimiento de derechos de asociación y la autonomía representativa.³⁴¹

Los obreros de la fábrica de Épila ya planteaban en abril de 1911 reivindicaciones de ese estilo, demandando el reconocimiento de la sociedad, la regulación de los castigos por impuntualidad, el fin de los destajos, la jornada de diez horas y la ausencia de represión por parte de los patronos hacia los obreros que figurasen en la sociedad. Los albañiles que construían la azucarera de La Puebla de Híjar también se declaran en huelga, así como los azucareros, tanto de las fábricas zaragozanas como los de la factoría de Calatayud, durante el paro general de septiembre de 1911. Hicieron lo propio los más de trescientos albañiles de la fábrica de azúcar de Luceni en febrero de 1912, y en julio los trabajadores de Épila volvieron a plantear la huelga, esta vez con caracteres más graves que el año anterior. La admisión de medio centenar de obreros «esquirolés» por parte de la dirección, al no llegar a un acuerdo con los huelguistas, fue lo que más encrespó los ánimos de «los vecinos», llegando el alcalde a declinar su responsabilidad ante el gobernador dada la «grave situación» que se avecinaba. Los guardias dispersaron en la puerta de la fábrica a un grupo de hombres, luego de mujeres, y más tarde de nuevo de hombres pertrechados con palos y horcas, que pretendían impedir la entrada a los no asociados. *El Noticiero* afirma algo que recuerda al repertorio de acción desplegado en el motín campesino, aunque con diferente sujeto. En lugar de «hombres» o «vecinos», se dice que «los huelguistas, para evitar la actuación de la fuerza armada, se proponían llevar por delante a sus mujeres y niños». Por su parte, Manuel Tejedor, presidente de la sociedad local de azucareros, certificaba el «espíritu de solidaridad» de los asociados, quienes tan solo reclamaban el reconocimiento de dicha sociedad «para poder tratar al patrono

341 E. P. Thompson (1995), p. 437.

como de potencia a potencia», y denunciaba en la prensa «la animadversión» con la que «unas cuantas personas ajenas a la clase obrera» trataban de disolver la sociedad legalmente constituida. En efecto, de la importancia otorgada a los medios de comunicación y de la coordinación con otras secciones para el feliz éxito de la protesta se dio cuenta en otra reunión, en la que se acordó «hacer públicas las quejas» y «publicar en Zaragoza un manifiesto que se repartirá profusamente, explicando la marcha de los acontecimientos».³⁴²

Pero la descripción de la protesta colectiva relacionada con el ámbito laboral en el Aragón rural o, al menos, ajeno a los límites de la industriosa Zaragoza no termina aquí. El comentario viene al caso del carácter eminentemente agrícola de las capitales de Teruel y Huesca, donde predominan los pequeños talleres de oficio y el trabajo en las huertas de las afueras. Sin aceptar la clásica relación entre la existencia de masas fermentadas al calor de las fábricas y la eclosión del fenómeno huelguístico, es cierto que la experiencia de clase y la conformación de una identidad basada en la percepción de la injusticia sigue diferentes ritmos e intensidades, y que Aragón presentaba una fuerte heterogeneidad interior en relación con la modernización económica y el cambio social. Un repaso por la evolución de la conflictividad fuera de Zaragoza, al margen de la protagonizada en sectores pujantes como el del azúcar, informará sobre grupos, identidades, intereses y acciones desarrolladas en el seno de conflictos habidos en procesos de cambio social. Con ese fin trataremos de articular un relato de las huelgas que pueblan el territorio aragonés. ¿Qué ocurría en Huesca, Teruel y el campo zaragozano durante esos años de huelgas generales y el posterior declive organizativo obrero de la capital?

342 La huelga de abril de 1911, en *HA*, 9-4-1911, n.º 5199. La huelga de La Puebla de Híjar, en *IRS* (1913) y la de Calatayud, en *EN*, 20-9-1911, n.º 3201. Lo de Luceni, en *IRS* (1914). Y la más grave protesta de Épila, en *HA*, 3 y 4-7-1911, núms. 5666 y 5667, y *EN*, 2, 3 y 4-7-1911, núms. 3544 al 3546. El presidente de la Sociedad de Azucareros de Épila, Manuel Tejedor, conoció en sus carnes la discriminación que podían sufrir los obreros que tomaban parte en las protestas para trabajar en otras factorías. Tras no ser admitido en la azucarera de La Puebla de Híjar, se quejaba en carta de prensa de que «se le cierran todas las puertas y se le niega el pan de sus hijos, cuando varios directores de fábricas como el de la del Gállego, pueden acreditar su honradez y su celo en el trabajo» (*HA*, 27-7-1912, n.º 5630). No volvieron a producirse huelgas en las azucareras rurales hasta 1918, cuando se intensificó el ciclo de protestas en todo el país. Hubo en efecto paros en Alagón (1918), Terrer, Riela, Calatayud y Épila (1920), y Épila y Alagón (1921).

En la provincia oscense dos huelgas plantearon en poco tiempo los obreros del túnel de Canfranc, en julio y noviembre de 1909, ambas perdidas en sus demandas de modificación de horarios y salarios. Algún año más tarde volvería a surgir la protesta de esos obreros, indignados por la muerte de dos compañeros en las obras del túnel, un «conato de huelga, un chispazo que se creyó alcanzaría serias proporciones». También hubo huelgas en Barbastro y Triste, aquella de los peones que construían una carretera y la última, de los que horadaban un túnel, en 1910 y 1911. Al año siguiente una parte de los mineros, peones, albañiles y carpinteros de minas de Bielsa fueron a la huelga pidiendo un aumento de jornal, haciendo lo propio los peones de una carretera en Ayerbe, así como los obreros del pantano de Santa María, en Belsué, ante la prolongación de la jornada laboral que pretendía el contratista. Son protestas relacionadas con la vertebración territorial de la provincia a través de la construcción de diversas infraestructuras, en las que se empleaban tanto braceros de los pueblos vecinos, campesinos que se ofrecían a los contratadores cuando escaseaban las faenas agrícolas o ganaderas, como partidas de jornaleros foráneos dispuestos a trabajar a un precio menor.³⁴³

En cuanto a la capital, tan solo dos huelgas se registraron en los primeros años del siglo, una de panaderos y otra de carniceros. Por su parte, los desterrados por los sucesos de la Semana Trágica que llegaron a Huesca (nombres propios del movimiento ácrata como Teresa Claramunt, Antonia Trigo, Salvadora de Nogués o Sebastián Suñé), trataron de organizar mítines y actos de propaganda con escaso éxito y resonancia, no sin la férrea vigilancia de la autoridad. Sin embargo, su labor no hubo de ser totalmente en vano, pues la aparente inactividad obrera se rompía en agosto de 1913 con la constitución formal de la Federación de Sociedades Obreras de la ciudad y la declaración, al año siguiente, de la primera huelga general. En ella participaron carpinteros, tipógrafos, albañiles, zapateros, peluqueros y otros oficios varios, que en «actitud correcta» cumplían con las asambleas y asistencias al Centro Obrero. No duró mucho, pero la huelga contrasta con la inactividad de las secciones de Zaragoza en esos años. Tanto es así que los que iban a figurar como presidente y vicepresidente de la Federación oscen-

343 Canfranc, en IRS (1909), *HA*, 1-7-1909, n.º 2510, y *HA*, 31-12-1912, n.º 5958. Las huelgas de Barbastro, Triste y Bielsa, en IRS (1910), (1911) y (1912), y la de Ayerbe, en IRS (1913) y *HA*, 16-4-1913, n.º 6062. La huelga de Belsué, en *HA*, 4-6-1913, n.º 6112.

se, y poco antes de ser nombrados como tales, participaron por vez primera representando a los obreros oscenses en un mitin del Primero de Mayo en Zaragoza, el de 1913. Lorenzo Avellanas, albañil, declaró que «Huesca tiende a emanciparse», dando por sentado «el compañerismo de los oscenses respecto de los zaragozanos y el hecho de que en aquella ciudad todos los obreros, incluso los aprendices, estén asociados como un solo hombre». Y Gregorio Valenzuela lamentaba «la desunión de los obreros» de Zaragoza, «el dualismo, el escaso interés por estudiar, por hacerse cultos, conscientes, hombres dignos», contrastando con la situación en Huesca, donde «todos los obreros, absolutamente todos, están asociados». ³⁴⁴

Quizá fuera esto algo exagerado, aunque desde luego la situación mejoraba la de Teruel, donde apenas se desarrolló la vida societaria al margen de diseminados núcleos fabriles como el complejo minero de Ojos Negros, de donde el Instituto de Reformas Sociales recibe noticias de huelgas en 1909, 1910 y 1913. Allí, aunque sigue sin resolución definitiva el pleito de los vecinos con la compañía minera por las aguas del monte común, ahora las reivindicaciones de los trabajadores, que se cuentan en los momentos más bajos del ciclo agrícola por miles, se centran fundamentalmente en el aumento del jornal. En Teruel son tan solo los panaderos los que plantean colectivamente reivindicaciones en 1910 y 1911, año en el que también la comisión registra conflictos por parte de las obreras de la fábrica de papel de Beceite y los azucareros de Híjar. Pero es evidente que la organización y capacidad de movilización del obrerismo en la provincia de Teruel contaba con dificultades básicas, desde la propia sociología y modos de vida campesinos, que obstaculizaban la propagación de noticias y la coordinación de una acción colectiva (en muchos casos masoveros aislados en núcleos familiares dispersos por las serranías), hasta el control que los caciques ejercían sobre la tierra y los vecinos a través de la imposición de unas severas relaciones contractuales para la mayoría de pequeños campesinos. En ese sentido, el repertorio de la protesta en la provincia de Teruel tiene más que ver con las actitudes de deferencia con prácticas de velada rebeldía y tácticas

344 No hay muchas elaboraciones sobre estos inicios del obrerismo organizado oscense, salvo las referencias a las personalidades más sobresalientes de la cultura libertaria, como Ramón Acín. La llegada de los desterrados de Barcelona a Huesca, en *Abad de Santillán* (1960), p. 85, *HA*, 3-9-1909, n.º 4566, y *HA*, 11-10-1909, n.º 4604, donde se da cuenta de la suspensión de un mitin que habían organizado en la ciudad.

de negociación electoral, encaminadas a conseguir o preservar vías de acceso a los recursos, que con acciones de enfrentamiento abierto al poder, al menos por el momento y hasta el auge de la CNT en Aragón a partir de 1917. Las actitudes de resistencia planteadas por el campesinado hasta ese momento permiten desechar la idea, cultivada hasta la saciedad por los coetáneos, de la pasividad y la desmovilización políticas de la gente del campo, algo que, a tenor de los escritos legados a la posteridad en opúsculos y notas de prensa, no supieron ver ni la derecha política ni, lo que era algo más grave, la izquierda republicana y socialista. Citadas por Carmen Frías, las palabras que desde la cárcel escribe por un delito de imprenta Augusto Lagunas Alemany, director del semanario republicano *Rebeldía* de Alcañiz, son elocuentes: «pueblo eunuco, pueblo castrado, pueblo cobarde, legión de mujercuelas, ralea de parásitos [...] pueblo estulto, pueblo analfabeto, [...] tu abulia es insensata, tu indiferencia, condenable; tu miedo, vergonzoso. [...] Deja las tabernas, abandona los cafetines, huye de las tascas. No más bruto, no más salvaje, no más inculto». Las palabras formaban parte de un discurso que mezclaba el interés sincero por la educación del obrero con el desprecio hacia las formas «bajas» de diversión popular.³⁴⁵

Con mayor frecuencia tuvieron lugar huelgas en el campo zaragozano durante esos años de recomposición obrera en la capital, algo que indica que por aquel entonces bastantes localidades contaban con redes organizativas con cierta capacidad de movilización, pero no solo eso. La relación entre estructuras de movilización y acción colectiva ha venido probándose positivamente por la literatura que se ocupa del tema en los últimos años, pero también cuentan otros factores en lo que autores como Tilly o Tarrow deno-

345 Frías Corredor (1997), pp. 23-36. Las huelgas de Ojos Negros, en IRS (1912) y (1915), y de igual modo en IRS el resto de huelgas mencionadas de Teruel. De pocas personalidades comprometidas con el obrerismo existen noticias, y estas fragmentadas y dispersas. Manuel Buenacasa (1977), p. 174, habla de Vicente Carmona como hombre de acción y organizador de una huelga en las minas de Utrillas. Y la documentación del Archivo Histórico Nacional da cuenta de los desórdenes dirigidos en Beceite por Joaquín Villagrasa Serrate en 1918. Dos datos son significativos: el hecho de que Beceite contase entonces con un Centro Obrero es indicativo de la actividad obrera que experimentaba la comarca en torno al aceite y el carbón. Y también merece un subrayado el perfil de Villagrasa, «elemento perturbador presentado día anterior procedente Teruel, antiguo empleado minas carbón», un auténtico «profesional de la revuelta», según el comandante del puesto de Beceite. Las minas, por tanto, aparecen como un espacio singular en la percepción de la experiencia de la explotación laboral y la forja de líderes obreros (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 60, n.º 23).

minan la «agenda clásica de los movimientos sociales», y que quizá aplicando la lente al medio rural adquieran notable relieve en la evolución de la forma e intensidad de las demandas colectivas. La aparición y aprovechamiento de las «oportunidades políticas» para la protesta, la formación de procesos de enmarcamiento que dan sentido a esa acción, y la ampliación del repertorio con formas que precisan cada vez menos de la violencia, son los otros factores a tener en cuenta y que experimentan cierta celeridad en algunas zonas del agro aragonés durante la segunda década del siglo. De entrada, por primera vez la prensa utiliza de modo habitual los términos «braceros del campo» u «obreros agrícolas» para referirse a los protagonistas de las huelgas, pese a que también procedían del entorno campesino los jornaleros que se ocupaban en los trabajos de construcción de carreteras o fábricas. Durante los motines los cronistas habían descrito como los jornaleros y braceros del lugar habían ocupado las salidas y forzado a los labradores a sumarse a la protesta, pero el elemento diferenciador ahora es la contraposición a esa terminología de la que designa a los «patrones» y «propietarios» como el otro polo del conflicto. En Ambel tuvo lugar una huelga en enero de 1913 durante los trabajos de recolección de la oliva, pidiendo los braceros más jornal al alcalde y propietarios. La prensa reproduce una copla que adornaba la protesta: «A doce reales nos pagan / y no queremos salir / si no nos pagan a trece / todos quietos aquí». Poco después eran los obreros de la carretera de Ateca los que demandaban más jornal, comentándose que estaba «la opinión pública de parte de los obreros huelguistas». Y algo después, los «obreros del campo» de Fuentes de Jiloca provocaban la concentración de la Guardia Civil en previsión de desórdenes, levantando similar alerta los «braceros del campo» declarados en huelga en Nonaspe por el escaso jornal recibido. Al tiempo que paraban los mineros de Tierga, lo hacían a finales de 1913 los «obreros agrícolas» de Maleján y los «obreros del campo» de Borja.³⁴⁶

Esta última se convierte, al decir de la prensa regional, en «la primera huelga del campo sería por el número de huelguistas y por los problemas que plantea». Por tres días los braceros dejaron de trabajar en deman-

346 La huelga de Ambel, en *HA*, 8-1-1913, n.º 5967. La de Ateca, en *HA*, 5-3-1913, n.º 6023, y la de Fuentes de Jiloca, en *HA*, 2-6-1913, n.º 6110, mientras que la huelga de Nonaspe, en *IRS* (1915). Noticias sobre las huelgas de Tierga, Maleján y Borja, las hemos hallado, respectivamente, en *HA*, 24-8-1913, n.º 6193, *EN*, 2-12-1913, n.º 4060, *HA*, 23-11-1913, n.º 6274, y *EN*, 25-11-1913, n.º 4053.

da de más jornal, con algunas coacciones en los primeros momentos, pero sin ningún alboroto grave, pese a que se concentró fuerza pública por ser varios centenares los que en la plaza daban al pueblo el aspecto de los días de fiesta. El ejemplo de los trabajadores agrícolas fue seguido por los peones de la fábrica de sulfuros, cargadores de remolacha y empleados de casas particulares, mientras otros muchos peones se retrajeron de trabajar «por temor a represalias en lo futuro», existiendo además entre las autoridades el temor de que en solidaridad con los agricultores de Borja el paro se extendiese, además de a Maleján, a la vecina Magallón. Se esgrimía la solidaridad como argumento de fondo por los huelguistas para prolongar la protesta, toda vez que los propietarios agrícolas se hallaban dispuestos a elevar el jornal a excepción de los meses de la recolección de la oliva, los meses de diciembre, enero y febrero. Las razones planteadas por unos y otros matizan y enriquecen el cuadro del proceso negociador con los tonos que aportan los pequeños detalles de la cotidianeidad y la percepción de la propia experiencia de los protagonistas. Los propietarios, organizados en sindicato, fundamentaban su negativa a incrementar el jornal de la oliva «en la índole del trabajo, según la cual son varios los individuos de una familia los que ganan jornales con escaso sacrificio de energías», y en que los braceros se sacan un sobrejornal, «puesto que tienen en arrendamiento casi toda la huerta de la ciudad». Sin embargo, los braceros alegaban al reportero que al terminar la recolección de las faenas *de cava* los propietarios prescindían de muchos de ellos, y los trabajadores que se iban a sus casas no disfrutaban del real de aumento solicitado. Por eso, a sabiendas de la eventualidad de ese tipo de trabajo, la huelga no terminó hasta que, en reunión presidida por el delegado gubernativo, los propietarios accedieron a elevar el jornal en un real «para todas las labores del campo y en cualquier tiempo en que éstas tengan lugar», quedando también firmado el compromiso de elevar la paga de las mujeres a una peseta, es decir, cuatro reales, la mitad del salario masculino. De seguro que las canciones con las que los oliveros acompañaban el trabajo, según aporta la tradición oral, sonaron en aquel invierno con mayor sorna hacia los propietarios.³⁴⁷

347 Tan solo a través de trabajos de historia local pueden conocerse aspectos y costumbres perdidas que, pese a su aparente nimiedad, no dejan de resultar cruciales en la conformación de tejidos relacionales de tipo laboral o vecinal. En la comarca del Moncayo, «la oliva era la riqueza de los ricos y el pan de los pobres. Los olivos estaban en manos de unos pocos terratenientes (Ainzón, Agón, Ambel, Bulbueite...), y para la recolección

El caso de Borja llamó definitivamente la atención sobre el problema de los salarios agrícolas entre periodistas y políticos, en un momento de dificultades asociadas al encarecimiento de las subsistencias y la insuficiencia salarial. Unas dificultades que, siendo ciertas, no explican de por sí la aparición de la protesta. La ubicación de la mayor parte de las huelgas agrícolas en el suroeste zaragozano no hace sino incrementar las sospechas de que otros factores hubo de haber en aquella zona favorables para la acción colectiva, algo más que la relación directa con el hambre. Los mismos propietarios locales advertían que la huelga no era «de esas que llaman con lastimeros aldabonazos de miseria a las puertas de los hacendados», pues los propietarios «ponemos a nuestros colonos en condiciones de que obtengan con su trabajo mayor rendimiento que el jornal escueto». Esa versión, claro, habría que matizarla mucho, pues el fomento de la pequeña propiedad por parte de la burguesía inversora no miraba tanto a la liberación del campesino de la creciente dependencia salarial, cuanto al abastecimiento de una mano de obra barata para trabajar en sus medianas y grandes explotaciones. Predios insuficientes para el sostenimiento familiar y financieramente débiles, presas fáciles para los propietarios a través del crédito, que obligaban al campesino a trabajar más allá de lo necesario para atender sus necesidades familiares. Desde los discursos sociales, la aparición del «obrero agrícola» y las tendencias «socializantes» eran temidas por los católico-agrarios arago-

[...] tenían que contratar braceros, que previamente habían recogido las olivas de su propiedad». Las condiciones eran realmente duras, y en ellas participaban en efecto todos los miembros de las familias, siendo costumbre por ejemplo que las mujeres calentasen piedras en una hoguera, que, envueltas, servían para desentumecer una mano mientras con la otra recogían la oliva. Pero la experiencia no era tan solo penosa, sino que hay indicios de una voluntad de subversión encubierta a través de la música y la risa. En el trabajo «se cantaba mucho. Mientras se trabajaba, desde lejos se oían las voces de las cuadrillas de Bureta, Pozuelo, Fuendejalón, Magallón... desde las distintas fincas. Los coperos eran los que más coplas entonaban, muchas de ellas inspiradas en la dureza del trabajo, y era frecuente la competencia entre las diversas cuadrillas por ver quién cantaba mejor. El final de la jornada se celebraba de nuevo con cantos de alegría en los que no faltaban burlas al amo». Aunque el informante nació en 1917 y hubo de entonar la canción en su juventud, no es difícil imaginar la profusión de cantos de este tipo en los años previos, en una cultura campesina donde la oralidad tiene un papel fundamental: «Ya se va el sol por las copicas, / ya se va el sol por los copones, / ya se entristecen los amos, / ya se alegran los peones. / Olivita menuda / y el sol se pone, / y el tontolaba del amo / qué cara pone» (Bajén y Gros, 1999, pp. 57-60). La huelga, en *HA*, 27 y 28-11-1913, núms. 6278 y 6279, y *EN*, 25 al 28-11-1913, núms. 4053 al 4055. Los obreros trabajaban según sus palabras una media de diez horas. Ver las páginas que le dedican al conflicto Rújula y Lafoz (1995).

neses y demás mantenedores del orden social, que veían en las huelgas una amenaza de extensión de los desórdenes morales de la ciudad al campo, y que proponían para no fomentar el fenómeno desechar los métodos «industriales» en la agricultura. Pero continuaron las huelgas en el campo, con una protesta de los obreros agrícolas de Ateca y los del ferrocarril de la línea Gallur-Sádaba, y los braceros de Atea y Orcajo.³⁴⁸

En 1915 los braceros de La Almolda, Bubierca, Paracuellos de la Ribera y El Pozuelo hacían lo propio solicitando más jornal, así como los oliveros de Belchite, los albañiles de Alhama de Aragón y los jornaleros de El Frasno, quienes pidieron aumento de salario argumentando que no podían comer por el elevado precio de los artículos de primera necesidad. Pero lo relevante no es la seriación de los acontecimientos, sino la constatación de que entre los coetáneos se percibía un cambio en la dinámica de la protesta rural, percepción manifestada a través del discurso público y el tono temeroso con el que se habla del malestar entre las «clases obreras de los pueblos» y de como algunos conflictos «han degenerado en huelgas». En efecto, si algunos se conformaron como huelgas, en otras ocasiones se optó por la manifestación peticionaria, tomando de manera variable parte en ellas los trabajadores o, lo que era más frecuente, el vecindario en masa con una destacada participación de las mujeres y los chicos. Los lemas en este último caso repiten a las autoridades la necesidad de «pan y trabajo», apareciendo de nuevo unidos, como antaño, trabajo y subsistencia como derechos fundamentales del vecindario. Sin embargo, más que una reivindicación exclusivamente de clase, el comportamiento de los protagonistas durante aquellas remite al repertorio conocido de acciones a través de las cuales se manifestaba el descontento y se reclamaban derechos a las autoridades. En última instancia, la cuestión que se plantea es la transición de las «viejas» a las «nuevas» formas de protesta, y la coexistencia de ambos repertorios en la zona de tránsito. En Europa la guerra, movilizandando las retaguardias y forzando la reestructuración de los Estados hacia la prestación de mayores servicios a la ciudadanía, aceleró este proceso, cosa que no ocurrió en España, que mantuvo la estructura oligárquica del poder y la famélica participación ciudadana en la configuración de este y de las prerrogativas

348 La huelga de Ateca, en IRS (1916), la de los obreros del ferrocarril, en *HA*, 18-3-1914, n.º 6382, y las de Atea y Orcajo, en *HA*, 16-5-1914, n.º 6440.

estatales. El modo de participar, por lo tanto, en los asuntos públicos continuó basándose en buena medida en la utilización de formas de protesta popular, directas, parroquiales, limitadas y de ámbito local, en las que la gente protesta en nombre de la comunidad y asume las prerrogativas de las autoridades. La foto, claro está, nunca es fija, y el avance de procesos de largo alcance como la penetración de las relaciones capitalistas en el mundo rural o la expansión del poder del Estado alentó la aparición de nuevas formas de disidencia centradas en la política general y en el trabajo. Pero incluso en este último caso las reivindicaciones no pasaban en muchos casos de reclamaciones vecinales y adolecían de una coordinación continuada para ejercer presión a nivel nacional, una presión «indirecta», demostrativa o política. Esta característica de las formas «modernas» de protesta, junto a su modularidad, al poder ser utilizada por diferentes actores y para diferentes reivindicaciones, sustentarían el carácter pacífico de huelgas, manifestaciones y mítines. Por todo ello merece la pena profundizar en la coexistencia entre unas y otras formas de descontento en el campo aragonés.³⁴⁹

3.5. Persistencia y cambio en la protesta.

Motines y manifestaciones sobre cuestiones irresueltas

«Irresueltas», porque la protesta seguirá gravitando en torno a preocupaciones sobre las que las clases populares ya habían mostrado su descontento durante décadas, y que tan solo con la instauración de la Segunda República fueron afrontadas con expectativas de éxito una vez alcanzado el poder por la izquierda obrera y republicana. Por una parte, el descontento ante la presión fiscal podría traducirse como la resistencia de las capas populares al proceso de extensión del poder del Estado y su deseo de hacer vigente otro tipo de participación en la dinámica política, menos subyuga-

349 La protesta de braceros de La Almolda, en *HA*, 13-3-1915, n.º 6748. En la huelga de Buberca entran en la negociación del jornal, cosa bastante frecuente, el aguadien-te y el vino (*HA*, 24-2-1915, n.º 6731, y *EN*, 24-2-1915, n.º 4505); las de Paracuellos y El Pozuelo, en *HA*, 5 y 8-3-1915, núms. 6740 y 6743. La cuestión de los jornaleros de Belchite se mezcló con «una cuestión de aguas» (*EN*, 26 y 28-11-1915, núms. 4780 y 4782). Acudieron unos ciento cincuenta vecinos a la estación de tren para recibir al alcalde tras haber conferenciado con el gobernador en Zaragoza. El paro de albañiles de Alhama, en *EN*, 23-11-1915, n.º 4777, y el de El Frasno, en *EN*, 11-12-1915, n.º 4795.

dor. Aunque se puede ir más lejos en el análisis. El rechazo del campesinado hacia un sistema estatal de exacciones sin contrapartidas en servicios y derechos políticos escondía un profundo descontento hacia las manifestaciones locales del poder político. Un descontento de carácter doble, tanto hacia la desigual estructura de la propiedad y la riqueza como hacia el control del poder municipal, ambos gestionados y guardados por los grandes propietarios y los hombres del turno. De ahí que las protestas vecinales clamasen con frecuencia contra unos recargos que favorecían a los mejor posicionados económicamente, y que asimismo incluyeran la exigencia de transparencia en las asignaciones de los repartos entre los vecinos. En segundo lugar, entre los campesinos la cuestión de los recursos naturales seguía siendo clave, algo que abarcaba desde las reivindicaciones de repartos de propiedades comunales hasta la disputa con las comunidades vecinas por el uso de recursos colindantes como ríos o bosques. Y en tercer lugar está la subsistencia o el nivel de vida, pretensión articulada cada vez más a través de protestas en torno a las condiciones de trabajo y los salarios, pero también utilizando los cauces conocidos de presión a las autoridades, como las manifestaciones pidiendo «pan y trabajo». Existieron otros, como el asunto clerical, que también fue prolongándose en el tiempo hasta la oportunidad de solucionarlo definitivamente, abierta en los años treinta, aunque dicha conflictividad languideció durante este corto período de reorganización sindical hasta ser retomada por el anarquismo violento, impulsada definitivamente con el asesinato del cardenal Soldevila en 1923 y sostenida en el tiempo e intensidad durante la Segunda República.

Tras la derogación del impuesto de consumos en 1911, los ayuntamientos se toparon con la necesidad de promover otro tipo de recargos capaces de sanear sus arcas, algo que mantuvo las protestas durante ese mismo año y los siguientes en forma de motines contra recaudadores y agentes estatales. La retahíla de casos ilustran esto a la perfección. Los vecinos de Ansó firmaron un escrito dirigido a la delegación de Hacienda pidiendo la derogación del mandado del alcalde, pues «esperaban el reparto vecinal equitativo en lugar del odioso impuesto». De no llegar pronta respuesta, se preveían sucesos «desagradables», pues los ánimos se hallaban «muy excitados en contra del cacique-alcalde de Ansó y del que pretende quedarse con el arriendo de los consumos». En Carenas tuvo lugar un motín por las cédulas personales cuando el agente fiscal comenzó a embargar en diciembre de 1912. También contra las cédulas se amotinó el vecin-

dario de Longares, apostándose grupos de hombres en las puertas del lugar «para impedir que saliera la gente al campo y todos a una impedir la recaudación», mientras que en Embid de Ariza el agente fue agredido a pedradas, debiendo huir para salvar el físico. Por esas fechas se reunieron en Monzón los vecinos de la comarca para elaborar una protesta formal a los poderes públicos contra «los recursos de queja interpuestos por algunos señores duques, condes y marqueses», quienes, siendo dueños de importantes patrimonios, se oponían a ser incluidos en los repartimientos generales alegando ser propietarios forasteros. De prosperar la reclamación, los vecinos deberían «volver al anterior y odioso repartimiento, consecuencia muchas veces de asonadas y motines y evidente peligro de varios conflictos de orden público». Precisamente, varios vecinos de la localidad oscense de Benabarre fueron en 1915 acusados de desacato y desórdenes públicos por haber exigido al Ayuntamiento que la discusión sobre el repartimiento de consumos se celebrase públicamente, algo a lo que se negó el alcalde. En agosto de 1916 el vecindario de Calcena se amotinó de tal modo que hubo que reconcentrar fuerzas de los puestos cercanos de Borja y Ambel. Explica la prensa que casi todos los agentes del fisco aprovechan la época de recolección de las cosechas de verano para lanzarse al cobro, «y los pueblos que esperan recolectar para ver si durante el invierno podrán ir comiendo, se exacerban y arman las primeras escandaleras cuando ven a los recaudadores». Huyendo del pueblo a caballo, fueron apedreados por un grupo de vecinos que les salieron al paso. «Excitadísimos» estaban los ánimos en Villarroya de la Sierra cuando los recaudadores comenzaron los embargos, tanto que hubo que reconcentrar cerca de cuarenta guardias civiles para posibilitar los embargos, teniendo lugar pese a ello una «manifestación tumultuosa» de mujeres y chicos, que fue disuelta. También en Campillo se tomaron precauciones concentrando guardias previamente al comienzo de los embargos, y ya en 1917 los vecinos de Paniza realizaron una manifestación «tumultuosa» pidiendo el cese del arrendatario de pesas y medidas. Y en los vecinos pueblos de Morata de Jalón y Morés se preveían desórdenes ante el cobro de las cédulas y los posibles embargos.³⁵⁰

350 Lo de Ansó, en *LCA*, 26-1-1912, n.º 596. Carenas, en *HA*, 1 y 6-11-1912, núms. 5879 y 5864. El motín de Longares, en *HA*, 3-5-1913, n.º 6080. Se temía que la «ira popular» en Embid de Ariza se reprodujese contra el recaudador de contribuciones (*HA*, 23-8-1913, n.º 6192). La reunión de Monzón congregó a vecinos y autoridades de Grañén, San Esteban, Fonz, Almunia de San Juan, Berver de Cinca y otros pueblos

La relación de conflictos continúa a lo largo de los años siguientes y hasta entrados los años veinte, según los datos manejados por Gloria Sanz y los hallados en el Archivo Histórico Nacional. No obstante, es cierto que se producen cada vez con menor frecuencia, en la medida en que avanza la percepción popular de que los desequilibrios entre el nivel de vida y las obligaciones fiscales podían corregirse no ya desde el polo de lo fiscal y mediante la acción directa, sino a través de las reclamaciones laborales y utilizando herramientas indirectas como la huelga.³⁵¹ Una percepción construida gracias a la progresiva importancia otorgada por el discurso republicano y socialista a la participación popular en la vida pública, que sin embargo no conseguirá modificar en términos notables el tradicional sistema de control institucional de la aristocracia política. Eso impedirá en última instancia el asentamiento de una cultura cívica democrática y pacífica entre las clases populares. Por eso siguieron teniendo éxito las formas «directas» de protesta, combinadas con las nuevas vías de demostración colectiva, a propósito de similares reacciones vecinales a las que tenían lugar veinte y treinta años atrás. En primer lugar, continuó habiendo episodios reveladores de la particular relación existente entre el vecindario y la fuerza pública, la Guardia Civil, objeto de las sospechas o directamente de las iras populares. En Aguaron los vecinos firmaron un escrito de protesta por la muerte que de un disparo produjo un guardia a un labrador en 1911, «pues este pueblo no podía ahogar en silencio la duda que le hiere y tortura», la duda, claro está, de si hubo exceso violento por parte de la pareja. En Sos del Rey Católico los vecinos optaron por la protesta cuando, con ocasión de las fiestas de 1916, un vecino que saltó a la plaza de toros fue golpeado por un guardia, no queda aclarado si fortuita o

(*HA*, 7-5-1913, n.º 6084). Lo de Benabarre, en *AHPH*, Sentencias criminales, 1915, n.º 108. El motín de Calceña, en *EN*, 15, 17 y 23-8-1916, núms. 5041, 5043 y 5049, y el de Villarroya de la Sierra, en *EN*, 7, 8, 10 y 14-9-1916, núms. 5064, 5065, 5067 y 5071. Lo de Campillo, en *EN*, 12-12-1916, n.º 5160, y lo de Paniza, en *EN*, 17-3-1917, n.º 5252. Los conatos de motín en Morata y Morés, en *EN*, 27-3-1917, n.º 5262.

351 *Sensu stricto*, tiene razón González Calleja (1998*a*), p. 538, cuando afirma que los motines por consumos «desaparecieron definitivamente en 1911-1912, merced a la reforma de las leyes respectivas como resultado de una intensa y persistente campaña de presión popular». Sin embargo, para lo que aquí interesa es mejor subrayar la continuidad del *modus operandi* vecinal en los todavía abundantes motines antifiscales posteriores a esa fecha, con la protesta aprendida durante la puesta en escena de los frecuentes motines acaecidos con motivo de los consumos en las décadas precedentes.

voluntariamente. Sea como fuere, «el público protestó y quiso golpear a la fuerza pública, siendo necesarias algunas medidas para sofocar el motín», reconcentrándose fuerza en las horas siguientes de los puestos cercanos e instruyéndose sumario militar nada menos que contra veintitrés vecinos. Algún año más tarde tendría lugar un llamativo suceso de rebeldía en Azuara, donde la Guardia Civil, al verificar cacheos en el café del lugar, «fue insultada y amenazada por un grupo de setenta u ochenta hombres». Y, aunque la dinámica de radicalización y combate social de los años posteriores requeriría explicaciones añadidas, en 1922 los vecinos de Farlete «en masa» destruyeron el edificio propuesto para la casa cuartel y los materiales con los que iba a ser acondicionado.³⁵²

Se podrían contar además numerosos episodios de protesta relacionados de una u otra manera con la implantación de la administración pública estatal en la sociedad rural, como la educación, la sanidad o la gestión de los cargos municipales, aunque quedan por el momento pendientes de ser analizados con mayor detenimiento para cuando se trate de abordar el carácter político de la protesta popular. No dejan de ser en su origen manifestaciones de descontento locales, y no por una campaña organizada de los grupos de oposición, pero en todo caso ponen de manifiesto el complejo proceso de selección, rechazo y admisión colectivos que acompaña a todo proceso de cambio social. En lo que respecta a las formas de protesta, otro tipo de conflictos, los mantenidos en torno al uso de la tierra y otros recursos como el agua, subrayan de nuevo que estamos en un momento de tensión entre las continuidades y el aprendizaje y adopción de nuevas estrategias. Así, hay protestas «formales», como la que en 1912 alientan los pueblos de Mesones, Arándiga y Nigüella contra la Compañía Minera Aragonesa por la desviación del cauce del río Isuela para sus usos industriales. Mayores prevenciones despertó en la autoridad la manifestación de unos quinientos «obreros del campo» que de los pueblos vecinos a

352 Lo de Aguarón, en *HA*, 9-8-1911, n.º 5316. El motín de Sos, en *EN*, 16, 17 y 22-9-1916, núms. 5073, 5074 y 5079. Lo de Azuara tuvo lugar el 7 de marzo de 1921 (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 41, n.º 26). Y lo de Farlete, en AHN, Gobernación, Serie A, leg. 15, n.º 22. El siguiente gran acontecimiento en esta historia de desencuentros de la Guardia Civil con las clases populares en Aragón tendría lugar en Épila en 1932, donde al paro de los obreros de la azucarera siguió la concentración de varios centenares de vecinos en la plaza. La Guardia Civil, reconcentrada de varios pueblos, disparó a la multitud, dejando dos jornaleros muertos y varios más heridos (Casanova, 1997, p. 44).

Tarazona tuvo lugar en la ciudad del Queiles en 1913, para protestar por las repetidas denuncias que se les imponía, por pastoreo, corte de leña y roturaciones arbitrarias en el monte «Cierzo». Reunidos en la plaza del Mercado los llegados de Torrellas, Los Fayos, Malón, El Buste y Novallas, nombraron una comisión que se reunió con el alcalde de Tarazona, disolviéndose luego la manifestación. No hubo violencia, aunque se reconcentró fuerza para evitarla, pues, y aquí está lo interesante, habían llegado noticias de los «temperamentos» reinantes en las asambleas previas a la manifestación, una manifestación que además tendría lugar en la fecha reivindicativa obrera por excelencia, el Primero de Mayo.³⁵³

También se dieron motines por «asuntos de riegos», como el de Grisén contra Citera, el de Mas de las Matas contra Aguaviva o el de Novallas, donde más de trescientos vecinos marcharon al Ayuntamiento en reclamación del derecho de uso de las aguas sobrantes de Tarazona. En Belchite surgió un conflicto entre el Sindicato de Riegos «que representa al vecindario» y un industrial, por el aprovechamiento de ciertas aguas. Unos trescientos vecinos se echaron a la calle en 1916 cuando, tras la denuncia interpuesta por el industrial, los vocales hubieron de personarse en el Juzgado para declarar, marchando también a la casa del alcalde para manifestarle «que el agua era de ellos y la necesitaban para el riego de sus fincas». La fuerza reconcentrada vigilaba la casa del industrial, mientras el alcalde conferenciaba en Zaragoza con el gobernador la solución del conflicto. Pero del campo llegaban sobre todo alertas por desórdenes relacionados con la posesión y uso de la tierra. Los vecinos de Santed se amotinaron cuando unos cuantos roturaron en un prado del común. En Used los ánimos llegaron a estar «excitadísimos» con motivo de ciertas roturaciones, notificándose que «grupos de vecinos pululan por las calles en actitud poco tranquilizadora», al igual que en Torralba de Ribota.

En Leciñena los vecinos protestaron airados contra un vecino por unas roturaciones que trató de legitimar escribiendo una carta falsa en

353 Lo de Mesones, en *HA*, 25-8-1912, n.º 5659. La manifestación de Tarazona, en *HA*, 2 y 5-5-1913, núms. 6079 y 6082. En las conclusiones presentadas al alcalde de Tarazona se pedía la propiedad de las tierras roturadas, el derecho de pastos que otorgaba una escritura de concordia de 1553, poder hacer leña y sacar piedra para hacer cal, y que el importe de las multas y recargos fuera repartido entre los pueblos que formaban la mancomunidad.

un diario, debiendo por ello huir de la Casa Consistorial ante el temor de ser agredido. La protesta fue más contundente en Sádaba, donde unos doscientos vecinos, hombres y mujeres, se manifestaron pidiendo «la distribución vecinal de unos montes propiedad de una comunidad de propietarios», temiendo el alcalde «anormalidades» y violencias. Se pedía a la delegación de Hacienda la partición de los montes con Manchones, desde donde se habían realizado diversas roturaciones, disponiéndose en último término por la superioridad la incautación de los terrenos y las cosechas de las tierras labradas, noticia que al llegar a Manchones hizo temer por «una nueva alteración del orden público». Y cómo no, la zona del Moncayo volvió a contemplar tensiones por el monte entre los pueblos de Pomer y Aranda en 1917, cuando el alcalde de aquel notificó hallarse «amotinado en masa», resultando la Guardia Civil «impotente para reprimir el motín» y dimitiendo el Ayuntamiento en pleno. Los vecinos de Aranda talaban sin descanso en el monte «Valdepeso» y hacían «alarde» de ello con hogueras, pudiendo evitarse en última instancia un encuentro violento de grupos. No obstante, las mujeres de Pomer, al encontrarse con el recaudador, que a la sazón era vecino de Aranda, le insultaron y despojaron de los expedientes y de su pistola por interpretar su presencia como burla, entregándolo luego todo al alguacil de Pomer.³⁵⁴

En último término hay que resaltar las frecuentes manifestaciones que en numerosas localidades tuvieron lugar bajo el lema «pan y trabajo». Unas manifestaciones que, si bien podían ir acompañadas de huelgas de braceros, ofrecen en sus nociones legitimadoras claros síntomas de continuidad respecto de formas colectivas de petición de años previos. En efecto, todavía la autoridad aparece a los ojos de los vecinos obliga-

354 Los conflictos de Grisén, en *HA*, 3-9-1912, n.º 5668; Mas de las Matas, en *AHM*, Sección 2.ª, 4.ª, leg. 168; Novallas, en *HA*, 21-11-1914, n.º 6637; Belchite, en *EN*, 12 y 14-1-1916, núms. 4826 y 4828. Las alteraciones de Santed, en *HA*, 4-11-1914, n.º 6620; la de Used, en *EN*, 31-3-1915, n.º 4541, y *EN*, 1 y 3-4-1915, núms. 4542 y 4543; y Torralba, en *HA*, 25-5-1915, n.º 6811. El asunto de Leciénena, en *EN*, 9-2-1916, n.º 4854. El motín de Sádaba aparece en *EN*, 6, 8, 14 y 22-5-1916, núms. 4940, 4942, 4948 y 4956; y el conflicto Pomer-Aranda, en *EN*, 13 y 17-2-1917, núms. 5220 y 5224. En Luco de Jiloca se pretendió realizar una manifestación vecinal por roturaciones y reparto de terrenos en 1918, dato que provocó la alerta de la autoridad por la «falta de sensatez y cultura» a que podía dar lugar (*AHN*, Gobernación, Serie A, leg. 41, n.º 21).

da a intervenir en los momentos de mayores dificultades para la subsistencia, merced a la relación vinculante que todavía persiste entre la autoridad local y el vecindario, y pese a que hubieran caído en desuso las viejas formas de intervención directa sobre los precios de los mercados locales. Sin embargo, los síntomas de cambio vienen apuntados porque la apelación a la autoridad local se hace como paso previo y necesario para la elevación de peticiones a más altas instancias gubernamentales, y también porque a la altura de la Gran Guerra estas nociones parecen vehicularse más por la vía de la petición pacífica que por la de la violencia. Así, en Calcena los vecinos pedían en 1911 «pan y trabajo», prometiendo el alcalde trasladarse a Zaragoza y a Madrid «para poner de manifiesto personalmente al gobernador y al gobierno la angustiosa situación porque atraviesa el pueblo», y ese mismo año los vecinos de Torralba de Ribota recorrieron las calles «en medio del mayor orden» bajo los mismos lemas, y solicitando la ejecución de las obras de un pantano proyectado. «Los pueblos piden pan y trabajo», titulaba el *Heraldo* refiriéndose a las manifestaciones habidas en La Almolda, Codo y Monegrillo en febrero de 1913, y para «conjurar la miseria» en El Pozuelo se celebró un mitin cuyas conclusiones fueron enviadas al Gobierno a través del delegado provincial. «Gran entusiasmo y orden completísimo» reinaron en la manifestación organizada por la «clase proletaria» de La Almunia de Doña Godina solicitando trabajo para atajar la crisis «que hace la vida imposible a las familias menesterosas», y por esas mismas fechas los jornaleros de Belchite reclamaban la reanudación de las obras del pantano. «Pacífica» fue también la manifestación realizada en Fuendejalón por los vecinos en demanda de recursos y mejoras agrícolas a la Diputación. En 1915 similares manifestaciones tuvieron lugar en Aniñón cuando los obreros solicitaron trabajo en alguna obra pública, en Munébrega, donde un grupo de un centenar de vecinos se presentó «en actitud pacífica» en el Ayuntamiento para que se incluyera en la sesión la gestión del inicio de los trabajos de una carretera local, y en Cariñena, donde tuvo lugar una «imponente manifestación de obreros del campo». Portando una bandera española con el lema «abaratamiento de las subsistencias y trabajo», se presentaron «correctos» en el Ayuntamiento, entregando un escrito dirigido al Ministerio de Fomento para tratar de agilizar obras públicas así como de promover la inclusión en la Ley de Accidentes de Trabajo a los obreros del campo. No tardaron mucho en salir de nuevo

a la calle los braceros de Cariñena en «manifestación pacífica» para pedir trabajo, haciendo lo propio los vecinos de Tarazona pidiendo la reducción de los precios de los artículos básicos.³⁵⁵

En algunas ocasiones estas demostraciones públicas suelen preceder o acompañar a las declaraciones de las huelgas de braceros, algo que puede ser indicativo de un cambio en los modos de actuar y, seguramente, de cambios sociales de importancia. En este sentido, el caso de la movilización popular en torno al proyecto de riegos del Alto Aragón, acelerada sin duda por la crisis que en el campo ocasionaron tanto una pertinaz sequía como la subida de los precios de las subsistencias, es un buen exponente de la utilización simultánea de diversas formas de protesta en el proceso de identificación de problemas y soluciones a través de un discurso político, y de la articulación de las formas de protesta consideradas más eficaces. El proyecto de construcción de infraestructuras capaces de llevar los riegos a las llanuras del Somontano oscense y luego a los Monegros, uniendo las aguas de los ríos Gállego y Cinca, cobró forma en 1911, fue tramitado en Madrid acogándose a la nueva Ley de Construcciones Hidráulicas, y finalmente aprobado en septiembre de 1913. Las personalidades oscenses que lo impulsaron trataban con ello de potenciar una posible salida a la crisis de la provincia pensando en la agricultura, pero también en el propio trabajo que proporcionarían las obras a los desempleados. Persiguiendo la aprobación del proyecto, comenzaba a finales de 1912 la presión en forma de mítines desde cámaras de comercio comarcales y sindicatos agrí-

355 Sánchez Pérez (1994) resumía la cuestión de las viejas pervivencias y nociones en la protesta diciendo que «los esquemas previos se modifican, pero no son destruidos en absoluto». Calcena, en *LCA*, 21-1-1911, n.º 313, y Torralba de Ribota, en *HA*, 16-3-1911, n.º 5164. La reseña del *Heraldo de Aragón* sobre Monegrillo, La Almolda y Codo, en *HA*, 8-2-1913, n.º 5998, y el mitin de Pozuelo, en *HA*, 11-2-1913, n.º 6001. Lo de Belchite, en *HA*, 3-2-1913, n.º 5993, y lo de La Almunia, en *HA*, 14-2-1913, n.º 6004, repitiéndose en este último lugar la manifestación pocos días después (*HA*, 24-2-1913, n.º 6014). Pedían entre otras cosas la elevación de las aguas del río para extender la zona regable. Fuendejalón, en *HA*, 23-2-1913, n.º 6013. Las peticiones se iban perfeccionando en concreción y adaptación a las posibilidades reales del poder al que se dirigen. Las de Fuendejalón solicitaban barbaños para replantar viñedo vía Diputación Provincial, que el ingeniero provincial hiciera estudios de viabilidad de pozos artesianos, fondos del Gobierno para fundar un pósito, y la dimisión del Ayuntamiento si lo anterior no fuese concedido. Las manifestaciones de Aniñón, Munébrega y Cariñena, en *EN*, 10-4-1915, n.º 4550, *HA*, 16-9-1915, n.º 6917, y *EN*, 30-11-1915, n.º 4784. Y las solicitudes de Cariñena y Tarazona de 1916, en *EN*, 29-3-1916, n.º 4903, y *EN*, 7-2-1916, n.º 4852, respectivamente.

colas, organizaciones dominadas por hombres del Partido Liberal y en algunos casos por elementos republicanos. El argumentario más común insistía en criticar el presupuesto militar proyectado por el Gobierno Canalejas para una segunda escuadra marítima, y conceder en su lugar los recursos a la educación y la agricultura, y aquí es donde el canal ofrecía una oportunidad política para la movilización y el rédito político. Como en otras ocasiones, se habla de una «tarea patriótica» que aglutina a gentes de distintos partidos (acuden el republicano Marraco, se adhiere Moret y habla el liberal Rafael Gasset y Chinchilla como figura política invitada más relevante) y de «tarea salvadora» con reminiscencias costistas (no en vano, también realiza una breve alocución su hermano Tomás). Hubo, como parte de la «campana» por el «magno proyecto», asambleas masivas en Barbastro y Sariñena, reuniendo en este último lugar a más de cuatro mil almas de la comarca, quienes recorrieron las calles «con banderas de cada pueblo y lemas y símbolos de los riegos». No solo acuden labradores, sino que también las mujeres hacen el largo camino, siendo retratadas como «dignas sucesoras de Agustina de Aragón». Los organizadores, temerosos de que la protesta desborde los cauces pacíficos, subrayan en sus discursos que «no es preciso emplear medios violentos, sino emplear y valerlos de cuantos elementos tenemos en nuestras manos» para conseguir el éxito, aprobándose unas conclusiones eminentemente prácticas y concretas, y que reforzaban el compromiso de los participantes con la campaña: escribir todos los particulares y entidades cartas a Madrid, telegrafiar a la representación parlamentaria, al rey y al ministro de Fomento, y formar una junta encargada de comunicarse con todos los pueblos, recoger sus iniciativas y elevarlas al Sindicato Central.³⁵⁶

Casi al mismo tiempo tenían lugar manifestaciones vecinales en los Monegros pidiendo la agilización de la aprobación del proyecto. Unos cuatrocientos vecinos de Bujaraloz, acuciados por la pertinaz sequía, salieron con «orden y corrección» a la calle, y tan solo un mes más tarde unas ciento cincuenta mujeres marcharon al Ayuntamiento «a pedir agua, a solicitar el Canal, trabajo para nuestros maridos y nuestros hijos cerca de nosotras». La secuencia de la movilización social continúa con la celebración de un «grandioso mitin» en Lanaja y otro en Tardienta, al que asis-

356 Los mítines de Barbastro y Sariñena, en *HA*, 14-10-1912, n.º 5879, y *HA*, 17-12-1912, n.º 5946.

tieron «un número enorme de gentes de todas clases», entre ellas algunas «de lejanas distancias, como un grupo de mujeres con sus niños de Bujaraloz, de más de sesenta kilómetros», comprobándose de ese modo como se seguían ejercitando las nociones vigentes sobre la autoridad moral de las madres en lo que afectaba a la subsistencia familiar. Hubo además una manifestación de vecinos en Barbastro al circular el rumor de que el favor oficial no estaba con el candidato canalista. Una bandera nacional con los lemas «a la regeneración agraria» y «viva Costa» la presidía, entregando al alcalde un escrito firmado por numerosos vecinos. Tuvo lugar además otra marcha protagonizada por mujeres, muy notoria por su accidentado final. Las vecinas de Lanaja y otras localidades, como Berbegal o Almudévar, trataron de llegar en 1915 a la capital oscense para solicitar el comienzo de las obras de los riegos «y el medio de encontrar trabajo y pan». En realidad llegaron hasta las puertas de la ciudad, y si no pasaron por sus calles fue por la prohibición expresa del gobernador civil Juan Antonio Perea, quien temía que a las mujeres «canalistas» se sumase el vecindario de la capital, descontento por la crisis de subsistencias. El hecho motivó no pocos artículos condenatorios contra el gobernador y la prisión de algún periodista por ello. Varios meses más tarde continuaba esperándose una reacción gubernamental. El alcalde de la capital de La Litera, Tamarite, imploraba al ministro de Fomento la construcción de una carretera para «evitar la angustiosa situación por la que atraviesa la clase obrera de esta villa» por la pérdida total de las cosechas, recibiendo como respuesta una paternal reprimenda sobre la conveniencia de dirigirse al Gobierno por el «conducto natural del gobernador».³⁵⁷

357 Lo de Tamarite, en AHN, Gobernación, Serie A, leg. 13, n.º 9. Las manifestaciones vecinales de Bujaraloz, en *HA*, 2-9-1912, n.º 5667, y *HA*, 16-10-1912, n.º 5881. Más noticias sobre la sequía y la emigración en la localidad, en *HA*, 30-1-1913, n.º 5989, *HA*, 7-2-1913, n.º 5997, donde se da cuenta de cómo el ejército debe abastecer a la población con cisternas, y *HA*, 27-4-1914, n.º 6421, donde el corresponsal da cuenta de las coplas entonadas por una numerosa ronda que despedía a varios vecinos que marchaban emigrantes: «No rasgueo mi guitarra / a impulso de la alegría / es que voy dando el adios / a esta pobre tierra mía. / Soy emigrante que voy / a buscar el pan muy lejos / para que de él no carezcan / ni mis hijos ni mis viejos. / Yo no sé a donde voy / ni sé cuándo volveré / sólo sé que no podré / mientras no riegue Aragón». El mitin de Lanaja, en *HA*, 6-1-1913, n.º 5965, señalándose además el gran entusiasmo reinante en Barbastro por la inminente aprobación del proyecto. El mitin de Tardienta, en *HA*, 9-1-1913, n.º 5968, y otra manifestación promovida por las fuerzas vivas y asociaciones de propietarios de Barbastro en Selgua, en *HA*, 10-1-1913, n.º 5969. La manifestación de Barbastro, en *HA*, 2-3-1914, n.º 6366. La actitud del

Las protestas por los precios de las subsistencias no acabaron ahí, lo que deja bien patente la amenaza constante que se cernía sobre el nivel de vida de las clases bajas durante toda la segunda década del siglo XX, y como además ciertas formas de protesta tendían a calar con éxito en el repertorio popular. Así, tan solo en 1920 hubo manifestaciones por la subida de los trigos en Saviñán, Ateca, Zuera, Chiprana y Sos, y en Jaca hubo dos protestas alentadas por el rumor sobre la falta de cereal en la ciudad. Sin embargo, hay que insistir en las continuidades y en la coexistencia, de lo que la manifestación de mujeres de Zaragoza en ese mismo año y por el mismo motivo fue un ejemplo más. Hubo, tras forzar el cierre de establecimientos y escaparates, altercados con la Guardia Civil, varias obreras fueron detenidas y, tras ponerlas en libertad, una de ellas murió tras agravarse su enfermedad, celebrándose entonces una «imponente manifestación» a la que concurrió «casi toda la masa obrera de la ciudad, que acompañó el cadáver hasta el cementerio de Torrero con el mayor orden». No obstante, y pese a ello, resulta incuestionable que en el bienio 1916-1917 la huelga se consolidó como el espacio habitual de las experiencias colectivas de protesta. En la ciudad, pero sobre todo en el campo, donde la provincia de Zaragoza destacó del conjunto nacional a tenor de lo expuesto por el Instituto de Reformas Sociales: «El movimiento de los obreros del campo en 1916 no revistió caracteres de generalidad en ninguna región, salvo en Zaragoza, en cuya provincia se suscitaron algunos conflictos, además de los braceros agrícolas, los pastores y los muleros».³⁵⁸

3.6. Vientos de cambio: 1916-1917

Nada menos que dieciséis huelgas tuvieron lugar en las localidades rurales zaragozanas durante 1916, y dieciocho en 1917, casi todas protagonizadas por «braceros agrícolas» u «obreros del campo», aunque también las hubo de mineros (Mequinenza), pastores (Aranda de Moncayo, Monreal de Ariza, Ariza, Illueca, Jarque, Castiliscar), muleros (Alpartir) o alba-

gobernador de Huesca para con las mujeres «canalistas» fue duramente criticada en varios artículos de prensa como «polacada», «desafuero», «atentado a la hospitalidad»..., por cuyas palabras fueron procesados los autores (AHPH, Sentencias criminales, 1915, n.º 74).

358 IRS (1918). Las manifestaciones, en AHN, Gobernación, Serie A, leg. 41, n.º 25.

ñiles (Terrer, Alhama). Ha de pensarse que, pese a que por motivos de claridad expositiva aparecen separados en la narración, al tiempo que se sucedían las huelgas agrícolas ocurrían los conflictos en torno al monte o los impuestos, y que incluso en algunos casos se solaparon, como en Aniñón, donde a la reivindicación del aumento de jornal y del desayuno, los obreros pedían a los patronos «algunas tierras para cultivarlas por su cuenta». Aunque en algún lugar pudo ocurrir alguna «coacción», como la toma de las salidas de la población (Albalate del Arzobispo, en Teruel), y pese a que la Guardia Civil solía «tomar precauciones» para evitar violencias (Aniñón, Malón, Ainzón, Monreal de Ariza, Alpartir, Mara, Jarque, Grisén...), generalmente se desarrollaron de modo pacífico y a través de la negociación directa con los propietarios o, cuando esto no sucedía, mediadas por la autoridad civil o militar. Y aunque la mayoría de las huelgas eran asuntos de hombres, en ocasiones las mujeres siguieron sus pasos, como en Caspe, donde las aproximadamente doscientas operarias de los talleres de secado de higos y pasas se «insubordinaron» pidiendo una peseta diaria en lugar de los tres reales que cobraban. Hubo «algún grupo de huelguistas por la calle, braceando mucho al hablar, amenazando con cortar el moño a las que no se adhieran al movimiento», pero pronto los fabricantes aceptaron pagar la peseta a las mujeres. Todo eso, la asiduidad con la que los obreros agrícolas utilizan la huelga para tratar de mejorar sus condiciones laborales y la resolución casi siempre ordenada de los conflictos, hablan de cierto aprendizaje y mecanización por parte de los trabajadores de una forma de presión todavía nueva en el medio rural y de una conciencia sobre qué factores hacían probable su éxito, así como de la asunción por parte de patronos y propietarios de las negociaciones y pactos sobre salarios y condiciones laborales como remedio al descontento, un trago costoso pero en ocasiones preferible a los desórdenes o al incremento de las pérdidas que podía provocar la continuidad del paro.³⁵⁹

359 La relación de huelgas agrícolas y paros en el entorno rural es como sigue: mineros de Mequinenza (*EN*, 1-1-1916, n.º 4815, *HA*, 31-12-1915, n.º 7022, y 1-1-1916, n.º 7023); obreros agrícolas de Albalate del Arzobispo (*EN*, 13-1-1916, n.º 4827); jornaleros de Cariñena (*EN*, 15 y 18-1-1916, núms. 4829 y 4832); jornaleros de Aniñón (*EN*, 24, 26 y 27-1-1916, núms. 4838, 4840 y 4841); jornaleros de Malón (*EN*, 10 y 11-2-1916, núms. 4855 y 4856); jornaleros de Ainzón (30 y 31-3-1916, núms. 4904 y 4905); jornaleros de Terrer (IRS, 1918); pastores de Monreal de Ariza (*EN*, 14-6-1916, n.º 4979); obreros del campo de Calatayud (*EN*, 14-6-1916, n.º 4979); pastores de Aranda de Moncayo (IRS, 1918); mujeres de la fábrica de conservas de Caspe (*EN*, 31-10-1916, n.º 5118); jornaleros de

Estos cambios, con ser significativos y expresivos de una realidad cambiante (no solo en lo que atañe a la mercantilización de las relaciones sociales en el campo, también por ejemplo respecto de la eficacia con que nuevas formas de participación en la escena pública se implantaban en la sociedad), no alcanzaron la celeridad y dimensiones de los experimentados en Zaragoza. Porque, si hemos venido haciendo hasta ahora necesarias distinciones entre lo que ocurría en el obrerismo del medio rural y el del núcleo urbano principal de la región, por sus dimensiones y capacidad de actuación, con más motivo es preciso detenerse en esa distinción en torno al crucial año de 1917. No solo por el número de conflictos planteados, sino por los elementos novedosos cuyo despliegue incorporó tanto en el modo de entender la protesta por sindicalistas y trabajadores en general, como en la extensión de sus objetivos y posibilidades de repercusión. Estos se hacían más generales al trascender el habitual localismo de las agrupaciones de oficio, al asumir premisas políticas en la acción colectiva y, en última instancia, al aproximar al plano de la realidad el sempiterno mito de la huelga general revolucionaria. Pero no conviene adelantarse a los hechos, bien estudiados por otra parte en diversos estudios, como los de Laura Vicente o Carlos Forcadell. Los utilizaremos, además de la prensa y de otros estudios básicos, para resumir lo que ocurre en Zaragoza en esos cruciales años de abierta contienda social.

La reactivación de las sociedades obreras tuvo lugar a mediados de febrero de 1916, con la celebración de un congreso promovido por la Federación Local al que asistieron todos los oficios y cuyo primer punto de debate era casi una declaración de intenciones: «¿A qué se debe la decadencia de la organización obrera de Zaragoza? Medios para la organización». Cabe recordar que en los últimos años tan solo la campaña por las

Monegrillo (*EN*, 10-11-1916, n.º 5128); jornaleros de Pina (*EN*, 14-11-1916, n.º 5132); braceros de Calatorao (*EN*, 20-11-1916, n.º 5138); jornaleros de Alpartir (*EN*, 10-12-1916, n.º 5158); jornaleros de Mara (*EN*, 28-2-1917, n.º 5235); cargadores de carbón de Castejón (*EN*, 10-3-1917, n.º 5245); pastores de Castiliscar (*EN*, 12-3-1917, n.º 5247); braceros de Villafeliche (*EN*, 15-3-1917, n.º 5250); jornaleros de Grisél (*EN*, 19-3-1917, n.º 5254); braceros de Fuentes de Jiloca y Grisén, y pastores de Jarque (*EN*, 21-3-1917, n.º 5256); braceros de Aranda de Moncayo (*EN*, 23-3-1917, n.º 5258); pastores de Illueca (*EN*, 31-3-1917, n.º 5266); obreros fabriles de baldosín y pastores de Ariza, pastores de Aranda de Moncayo, albañiles, carpinteros y mecánicos de Terrer, jornaleros de Tabuenna, albañiles de Alhama de Aragón, jornaleros de Longares y de Novillas (IRS, 1921).

subsistencias de enero de 1915 había coseguido aglutinar algún esfuerzo en ese sentido, pero con resultados fugaces y desiguales. En esta ocasión, sin embargo, el congreso, por la eficacia y claridad de los puntos de discusión propuestos y por la afluencia de todas las sociedades, traía vientos esperanzadores para el movimiento. Por eso la toma de posiciones resultaba crucial. No era de extrañar por lo tanto que desde el primer momento andasen encontradas las opiniones de matriz libertaria y de autonomía sindical con las de raigambre socialista y de acción legalista. La discusión sobre la participación en política reveló hasta qué punto se hallaban equilibradas las fuerzas, pues tan solo el voto de calidad del presidente, contrario a esa idea, rompió el empate resultante de la votación. El congreso sirvió en definitiva para apuntalar con mayor firmeza dos de los principios básicos de la Federación, legado directo de la experiencia de las sociedades de oficio: la apuesta por una organización unitaria y fuerte capaz al tiempo de respetar la autonomía de acción de cada sociedad, y su vocación exclusivamente «económica» y «sindical», que permitía una amplia participación de los trabajadores al dejar al margen sus posiciones ideológicas. Las dos tácticas y culturas sindicales, la de gestión que practicaba la UGT y la del sindicalismo autónomo y de acción directa de la FLSO, quedaban con las espadas en alto, aunque con bastante ventaja en cuanto al número de partidarios para la Federación, que sumaba en sus filas a los principales grupos obreros de la ciudad, albañiles, metalúrgicos y carpinteros. En cualquier caso, parece que la tendencia mayoritaria optó por una fórmula de compromiso, en la que se evitaba nombrar tácticas específicas y objetivos concretos más allá de la tópica mejora de las condiciones de los trabajadores, para no dar lugar a la desunión en el seno de la Federación.³⁶⁰

También hay consenso respecto de las principales acciones obreras desarrolladas ese año en Zaragoza, dos conflictos que dejan al descubierto las diferentes tácticas que podía contemplar la acción sindical. En primer lugar, los ferroviarios. En la sección local venía predominando cierta influencia de la UGT, estando los de la Compañía del Norte integrados en la Federación Nacional de Ferroviarios, aunque también lo estaban en la Federación zaragozana. La capacidad de coordinación con organismos y sedes sindicales alejados ya se había puesto de manifiesto con anterioridad,

360 El Congreso Obrero, en *HA*, 16 al 27-2-1916, núms. 7068 al 7079.

cuando en enero de 1915 se celebró un mitin de protesta por los frecuentes accidentes ocurridos en la estación del Arrabal (siete obreros muertos en dos años), al que asistieron el presidente de la Federación Nacional y el secretario del sindicato de Valladolid, entre otros oradores.³⁶¹ Al año siguiente, a principios de 1916, cuando volvía a ser acuciante el asunto de las subsistencias, los ferroviarios pidieron un aumento salarial, estando dispuestos a ir a la huelga ante el silencio de la compañía, una huelga que en congreso celebrado en Valladolid se declaró general de los obreros de la Compañía del Norte, aprobándose que la protesta sería dirigida por un comité sindical radicado en Madrid. Sin embargo, la huelga quedó desconvocada cuando el comité, la compañía y el Gobierno llegaron a un acuerdo que no llegó a aplicarse. Por eso en julio los ferroviarios de Zaragoza decidieron dejar de contemporizar e ir a la huelga, empujados, según dictaban los pasquines, «por las codicias de la Compañía y la falsía del Gobierno», incumpliendo «compromisos pactados», y previniendo a posibles esquiroles de las «violencias necesarias» de que serían objeto si se intentaba romper la unidad de huelga. La FLSO, por su parte, manifestaba su solidaridad con los huelguistas organizando la asamblea previa al inicio de la protesta en el local de los ferroviarios de la calle Estébanes, y un «mitin monstruo» al que acudirían los principales líderes ugetistas (Barrio, Largo Caballero, Besteiro) y cenetistas (Seguí, Pestaña). El hecho no tenía precedente, se trataba de escenificar un acuerdo de acción unitaria entre los dos modelos y organizaciones sindicales, y que se concretaría en el llamado «pacto de Zaragoza», por el que se demandaba la actuación del Gobierno para paliar los efectos inflacionistas de la guerra y se justificaba el uso de la huelga general como elemento último de presión. El acontecimiento por el que las espadas dejaron de amenazarse para enfrentar una batalla común merece algunas líneas.

Anunciado como «acto de la iniciación de la fusión de las fuerzas proletarias nacionales», al mitin concurrieron unos cuatro mil obreros que abarrotaron en la Casa del Pueblo los locales contiguos de los republicanos radicales y de los ferroviarios, debiendo habilitarse la mesa presiden-

361 La asamblea de ferroviarios por la siniestralidad laboral, en *HA*, 10-1-1915, n.º 6686. Bajo presidencia de Luis Viesca, presidente del sindicato local, tomaron parte, entre otros, Isidoro Achón como representante de las sociedades no domiciliadas en el Centro Obrero y Vicente Barrio como presidente de la Federación Ferroviaria.

cial en un vestíbulo intermedio. En nombre de la Federación anfitriona habló primero Zenón Canudo, alabando la fusión sindical, pues «no ha habido hasta la fecha una afinidad completa entre todas las masas obreras», y ofreciendo el «concurso» de estas para obrar «enérgicamente» cuando fuere preciso, entendiéndose por ello el ir a la huelga general. Luis Viesca lo hizo en nombre de los ferroviarios locales, subrayando entre otras cosas que en Zaragoza «tenemos a favor nuestro a toda la opinión». Largo Caballero arremetió contra el Gobierno liberal por «poner toda la fuerza coercitiva a favor de la clase capitalista», afirmando también que la UGT permanecería alerta en defensa del trabajador y que Zaragoza era «la destinada a que en ella se firme un pacto de organismos obreros». Vicente Barrio hizo historia de las reivindicaciones ferroviarias en los últimos años, y Julián Besteiro «calificó de histórico el movimiento obrero actual», que surgía porque «la explotación ha llegado a tales extremos que ya no podemos tolerarla». Hubo, cómo no, alusiones a las mujeres, siendo Canudo quien les pidió que alentasen a sus compañeros para mantenerse firmes, y leyendo Viesca una carta de una compañera de la que no se dijo el nombre. Pero sobre todo hubo frases de esperanza en el éxito de la huelga, y ovaciones entusiastas entre los asistentes, como cuando Barrio leyó en hora avanzada de la noche un comunicado de la sesión permanente de la UGT:

Habéis entablado la lucha, continuad en ella firmemente. Si vosotros no desmayáis, los ineptos, que son los traidores, no resolverán la situación. Permaneced tranquilos y con la justicia de vuestra causa lograréis el triunfo de los intereses que estáis defendiendo.

No hay noticia en la prensa de los delegados de la CNT en el mitin; habría que esperar unos pocos días más para que se diera la esperada reunión y para la firma formal del pacto. Durante el tiempo transcurrido desde el comienzo de la huelga el día 12 de julio hasta aproximadamente el 17, no se dan muchos detalles debido a la suspensión de garantías decretada por el Gobierno el día 13, en que las autoridades civiles de Huesca y Zaragoza resignaron su mando en la militar. Pero parece que la paralización de los trabajos en la estación del Norte fue total, y que la actividad en el centro obrero era frenética para mantener el control de la huelga, evitar desórdenes, despachar informaciones con la prensa y mantener comunicación con las secciones de otras provincias. El día 17, antes de ser detenidos por la autoridad, los dirigentes ugetistas y cenetistas firmaron el pacto de unión que daría lugar a una huelga general algunos meses más tarde, una huelga

que adquirió la forma de un paro de veinticuatro horas a instancias de la UGT, además de una dimensión general que la hizo distinta a todo lo anterior, y que por ello merece un mayor estudio. Baste resumir que, como táctica de combate colectivo, los ferroviarios utilizaron en julio de 1916 el modelo de gestión centralizado y moderado de cariz ugetista, un modelo que concedía el protagonismo a la burocracia sindical, mientras que la única «obligación» de las masas obreras era pasar por el local para informarse de la marcha del conflicto. Los ferroviarios avanzaron la posibilidad de superar el carácter excluyente que durante años había caracterizado a la adscripción sindical, perteneciendo tanto a la FLSO zaragozana como a la Federación Nacional de Ferroviarios, que estaba integrada en la UGT. Una unidad que perseguía agrupar al mayor número posible de trabajadores para ser reconocidos por la patronal en cualquier conflicto o demanda. Y todo ello, pese a las raquíticas cifras de afiliación en Zaragoza (1144 en ese año de 1916), lo que lleva a pensar a Forcadell que «la influencia de las organizaciones socialistas y del modelo sindical ugetista era mayor de lo que pueden indicar unas menguadas cifras de afiliación».³⁶²

El otro modelo de acción sindical fue puesto en práctica durante la movilización de los metalúrgicos y los albañiles. En septiembre de 1916 los primeros reclamaron a los patronos mejoras salariales y de las condiciones laborales, pero tras serles denegadas acudieron a la huelga. Conforme pasaban las semanas aumentaban los problemas para mantener el paro, así que comenzaron a celebrarse mítines de solidaridad y a abrirse suscripciones por parte del resto de sociedades de la FLSO. A los problemas de escasez de recursos se sumó, después de tres meses de paro, el de la división interna respecto a si se debía mantener o no la huelga, algo que provocó el cambio de directiva. Eso no interrumpió el despliegue de la solidaridad de la Federación, que el 22 de enero declaraba la huelga general. Fue secundada por todas las sociedades menos los dependientes, en total unos quince mil huelguistas. Pocos días después se firmaba un acuerdo entre patronal y trabajadores merced a la mediación del diputado radical Marceliano Isábal. Los líderes obreros no dudaban en valorar la huelga como el inicio del fin de la apatía de las bases sindicales. El desarrollo del conflicto se alejó desde luego del ideal socialista,

362 Forcadell Álvarez (2000), p. 67, y Vicente Villanueva (1993), pp. 54 y ss. Gran acopio de información sobre los movimientos que llevaron a la firma del pacto y el seguimiento policial y de inteligencia de la autoridad, en González Calleja (1998a), pp. 515 y ss.

en primer lugar porque no hubo centralización de las decisiones ni dirección de una minoría, adoptándose todas las decisiones por votación de los obreros en amplias asambleas que exigían una movilización constante y tenaz. Y en segundo lugar, porque la huelga no contó en un principio con un seguimiento ni con recursos suficientes para garantizar su éxito, como exigían los cánones socialistas, sino que se intentó generalizar el conflicto a toda la ciudad para presionar a la patronal, haciendo partícipes al resto de sociedades del malestar por causa del desequilibrio entre precios y salarios. Lo que ocurrió fue que el paro adquirió dimensiones tan formidables que nadie reparó en posibles debilidades organizativas o carencias pecuniarias, desplazándose incluso el objetivo inicial hacia el efecto concienciador sobre los trabajadores, a los que se atrajo de modo exitoso de nuevo a las organizaciones.

Algo similar ocurrió durante la huelga de los albañiles, declarada en mayo de 1917, con la petición de las ocho horas de jornada como objetivo principal. Se trataba de acabar con la crisis de trabajo que experimentaba anualmente el sector cuando los peones, finalizados los trabajos de verano en la huerta zaragozana, engrosaban las filas de las cuadrillas de la construcción, un sector que pasaba a estar sobredimensionado cada invierno, como lo demuestran las habituales peticiones de trabajo de obreros en paro ante el Ayuntamiento. La huelga fue un éxito tras dos meses de negociación con la patronal, logrando el éxito histórico de la jornada de ocho horas. Una negociación en la que, siguiendo el conocido modelo de sindicalismo radical, se prefirió entablar combate directo con la patronal mediante el voto asambleario de las decisiones por los trabajadores antes que subordinarlas a la gestión de una directiva. Hubo además otras movilizaciones laborales en la ciudad que no adquirieron la duración o la gravedad de las tres mencionadas, y que por lo tanto no tuvieron gran repercusión, sin por ello dejar de plantear con firmeza demandas sectoriales, como ocurrió en 1916 entre los descargadores, pintores, panaderos, cocheros y zapateros de la ciudad. Al año siguiente, en 1917, lo harían los mozaístas y peones, carreros y cargadores, curtidores, operarios de regaliz, zapateros, curtidores, cesteros..., enlazándose la cadena de protestas con las de 18 y los años siguientes, los que mayor número de jornadas perdidas concentraron. Sin embargo, el acento de la época lo pusieron las huelgas de ámbito estatal acordadas en Zaragoza, sobre las que merece la pena detenerse no solo en sus preparativos asamblearios, sino también, como venimos haciendo, en el desarrollo de los acontecimientos en la calle.

3.6.1. El paro general de veinticuatro horas de diciembre de 1916

Porque en la propia evolución del conflicto existen claves de significación que dotan de sentido a las acciones de los actores, al margen del grado de violencia desplegada, que refuerzan o contradicen las decisiones asumidas en los foros y estructuras de encuadramiento y participación colectivas, según el concurso de otros factores (grado de represión, agotamiento de la mediación y vías políticas de diálogo...). Por el momento, el acuerdo de unidad de acción entre CNT y UGT adoptado en julio de 1916 hubo que congelarlo debido a la suspensión de garantías, hasta el levantamiento de esta, en octubre de ese mismo año. A partir de ese momento se pone en marcha una campaña de propaganda sobre el problema de la carestía y la petición de amnistía para los presos políticos. El diseño de la campaña llevaba el cuño de la UGT, que recientemente había aprobado en su congreso interno la definición de la huelga general como un acto de lucha de clases, y consecuentemente un plan para llevarla a cabo en cuatro fases: de la agitación y la propaganda se pasaría con facilidad a los mítines multitudinarios y las manifestaciones populares. El tercer paso sería la convocatoria de un paro general de veinticuatro horas contra la carestía, que debía ser apoyado por todas las organizaciones obreras, y que se convertiría en indefinido si el Gobierno no daba satisfacción a las demandas obreras. Llegado ese extremo, el último escalón que subir era la conquista del poder. El esquema participaba en el fondo de presupuestos sobre la sociedad y el poder que compartía con la CNT, lo cual hace comprensible que, pese a la abierta rivalidad entre los sindicatos, llegasen con relativa facilidad a frentes y alianzas comunes en este momento: rechazo del orden social vigente, desconfianza hacia la política y desdén hacia el Parlamento, antiestatalismo, certeza absoluta en la fatalidad de la revolución y visión de la sociedad futura como un orden armónico administrado por una clase obrera organizada en sindicatos.³⁶³

363 González Calleja (1998a), pp. 515-516. Los elementos comunes, en Juliá (1999), p. 58. Hubo mítines por los presos políticos en junio de 1916, organizados en colaboración entre la Federación Local y los republicanos de la ciudad, tanto radicales como autónomos. El primero se celebró el 2 de junio en los locales del Círculo Radical bajo presidencia de Gabriel Calleja y teniendo como oradores a Nicasio Domingo, Tomás Ginés, Santos Gaspar, Rojo, José Echegoyen, Rosa y el jurista republicano Gil Gil y Gil (*HA*, 2 y 3-6-1916, núms. 7183-7184). El 10 de junio tuvo lugar el siguiente, esta vez en

Los meses de mayor agitación de la campaña fueron octubre y noviembre, acordándose que se iría al paro el día 18 de diciembre. A decir de *El Noticiero*, y aunque en todos los talleres y fábricas importantes se dejó de trabajar, la huelga no fue completa por la mañana, y por eso, además de grupos de huelguistas apostados en «actitud pacífica», hubo comisiones que «invitaban» a cerrar algunos establecimientos, y algún otro grupo que apedreó los cristales de cierto taller. Guardia Civil, policía y guardia de seguridad ocupaban los edificios oficiales y calles céntricas. Por la tarde la plaza de la Constitución «se cuajó de obreros». Como en las viejas revueltas urbanas, la ruptura de cristales y los silbidos acompañaron la acción contenciosa de unos grupos que se mostraron airados por la prohibición gubernamental de la manifestación que las sociedades habían proyectado celebrar. Los tranvías fueron atacados y luego, paralizada por completo la ciudad, los grupos se llegaron hasta el Gobierno Civil para pedir a gritos, en medio de atronadora silba, «la rebaja del pan y los demás artículos». Su insistencia consiguió del gobernador Sr. Zabía la recepción de una comisión, que expresó el deseo popular de que «se abataran las subsistencias» y se obligara a los carboneros a vender carbón a sus mujeres, que encontraban problemas para adquirirlo en algunas carbonerías. Según el patrón habitual, la comisión comunicaría al resto la promesa de gestión de la autoridad y calmaría los ánimos para que los grupos se disolvieran. No fue así, y a la primera piedra caída sobre el Gobierno Civil siguió la primera de varias cargas. Hubo sablazos, pedreas, carreras y heridos hasta la hora del mitin en el centro ferroviario. Allí los oradores, al censurar de manera unánime al gobernador, definieron con contundente claridad al enemigo externo y común de los males propios, reforzando en última instancia los lazos de identificación entre los obreros. El discurso funcionaba. A la salida continuaron las pedreas contra los tranvías y farolas, y también las cargas de los guardias, produciéndose el mayor revuelo con la explosión de una bomba colocada en una ventana del edificio del Gobierno Civil. La jornada fue secundada en la mayor parte del país y valorada como una exitosa prueba de huelga general. Pero los días de agitación no acabarían por aquel entonces en Zaragoza, donde

los locales del Círculo Autónomo (rama republicana), contando con la participación de Nicasio Domingo, Santos Gaspar, Rodríguez Lacasa por la prensa republicana, Venancio Sarría y Gil y Gil (*HA*, 13-6-1910, n.º 7194).

pocas semanas más tarde tendría lugar el paro general promovido por la Federación en solidaridad con los metalúrgicos.³⁶⁴

La huelga comenzó el 22 de enero de 1917. Por la mañana la autoridad ya había tomado «precauciones»: parejas de guardias a pie y a caballo vigilaban la ciudad y custodiaban centros estratégicos como las fábricas de gas y electricidad. Las consabidas comisiones obreras recorrieron talleres y factorías invitando al cierre, hubo una pedrea y las primeras cargas y detenciones. Una comisión obrera visitó al gobernador para intentar sin éxito la liberación de los detenidos, y por la noche comenzó a arder la fábrica de Escoriaza tras recibir el propietario un anónimo amenazante. En cualquier caso, era la primera vez que sucedía algo parecido, algo que desde luego no pasó inadvertido a los ojos de los patronos, la autoridad y la prensa («no hubo nunca una huelga general tan duradera, ni jamás se había dado el caso de un incendio premeditado de una fábrica», según *Heraldo de Aragón*). Conseguido el paro general, al día siguiente se celebró un mitin en el centro ferroviario al que acudieron unos tres mil obreros. Los cacheos a la entrada del acto explican las prevenciones de la autoridad para evitar tumultos, y también su intención de denunciar a los obreros ante la opinión pública si se hallaban armas. Se habló en los términos esperados, es decir, animosos y solidarios hacia los huelguistas, y censores hacia la autoridad, cuando no incendiarios, sobre todo por boca de Ángel Lacort y Zenón Canudo. Hablaron también habituales como Nicasio Domingo por los carpinteros y Tomás Ginés por los albañiles, y otros responsables como Baltasar Auqué por los metalúrgicos, o Lahoz por los pintores, con generales censuras al gobernador, los patronos y parte de la prensa. Entre vivas a la huelga general, terminó el mitin.³⁶⁵

La persistencia en la huelga por parte de los obreros prolongó el «aspecto triste» y «ánimo deprimido» en la ciudad, con las persianas a medio cerrar y la presencia de la tropa en la calle. La sensación era de tensa espera. En Barcelona se difundieron noticias sobre graves disturbios ocurridos en Zaragoza, desmentidas por *El Noticiero* como enormes «patra-

364 *EN*, 19-12-1916, n.º 5166. En el mitin hicieron uso de la palabra Tiburcio Osácar, Ángel Lacort, Isidoro Achón y un representante de los camareros del que no se da el nombre, bajo la presidencia del ferroviario Luis Viesca.

365 *EN*, 24-1-1917, n.º 5200, y *HA*, 24-1-1917, n.º 7412

ñas», pues «en realidad aquí no ha habido más que tres cristales rotos, lo del incendio, que lo mismo pudo ocurrir en algún otro sitio, y unas pequeñas cargas sin importancia». Los días pasaban y los intentos de mediación, como el de la Cámara de Comercio, pinchaban en el hueso de la intransigencia patronal, pues «no están propicios a ningún arbitraje». Los obreros, por su parte, siguiendo el modelo ugetista, confiaron la gestión de la huelga a un comité, aunque se les recomendaba que acudiesen a sus respectivas sociedades para informarse del estado del conflicto. Las calles continuaban ejerciendo de escenario, si no de disturbios masivos, sí de «coacciones» y enfrentamientos relacionados con el paro. Un vehículo en el que viajaba un trabajador azucarero recibió un disparo, varias lecheras fueron apedreadas, y un grupo quiso volcar un carro a los transportistas de la fábrica de gas. Hubo un nuevo mitin en el centro ferroviario, pues las empresas teatrales seguían sin ceder ninguno de sus locales, asistiendo otra vez varios miles y acordándose continuar con la huelga al día siguiente, en que se gestionaría su solución por mediación del republicano Marceliano Isábal. Sin embargo, su arbitraje no fue bien recibido por todos. En el mitin del día siguiente se registraron «tumultos y choques entre los obreros, llegando a romperse algunos cristales de las ventanas», unos increpando y otros apoyando a la comisión de la huelga. Achón habló a favor de ella, «protestando de la actitud de la concurrencia» y defendiendo el fin de la huelga y la vuelta al trabajo. Pese a haber delegado la acción negociadora en la comisión, se puso de manifiesto en último término la tradicional independencia de las sociedades y lo peculiar del modelo de la Federación, acordándose ante el descontento que las directivas de cada sección se reuniesen y decidiesen por su cuenta.³⁶⁶

Como se puede comprobar, los trabajadores no solo conceden a estas alturas una importancia vital al foro colectivo como espacio principal para la toma de decisiones, sino que además adquiere relevancia el cómo avanzar hacia lo que en el fondo se está discutiendo, la conquista de derechos relacionados con la autopercepción colectiva como clase y como ciudadana moderna, o, más en concreto, la mejora de una situación de bienestar que el Gobierno estaba obligado a procurar a los «elementos productivos» del país. Por eso merece la pena detenerse en la forma de los discursos pro-

366 EN, 25 y 26-1-1917, núms. 5201 y 5202.

nunciados en los mítines, cuando las fuentes permiten hacerlo con mayor detalle de lo presentado por las crónicas de la prensa, fácilmente manipulables por otra parte. Eso ocurre con el mitin del segundo día de la huelga, en el que el representante de la autoridad denunció a Lacort y Canudo por los improprios desatados contra los elementos del orden de la ciudad. Sobre el gobernador, Canudo dijo «que no solamente había perdido los papeles sino la cabeza, que no tenía vergüenza cuando no había dimitido, que su proceder, como el de todas las autoridades, era canallesco y había que reprimirlo por la violencia». Ángel Lacort, que a la sazón había ingresado no hacía mucho en las filas ugetistas, dijo del gobernador «que era un intruso y un perturbador, la mayor calamidad que había venido a esta ciudad, debiendo antes de venir quedarse en Madrid de botones del cojo Romanones». Un argumento de prueba de la veracidad de la denuncia es que «todo esto lo expresaba delante de él [el representante gubernamental] para que lo hiciera llegar a conocimiento de la primera autoridad de la provincia». Dicho delegado añade que ambos hablaron «en tonos despectivos y despreciativos, no sólo para la autoridad del Gobernador Civil de la Provincia, sino para todas las demás autoridades de Zaragoza». Era bastante probable que después pasara lo que pasó, que los oradores fueran denunciados y procesados, fichados como estaban ambos como «anarquistas revolucionarios», algo lógico además en tiempos de mayor presión de la autoridad, como los de huelga general, en los que podían también aparecer, entre las soflamas dirigidas a fortalecer la voluntad del auditorio, gestos de clara provocación y reto por parte de algunos líderes. No hay que olvidar que, en la creencia de la fe en el advenimiento de la revolución, de la que tanto socialistas como anarquistas hacían gala, la detención y el paso por las oficinas policiales no era sino la primera de las estaciones del «martirio» de la nueva fe social. Pero sin duda que las mayores lindezas se las llevaron los guardias que efectuaban los cacheos a la entrada del local. Canudo ofreció «denuestos de todas clases», comentando que «al tocarnos todas nuestras partes realizan un acto de inversión sexual», sin comprender que al hacerlo «podían llegar a perder todos los resquicios de la dignidad personal». Y sobre los números del cuerpo de Vigilancia y Seguridad, dijo al auditorio «que hicieran cuenta que llevaban perros a su lado, pues sólo ese nombre era el que les cuadraba y así había que tratarlos».³⁶⁷

367 AHPZ, Sentencias criminales, 1917, n.º 96.

La subida de tono de la retórica pública no era arbitraria, sino que tenía como objetivo la movilización de las masas y su preparación para la obediencia a una dirección sindical fuerte, aunque al mismo tiempo podía facilitar la aparición del peligro de los incontrolados. Se podía además jugar a la provocación, pues, como era de esperar, ciertos términos no podían ser tolerados por el Gobierno. La asistencia de los delegados gubernativos a las asambleas y mítines desde principios de siglo casi nunca había traspasado el umbral de la denuncia criminal (otra cosa eran las fichas policiales y los expedientes gubernativos, que por desgracia los gobiernos civiles del territorio aragonés no han conservado), algo que respondía a una estrategia de constante vigilancia y coacción sobre los líderes «socializantes» y sus avances en el embaucamiento de las masas.³⁶⁸ Es lógico que al amparo de esa idea la vigilancia sobre los «agitadores» se intensificara en los momentos propicios para su labor, como en las convocatorias de huelgas. En la de 1911 solo Luis Font fue denunciado por sus soflamas mitineras, pero estaba claro que las intervenciones públicas de Claramunt, Maymón, Lacort, Echegoyen y el resto de dirigentes y propagandistas locales tuvieron algo que ver en sus posteriores presidios y persecuciones. Realmente la mano de la autoridad, aunque a veces aflojaba, nunca pretendió soltar el cuello de quienes se acercaban por los atriles de los foros públicos contestatarios. Las apelaciones al proletariado buscaban, como las interpelaciones «populistas» emitidas desde la política de partido, identifi-

368 También es cierto que si no hubo más denuncias fue por la dificultad de demostrar el delito. Ya en 1902 Moret repartía instrucciones a los gobernadores para que los delegados asistentes a los actos públicos no se limitasen a denunciar a los tribunales las frases que considerasen constitutivas de delito, porque «se corre el probable riesgo de que las contradigan o desnaturalicen los concurrentes que simpatizan con los denunciados y que a requerimiento de éstos convierten en sus defensores con testimonios favorables que anulan o invalidan la denuncia». Se les conminaba a practicar «en el mismo acto en que se ha cometido el delito las diligencias necesarias para su comprobación», apelando si es preciso «al testimonio de personas veraces que estuvieren presentes». Pero además de la dificultad punitiva se planteó, pasados los años, cierto debate respecto a las garantías legales que podía vulnerar la suspensión del acto. Hacia mediados de los años diez se admitía desde el Ministerio de Gobernación que «cualquier persona interesada en terminar el acto, podría provocar la disolución, y que el espíritu de la ley no puede ser otro que el de castigar a los delincuentes; pero en modo alguno que por estos se vean privados los que guarden compostura de continuar celebrando la reunión». Ese era el espíritu de la ley, pero, ante la dificultad de aplicación por la «confusión» promovida en reuniones numerosas, se dejaba la interpretación al arbitrio de las autoridades. En el fondo se seguía confiando la cuestión a «las condiciones de inteligencia y discreción de los delegados» (AHN, Gobernación, Serie A, leg. 5, núms. 1, 3 y 8).

cación colectiva y movilización social en la batalla del antiparlamentarismo y la acción directa en la búsqueda de beneficios colectivos.

Y la violencia verbal y las apelaciones éticas y morales eran uno de los medios más utilizados para lograrlo, aunque no ofreciesen novedad respecto a lo que en otras ocasiones se había escuchado. Se decía lo que se esperaba escuchar. Esos guardias que cacheaban a la puerta del mitin, que «tocaban los genitales» eran, siguiendo las imágenes populares sobre la sexualidad, unos «invertidos». Los viriles eran los obreros. Las autoridades eran un atajo de «mentirosos» y «manipuladores» por pretender presentar las refriegas como producto de la iniquidad de los huelguistas. Los obreros, por el contrario, solo sabían hablar y atender a las verdades que nadie se atrevía a decir. Otras cuestiones retóricas no menos destacables podían dirigirse al seno de la propia clase y formularse sin violencias. A las mujeres se les podía dirigir atentos saludos y alentar a la organización, pero desde luego puede decirse que los protagonistas eran los obreros, en cuanto oradores y destinatarios del discurso, escondiendo con edulcoradas formas desigualdades en el seno de la clase. Se ha estudiado en otros lugares la percepción competitiva que los obreros tenían de las mujeres fabriles, ya que servían de pretexto a los empleadores para abaratar los salarios. Hubo en efecto corteses alusiones a las mujeres obreras para que se organizaran en sociedades, pues, en palabras de Canudo, «estaban más desconsideradas por los patronos que los obreros». Pero, a fuer de ser sinceros, sonaban casi más a pose, a un gesto de deferencia propio de los tiempos que a una solución práctica para sortear con solvencia la «explotación de las obreras».³⁶⁹

Hay que insistir en el telón de fondo de la virulencia del discurso, conformado por un empeoramiento nítido de las condiciones de vida de las clases populares, o al menos, y pese a que otros indicadores económicos mejoraron entre 1898 y 1931, de la percepción popular de ese empeoramiento.

369 La referencia a los «populismos» de la época como las apelaciones de intelectuales y escritores al nuevo constructo del «pueblo» como agente histórico, en Serrano (2000), pp. 299 y ss. El autor diferencia ese tipo de movimientos, dirigidos a aglutinar a las clases medias con un mensaje nostálgico del pasado y temeroso ante los cambios que impone la modernización («rechazo del modelo industrial en los carlistas, nostalgia de la sociedad rural por Costa, violencia demagógica y populachera de Lerroux o Blasco Ibáñez»), de un discurso obrero que se siente portador de futuro más que guardián del pasado. También, Álvarez Junco (comp.) (1987).

La neutralidad respecto de la Gran Guerra no proporcionó resultados rápidos en relación con todas las expectativas de florecimiento económico creadas, y eso fue utilizado sin dudar por los grupos de oposición para excitar el descontento entre los sectores populares. Los trabajadores del sector secundario vieron disminuir sensiblemente su poder adquisitivo merced al incremento de la inflación, que hizo crecer el coste de la vida en un 8 % en 1914, un 12 % en 1915, un 16 % en 1916 y un 26 % en 1917, lo que suponía un incremento agregado del 62 % desde el estallido de la guerra. Por un lado, el incremento de los precios era producido por la crisis agrícola resultante del bloqueo alemán, de la acción especulativa de los acaparadores y del aumento de la demanda interna. La crisis económica empujó a los campesinos a emigrar a las ciudades, creando bolsas de oferta de trabajo que las economías no podían absorber, redundando en la imposición de salarios bajos y largas jornadas laborales por parte de los empresarios e industriales sobre los trabajadores. El desempleo y el ahondamiento de los desequilibrios en la distribución de la renta llevaron a una situación socioeconómica problemática para un gran sector de la población. Una situación que la crisis política de los partidos dinásticos no contribuyó a solventar. Sin líderes notables, aparecían más que nunca amenazados por nuevos partidos y agrupaciones pujantes (UGT, CNT, Conjunción Republicano-Socialista, Lliga Catalana) capaces de canalizar las aspiraciones políticas de la creciente «clase media» y los trabajadores, definitivamente desengañados respecto a los notables que tradicionalmente habían manejado el poder. La situación se hizo insostenible en la primavera de 1917, con el recrudecimiento de la polémica sobre la intervención, el mantenimiento de la carestía, las noticias llegadas desde Rusia sobre la revolución, y la declaración alemana del bloqueo submarino en febrero, con el consiguiente hundimiento de varios barcos españoles. En medio de este panorama, Romanones cerró las Cortes el 26 de febrero para evitar las críticas a su gestión, precipitando la protesta en todos los sectores sociales del país: la clase política no comprendía el cese de la actividad parlamentaria; los militares criticaban las injusticias y favoritismos imperantes en el seno del Ejército; las clases media y baja luchaban contra los ahogos de la carestía; los catalanistas exigían la autonomía..., y el movimiento obrero preparaba la revolución de hecho, ante la falta de respuesta del Gobierno.³⁷⁰

370 González Calleja (1998a), pp. 517-518.

3.6.2. La huelga revolucionaria de agosto de 1917

Como «año turbio», como tiempo de la «bullanga» fue calificado aquel significativo año de la historia contemporánea española por los escritores y ensayistas que contemplaban con antipatía, cuando no con hostilidad, las amenazas que se cernían sobre el entramado político y social del país. Los análisis históricos coinciden en que lo ocurrido materializó una triple crisis que conmocionó los cimientos políticos del régimen restauracionista: el problema catalanista, el descontento de los militares, manifestado con la creación de juntas de defensa, y las iras de obreros y clases populares expresadas a través de la huelga revolucionaria de agosto. Los matices en las explicaciones aparecieron según la importancia concedida a los episodios, y otorgados en función de interpretaciones surgidas al calor de la información disponible, de presupuestos y apriorismos históricos y sociológicos, cuando no de intereses políticos a los que se pretendía servir. Comín Colomer atribuyó en los años cincuenta el origen de la movilización a un «contubernio» francmasón, indicando que explicar la revuelta por la carestía de las subsistencias es «limitarse a lo superficial y fácil de los hechos». Buxade, en la misma línea, ya subrayó al año siguiente la capitalidad de los contactos entre republicanos, catalanistas y socialistas como factor clave para explicar la movilización popular en las principales ciudades del país.³⁷¹

Desde un contexto más amplio, la crisis social y política de 1917 formaba parte del «cataclismo» general que en Europa provocó una guerra que había contemplado el nacimiento de la Unión Soviética y de los nuevos estados fruto de la ruptura del Imperio austrohúngaro. Para Sebastian Balfour, que es quien usa esa expresión, los componentes de ese terremoto político y social fueron los mismos en Europa que en España: levantamientos campesinos, revueltas de oficiales, revolución proletaria y movimientos nacionales de independencia. Según sus tesis, la peculiaridad de este período histórico español estaría en la fragilidad del sistema político, postura en la actualidad cuestionada por los estudiosos de la historia política y el parlamentarismo restauracionista. Lo importante aquí es destacar

371 Comín Colomer (1953) y Buxade (1918). Hubo en el Parlamento un encendido debate al año siguiente sobre el carácter político y revolucionario de la huelga, recogién-dose en un volumen los discursos del ministro de Gobernación Sánchez Guerra y del primer ministro Dato (1918).

que de los tres desafíos de la crisis, al margen de «manos negras» y «contubernios», a la altura de 1917 el movimiento obrero constituía una poderosa amenaza para el sistema político, con una capacidad de movilización sindical impensable hasta la fecha. Dicha capacidad había quedado patente con el paro de diciembre, el precedente que la izquierda interpretó como un ensayo exitoso de huelga general revolucionaria de todos los trabajadores y militantes del país. Pese a todo, los dos sindicatos principales seguían optando por estrategias y posturas distintas, sobre todo en lo tocante al tipo de poder que debería implantar la revolución. Los anarquistas de la CNT obviaban la vía parlamentaria y pretendían un gobierno de doble poder vagamente concretado en sus documentos. Y en la UGT, los socialistas veían en cambio en la huelga revolucionaria el modo más rápido para ver materializada una república democrática burguesa como primera etapa del inexorable camino hacia el socialismo. Lo cierto es que la huelga de agosto de 1917, extendida por los principales centros fabriles del país, supuso un fuerte varapalo para el movimiento obrero, que en última instancia se quedó solo en su intento de llegar al poder, pues los demás grupos retadores evitaron la confrontación abierta, renovando el Ejército su lealtad hacia el sistema y quedándose los catalanistas al margen de mayores diatribas. El Gobierno conservador de Dato respondió con dureza a la huelga, logrando una victoria sobre sus desafiantes que no consiguió debilitar la fuerza de las juntas militares ni la Asamblea de Parlamentarios. Alfonso XIII se plegó a sus demandas, cesó a Dato y encargó un nuevo Gobierno de concentración nacional, el primero de los intentos infructuosos de lograr la estabilidad política de los años siguientes, y de refrenar la conflictividad social de las organizaciones de trabajadores.

Es en esta complicada tesitura política y social en la que el movimiento obrero vuelve a concitar toda la atención de la escena pública. La denuncia del abandono de las clases más desfavorecidas por parte del Gobierno respecto de la carestía de la vida, derivó sin dificultad en una voluntad de cambio político. Por primera vez el poder estaba al alcance de la mano y, por lo tanto, desde la óptica proletaria, la liberación definitiva en el largo camino de la opresión de la clase, tal era la potencia mítica de la huelga revolucionaria. Y uno de sus principales componentes había de ser, con una adecuada organización y capacidad de llamamiento, la protesta subversiva colectiva, «la calle». Si para unos, los protagonistas, suponía la esperanza del cambio en el ordenamiento social y político, para otros,

los garantes del orden, no era más que el último eslabón de conjuras conspirativas, una pieza del oscuro engranaje dispuesto en el momento oportuno por los «profesionales de la agitación». La participación de grupos de republicanos en las algaradas callejeras y el componente político que revisió la huelga no obligan, sin embargo, a asumir la teoría conspirativa. La trayectoria seguida hasta esa fecha, no carente de vínculos identitarios entre unos y otros, posibilitaba la alianza táctica. En todo caso, para militantes y para guardianes del orden no era asunto menor la convocatoria de una huelga que se apellidaba «revolucionaria», asumiéndose por casi todos la inevitabilidad de la violencia. Veamos qué ocurrió en Zaragoza, donde, sin llegar a las sangrientas colisiones de Madrid y Barcelona, la huelga también repercutió durante varios días en el discurrir de la vida local.³⁷²

El pacto de los sindicatos para organizar y proclamar la huelga general tuvo lugar en Madrid, durante el mes de marzo. Allí se reunieron representantes obreros de federaciones y agrupaciones de todo el país. Junto a los Seguí y los Pestaña en representación de la CNT catalana, y los Besteiro, Largo Caballero, Barrio, Anguiano y Saborit por parte de la UGT, acudió en representación de la Federación Local de Sociedades Obreras Ángel Lacort, quien firmó con el resto la declaración final de huelga general y el inicio de los preparativos para ella. Con motivo de la manifestación pública final en la que se afirmaba la voluntad decidida de ir a la huelga, se detuvo a los firmantes, se clausuró la Casa del Pueblo en la que había discurrido la reunión, y se suspendieron las garantías constitucionales. Zaragoza se iba a ver por lo tanto directamente comprometida en el movimiento de agosto.³⁷³ Pese a que los sucesos han sido objeto de estudios previos, como el de Laura Vicente, volvemos aquí sobre ellos para subrayar con especial énfasis algún que otro episodio.

372 Sobre el carácter político de la movilización y la entrada activa de los anarquistas en la crisis, Buenacasa (1977), p. 47, escribiría no sin buenas dosis de resquemor por lo que juzgaba como una traición hacia «el pueblo»: «La CNT tomó posición expectante; no podía obrar de otro modo, contando como contaba en su haber con varias tristes experiencias en las cuales los políticos profesionales habían traicionado al proletariado. Pero este proletariado, que no sabe guardar grandes y eternos rencores, se dejó enrolar en el movimiento de agosto. Los políticos, republicanos y socialistas, que en teoría se mostraban los más ultrarrevolucionarios, conquistaron en seguida la adhesión de las masas trabajadoras. «Vamos a la revolución!», gritaban los políticos; y nosotros, hombres de fe, les hacíamos coro».

373 Ladera (1917), p. 180.

La huelga fue acordada en la ciudad el 12 de agosto, siendo el primero de los días de paro el más accidentado. Durante él destacó sin duda la tensión surgida por la tarde en torno a los tranvías. Un grupo de mujeres hizo parar un vehículo mientras exhortaba a los soldados y a los guardias a que volviesen a las cocheras «para evitar males mayores». Cuando cayeron las primeras piedras, los guardias montaron sus fusiles y apuntaron hacia la multitud, que corría despavorida en todas las direcciones, viéndose en seguida perseguida por tropas de a caballo. Hubo detonaciones, cayendo heridos de gravedad dos jóvenes, uno de los cuales, el ebanista Gualberto Aparicio, murió pocas horas más tarde. El gobernador resignaba el mando en el capitán general Sr. Alsina, quien, al tiempo que concentraba tropas de acuartelamientos cercanos, dictaba la ley marcial en la ciudad. El análisis de detalle permite comprobar como, a la altura de 1917, un planteamiento «revolucionario» carecía de una organización y una táctica precisas para enfrentarse con la fuerza armada, confiando todas las esperanzas del movimiento en un remoto colapso económico y social precipitado por el paro. En cierta medida, los prolegómenos se asemejaban mucho a las algaradas urbanas protagonizadas en los años precedentes. Congregados al punto de la mañana los grupos en el centro de la ciudad para concertar lo que hacer, uno de ellos marchó a las afueras para «invitar» al paro en fábricas y talleres. Después, en la estación, la muchedumbre «de la que formaban parte muchas mujeres» consiguió desalojar y en última instancia impedir la salida de un tren de pasajeros. Se sucedieron luego las refriegas entre huelguistas y guardias, con pedreas sobre escaparates y cargas de caballería, y los sucesos que acabaron con la vida de Aparicio. Entre los amotinados, como en otras ocasiones, se notaba «cierta irritación mal contenida contra la guardia civil», siendo por el contrario vitoreados los soldados de la tropa. «Cualquiera sabe —se preguntaba alarmado un reportero local— a qué estímulos obedecen los encrespamientos y las impresiones del alma popular!»,³⁷⁴

374 El muerto, Gualberto Aparicio, formó por algún tiempo parte del panteón de mártires obreros locales, junto a los caídos en la calle del Perro. Un año después de su fallecimiento, en conmemoración del hecho y junto a una fotografía suya, se leía en *El Ideal de Aragón*: «Te recordaremos eternamente, como no olvidaremos nunca a Valero Salas, a Francisco Álvarez y a Ferrer i Guardia. Sobre tu tumba, humedecida por el llanto de tus queridos padres, colocamos una rosa roja, tan roja como la sangre que diste a la causa de la Libertad» (31-8-1918).

Por la noche hubo tiros en la estación. Algunos grupos dispararon contra un tren, recibiendo respuesta de los guardias. Al tiempo, y a instancia del capitán general, la Cámara de Comercio e Industria de la ciudad fijaba carteles en los que conminaba a los comercios a abrir al día siguiente «para contribuir a la pacificación del espíritu público». Pero casi durante todo el segundo día de huelga el comercio continuó cerrado. El otro objetivo que debía delatar anormalidad era, cómo no, el de los tranvías, y en torno a ellos volvieron a suscitarse fricciones entre huelguistas y guardias. En el centro de la ciudad hubo silbidos y pedreas a su paso, y adoquines levantados en improvisadas barreras, terminando el día con el balance de dos heridos de bala. El miércoles, tercer día de huelga, y pese a la tranquilidad que se iba imponiendo, las calles amanecieron enarenadas para facilitar las maniobras de la caballería, «un nuevo motivo de inquietud» para el vecindario. El comercio abría tímidamente, dado que todavía no existía total normalidad. Por un lado, grupos de huelguistas recorrían la huerta para extender el paro entre los labradores. Por el otro, se produjo una «pequeña alarma» al llegar los periódicos de Madrid, pues «el ansia de noticias» congregó a un gran grupo en la plaza de San Miguel, que fue disuelto con varias cargas. Era una muestra inequívoca de la creciente importancia que los medios de comunicación modernos adquirirían en la coordinación y efectividad de los nuevos movimientos sociales, una importancia acrecentada con la mordaza impuesta sobre la prensa durante aquella semana por las autoridades civiles y militares. El balance de la represión no pudo ser más nefasto para los huelguistas. Además de los detenidos en la calle y en registros domiciliarios (durante una sola carga se detuvo el martes a veintinueve personas), de los heridos y contusos, se cerraron los diversos centros republicanos de la ciudad (el Centro Republicano Autónomo de la calle Estébanes, el Círculo Republicano Radical y el Republicano Socialista, fundado hacía poco en la calle de San Lorenzo) y se detuvo al comité de huelga local, compuesto por los más notables organizadores obreros en la fecha: Luis Viesca (presidente de los ferroviarios del Norte), Isidoro Achón (tipógrafos), Florencio Barbacil (metalúrgicos), Tomás Ginés (albañiles), Vicente Rodríguez (presidente de los ferroviarios de Utrillas) y Juan Balduc (zapateros). Además fueron detenidos más de setenta individuos de directivas obreras y republicanas, siendo todos ellos encerrados en el castillo de la Aljafería.³⁷⁵

375 Una coordinación que quizá Buenacasa magnifica cuando afirma que «el movimiento fue revolucionario, unánime y tan completo en toda España, que ignoro se haya

A partir de este momento se inicia una de las más difíciles coyunturas sociales en Zaragoza, en la que la tensión y la violencia política parecen no tener freno en su imparable escalada hasta 1923. Los hitos son conocidos, la sublevación del cuartel del Carmen organizada por el anarquista Ángel Chueca, el triple asesinato de funcionarios municipales en 1920, así como el del cardenal Soldevila, perpetrado por Torres Escartín y Ascaso. Fueron las puntas de un iceberg más voluminoso. La violencia aparecía también en forma de atentados (quince explosiones de bomba y cinco atentados con pistola, con el resultado de ocho fallecidos) en el desarrollo de las huelgas. Unas huelgas que además se multiplicaron espectacularmente en número y capacidad de incidencia en la vida local. En el bando contrario, el mito de la maligna Revolución bolchevique agudizó la combatividad con la que los sectores más acomodados se atrincheraron en la defensa de sus cotas de poder político y económico.³⁷⁶ En este contexto de abierta guerra de clases, la reorganización del obrerismo zaragozano tras la experiencia de 1917 pasó por el ingreso en una organización de ámbito nacional, la CNT.³⁷⁷ El dato, desde luego, es significativo para lo que aquí interesa, que no es otra cosa que demostrar la cesura que respecto del repertorio habitual de protesta colectiva supone la huelga revolucionaria y sus consecuencias. Para Carlos Forcadell, la violencia se generaliza a partir de ese año como forma en que se manifiesta la lucha por preservar el orden social, o por subvertirlo, y no considera «significativa históricamente» otro tipo de violencia.³⁷⁸ Quizá pueda introducirse algún matiz, pues reconocer esto no quita para dotar de sentido histórico a las manifestaciones más «tradicionales» de protesta que, como se sabe, conviven con las formas «clásicas» de lucha de clase hasta los años treinta. Pero sí que es cierto, no obstante, que durante esos años que siguen a 1917 cambia notablemente el modo de plantear y organizar la protesta por parte

producido otro igual en ningún país del mundo» (Buenacasa, 1977, p. 49). Hubo en efecto una fecha común, pero no tanto una acción coordinada para levantar no solo a las principales ciudades, sino también al campo. Jordana de Pozas (1915), p. 19.

376 Ver, acerca de esto, Del Rey Reguillo (1997), Cruz (1997b) y García (2005).

377 Al Congreso de la CNT de Madrid fueron por primera vez representados no solo las secciones zaragozanas, sino también pueblos y villas del campo aragonés como Binéfar, Barbastro, Graus y Monzón. Por aquel entonces Aragón contaba con entre 15 000 y 25 000 afiliados a la organización cenetista. Datos ofrecidos por Willemse (2002), p. 69.

378 Forcadell Álvarez (1984).

del obrerismo y, por extensión, de las clases bajas de la sociedad, sobre todo en las grandes ciudades.³⁷⁹ Todo eso, la identificación de cambios y continuidades en el modo en que la gente salía a la calle para protestar, no ha de quedarse ahí, sino que debe servir para comprender procesos históricos de cambio de largo alcance, como la democratización de una sociedad y sus obstáculos.

3.6.3. Movilización social, democracia y crisis política

Los análisis más recientes sobre la crisis de 1917 han resaltado el papel del Estado y la política como factores de creciente importancia en el estudio de la historia social del período. En realidad se trata de trabajar sobre una historia política de traza novedosa, imbricando el relato de los acontecimientos políticos con los fenómenos sociales y culturales, estableciendo en las intencionalidades escondidas bajo las acciones legislativas y diplomáticas nuevas aportaciones al estudio de la conformación del espacio público y de la participación en él. En ese sentido, el papel del Estado en la narración de los combates sociales ha adquirido una relevancia mayor en tanto los estudios sobre la acción colectiva reconocen invariablemente en él a un actor fundamental en la dinámica de los movimientos sociales contemporáneos, capaz de hacer variar estrategias, de conformar alianzas estables con determinados grupos o de establecer políticas defensivas respecto de presiones populares. Es cierto que en las páginas precedentes se ha hecho alusión al ámbito estrictamente político de modo casi tangencial, describiendo únicamente aspectos relacionados con la percepción popular de las demandas estatales, algo que merece una mirada más detenida en lo que se refiere a la segunda década del siglo XX, la de la crisis del sistema de la Restauración. Entre otros motivos, porque será de enorme utilidad para completar la narración el hallar los mecanismos y el sentido de transmisión entre la dinámica política y la movilización social colectiva.

La muerte de Canalejas en noviembre de 1912, asesinado en la madrileña puerta del Sol por el anarquista aragonés Pardiñas, coincidió con el inicio de un proceso de faccionalismo en el seno de los partidos dinásticos. Dicho proceso había comenzado a gestarse en realidad a

379 Barrio Alonso (2006).

comienzos de siglo, relacionado por una parte con la emancipación del electorado urbano y la amenaza, todavía minoritaria, de una presencia en el Congreso del republicanismo y el nacionalismo catalán. Y por otra parte, con cambios menos visibles en la configuración del sistema político y del reparto del poder. El número de distritos «mostrencos» había aumentado en relación con los «propios», y eso significó mayores dificultades para el encasillado, pues los gobiernos disponían de menos escaños libres para imponer sus candidatos. Como era previsible, aumentó la competitividad en el seno de los partidos Conservador y Liberal, pues la facción que controlaba varios distritos propios, sólidamente asentada en un territorio y con un número de escaños fijos, gozaba de mayor autonomía y podía plantar cara al jefe del partido. Así, del Partido Conservador, liderado por Eduardo Dato desde 1913, nacieron los grupos maurista y ciervista. Algo parecido ocurrió en el Partido Liberal, que, liderado por Manuel García Prieto desde 1917, vio separarse a la minoría romanonista y a la Izquierda Liberal, encabezadas por el conde de Romanones y Santiago Alba respectivamente. La consolidación de estas nuevas fuerzas dinásticas, unida a la irrupción de otros partidos en el Parlamento, provocaron en el sistema de la Restauración, a la altura de 1913, una ruptura de la pacífica dinámica turnista y una mayor disgregación de fuerzas más propia de un sistema pluripartidista que del bipartidismo de Cánovas y Sagasta.

A partir de 1913, por lo tanto, aumentó el número de grupos dispuestos a gobernar, reclamando con su protagonismo un cambio en las reglas del juego. Su herramienta principal la proporcionaba el mismo sistema político, y no era otra que la *obstrucción*, una herramienta destinada a garantizar la posibilidad de defensa de las minorías frente a posibles abusos de los grupos mayoritarios, y que había sido incluida en el reglamento de la cámara como un efectivo medio de atraer a la vida parlamentaria a los grupos que amenazaban la estabilidad del tinglado político con la oposición insurreccional y armada a la Monarquía. La obstrucción, liderada sobre todo por la Lliga Regionalista, bloqueó gravemente la actividad legislativa de las Cortes, que apenas estuvieron abiertas más de un mes en las legislaturas de 1913, 1915 y 1917. Su inactividad acentuó su descrédito en la sociedad, en un momento de alarma por las tensiones provocadas por los problemas económicos derivados de la Primera Guerra Mundial. Algo que, a juicio de algunos especialistas, resulta paradójico en perspectiva comparada, dado que el Parlamento «estaba más vivo que nunca»,

abierto a una evolución en sentido democratizador al dar cabida a la complejidad política derivada del fraccionamiento de los partidos dinásticos y al posibilitar procesos de negociación que exigían mayor fineza pactista. Eso no evitó la deslegitimación parlamentaria a los ojos de la ciudadanía, que, guiada por discursos opuestos al régimen desde derecha e izquierda, caracterizaba mayoritariamente como ineficaz al sistema político vigente.³⁸⁰

Este momento de cambio fue aprovechado por las fuerzas políticas que no habían aceptado el régimen para promover campañas y movimientos contrarios al liberalismo desde posiciones filosóficas y políticas diversas. A las tradicionales corrientes de la derecha (carlismo, integrista), se añadieron nuevos segmentos que venían perfilándose desde principios de siglo, como el catolicismo social y el maurismo radical, las versiones hispanas de las formulaciones neoconservadoras que recorrían toda Europa. Desde la izquierda, el republicanismo, el socialismo y el anarcosindicalismo aunaron fuerzas en la crítica hacia un sistema liberal que denostaban. El republicanismo encontraba dificultades desde principios de siglo para coordinar una política unitaria, enfrentado como estaba entre las familias posibilista, conservadora, radical y federal, pudiéndose desde una perspectiva histórica distinguir entre las aproximaciones reformistas, que asumían el juego parlamentario (Melquíades Álvarez), y las propuestas más radicales, que ponían su norte en la agitación propagandística, la acción callejera y, en última instancia, en la insurrección revolucionaria. Los socialistas también se autodefinían como revolucionarios, aunque en la práctica no eran partidarios de movimientos insurreccionales dado que esperaban que aquella llegase como una consecuencia de la dinámica de clases de la sociedad capitalista. La conformación de una conjunción política con los republicanos a partir de 1910, la participación en el sistema parlamentario con una muy mínima representación, y la preferencia por las conquistas laborales frente a la táctica directa y violenta, no excluían en la práctica socialista la denuncia de la dinámica liberal y la propagación del descrédito del juego político vigente. Por su parte, los anarquistas no ofrecieron respiro al régimen liberal, utilizando su gran capacidad de arrastre colectivo en los núcleos urbanos más importantes a partir de los años de

380 Martorell y Del Rey Reguillo (2006), pp. 33 y ss.

la Guerra Mundial. Su cultura política, basada en la libertad individual y, por lo tanto, en la negación de la representatividad liberal, hacía más que difícil el acercamiento a las instituciones políticas, abogando abiertamente por una subversión revolucionaria del orden político y económico capaz de liberar definitivamente a la humanidad. Entre tanto no llegase esta, la democracia y el juego parlamentario eran considerados como una burla insoportable que debía ser combatida con las armas de la movilización sindical y la acción directa violenta, y quienes navegaban por las aguas pantanosas de la política, como enemigos de clase y artífices de la opresión del pueblo.

Con semejantes frenos ofrecidos por los diversos grupos políticos y sociales al desarrollo institucional liberal, se pusieron las cosas muy difíciles para la democratización del país por la vía parlamentaria y del pacto. El debate estriba en averiguar si en el sistema político de los años 1914-1917 había dinámicas de cambio con suficiente amplitud como para posibilitar mayores cotas de representatividad política, cuando ni siquiera las élites se plantearon nada parecido, salvo algunas excepciones. Entre las tesis tradicionales triunfaron las que explicaron los complejos años que siguieron a 1917 como el resultado de un agotamiento del régimen y las instituciones del entramado turnista. Sin embargo, otras corrientes de investigación han puesto el acento en la acción de los actores colectivos y sus consecuencias desde el plano de la movilización social, partiendo del presupuesto de que no existen argumentos como para pensar que no hubiera podido desarrollarse una democracia plena. La opción de la fuerza, practicada en 1923 con la connivencia del rey, terminó con una cultura política de pacto que estaba comenzando a desarrollarse con las complicadas cesiones parlamentarias, y los estudiosos de la política del período concluyen que, sin el golpe de estado, hubiera podido prolongarse en el tiempo un régimen liberal que quizás hubiera evitado los brutales enfrentamientos de los años treinta.

A partir, por lo tanto, de los años de la Gran Guerra comenzaron a darse situaciones que pudieron explotar los opositores para conseguir altas cotas de movilización social. Una movilización radicada en dos temas principales, la cuestión de la mejora de las subsistencias y la profundización en los derechos cívicos conculcados o limitados por el Gobierno, y articulados a través de unos posicionamientos respecto de la neutralidad

del país que afectaban al mismo proceso y posibilidades de conversión democrática del régimen. El republicanismo se había manifestado en su conjunto como aliadófilo, dada entre otras cosas su tradicional francofilia, y consideraba que la práctica política debía basarse en el pluralismo, la justicia y las libertades democráticas. El Partido Radical de Lerroux se había declarado desde un principio partidario de la intervención española en la guerra, por su simpatía hacia las democracias liberales y rechazo de los imperios autocráticos, y por tratar de instalar al país en un buen lugar en el concierto internacional. Se optaba así por la tradición nacional-belicista del progresismo, frente a la no menos tradicional enemistad hacia las quintas, y se coincidía con los principales presupuestos de la política liberal del conde de Romanones. Eso le valió a Lerroux las iras de las multitudes y problemas políticos de índole no menor, como las críticas internas por el posibilismo practicado en los años sucesivos a cargo de personajes como Álvaro de Albornoz o Marcelino Domingo.³⁸¹ Pero por el momento, y previamente a 1917, ocurrió que la aliadofilia radicalizó el discurso en su vertiente antigubernamental. Ahí se encontraron republicanos, socialistas y anarquistas. Estos estaban viviendo convulsamente la neutralidad. Sus órganos de prensa habían mantenido campañas antimilitaristas y a favor de la paz. Los obreros de la Federación de Zaragoza todavía se mostraban en abril partidarios de la no intervención, y en junio intentaban organizar un mitin pacifista abortado finalmente por el gobernador. Sin embargo, entre sus filas también fue abriéndose hueco el posibilismo de quienes consideraban necesaria la hora de defender la democracia frente a algo peor, postura de la que los puros hacían responsable al socialismo como responsable del hundimiento del espíritu internacionalista.³⁸²

Ahora bien, las diatribas entre posibilistas y revolucionarios tenían lugar en los círculos intelectuales y a través de los órganos de publicidad de la CNT. Fuera de ahí, la práctica sindical de las bases afiliadas, que no habían dejado de crecer desde 1915, daba lugar a enunciados menos rígidos de acción directa, como se puso de manifiesto en la FLSO zaragozana. La movilización sindical constituyó el objetivo principal de los anarquistas, máxime en un momento tan singular como el de los años de la Gran Gue-

381 Álvarez Junco (1991), p. 425.

382 Lo de la Federación zaragozana, en *EN*, 14-4-1917 y 2-6-1917.

rra. Más que las habituales manifestaciones apocalípticas sobre el fin del Estado burgués, los sindicalistas creyeron el momento oportuno para la afirmación de la actividad sindical como acción social, pues incluía tanto las reacciones espontáneas de protesta como la dirección sindical sobre ellos. El pacto con los socialistas de 1916 no comprometía la solución revolucionaria, tan solo la aplazaba, consiguiendo además tomar posiciones para hacer realidad el sueño de la hegemonía sindical anarquista en detrimento de los socialistas. La momentánea contemporalización sindicalista con la democracia, empero, no afectaba al tradicional antiestatalismo ácrata, a diferencia de la premisa socialista que mandaba hacerse con el Estado para socializar la propiedad. Estos, los socialistas, fueron los más amenazados por la nueva situación, al ponerse en cuestión su moderación y eficacia en el incremento de la movilización. El fracaso de 1917 les llevaría al aislamiento laboral durante los años posteriores, aunque con matices diferentes en la vertiente política, en la que practicaron la filigrana y el juego malabar merced a su pluralismo interno: de la participación en la huelga revolucionaria pasaron en pocos años al compromiso con el régimen militar-corporativo surgido del golpe de estado, pasando por episodios como la negación del error de 1917, la admiración hacia la Revolución bolchevique o el alejamiento del régimen nacido de ella poco después.³⁸³

Sea como fuere, lo cierto es que también entre los socialistas tuvo un momentáneo efecto revitalizador la unión con la sindical anarquista de los primeros meses de 1917. En Zaragoza hacía dos años que no se celebraba el Primero de Mayo, y esta vez se organizaron en Zaragoza un mitin y una función teatral. «Hablaron los honrados, hablaron los apóstoles, los incapaces de apostasía, los que en lo íntimo de su conciencia sienten las grandes responsabilidades que sobre ellos pesan como tales directores de la clase trabajadora», y después se representó *Juan José*, de Dicenta, drama «que encarna la vida obrera española con realismo insuperable y que en honor a su autor y para honra y prez de la democracia hispana, quedará también, a partir de este año, como algo tradicional y perdurable a través de los tiempos». Con este fervor se describía el Primero de Mayo en el periódico republicano *El Ideal de Aragón*, repitiendo al año siguiente similares cantos de alabanza. Hubo mitin obrero en los locales de la Federación Obrera, «fiesta

383 Barrio Alonso (2006), pp. 167-168, y Juliá (1997), pp. 87-131.

del lazo rojo» con señoritas que recogían fondos y ofrecían a cambio enseñanzas a los asistentes, y representación de *Renovación*, de Isidoro Achón, en el Teatro Principal. Como conclusiones presentadas al gobernador figuraron la amnistía para todos los presos por delitos sociales y políticos, «alcanzando a los de Benagobón, Puerto del Saln, Numancia, Cullera, Cenice-ro, a María Sola, a José Casteller y Miguel Minguillón», solicitar la destitución del jefe de policía «por la forma incorrecta de conducirse con los obreros», y seguir campaña activa por todos los medios legales, «aunque sean los más violentos», para conseguir las peticiones.³⁸⁴

Sea como fuere, los movimientos sociales de oposición en España no dejaban de inscribirse en un marco europeo conmocionado por el estallido bélico. Para algunos autores, como Lacomba, esa influencia supuso el punto de partida de la decadencia del régimen y del nacimiento de la política de masas. Para otros como Balfour, las consecuencias de la guerra tan solo aceleraron el desarrollo de un proceso de modernización iniciado a comienzos de siglo XX, abriendo la brecha entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura, entre trabajadores y patronos, y entre las burguesías industriales y la oligarquía terrateniente y financiera que controlaba el sistema político. Hoy se pone en cuestión el mismo concepto de «decadencia», cuando, como se ha visto, la vida parlamentaria estaba obligada a estar más viva que nunca por las iniciativas de las minorías, y se pone el acento en la propia acción de los diferentes actores en la conformación de una ocasión para plantear un órdago al régimen. La opinión pública, como se ha visto, también se dividió entre los partidarios de la neutralidad o la intervención, y entre los favorables a hacerlo junto a las potencias centrales o los aliados, algo que portaba simpatías con valores políticos y sociales como modernización, democracia y autonomía *versus* tradición, orden y centralización. Una división exacerbada con el bloqueo alemán de los

384 *EIA*, 5-5-1917, n.º 84, y 5-5-1918, n.º 121. En el último mitin hablaron José Algora (Partido Republicano Radical), Julián Martínez (Agrupación Socialista), «Arniano» (Partido Republicano Autónomo y redacción de *El Ideal de Aragón*), Luesma (obrero ebanista), Pérez Vives (concejal republicano, por los republicanos de la calle de San Lorenzo), José Rute (redactor del periódico republicano de Reus *Las Circunstancias*) y Alfredo Martínez (representando a la Federación de Sociedades Obreras). Y se adhirieron todas las Sociedades Obreras, la Agrupación Socialista, el Círculo Republicano Radical, el Partido Republicano Autónomo, el Círculo Republicano de la calle de San Lorenzo, *El Progreso*, *La Aurora e Ideal de Aragón*.

puertos españoles y los crecientes ataques de los submarinos germanos a los mercantes sospechosos de portar mercancías destinadas a Francia o Gran Bretaña (se torpedearon el *Patricio*, el *Elizaguirre*, el *Eriaga*, el *Telesfora*...). Es preciso por ello no perder de vista el grado de conmoción que la guerra causó en Europa, con el nacimiento de la Unión Soviética y los nuevos estados disgregados del Imperio austrohúngaro.³⁸⁵

En realidad, los componentes de la crisis española de 1917 no fueron muy diferentes de los de otros lugares: levantamientos campesinos, revueltas de oficiales, revolución proletaria y movimientos nacionales independentistas. Quizás fue la extensión de las juntas militares desde Barcelona lo que en un momento dado causó mayor alarma entre el sistema oligárquico de poder. Estaba claro que el descontento militar tenía que ver con cuestiones corporativas y poco con el estado general de la sociedad, y que la regeneración que imaginaban se identificaba con la revolución desde arriba y no con la radical revolución desde abajo. Pero pesaba en las cabezas del rey y el Gobierno el ejemplo reciente de los sóviets de soldados en Rusia. Las juntas recibieron orden de disolverse y sus dirigentes fueron arrestados. El 1 de junio las juntas, en una acción cercana a un golpe de estado, enviaron un ultimátum al Gobierno para que pusiera en libertad a los oficiales y reconociese el movimiento juntero, amenazando con tomar el poder si no se procedía de tal modo. El Gobierno capituló, y poco después su dimisión fue recibida con entusiasmo entre los grupos opositores a la vieja política. El vacío de poder subsiguiente dio pie a exageradas esperanzas de que el régimen pudiera ser fácilmente derrocado, como se colige del hecho de que republicanos y socialistas formasen inmediatamente un Gobierno provisional, al hilo de la crisis parlamentaria surgida en las semanas subsiguientes.

La rebelión de la Lliga catalanista tenía su razón de ser en las posibilidades que la acción parlamentaria ofrecía a las minorías, y se explica como el paroxismo de un aprendizaje político adquirido a partir de 1913-1914. La tentativa del Gobierno liberal de imponer en 1916 impuestos a los beneficios conseguidos gracias a la guerra por la industria y el comercio, y el hecho de que el ministro promotor de esa ley, Santiago Alba, no pensase aplicar similares medidas al sector agrario, fue el detonante de la

385 Balfour (1997), pp. 215 y ss.

rebelión. Aprovechando la oportunidad ofrecida por la crisis creada con la revuelta de las juntas, Cambó buscó crear un bloque político alternativo a los partidos de la Restauración a través de la movilización de un amplio abanico de aliados caracterizados por su oposición al sistema desde la izquierda. Conseguidos los apoyos deseados, Cambó exigió la reapertura de las Cortes, cerradas desde hacía varias semanas por la revuelta militar. La negativa del Gobierno le llevó a organizar una asamblea parlamentaria alternativa, reunida en Barcelona el 19 de julio. Acosados por las autoridades, se consiguieron reunir los parlamentarios de toda España entre catalanistas, republicanos, reformistas y socialistas, llegándose a proponer un Gobierno nacional que excluyera a los partidos gobernantes y la preparación de una nueva Constitución. La asamblea concluyó cuando, localizado el lugar de la reunión, irrumpió el gobernador civil de Cataluña y detuvo simbólicamente a todos los diputados presentes. A la salida, los parlamentarios fueron vitoreados por una multitud reunida en el exterior del edificio, ocurriendo algunos altercados en la ciudad al saberse de las detenciones.³⁸⁶

Tuñón de Lara valoró la rebelión asamblearia en un doble sentido: «su éxito a nivel catalán fue indiscutible; su eficacia como punto de partida para crear un contrapoder e iniciar una revolución burguesa fue un fracaso».³⁸⁷ Los propios implicados percibían la importancia de las desafecciones provocadas por el carácter radical y catalanista de la asamblea. Los conservadores se alejaron de ella, así como el antiliberalismo maurista, confiado como además estaba Maura en que Alfonso XIII lo llamaría para salvar al régimen. Por su parte, las juntas no veían con buenos ojos la dirección catalanista de la asamblea, a quienes consideraban separatistas, por lo que desde bien temprano nadie apostó por la participación militar en ella. El tinte izquierdista de la asamblea incrementó su intensidad merced al desafío revolucionario lanzado por el movimiento obrero. En apariencia, la cercanía de sindicalistas y republicanos suponía para ambos un aliado fuerte, bien para hacerse con la calle, bien para buscar caminos de transformación política democrática. Para los obreros, la coyuntura de aquel frenético verano suponía una ocasión de derribo del régimen. O así lo interpretaron

386 Soldevilla (1917), pp. 120-129.

387 Tuñón de Lara (1992), p. 260.

ellos. Sin embargo, el análisis que hacía el Gobierno era bien distinto. Era evidente que respecto a las revueltas en la calle nada cambiaría, y se acabaría utilizando, como siempre, la mano dura del Ejército y la Guardia Civil. Las entretelas del juego político que dejarían el camino libre para la represión requerían mayor sutileza. Había que dividir y aislar a unos actores imprevisiblemente unidos, y sobre todo refrenar a los más poderosos, Lliga y Ejército, en sus pretensiones de cambio del orden político. Ambos habían dado inicialmente su apoyo *sottovoce* a los socialistas. Pero el recuerdo de la violencia de la Semana Trágica y la parálisis de la industria en un momento de bonanza terminarían por hacer recular a la burguesía catalana. El Ejército, por su parte, consideraría cualquier «aceleración» revolucionaria como una amenaza hacia su propia institución y podría fácilmente ser reconducido por el Gobierno hacia la defensa del orden establecido.

En realidad, aunque no hay pruebas contundentes, parece probable la implicación gubernamental en unos acontecimientos que tendrían como objetivo dejar en evidencia la impaciencia de los sindicatos y la falta de preparación de la huelga revolucionaria. La mayoría de las voces públicas del movimiento antirrestauracionista señalaron que el Gobierno alentó a la empresa ferroviaria, que era objeto de tenaces reivindicaciones laborales, a no ceder un ápice ante los obreros. Así lo denunciaron los principales líderes de la minoría socialista en el Congreso de los Diputados en 1918, como Largo Caballero.³⁸⁸ Ante la creciente ola de solidaridad para con los ferroviarios y el ímpetu revolucionario de la CNT, la dirección socialista se vio empujada a convocar la huelga revolucionaria para el día 13 de agosto, a tan solo tres de la siguiente reunión de la Asamblea de Parlamentarios. En realidad era manifiesta la falta de un plan bien tejido, como se colige del envío de instrucciones por parte de la dirección socialista a las organizaciones locales y territoriales. No hubo concreción en la selección de objetivos estratégicos, ni convicción en el uso de la fuerza para hacerse

388 Besteiro et ál. (1918), p. 15. Claro está, los detractores del movimiento revolucionario lo planteaban de diferente modo: «El Gobierno, claro está, hacía esfuerzos sobrehumanos para evitar la huelga ferroviaria porque, enterado de la labor incesante y tenaz de los socialistas avanzados, suponía [...] que con motivo de esa huelga, podrían sobrevenir acontecimientos que alterasen profundamente la vida de la nación» (Ladera, 1917, p. 193).

con el control de los centros de poder, algo que casaba muy bien con la tradición política socialista, pero bastante mal con una revolución moderna y con el enfrentamiento con un sistema político acostumbrado a la mano dura: «Sólo en el caso de que la actitud de la fuerza armada fuese manifiestamente hostil al pueblo, deberán adoptarse las medidas de legítima defensa que aconsejen las circunstancias [...], teniendo en cuenta que deben evitarse actos inútiles de violencia que no encajan con los propósitos ni se armonizan con la elevación ideal de las masas proletarias». La prensa da cuenta de los altercados ocurridos en las principales ciudades del país entre huelguistas y tropas durante los días siguientes, y de su definitivo y sangriento final. Los muertos se contaron por docenas, los heridos por cientos, y por miles los detenidos.

Sin embargo, el aplastamiento sangriento de la huelga no dio al Gobierno sino tan solo una exigua victoria, reforzando por el contrario la posición de la asamblea y las juntas. En octubre estas mandaban un nuevo ultimátum al rey para que cesara al presidente Dato y nombrase un Gobierno de unidad nacional que incluyese tan solo a las minorías y grupos opuestos al sistema restauracionista. Al tiempo que la asamblea volvía a exigir una nueva Constitución, su fuerza quedaba desactivada cuando Cambó aceptó formar parte del nuevo Gobierno, decisión que despertó suspicacias y abiertas críticas en el seno de la asamblea y de los grupos participantes. Bien pronto, sin embargo, manifestó su desencanto respecto a la posibilidad de transformar el sistema desde dentro. La elite política seguía dominando el país y manipulando los votos de buena parte de España. Durante los meses siguientes persistieron la inestabilidad política y los nuevos intentos del rey de formar un Gobierno estable en febrero de 18. Lo hizo con Maura, pero los problemas subsistieron en el plano político, económico y social. El torpedeo alemán seguía su curso sobre los mercantes españoles sin ninguna protesta pública (sabida era la germanofilia del rey), y la subida de los precios provocó una nueva oleada de huelgas, la más importante del primer tercio del siglo XX. La conflictividad social se caracterizó durante el período de 1919 a 1923 por su violencia y difusión, protagonizando una guerra social en la que el Gobierno, el Parlamento y el sistema político fueron tenidos cada vez menos en cuenta. La componenda militar de 1923 trataría de salvaguardar los restos de un sistema que había agotado todo su crédito no solo entre el elemento popular, sino también entre la burguesía.

Llegaron los años de las pistolas, de los espías, de los sobornos, de los atentados, los magnicidios y el *lock-out* patronal. Su historia requeriría sin duda un capítulo aparte, que no abordaremos aquí. Interesaba señalar y probar que 1917 constituyó la apertura de la crisis, el año en el que se escenificaron tácticas de lucha y de organización colectivas muy significativas para la trayectoria obrerista y su definición de objetivos colectivos. Alianzas inesperadas, movilizaciones masivas, protagonismo de medios de comunicación, radicalización de los discursos públicos, logros legales en reconocimiento sindical..., en 1917 se abrieron nuevas posibilidades para la acción coordinada y la conciencia de muchos trabajadores de que la presión sostenida sobre los empresarios podía otorgar frutos importantes en forma de aumentos salariales suficientes por encima de la inflación. Sobre todo, en una tendencia económica de salarios al alza, que se mantendría hasta los años treinta y que supondría un cambio significativo en la mentalidad reivindicativa de unos trabajadores que a partir de entonces otorgarían mayor importancia a la organización estable y cohesionada como base de la movilización y la protesta. Pese a su fracaso final, el carácter histórico de la huelga revolucionaria viene determinado por ser la primera de carácter político que abarcó el conjunto territorial del país, algo no menor para la construcción identitaria de los obreros, adornada de mensajes redentoristas superadores de sufrimientos y martirios, y que asumieron a través de los discursos haber dispuesto por primera vez en su historia de una oportunidad real de cambio de la estructura política del país.

CAPÍTULO 4

ANÁLISIS DE LA PROTESTA SOCIAL

Son las variables de espacio y tiempo las que primeramente han de considerarse en el análisis de cualquier objeto histórico. Si bien es cierto que tampoco son las únicas, sobre todo por la cantidad de enfoques y propuestas novedosos que llegan al campo de la acción colectiva provenientes de la historia y la sociología, siguen mereciendo un trabajo de sistematicidad y ordenamiento. En primer lugar, porque no se ha realizado con anterioridad dicho análisis para el tema que ocupa este estudio, la protesta social en el conjunto de la geografía aragonesa. Y en segundo término, porque ello implica preguntas sobre algunas cuestiones históricas relevantes desde un enfoque de problemática histórica, tratando de averiguar el motivo por el cual surge la protesta en un lugar y no en otro, o en un momento y no antes o después.

En ese sentido, es inevitable aludir a conceptos ya utilizados y recurrentes en los análisis de la movilización colectiva, como las «oportunidades políticas», las «estructuras organizativas», los «marcos significativos» o el «repertorio» de protesta. La teoría clásica de la acción colectiva ordenaba esos elementos teóricos a partir de la constatación de los procesos de cambio social y las novedades sobrevenidas en los entornos político, cultural y económico. De ahí surgirían *oportunidades políticas* para la acción de los grupos desafiantes, que en función de diversas variables pueden embarcarse en procesos de acción colectiva. Las *formas de organización*, formales o informales, suponen para los descontentos un punto de inicio para la movilización y condicionan su capacidad para explotar nuevos recursos. Entre lo uno y lo otro, entre la oportunidad y la acción, media

un proceso colectivo de interpretación, atribución significativa y construcción social, el *enmarcamiento*, que suele incluir la percepción de un agravio y la confianza en que la actuación colectiva contribuirá a resolver el problema. Finalmente, a la hora de echarse a la calle, los *repertorios de contienda* proporcionan a la gente los medios concretos para plantear su protesta, a la par que afirman al grupo en su propia identidad. El abanico en el que escoger es amplio, fluctuando entre la sorpresa, la incertidumbre y la novedad de las formas transgresivas, o la aceptación, familiaridad y facilidad de empleo de las formas más contenidas de protesta, en las que los protagonistas no necesitan recursos especiales o tener que incurrir en costes y asumir grandes riesgos.³⁸⁹

El modelo viene siendo objeto de revisión crítica desde hace años, en aras de la obtención de imágenes más dinámicas de los procesos de cambio social y las manifestaciones colectivas, y de captar con la suficiente riqueza la construcción histórica y cultural de la disputa. Así, los especialistas sugieren considerar las «oportunidades» como algo sujeto a la atribución colectiva, y no tanto como factores estructurales objetivos. En lugar de quedarse en las estructuras de movilización preexistentes, prefieren llamar la atención sobre la apropiación activa de los enclaves para la movilización. En lugar de limitar el «enmarcamiento» a una herramienta estratégica de los líderes del movimiento, se pretende que el concepto abarque la construcción interactiva de las disputas entre los que protestan, sus oponentes, los elementos del Estado, otras terceras partes y los medios de comunicación. En vez de limitar la mirada a los repertorios de acciones de los grupos desafiantes, optan por centrarse en las innovaciones de la acción colectiva, pues introducen incertidumbre en todas las partes implicadas en un conflicto. Y por último, prefieren dejar sin especificar el origen de la contienda y centrarse en el proceso de movilización por el que personas previamente inertes pasan a la acción. De este modo se pone el énfasis en la faceta relacional de dicho proceso de movilización, a la vez que, casi de modo «transversal», se va desgranando un asunto que acompaña a todo lo anterior, el de la formación de una identidad colectiva.³⁹⁰

389 McAdam, Tarrow y Tilly (2005).

390 Referida al período republicano, e incluyendo un apartado sobre el «análisis dinámico de la violencia colectiva» (Cruz, 2006).

Atravesando el esquema, por lo tanto, la identidad. El énfasis en el carácter dinámico del esquema permite contemplar los sentidos de pertenencia no como atributos estables de los individuos ni como su única marca distintiva, sino como identidades que cambian continuamente en interacción con las otras partes de la sociedad. Incluso dentro de actores aparentemente unitarios, la coordinación, negociación y modificación de atributos y señas identitarias actúan incesantemente empujadas por la diversidad y el conflicto de intereses. Es legítimo entonces preguntarse cómo la protesta afecta a la evolución de una identidad y viceversa, si ciertas marcas pueden conformar un determinado tipo y forma de protesta colectiva. «La formación de identidades políticas —apuntan McAdam, Tarrow y Tilly— importa no tanto porque afecte a la comunicación y a las disputas entre académicos, como por dos razones mucho más profundas: en primer lugar, porque se convierten en temas de intensa disputa entre los participantes; en segundo lugar, porque la respuesta a la pregunta sobre la identidad afecta a la explicación misma de los procesos políticos contenciosos en general». Y es que en la interacción social se forman las identidades, se coaligan, se separan, se transforman o se solapan con otros procesos, como el de la propia movilización colectiva.³⁹¹

La tesis doctoral que sustenta esta publicación contuvo en su momento ejercicios de ensayo en la aplicación al caso aragonés de estas dimensiones teóricas. Ahora, y por inevitables motivos de espacio, deben obviarse para ceder la primacía al análisis de la geografía y cronología de la protesta. No obstante, el estudio de la primera variable remite, utilizando esta jerga conceptual de la movilización colectiva, a cuestiones como la «disponibilidad de recursos», admitiendo aproximaciones desde el análisis de la distribución de la propiedad, los sectores económicos implicados en los conflictos o el grado de asociacionismo alcanzado por determinados grupos sociales. Por otro lado, el acercamiento a la cronología de la protesta hace que tome realce más explícitamente la cuestión de las «oportunidades» y, de forma más general,

391 Tilly (2004). Ahí advierte de la confusión, que aparece en muchos estudios, de tratar la identidad como algo único y homogéneo, sin tener en cuenta los procesos negociadores que se producen en torno a ese asunto tanto dentro del movimiento como entre este y sus opositores. Un resumen de las principales corrientes de la literatura sobre los movimientos sociales, haciendo especial hincapié en la importancia de cuestiones como las redes relacionales y la conformación cultural de las identidades, en Della Porta y Diani (1999).

la de los ciclos de protesta. Por estas sendas, a medio camino entre lo teórico y lo empírico, se transitará en los próximos capítulos. El análisis de las variables espaciotemporales de los conflictos puede contribuir a comprender los procesos de alineamientos colectivos y de atribución de oportunidades en función de las interpretaciones colectivas sobre los recursos disponibles y las coyunturas políticas capaces de favorecer la aparición de la protesta.

4.1. La geografía de la protesta o la distribución de recursos

Un vistazo a la distribución geográfica de las alteraciones ocurridas en el Aragón finisecular puede ofrecer, en efecto, pistas para abundar en algunos detalles de interés sobre el asunto. Es inevitable aludir al estudio de la distribución regional que de las revueltas de la década de 1830 en Inglaterra confeccionaron en su momento Hobsbawm y Rudé, un estudio que todavía es un buen precedente para la elaboración de los interrogantes que deben continuar a la elaboración de un mapa de situación. Habiéndose preguntado y abordado las causas y motivos del movimiento campesino, la composición social de la multitud rebelde y las consecuencias de las acciones de protesta, se vieron abocados a acercarse a la distribución geográfica de los incendios y ataques contra la maquinaria agrícola, surgiendo en seguida el interrogante de por qué unas regiones, comarcas o localidades se rebelan, mientras que otras contiguas, de semejantes condiciones y características, no lo hacen. Identificaron algunos factores que favorecían la aparición de los disturbios en la aldea del XVIII inglés, como su tamaño medio o más bien grande, con una proporción alta de trabajadores asalariados y una importante presencia de comerciantes y artesanos locales. Además, la existencia de buenas comunicaciones o el predominio de cultivos especializados cuyos trabajos provocasen una fuerte fluctuación en la demanda de mano de obra serían otros elementos a tener en cuenta. Y añadían que, además, la existencia de una tradición de litigios y contenciosos locales (vecinales, políticos o administrativos) incrementaba claramente la propensión a la rebeldía.³⁹²

¿Se cumplen estos «requisitos» en el caso aragonés? Como siempre ocurre, los datos han de ser tomados con ciertas cautelas, pero las cifras demo-

392 Hobsbawm y Rudé (1985), pp. 190 y ss.

gráficas locales y un somero repaso a la ocupación del territorio ofrecen pistas válidas para comenzar a hablar del asunto. Según el censo de 1900, y al margen de la populosa ciudad de Zaragoza, tan solo Calatayud (11 000), Tarazona (8700), Caspe (7700) y Borja (5700) superan en la provincia de Zaragoza los cinco mil habitantes. Les siguen un grupo más numeroso de poblaciones entre los 2000 y los 5000 habitantes, y el resto de la población, el 50 %, habita en pequeños pueblos que no superan los dos mil habitantes. En Huesca y Teruel la estructura poblacional es similar, aunque con una proporción en el tamaño de sus capitales bien distinta (en torno a los 10 000), siendo en cambio mayor la proporción de vecinos que habitan pueblos de pequeño tamaño (77 % en Huesca, y 73 % en Teruel). Esto ya da un indicativo de dos características que condicionarán el desarrollo aragonés durante el siglo XX, la escasa densidad de población en el extenso territorio (las tres provincias aparecen entre las que cuentan con menores cifras de viviendas en toda España y entre las provincias de menor densidad de población) y el desequilibrio que en el desarrollo regional supone el carácter macrocefálico de Zaragoza respecto del entorno. En total, cerca de un millón de aragoneses se encontraban diseminados en pequeños pueblos, con acuciantes problemas económicos provocados por la crisis agrícola finisecular y las zozobras surgidas entre el campesinado por la introducción de las prácticas capitalistas. Incluso cuando a las localidades rurales llega la industria, esta casi siempre se dedica, como la remolachera, a la transformación de productos agrícolas, con lo que poco modifican las fluctuaciones estacionales del mercado de trabajo. En ese sentido, Aragón contempló como tan solo en el valle del Ebro se pusieron algunas bases para la modernización agrícola, una de las zonas del país en las que más propiedades municipales fueron enajenadas y reutilizadas hacia el mercado. Huesca, más cuanto más al norte, vería languidecer su tradicional industria pecuaria sin otra alternativa que la de la emigración rural, situación semejante a la que atravesarían las zonas rurales turolenses. La implantación de determinadas industrias (principalmente del sector energético, tanto del grupo eléctrico como del minero) no conseguiría modificar sustancialmente las cifras de ocupación laboral, que siguieron mayoritariamente, y hasta los años treinta, arremolinadas en torno al sector primario de la actividad.³⁹³

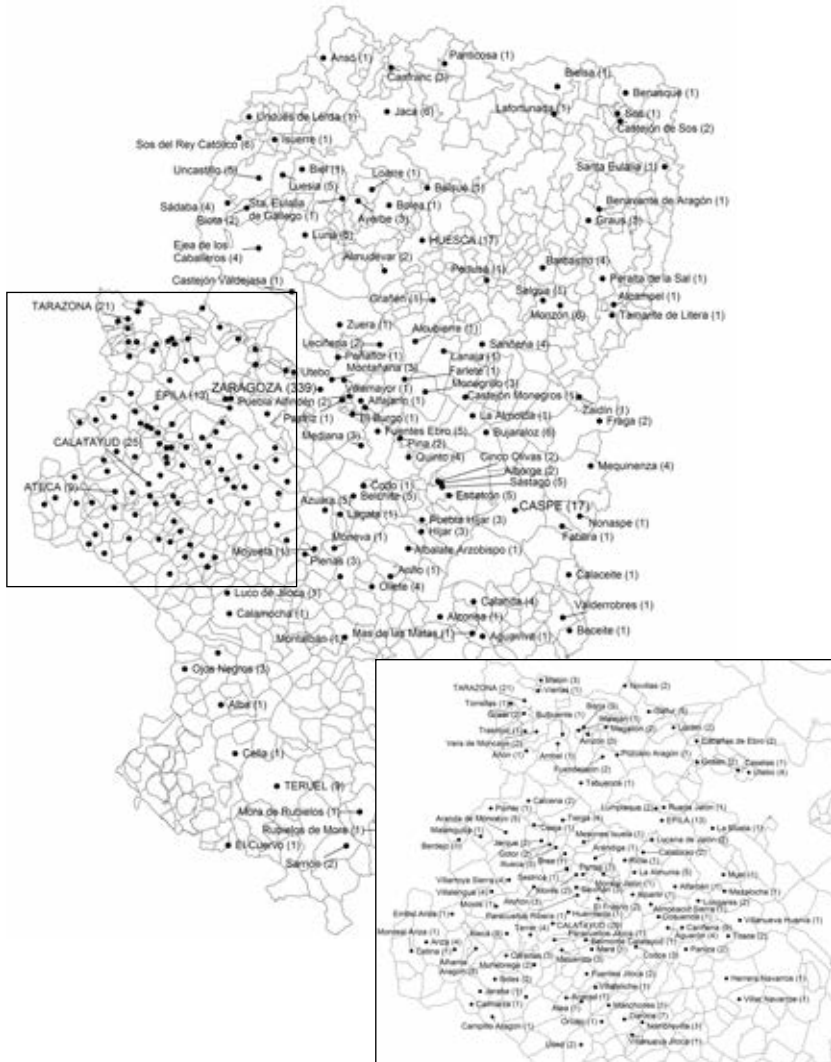
393 Datos de los censos de población de 1900, accesibles en <www.ine.es/inebaseweb>. Sobre la modernización agrícola aragonesa, incorporando al análisis los condicionantes y modos de adaptación al medio natural, Pinilla Navarro (1995) y (2001).

Según este argumento, no tendría mucho sentido hablar de protestas rural y urbana como tipos diferenciados de acción colectiva en el pasado. Es incuestionable que los centros urbanos ejercían un efecto irradiador de novedades, ideas y cambios hacia los pueblos y localidades comunicados con ellas, y que la circulación de noticias y de hombres permitía la transmisión de experiencias, de formas de acción y de planteamientos nuevos sobre demandas económicas o políticas silenciadas hasta ese momento. Desde esta perspectiva, el contexto finisecular del interior del país todavía contaba con fronteras bastante difusas entre el modo de vida urbano y el rural. Al mismo tiempo, y con ser esto cierto, no lo es menos que el carácter rural predominaba en la mayor parte de las localidades aragonesas, dedicadas como estaban mayoritariamente a la actividad agrícola, salvo en Zaragoza. Y esto último aun con matices, dada la extensión y dinamismo de su huerta durante todo el primer tramo del siglo XX, y dado además el particular carácter que mostraban muchos de los trabajadores empleados en talleres y fábricas, emigrantes de primera generación portadores de costumbres, valores, identidades y modos de entender el mundo y de relacionarse propios de sus comunidades de origen. Sería absurdo, no obstante, tratar de abstraerse de la excepcionalidad zaragozana respecto de su entorno territorial y de su centralidad respecto de ciertas variables de la protesta, como las cotas organizativas de los trabajadores, la capacidad de movilización de los líderes o la coordinación con importantes centros de decisión política, por no hablar de su capacidad de influencia en las provincias, dado que los núcleos del poder regional habitaban en la capital. Secciones obreras como las de azucareros de Alagón o de metalúrgicos de Utebo se coordinaban, sin ir más lejos, en la Federación de Sociedades Obreras de la capital.³⁹⁴

Al repasar la distribución geográfica de las acciones de protesta (mapa 1), queda claro que es la provincia de Zaragoza la que concentra el mayor número de ellas. Pocas son las localidades de Huesca y Teruel que adquieren protagonismo por este motivo, pudiéndose señalar casos aislados en los que se produce alguna reiteración en el conflicto, como en las localidades mineras trolenses de Ojos Negros o Rubielos de Mora, o la zona de construcción del Canal de Cataluña en La Litera oscense. El resto de las peque-

394 Gil Andrés (2000), p. 422.

MAPA 1
ACCIONES COLECTIVAS EN ARAGÓN. 1885-1917
(n.º de acciones por municipio)



ñas comunidades que aparecen en el mapa deben su inclusión a acciones colectivas relacionadas con el uso del monte y las disputas que ello provocó con administradores estatales y comunidades vecinas, y sobre todo a protestas antifiscales en sus múltiples posibilidades. Junto a ellas, eso sí, las localidades «medianas», las que según el criterio de la población albergarían de 2000 a 5000 habitantes, son las que concentran las secuencias de altercados más frecuentes y las que muestran determinadas tradiciones locales de protesta, una experiencia y cierta pericia colectivas en la puesta en práctica del descontento. Lugares como Tarazona, Calatayud, Cariñena, Alagón, Barbastro, Monzón, Jaca o La Puebla de Híjar ven desgranarse en su seno los acontecimientos tumultuosos a lo largo del tránsito finisecular y durante el primer tercio del siglo XX, causados por diversos motivos (anticlericalismo, impuestos, quintas, salarios y jornadas de trabajo...), lo que constituye una muestra de la flexibilidad y del carácter eficaz del repertorio de protesta utilizado por los grupos sociales. Siguiendo el perfil de Rudé y Hobsbawm, estas villas contaban con una población considerable y experiencias previas de rebeldía, con buenas vías de comunicación, cierta segmentación de su estructura social y un notable número de obreros con dificultades para asegurar la subsistencia al grupo familiar en los períodos de paro estacional. También existe un común denominador relacionado con la táctica desplegada por los amotinados, y es la ausencia o insuficiencia de fuerzas de orden público en el momento del estallido del conflicto. Para cuando estas llegan de los puestos cercanos, los vecinos, conscientes del escaso pero valioso tiempo disponible para «forzar» la negociación, ya han conseguido de las autoridades locales, sitiándolas en el Ayuntamiento o usando la violencia simbólica (incendio de objetos municipales o de archivos fiscales en la plaza), acuerdos favorables a sus peticiones, algo que puede ser considerado como el aprovechamiento efectivo de una buena oportunidad para actuar. No solo eso, sino que, como la casuística pone de manifiesto, los protagonistas de los tumultos eran también conscientes de que, faltando canales institucionalizados para la resolución pacífica de los conflictos, las autoridades locales (civiles, militares o prohombres locales) eran interlocutores de cuya capacidad de negociación dependía en un buen número de casos el final de la protesta. La confrontación de intereses, en última instancia, también contribuía a perfilar identidades colectivas gestadas en los espacios cotidianos de sociabilidad. Y buscando el cierre «dinámico» del círculo, podría decirse que esas identidades, espoleadas por la

percepción de humillación o de injusticia, adquieren su carácter rebelde apoyadas en la experiencia previa y repetida del conflicto, algo que a su vez legitima cada vez con mayor fortaleza una nueva contestación a la autoridad. El recorrido iría de la identidad a la protesta, y de aquí de nuevo a la identidad, retroalimentando una nueva protesta con mayores bríos cuando la ocasión lo hiciese necesario...

Se pueden entonces trazar varias líneas divisorias en el mapa, a las que se puede dotar de alguna carga explicativa. La primera es la del Somontano oscense, una línea que separa los núcleos principales de la zona (Huesca, Barbastro, Monzón) de la miríada de pequeños territorios municipales demarcados más hacia el norte, en la montaña pirenaica. La parte occidental de esta línea imaginaria lleva hasta otra zona fundamental en la protesta aragonesa, las Cinco Villas, que será también protagonista por este motivo en los años treinta, figurando como la única comarca que intentó dar continuidad en la región a los acontecimientos revolucionarios de octubre de 1934. Asimismo, el valle del Ebro constituye un diáfano eje que deja al descubierto un auténtico rosario de lugares en los que tuvo lugar algún tipo de conflicto. Y en torno a él, dos zonas destacan por la concentración de protestas, Tarazona y los pueblos del Moncayo, y las vegas contiguas del Jalón y del Jiloca. Más al sur, en la provincia de Teruel, tan solo puntos dispersos pueblan el mayor vacío geográfico de acciones colectivas, acaso algo más poblado en la zona del Bajo Aragón. ¿A qué obedece esta distribución? Al margen de detalles locales, un elemento resulta básico en la interpretación del mapa, algo que parece ser un común denominador de las zonas en las que parecen concentrarse las acciones de protesta, y ese elemento no es otro que la aparición e implementación de la agricultura comercial, o, como se viene denominando en diversos estudios, el proceso de «agricolización» del territorio. Un proceso que aparece en íntima relación con la búsqueda de salidas en el medio rural a la crisis finisecular, y con la puesta en práctica de diversas estrategias de subsistencia por parte de unos campesinos forzados a modificar su tradicional modo de vida ante la pérdida de expectativas.

Como es conocido, la crisis de precios provocada por la llegada de productos internacionales a los puertos españoles conllevó el hundimiento de las economías familiares y la búsqueda de alternativas para una agricultura que hasta la fecha había sido de corte predominantemente cerea-

lista. La boyante coyuntura de los viñedos, que ocuparon el mercado de los caldos franceses cuando estos sufrieron la filoxera, no fue más que una bocanada de aire que duró el poco tiempo que tardó la plaga en instalarse en España. La creciente competencia extranjera obligó a los propietarios a restringir el cultivo de cereales a los terrenos que mejor se prestaban a esta producción, y a ampliar el radio de los cultivos más especializados a zonas más extensas. Así, vemos establecerse el forraje, las hortalizas y sobre todo la remolacha en los valles del Ebro, Jalón y Jiloca, el viñedo en los piedemontes, como en el Somontano pirenaico y zonas de tradición como Cariñena o Borja, o el olivo en el Bajo Aragón, donde aumentó no solo el número de hectáreas dedicadas al cultivo, sino también el de prensas hidráulicas para la elaboración del aceite (Caspe, Alcañiz, Híjar, Valderrobres...). Algo parecido sucedió con los cultivos cerealícolas tradicionales, que, lejos de abandonarse por los industriales, concitaron esfuerzos y recursos para mejorar sus rendimientos por esa doble vía, la del aumento de las hectáreas dedicadas mediante la roturación de monte bajo y pastizales, y la del uso de abonos y maquinaria. En este sentido, la zona de las Cinco Villas es una de las que con mayor éxito introdujo la maquinaria en las labores agrícolas cotidianas, y en general las cifras de utilización de abonos en Aragón, cuya red de distribución mediante las asociaciones de propietarios y labradores ha estudiado bien Gloria Sanz, son las más importantes del país. En resumen, durante los primeros años del siglo XX el campo aragonés experimenta cambios muy importantes en la planificación y aplicación tecnológica agrícola para dar satisfacción al mercado, y por añadidura en unas relaciones laborales que, al mercantilizarse, producen no pocos desequilibrios en los sistemas tradicionales de subsistencia domésticos.³⁹⁵

Las consecuencias sociales de este proceso de cambio apuntan en varias direcciones, cuya explicación requiere hacer alguna alusión previa a la estructura de la propiedad en el agro aragonés. Las visiones más complacientes sobre el campesinado, incluida la idealización costista de una democracia rural de pequeños propietarios, señalaban como forma predo-

395 Sobre la crisis finisecular en Huesca y Teruel, ver Forcadell Álvarez (1981) y (1986b). Sobre los procesos de modernización agrícola y los cambios en los cultivos, Piniella Navarro (1995a). Alberto Sabio Alcutén (1995) y (2002a) ha estudiado el fenómeno en algunas de las zonas citadas.

minante de tenencia de tierra la pequeña heredad trabajada por el grupo familiar campesino. Los estudios disponibles en la actualidad se abonan sin embargo a la idea de que esto no era más que un mito fomentado por los sectores más acomodados de la sociedad, en su intento de mostrar que el dominio numérico del pequeño labrador era indicativo de prosperidad agrícola, equilibrio social y apego al orden existente. Si en algún momento hubo cierto desarrollo de la pequeña propiedad, favorecido por un descenso del precio de la tierra, lo cierto es que, salvo en algunas comunidades pirenaicas, esto no se tradujo en una redistribución de la riqueza personal y territorial. La realidad es que esta pequeña e ínfima propiedad convivió con las grandes explotaciones, pues la tierra continuó siendo objeto de inversiones capitalistas en función de, y dedicadas al mercado, con una creciente mecanización y relacionadas casi siempre con la industria agroalimentaria. La diferencia fundamental respecto a las consecuencias sociales de la crisis agrícola entre las unas y las otras, las grandes y las pequeñas posesiones, es que lo que aquella supuso para las primeras fue una disminución de los beneficios, mientras que lo que conllevó en las segundas fue la amenaza directa a los niveles mínimos de subsistencia.

Las respuestas del pequeño campesinado, en ocasiones traumáticas y siempre costosas, revelan su capacidad de adaptación a la adversidad a la que debe hacer frente. Seducidos por la ilusión de cierta independencia, el acceso a la propiedad movilizó en muchas ocasiones los exiguos ahorros de los jornaleros, pese a que la tenencia definitiva era algo que en realidad solo se conseguía al final de toda una vida, y que rara vez se transmitía a la generación siguiente. Los potentados locales, sabedores de la debilidad financiera de la pequeña explotación, concedían hipotecas y préstamos usurarios a tal fin, y esperaban como una cuestión de tiempo que los labradores acudieran a trabajar a sus grandes explotaciones para conseguir lo que el terruño por sí solo no podía dar. Desde el punto de vista campesino, el trabajo al margen de la propia tierra no era sino parte de una estrategia más amplia para el acopio de ingresos familiares, y para esquivar la sombría amenaza de la emigración. De este modo la pluriactividad se convirtió en algo casi obligado, sobrevenido como consecuencia de los desequilibrios provocados en las estructuras agrarias. Pequeños trabajos de artesanado o comercio, de pastoreo, de sirvientes, laborando como «agosteros» en comarcas próximas, o las actividades relacionadas con el monte, todo ello debe ser contemplado como un abanico de actividades comple-

mentarias que permitían a la familia seguir manteniendo la pequeña explotación agrícola antes que abandonar el pueblo y marchar a la ciudad o tomar el barco a ultramar. Alberto Sabio describe con detalle esta polivalencia para las Cinco Villas, una práctica «que hacía al campesino artesano y convertía al artesano en campesino». Una pluriactividad «cerrada, al servicio de la comunidad y no orientada a los mercados exteriores», trabajando por encargo para la gente del pueblo y muy a menudo mediando retribución en forma de servicios o productos, no excluyente de las «emigraciones golondrina» para trabajar como «segadores trashumantes» por la comarca, ni de las actividades forestales como leñar, carbonear, cazar o recoger plantas diversas.³⁹⁶

En definitiva, nos encontramos ante manifestaciones de la extraordinaria capacidad de adaptación por parte del campesinado, cuyo último objetivo giraba en torno a la reproducción del grupo doméstico, y de la comunidad local en su conjunto. A finales del siglo XIX fue poco a poco cambiando el contenido de esta pluriactividad, adaptándose a la oferta de empleo local y comenzando a trabajar, por ejemplo, en las obras de las líneas de ferrocarril, en las azucareras o en las obras públicas, como carreteras, caminos vecinales o infraestructuras de regadío. En este contexto, la resistencia a las nuevas prácticas que imponían los nuevos empleadores, tanto en condiciones de trabajo como en niveles salariales, constituye todo un símbolo del tipo de conflicto que en poco tiempo se instala en el centro de la vida de vecinos y trabajadores. Con diligente rapidez aprenden y practican la huelga y la manifestación, pidiendo mayores jornales o trabajo a través de alguna obra pública. Con mayor frecuencia y más intensamente cuanto más organizados se encuentren en sociedades obreras y campesinas. Eso requirió un proceso colectivo de aprendizaje y ensayo, dando lugar a estructuras locales de movilización fundamentales para entablar negociaciones directas con propietarios agrícolas e industriales. Al respecto, las fuentes documentales no han sido muy amables, pues ni se ha podido hallar un listado completo de asociaciones, ni en el Gobierno Civil de Zaragoza existe información sobre estas fechas, perdida probablemente en algún expurgo. Existen, no obstante, pruebas dispersas en la prensa que hablan de ese crecimiento asociativo, como en el caso de Épila, donde tras

396 Sabio Alcutén (2002a), pp. 237 y ss.

la construcción de la fábrica azucarera se emplearon cientos de trabajadores locales y numerosas familias campesinas comenzaron a depender de la producción de remolacha. La Sociedad de Obreros Azucareros de Épila contó pronto con trescientos cincuenta socios, divididos en tres secciones, que residían en los pueblos próximos y con centro general en Épila, así como «gran animadversión en unas cuantas personas ajenas a la clase obrera que tratan de disolvernos la sociedad que tan legalmente tenemos constituida», según denunciaban los representantes. Y existen, por otra parte, noticias sobre la organización de secciones republicanas en multitud de localidades de Aragón, que actuarían con un amplio abanico de actividades, como las más aparentemente inocuas asociativas y de recreo, y también de identificación y debate políticos, y de movilización social respecto de cuestiones como el anticlericalismo o la protesta contra los impuestos (mapa 2).³⁹⁷ Al respecto de esta cuestión resulta interesante comprobar cómo el republicanismo ejerció una notable influencia en la movilización social abanderando la protesta contra los consumos en muchos lugares y articulando campañas generales de protesta desde 1910 a través del descontento local, tendencia que puede observarse constatando la similitud entre el mapa 2 y el mapa 3, donde se ubican los puntos de protesta por los consumos y las manifestaciones pidiendo pan y trabajo.

El avance organizativo y la acción colectiva tienen mucho que ver con el movimiento de hombres y de ideas a lo largo y ancho del territorio, y esto a su vez con el avance durante estos años de un medio de transporte que contará con innumerables ventajas respecto de los medios convencionales: el ferrocarril. La red de vías de Aragón se trazó pensando sobre todo en la extracción de recursos y producción industrial (mineral, azúcar, vino) hacia los mercados urbanos. También, por supuesto, estaba el motivo del mantenimiento del orden interno, comunicando guarniciones y cuarteles. Pero si quizá este fue decisivo en la opción de una estructura radial respecto de Madrid a nivel estatal, parece que en el diseño de los enlaces y ramales regionales pesaron sobre todo los entrecruzados intereses políticos y económicos de los representantes a Cortes y grandes propietarios, que deseaban ofrecer la mejor salida y rentabilidad a sus productos. Sus gestiones para conseguir la aprobación de una carretera o

397 *HA*, 23-7-1912, n.º 5626.

una vía férrea, como ya se ha dicho en otro lugar, iban revestidas del desinterés y amor a la patria chica con los que se decían defender los intereses de la comarca en la capital, y del sentido paternalista y benefactor con el que se anunciaba que habría trabajo para los jornaleros en paro de las localidades en apuros. Podría por lo tanto establecerse también una relación entre la protesta y este factor de movilidad de personas, ideas y noticias, siendo en concreto esta disponibilidad ferroviaria un factor cada vez más condicionante para la visita de candidatos electorales o la organización de mítines políticos y, en última instancia, para la movilización social. Eso sí, la cuestión merece subrayarse, pero tan solo en sus justos términos y teniendo bien presente que la intensidad, número y carácter de los conflictos dependerá también de variables como la actividad y tenacidad de líderes obreros y dirigentes locales, el grado de fragmentación social de la comunidad, o la disposición y capacidad para contrarrestar los movimientos de protesta por parte de las autoridades locales y caciques no solo mediante la represión, sino también de más sibilinos sistemas de movilización social favorables a sus intereses (como el movimiento labrador remolachero en protesta contra la Sociedad General Azucarera a partir de 1910, apoyado por el Sindicato Central Católico, la Cámara de Comercio o la Sociedad de Labradores).

Y también es obvio, al respecto de esto último, que la acción de los propietarios y empleadores de los sectores económicos implicados en los procesos productivos de los que estamos hablando no fue inocua para la aparición de la protesta. El salario, convertido ahora en la única fuente capaz de asegurar la pervivencia del grupo familiar, estaba sin embargo sujeto a factores de inestabilidad como las oscilaciones estacionales, la competencia de trabajadores foráneos o la generalizada política de contención salarial practicada por los propietarios para incrementar sus beneficios. Si en Huesca se advertía en junio de 1898 sobre la posibilidad de un conflicto con los jornaleros valencianos por «falta de plata» e «imposibilidad de pago de trabajo en billetes», en Alcañiz unos cincuenta jornaleros reaccionaban por la contratación para las obras del ferrocarril de obreros que no eran naturales de la ciudad. En realidad el acto respondía a otro análogo realizado previamente por los de Samper de Calanda, manifestando ambos hechos el deseo apremiante de que el paso de la línea por la propia localidad ofreciese jornales a los vecinos desocupados. Esta cuestión, la de la competencia de los tra-

bajadores ajenos, se convirtió en motivo no solo de preocupación entre los obreros, sino también en fuente de solidaridades entre estos ante los subterfugios y presiones de los contratadores, quienes no dudaban en muchos casos en llevar a trabajadores de otras plazas para romper las huelgas. En más de una ocasión son los propios huelguistas los que acuden a las cajas de resistencia para pagar los billetes de vuelta de aquellos que viajaron sin saber del motivo que originaba su contratación, como sucedió con los metalúrgicos de Utebo o con los carpinteros llegados de Burgos cuando se declaró la huelga general de Zaragoza en 1904. El descontento, por otra parte, respecto de los niveles salariales alcanzó su punto más álgido durante los años de la guerra europea, que contemplaron una creciente práctica negociadora entre trabajadores y propietarios, coordinados estos últimos en potentes y solventes asociaciones a través de las que anunciaban defenderse de los «abusos» obreros y mantener el orden social amenazado.

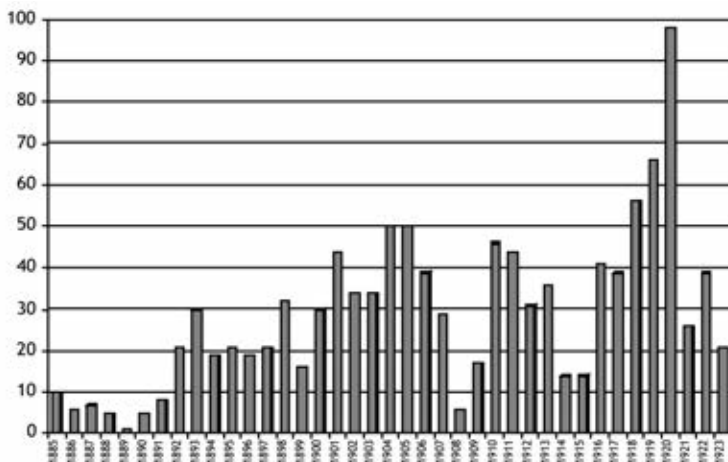
Un epílogo de las cuestiones hasta aquí planteadas podría apuntar al modo en el que la apertura de oportunidades que supuso la Segunda República posibilitó la penetración de la cuestión política en el entramado de relaciones sociales de las comunidades, y a averiguar si el desarrollo histórico de las zonas más proclives a la protesta supuso un acicate para que se diera en ellas una más aguda fragmentación social. Hay indicios de que así fue, según apuntan algunos estudios, como los de Luis Germán, en los que condicionantes que sobre el papel deberían hacer remitir la conflictividad producen un efecto contrario, favoreciéndola y potenciándola. Así, en un contexto de crecimiento capitalista y de extensión relativa de los recursos disponibles a través de los salarios, y en un ambiente político que posibilita la participación política a través de la ampliación del cuerpo electoral y de las organizaciones sociales, no llega la paz social ansiada por las gentes de orden. Al contrario, la protesta incrementa su intensidad y frecuencia, algo que avala las teorías de la acción colectiva que la hacen depender tanto de la disponibilidad de recursos como de oportunidades «ambientales» favorables. Si hasta aquí, a través del repaso de la geografía de la protesta nos hemos ocupado en mayor medida de la primera cuestión, ahora, acercándonos a la cronología, trataremos de ocuparnos de la segunda, de los momentos históricos en los que se aceleraba la práctica de la revuelta y de las posibles causas de ese tipo de reacción.

4.2. La cronología de la protesta o las coyunturas políticas favorables

Las preguntas sobre la actuación de la multitud, en este caso, deberán intentar aclarar por qué aquella sale a la calle en unos momentos y no en otros, y qué cambios se operan en los protagonistas para dotar de diferente sentido a la protesta y escoger diferentes formas de manifestar las propias demandas a lo largo del período estudiado. El caso aragonés, en ese sentido, no se sale de la norma general fijada por monografías y estudios locales previos, pudiéndose comprobar como allí donde se espera un aumento en el número de protestas colectivas, este aparece. En los casi treinta años en los que centramos nuestro relato hemos podido recabar información acerca de casi un millar de acciones de protesta del más variado tipo, desde motines populares hasta conflictos entre facciones políticas locales, pasando por huelgas y manifestaciones patrióticas. Sin entrar por el momento en disquisiciones tipológicas, la representación gráfica (gráfico 2) muestra varios tramos en los que se dan repuntes en el número de protestas, siendo el primero de ellos el lustro inicial del siglo XX, seguido de los años previos a la Gran Guerra y, por último, los años posteriores al final de esta.

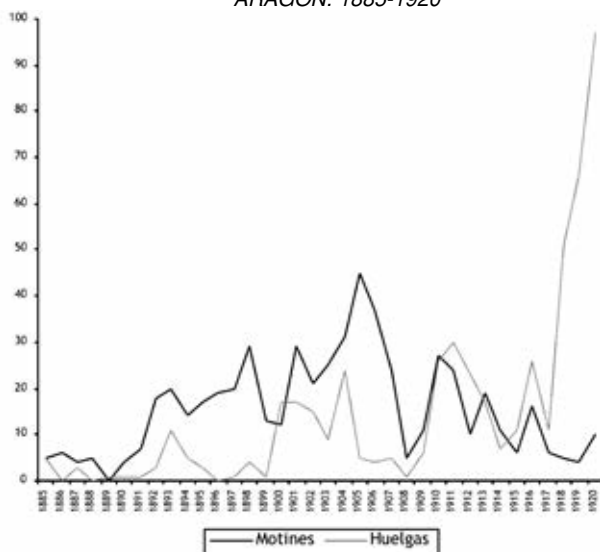
GRÁFICO 2

ACCIONES COLECTIVAS REGISTRADAS EN ARAGÓN. 1885-1920



Los primeros años treinta del siglo XX podrían ofrecer sin duda un nuevo e interesante ciclo de conflictividad para analizar, pero ya se justificó en su momento la elección del tramo temporal del estudio, basada en la aparición de indicios suficientes como para contrastar un cambio de tendencia en los usos colectivos de plantear demandas públicas. Bastante más atrás en el tiempo, en la última década del siglo XIX, abundaban los motines populares relacionados con los impuestos, existiendo puntos «calientes» como el verano de 1892, pero pudiéndose encontrar de manera frecuente en los años posteriores. La pervivencia de este tipo de motines, pese a que se darán con una progresiva menor frecuencia, se prolongará hasta bien entrado el nuevo siglo. De otras manifestaciones «tradicionales» de descontento, como las efectuadas por la carestía de las subsistencias, apenas aparecen ya en el Aragón finisecular, incluso en momentos de especial indignación general, como en mayo de 1898, tan solo ecos que de inmediato tratan de ser silenciados con medidas benéficas. Es un indicativo de una tendencia general de disminución del número de motines a partir del primer lustro del siglo XX (gráfico 3), si bien el paso por él merece cierta atención y, aquí sí, entrar en algunas disquisiciones tipológicas.

GRÁFICO 3
EVOLUCIÓN DEL NÚMERO DE MOTINES Y HUELGAS.
ARAGÓN. 1885-1920



Primero, hay que tener en cuenta el carácter «transitorio» de no pocas de las manifestaciones de protesta incluidas en el listado de los motines, y que bien pudieran ser clasificadas en el de las huelgas. ¿Dónde ubicar las manifestaciones de los braceros de las Cinco Villas pidiendo «pan y trabajo»? Algunas de ellas no son motines, pero tampoco huelgas en el sentido estricto de la palabra, ni los propios protagonistas ni los comentaristas los denominaron de ese modo. El criterio seguido obedece en este caso a que más bien parece que los que salen a la calle lo hacen como vecinos, acompañados en ocasiones de sus mujeres, niños y mayores, y que sus dificultades responden a la pluriactividad con que venían complementando los ingresos familiares. El campesino es también artesano, y también jornalero según el momento. No obstante, si por considerarlas protestas relativas al trabajo lleváramos ese tipo de manifestaciones al listado de las huelgas, tampoco se modificaría en mucho la pauta general del gráfico, que muestra un predominio de las acciones de protesta popular sobre las luchas obreras. Eso lleva a tener en cuenta una segunda consideración, que tiene que ver con el desequilibrio de la estructura económica y demográfica aragonesa, y la distorsión que ello produce en algunos recuentos. El territorio aragonés es muy extenso, y eso puede ayudar a explicar la potencia que alberga todavía la protesta popular, utilizada en las pequeñas aldeas como el mejor medio de preservar lo que González de Molina denominó «espacios vacíos de capitalismo» en cuestiones como los montes, la injerencia del Estado o las autoridades en el modo de conducir los asuntos públicos, o los impuestos. Y al mismo tiempo, no hay que perder de vista que en la capital zaragozana hay innumerables acciones colectivas al margen de las huelgas organizadas por las sociedades obreras, y que tienen que ver con cuestiones como el anticlericalismo, la mercantilización del ocio de masas o las trifulcas políticas del momento.

Así, hasta 1905-1906 se da un fuerte incremento de las acciones colectivas de protesta popular. Durante los años noventa, la tendencia es quebrada por un fuerte descenso tras 1898, coincidiendo con un brusco aumento de las huelgas a partir del año siguiente. Varios son los argumentos que pueden ayudar a comprender esta situación. El debilitamiento que en las familias campesinas produce la marcha de sus miembros más jóvenes a la guerra, la estrecha vigilancia a que se ven sometidas las organizaciones obreras tras la serie de atentados perpetrados

dos en Barcelona, o el cansancio que en ellas produce la campaña de crítica contra la política belicista gubernamental, pueden ser algunos de ellos. Sea como fuere, la cuestión remite a los contextos políticos en los que se enmarca la protesta, unas circunstancias que después de 1898 adquieren mayor importancia, pues, aunque la derrota no produce la quiebra del sistema restauracionista, sí que deja entrever en su armadura política delicadas fisuras que la oposición intentará aprovechar para sumar respaldo social. Primero fue la oportunidad de las clases «neutras», que, movilizadas a través de las cámaras de comercio y el ideario regeneracionista, adquirieron en Zaragoza una singular relevancia, tanto por acoger la asamblea principal del movimiento de protesta, como por resonar con singular gravedad, en una tierra que ya veneraba su figura, la atronadora voz de Costa como preclaro salvador nacional. Sin embargo, las expectativas superaron la realidad del movimiento, que se desinfló pocos años después por carecer de recursos materiales y aliados políticos sólidos. La experiencia fue, no obstante, fundamental para el aprendizaje de los partidos republicanos, muchos de cuyos integrantes habían estado ligados de una u otra forma al movimiento de las cámaras, llegando a apuntarse sonados triunfos en posteriores citas electorales. Su presencia en la escena pública se consolidó a través de mítines, veladas, banquetes y reuniones electorales en los que las alusiones «populistas» fueron la tónica predominante. Las simpatías mostradas hacia los obreros al colaborar en la preparación del Primero de Mayo, la canalización de un sentimiento anticlerical particularmente virulento, o la recepción de las campañas nacionales lanzadas por la prensa y la organización de actos de solidaridad (como con los ajusticiamientos de Montjuich o las torturas de Alcalá del Valle), contribuyeron sin duda a incrementar la intensidad de la presencia republicana en la sociedad.³⁹⁸ Eso, y la recuperación de las organizaciones obreras zaragozanas en los primeros años del siglo, pese a la distracción de fuerzas

398 Favorecidos por el carácter autónomo de la Federación Local zaragozana, los republicanos trataron de hacerse con el hueco político de los trabajadores: «los trabajadores que se hallan dentro de nuestro campo, en las organizaciones obreras realizarán labor exclusivamente societaria como hasta ahora, haciendo la política en donde y cuando deban llevarla a cabo», aunque para ello contó con la oposición de algunos líderes obreros, como Luis Font, quien mantuvo una agria polémica en las páginas de la prensa y en diversos actos públicos contra los radicales locales (*LCA*, 15-1-1912, n.º 587).

que supuso el enfrentamiento entre anarquistas y socialistas, están sin duda detrás del incremento de la protesta durante 1903 y 1904, años en los que tienen lugar los primeros ensayos de huelga general en la ciudad, además de otros «desórdenes» en las calles en los que participan en variable proporción obreros y republicanos.

No resulta extraño, por tanto, ver figurar entre la nómina de oradores de los mítines obreros a destacados republicanos locales, o comprobar como en los momentos de buen entendimiento las organizaciones podían prestar sus locales si los de los otros habían sido clausurados. «La clase obrera se agrupa, se organiza —se podía leer en *El Noticiero*—, se apresta a la lucha por la vida y no pierde ocasión de hacer valer los derechos y de lograr las vehementes aspiraciones del trabajador». Así, y pese al fracaso que supuso la huelga de 1904, calificada por el gobernador de simple «culebrina», un «relámpago», la Federación Local todavía contaba con fuerzas suficientes como para exigir al gobierno municipal la adopción de medidas para solventar la crisis de subsistencias de 1905. Precisamente las dificultades por las que los trabajadores pasaron durante esa crisis, y las diferentes reacciones ante ella, apuntan a que allí donde se contaba con cierto grado de organización obrera se produjo algún tipo de negociación o exigencia a las autoridades para que se adoptaran medidas favorables a las clases bajas. Además de Zaragoza, donde la presión logró reunir en el Ayuntamiento a los propietarios e industriales más importantes, es el caso de Tarazona o Ejea, donde la huelga general de braceros de 1905 «se adivina que ha sido laborada bajo una buena dirección, a juzgar por el movimiento general iniciado y por haber acudido todos los trabajadores como un solo hombre a los puntos que se les han destinado». La experiencia iba demostrando que tan solo el compromiso con la organización era capaz de procurar una posición fuerte para negociar beneficios para los trabajadores, algo que pudo percibirse en la continua formación de sociedades de oficio hasta 1910-1911, tendencia a la que también se tuvieron que adaptar unas autoridades que partían de una inicial reticencia hacia cualquier avance que pudiese significar desorden o tumultos. Moret, a la sazón ministro de Gobernación en 1902, escribía en una circular a los gobernadores civiles ponderando «el gran valor que para ellas [las sociedades obreras] tienen los derechos de reunión y asociación», y setenciando que «cumple por tanto a las autoridades ampararlas y sostenerlas en su ejercicio pacífico». A ellas recomendaba hacer comprender a los obreros «que su interés está en obrar

pacíficamente, porque la autoridad les ampara en ese propósito», con lo que no habría que temer por el orden público, garantizado por el «buen sentido» de unas clases trabajadoras «que por el tranquilo y reposado ejercicio de sus derechos políticos aspiran a mejorar su situación y la de sus familias». Pero tal «benevolencia gubernativa» no excluía el que las «asociaciones para fines políticos y sociales» fueran «objeto de especial y constante vigilancia», pues a su amparo «suelen perpetrarse con nociva impunidad verdaderos delitos» sin otro fin que el de la «subversión del orden social estatuido». ³⁹⁹

Cabe por otra parte argumentar que la fuerza de las organizaciones dependía de los recursos disponibles en cada momento, materiales e inmateriales. Tanto del dinero que a partir de un salario no muy bajo podía aportarse a las cajas de resistencia, como del tiempo que trabajos de jornada no muy larga podían liberar para la asistencia a reuniones y lectura de prensa, como del contraste de opiniones que podía practicarse en el local de la sociedad o en la taberna. En este sentido, no parece que los trabajadores más castigados por las penurias económicas fuesen los más dados a rebelarse o plantear huelgas, pese a la recurrencia de argumentos como los del alcalde del pueblo zamorano de Corrales, quien sobre los huelguistas decía en telegrama al gobernador que «mayoría no comen, anemia general debilita cerebro, para evitar desórdenes no preciso fuerza, sí harina, y aceite». Juan Díaz del Moral, en cambio, advertía que «si el hambre produjera motines en este país, el reino de Córdoba hubiera vivido en perpetua revuelta durante muchos siglos». ⁴⁰⁰ Algo similar detectaba un redactor del *Diario de Avisos* cuando

399 Lo de *El Noticiero*, en 19-5-1904, n.º 915. La huelga de Ejea, en *HA*, 18-5-1905, n.º 3131. La emigración, en *HA*, 8-4-1905, n.º 3007. Lo de Moret, en AHN, Gobernación, Serie A, leg. 5, exp. 1, y la desconfianza posterior emana del mismo Ministerio de Gobernación y data del año siguiente (ibídem, leg. 63, exp. 12).

400 El comentario del alcalde de Corrales, en AHN, Gobernación, Serie A, leg. 16, y es la tónica general de la época. Sobre Ejea se decía durante los peores momentos de la crisis de subsistencias que «sin fuerza moral ni material para contener la habrienta masa de este pueblo trabajador, se halla el día muy cercano en que el orden público se ha de alterar muy gravemente» (*HA*, 27-5-1905, n.º 3139). Moral y material, pues la miseria iba de la mano de la degradación moral, como decía incluso desde las filas de la izquierda Isidoro Achón, la «incultura general» y la «perversión en las costumbres» (*HA*, 29-8-1904, n.º 2766). El punto de vista contrario, en Díaz del Moral (1967, 1.ª de 1928), p. 63. Para Eric Wolf (1979), «una rebelión no puede empezar en una situación de impotencia total; quienes carecen de poder son víctimas fáciles».

constató, ciertamente satisfecho, la ausencia de movilizaciones en el Primero de Mayo de 1896: «como la falta de trabajo —apuntaba— suele ocasionar más disgustos en el interior del hogar que en la vía pública, no se han formado grupos en actitud hostil o guasona, ni ha salido la guardia civil para mantener el orden», y señalaba que «cuando había trabajo se verificaban huelgas pidiendo las ocho horas famosas, y ahora que nuestros trabajadores huelgan las 24 horas del día no hay quien se acuerde de poner límites a la huelga». En Zaragoza fueron los gremios de la construcción los que antes consiguieron la jornada laboral de nueve horas, un hito en el camino de la «emancipación». Uno de los oficios relacionados con aquellos era el de la carpintería, protagonista en 1911 del paro que habría de llevar a la huelga general de julio. Su jornal medio semanal era de 3,25 pesetas, que se podía considerar un salario medio (frente, por ejemplo, a los exiguos jornales de los peones municipales, que cobraban 1,75 pesetas, las menos de 3 pesetas de cordeleros, trajineros y alpargateros, o las menos de 2 pesetas de la mayoría de jornaleros de la comarca), y para reivindicar la jornada de nueve horas se amparaban en la antigüedad, un factor que les separaba de los recién llegados del entorno rural que solían engrosaban los diferentes peonajes de cada sección. «Se acostumbra a decir —reclamaban— que los obreros que hacen las huelgas son los que nunca trabajan y eso no es cierto, porque los obreros en huelga en la actualidad somos los más antiguos de las casas donde trabajamos». Además, contaban con una trayectoria de movilización, y una memoria de ella que exhibían ante la opinión pública para dotarse de razón. Recordaban, en efecto, que también habían sido los iniciadores de la huelga general de 1904, y que ya entonces los patronos habían prometido rebajar la jornada a las nueve horas, promesa que se les escamoteó por las malas artes de aquellos al ir cambiando de talleres a los obreros. Y argumentaban que el temor patronal esgrimido sobre la disminución de la producción que podría acarrear la rebaja de la jornada laboral no está fundado, «por el estado de adelanto en que se encuentra la carpintería», dándose el caso de que los únicos centros que podían competir con Zaragoza eran Barcelona y Madrid, y allí ya se trabajaba nueve horas.⁴⁰¹

401 DAZ, 1-5-1896, n.º 8440. Lo de los carpinteros, en *HA*, 2 y 27-6-1911, núms. 5252 y 5246. Fernández Clemente ofrece un completo estudio de la situación económica y social de los trabajadores de la época, compilando útiles datos sobre sueldos, salarios y organizaciones, en las notas elaboradas para la edición en castellano de Jacques Valdour (1988). Fundamental en este sentido es también Germán Zubero (1976).

Y a la vez, si la conjunción de este tipo de factores en torno a la fuerza y extensión de la organización puede explicar en buena medida la movilización, también puede ofrecer pistas sobre lo contrario, la desmovilización y las fases de aparente «apatía» social. Resultan muy significativos dos fuertes descensos en las líneas cronológicas de la protesta, el que media entre 1905 y 1910, y el que se produce aproximadamente a partir de 1912 y hasta 1915. El primero de ellos podría explicarse como consecuencia de la resaca del fracaso de la huelga general de 1904, de la dura reacción de la autoridad, del desencuentro interno entre socialistas y anarquistas, y de la llegada de un buen número de obreros del campo, sin cualificar, dispuestos a trabajar por sueldos pequeños en las obras de urbanización de los ensanches de la ciudad y de la Exposición Internacional de 1908. En el campo, precisamente las comunidades se debilitan por la carestía y la emigración que, al margen de los lastimeros discursos lanzados desde la sensibilidad regeneracionista, azotaron de hecho las comarcas aragonesas. El segundo de los descensos debe sin duda sus causas a la inmediata y severa presión de las autoridades sobre los líderes obreros y las sociedades tras la huelga de 1911 y al impacto emocional que las dos muertes debieron de producir en el entorno obrerista de la ciudad. Por si fuera poco, las tensiones suscitadas con los antiguos aliados republicanos menguaron todavía más los escasos recursos y la capacidad de movilización de las sociedades. Pero sobre todo influyó en este puntual declive la toma de posiciones por parte de los patronos, quienes, acusados por los obreros de elevar los niveles de intransigencia a cotas desconocidas, se asocian para coordinar mejor la salvaguarda de sus intereses poniendo en marcha asociaciones de patronos y potentes sindicatos católicos. La propia Cámara de Comercio analizaba así el «vacío» huelguístico a partir de 1913:

[El vacío se debió] a que los patronos, dejando de un lado el aislamiento en que vivían y copiando de los obreros su tendencia a organizarse, se constituyeron en gremios y federaciones de resistencia, oponiendo a la fuerte solidaridad de los obreros la suya, no menos poderosa... A que el ambiente acabó por ser hostil a los obreros, debido al extraordinario aumento que hicieron de ese medio de lucha que sólo es procedente y oportuno en casos extremos; y a que la misma organización y espíritu de solidaridad existente entre los trabajadores, acabó por gastarse y sufrir menoscabo muy considerable con el uso inmoderado de tal resorte, agotándose también los recursos de las cajas de resistencia que tantos esfuerzos había costado

reunir, y desaparecidos estos medios, los agitadores profesionales no tuvieron manera hábil de continuar sus propagandas y fue apagándose poco a poco en el vacío el eco de sus predicaciones.⁴⁰²

Podría decirse que, utilizando terminología de los movimientos sociales, se dio una «erosión del apoyo» en el seno del obrerismo y de las comunidades que habían protagonizado las revueltas. Los sindicatos y la propaganda católicos habrían conseguido en torno a 1910 elevar el grado de polarización social sobre ciertos asuntos, como la política religiosa, hasta extremos insospechados. En un contexto así, en el que el discurso público penetra en los ámbitos y conversaciones más comunes de la gente y en el que la calle es tomada con reiteración, celeridad y virulencia, los lugares para la indiferencia se vuelven cada vez más pequeños. En ese sentido, la campaña de movilización de los sectores conservadores contaba en muchos lugares, sobre todo rurales, con la ventaja del púlpito y la posición de poder de los potentados locales, que consiguieron a través de la retórica de la armonía social hacer aumentar el número de apoyos de las organizaciones proclives a sus intereses, y disminuir el de las organizaciones obreras allí donde no se contaba con una tradición de movilización o una organización potente. En los centros industriales, en la capital, la percepción de la ratio costes/beneficios pasó a ser negativa para un número importante de gente, provocada tanto por la acción represora de la fuerza pública como por la solidez que presentaba el bloque patronal. Quizá aquí contó en mayor medida el elemento de la frustración de los militantes, que pudo llevar a la dispersión y al abandono de las sociedades durante un tiempo, si bien no es aventurado pensar que entre aquellos se mantuviera latente un compromiso afectivo, una simpatía arraigada sin la cual difícilmente puede explicarse el auge del movimiento a partir de 1915. Auge y

402 Cámara de Comercio de Zaragoza (1922), pp. 338-339. De nuevo remitimos para la cuestión a los estudios de Sanz Lafuente (2000) y Fernández Clemente y Forcadell Álvarez (1986). El argumento de fondo del catolicismo de la época sobre la «cuestión social» vendría a sintetizarse en elaboraciones del tipo: «¿Cuánto más nacional y provechoso no sería que todos nos sujetásemos a las condiciones actuales de la naturaleza humana y no tratásemos de enmendar la plana al Creador, que ha querido que hubiese pobres y ricos, sabios e ignorantes, precisamente en bien de la naturaleza humana, y para que esta no se destruya, sino para que se desenvuelva armónicamente y marche con decisión al término de su viaje?». Se dejaba una puerta abierta a la mejora de las condiciones de vida de las clases bajas, a través del «espíritu de emulación», en lugar de la «nivelación irracional y antihumana» de las teorías socialista y anarquista (*EN*, 18-5-1904, n.º 914).

declive, fortaleza y debilidad..., son pares de términos utilizados para describir el camino de las organizaciones, en los que algunos factores evolucionan hasta representar por sí solos un papel fundamental en la acción colectiva.⁴⁰³

Entre ellos adquiere cada vez mayor relevancia la mirada a lo que sucede en otras ciudades y la formación de la opinión en los foros de discusión, así como los visos de una coordinación que superaba con cada vez mayor facilidad el ámbito local o regional. Ya se organizó un paro obrero en 1902 en solidaridad con la huelga que se estaba llevando a cabo en Barcelona, y algo después, tras la huelga de agosto de 1904, el ministro de Gobernación Sánchez Guerra comentó que quizá los hechos tuvieran relación «con la actitud y trabajos de los agitadores obreros en otras poblaciones, muy principalmente con los anuncios del movimiento de Bilbao». La capital vizcaína volvió pocos años más tarde a ser el centro de todas las miradas, cuando la Federación planteó ir a la huelga en solidaridad con los mineros vascos. Tanto es así que hubo en el seno de la organización obrera encendidas discusiones en torno a la veracidad de las informaciones que llegaban de Bilbao, quedando suspendida la huelga en Zaragoza en tanto no se tuviera la certeza de que los bilbaínos habían comenzado el paro, y enviándose a tal efecto una comisión para conocer de primera mano los hechos. No obstante las noticias sobre su carácter parcial, se acordó comenzar la huelga pensando en que quizás Zaragoza pudiera arrastrar a otros centros fabriles. No fue así, tildándose luego el intento de inocente y fracasado por parte de la prensa y la patronal. Sin embargo, lo novedoso fue que tanto líderes como articulistas elaboraron propuestas y argumentos en términos nacionales, y que ello será una constante en las movilizaciones que se pretenden masivas, como las huelgas generales. De este modo, la elección del momento para lanzar una protesta se complejiza y es objeto de cálculos y debates en los que, además de las propias fuerzas y las de los oponentes, se tienen en cuenta los avatares de otros centros fabriles o el estado de la opinión: «Hay muchos que desean declarar la huelga —se comentó en las discusiones previas a la realizada en junio de 1911—, pero hay pocos que sepan las consecuencias de un paro y las circunstancias pre-

403 La «erosión del apoyo», en Klandermans (1997), p. 100.

cisas para triunfar» (frase por otra parte significativa respecto del camino de semiprofesionalización por el que avanzaban las elites obreras). En definitiva, la recepción de noticias sobre el éxito de protestas en lugares con los que se mantiene comunicación fluida (también en la escala comarcal) fue un importante factor de movilización. Fue una parte relevante del proceso de construcción de una noción de la vida pública en la que los protagonistas pretenden ubicarse, modificando sus límites, prerrogativas y aspiraciones en función de esas noticias y de las relaciones y simpatías entabladas con las organizaciones de otros lugares. Es parte, en definitiva, del constante proceso de interpretación y participación de la cultura política en la que se vive y con la que los grupos se autoidentifican.⁴⁰⁴

La segunda década del siglo iba a dar cabida a distintos momentos y escenarios políticos que fueron traducidos no ya como motivos, sino también como oportunidades para plantear nuevas y más avanzadas demandas colectivas. La década se había abierto con la Semana Trágica de 1909, que ofreció incentivos para la protesta en Calahorra, Tudela y, como se ha visto, también en Zaragoza. La campaña militar de Marruecos que la motivó abrió la caja de Pandora, uniendo a socialistas y republicanos en una campaña nacional para acabar con el Gobierno conservador de Maura. El nuevo gabinete liberal de Canalejas impulsó medidas reformistas como la Ley de Huelgas o la de Asociaciones Religiosas, pese a lo cual se inició un intenso ciclo de protestas en el que se entrecruzaron diversos vectores de conflicto. Así, si en 1910 las sociedades obreras criticaron la enérgica reacción gubernamental contra los huelguistas de Bilbao, fue porque eso favorecía las aspiraciones de los elementos del orden, católicos y conservadores, quienes, en su deseo de derribar a Canalejas («el gobernante más antipático que hemos conocido»), avivaban el malestar de los mineros para que fueran a la huelga. Por su parte, desde las filas conservadoras se identificaba al «masonismo francés» como el incitador del conflicto africano y como el principal interesado en que las tropas se entretuvieran en sofocar revueltas en la península:

404 *HA*, 10-8-1904, n.º 2750. Lo novedoso de estas manifestaciones entre los obreros zaragozanos hace que se pueda leer en la prensa que «era desconocida en Zaragoza esa manifestación de la solidaridad obrera hasta que hubo de surgir hace días con motivo de la huelga de los carpinteros», tildándola de «movimiento social mal calculado» en *HA*, 26-8-1904, n.º 2764. La cita sobre las «circunstancias» favorables para la huelga, en *HA*, 31-5-1911, n.º 5250.

Lerroux, Emiliano Iglesias, Galdós y Soriano, especie de fuelles de fragua, hanse puesto en movimiento apenas han sentido el tirón de la cuerda francesa [...] Han hinchado sus carrillos como músicos de trombón, y han ido a soplar el polvo de las minas y a llenar de apestoso aliento el hueco encefálico de las cándidas masas. Y se ha levantado la espesa polvareda de las huelgas, y han resurgido las turbulentas manifestaciones contra la guerra, y ya, en la densa oscuridad que nos amaga, se ven brillar los primeros chispazos de una próxima llamarada trágica, ampliada reproducción de la execrada semana sangrienta de Barcelona.⁴⁰⁵

La política permea el devenir cotidiano de la gente, movilizada durante estos años por asuntos como la toma del monte Gurugú en 1909 (Ariza, Calatayud, Fuentes de Ebro, Gelsa, Pedrola...), contra la política religiosa de Canalejas (Calatayud, Murero, Fuentes, Mallén...), o su muerte a manos del anarquista aragonés Miguel Pardiñas en 1912. Los radicales se erigen en adalides de una «nueva política» frente a la «vieja», y los campos semánticos de «libertad», «democracia», «justicia» o «derecho» centran con mayor protagonismo los discursos de los actos públicos. En esta línea, las acciones directas o las peticiones en tono deferente son ampliamente sustituidas por las exigencias de una correcta gestión política de los asuntos comunes. Es lo que ocurrió con la campaña por el abaratamiento de las subsistencias lanzada tras el estallido de la Guerra Mundial. En torno al reñido debate entre germanófilos y aliadófilos, la oposición republicano-socialista reclamaba al Gobierno Dato medidas económicas correctoras que paliaran el impacto de la crisis en las clases bajas. El asunto en realidad rebasó los límites a los que pudieron llegar los mítines o la prensa crítica, siendo frecuentes las manifestaciones y huelgas en los pueblos pidiendo pan barato y trabajo. Las reivindicaciones duraron hasta 1920, cuando comenzaron a estabilizarse y a descender lentamente los precios. Podría decirse que la segunda década del siglo XX constituyó un encadenamiento de oportunidades para la acción colectiva, y una escuela fundamental en el aprendizaje de la movilización popular.

Algo que adquirió su máxima expresión en el tramo final de aquella, toda vez que la confluencia de la huelga general «revolucionaria» y los órdagos lanzados por las juntas militares y la Asamblea de Parlamentarios abrió una profunda crisis en el sistema restauracionista. La llama de la *revolución* amenazaba con extenderse desde Rusia por toda Europa, que a

405 EN, 18-9-1911, n.º 3259.

la altura de 1917 era, en palabras de Hobsbawm, «un gran polvorín de explosivos sociales cuya detonación podía producirse en cualquier momento». A tierras aragonesas llegó el sople revolucionario a partir del paro de los ferroviarios, pero, como en otros lugares, y tras quedarse en soledad frente al Gobierno, la represión posterior dejó, sobre todo, lamentos y arrepentimientos. Superado sin embargo aquel desarbolamiento inicial, el calor de la llama revolucionaria comenzó a resultar abrasador. En apariencia no importó decisivamente aquel infeliz final de la huelga para seguir percibiendo que los cimientos políticos de la Restauración seguían resquebrajados y que era posible arrancar de la lucha con los propietarios y autoridades mejoras para los trabajadores. A esas alturas, la experiencia acumulada permitía confiar en una reorganización eficaz para volver a adquirir el protagonismo social. Y así sucedió, como se colige de los datos de afiliación y huelgas entre 1918 y 1923. En definitiva, son estos tiempos de acelerados cambios sociales, económicos y políticos, cambios que de una u otra manera influyen en cómo los actores perciben y atribuyen la estructura de oportunidad de la protesta. Otros puntos fundamentales de la agenda de acción colectiva pueden ayudar a explicar el modo en que el descontento se convertía en acción, la forma en la que el malestar se expresaba en la calle.⁴⁰⁶

4.3. Acerca de «viejos» y «nuevos» repertorios

Una vez vistos el cuándo y el dónde de la protesta, cabe abordar la cuestión de la tipología del repertorio, algo que obliga a observar con mayor detenimiento el asunto del cambio social. Al objeto de categorizar las variaciones en las formas de protesta colectiva, se ha venido hablando de un repertorio «tradicional» y de otro «novedoso», algo que solía conllevar otras cargas semánticas dotadas de cierta intencionalidad. Los repertorios se dividían en «primitivos» o «modernos», «preindustriales» o «industriales», «prepolíticos» o «políticos». Sin embargo, se cuentan ya como abundantes los trabajos que han dejado al descubierto la debilidad de este tipo de emparejamiento cargados de sesgo, y que critican por lo tanto

406 Hobsbawm (1995), p. 67.

aquella vieja presunción que imagina la transformación lineal y mecánica de los trabajadores «preindustriales» en un proletariado fabril que asume de manera extensiva la conciencia de clase. La aparición de las huelgas, los sindicatos y los partidos obreros, según dichas aportaciones, no son consecuencias inevitables y automáticas de la Revolución industrial, sino que es un proceso lento y gradual en el que se mezclan lo viejo y lo nuevo, y del que no todos los trabajadores participan al mismo tiempo ni en la misma intensidad. La transición de la sociedad tradicional a la contemporánea se desarrolla durante todo el siglo XIX y no finaliza hasta bien entrando el XX, con lo que un análisis que tan solo abarque el período intersecular, como el presente, deberá no ser pretencioso y admitir la imposibilidad de abarcar su totalidad. En segundo lugar, la observación empírica de la protesta es la que remite a esa mezcla entre los elementos preexistentes y los novedosos, al subrayado del binomio *continuidad y coexistencia* entre esos elementos. No hay una frontera clara entre los amotinados de 1899 y los huelguistas que en esos mismos años piden mejoras en sus condiciones de trabajo y organizan paros generales en la capital zaragozana. O entre quienes se manifiestan en los pueblos pidiendo pan y trabajo en los años diez y los protagonistas de las cada vez más frecuentes huelgas agrícolas. Como señala Carlos Gil para el caso riojano, «ni los primeros están totalmente aislados del mundo exterior, aferrados a antiguas creencias, ni los segundos han despertado una mañana conscientes de ser explotados y dispuestos a luchar para conseguir la emancipación del proletariado».⁴⁰⁷

Fue en relación con el cambio social como Tilly articuló el concepto de *repertorio* que aquí se utiliza, y el proceso de transformación a que se vio sometido en las sociedades occidentales durante la era contemporánea. Un concepto que ese autor fue refinando a lo largo del tiempo, y que en sus últimas propuestas haría transitar desde un primer estadio de acciones directas, parroquiales, limitadas y de ámbito principalmente local, en las que la gente actuaba asumiendo temporalmente las prerrogativas de las autoridades en nombre de la comunidad, hasta un segundo repertorio de acciones más generales y nacionales, autónomas y modulares (sirven para cuestiones muy diversas y son utilizadas por grupos diferentes), con un carácter más demos-

407 Gil Andrés (1995), p. 146. Acerca de la invalidez de las viejas dicotomías, Casanova (1992) y (2000). También, Pérez Ledesma (1990), p. 167, o Sánchez Pérez (1994).

trativo e indirecto y un menor grado de violencia. Para Tilly, las causas que motivan esta alteración en los repertorios tienen que ver con cambios «estructurales» como el crecimiento del Estado y la introducción del capitalismo en las sociedades rurales, procesos que minarían la efectividad de las formas conocidas de protesta y que abrirían la puerta a nuevas acciones centradas en el mundo del trabajo y la política nacional. Según este esquema, el proceso parece completado en Inglaterra alrededor de 1830, en Francia en torno a 1848, un poco más tarde en Alemania, y hacia finales de siglo en otros países como Italia, España y Portugal.⁴⁰⁸

Y es que la comparación es un eslabón fundamental del modelo, un método básico tanto para establecer tendencias generales como para extraer especificidades e historias particulares. En ese sentido, el hecho de que en el caso aragonés la transición hacia formas novedosas de conflictividad como la huelga y la manifestación no aparezcan con pleno protagonismo hasta entrado el siglo XX, y que ese cambio no sea lineal ni unívoco, sino que esté continuamente trufado de movilizaciones propias del pasado, no es sino el reflejo de lo que ocurre en otras partes del país. A falta de un estudio que aglutine todas las aportaciones y establezca conclusiones de mayor detalle, es claro que los motines y protestas populares por la carestía de las subsistencias o la presión fiscal seguirán figurando como objeto de preocupación de las autoridades no solo durante el fin del siglo XIX, sino también a lo largo de las dos primeras décadas del XX. Las diferencias regionales en los ritmos e intensidad de las protestas, y en el progresivo predominio de las nuevas formas de descontento obrero, es, por ejemplo, una característica que asimila el caso español al italiano, y que es indicativo de una mar de fondo común compuesta por la inestabilidad de las

408 El concepto de «repertorio», en Tilly (1978), y el modelo de transición, en Tilly (1986). En un principio distinguía entre protestas «competitivas» (las disputas y pequeños conflictos ocurridos entre grupos rivales o comunidades vecinas, y los enfrentamientos étnicos y religiosos), acciones «reactivas» (prácticas defensivas frente a presiones exteriores, del tipo del motín de subsistencias, antifiscal, resistencia al servicio militar, hostilidad contra la maquinaria, roturaciones arbitrarias de tierras...), y en tercer lugar las demandas «proactivas» (formas más organizadas y extendidas, que sustituyen la base comunitaria por otra asociativa, siendo las principales las huelgas, manifestaciones, sindicatos, etc.). La periodización del tránsito de repertorio en los diferentes países, en Tilly, Tilly y Tilly (1997), pp. 284-285. Se aproxima al caso británico, realizando un resumen y actualización del término de «repertorio», en Tilly (1995a) y (1995b).

estructuras económicas y un control estatal incompleto e inconstante. Como indica Tilly, en la década de 1890 el Estado italiano entra en crisis por motivos diversos, como la debilidad del sistema parlamentario, la aparición del movimiento obrero organizado a nivel nacional o los efectos negativos de las aventuras coloniales africanas. La correlación con el sistema político de la Restauración es evidente, aunque mantiene diferencias sustanciales, por ejemplo respecto del vigor mostrado por el obrerismo organizado, la mayor celeridad del crecimiento económico, o la cooptación definitiva del poder político por parte de los sectores relacionados con la modernidad y el desarrollo. En opinión de Luebbert, la divergencia que se dio en el caso español entre el poder político interior y la periferia industrial y desarrollada haría de aquel un «caso fronterizo» que explicaría, por ejemplo, la autonomía de los ejércitos en la vida política del país. De cualquier modo, y pese a las diferencias, lo importante es subrayar la persistencia tanto en uno como en otro lugar del viejo repertorio de protesta, al tiempo que se van conformando nuevos actores sociales portadores de identidades nuevas, de nuevos objetivos y formas de manifestar sus aspiraciones y demandas, entre los que centra la atención del conjunto social el movimiento obrero.⁴⁰⁹

Su entrada en la arena política y social tiene que ver desde luego con factores como el grado de desarrollo industrial, pero no solo, o al menos no sin contar con cuestiones como el crecimiento de las ciudades o el grado de difusión de los medios de comunicación, y algo tan importante como los marcos de oportunidades políticas que restringen o favorecen la movilización social (incorporación de derechos políticos como los de asociación y voto, o reformas sociales como las regulaciones laborales llevadas

409 Tilly, Tilly y Tilly (1997), pp. 294 y ss. La caracterización del caso español como «fronterizo», con un proyecto político liberal lastrado por obstáculos y escisiones de corte oriental (analfabetismo, apatía generalizada, estructuras estatales centralizadas pero ineficaces...) y occidental (conflictos regionales o religiosos), en Luebbert (1997), pp. 177 y ss. Un análisis de la persistencia del viejo repertorio de acción colectiva entre la protesta obrera italiana, en Procacci (1989). El número 49 de *Historia Social* dedica un dossier al estudio de diversas movilizaciones sociales en Portugal en los dos siglos previos, «una historia con ritmos y experiencias ampliamente compartidos con los de la España contemporánea». Otros estudios han trabajado los paralelismos en las respectivas crisis de fin de siglo a un nivel más general, como Esteban de Vega y Morales Moya (eds.) (1999) o De la Torre Gómez y Giménez Redondo (eds.) (2000).

a cabo desde medios institucionales). La prueba de que la aparición de las nuevas formas de protesta tenía que ver con algo más que la aparición de las fábricas es que son los trabajadores cualificados, artesanos y representantes de oficios tradicionales, los que primero reaccionan en defensa de valores y expectativas que perciben amenazados. La puesta en escena de prácticas con las que habitualmente venían manifestando su descontento explicaría la persistencia de lo «tradicional», y aclararía otros dos aspectos relevantes de la protesta. Primero, que esta no está hecha únicamente de recursos y cálculos racionales de la gente, sino que contiene un sumando cultural labrado de costumbres y expectativas que se proyectan hacia el futuro común, pero también hacia el pasado. Y en segundo término, que si el «viejo» repertorio persiste con tanto ahínco ha de ser necesariamente por una razón, sus elevadas cotas de eficacia, y no por las ansias de destrucción y de liberación de frustraciones acumuladas apuntadas por los analistas contemporáneos.⁴¹⁰

Bajo este esquema general, la documentación ofrece abundante casuística sobre la persistencia de los viejos patrones colectivos y la paulatina introducción de novedades en los repertorios de acción, refutando con los propios hechos la visión caótica y desordenada que de la protesta fijaron los académicos. Incluso se hablaba de «incultura» y «salvajismo» en los pueblos cuando se sucedían los incendios «a mano airada». El análisis del motín servirá de ejemplo. Consta en primera instancia de una oportunidad favorable que los actores aprovechan, como la celebración de una fiesta tradicional, una subasta de arriendo, una asamblea del ayuntamiento, la llegada de agentes estatales o la extralimitación en el ejercicio de un cargo. Además, lejos de concurrir en un movimiento de tipo desbordante y magmático, la protesta se estructura siguiendo ciertas pau-

410 Sobre la transición y la coexistencia de repertorios, Cruz (1998). En la misma línea, y subrayando el papel protagonista que necesariamente ha de otorgarse al Estado en la configuración de la protesta moderna, Pérez Ledesma (1998*b*). Balfour (1997), pp. 116-117, habla también de coexistencia de repertorios a propósito de los motines de mayo de 1898: de «una mezcla de distintas culturas de protesta» entre un «residuo todavía fuerte de reivindicaciones morales sobre el abastecimiento de alimentos, enraizado en el antiguo sistema de regulación paternalista del mercado, y nuevas formas de agitación procedentes de las acciones colectivas en los lugares de trabajo». Wolf (1982), p. 7, advirtió acerca del uso desahogado de la «persistencia», pues la palabra describe un fenómeno pero no lo explica. Nos hemos aproximado al caso zaragozano en Lucea Ayala (2001-2002).

tas conocidas y repetidas, como la ocupación del espacio público (salidas de la localidad, la plaza mayor, la puerta de la iglesia o el propio ayuntamiento), ordenando los vecinos su actuación en función de lazos, vínculos morales y marcos significativos establecidos en los ámbitos de sociabilidad cotidiana y celebraciones rituales colectivas. Oportunidades, estructuras, símbolos. Todo un conjunto de recursos que, al perpetuarse y reiterarse en el tiempo, constituyen marcas de identidad colectivas, enseñas que caracterizan los modos con los que los grupos elaboran una imagen de sí mismos y sus oponentes, y actúan en consecuencia en la arena pública.

Las celebraciones festivas, por ejemplo, constituyen un buen ejemplo de oportunidad de protesta, siendo las capeas de vaquillas motivo de preocupación ministerial hasta los años veinte y treinta del nuevo siglo. Recordemos. En la pirenaica villa de Ansó se produjo un duro enfrentamiento entre carabineros y vecinos por las rondas «insultantes» cantadas durante una corrida de toros en las fiestas de 1879 y el intento de los guardias de suspender el acto. Durante el transcurso de una novillada en Ateca, en septiembre de 1892, el público «comprendió» que la cuadrilla jugaba con la res, y fueron arrojándose a la arena sin bastar a impedirlo la Guardia Civil ni la policía municipal. El motín se dirigió en seguida contra la autoridad local, pretendiendo los grupos subir la vaca al palco presidencial, y llevándola finalmente a la casa del alcalde, donde se sacrificó y se repartió. En julio de ese mismo año, en Orihuela (Teruel), la detención de la cuadrilla por orden del alcalde produjo las simpatías del vecindario, que arrancó tablas de la plaza y promovió un gran tumulto, marchando por el pueblo a los gritos de «¡Viva la República!», «¡Viva Carlos VII!» y muera al alcalde. En Almonacid de la Sierra la transgresión de un código no escrito durante una capea en 1903 desencadenó otro conflicto de orden público. El hijo de un propietario, que «accidentalmente residía en dicho pueblo con su familia», clavó una banderilla sobre la res, dejándola inutilizada. Los mozos se amotinaron contra él «gritando que no se permitía matar el toro a los forasteros», persiguiéndole con palos y garrochas y «dando voces contra los ricos y otras expresiones provocativas». La multitud, arengada por un vecino a la puerta del Ayuntamiento, exigía a la familia mil pesetas como indemnización, haciendo marchar con ellos al alcalde y al juez para dar autoridad a la protesta, bajo la amenaza de que «de no verificarlo sobrevendría un conflicto de mucha mayor grave-

dad y trascendencia». En Sádaba, cuando en las fiestas de 1916 bajaba el público a la arena para matar a la res, se promovió un motín contra la Guardia Civil tras haber sido golpeado un vecino por un número con su arma. Y cuando en Gallur la Guardia Civil pretende suspender una capea en las fiestas de 1929, se produce un serio tumulto contra la Benemérita, ocurriendo un hecho muy similar en Sarrión en 1926 y 1929, o en Teruel en 1926. El aprovechamiento de este tipo de circunstancias ofrece una clara continuidad en el tiempo, pero tan solo constituye una pequeña muestra de la selección y apropiación popular de espacios y tiempos en los que los grupos pretenden llamar la atención para plantear sus demandas o canalizar su hostilidad hacia las autoridades locales, así como de la utilización de un repertorio de acciones ritualizadas que subrayan la identidad local y refuerzan las pautas comunes, los valores morales y la solidaridad comunitaria.⁴¹¹

Casi siempre la protesta comienza con una situación previa de malestar (las dificultades fiscales en el verano de 1892 enmarcaría el motín de Ateca, o la crisis de subsistencias de 1916 el de Sádaba), en la que los rumores o las noticias corren de boca en boca y «como reguero de pólvora» en los espacios de contacto cotidiano.⁴¹² En otras ocasiones los pasquines y anónimos colocados en lugares visibles y conocidos dejaban bien claras las pretensiones y el alcance de la amenaza de los vecinos. En la plaza Mayor de Munébrega, excitados los ánimos como estaban por el cobro de los consumos, aparecieron en 1911 «pasquines redactados en términos violentos, pidiendo la dimisión del Ayuntamiento y amenazando con hacer uso de la dinamita». Aprovecharon además la circunstancia de ser día festivo para amotinarse, pues el jefe de la cercana Calatayud no pudo avisar telegráfica-

411 Lo de la incultura, en *HA*, 15-7-1907, n.º 3849. Lo de Ateca, en *DAZ*, 19-9-1892, n.º 7237. Un hecho muy parecido tuvo lugar en la localidad navarra de Tafalla. La presidencia prohibió la suerte de don Tancredo, y el público bajó al redondel en son de protesta. En ese momento se soltó una vaca que hirió a varios. El resto, «locos de ira», arremetieron contra la res y la mataron. Los amotinados la arrastraron por las calles hasta llegar a la puerta del Ayuntamiento (*HA*, 20-8-1902, n.º 2146). El motín de Almonacid, en *AHPZ*, Sentencias criminales, 1905, n.º 107.

412 El «reguero de pólvora» en Aguarón, en *HA*, 22-5-1907, n.º 2791. Sobre el surgimiento de los rumores en momentos de tensión social, Yang (1987). El rumor como elemento clave de la movilización y el conflicto político, del establecimiento de identidades, la interpretación de la información y las acciones, y de la introducción en el discurso público, en Hahn (1997).

mente a varios puestos de la línea, con lo que hasta el día siguiente no llegaron las tropas reconcentradas desde Zaragoza. No era infrecuente la coacción con el uso de la dinamita, un tipo de violencia que, junto a otras de menor intensidad y más largo periplo histórico (pedreas, cercerradas, rondas de mozos, sátiras carnavalescas, o el mismo fuego purificador), se incorpora fácilmente al lenguaje y la acción de protesta, y que no necesariamente tenía que ver, pese a los apocalípticos cuadros de los comentaristas, con el anarquismo. A partir de aquí el repertorio se adaptaba con cierta flexibilidad a las circunstancias tácticas y a los riesgos que comportaba el enfrentamiento con las autoridades y las fuerzas del orden, asunto que desde luego contaba con atenuantes y códigos que implicaban no solo a los participantes, sino también a las autoridades y fuerzas armadas, y que en mayor o menor medida eran asumidos por estas últimas, como lo demuestra la impunidad que a la multitud otorgaba la presencia de mujeres y chicos al frente de los grupos, o la sensación de seguridad que provocaba la participación masiva. Así, no son pocos los casos en los que se absuelve a los procesados, como a los diez inculcados del motín de Arándiga, los doce del motín de Tarazona o los veintisiete del de Calatayud, acaecidos en 1888. Las dificultades para continuar las diligencias de la justicia también fueron objeto de comentarios tras el motín de Tarazona de 1895, y de la acción de grupos en La Almunia en 1891, cuando tras el motín varios de ellos se presentaron ante el juez pidiendo los sumarios instruidos «con el propósito sin duda de hacerlos desaparecer».

La defensa de los inculcados por el caso de Fraga de 1906 hace uso de estos supuestos sobre la imposibilidad de determinar los rostros entre la «caótica» multitud, así como sobre la enajenación o imbecilidad, cierta invalidez mental en todo caso, que presentaban sus defendidos. Durante el consejo de guerra celebrado, uno de los defensores, el capitán del regimiento del Infante Sr. Perales, alegó que los hechos de la desgraciada mañana del 6 de marzo de 1906, en la que, recordemos, resultaron muertos cinco paisanos y un guardia civil además de numerosos heridos, «no están suficientemente probados, no sabiéndose a punto fijo quiénes maltrataron ya de palabra ya de obra a los guardias del benemérito instituto». De su patrocinado, el conocido como *el Chato*, alegó que es un individuo impulsivo, «casi idiota», y que por lo tanto «más que a un presidio a donde procedía conducirlo era a una casa de salud». El abogado militar del otro procesado, *el Encolat*, alegó de igual modo que «en aquella desdichada

tarde nadie sabe lo que ocurrió ni quiénes fueron el culpable o culpables del delito que aquí se persigue». Otro letrado apuntó que «el proceso está envuelto en las más densas tinieblas y buena prueba de ello es que los procesados no son más que veintiún vecinos de Fraga detenidos por el juez como *sospechosos*, nada más que como *sospechosos*». Las defensas fueron discurrendo con progresiva brillantez según el corresponsal de prensa, produciendo «inmejorable impresión» entre el público que asistía al acto. Este argumentario pone de manifiesto toda una suerte de nociones sobre la protesta y las prácticas de la multitud, en concreto sobre el anonimato que esta proporciona a sus integrantes y sobre la incertidumbre que inculca entre las autoridades. Unas nociones que en el fondo eran compartidas, desde diferentes puntos de vista, tanto por vecinos como por autoridades y comentaristas, lo cual remite a la interacción e influencia mutua entre los diferentes grupos sociales implicados en la contienda durante la acción colectiva.⁴¹³

Todas estas atribuciones que de manera tácita son asumidas por los integrantes de la multitud enraizan en la vida cotidiana de la comunidad rural, del «pueblo». En esa unidad social básica, estructurada en núcleos familiares extensos, se desarrollan formas consuetudinarias de organización, redes solidarias vecinales, experiencias de reciprocidad y regulación de bienes; se comparten valores y creencias, se alimentan vínculos emocionales, en fin, la gente tiene la sensación de que participa en la construcción y defensa de la cultura local comunitaria. De ese modo se acentúa el sentimiento de identificación y pertenencia a ella, y crece entre sus integrantes la capacidad de interpretar la realidad e identificar con eficacia las amenazas que provienen del exterior. Lo cual no quiere decir que la cultura popular, y las mismas comunidades, fueran en realidad microsociedades inmóviles, atemporales y con una estructura social armónica y carente de desigualdades o tensiones. La realidad caciquil contradice esa imagen bucólica de la sociedad rural y revela la existencia de desiguales relaciones de dependencia, autosubordinación y dominio, si bien los últimos estudios sobre el asunto apuntan a la posibilidad de un uso discriminado de

413 HA, 23-7-1907, n.º 3857. La «imbecilidad» era un argumento revestido de cientifismo que solía ser utilizado en las defensas judiciales. Un buen ejemplo, en Ruiz Maya (1915).

actitudes de deferencia o resignación con fines diversos, entre la mera supervivencia o la disputa política más o menos velada. Sea como fuere, a finales del siglo XIX la amenaza de disgregación que parecía cernirse sobre las comunidades rurales se percibe como más intensa e inminente, y se estima que los cambios socioeconómicos y políticos habían de terminar con el mundo rural tal y como se conocía. Una amenaza llegaba desde diferentes, aunque relacionadas, vertientes: la presencia cada vez más ineludible de las instituciones estatales en la vida cotidiana rural, la penetración de las relaciones de producción capitalistas en el sector agrícola, la construcción de identidades como la de clase, o una emigración que afectó a buena parte del campo aragonés en los tiempos de crisis. Pues bien, en las sociedades rurales ni hubo un rechazo atávico a las novedades, ni tampoco un intento de adopción acrítico, pues la costumbre popular constituyó un filtro con criterios de sanción colectiva con los que seleccionar aquello que resultase beneficioso para los intereses comunes. Ahora bien, el proceso por el que este proceso de selección, apropiación y construcción fue abriéndose camino entre las clases populares fue gradual, así que, al mismo tiempo que las nuevas ideas, demandas y formas de acción ganaban terreno, los participantes en la protesta se esforzaban por mantener a salvo los valores y maneras colectivas de actuar que habían venido practicando con elevadas cotas de cohesión y eficacia. Se trata de un proceso de «transición y coexistencia» entre lo viejo y lo nuevo, entre el repertorio conocido de protesta y las nuevas formas de acción colectiva.⁴¹⁴

4.4. Transición y coexistencia

Tarazona, al igual que otras localidades con un buen número de jornaleros y un activo sector artesanal, constituye un buen ejemplo para trazar las sinuosidades de este camino. Curiosamente, el primer conflicto del que tenemos noticia durante el período abarcado fue un paro de alparga-

⁴¹⁴ Algunas características de la vida en las comunidades rurales, en Shubert (1991), pp. 277 y ss., o en Blum (1971). Un análisis de nociones morales y costumbres compartidas desde la tensión entre la continuidad y el cambio, y aplicado a la moralidad campesina, en Alpern (1990). Doug McAdam (1988) se aproxima al análisis de la movilización de pequeños grupos informales, como las comunidades locales.

teros en 1885 solicitando a los maestros un aumento de jornal. Poco después llegarían los graves motines por consumos de 1888 y 1895. En la sentencia del primero de ellos se detalla el comportamiento tumultuoso de los braceros y trabajadores de la ciudad. A los gritos de «abajo los consumos», «fuera puertas» y «abajo los fielatos», los amotinados consiguieron que los trabajadores que esperaban en distintos puntos a ser admitidos en los tajos se sumaran a ellos, y, dividiéndose en tantos grupos como casillas de cobro, se dirigieron a estas y «con las mismas herramientas que llevaban para el trabajo destruyeron y derribaron aquellas casetas». Antes habían sacado el mobiliario y los libros de recaudación y documentos, y, colocando todo en la calle, les prendieron fuego, «respetando empero los efectos que correspondían a los encargados de la vigilancia y recaudación», tanto los fondos en metálico como la carabina de los vigilantes, que fueron entregados al Ayuntamiento. En 1897 el «pueblo exacerbado» acudió al Ayuntamiento para impedir la venta del monte público, y en mayo del año siguiente se produjo la manifestación por la cuestión de las subsistencias. Las protestas populares de 1902, contra el posible traslado de la silla episcopal y, de nuevo, por la subasta de los consumos, no ofrecieron elementos nuevos al conocido repertorio de acciones localistas, directas y violentas (de facto o como amenaza). En 1903, sin embargo, daba sus primeros frutos el incipiente asociacionismo local, al tener lugar cinco huelgas llevadas a cabo por otros tantos oficios solicitando aumentos de jornal, y en 1904 los obreros de una fábrica de paños hacían lo propio, lo que movió a las autoridades a «tomar precauciones». Ese mismo año se celebró el Primero de Mayo por todos los «gremios federados». Los obreros, partiendo del centro local, portando banderas rojas con inscripciones y lazos del mismo color en las solapas, engrosaron una manifestación reivindicativa que se disolvió pacíficamente. En enero de 1905 la federación socialista local, convocando a la población con pasquines colocados en puntos visibles de la ciudad, organizó una manifestación pidiendo el abaratamiento de las subsistencias según las recomendaciones de los organismos nacionales, algo que suponía un cambio cualitativo en el grado de coordinación exigido por esta movilización. A esas alturas ya había dos concejales socialistas en la localidad, y se contaba con unos seiscientos federados que marcharon «con el mayor orden» por las calles de la ciudad. Y junto a la supresión de los consumos por puertas, nuevas peticiones se incorporaban a las aspiraciones obreras: «Trabajo e instruc-

ción para los obreros» y «Adelante con el proyecto de las escuelas», reza-
ban los carteles.⁴¹⁵

Sin embargo, en 1907 volvía a tener lugar algo parecido al viejo motín, y fue en el terreno de la política, al prepararse una manifestación de protesta por la elección del candidato ministerial y con ocasión de reunirse en la ciudad la junta de escrutinio. Al confirmarse la elección, «un inmenso gentío», en el que predominaban las mujeres, promovió un alboroto en la plaza del Mercado. Los guardias concentrados dieron el toque de atención y «la muchedumbre se dispersó en todas direcciones en medio de ensordecedora gritería». El Primero de Mayo de 1913 se erigió de nuevo en oportunidad para la reivindicación, pero en esta ocasión a cargo de los braceros de los pueblos vecinos, que acordaron manifestarse en Tarazona por las denuncias que su Ayuntamiento efectuaba en los montes colindantes. La protesta tuvo carácter ordenado y los representantes conferenciaron con la autoridad tarazonense, pudiendo encauzarse así el malestar popular. Durante la crisis de subsistencias de 1916 los trabajadores locales se manifestaron siguiendo las directrices de los organismos obreros estatales, entregando un pliego al alcalde con peticiones como la baratura de los precios y la libre entrada de los productos de consumo para las clases populares. Sin embargo, este camino seguiría mostrando recodos con regusto a pasado, como el motín de 1921 en el que los cultivadores de remolacha impidieron la apertura de las básculas mientras no se mejorase el precio pagado por la fábrica, o la ruidosa protesta de labradores por la detención de un guarda de monte que, al defender a unos roturadores, se había visto envuelto en una reyerta con campesinos del vecino pueblo de Torrellas.

La mirada hacia Tarazona facilita en todo caso la comprensión del carácter histórico de este proceso de aprendizaje de nuevas acciones e ideas, alimentado por los ejemplos tomados del exterior y la voz de la prensa escrita. A su vez, la influencia, ejemplo y experiencia de la organización se extendían a los pueblos comarcanos más pequeños, registrándo-

415 Este recurso al motín entre las primeras organizaciones obreras y las implicaciones de relaciones, lazos y también líneas de fractura comunitarios sobre los que se asentaban, ha sido igualmente resaltado en otros contextos, en David Smith (1980), Chakrabarty (1981), Roediger (1985) o Crossman (2003)

se para este caso huelgas en Ambel, Maleján, Vera de Moncayo, Malón, Ainzón, Grisel, Ariza, Jarque o Bulbiente. Pero sin olvidar que los nuevos vínculos identitarios y asociativos convivían con lazos comunitarios. Por eso, al tiempo que maduraba la huelga como medida de presión, continuaron siendo frecuentes las acciones directas que usaban de la hostilidad, la coacción o la apropiación de recursos: los incendios y destrozos de las propiedades de ciertos vecinos, el persistente hurto de productos del bosque, las roturaciones arbitrarias..., o las manifestaciones de mujeres y chicos pidiendo el abaratamiento de las subsistencias o protestando por cuestiones relativas a recursos fundamentales para la subsistencia familiar. En este sentido, la actitud de las mujeres es un buen termómetro en el que ver reflejada la coexistencia de repertorios, pues, al tiempo que mantenía esa autoridad moral dentro de la comunidad que les confería potestad para lanzar los motines, podían imprimir ese carácter «popular», y por tanto un tono más apremiante y directo, a conflictos huelguísticos o peticiones de trabajadores en paro. Como en Montañana, en 1913. Durante los primeros días de junio los obreros de la papelera de este núcleo contiguo a Zaragoza fueron a la huelga pidiendo aumento de jornal. Como las negociaciones no fructificaban, la empresa se procuró trabajadores de otros pueblos cercanos, hecho que «indignó a los huelguistas», y advirtiéndose que «los ánimos estaban excitadísimos y que hasta las mujeres tomaban parte en la protesta de los hombres».⁴¹⁶

Pese a los intentos de igualación de insignes pensadoras anarquistas y la actividad de algunas secciones de trabajadoras, las mujeres quedaron al margen de las organizaciones obreras en este momento tan importante de la conformación de la identidad trabajadora, dada la competencia que suponía para los trabajadores masculinos.⁴¹⁷ Recordemos que en los mítines de los primeros años del siglo XX, y a pesar de las muestras de gentile-

416 Montañana, en *HA*, 3 y 7-6-1913, n.º 6111 y 6115.

417 Algo que no distaba mucho en sus fines del discurso burgués sobre el trabajo femenino y el «ángel del hogar»: «En una sociedad perfecta, la mujer no trabajaría, o sus trabajos estarían de tal manera reglamentados y escogidos a propósito [sic] para las especiales condiciones y necesidades de su sexo, que ningún perjuicio pudiese sufrir, por resultados de ellos, su salud física y moral y su educación [...] Todos salimos perdiendo [con el trabajo fabril femenino]. La mujer se gasta físicamente, se pervierte moralmente y disminuye el jornal del hombre» (*HA*, 18-12-1909, n.º 4680). La relación entre trabajo fabril de la mujer e inmoralidad, también en Hilden (1984).

za de los oradores hacia las asistentes, se conminaba a que estas jugasen sus bazas en el interior del hogar, alentando a sus maridos a la huelga o a la renovación de sus costumbres en el ocio. Sin embargo, la realidad fue siempre más compleja que los discursos, y el empleo de mujeres por parte de patronos y capataces fue imponiéndose poco a poco en ciertos sectores productivos. Precisamente la existencia de tales secciones específicamente «femeninas», (encuadrada la de Zaragoza en la Federación Local y comandada por Antonia Maymón), ponía de manifiesto la realidad del trabajo femenino en las fábricas, y su debilidad entre las sociedades de oficio, al tener que agruparse por motivo de género. Al mismo tiempo, cabría reconocer que las propias mujeres priorizaban en muchos casos los trabajos domésticos, comportamiento vinculado con el reparto de atribuciones asignados en la sociedad tradicional, y con la continuidad material y moral del grupo social. Así, las mujeres siguen saliendo a la calle para hacer oír su voz por cuestiones como el encarecimiento de las subsistencias, el cobro abusivo de los impuestos, el desvío impropio de las aguas o la comisión de ciertos actos por parte de vecinos o forasteros merecedores de reprobación pública. En una fecha tan avanzada como 1920, el año en que mayor número de huelgas tiene lugar en Zaragoza durante todo el primer tercio de siglo, se celebra una manifestación formada «exclusivamente por mujeres pidiendo el abaratamiento del pan y de las subsistencias en general». Consiguieron hacer cerrar los establecimientos del centro urbano con amenazas de rotura de lunas y ante la tibieza de las fuerzas del orden, pues la autoridad, «tratándose de mujeres», no creyó oportuno «dar órdenes severas». Los grupos cometieron algún destrozo y agredieron a un comerciante «somatén», lo que movió al gobernador a ordenar a la Guardia Civil extremar el rigor solo «si entre los manifestantes hubiese hombres». Las manifestantes comprendían su inmunidad y agredieron con piedras a los guardias, reproduciéndose las algaradas por la tarde. Fueron detenidas dos vecinas, y a los pocos días murió una de ellas. Por creerse que el fatal desenlace tuvo que ver con el apresamiento y los interrogatorios, se convocó a una «imponente manifestación» a la que acudió «toda la masa obrera de esta ciudad» para acompañar al cadáver al cementerio, disolviéndose luego pacíficamente.⁴¹⁸

418 HA, 14 y 15-9-1920.

Este ejemplo sirve para aterrizar de lleno en el ámbito urbano, donde quizás, y a través de la acción de protesta de las mujeres, puedan apreciarse mejor todavía esos límites difusos, esos territorios de transición entre el «viejo» y el «nuevo» repertorio. Durante la huelga general del Primero de Mayo de 1891, «el vocerío de chiquillos y mujeres aumenta la excitabilidad en los grupos y en la fuerza pública», y cuando los grupos de obreros fueron diluyéndose entre las carreras y detenciones, «los de mujeres y chicos permanecen con sus gritos y silbidos». Fueron las mujeres del Mercado las que primero pidieron el indulto para todos los reos del caso Conesa en 1892, bajo la consigna del «¡O todos o ninguno!», las que salieron a la calle en 1896 bajo similar proclama en protesta contra el injusto sistema de recluta militar, y las que lanzaron los motines de 1899 que terminaron por desbordar el cierre de tiendas organizado por las cámaras de comercio contra la fiscalidad Villaverde. Por aquellos años, y al tiempo que se organizaba la Federación Local de Sociedades Obreras, las mujeres del mercado seguían promoviendo protestas al viejo estilo, como los motines por el reparto de puestos del nuevo Mercado o los altercados consentidos a los chicos contra los perreros municipales. Durante la huelga general de agosto de 1904 el Mercado se convirtió en un centro «animadísimo» en el que se discutían argumentos a favor y en contra del paro, mientras en otro punto de la ciudad unas ciento cincuenta corseteras se negaban a entrar a la fábrica mientras no se admitiese a dos huelguistas despedidos. Su presencia como público de los mítines y en la propia calle fue muy destacada, igual que durante la huelga general de septiembre de 1910: «las mujeres tomaron parte en la tarea de obligar al paro», circulando grupos de obreras y obreros por la ciudad para vigilar los cierres. Guarnecedoras, corseteras, tejedoras, traperas, modistas y otros oficios fueron al paro, alentadas por las «huelguistas feministas» que recorrían talleres y fábricas, siendo ellas, indudablemente, quienes hicieron la primera demostración de fuerza. A esas alturas la organización obrera local ya tenía potencial para preparar huelgas generales, y las mujeres podían albergar expectativas de conseguir un espacio propio en ellas, dada la preferencia mostrada por no pocos empleadores a contratarlas. Sin embargo, no se volvió a conocer una sociedad parecida a la «feminista» hasta los años treinta. Es más, tras la represión que siguió a la huelga de septiembre de 1911 y la huida de Claramunt y Maymón de la ciudad, se aceleró de algún modo el proceso histórico de retirada de la mujer hacia el ámbito de las responsabilidades familiares. En reali-

dad nunca las abandonaron, ni la noción que las legitimaba para salir en su defensa, aunque se hicieron sintomáticamente más espaciadas en el tiempo, pues hasta 1920 no saldrían en demanda de subsistencias más baratas, y hasta 1932 no volverían a hacerlo por igual motivo.⁴¹⁹

Siendo el comportamiento de las mujeres quizá el nexo más claro entre las «viejas» y las «nuevas» formas de protesta, existen otros caminos que dan cuenta de la introducción de novedades en los modos de concebir la realidad. Al respecto, es patente como en numerosos escritos de la época se utiliza una secuencia discursiva que asimila la novedad en las formas conflictivas de la multitud a la aparición de las «ideas» políticas entre las clases populares. El nexo entre lo uno y lo otro estribaba en el efecto nocivo y pernicioso que sobre la moral y costumbres colectivas producían los idearios emancipadores. Así, en el motín de La Almunia de 1891 por la cuestión de los consumos, se dice que el pueblo obró por cuenta propia alegando «que los ricos no contribuyen como los pobres», según algunos «hostigada por no sé quiénes, que con trabajos de zapa ocultan sus ambiciones y deseos». A la altura de los primeros años noventa se contempla con recelo la extensión de las ideas «socializantes», la «propensión del proletariado a secundar planes *perversos* de quienes toman las masas por máquinas de destrucción», y se sospecha que tras los numerosos incendios rurales de aquel verano se esconden individuos de «manos arteras» que pregonaban «ideas disolventes» por barrios rurales y pueblos, tildándose sucesos similares como «signos de una anarquía de doublé». Permeaba la opinión de que la incursión de los obreros en la política solo podía traer violencias. Respecto de los hechos de Fraga, se dijo que se trataba de algo más que de un movimiento de protesta puntual: «se trata de una lucha de clases provocada por cuestiones políticas y por propagandas imprudentes». Los propietarios declaraban al reportero que la sangrienta jornada «aumentará el odio que nos tienen las clases baja y media», y se daba cuen-

419 González Fernández (1992). Algunos autores subrayan como en algunos contextos el hecho de que la identidad de la mujer trabajadora estuviese atravesada por lealtades como la vecindad y el mantenimiento de la casa, supuso una dificultad para movilizarlas políticamente a través de argumentos y organizaciones de alcance nacional (Harrison, 1989). Un campo por explorar en la división de roles de género es no solo el ámbito de las mujeres, sino también el de la «masculinidad» como factor identitario para entender algunos conflictos (Scates, 1997).

ta de que los braceros rechazaban el jornal y los bonos de rancho ofrecidos por aquellos para los días siguientes. Un artículo del *Heraldo* resume bien la opinión de la época sobre las huelgas en los círculos burgueses: «son unas veces justamente iniciadas por la imposibilidad de vivir con el mezquino salario que disfrutaban los obreros; otras, por ambiciosos y descontentadizos que quisieran vivir con el trabajo del prójimo; y las más, por elementos revoltosos que, escudados en la huelga aunque ajenos a ella cometen sus desmanes y fechorías». Estos «apasionados» —decía el *Heraldo*—, intentan comunicar sus ideas a los demás «a fuerza de habilidad sofisticada», una imagen cultivada en diversos artículos de los medios escritos que bebía de las teorías de la agitación de las muchedumbres de Le Bon.⁴²⁰

El rechazo de los trabajadores de Fraga al ofrecimiento de raciones y bonos de rancho por parte de las autoridades es un síntoma de un cambio más general, y que las mismas autoridades y propietarios debieron de aprender a interpretar rápidamente ante la amenaza que para ellos suponía la movilización obrera. Los jornaleros pasan de protestar en calidad de consumidores a hacerlo como productores, desde y hacia la modificación de los términos del proceso productivo en el que participan o desean hacerlo, algo que ayuda a comprender el aumento del número de huelgas a partir de 1900. Ante las manifestaciones de jornaleros concentrados a las puertas del Ayuntamiento de Zaragoza esperando un jornal o una ración de comida, ya no valdrán las mismas respuestas de las autoridades basadas en una mezcla paternalista de beneficencia y promoción de obras o arreglos urbanísticos. En Zaragoza hubo repartos de raciones en años o situaciones críticas como en el invierno de 1906, pero puede afirmarse que cada vez en menor medida, detectándose actitudes de protesta también entre los jornaleros empleados en las obras municipales de ese año, que acudieron a las Casas Consistoriales pidiendo aumento de jornal, sin conformarse con menos de ocho reales. El alcalde no accedió y los obreros «hubieron de objetar en forma destemplada», apuntándose en las listas, por riguroso orden, unos seiscientos, y repartiéndose mil seiscientos bonos de comida, todo ello en presencia de la policía para evitar posibles desórdenes. A pesar de eso, lo que los trabajadores en paro querían de las auto-

420 *HA*, 28-2-1902, n.º 1997.

ridades, como rezaban los cartelones desplegados en el salón municipal en 1914, era «¡Trabajo!». Eso da cuenta de un proceso de conversión del viejo «nexo del pan», en el que había descansado buena parte de la relación entre las clases populares y las elites, y que legitimaba el motín de subsistencias, en una preocupación creciente por la cuestión del «salario» como vértice de la conflictividad social.

Al mismo tiempo, y desde la concepción multifacética de la identidad que ha sido apuntada con anterioridad, se cimentaron nuevos espacios de pertenencia y de formas de expresión del descontento, y en ello tuvieron no poco que ver tanto las organizaciones obreras como los partidos y agrupaciones republicanos. Se trataba de inculcar un concepto de «ciudadanía» entre las capas populares a través de la palabra y los actos cívicos, encuadrados en campañas nacionales que precisaban, al tiempo que exhibían, una mayor capacidad de coordinación entre sus participantes. Esa noción implicaba también una participación política más explícita y transparente, y una relación con el Estado en la que los niveles de prestaciones de la población se equiparasen a las contraprestaciones otorgadas por aquel, es decir, planteando abiertamente que a las obligaciones les debían acompañar los derechos. En el fondo tales enunciados planteaban un ensanchamiento del estrecho sistema participativo de la política de la Restauración, y chocaban en la práctica con incapacidades estructurales del Estado para revertir en la ciudadanía nuevos y más extensos servicios. No es de extrañar, entonces, que en esas campañas y movilizaciones de ámbito nacional se incorporasen motivos de descontento popular como los consumos (campaña republicana de 1901), las subsistencias (campaña socialista de 1905) o el injusto sistema de recluta militar (campaña socialista a partir de 1895). Algunas tuvieron incluso un eco internacional, como la iniciada en defensa de los presos de la prisión de Montjuich de 1895-1898, o la que llamaba la atención sobre las penas impuestas a los procesados por los sucesos de la Semana Trágica de 1909, sobre todo por la ejecución de Francisco Ferrer i Guardia. Por cierto, que este tipo de movilizaciones pidiendo la liberación de ciertos detenidos o el perdón para condenados por motivos políticos y sociales constituye un exitoso motivo de protesta en el que no solo entra en juego la solidaridad de clase, sino también los lazos vecinales y comunitarios. No hay más que recordar los numerosos motines y tumultos acaecidos en los pueblos de Aragón con motivo de la detención de ciertos paisanos por cuestiones sociales, en la mayoría de las

ocasiones relacionadas con la revuelta ante los consumos o la desobediencia de las prescripciones municipales sobre la corta de leña en el monte. Estos conflictos se solapan, sobre todo en la capital, con campañas prolongadas, predominando cada vez más, en lugar de las acciones directas tratando de liberar a los presos a las puertas de las cárceles, las manifestaciones y mítines pro amnistía, las protestas escritas o las suscripciones populares a favor de las familias de los presos.

En Zaragoza se encadenaron varias campañas de este tipo. En diciembre de 1911 se organiza un mitin por sindicalistas y republicanos locales «protestando de los atropellos que con los obreros cometen las autoridades, teniendo encarcelados 21 compañeros» y pidiendo su liberación. Poco después la prensa republicana lanzaba la campaña por el indulto de los seis reos de Cullera, describiendo el mitin organizado en la capital, y alentando con grandes titulares y extensos artículos a los «ciudadanos» y «hombres libres» a que pasaran «a los centros del partido donde podrán suscribir los pliegos que han de enviarse a Canalejas». La iniciativa se extendió por centros comarcales como el de Leciñena, de donde remitieron cuarenta firmas. La campaña continúa cuando son indultados todos los reos menos uno. Se retoma el «Todos o ninguno» que, primero las mujeres del mercado, y luego las clases populares de la ciudad, habían enarbolado en 1892 con los reos del caso Conesa, organizándose un mitin al que asisten unas siete mil personas, donde se hace memoria de aquellos sucesos de hacía casi veinte años. Las conclusiones son dignas de apuntar porque resumen algunas de las cuestiones planteadas en este análisis del tránsito hacia nuevas formas de protesta: se pide al Gobierno una reforma «en sentido progresivo» del Código Penal y la abolición de la pena de muerte; se pide «por el mismo conducto» una amnistía «para todos los que en España sufren prisión o destierro, inculpados de delitos de imprenta, político o social»; en relación con los derechos, se acuerda escribir una memoria de los sucesos ocurridos en Zaragoza durante la huelga general de 1911 a los grupos republicanos en el Congreso, para «aquilatar la conducta que observó el entonces gobernador civil de Zaragoza». El mensaje llega a los locales comarcales a través de la prensa y los discursos, como en la inauguración del centro de Épila. En marzo de 1912 se celebra un mitin «pro justicia» en Huesca pidiendo el esclarecimiento de un hecho trágico, del que se sospechaba que, por ocurrir en el palacio episcopal, podría eludir la acción de la justicia. En mayo de 1915 continuó la campaña por la aboli-

ción de la pena de muerte pidiendo el indulto para los reos del llamado caso de Benalgalbón, organizándose un mitin en Zaragoza que contó con la adhesión de las sociedades obreras de la ciudad. En septiembre de ese mismo año tendría lugar una masiva manifestación en la capital pidiendo el indulto para un homicida, el llamado «reo de Calcena», que se iba a ejecutar en el patio del penal. El acto no revistió violencias, centrándose en las peticiones formales al presidente del Consejo de Ministros, que no concedió finalmente el indulto. Y en 1920 los sindicatos locales llevaron a cabo una huelga general con el objeto de forzar el indulto para los asaltantes del cuartel del Carmen.

No fueron este tipo de motivos los únicos que se articularon en campañas nacionales. La oposición a la Guerra de Marruecos o la petición de medidas gubernamentales para atajar la crisis de subsistencias de 1916 se escenificaron al mismo tiempo en numerosos puntos del país, y algunos años antes la cuestión religiosa y la política de Canalejas sobre las órdenes religiosas habían echado a la gente a la calle para participar, a veces de modo violento, en conflictos y enfrentamientos con sus oponentes. En todas ellas adquieren una inusitada relevancia ciertas formas de movilización que allanan el camino a la creación de los movimientos extensos, en los que la imprenta y la mejora de los medios de comunicación consiguen hacer llegar un mensaje unificado y noticias actualizadas a sectores cada vez más amplios de población. Tarrow define el fenómeno como la creación de «comunidades de letra impresa», que en conjunción con el desarrollo del asociacionismo determinan las redes que vertebran el movimiento. Unas redes que aprovechan, aunque superándolos en su extensión, los vínculos familiares y vecinales propios de las acciones directas y locales. La organización de campañas contribuyó además a sumar nuevos públicos, ganando sus simpatías para la causa y creando coaliciones holgadas de corte interclasista capaces de poner en marcha ciclos amplios de protesta. Existen desde luego diferencias notables entre la campaña de «regeneración política» que, liderada por los Costa, Paraíso y Alba, fue dirigida a captar el apoyo de las «clases neutras» tras el desastre del 98, y las movilizaciones que los sindicatos obreros y los grupos republicanos llevaron a cabo pidiendo el abaratamiento de las subsistencias en 1916 o en la huelga revolucionaria de 1917. Puede decirse que ambas terminaron en fracaso respecto del objetivo que las animaba, pero que el último tipo marcó claramente un antes y un después en la movilización colectiva aragonesa y del país en general. El

primero de ellos contó con potencialidades como una eficaz organización asamblearia y el favor de la mayoría de la prensa empresarial del momento, pero Manuel Pérez Ledesma ha destacado como en el fracaso final pesó más la escasez de recursos para crear un partido político nacional y la incapacidad de sumar a otros colectivos sociales al movimiento. El elemento de modernidad que suponía la organización del *boicot*, el cierre de tiendas en Zaragoza y otras capitales, fue ampliamente desbordado por la acción directa y en ocasiones violenta de las clases populares, que adquirieron el protagonismo que estaba destinado a la protesta pacífica y dirigida por las cámaras de comercio. En cambio, durante la década de 1910 la prensa obrera y la republicana, pese a las diferencias doctrinales, fueron capaces de movilizar en un mismo sentido a la clase obrera y a la pequeña burguesía de izquierdas en torno a los asuntos que venían preocupando a los estratos bajos de la población, la asalariada y consumidora. No eran extraños los mítines organizados por el republicanismo local zaragozano, como se ha visto en varias ocasiones, a los que se adherían las sociedades obreras en proceso de reconstitución. Más adelante se esbozó incluso una alianza táctica entre los sindicatos más poderosos y, pese a que faltó coordinación para llevar al triunfo a los huelguistas, a la altura de 1917 la protesta antigubernamental aglutinaba ámbitos tan dispares como el obrero, el militar y el nacionalista. Una de las causas de esta ampliación de los sectores implicados en la protesta radicaba en el afianzamiento del nuevo repertorio de acción colectiva, de corte «modular»: tanto la huelga como las campañas promovidas a través de mítines públicos, manifestaciones, peticiones a las autoridades y recogidas de firmas, mediante la creación de eslóganes, la difusión de la prensa y la utilización de símbolos de fácil identificación, podían ser utilizadas por diferentes actores sociales para diferentes fines y objetivos sin el riesgo que implicaba el enfrentamiento abierto con la autoridad de las acciones «tradicionales».

4.5. Surgimiento y alcance de la violencia

Sin embargo, y siendo esto así, el hecho de que el progresivo afianzamiento del repertorio «modular» dejara al descubierto la ineficacia de la violencia propia de los motines no excluyó el surgimiento de usos y facetas diferentes de esta. La violencia, con su poderoso poder de fascinación

sobre la gente, provocando a un tiempo atracción y repulsión sobre la opinión, se muestra como el rostro más visible de la protesta, y es objeto de continuos análisis para tratar de desentrañar, en dispares contextos espaciales y temporales, sus más recónditos porqués y caracteres. En realidad, y siguiendo a Tilly, la acción colectiva y violenta que se da en los ciclos de protesta no es sino una pequeña parte de la acción colectiva con un efecto polarizador inmediato que convierte las relaciones entre retadores y autoridades en un juego bipolar, en el que la gente se ve forzada a elegir bando, pero que en último término produce pocos cambios de por sí en los resultados históricos. Sin embargo, sí que es importante en tanto indica la existencia de acciones colectivas de protesta, y muestra las trazas y derroteros de la política en la que el conflicto tiene lugar: «la acción colectiva que conduce a la violencia es nada menos que el material con el que se construye la historia», argumenta. Es «un derivado del proceso político», tan íntimamente ligado a él «que podemos usarlo para detectar qué tipo de política se está haciendo». Y eso sí que marca la diferencia histórica, la presencia o ausencia de acciones colectivas (violentas o no, o violentas en diferente grado) y su capacidad, por acumulación, de desacreditar gobiernos, hacer ganar poder a coaliciones y grupos sociales, y en ocasiones de derrocar regímenes. Los actores participantes adquieren una posición de fuerza, mientras que «los grupos que no desarrollaron la capacidad de hacer huelgas, de manifestarse, de rechazar al recaudador de impuestos perdieron poder, o nunca lo ganaron». Únicamente parece adecuado entonces, siguiendo esta estela teórica, resaltar el papel de la violencia en la acción colectiva en tanto pueda facilitar la comprensión de claves en el modo de entender y ejercer la política o, en otras palabras, sirva para calibrar el modo y grado en que puede alterar la *cultura política* compartida por un grupo social desafiante y los defensores del orden a los que se enfrenta.⁴²¹

La pregunta sería, entonces, cómo surge la violencia, si el conflicto no es sino una pequeña parte de la acción colectiva y aquel no implica necesariamente desorden o lucha abierta, como hemos visto con las formas silenciosas de «resistencia campesina». Los Tilly opinan que la mayoría de las acciones de protesta se plantean en origen como formas no violentas de

421 Tilly, Tilly y Tilly (1997), pp. 332-333.

acción colectiva, y que el giro tumultuario viene precipitado por la intervención de agentes externos, léase principalmente la represión ordenada por las autoridades. Para ellos y otros teóricos de la violencia, esta no es producto de la frustración, la desesperación o la debilidad, sino un acto instrumental destinado a impulsar los propósitos del grupo que la usa. Es «un fenómeno histórico coherente» y un indicador válido de la acción colectiva, y no es un «desorden», una «anomalía» del desarrollo social, ni un epifenómeno superestructural, por lo que lo importante no será el estudio directo de la violencia, sino los repertorios de acción en los que esta adquiere centralidad y relevancia. El problema del modelo radica en que no queda muy clara la relación causal entre acción colectiva y violencia, que puede dibujarse tanto como un último recurso de los contendientes, o como una reacción a la respuesta de los agentes del orden. Eduardo González Calleja afirma sobre los trabajos de Tilly que, a pesar de las críticas que han recibido recientemente, «son los que, hasta la fecha, ofrecen la mejor síntesis interpretativa de las estructuras y los procesos sociales que desembocan en una acción colectiva de protesta». Una interpretación que en última instancia pretende situar la agencia humana dentro de un marco de análisis estructural, en el que los procesos de urbanización e industrialización no conducen automáticamente al desarraigo, a la desesperación y al conflicto, sino que este depende en gran medida de un proceso político mediado tanto por las identidades y los intereses de los grupos sociales, como por la actitud que adopta el Estado ante los desafiantes que pretenden el poder. En definitiva, Tilly concibe la violencia colectiva como un fenómeno condicionado por la movilización de recursos, la organización y los fines políticos que persiguen los grupos y las organizaciones sociales, por la acción del Estado y por el cambio histórico que acompaña a la modernización. Hoy día los estudios más recientes subrayan además la importancia de los factores relacionados con la mentalidad y las lógicas interpretativas de los individuos en los contextos históricos.⁴²²

422 González Calleja (2002), pp. 246 y ss. Las críticas al modelo de Tilly, en pp. 256 y ss. El cálculo estrictamente racional, apunta González Calleja, «no parece la explicación absoluta de fenómenos violentos como los motines, donde intervienen otros factores emotivos y afectivos, como el prestigio, el respeto, la dignidad, la amistad o la solidaridad» (p. 258).

Pero ¿qué entender por «violencia colectiva»? Las definiciones podrían ser tantas como estudiosos se han dedicado al tema, pero algunos factores aparecen reiteradamente en los acercamientos históricos. El hecho básico es que se trata de un daño ejercido sobre personas o bienes, o ambos, causado por un grupo determinado de personas autoidentificado como tal, bien por compartir rasgos definitorios que perciben amenazados por agentes externos, bien por compartir circunstancialmente un objetivo percibido como origen de su descontento. Su acción está encaminada a corregir supuestas injusticias o a mantener cierta costumbre social, cuenta con una capacidad de impacto notable en todo o parte de una sociedad, los medios de comunicación le conceden mucha importancia, y es percibida por autoridades y amplias capas de población como una amenaza al orden público.⁴²³ Dado que las alusiones a una «violencia» genérica pueden fomentar la confusión al dar cabida a hechos demasiado dispares, desde la «resistencia dispersa» hasta los «resultados organizativos» respaldados por asociaciones y grupos de intereses, pasando por la «destrucción coordinada» propia de los terrorismos antigubernamentales, conviene establecer algún tipo de criterio clasificatorio, como hiciera Tilly en su momento. El cuadro que propone permite la valoración de cada forma de violencia en función de dos variables, la extensión de la coordinación entre los actores violentos y el grado de relevancia de la violencia a corto plazo, es decir, su proyección sobre la interacción social y su capacidad de influencia en la interpretación que realizan los integrantes del colectivo sobre su entorno en el corto plazo. Siguiendo esta línea, la violencia colectiva podría encuadrarse dentro de la *cultura política* en la que se desenvuelven los grupos sociales en un momento dado y, al mismo tiempo, y en sentido contrario, los episodios conflictivos influirían en el modelado de la propia *cultura política* a través de los cambios en los usos colectivos de la violencia y la evolución parcialmente autónoma de los repertorios de protesta generados por la propia experiencia y la dinámica de las relaciones sociales. En otras palabras, resulta patente la estrecha ligazón entre violencia colectiva y política, entendida esta no en un sentido restringido a la actividad de los partidos, sindicatos o el mismo Estado, sino a las formas (al margen de los juicios vertidos por quienes lo consideraban como algo molesto) a través de

423 Ver González Calleja (2004), p. 246, nota 250.

las cuales la gente corriente *creía* estar participando en los asuntos comunes: el motín contra el recaudador, la protesta por los usos de los montes, las amenazas al sacerdote, el incendio de la puerta del cuartel de la Guardia Civil, la apropiación del ganado embargado en el Ayuntamiento, la manifestación de vecinos pidiendo pan barato, o el plante de obreros descontentos con las condiciones de trabajo del taller. Pero además, la actuación de las fuerzas del orden, autoridades e instituciones del gobierno, fuera este local o nacional, también impregnaba de un intenso carácter político al conflicto.⁴²⁴

Tilly valoró este tipo de acciones como de *baja relevancia* en el corto plazo, algo que ofrece pocas dudas desde la perspectiva estatal. Es cierto que tras el estallido del motín, como las fuentes confirman, tan solo era cuestión de tiempo la llegada de refuerzos de los guardias de los puestos vecinos para restaurar el orden violentado, aunque podría aducirse que, como se ha puesto de manifiesto en numerosos casos, no está tan clara esa *baja relevancia* si se abandona la escala nacional de análisis y se atiende a los compromisos arrancados a los mandatarios locales en ese tiempo que media entre el momento en que la gente se echa a la calle y la llegada de las tropas: en muchos casos esos compromisos consiguieron salvar humildes economías familiares del desastre durante un tiempo. Sin embargo, no es menos cierto que la movilización de los grupos de oposición, como partidos republicanos y organizaciones obreras, se orientó a partir de aproximadamente 1910 hacia la influencia en la política nacional desde un ámbito preferentemente urbano, y que ciertas formas de violencia por ellos articuladas resultaron, vista la reacción y respuesta de autoridades y opinantes, de gran importancia para el desarrollo de la dinámica posterior entre los grupos contendientes. La ciudad aragonesa más importante de aquellos años, Zaragoza, en un acelerado proceso de expansión urbana y con una cada vez

424 Ideado en los años ochenta, Tilly (2003) retoma su esquema de las formas de violencia y su clasificación según su *relevancia* a corto plazo y su grado de *coordinación*, incorporando elementos novedosos relativos a la identidad de los participantes y la búsqueda de mecanismos generales para la aparición de la violencia. También Tarrow (1997) realiza una propuesta similar de conflicto político, algo que concede atención especial al proceso dinámico de interacciones entre grupos. Una aplicación de esta relación entre violencia colectiva y política, en Gil Andrés (2005). Rafael Cruz (2002) da crédito a esta lectura «amplia» de la violencia política, aplicada también a las formas de protesta popular.

mejor organizada y más combativa clase obrera, también fue testigo de este panorama. La puesta en marcha de varias huelgas generales tras los ecos de la Semana Trágica de Barcelona y el giro gubernamental de corte conservador por ella propiciado lo confirman, unas huelgas motivadas de modo cada vez más frecuente por decisiones o actitudes gubernamentales o por solidaridad con los huelguistas de otras ciudades, lo cual va dando la medida de la dimensión extralocal que iba adquiriendo la protesta obrera. En este contexto, las noticias sobre sucesos de *alta relevancia* para la dinámica política y social, en concreto diversos atentados terroristas anarquistas, vinieron a erigirse como la muestra más evidente de la general elevación de los niveles de violencia que siguió, en el contexto de las relaciones de clase y los procesos de negociación colectiva, a los sucesos de Barcelona.

Desafortunadamente no hemos podido hallar las diligencias judiciales de las sucesivas explosiones de «petardos» ocurridas en Zaragoza, aunque la prensa ofrece noticias suficientes como para pensar en la presencia, no sabemos si estable o transitoria, de grupos fuertemente ideologizados actuando en venganza por la ejecución de Ferrer i Guardia. En octubre de 1909 estalla un artefacto en la calle de la Morería, en el casco antiguo de Zaragoza, junto a la escuela de niñas de las Escolapias. Según los principales diarios, en uno de los restos se halló una inscripción que decía «Por Ferrer», y fragmentos de una carta en los que se podían leer expresiones como «monjas tiemblen» o «si esperas, te muerden». Que la cuestión Ferrer estaba viva en la ciudad lo demuestra el mitin organizado por ese motivo en la plaza de toros pocos días más tarde, si bien es cierto que la opción terrorista no fue aplaudida por ningún orador, sino más bien criticada, como hizo Nicasio Domingo como representante de la Federación Obrera. Poco después, en diciembre, se encontraban dos bombas en el convento de Jerusalén, que no llegaron a estallar. Alfredo Valero y José y Ángel Chueca, este último protagonista del asalto al cuartel del Carmen de enero de 1920 que le costaría la vida, fueron inculcados por aquellos hechos. Pocas semanas más tarde harían explosión cuatro «petardos» más en una sola jornada, el domingo 2 de enero de 1910, día de la conmemoración de la venida de la Virgen a la ciudad. El primero fue colocado en una puerta del templo del Pilar, el segundo poco después en una entrada de la catedral de la Seo, un tercero que no estalló en el mismo lugar y el último, que tampoco explotó, en un entorno cercano, la plaza del Justicia. En las «máquinas infernales» fueron halladas inscripciones y dibujos a modo de anagramas, como manos pinta-

das en rojo o las iniciales «F. G.», que parece ser que también figuraban en las bombas anteriores. También las autoridades recibieron ciertos anónimos en los que figuraban la mano roja y las iniciales mencionadas, y en los que se aseguraba que «los autores de la colocación de los petardos no eran asesinos sino alarmistas, hallándose dispuestos a seguir sembrando el terror en la ciudad mientras continúen en la cárcel los detenidos por los últimos atentados». Sin embargo, esta solicitud de revisión de los procesos de la Semana Trágica no tuvo respuesta positiva por parte del nuevo Gobierno liberal que por entonces se oficializaba. Al contrario, a raíz de las huelgas generales de 1910 y 1911 se incrementó la presión sobre las organizaciones obreras convocantes, lo cual hizo inevitable, en la lógica de la acción-reacción en la que se hallaban enfrascados anarquistas armados y gobiernos desde la última década del XIX, el magnicidio de Canalejas a manos del anarquista aragonés Pardiñas, en la madrileña puerta del Sol.⁴²⁵

¿Dónde estaría la *relevancia*, siguiendo la terminología de Tilly, de esta serie de sucesos? Probablemente haya que comenzar, ya se ha dicho, revisando el alcance que lo *relevante* de uno u otro tipo de violencia podía suponer en la dinámica política del momento. Es obvio que Tilly estaba pensando en la aplicación que el término podría tener en el ámbito públi-

425 El petardo de la calle de la Morería, en *EN*, 24-10-1909, n.º 2618, y *HA*, 24-10-1909, n.º 4625. El mitin de la plaza de toros, organizado por la Federación Local de Sociedades Obreras de Zaragoza, no fue exclusivamente anarquista, sino que también contó con significativas colaboraciones y adhesiones del campo republicano, en un momento especialmente importante, como era la retirada del Gobierno Maura, responsable de la represión que siguió a la Semana Trágica. Marceliano Isábal apuntó a través de una carta que el nuevo Gobierno estaba «obligado a reparar las tremendas injusticias del anterior». En el mismo sentido se expresaron Antonio Laborda como representante de la Agrupación Racionalista de Zaragoza, Nicasio Domingo por la Federación Obrera de Zaragoza, Vicente Galbe por el Casino de la Unión Republicana de Zaragoza, Francisco Payá y Vicente Catalá como representantes de la Casa del Pueblo de Valencia, Antonia Maymón por la «minoría de mujeres de Zaragoza», el republicano Eusebio Romeo y Sebastián Suñé, quien termina con un «violento discurso» y proponiendo unas conclusiones aprobadas por unanimidad: 1.ª, amnistía general por los sucesos de julio de Barcelona; 2.ª, registro de los lugares donde pueda haber armas; 3.ª, libertad de cultos; 4.ª, separación de Iglesia-Estado; 5.ª, revisión de todos los procesos; 6.ª, libertad de enseñanza; y 7.ª, que ningún ministro suspenda las garantías constitucionales en España sin previa autorización de las Cortes. La detención de los hermanos Chueca y Alfredo Valero como los que fabricaron y colocaron las bombas del convento de Jerusalén, en *EN*, 11-12-1909, n.º 2666. Las cuatro explosiones del 2 de enero, en *HA*, 3 y 4-1-1910, núms. 4695 y 4696.

co más estructurado a través de partidos y organizaciones, y no tanto en esa otra noción política que no está escrita, pero que encauza lazos fuertes y estables de solidaridad cotidiana, y legítima a la gente menuda para la acción colectiva. En cierta medida, es más fácil la instrumentalización política en tipos coordinados de violencia (como el terrorismo) que en violencias, siguiendo la terminología del propio Tilly, más «fragmentadas, dispersas y oportunistas», como los motines o algaradas por cuestiones fiscales o de otro tipo. Es obvio que a escala nacional estas demostraciones de fuerza de las clases bajas urbanas de los grandes centros fabriles constituyeron para los gobiernos liberales un motivo de inquietud que enfocaron casi exclusivamente hacia la cuestión del mantenimiento del orden público, máxime cuando acababa de triunfar la revolución republicana en Portugal, y la recién creada CNT había proclamado como práctica sindical dominante la «acción directa». No son iguales las implicaciones de una huelga que las de un atentado terrorista, las de un motín urbano o las de una manifestación, algo que por evidente no debe pasarse por alto, y que no impide observar el conjunto como el inicio de lo que será, en expresión de González Calleja, el «apogeo de la coyuntura revolucionaria» de 1916-1917.⁴²⁶

Los atentados de Zaragoza fueron en realidad un intento algo desfocado de «propaganda por el hecho», al estilo del terrorismo anarquista de puñal y bomba que en los años noventa tuvo como escenario otras ciudades del país. La huelga, el sabotaje, las vagas amenazas y las agresiones individuales, formas de violencia «más insidiosas y menos expeditivas», iban a ocupar pronto su puesto en el repertorio táctico de los activistas obreros, al menos durante la primera mitad de la década de 1910. Sin embargo, en la escala local, los atentados, al margen de las detenciones y registros ordenados por la judicatura del distrito de San Pablo, sí tuvieron una incidencia innegable sobre la dinámica política al crear una sensación de inseguridad entre unas clases propietarias que exigían a las autoridades mayores muestras de celo al respecto. «Intranquilidad y abandono» titulaba el *Heraldo* la edición de una mañana de diciembre de 1910, en la que, pese a asimilar las explosiones a «chispazos de escasa trascendencia» y «nubecillas tormentosas», también se concedía que «una seria inquietud turba los

426 González Calleja (1998a), pp. 455 y ss.

ánimos y preocupa a los más serenos». De Madrid se esperaba una solución diligente y eficaz, pues «mientras hay aquí difíciles y urgentes problemas que resolver, un ministro se encoge de hombros cuando se le pregunta si piensa nombrar a la persona que haya de encargarse del mando de la provincia». Y se concluía argumentando que «la desorientación, el abandono y el desbarajuste de los que dirigen, explican toda clase de inconcebibles desvíos en los dirigidos». Claro, lo que más se temía de los atentados era el efecto desagregador que el pánico podría producir en las «muchedumbres», un argumento desprendido de modo natural de la psicología social del momento y de la famosa «sugestionabilidad» de las masas. Se temía que la violencia de los alevosos impregnase el cuerpo social como una mancha de aceite, extendiendo por emulación en la multitud el germen de la violencia y el desorden.⁴²⁷

Quizás, como apuntaba la prensa en su deseo, el tamaño de la ciudad fuese suficiente para detener con prontitud a los causantes y ahogar aquel incipiente terrorismo, o quizás lo hiciese la desafección hacia este tipo de acciones por parte de la Federación Local obrera, que parecía hallarse más cómoda contando con la colaboración y solidaridad puntual de fuerzas como las republicanas para llevar adelante las campañas de protesta. Sea como fuere, lo cierto es que no volvió a haber bombas en la ciudad, pero no lo es menos que aquellos hechos coincidieron con el inicio de un endurecimiento de las relaciones sociales entre obreros y patronos en la capital, y con el inicio del ciclo de huelgas generales de 1910 a 1912. Algo que, más que atribuirse al efecto expansivo o inundatorio de la violencia, debe relacionarse con la capacidad del nuevo repertorio de acción colectiva para, en primer lugar, plantear sus demandas ante un bloque patronal que se organiza y que defiende con virulencia sus intereses; en segundo lugar, para atraer con éxito la atención sobre los medios de comunicación de masas; en tercero, para desviar el enfrentamiento directo con las fuerzas del orden; y en cuarto y último, para introducirse con solvencia como sujeto colectivo en el espacio público. El nuevo repertorio se ejercitaba en una *cultura política* violentamente competitiva y partidaria,

427 HA, 3-12-1910, n.º 5064. Pocos días después se recibiría la noticia de la designación del gobernador de Zaragoza del gabinete liberal, Sr. García Bajo, sustituyendo al primer gobernador de este Gobierno, Sr. Gastón. Aquel fue quien ocuparía el cargo durante la trágica huelga de septiembre de 1911.

como ya se ha visto respecto de cuestiones como la clerical, por lo que no es extraño que también se manifestara a través de coacciones y amenazas. El caso más llamativo fue el del acuchillamiento del administrador de una harinera a manos de un obrero en paro que le solicitaba trabajo, pero la pequeña historia cotidiana de estos años está plagada, sin llegar a tales extremos, de multitud de violencias a pie de obra para combatir a los esquiroleros, de frecuentes muestras de hostilidad verbal y física hacia los patronos, y de enfrentamientos con los guardias de seguridad y la policía que trataban de velar por el mantenimiento del orden público.⁴²⁸

Este tipo de violencia debe inscribirse por lo tanto en un contexto muy específico de intensificación de la negociación entre obreros y patronal, algo que debe sin duda relacionarse con la potente capacidad organizativa y movilizadora de las secciones obreras alcanzada por esas fechas, y con la frenética y animosa actividad propagandística ejercida por los líderes locales. Sin embargo, también se podrían incluir en el cuadro otras variables, como la parte más relacionada con la mentalidad y el imaginario colectivo, con la percepción que este tipo de hechos cuenta entre veci-

428 El homicidio del administrador, en *HA*, 12-2-1910, n.º 4734. Más ejemplos: en noviembre de ese año varios obreros fueron amenazados por entrar a trabajar en la fábrica Carde y Escoriaza, cuyos obreros se encontraban en huelga (*HA*, 10-11-1910, n.º 4996). Pocos días después dos obreros riñen y uno de ellos muere, cuestión surgida al parecer por un asunto laboral (*HA*, 13-11-1910, n.º 4999). En enero se declara una huelga en una fábrica de harinas por haber sido despedido un trabajador. El propietario escribe en la prensa que lo hizo por «causa justificada», pues insultó y amenazó al encargado (*HA*, 27-1-1910, n.º 5117). Pocos días después, durante una huelga de curtidores, un grupo de unos veinte huelguistas acometieron con palos al dueño de una fábrica y a un dependiente suyo que transportaban un carro con pieles. Los heridos y otros patronos conferenciaron con el gobernador civil «protestando enérgicamente de las agresiones de que son objeto» (*HA*, 1-2-1911, n.º 5122). Pocos días más tarde un grupo de harineros huelguistas agredió con palos a dos obreros que se dirigían a trabajar a la fábrica (*HA*, 7-2-1911, n.º 5128). De nuevo surgieron disputas y altercados entre los curtidores huelguistas y los trabajadores, acompañados ambos grupos de sus mujeres, que fueron quienes iniciaron las agresiones (*HA*, 22-2-1911, n.º 5143). Hay dos agresiones a albañiles esquiroleros en *HA*, 23-3-1911, n.º 5172. En junio los patronos manifestaron al gobernador su disgusto «por las injurias que se dirigen a los patronos en los carteles y en los discursos de los obreros, injurias que no creen merecer de ningún modo» (*HA*, 1-6-1911, n.º 5251). Durante ese mismo conflicto, el de carpinteros, los huelguistas en numerosos grupos seguían amenazadoramente los carros que portaban muebles desde las fábricas, llegando en algún caso a destrozar la carga y arrojarla al río, tras lo cual fueron escoltados por guardias de seguridad (*HA*, 18-6-1911, n.º 5268).

nos y trabajadores y elementos del orden. Porque puede que la violencia no se extendiese por contagio o emulación osmótica entre las masas, pero sí que hay que contar con la capacidad de amplificación de la prensa y, sobre todo, con el poder del rumor como excitador de conciencias e imaginarios en las pequeñas comunidades, para ubicar la recepción temerosa de las acciones anarquistas en amplios estratos de la sociedad de la época. El motín que el vecindario de La Puebla de Alfindén promovió en mayo de 1910 contra los maestros de la escuela adquirió especial interés cuando en los registros pertinentes se halló una maleta con objetos sospechosos: «un relato minucioso de los sucesos ocurridos en Barcelona durante la Semana Trágica, varias fórmulas para cargar bombas, varios diseños de esta clase de explosivos, un plano de Barcelona, una bomba de hierro de tamaño pequeño y algunos escritos y documentos relacionados con la anarquía». No pocos interrogantes se ciernen sobre el relato, fundamentalmente sobre su grado de veracidad, pero parece que el pleito entre vecinos y maestros venía de lejos, y que estaba motivado por la censura popular hacia la conducta de los segundos y las sospechas sobre su relación con el anarquismo. Sabemos, eso sí, que aunque la prensa local quiso tranquilizar a la opinión diciendo que el objeto hallado era «un aparatito que se emplea para cargar los sifones de ácido carbónico», el principal inculpado, Manuel Andrés, fue enviado a Barcelona a instancias del capitán general de esa región, quien no acepta la inhibición planteada por el tribunal de Zaragoza tras las pesquisas previas. El ambiente en la opinión, desde luego, no era de tranquilidad tras la muerte de Canalejas, algo a lo que también contribuyeron los amplios espacios que la prensa dedicó a narrar con todo lujo de detalles andanzas y detenciones de anarquistas que parecían pulular alevosamente por el país, empezando por el mismo homicida del presidente. Pocos días más tarde *Heraldo* publica a todo trapo un reportaje sobre la detención de un anarquista en Zaragoza. Vuelve a incrementarse la tensión al saberse del atentado contra el rey en abril de 1913, y en enero de 1914 se detiene a otro «peligroso anarquista» en el tren que une Zaragoza con Madrid, al haberse intensificado la alarma con motivo de un viaje del monarca a Sevilla.⁴²⁹

⁴²⁹ AHPZ, Juzgado del Pilar, Penal, sign. 2132, n.º 13. La detención de Sanmillán, en *HA*, 19-11-1912, n.º 5918.

Parece, por lo tanto, como el propio Tilly ha tratado de subrayar en sus últimas aportaciones, que la historia de la lucha y el carácter de la violencia contiene un componente autónomo que le emparenta más con el contexto político y las formas predominantes de manifestación pública asociadas a la propia experiencia de los sujetos colectivos, que con los cambios en la organización de la producción o las grandes reconfiguraciones de la estructura del poder del Estado, en definitiva, con las grandes revoluciones en el panorama económico y político propias de las sociedades modernas occidentales. Sitúa en un nivel más inmediato otra serie de mecanismos en la pequeña escala como factores determinantes en la configuración y variación de la violencia colectiva, unos mecanismos que actúan en los planos ambiental, cognitivo y relacional, que en definitiva modifican la interacción social a través de un proceso que se repite independientemente del contexto social o económico, la polarización. El caso concreto de la violencia anarquista de la ciudad, de aparición tan efímera como incruenta, ha resultado un buen ejemplo de lo necesario de poner en relación el hecho violento con el contexto político de un momento dado, para poder dilucidar conclusiones y aprovechar indicios más extensos que los que puede aportar el estudio de la violencia de por sí. Más que las derivaciones de las teorías de la miseria, del desarraigo o la desesperación, o las explicaciones meramente ideológicas que en ocasiones han rodeado los análisis de este tipo de acciones, otros argumentos se perfilan como puntales argumentativos más eficaces para comprender la rápida aparición y ocultamiento del anarquismo violento en la ciudad. Por ejemplo, el *leitmotiv* vengativo que la represión de Semana Trágica supuso para algunos grupos de anarquistas «de acción», el impacto que esos mismos hechos ejercieron sobre la retina y el imaginario de autoridades y fuerzas del orden, que bajaron el listón de la tolerancia hacia la violencia política, según quedó demostrado con la reacción del Gobierno liberal de Canalejas durante la huelga general de Bilbao, así como el éxito alcanzado por el sindicalismo autónomo en Zaragoza, en el que tenían cabida diferentes familias de la izquierda al priorizar la acción sindical sobre la militancia política.⁴³⁰

430 Tilly (2003), pp. 20-21.

No se trata de cuestionar la trascendencia de la expansión capitalista o del Estado en el proceso evolutivo de la protesta, pero sí el carácter unívoco y exclusivo que alguna historiografía atribuyó a la influencia de los factores macroestructurales sobre dicha protesta. Los procesos de conformación de las manifestaciones de descontento social son bastante complejos. Y en ellos entran en juego otros factores más sutiles que la mera necesidad, como los cambios que los grupos sociales, primeros implicados en la construcción de su propia marca de identidad, realizan en la atribución de significados respecto de su entorno social y político, y el peso que la memoria tiene entre los componentes del grupo en la evolución de las formas de protesta. No hay que olvidar, pese a ello, la importancia que tuvieron algunos cambios, como la instalación de estructuras fabriles o la lenta pero progresiva urbanización de huertas aledañas, sobre la estructura del cuerpo social, favoreciendo fenómenos como la inmigración o acelerando prácticas como el asociacionismo y la negociación colectiva entre obreros y patronos. Pero cabe subrayar el no menor peso de los modos en los que los grupos sociales realizaban ciertas atribuciones significativas sin las cuales no puede entenderse el sentido último de ciertas acciones de la multitud. Un campo que podría ofrecer buenos frutos sería el del estudio de los espacios públicos, edificios o monumentos escogidos por los grupos para manifestar la protesta. Su elección y variabilidad a lo largo del tiempo acompañan los cambios en los repertorios de acción colectiva, resultando la ciudad del tránsito secular un excepcional campo de observación para el estudioso de este tipo de procesos, en tanto es el tiempo de los ensanches, de la apertura de avenidas, de la construcción de los principales edificios civiles, o de la erección de monumentos y símbolos de vocación nacionalizadora. Y es por lo tanto también un espacio en el que la gente ejercita de manera constante el reconocimiento mutuo, el fortalecimiento de su identidad colectiva y la puesta en escena de sus demandas en determinados puntos y no en otros, tratando de crear rutinas que proporcionasen solidez al movimiento.

4.6. Cartografía de la protesta en Zaragoza

El objeto de los siguientes párrafos no es otro que el de profundizar en esta idea, la de la importancia que el estudio de los lugares de la protesta puede suponer no solo para su análisis morfológico, sino también

para la comprensión de la formación de la identidad colectiva de la multitud y de los elementos del entorno urbano que facilitan tanto un reconocimiento como sujeto colectivo a los participantes, como una apoyatura simbólica a la acción que se desarrolla en la calle. Factores ambos que dotan al grupo demandante de una más que necesaria cohesión cuando se trata de enfrentar a las autoridades y las fuerzas del orden público, es decir, cuando los riesgos de la participación parecen elevados. De paso, este acercamiento sirve para comprobar el carácter densamente político que portaban las acciones denostadas como meros «impulsos criminales» de las muchedumbres, en tanto van a ser edificios significativos del poder local, como el Gobierno Civil o el Ayuntamiento, los que recurrentemente focalicen la atención, las demandas, y en ocasiones las iras de los manifestantes, amotinados y huelguistas. La propuesta tiene que ver con la mentalidad, con la memoria colectiva y con la coexistencia de diversos discursos de legitimidad sobre los mismos espacios, uno que podríamos asimilar a los usos y fines de la «burguesía» local, y otro los grupos de oposición que para hacer públicas sus demandas utilizan como recurso la apropiación física y simbólica de la calle. Pero todo esto también tiene que ver con la sociología urbana y el modelo de desarrollo que experimentaba la ciudad, con la nueva realidad de las barriadas obreras del medio periurbano y con los nuevos paseos modernistas que la burguesía local podía permitirse en las zonas de expansión del sur de la capital. Todos estos factores deben tenerse en cuenta a la hora de enfrentarse con la dificultad que presenta un acercamiento al sentido asignado por vecinos u obreros al hecho de encaminarse por unas calles y no por otras, de reunirse en una plaza y no en otra. Dada la ausencia de escritos de los protagonistas que dieran cuenta de esas motivaciones, podemos apuntar algunas hipótesis y conclusiones a partir del descubrimiento de pautas recurrentes y patrones más o menos asumidos de modo general por los sujetos colectivos. Unos sujetos que, al tiempo que utilizaban códigos y significados comprensibles para el resto de los sujetos implicados en el conflicto y el público, inventaban otros y programaban acciones con un sello diferenciador y distintivo de su reivindicación y su propia identidad. Para ello, y valiéndonos de los datos aportados sobre todo por los cronistas de prensa de la época, nos acercaremos del modo más preciso posible al movimiento de los grupos por la ciudad y a los episodios violentos que tuvieron lugar con las fuerzas del orden. En esos combates que ahora parecen perdidos en el tiempo, se dirimió a lo

largo de los años la apropiación simbólica de ciertos espacios urbanos y se conformaron rasgos de identidad cuyo significado comprendían y compartían colectivos amplios de población, y de los que apenas quedan huellas en el rastro de la Historia.⁴³¹

La Zaragoza de aquel tiempo contaba con el Ebro como frontera norte, disponiéndose al sureste su otro gran límite fluvial, el del río Huerva. Ambos conformaban un perímetro al que se accedía a través de las múltiples puertas dispuestas en diversos puntos del perímetro (del Ángel, del Duque, de Sancho, del Sol, del Portillo, de San Ildefonso, del Carmen y de Santa Engracia) y en cuyo interior, sobre lo que hoy es el centro financiero y comercial de la ciudad, se disponían algunas de las huertas más importantes de aquel entonces (Santa Engracia o Jerusalén). Desde los arrabales norteños los labradores y jornaleros veían cada día la recortada panorámica de la que en ocasiones se ha conocido como *ciudad de las torres*, mientras trabajaban los campos que abastecían el mercado local. Unos campos que, dispuestos en torno a la estación de ferrocarril, conferían a la ciudad su acentuado carácter agrícola. Tanto es así que a la altura de 1887 sembraban la vega casi setecientas casas de campo, de recreo y de labor, conocidas con el nombre de almunias o torres. Cruzado el río, y en el lugar sobre el que se organizó la vieja ciudad romana, en torno al *cardo* y al *decumano* (calles Mayor y Don Jaime) y delimitadas por el Coso, se levantaban las manzanas más antiguas y de más intrincado trazado, legado del tiempo medieval. Allí, en el céntrico distrito del Pilar, convivían a finales del siglo XIX jornaleros, tenderos, oficiales y una incipiente burguesía, concentrada en las zonas más «nobles» y en el entorno de las catedrales. Puede decirse que clases bajas y medias compartían, no sin cierta diferenciación, el casco urbano antiguo, existiendo una mayor homogeneización de clases bajas y jornaleros en las calles trazadas en derredor de la considerada como tercera catedral de la ciudad, la iglesia de San Pablo. Más al sur del distrito del mismo nombre se alzaban importantes edificios propiedad de la Diputación

431 Barcelona ofrece ya algunas muestras notables de este tipo de análisis simbólico del espacio, como el de Kaplan (2003) y el más reciente de Ealham (2005). En los días en que estas líneas se revisan acaba de salir a la luz el último número de la revista *Historia Social* (n.º 58, 2007), con un dossier dedicado a la definición social del espacio urbano.

Provincial, y que simbolizaban desde antiguo el orgullo de la vecindad zaragozana, como eran la plaza de toros, el Hospital Provincial y el imponente bloque del Hospicio. Ese entorno concentraba a su vez otros centros notables, como el depósito municipal, el cuartel de Artillería o el Hospital Militar, que venían limitados por los paseos de la Lealtad y de María Agustín, heroína de los Sitios conmemorada en el callejero hasta la actualidad. De igual modo, el paseo de la Independencia perpetuaba el relato de los Sitios en la memoria colectiva, constituyendo la guía principal de la expansión urbana de esos años. Y en su embocadura, la plaza de la Constitución, actual de España, que desde la construcción del edificio del Gobierno Civil a mediados de siglo XIX se convertiría en el espacio principal de la vida ciudadana y foco de todas las miradas durante los conflictos sociales.

Quedaban unidas, y no al azar, la *Independencia* y la *Constitución*. Puede decirse que a finales del siglo XIX el relato mítico de los Sitios como símbolo por excelencia del espíritu de libertad aragonesa frente a la tiranía y la opresión, estaba bien conformado y definido, si bien adquirió profundidad sociológica a través de las movilizaciones bélicas de los años noventa, sobre todo la de 1898. Pero para lo que aquí importa, esa proximidad reforzaba sin duda la legitimidad de los espacios que pretendían consagrar el orden político vigente, y en el que además se asentaba la máxima expresión del poder gubernamental, el palacio del Gobierno Civil. Ese sería el entorno de la emergente burguesía local, de los profesionales liberales y comerciantes más pujantes, que también se instalan en la recién abierta calle Alfonso (foto 1) y, más allá de la puerta de Santa Engracia, en las lujosas casas de estilo modernista que mandaron construir en el paseo de Sagasta. Este proceso de reordenación interior, que revitalizó zonas de escasa actividad, atrajo a su vez la atención de las clases mejor situadas económicamente, mientras que los distritos anclados en una estructura antigua, con deficientes condiciones higiénicas y pobres comunicaciones (barrios de San Pablo o del Sepulcro), se convertían en el asentamiento natural de las clases bajas o de más reducidos ingresos. La población obrera también se instaló en los arrabales de las afueras del perímetro urbano, ya que los precios del suelo eran allí más bajos que los del centro. Fueron los inicios de los «barrios parcelarios», levantados de forma totalmente voluntarista y caótica por los propios inmigrantes rurales que acudían a la ciudad en busca de un trabajo, y carentes por lo general de servicios públi-



FOTO 1: Actividad en la calle Alfonso. Hacia 1900. Diputación General de Aragón (en adelante, DGA), AHPZ, Archivo Coyne, cliché n.º 000046.

cos: los barrios de Las Canteras, Jesús, Utrillas y Cariñena fueron los primeros, a los que en los años sucesivos se irían añadiendo bastantes más. Muy diferente debía de ser la vida en estas barriadas de los nuevos distritos en los que se concentraba la floreciente burguesía de los negocios y los rentistas agrícolas, y la percepción de exclusión de una dinámica política que tan solo acudía a ellos para pedir el voto y demoraba las cuestiones importantes, como el agua, las calles, la higiene, la luz y el resto de los servicios municipales.⁴³²

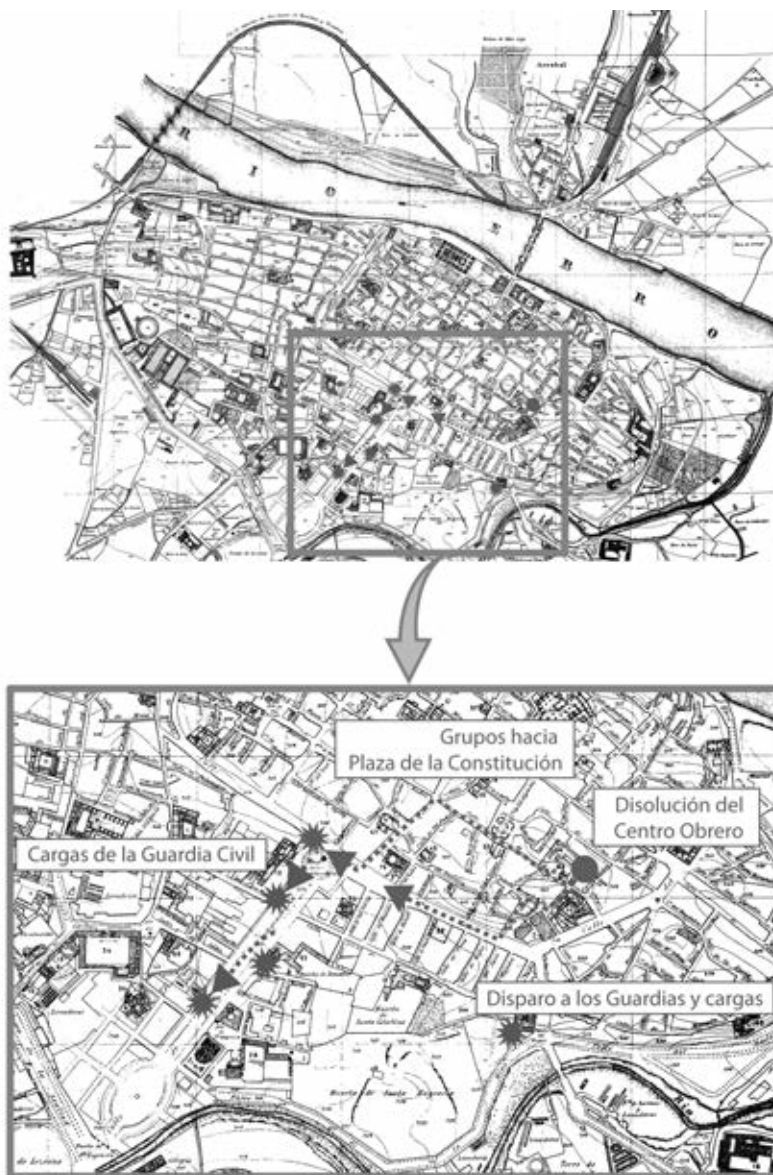
El trasfondo del proceso de urbanización que experimentó la ciudad a partir de la primera década del siglo XX se inscribe en el movimiento de

⁴³² Sobre el desarrollo urbanístico y la distribución sociológica de Zaragoza, Bueno Madurga (2000a), pp. 50 y ss., así como García Lasosa (1979). También, Forcadell Álvarez (1998), p. 72. Una visión contemporánea, en García Mercadal (1908).

cambios socioeconómicos que acompañaron a la industrialización local. Por primera vez se alcanzaban, en 1900, los cien mil habitantes, para muchos de los cuales la instalación de nuevas fábricas suponía la posibilidad de hacerse con un trabajo y, al cabo del tiempo, con un oficio especializado. Azucareras, alcoholeras, industrias químicas, metalúrgicas y de construcciones mecánicas tomaban asiento en las afueras de la ciudad, sectores a los que en la década de 1910 se sumaría el de la construcción, dedicado a las obras públicas y las viviendas de las zonas de expansión de la ciudad. Las consecuencias urbanísticas de este proceso ya han sido apuntadas, la creación por un lado de nuevos barrios socialmente homogéneos, los barrios burgueses y los proletarios, y por el otro la progresiva mercantilización del suelo urbano y la consiguiente especulación que aupó a sus propietarios y empobreció a miles de inquilinos de la ciudad. Las consecuencias sociales para muchos de los que trabajaron en la industria fueron la experiencia del empobrecimiento, la percepción de la explotación, el asociacionismo y la protesta colectiva. Nada de todo esto es nuevo, pero estas cuestiones permiten relacionar con claridad algunos cambios morfológicos de calles y plazas con los movimientos sociales de la ciudad. La intención de fondo es la misma que alienta la escritura del resto de los capítulos, perseguir las huellas del sentido de la acción de la multitud y rastrear los procesos de significación social de los espacios urbanos a lo largo del período estudiado.

Durante la primera gran protesta del período, el paro general organizado con motivo del Primero de Mayo de 1891, los grupos de obreros reaccionan con rapidez a la dureza de la autoridad (figura 1). El rumor de la disolución del Centro Obrero de la plazuela de Liñán corre como la pólvora, y hacia allí se dirigen los huelguistas para comprobar como, en efecto, los militares a caballo custodian la entrada mientras el Juzgado realiza en su interior los registros. Eso, unido a la detención previa de algunos obreros significados, provoca una marcha espontánea hacia la plaza de la Constitución, si bien las tropas no permiten la formación de grupos ni que estén paradas más de dos personas. A las pocas horas, sin embargo, eran varios cientos los que allí permanecían, desafiando pasivamente esas órdenes. Llegaron, entre «el vocerío de chiquillos y mujeres», las cargas del regimiento de cazadores, «sable de plano», y de la Guardia Civil, que a «culatazos» trataba de despejar el paseo. La avenida del Coso hacía de límite fronterizo entre el espacio donde imperaba el orden militar de las cargas y

FIGURA 1
HUELGA GENERAL. 1.º MAYO. 1891

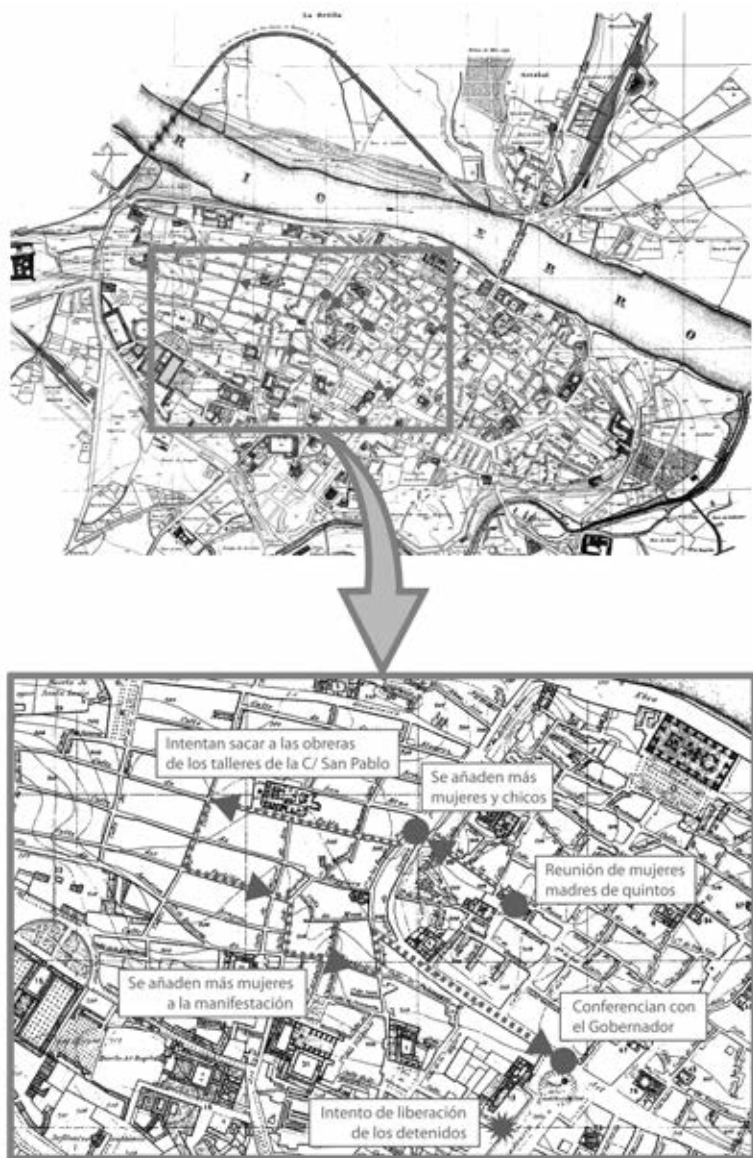


el de la huida y refugio de la gente que, huyendo, «se metía por las callejuelas agolpándose en las bocacalles afluyentes». Es evidente que el sinuoso trazado del casco antiguo favorecía esta invisible demarcación, que parecían conocer y respetar tanto vecinos como fuerzas del orden, si bien por razones contrarias.⁴³³

Pocos años después las madres de los quintos movilizados a Cuba protagonizarían una manifestación de protesta contra el proyecto de reclutar nuevos contingentes (figura 2). El 18 de julio de 1896 una comisión se presentó ante el gobernador Martínez del Campo solicitando permiso para llevar adelante la protesta, que fue denegado por aquel. Sin embargo, el 31 de ese mismo mes las mujeres toman el protagonismo en las calles bajo lemas similares a los de la campaña socialista contra el sistema de recluta militar: sobre una tela con los colores de la bandera nacional se podía leer «¡Viva España! ¡No vayan más tropas a Cuba! ¡Que vayan ricos y pobres!». Reunidas en la popular plaza de San Felipe, emplazamiento de uno de los mercados locales, se dirigieron hacia la plaza del Mercado, donde se habrían de sumar más mujeres y chicos, enfilando luego la calle de San Pablo para buscar la solidaridad de las mujeres que trabajaban en los talleres de camisas y alpargatas. El grupo era importante al ganar el Coso, ya no solo formado por mujeres. De nuevo se pone de manifiesto la inmunidad de las mujeres frente a los guardias, siendo detenidos dos hombres tan solo y tratando ellas de liberar a los detenidos del depósito municipal. Los detalles apuntados señalan no solo eso, sino también cuestiones como la de la autoridad de las mujeres del mercado para organizar este tipo de acciones (en 1892 se movilizaron a favor del indulto de los reos del caso Conesa), y la de la flexibilidad de la elección del recorrido de la manifestación, respondiendo en este caso a un criterio tan eficaz como el de conseguir el

433 Los mítines previos a la huelga tuvieron lugar en la plaza de toros y, sobre todo, en el Teatro Novedades, lugar que ya contaba con cierta tradición entre los obreros al acoger, en 1872, la clausura del II Congreso de la Federación Regional Española de la Asociación Internacional de Trabajadores. Fue suspendido y trasladado a los locales de la Federación zaragozana. El Novedades se abrió a finales de los sesenta en el paseo de la Independencia, siendo, según Manuel García Guatas (2004), p. 38, «el más modesto, tanto de edificación como de público asistente». Su cartelera era breve y discontinua, «reducida a los meses de septiembre a noviembre y a zarzuelas, aprovechando las compañías madrileñas que pasaban hacia Barcelona, seguidas de algún espectáculo para el Pilar, de sesiones de acrobacia y prestidigitación, de funciones de teatro de aficionados y de bailes muy populares».

FIGURA 2
MANIFESTACIÓN DE MADRES DE QUINTOS. 1896



mayor número de adeptas posible. Para eso se recorrieron las calles en las que habitaban y trabajaban las vecinas más humildes, aquellas que, además de temer por la pérdida del hijo, se verían en mayores apuros económicos de llevarse a efecto la recluta del segundo hombre de la familia.

La plaza de la Constitución, centro de poder civil y financiero de la ciudad, continuó acaparando en los años sucesivos el protagonismo de la protesta. Más incluso que el Ayuntamiento. Sin embargo, junto a esa constante de comportamiento, algunos detalles varían y resultan ilustrativos sobre la composición de la multitud y sus pretensiones. Las patrióticas y belicistas manifestaciones de abril y mayo de 1898, aunque poco tenían que ver con el precedente de las madres de los quintos de dos años atrás, reiteraron algunas prácticas y frecuentaron algunos lugares significativos. Los protagonistas eran en esta ocasión los estudiantes universitarios, que, saliendo del reciente edificio de la Facultad de Medicina, bajaron por la plaza de la Constitución, tomaron la calle Alfonso y de nuevo enfilaron el Coso, para volver por el paseo al punto de inicio. Por el camino no cesaron las afirmaciones patrióticas, desde los balcones del consulado de Santo Domingo, los casinos Principal y Mercantil, sucediéndose los vivas a España y las ovaciones mientras se mostraban a la multitud los retratos de Palafox, Agustina de Aragón y el Tío Jorge. Se dice que en el Mercado «las mujeres aplaudían y tiraban flores al paso de los manifestantes, a quienes se les dio una bandera nueva», lo cual plantea la duda de si se trataba de las mismas mujeres que habían protestado contra las quintas, o la de las diferentes visiones que sobre el asunto podrían existir entre las integrantes de un grupo que tampoco profesaba una ideología política concreta. Cuando en 1901 los estudiantes (otros estudiantes, podríamos decir) llevaron a cabo una manifestación de signo político contrario, protestando por la boda de la infanta con el ultramontano Caserta, volvieron a bajar de la Facultad de Medicina hasta la plaza de la Constitución, llegando al Mercado para buscar el apoyo de las mujeres. Al tiempo que todo esto sucedía, la plaza más importante de la ciudad comenzaba a cambiar su imagen, si bien es a partir de 1910 cuando comienzan a construirse las principales sedes bancarias del entorno. De momento su fisonomía se ve alterada por la instalación de los raíles de los primeros tranvías, tirados por mulas, y por el cambio de la vieja fuente de Neptuno por el escultórico monumento a los Mártires de la Religión y la Patria, obra en bronce de Agustín Querol. Algo que no atañía tan solo a la estética, desde luego. La

circulación y la ausencia de caños en el nuevo monumento desplazaron el negocio de los aguadores y a las mujeres con cántaros hacia otras plazas y fuentes más recoletas (fotos 2 y 3).



FOTO 2: Plaza de la Constitución con la fuente de Neptuno. 1903. DGA, AHPZ, Archivo Coyne, cliché n.º 003689.

La inauguración de dicho monumento (foto 4) facilitaba una ocasión de legitimación del relato político de la Restauración. Patria y religión iban unidas, así lo habían estado durante los últimos siglos y así debían permanecer para el bien común. Durante la última movilización bélica los ciudadanos, partidarios y contrarios, pudieron contemplar el compromiso claro de la Iglesia católica con la campaña, no solo proporcionando argumentos para la aceptación del «sacrificio» por parte de la población, sino también allegando recursos materiales a través de suscripciones populares por ella patrocinadas y alentadas. Pocos años después de eso, el escultor encargado del monumento rescataba una tradición popular del siglo XV, aquella que mediante la Cruz del Coso pretendía conmemorar a los dieciocho mártires cristianos muertos durante la persecución romana de Daciano, una cruz que fue destruida durante los bombardeos franceses de los



FOTO 3: Plaza de la Constitución con el monumento a los Mártires. Hacia 1904. DGA, AHPZ, Archivo Coyne, cliché n.º 000018.



FOTO 4: Inauguración del monumento a los Innumerables Mártires de la Religión y de la Patria, obra de Agustín Querol. 1904. DGA, AHPZ, Archivo Coyne, cliché 000120.

Sitios. Pues bien, en ese mismo lugar se pretendía no solo recordar a los mártires de la religión, sino también a los de la patria, identificando de ese modo a los unos con los otros y añadiendo un hito significativo al origen mítico de la comunidad nacional. El contexto es el del combate simbólico entre los grupos dominadores del poder y los que articulaban un discurso para el pueblo, cuyo camino de sufrimiento también había producido sus propios mártires. En la fotografía de su inauguración en 1904 destacan el catafalco que a modo de fortaleza arquitectónica hacía de solemne fondo escenográfico, pero sobre todo la enorme bandera nacional que lo cubría, asistiendo al acto las autoridades locales y una multitud que ocupaba toda la extensión de la plaza. Pero no iba a ser este el único espacio que iba a ser objeto de reordenación urbana y significativa, pues en el otro extremo del paseo se levantaba por esas mismas fechas el monumento al Justiciazgo. Ya existían la calle de Antonio Pérez y la plaza del Justicia en el barrio más popular, junto a la plaza del Mercado. Sin embargo, la burguesía obtuvo un espacio y un monumento del gran icono aragonés acordes con su estética y su ubicación urbana, algo que en el fondo respondía a una progresiva homogeneización por clases de los barrios zarañosos. Las obras del Mercado Central en 1903 facilitaron este desplazamiento del espacio dedicado al Justicia, al desmantelarse la tradicional plaza del Mercado, en la que situaban sus puestos y carros vendedoras y hortelanos. Por lo que aquí interesa, esta reordenación espacial confinaba a un espacio cerrado no solo la venta, sino también esa autoridad de que habían venido haciendo uso las mujeres para autogestionar la vieja plaza y lanzar las protestas sociales. Las paredes metálicas del Mercado constituyeron, además de una protección contra el viento y el frío, una buena metáfora de como poco a poco el papel de las mujeres, empujado por el discurso de políticos, académicos, sacerdotes y columnistas, iba inexorablemente confinándose a los interiores, limitando de ese modo la relación directa con el entorno y el ejercicio de aquella vieja potestad. Hay que decir que la adjudicación de los puestos del nuevo Mercado no estuvo exenta de protestas y motines por parte de las vendedoras durante los meses posteriores a su finalización (fotos 5 y 6).

Han sido diversos los ejemplos que en el relato han dado cuenta de la fuerza moral de las mujeres para lanzar la protesta, pero quizás ninguno como el de los motines de junio de 1899. Su análisis desde una perspectiva espacial ofrece nuevas posibilidades de estudio. Desde el primer día de



FOTO 5: Mercado antiguo, antes de 1904. DGA, AHPZ, Archivo Coyne, cliché n.º 004399.



FOTO 6: Nuevo Mercado de Zaragoza. 1904. DGA, AHPZ, Archivo Coyne, cliché n.º 000023.

la protesta se percibe «gran animación» en la plaza del Mercado, creciendo «la muchedumbre» en su camino hacia la plaza de la Constitución. Allí se inicia una manifestación espontánea, dirigida en un primer momento al templo del Pilar para tirar al Ebro la espada ofrecida por el general Polavieja, idea desestimada en seguida. Luego la marcha se divide en dos, unos se dirigen al Casino de Zaragoza, en el Coso, y otros a la Cámara de Comercio, en la calle Alfonso, donde se hallaba reunida su junta directiva. Algunos trepan hasta los balcones para exigir su respaldo, accediendo no sin reticencias, para, seguidamente, acompañar a los grupos a la central de telégrafos. Allí el industrial Escoriaza, entre aclamaciones, envía un comunicado a Basilio Paraíso dando cuenta de la situación. Luego la atención se centra en una bandera que los grupos habían conseguido de la Cámara. Conseguida con cierta violencia, seguidamente el edificio del Gobierno Civil es apedreado y asaltado para colocarla en la balconada principal. El edificio se cerró a cal y canto al percibirse que se había convertido en objeto de disputa y apropiación simbólica para los amotinados. Este hecho enardeció todavía más los ánimos, lo suficiente como para amenazar y agredir al gobernador, que intentaba en vano imponer su autoridad en la calle, y como para asaltar el Gobierno Civil por la fachada, colocar la bandera, romper los cristales de las puertas, penetrar en el edificio y proceder, «en medio de ruidosísima algazara», al destrozo del mobiliario. Cada mecedora, silla y mesa que lanzaban por el balcón era acogida «con gritos y mueras al gobierno», apareciendo amontonados todos los pedazos en una gran pira que fue poco después pasto de las llamas. Cuando se entregó el mando al Gobierno Militar era ya más que patente que la protesta había desbordado las pretensiones iniciales de las cámaras. Y más patente quedaría con el posterior intento de asalto e incendio del colegio de los jesuitas, en la zona de Santa Engracia, hecho que dio lugar a las primeras cargas de la caballería en las principales avenidas de la ciudad.

Al día siguiente, nueva «bullá» en el Mercado, «ensordecidores gritos» de mujeres y chicos, que arrojan canastos de hortalizas por el suelo. Otra vez hay una responsabilidad ejercida de movilizar a trabajadores del campo y obreros de fábricas y talleres, y mantener cerrados los comercios. Avisada la Guardia Civil de que las «turbas» se habían «desparramado» por las calles cometiendo «desmanes», tomaron posiciones en la plaza del Mercado y dieron las primeras cargas, hecho que produjo aún «mayor excitación» entre los grupos. Al tiempo, en el otro punto público de reunión de

los zaragozanos, la plaza de la Constitución, se formaban poco a poco grupos que en un momento dado comanzarían a atacar los tranvías. Apedrearón además varias tiendas abiertas, y se prepararon para la batalla montando en el paseo una barricada con las sillas dispuestas para el público. Tras ella esperaron la llegada de la caballería, que consiguió romper la línea «cargando al galope sobre las turbas y disparando al aire los fusiles». Igual que hacía nueve años, los amotinados buscaron defensa en las estrechas calles del casco antiguo a ambos lados del Coso, pero no todos lograron entrar a tiempo, siendo algunos alcanzados por las descargas de fusilería. Un hombre cayó muerto y otros dos fueron heridos de gravedad, sucediéndose escenas de duelo y solidaridad con el caído. Las mujeres clamaban por «vengar al pobrecico», y los grupos se oponían a que la Cruz Roja se llevase el cuerpo, con tal vehemencia que la tropa solo se impuso apuntando sus fusiles hacia la gente en la puerta del Gobierno Civil.⁴³⁴

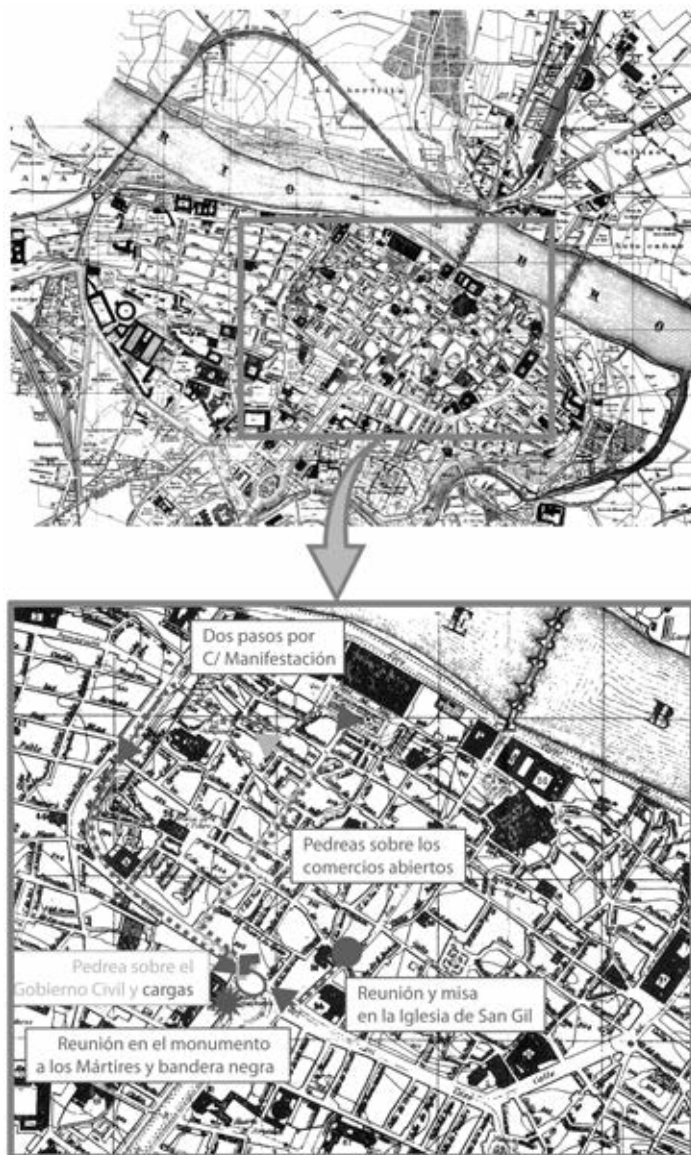
Hubo otras «apropiaciones simbólicas» de lugares significativos de la ciudad por parte de diferentes colectivos. Los republicanos, convocando a todos los «demócratas» a través de una proclama redactada «en tonos violentos», eligieron en 1902 la plaza del Mercado como lugar de inicio de la manifestación de protesta por el traslado del gobernador Germán Avedillo. No hay que olvidar que los republicanos locales se hallaban en un momento dulce, con una exitosa movilización anticlerical que había culminado en 1901 con los sucesos del Jubileo, y que ahora pretendían dar a la manifestación un «aspecto de seriedad» para demostrar el estado de sus fuerzas. Por eso el lugar de reunión, así como el recorrido, fue cuidadosamente escogido. Los vivas «a la democracia, a Avedillo y a la libertad» y los mueras «a la reacción y al clericalismo» se lanzaron desde un rincón de la calle Antonio Pérez, para luego tomar las calles Manifestación, Alfonso y Coso y llegar a la plaza de la Constitución. A falta de documentación más explícita, el terreno del ensayo ofrece sugerentes y verosímiles pistas acerca de ese recorrido. Puede que una causa de fuerza mayor, las obras en la plaza del Mercado, obligasen a tomar una ruta alternativa para ganar el Coso, pero recordemos que la calle Manifestación lleva su nombre recordando uno, quizá el más célebre, de los fueros aragoneses, el precedente de

434 Sobre la incorporación de la barricada al repertorio urbano de lucha popular, Traugott (1993).

los recursos de amparo y hábeas corpus tan comunes en la actualidad. Consistía ese fuero en que el Justicia podía intervenir para evitar el procesamiento arbitrario de una persona por parte de un juez. La persona «manifestada» era puesta a su disposición para que le diera «casa por cárcel», o lo custodiara en la Cárcel de Manifestados, mientras se dilucidaba si la causa era o no injusta. Para el discurso republicano, la figura del Justicia constituía una referencia legitimadora para ejercer su política en nombre de la libertad, y el fuero de la Manifestación un preciado origen mítico para el propio muestrario ideológico ofrecido al *pueblo*. Una vez en la plaza de la Constitución, una comisión conferenció con el gobernador. Pero cuando parecía que ahí acababa la protesta, los grupos continuaron la marcha hacia el colegio de los jesuitas, y la violencia volvió a hacer acto de presencia. Era aquel un imponente edificio, de tres plantas, con amplios jardines en su frente cerrados por una verja, y por demás un objetivo fácil para convertirse en un magnífico símbolo del negativo del discurso republicano de la ciudadanía radicada en la igualdad y la soberanía. Era, rivalizando con el Pilar, el reducto antonomástico del clasismo, la oligarquía, los ricos, la reacción, los poderosos, los parásitos, en definitiva, de los sempiternos enemigos del pueblo trabajador y honrado, al que aquellos preferían mantener en la ignorancia para perpetuarse en el poder.

Las manifestaciones escolares en protesta por los estudiantes muertos en Salamanca por los disparos de la Guardia Civil, en ese mismo año de 1903, también tuvieron como escenario recurrente la calle Manifestación (figura 3). La prensa afirma que se comenzó asistiendo a una misa en la iglesia de San Gil, algo que dejaría patente la fidelidad hacia los «compañeros caídos» y hacia la religión bien entendida, y que no impediría el sesgo anticlerical de la identidad democrática y republicana de la generalidad de los asistentes. No habría muchas dudas de esto último, pues los gritos de «Viva la República», «Abajo Maura», «Fuera el gobierno» y otros fueron coreados una y otra vez a lo largo del día, y entonada en diversas ocasiones *La Marsellesa*. Desde allí se bajó por Alfonso, plaza del Pilar, calles Convertidos, Prudencio, Manifestación, Mercado, Cerdán, Coso y de nuevo plaza de la Constitución, marchando al frente del grupo un escolar empuñando una bandera negra. Hubo pedreas a tranvías y tiendas abiertas, y vivas a la clase obrera en diversas obras que quedaban al paso. Por la tarde se trató de repetir el recorrido pacíficamente, pero se produjeron incidentes con las fuerzas del orden, sobre todo a raíz de la apropiación

FIGURA 3
MANIFESTACIÓN DE PROTESTA DE ESTUDIANTES. 7 DE ABRIL DE 1903



ción de la bandera. Eso «había levantado agitación en la masa», que agredió a un guardia y arremetió con piedras contra el edificio del Gobierno Civil, produciéndose las primeras cargas. Hubo una calma aparente, pero los aproximadamente dos mil se rehicieron en la plaza y emprendieron la marcha hacia la calle Manifestación, apedreando de camino cuantas farolas encontraban. La Guardia Civil entró cargando desde la espalda de los grupos, que los recibieron «con estruendosos silbidos y gritos», sucediéndose hasta casi la noche las pedreas y las cargas. La prensa atribuyó lo diferente de la manifestación de la mañana y de la tarde al cambio sociológico de los grupos, una costumbre bastante frecuente en el discurso público de las figuras políticas de la época. Las mismas cabales y respetables personas que protestaban pacíficamente en la calle se convertían en chusma, populacho y masa informe cuando protagonizaban incidentes violentos, cuando, en vez de aclamarlos, los vituperaban o atacaban. En este caso, dice la prensa que durante la tarde la manifestación «perdió el carácter estudiantil, fue algarada de elementos heterogéneos [...], ni escolares, ni obreros, unos cuantos grupos de mozalbetes desocupados, la materia de siempre propicia a generar esta clase de disturbios, gente fácil en todas las ocasiones a la revuelta sin trascendencia, espíritus amigos del desorden y del motín [...], una docena de golfos que buscan en la impunidad de la algarada el medio de burlar la autoridad».

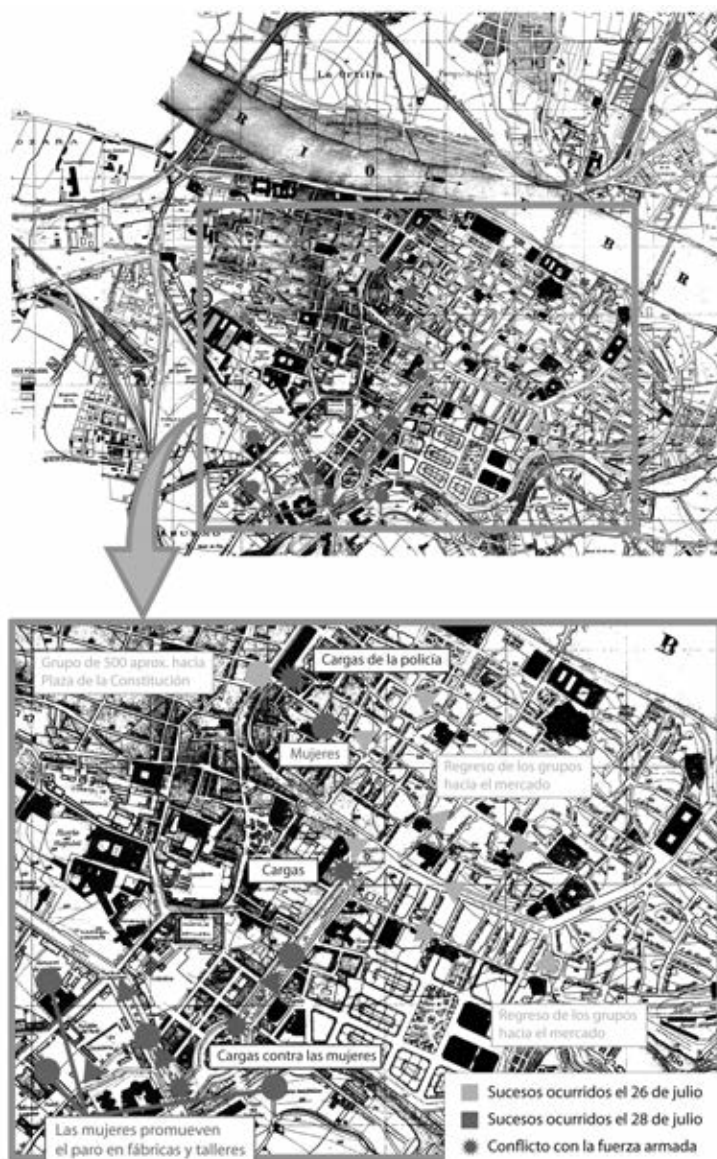
Vemos por lo tanto que hasta los primeros años del siglo XX son pocos, aunque recurrentes, los lugares frecuentados por los grupos sociales para plantear sus demandas en Zaragoza, y que se conjugan con flexibilidad y una necesaria pizca de improvisación, impuesta casi siempre por la intervención coercitiva de las autoridades. También vemos que mientras la ciudad experimenta hitos significativos en su reordenación espacial, dichos grupos tratan de vincular la articulación de su identidad con acciones y espacios fácilmente comprensibles para autoridades y resto de grupos sociales, y que además pudieran otorgar a su acción un cuño particularista y específico. Esta mezcla entre lo conocido y las innovaciones, algunas impuestas por la propia disposición de los elementos urbanos, puede observarse con mayor claridad en el caso de las huelgas generales. Así, durante las «salpicaduras» de la Semana Trágica se organizó una manifestación que recorrió los lugares habituales (plaza de Lanuza, calles de Cerdán y Coso y plaza de la Constitución) y, conminados a disolverse, los grupos se dividieron entre la zona céntrica y el casco viejo para hacer correr la

voz de lo sucedido y allegarse más adeptos. Dos días después, el 28 de julio, fueron las mujeres las que promovieron el paro en las fábricas, reuniéndose en la plaza de San Felipe, donde se albergaba uno de los mercados ambulantes. El gobernador manda tomar puntos estratégicos, como el Banco de España, la plaza de la Constitución, Eléctricas Reunidas o el señorial paseo de Sagasta, y patrullar también las afueras. Los grupos, con una importante presencia femenina, se instalan en el paseo de Pamplona, lugar al que confluyen los obreros desde las fábricas y talleres de las afueras. Allí se producen las primeras cargas policiales, y las carreras tienen lugar en puntos apartados de los habituales, como el paseo de los Cubos o el de María Agustín, aunque algo más tarde también se pudieron contemplar por el entorno de la plaza de la Constitución y paseo de la Independencia (figura 4).⁴³⁵

Durante la huelga general de julio de 1911 la ciudad parecía «una capital revolucionada». En este caso el elemento novedoso no lo aporta el análisis espacial, sino un despliegue de violencia por parte de las fuerzas del orden no visto hasta la fecha. No son pocas las ocasiones en que las crónicas dan cuenta de como los guardias, «encegados» en la refriega, atropellan sin hacer distinciones entre revoltosos y público, realizándose innumerables cargas a caballo por las calles. No es menos cierto que también hubo disparos efectuados contra los guardias desde los grupos, pero también que los amotinados se llevaron la peor parte en número de heridos por sablazos y contusiones. Los combates tuvieron lugar en el casco viejo de la ciudad, donde los amotinados creían poder encontrar defensa. Los grupos, empujados por las cargas policiales, les gritaban y en ocasiones disparaban, «desapareciendo en seguida por la red de calles y callejuelas que afluyen a la plaza del teatro». La lucha se volvió más encarnizada en la calle Cinegio, frente al Casino Radical, desde cuyos balcones algunos disparaban deno-

435 Otra nota característica de varias protestas republicanas de aquellos años fue el pasar por la calle de Espartero. Los estudiantes escogieron ese punto en 1907 para cantar «couplets» alusivos al gobernador Sr. Tejón, volviendo a hacerlo, reagrupándose tras una carga policial, en la plaza de San Felipe. Es significativo que tras el mitin republicano celebrado en el Teatro Circo, sito en la calle de San Miguel, los asistentes no se encaminaron en manifestación hacia el Gobierno Civil, para protestar contra el Gobierno en marzo de 1909, por el camino más corto, sino que dieron un rodeo para pasar por la calle de Espartero, para después retornar hacia la plaza de la Constitución por el Coso.

FIGURA 4
 REPERCUSIÓN DE LA SEMANA TRÁGICA EN ZARAGOZA. JULIO 1909



dadamente contra los guardias, mientras se sucedían las cargas en las calles afluyentes al Coso, donde «los grupos ocultábanse en las callejuelas más angostas y desafiaban a la fuerza con los gritos de cobardes y asesinos». ⁴³⁶ Tan solo dos meses más tarde se pondría en escena otra huelga general en Zaragoza, aquella en la que iban a morir los obreros Valero Salas y Francisco Álvarez, tiroteados por la Guardia Civil en la calle del Perro, «un callejón lóbrego y oscuro» de la zona de la plaza de San Miguel. La estrategia de los combates entre los grupos y las fuerzas del orden se estaba desarrollando como en julio, «no existiendo en Zaragoza un lugar tan bien dispuesto como aquél para una refriega de la índole» de la ocurrida. ⁴³⁷

Vemos como la protesta organizada, liderada por la Federación obrera, se combina en la calle con acontecimientos y enfrentamientos que escapan a su control. En realidad, que los organizadores del movimiento huelguístico o de protesta antibelicista consigan movilizar a la base no depende tan solo de la estructura de organización formal, sino sobre todo de las redes sociales en las que se encuentran los seguidores, así como de las estructuras de movilización que los vinculan. Cuando los líderes enmarcan la acción colectiva con sus exigencias e ideologías, sus propuestas quedan entretejidas en una matriz cultural concreta, usando en las sociedades modernas de los medios de comunicación de masas para transmitir las a aliados y enemigos. En este sentido, junto a las apelaciones a la cordura no era infrecuente escuchar exhortaciones a la violencia y a la eliminación del contrario en los mítines previos a la movilización. En ellos se reafirmaban las propias convicciones, se ponían altas palabras a la cotidiana sensación de injusticia que mucha gente percibía, se valoraba el grado de implicación de afiliados y simpatizantes con la causa, en definitiva, se tomaba la temperatura al ambiente de lucha y se adquirían buena parte de los ingredientes que habrían de conformar la decisión de participar o no, o de

436 HA, 15-7-1911, n.º 5291.

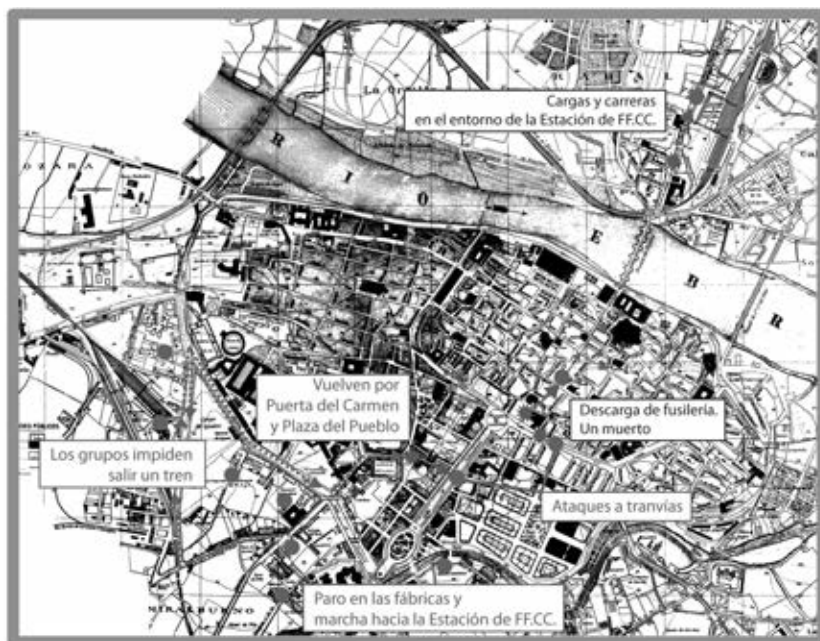
437 HA, 18-9-1911, n.º 5383. El día siguiente fue de inquietud, pero sin incidentes, con las garantías suspendidas y frecuentes paseos militares para disolver cualquier conato de reunión de protesta. Quizá la única reseñable fuese un pequeño tumulto de obreros que acudieron a la Facultad de Medicina con el objeto de ver los cadáveres y organizarles «pomposo sepelio». Fueron enterrados a las dos de la mañana, siendo conducidos los cadáveres al cementerio en un furgón de Sanidad Militar que marchó custodiado por jinetes de la Guardia Civil. Parece ser que «los obreros habían ofrecido costearles los féretros y pretendían hacerles un pomposo entierro, pero se les negó el permiso» (EN, 20-9-1911, n.º 3201).

hacerlo de un modo u otro. También se habrían de escuchar referencias cuasimíticas de antecedentes del movimiento, explicaciones de los símbolos utilizados, y es más que probable que alusiones a los espacios utilizados o atacados, seguramente en clave bipolar para confrontar los barrios pobres y alejados en los que vivían los obreros con la suntuosidad de las casas ricas o los palacios de gobierno local. Luego llegaría la calle y la imprevisible contienda con las fuerzas del orden. En ese contexto cabe adentrarse en otro nivel de cultura, la del comentario fugaz en la taberna o el trabajo, la de la información de trivial apariencia conseguida en la familia o los círculos de amistades, la de las palabras tensas a la salida del mitin o en la formación de los grupos que precede a la carga policial. La cultura trabada en la relación social, esa que permitía conocer qué calles podían servir de refugio, dónde poder provocar a los guardias, cuáles eran los límites y las señales que advertían del peligro cierto.⁴³⁸

Llegó luego la tan temida huelga revolucionaria de agosto de 1917 (figura 5), aunque la acción colectiva de los huelguistas se desarrolló de modo no muy diferente del que había venido siendo el habitual en los motines urbanos previos. Los grupos, entre los que había «bastantes obreras», recorrieron por la mañana las afueras para asegurar el paro, para entrar después en la estación del Sepulcro, donde impidieron la salida de un tren de pasajeros. Ese numeroso grupo, de unos cuatrocientos miembros, y que se había hecho fuerte en las afueras de la población, entró caminando por la puerta del Carmen, y poco después protagonizaría las primeras carreras con los guardias. Simultáneamente ocurriría lo propio en la plaza de la Constitución, donde desde primera hora de la mañana se habían ido concentrando «grupos de obreros y obreras». Hubo algún tumulto por la calle Don Jaime, ocupando la Guardia Civil «algunas bocacalles para evitar que los huelguistas volviesen a la populosa vía», y previendo por tanto el patrón habitual de comportamiento de la multitud en esos casos. Algo nuevo, la protesta cruza el Ebro, sucediéndose algunas carreras en el entorno de la estación de ferrocarril del Arrabal, donde, dicho sea de paso, había sido abierto hacía no muchos años un centro republicano. Y otra escena también reseñable, aunque no novedosa, la de un grupo que, situado frente a los huelguistas, «aplaudía y vitoreaba a las

438 Tarrow (1997), p. 263.

FIGURA 5
HUELGA GENERAL DE 1917



fuerzas del ejército» que estaban cargando contra aquellos. Luego llegaron las cargas por el paseo de la Independencia, las persecuciones por las calles aledañas y las descargas de fusilería que dieron como resultado un joven muerto y otro herido de gravedad. Durante los días siguientes llegaron los registros en los centros obreros y republicanos ubicados en el casco antiguo (calles de Estébanes y San Lorenzo), su clausura y la toma de precauciones por parte de las autoridades para garantizar el suministro eléctrico, que se rumoreaba iba a ser boicoteado. Precisamente fue la circulación de los tranvías lo que motivó las protestas más notables en la plaza de Aragón. Un grupo de huelguistas de ambos sexos quiso interrumpir una de las líneas, silbando primero al paso de los coches, luego apedreándolos y, por último, tratando de levantar una barricada con adoquines. Hubo forcejeo con los guardias, gritería y disparos de estos «para ahuyentar a los levantiscos», hiriendo en la acción a dos jóvenes. La plaza de Aragón y el paseo de Pamplona, lugar frecuentado habitualmente por los obreros que trabajaban en

las fábricas y talleres de las afueras, fueron testigos de más cargas para disolver los grupos. Y es que a medida que la ciudad crece y se van incorporando nuevos espacios al orden cotidiano de ciertos colectivos, la protesta también llega a aquellos lugares. El centro es el lugar de reunión, donde todo el mundo espera encontrarse para hacer fuerte el grupo, pero, ante la creciente dureza exhibida por la tropa y la pérdida de la inmunidad que los desafiantes creían tener en las calles más viejas y angostas, iban poco a poco escogiendo nuevos espacios en los que escenificar los combates por la posesión de la calle y manifestar su descontento y sus demandas.

Este análisis constituye un medio, un termómetro que pretende significar algo. Una muestra, dicho sea de paso, privilegiada por la cantidad y variedad de protestas sobre las que se puede aplicar el análisis, algo realmente más dificultoso en ciudades de un menor tamaño y de un grado de acción colectiva notoriamente menor, como Huesca y Teruel. Pues en los entornos urbanos y crecientemente industrializados las clases bajas irán fraguando y delimitando los límites y alcance de su propia identidad colectiva no solo como obreros, sino también, con solapamientos identitarios de diferente grado, como republicanos, demócratas, profesionales o anticlericales. Algo que casi siempre adquiere contorno y volumen por contraste con otros grupos y clases, torneado a través de los combates por la calle y mediando no solo una cuestión táctica, sino también una lucha simbólica por la apropiación de espacios colectivos en los que reconocerse como grupo con idénticos intereses, y en los que el planteamiento de las propias demandas y aspiraciones obtenga una cierta repercusión. La celeridad con la que durante estos años se procedió al reordenamiento de los espacios urbanos obligó a ir adaptando y flexibilizando algunos modos de proceder en el desarrollo de estas luchas, manteniendo otros que conservaban intacta su capacidad de convocatoria, su potencialidad para la protesta y su significado para los destinatarios del mensaje. La evolución de estos modos y lugares de protesta, de la cartografía y los repertorios, del grado de violencia empleado, de las alianzas grupales utilizadas, de los objetivos, lemas y símbolos escogidos, de la percepción colectiva del agravio y la valoración de las posibilidades de éxito..., convergen en una clave de bóveda que es al tiempo causa y consecuencia, que a la vez empuja y sostiene la acción colectiva: la cultura política y la experiencia acumulada en la gestión de las oportunidades políticas para manifestar el descontento. Un proceso que tiene mucho de aprendizaje y de construcción histórica por parte de sujetos con-

cretos, a los que en algunos casos hemos podido poner nombre y rostro, y que atraviesa por diferentes momentos de intensidad que, vistos en perspectiva, permiten un intento de interpretación y comprensión de un fenómeno tan escurridizo para los análisis como es la protesta social. Nos referimos a la posibilidad de insertar el análisis de los ciclos de protesta en el período abarcado, algo que sin duda contribuiría a establecer una estructuración más clara de la acción colectiva analizada.

4.7. Ciclos de protesta

¿Por qué puede ser importante el estudio de ciclos? ¿Cómo calibrar su existencia? ¿Con qué variables o criterios determinar no solo su presencia, sino su duración y características? Los estudiosos se acercan a la cuestión, de manera general, asumiendo su importancia como cruciales puntos de inflexión para el cambio social y político. Esa idea, la del cambio cíclico de los sistemas, se encuentra presente en diversos grupos y tendencias de estudiosos: los teóricos de la cultura, que ven los cambios en esta como fuente del cambio político y social; los historiadores políticos y económicos, que buscan determinar los ciclos regulares de dichos sistemas; y los teóricos sociales, que tienden a interpretar los cambios en la acción colectiva como resultado de los cambios en el Estado y la estructura del capitalismo, como ocurre por ejemplo con Tilly. Todas estas escuelas se basan en relaciones macropolíticas y macrosociales entre los ciclos, pero ninguna, reivindica Tarrow, estudia la estructura del ciclo en sí. Además, a la hora de pensar en los sistemas sociales, dos presupuestos han ido ganando terreno en los principales trabajos. El primero, que en lugar de una *estabilidad estructural*, idea que parecía conformar a la mayoría de acercamientos funcionalistas, parece más apropiado pensar en cierta *estabilidad dinámica*, lo cual implica buscar no la repetición idéntica del mismo proceso en la misma forma en diferentes épocas históricas, sino las realizaciones de los mismos principios o mecanismos de acción colectiva en distintos momentos y espacios. La segunda cuestión que ha lastrado algunos acercamientos ha sido el soslayo de la naturaleza conflictual de la acción colectiva, que enfrenta los intereses y valores de algunos grupos sociales contra los de otros, por lo que los cambios o ciclos nunca serán atributos uniformes generales de sociedades enteras. Teniendo esto en cuenta,

Tarrow proporciona asideros útiles para tratar de descubrir «ciclos de protesta» en el devenir histórico. Cuando utiliza esa expresión, se refiere a

una fase de intensificación de los conflictos y la confrontación en el sistema social, que incluye una rápida difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los menos movilizados; un ritmo de innovación acelerado en las formas de confrontación; marcos nuevos o transformados para la acción colectiva; una combinación de participación organizada y no organizada; y unas secuencias de interacción intensificada entre disidentes y autoridades que pueden terminar en la reforma, la represión y, a veces, en una revolución.⁴³⁹

4.7.1. 1899-1905

No se dio el caso de una revolución con el cambio de siglo, aunque en algunos momentos ciertos políticos y periodistas temiesen por ello. Las coyunturas de 1898 y 1917 removieron los pilares del «edificio canovista», siendo la segunda la que indudablemente más contribuyó a derrumbarlo. Sin embargo, y como acuerdan los estudios surgidos al calor del centenario del desastre, no hubo tras la movilización bélica y las pésimas noticias llegadas de Cuba un cataclismo ni político ni social que pudiese ser aprovechado por grupos de descontentos para llevar a cabo cambios radicales a corto plazo. No obstante, se creó un clima favorable para la acción colectiva. Los «madrugadores» de la protesta se aglutinaban en torno al movimiento de las cámaras de comercio y a la literatura crítica y regeneracionista, clamando por una profunda renovación política y social que incorporase a la modernidad a un país que ahora se percibía más postrado y herido que nunca. La organización de asambleas y los amplios espacios dedicados a ello en la prensa elevaron los niveles de expectativas entre quienes podían tener algún motivo para simpatizar con este grupo de empresarios, terratenientes, comerciantes y capitalistas, sobre todo a raíz de enarbolar la bandera de la lucha contra la subida impositiva del ministro de Economía Fernández Villaverde. Ya vimos que las sociedades obreras, sobre todo las socialistas, se pronunciaron por boca de su dirigente Isidoro Achón en contra del movimiento, por serlo de carácter capitalista y burgués. Quizá los obreros más militantes siguiesen al pie de la letra estas instrucciones, pero es muy probable que muchos obreros simpatizantes y

439 Tarrow (1997), p. 265, (1991) y (1993).

afiliados de las secciones anarquistas, pequeños menestrales y tenderos, vendedores ambulantes, republicanos y clases populares en general no realizasen el mismo análisis y valorasen más la oportunidad que se les brindaba de manifestar su descontento en la calle.

Es obvio que algunas de las etiquetas apuntadas por Tarrow respecto de la intensificación de los conflictos hicieron acto de presencia durante estos años, igual que durante la última década del XIX, en la que se fue gestando la participación organizada por parte del obrerismo. Sí, hubo un cambio de ritmo en la innovación de las formas de confrontación. Las cámaras trataban de utilizar todos los medios a su alcance para presionar al Gobierno y conseguir mayores cotas de poder y capacidad de influencia en la gestión del Estado, siendo el modelo asambleario y su repercusión social a través de la prensa las bazas utilizadas para movilizar al sector económico y social de las «clases neutras». Los cierres de tiendas se convirtieron, sin embargo, en una oportunidad para que otros grupos se hiciesen oír y tomaran la calle por encima de aquellos. La marea hizo flotar también a las secciones obreras, que consiguieron algo nunca visto hasta ese momento, como planificar varios paros generales en 1902, 1903 y 1904, si bien es cierto que no desde la unidad sindical e ideológica, sino desde una dinámica de lucha entre socialistas y anarquistas por el control de la clientela obrera, algo que significó el engorde de las cajas de resistencia y, en definitiva, el fortalecimiento de la Federación. Sea como fuere, 1905 fue año de máximos en número de protestas colectivas, combinándose en las calles y pueblos las formas organizadas con las que no lo estaban y creándose, sobre todo en el contexto urbano, marcos significativos, símbolos e ideologías que justifican y dignifican la acción colectiva y ayudan a los movimientos a poner en marcha a sus seguidores. El empleo sistemático de imágenes violentas y dicotómicas por parte de líderes y oradores obreristas en los mítines influyó en la percepción de inexorabilidad de los choques con las autoridades. También, cómo no, el regeneracionismo caló hondo en el ideario popular como esperanza de cambio y renovación del sistema político y social. La figura de Costa se convirtió, en un símbolo que sobrepasaba en muchas ocasiones el campo de acción del politólogo, y que por sí sola era capaz de movilizar las conciencias y las voluntades en la dirección de su ideario republicano y reformista.

Los choques se tradujeron en represión desde el primer momento, y algunas, tímidas, reformas relativas a las condiciones de trabajo de los

obreros, enmarcadas en la actividad de la Comisión de Reformas Sociales. Desde luego que la escasez de recursos de las cámaras y factores como la desafección de Costa hacia el movimiento por las divergencias tácticas conocidas determinaron su languidecimiento y final, así como el descrédito que supuso la imposibilidad de desmarcarse de la protesta violenta ocurrida durante el cierre de tiendas. Como en esa ocasión, la represión fue durante los años siguientes la respuesta más habitual de la autoridad hacia las formas contenciosas de la acción colectiva, siendo doctrina asumida entre las elites la consideración de la protesta como una mera cuestión de orden público. La respuesta incluía no solo represión en la calle, sino también vigilancia en los mítines a través de delegados gubernamentales y policiales, el cierre de publicaciones y locales tras episodios de algaradas y, en general, todas las disposiciones aparejadas a las frecuentes suspensiones de garantías constitucionales. Eso puede interpretarse como una intensificación de la interacción entre disidentes y autoridades, algo propio de los ciclos de protesta, que atañía no solo a las organizaciones obreras, sino también a otros grupos de descontentos como estudiantes progresistas, vendedoras y huertanos, profesionales con intereses particulares..., y otros sujetos de conexión más volátil, como asistentes a espectáculos taurinos o viandantes impresionados por la brutalidad policial de una detención. Nada es desdeñable en este análisis, pues el efecto expansivo del ciclo llega a diferentes sujetos e identidades, que nada pueden tener que ver en sus reivindicaciones con el núcleo duro de la movilización, o que incluso pueden tener posiciones contrarias. Las manifestaciones patrióticas con motivo de la movilización bélica o las muestras de devoción pilarista que siguieron a los violentos sucesos del Jubileo de 1901 son una muestra de que la acción colectiva no siempre se difundía en el sentido de la protesta ni entre grupos con los mismos intereses o demandas. Ni siquiera con las mismas estructuras, como lo pone de manifiesto la comarca de las Cinco Villas, en la que abundaron las manifestaciones más o menos espontáneas de los vecindarios pidiendo pan y trabajo, justamente en aquel momento de tentativa socialista de promover protestas por el abaratamiento de las subsistencias. La zona no estaba especialmente bien comunicada con Zaragoza, y no son claras las noticias de la existencia de propagandistas de la capital, pero sí que existen otros datos que afirman estas ideas, como la organización socialista de que da cuenta la prensa en Ejea, la llegada de los órganos de prensa del partido, o la pron-

ta identificación del obrerismo local con la problemática campesina de los comunales, que marcará la historia de la comarca durante todo el primer tercio del siglo XX.

Podemos decir que esta primera periodización no es exclusiva del caso aragonés, sino que, según estudios de otras regiones con los que comparar, también se da en zonas como la riojana, la andaluza o la catalana, si bien es verdad que bajo circunstancias y recursos en los que el localismo se erige como factor predominante. En cualquier caso, cabe preguntarse por el declive del ciclo, pues parece que a partir de 1905 se generaliza una progresiva ausencia de las protestas. Es indudable, ya se ha dicho en varias ocasiones en este trabajo citando a Tilly, que la represión es efectiva como factor desmovilizador. Ahora bien, cabría afinar un poco más el análisis y apuntar a los diferentes tipos de represión y a su diversa incidencia sobre la acción colectiva, algo en lo que la configuración del poder del Estado tiene bastante que ver. Gracias a los estudios comparados existe cierto consenso en aceptar que una conducta de las fuerzas represoras más «suave», tolerante y selectiva favorece la protesta, mientras que las técnicas policiales difusas, represivas y duras tienden a desincentivar la protesta masiva y pacífica, pero dan alas a los sectores más radicales. En este sentido, Goldstein advierte en su estudio sobre la represión en la Europa decimonónica que «aquellos países que eran sistemáticamente los más brutales, represivos y obstinados en su forma de enfrentarse al problema de la modernización y el desarrollo de la disidencia de la clase obrera, no hicieron sino cosechar un tipo de oposición igual de rígida, brutal y obstinada», añadiríamos que pese a cosechar éxitos a corto plazo en forma de silencios entre los grupos disidentes. Puede decirse que tanto las disposiciones legales sobre el orden público en la Restauración, de tipo básicamente militar, como la propia *cultura política* en la que los participantes se desenvolvían, cada vez más competitiva, excluyente y bipolar, dictaban las pautas de actuación de disidentes y fuerza pública en los momentos en los que se enfrentaban en la calle, y terminaron por disuadir al final del ciclo a muchos simpatizantes que se habían comprometido con formas más pacíficas de protesta. De momento, la represión en forma de cargas, golpes, carreras, empujones y sustos, y el recuerdo del muerto y los heridos habidos en las calles de la ciudad, hicieron que el cálculo de costes y beneficios no fuera favorable para muchos, y que las organizaciones optaran por la reordenación interna y la captación del mercado de obreros inmigrantes

que acudían a las obras de la ciudad. Unas organizaciones, socialista y anarquista, que distrajeran sus energías por el control del movimiento local, a lo que habría que añadir los cambios de la atención de la opinión pública, que, como apunta el observador Jordana de Pozas, cada vez veía con peores ojos este tipo de algaradas callejeras. Cuando la protesta obrera y republicana resurgió en la ciudad, lo hizo con un grado de actividad y virulencia inusitado.⁴⁴⁰

4.7.2. 1910-1912

A los pocos años se reanuda el ascenso en la intensidad de la protesta en un contexto de desarrollo de los medios de comunicación. Eso facilita la inmediatez de la información y la posibilidad de una coordinación general o nacional de algunos movimientos. También en 1899 se habían dado motines a consecuencia del cierre de tiendas no solo en Zaragoza, sino también en otras como Murcia y Valencia. Sin embargo, el carácter expansivo de esta protesta no estaba previsto por los organizadores. A partir de 1910 la prensa hará mayor hincapié en sus análisis de las huelgas en lo que sucede en otros puntos del país. Buena culpa de ello lo tuvo el efecto amplificador que los medios de comunicación otorgaron a la crónica de la Semana Trágica. Los grupos de oposición percibieron a raíz de estos hechos que la *estructura de oportunidad política* cambiaba a su favor, que era posible una amplia movilización popular en contra de cuestiones que tan hondamente preocupaban a los estratos más bajos de la sociedad, como la guerra o las subsistencias. Una percepción que tomó mayor consistencia con la caída del Gobierno conservador de Maura y la entrada del gabinete liberal de Canalejas. Las medidas gubernamentales adoptadas en el sentido de atender algunas de esas viejas cuestiones irresueltas, como la del control sobre las órdenes religiosas o la supresión del odiado impuesto de consumos, elevaron todavía más las expectativas. Otros asuntos, sin embargo, fueron orillados en función de la coyuntura política, como la reforma de la recluta militar y la propia apertura del frente bélico de Marruecos, una postura que provocó una intensa reacción de protesta en todo el país, forzando los lími-

440 Della Porta (1999), pp. 139-140. Goldstein (1983), p. 340. Un análisis del proceso psicológico de desligamiento del movimiento, en Klandermans (1997), pp. 98 y ss. La militarización del orden público en la Restauración española, por ejemplo, en Cruz (1993).

tes de tolerancia del Gobierno liberal, dado que existía la creencia generalizada de que ese Gobierno no usaría el mismo rasero represor que el conservador, idea que el tiempo se encargaría de demostrar equivocada.

En definitiva, a partir de 1911 puede hablarse de una nueva fase de intensificación de los conflictos, algo que tenía que ver no solo con su número, sino también con los sujetos implicados, con los motivos esgrimidos y con el tipo de difusión geográfica desplegada sobre el mapa. Con los sujetos, porque el efecto «expansivo» de la acción colectiva alcanza no solo a grupos con los mismos intereses que los pioneros de la protesta, sino también a otros grupos no relacionados con ellos, e incluso a los antagonistas. El caso más claro, el de los mítines, manifestaciones y peleas entre clericales y anticlericales, surgidos al calor de la Ley del Candado de las órdenes religiosas, pero también otros colectivos, como los estudiantes o grupos profesionales, que hasta ese momento habían permanecido inermes (cocheros), salen a la calle para hacer oír su voz. Los obreros se enfrentan a una patronal cada vez mejor organizada y más intransigente, que endurece los procesos de negociación y reclama de la autoridad mano dura para los huelguistas. Y respecto de la guerra, cabe anotar que, si bien hubo mítines y manifestaciones contra la campaña de Marruecos, también hubo otras muestras de patriotismo popular en la capital y diversas comunidades rurales con la toma del monte Gurugú. Algo que también sucedió durante la campaña de ultramar del 98. Y es que lo característico de estos ciclos no es que sociedades enteras «se alcen» en la misma dirección a la vez, o que determinados grupos actúen del mismo modo repetidamente, sino que la acción de los primeros desencadene diversos procesos de difusión, imitación y reacción entre grupos normalmente tranquilos o en apariencia alejados de las demandas de los «pioneros». Cuando existían vías de difusión claras, a la periferia rural llegaba el conflicto desde el centro urbano implicando a sectores productivos complementarios de industrias con una experiencia más dilatada de protesta, aprovechando los valles de los ríos u otras vías de comunicación para el rápido trasiego de líderes y noticias de un lugar a otro. Es el caso de las huelgas protagonizadas por los obreros de las azucareras cercanas a la capital zaragozana, como las de Alagón o Épila, o el de la primera huelga general de Huesca, ocurrida en 1914, y sobre la que pueden rastrearse las huellas de propagandistas llegados de Zaragoza y, al contrario, oradores de la ciudad oscense invitados a perorar en actos públicos de la capital aragonesa.

¿Pero quiénes fueron esos «madrugadores»? En dos años, cuatro huelgas generales en la ciudad, más las diversas de oficios y paros parciales. Algunos nombres propios del anarcosindicalismo habían crecido en la sombra en capacidades oratorias y organizativas, puestas a prueba en acontecimientos importantes como la constitución de la CNT en 1910 en Barcelona, o la huelga general de septiembre de 1911, en la que, como apunta Pere Gabriel, aparecieron implicados los dirigentes «que mantenían una fuerte relación con una pequeña colonia catalana en la ciudad, con Teresa Claramunt a la cabeza».⁴⁴¹ Ciertamente la trayectoria del movimiento sindicalista zaragozano y de la Federación Local de Sociedades Obreras está muy unida a la actividad de este grupo, a la asunción del relevo generacional cuando resultó necesario, y a los movimientos y tensiones entre sindicalismo, anarcosindicalismo, anarquismo teórico y anarquismo de acción. Parece que en esos primeros años de 1910 y 1911 existió una relación estrecha de la FLSO con el sindicalismo revolucionario de Barcelona, al menos por parte de significados dirigentes como Lacort y Claramunt. A partir de la reorganización que siguió a la represión, en 1913 el modelo de actuación fue similar al existente en Barcelona. Apunta Gabriel que un grupo de propagandistas alimentaba un Centro de Estudios Sociales (equivalente al Ateneo Sindicalista barcelonés), logrando sacar a la luz un órgano de expresión propio, *Cultura y Acción*, en el que figuraban ilustres firmas como el joven Buenacasa, Zenón Canudo, Ángel Lacort, Nicolás Guallarte, Antonio Domingo o Antonia Maymón, entre otros.⁴⁴² Poco después llegarían los discursos unitaristas y los llamamientos a la organización sindical a partir de 1916, proclamados a los cuatro vientos a partir del congreso de febrero de ese año. Sin embargo, sería injusto atribuir el «motor» del ciclo exclusivamente a las secciones obreras. A partir de 1910 el republicanismo radical inflama su discurso con agravios clericales y reaccionarios, y consigue movilizar a amplias capas de población en mítines y campañas para conseguir éxitos en las citas electorales. Álvaro de Albornoz

441 Gabriel Sirvent (2002), p. 129.

442 Las noticias sobre la prensa obrera de este período no son, lamentablemente, de primera mano, dada la imposibilidad de localizar medios de expresión como *La Aurora Social* (órgano de la Federación Local de Sociedades Obreras), *La Anarquía* (editada entre 1911 y 1913) o el periódico quincenal *Cultura y Acción* (creado en 1910). Ya se lamentó de este vacío Régine Illion (2001), p. 260.

o Rafael Salillas apelan frecuentemente en sus discursos públicos al combate contra el oscurantismo del conservadurismo político y clerical, y en favor de la educación, el progreso, la justicia y la igualdad. Con multitud de alusiones a «vuestro enemigo», jalonan sus intervenciones desde la tribuna de oradores.

En resumen, y siguiendo el modelo de Tarrow, no es difícil encontrar en Aragón durante estos años las características de los ciclos de protesta. Los datos desgranados a lo largo de la narración permiten además encajar el caso aragonés en líneas de tendencia más generales. Martín Ramos estudió el movimiento huelguístico barcelonés en relación con el europeo, identificando los ritmos del primero con los del segundo, y determinando como esquema general una fase ascendente del ciclo a partir de 1911, que se sostiene hasta los prolegómenos de la Gran Guerra, un descenso a partir del inicio del conflicto bélico, y un nuevo aumento de la protesta a partir de 1916. El esquema es clarificador y de gran ayuda para la interpretación cíclica de la protesta. Pero cabe sugerir, no obstante, que si, como se ha hecho hasta aquí, se intenta observar la protesta sin someterse a trayectorias apriorísticas y unilineales de evolución, cabe tener en cuenta no solo las huelgas, sino también formas de manifestación del descontento practicadas por diversas identidades, como los motines rurales y urbanos, las manifestaciones o los enfrentamientos entre banderías políticas. Y eso, por un doble motivo. Primero, por la coexistencia de las formas tradicionales de manifestar el descontento con las novedosas, no solo en España, sino también en los países del entorno, si bien en nuestro caso algo más subrayada al retrasarse algunas contrapartidas estatales y niveles de bienestar que los gobiernos de países participantes en la Gran Guerra se vieron empujados a dirigir hacia los sectores populares movilizados. Y en segundo lugar, porque la fase de difusión de un ciclo no se produce en forma de curva parabólica, sino a modo de olas encabalgadas que cruzan de un sector a otro, desde unos sujetos a otros, y por ello es fundamental que el análisis pueda acoger no solo la actividad del grupo que parece tomar las riendas, sino también la protesta de colectivos aparentemente alejados de sus intereses, para tratar de descubrir los canales de comunicación que hacen posible la extensión de la movilización. Por todo esto, el esquema propuesto por Martín Ramos, confrontado con estos apuntes metodológicos y los datos del caso aragonés, podría adelantarse hasta las salpicaduras de la Semana Trágica y la movilización social tenida lugar durante los meses

siguientes, algo a lo que no es ajena la dinámica contenciosa del resto del país. En el fondo aquí se está dando vueltas a un asunto que atraviesa la reflexión sobre los ciclos, como es el de la dimensión necesaria para reconocerlos como tales. Lo local constituye una fuente primordial de materia histórica, pero si no se levanta la mirada se puede pasar por alto el carácter nacional o transnacional de algunos de estos ciclos.⁴⁴³

Es inevitable en este sentido aludir a los cambios globales en la estructura económica y en la configuración del poder de los estados como denominadores comunes de la puesta en marcha de los ciclos modernos de acción colectiva, máxime en los casos en que rebasan las fronteras nacionales. Ello, sin embargo, no impide reconocer otras variables que condicionan en mayor medida la puesta en escena del descontento y que han estado presentes desde las primeras líneas de este estudio: la construcción social de la identidad de los protagonistas, la búsqueda de alianzas, la capacidad de innovar en las formas de confrontación, o la difusión de la acción colectiva de los sectores más movilizados a los más aquiescentes, subrayan el carácter cultural de la protesta, su sentido histórico, y devuelven el protagonismo en su construcción a participantes y sujetos contenciosos, en lugar de a las grandes estructuras económicas o políticas. Y permiten además observar, sin perder de vista los cambios estructurales globales, las particularidades de los movimientos locales o nacionales en su particular idiosincrasia, y los diferentes límites de las fases de ascenso, cúspide y descenso en la intensidad de la protesta de los ciclos. En la fase ascendente, la gente con reivindicaciones antiguas se atreve a rebelarse cuando inesperadamente se imponen nuevas demandas que se amontonan sobre las viejas, o cuando surgen nuevas oportunidades, difundiéndose por imitación el comportamiento desorganizado. En la cresta, se generaliza la contestación en todos los ámbitos, y se confrontan dos imágenes contrapuestas de lo que sucede: para las autoridades se trata de un momento de locura, para los protagonistas de un momento de entusiasmo colectivo o de la posibilidad real de remover los cimientos de la sociedad. En la fase descendente, es cuando se forman nuevas levas de participantes que obtienen su socialización inicial, nuevas organizaciones, y cuando las formas de acción colectiva inventadas en la cúspide se prolongan en forma cuasi institucio-

443 Martín Ramos (1989).

nalizada, ensanchando los límites del repertorio convencional. En el ciclo que se inicia en 1916 pueden también observarse algunas de estas características, mejor definidas si cabe que en las olas de protesta previas.

4.7.3. 1916-1920

La periodización escogida en este estudio tan solo abarca la fase ascendente del ciclo. Pero el planteamiento revolucionario de 1917 y el modo en el que se trató de conjuntar acciones de diferentes colectivos, constituyeron de por sí un hito en la historia de la protesta a pesar del fracaso inmediato que supuso la represión de la huelga. La triple crisis de 1917 fue sin duda una situación revolucionaria en la que varios sujetos colectivos y políticos demandaron el poder al bloque hegemónico del Estado, y en la que ambos contaban con el apoyo de algún segmento sustancial de la ciudadanía, aunque la percepción de ese apoyo se demostrara a posteriori sobredimensionada por parte de los desafiantes.⁴⁴⁴ En el obrerismo se llegaba de un proceso crítico tras las huelgas de 1911, con algunos de los principales animadores del movimiento huidos o detenidos. Sin embargo, pudo realizarse el necesario relevo en los cuadros principales, pasando a primera fila los que se habían socializado en la protesta durante los años anteriores. Fueron capaces de reorganizar las secciones e incrementar el número de afiliados ganándolos con un discurso, un marco significativo, que tendría gran éxito en el movimiento local: el sindicalismo alejado de la política, en el que cabían los llamamientos unitarios destinados a unir a las familias obreras para ganar en fuerza y capacidad de acción. No en vano, en Zaragoza se gestó el primer pacto de acción entre la UGT y la CNT. El auge de la dinámica de protesta también se experimentó en el campo zaragozano, difundiéndose a través de los conductos orgánicos (prensa, información entre secciones obreras...) y medios naturales de comunicación, dando lugar a un creciente número de huelgas agrícolas y organizaciones locales de campesinos. Huesca y Teruel también experimentaron cierta intensidad en la protesta, aunque en una escala mucho menor que en Zaragoza. En la capital la protesta obrera adquiriría durante los años siguientes cotas desconocidas en número de jornadas perdidas

⁴⁴⁴ La creación de una situación revolucionaria definida de ese modo, constituye un frecuente punto de partida de un ciclo de protesta (Tilly, 2002).

y utilización de la violencia. La huelga, en efecto, se institucionalizó plenamente como medio de combate y negociación, pero junto a ella aparecieron fenómenos como el pistolerismo o el *lock-out* patronal, que sin duda consiguieron polarizar la tensión social hacia un cada vez más intransigente y abierto enfrentamiento de clases. El nuevo proletariado zaragozano adoptó actitudes también más radicales, encajando en el marco del sindicalismo anarquista a partir de 1919. En un contexto así, y ante la ausencia de mediaciones políticas respetadas por los grupos en litigio que facilitarían salidas reformistas a la dinámica contenciosa, apunta Forcadell que la pendiente hacia la violencia fue recorrida rápida y frecuentemente. Algo que contribuirá a crear una visión dicotómica del final de un proceso que se prolonga hasta los días de la Guerra Civil: o la revolución, o la reacción.⁴⁴⁵

En definitiva, podemos contemplar la protesta en Aragón desde una perspectiva más amplia, enmarcada en varios momentos «fuertes» que se suceden en el tiempo: en torno al cambio de siglo, en el fin de la primera década de la nueva centuria y a la altura de 1917. Un movimiento atraviesa por todos ellos y adquiere un protagonismo singular, el movimiento obrero, si bien es cierto que algunos otros, como los de matriz política republicana, también adquieren durante estos años un papel importante en la identidad y encuadramiento de las clases bajas y trabajadoras urbanas. Algunas reivindicaciones, por lo tanto, se repetirán a lo largo del tiempo, como las relacionadas con las mejoras salariales y las condiciones laborales, a la par que otras nuevas aparecerán en función de los intereses colectivos o la existencia de oportunidades políticas. En algunos momentos los actores parecen ponerse de acuerdo para elevar el tono general de la protesta, dando lugar a los «ciclos», según han sido caracterizados por especialistas como Tarrow. Sin embargo, tampoco se pueden concebir como compartimentos estancos, porque cada ciclo deja «sedimentos» de experiencia sobre los que se vuelve a plantear la protesta, y porque la mayoría de los conflictos tienen que ver con las demandas más elementales de bienestar y equidad social en beneficio de los menesterosos. En el fondo de esta protesta late el descontento provocado por los desequilibrios y contradicciones provocados por los procesos de industrialización y urbanización. Eso no exclu-

445 Forcadell Álvarez (1984).

ye el carácter político de la acción colectiva, manifestado en protestas contra determinadas decisiones o inhibiciones gubernamentales, o en una postura antiestatal ante determinadas acciones del Estado que son percibidas e interpretadas como agresiones e injusticias. En este contexto, los individuos despliegan actitudes de rebeldía y manifestación expresa del descontento desarrolladas en función de la propia construcción de su identidad, y de la idea de lo que es y lo que debe ser el mundo que les rodea. En este sentido, la resistencia vecinal a las pretensiones estatales, utilizando su repertorio conocido de protesta, remite al carácter absolutamente político del motín, la algarada, el mitin o la huelga.

EPÍLOGO

Calatayud. Desde el formidable motín antifiscal de 1885 no habían tenido lugar alteraciones del orden en esta importante localidad agrícola del valle del Jalón. El relato de notables episodios de movilización y violencia durante el primer tercio del siglo XX ofrecerá una buena plataforma para una síntesis de lo que hasta aquí se ha querido poner de manifiesto, así como para apuntar un avance del trabajo que ha quedado por realizar. Retomemos un enfrentamiento descrito en el libro y sucedido en 1910. La llegada de las «misiones católicas» a la villa y la organización de una procesión con faroles, pendones y estandartes adquirió pronto los caracteres de provocación y reto propios de la época. Pese a la recomendación del alcalde, la procesión pasó frente al Casino Republicano, y allí mismo, provocada la chispa por la resistencia de un individuo a descubrirse, se generalizó «la refriega a estacazos entre los bandos rivales». ⁴⁴⁶ Como la pólvora corrieron rumores sobre la existencia de tres fallecidos por herida de bala, reduciéndose el balance a varios contusionados. Una década más tarde, como si aquel rumor incierto hubiera querido ser una funesta premonición, sí que corrió tinta para dar cuenta de tres vecinos muertos en un nuevo episodio de enfrentamiento. Fue en los últimos días de 1919, cuando en plena huelga de trajineros de la ciudad se convocó un mitin prohibido a última hora por el alcalde. Cuando tres parejas de la Guardia Civil quisieron desalojar el local, fueron agredidas con piedras, respondiendo con varias cargas y disparos, y el trágico final mencionado de tres vecinos muertos. ⁴⁴⁷

⁴⁴⁶ HA, 31-10-1910, n.º 4986.

⁴⁴⁷ HA, 20-12-1919. Laura Vicente contrapone a la versión del *Heraldo* la de *El Comunista* (2-1-1920, n.º 12), según la cual lo que ocurrió fue que «un grupo de ciudadanos se apostó en la puerta, a la parte de la calle en actitud de resistencia pasiva a marcharse».

En los años treinta son varios los episodios de enfrentamiento que acontecen en la localidad. En abril de 1932 se produce una fuerte tensión entre tradicionalistas y anticlericales durante una conferencia organizada en el Círculo Tradicionalista. Desde los salones del local se lanzaron gritos de «Viva Cristo Rey» y «Muera la República», siendo contestados en un primer momento por grupos de vecinos y curiosos, y formándose al instante una manifestación de «elementos republicanos y socialistas» con el ánimo de invadir el salón. Los católicos huyeron, los manifestantes apedrearon la redacción del diario católico *El Regional*, y la autoridad detuvo posteriormente a varios elementos de derechas como principales provocadores del tumulto. Durante la celebración del Primero de Mayo de 1933 volvieron a sucederse enfrentamientos en la calle, debiendo intervenir la fuerza pública tras escucharse vivas al comunismo libertario, y pocos meses después tiene lugar el intento revolucionario anarquista de diciembre, también con repercusiones en la localidad dignas de ser reseñadas. De madrugada dos fuertes detonaciones junto al cuartel de Artillería, además de pretender dejar la localidad incomunicada dañando las vías de tren y las líneas telegráficas, dieron la señal a los grupos de acción. Comenzaron entonces los incendios simultáneos en dos conventos, la Colegiata y el interior de una ermita cercana. Allí se habían forzado las puertas, amontonado bancos junto al altar a modo de enorme pira, y prendido fuego a la imagen de la Virgen que lo presidía. Al tiempo que las llamas hacían su trabajo, un grupo de unos veinte hombres, los presuntos incendiarios, mantenían un intenso tiroteo con las fuerzas de la Guardia Civil y la policía, resultando herido el jefe de la línea.⁴⁴⁸

La secuencia de episodios ocurridos en una ciudad de tamaño medio como Calatayud, eminentemente agrícola y sin grandes industrias fabriles, pero con una cada vez más compleja estratificación socioeconómica y unas buenas comunicaciones con una capital como Zaragoza, da cuenta del proceso de creciente politización de la vida pública que acompañó al discurrir del primer tercio del siglo XX en España. Algo que, ciertamente, no puede comprenderse sin aludir a la compleja interacción de muy diversas identidades colectivas que ahora conviven, se entrecruzan y, con cada

⁴⁴⁸ HA, 4-5-1933, n.º 13377, HA, 12-12-1933, n.º 13563, y AHN, Gobernación, Serie A, leg. 58, exp. 29.

vez mayor frecuencia, se enfrentan. De las llamas acabando con los fieltos en 1885, hemos pasado a las hogueras en las iglesias de 1933. Entre medio queda un proceso múltiple de conformación identitaria, bastante más silencioso pero constante, que comienza en las postrimerías del siglo XIX, que se acelera en la segunda década del XX y que alcanza su mayor grado de diversificación y virulencia durante los años treinta. Ya no aparece tan solo en las crónicas la gente «del pueblo» como protagonista de la protesta, como cincuenta años atrás. En los años treinta salen a la palestra del conflicto clericales y anticlericales, obreros y patronos, monárquicos y republicanos, anarquistas y socialistas, y otras diferentes combinaciones dicotómicas de colectivos sociales en las que los términos se autodefinen por oposición y contraste, cada vez más frecuentemente violento. En ese camino de autodefinición, largo y complejo, la inclusión de la violencia en el repertorio de acción de los grupos implicados no es una mera vía de escape ante la presión de las injusticias, sino un modo de interrelación y negociación que afecta a todos los participantes que tratan de hacerse con una posición privilegiada en su particular combate por alguna dosis de poder, y que tiene su origen en la radicalización de los discursos y las políticas de movilización de las organizaciones colectivas.

El estudio ha centrado su atención en la germinación de estos procesos por lo que hace referencia a las clases populares en el Aragón del final del siglo XIX y principios del XX, hasta el hito simbólico de 1917. Durante ese tiempo la protesta social en España acompañó el proceso mismo de democratización de la sociedad y el sistema político, que hubo de atender periódicamente las demandas de los sectores más desfavorecidos en forma de protestas, desórdenes y enfrentamientos con los representantes del Gobierno. Hemos creído demostrar que 1917 resultó un momento muy importante de este proceso, actuando a modo de bisagra en el modo de plantear la confrontación política y social por parte de los colectivos implicados. Durante el primer intento revolucionario que, de manera más o menos coordinada (insuficientemente coordinada, como se habría de ver más tarde), quiso acabar con el sistema de la Restauración, culminaba un camino transitado durante la segunda década del XX español. Las crisis económicas, los problemas derivados de la crónica desigualdad social y una creciente competencia política, cancha en la que los grupos y partidos adquieren cada vez mayores habilidades para la elaboración de discursos e imágenes movilizadoras, fueron el contexto que permitía la aparición cícli-

ca de manifestaciones de protesta, y la utilización de la calle como sustitutivo del Parlamento y las vías democráticas de acción. Lo que de modo más definido se ha tratado de vislumbrar a lo largo de estas páginas es la idea de que, junto a las difíciles condiciones estructurales derivadas de un contexto económico eternamente severo para las clases populares, durante esos años los actores colectivos se implicaron con un ímpetu desconocido en nuevos modos de conflicto social o, lo que es lo mismo, de disputa de las diversas cotas de poder necesarias para promover cambios en el mapa político.

E igualmente, que dichas formas de plantear demandas y articular propuestas tuvieron un carácter contingente. O dicho de otro modo, que si bien es cierto que la cada vez más variada conflictividad correspondió a una sociedad en constante transformación, no existen motivos para pensar que los enfrentamientos se debieron exclusiva y necesariamente a desequilibrios en los cambios sobrevenidos con el proceso de modernización social. Asumiendo la existencia de tensiones estructurales con una indudable incidencia en las relaciones sociales, no puede olvidarse la matriz relacional del conflicto, que en última instancia determina el tipo y grado del enfrentamiento colectivo. Porque las relaciones sociales son pensadas y construidas y, por lo tanto, potencialmente conflictivas como resultado de su desigual dotación de poder. Esa relación desigual puede ser interpretada por la parte perjudicada como un problema, un agravio, un conflicto o una injusticia, o como todo al mismo tiempo, y ser identificada y combatida por los grupos implicados a través de la argumentación y los esquemas interpretativos articulados y difundidos en diferentes formas y extensiones.

De aquí se colige el carácter político de la protesta, de la relación de las personas con la injusticia a través de reclamaciones públicas, abiertas y conflictivas, que derivan en un enfrentamiento en el que las dos partes defienden sus posiciones. En ese sentido es en el que cabe interpretar la protesta «tradicional», los motines por los consumos y las quintas o por los recursos naturales, como manifestaciones políticas de descontento, como el único medio, junto con la emigración, de no asumir los agravios considerados como injustos por parte de agentes gubernamentales, fuerzas del orden, capitalistas forasteros o comunidades rivales. La violencia simbólica del motín, la amenaza de la fuerza, la protesta tumultuaria y la ocupación de los espacios públicos significativos abordados en la primera parte

de este trabajo, lejos de responder a las maniobras de agitadores o a explosiones incontroladas de ira, tenían que ver con la disputa del poder local y su gestión en relación con asuntos vitales para la continuidad colectiva. Se ha podido ver además como sus protagonistas actuaban distinguiendo y enfrentando su identidad con otras, construyendo su «nosotros» frente al «ellos» a partir de ese sentimiento de agravio, desplegando señales de pertenencia común fácilmente interpretables tanto por propios como por ajenos, y activando redes sociales basadas en la vecindad y repertorios de movilización destinados a la defensa de la comunidad local agredida.

La aparición en escena de los gobiernos en la Edad Contemporánea, con inusitada contundencia a partir del siglo XX, conllevó un proceso de politización de las identidades colectivas, y alentó su carácter conflictivo al convertirse la acción gubernamental en el blanco común de las interpretaciones sobre la fuente de las injusticias y los agravios. La creciente capacidad y fortaleza del Estado español para gestionar la vida pública del país facilitó dicha tendencia, sobre todo en unas ciudades en pleno proceso de expansión urbanística e industrial. Allí, factores como la difusión eficaz de nuevas ideas, conceptos e interpretaciones sobre los problemas, y sus soluciones a través de los medios de comunicación, el aprovechamiento selectivo de oportunidades para la movilización, o la posibilidad de contrastar la propia identidad con la configuración paralela de otras tantas, revelaron el carácter contingente de las notas identitarias, y su adscripción no ya a atributos eternos, sino tan solo a la voluntad de los protagonistas. O dicho en otros términos, los actores pudieron definir el mundo propio, el del «nosotros-las-víctimas», con una serie de facultades, recursos e ideas que les proporcionaron una extraordinaria maleabilidad para hacer, rehacer y deshacer los límites de esa identidad colectiva y política. En el fondo de la cuestión descansa el carácter constructivo de esta dinámica, un proceso de índole cultural, entendiendo por cultura todo el conjunto de herramientas utilizadas en la percepción, interpretación, definición, comprensión y razonamiento de las relaciones sociales. En otras palabras, el recurso a herramientas culturales habitualmente utilizadas en la construcción de las identidades de los grupos sociales, como la invención de símbolos, la articulación de narrativas, la publicación de genealogías o la fundación de instituciones, sirven, en última instancia, para distanciar la propia identidad del resto y, por lo tanto, para definirla en sus atributos más característicos.

Durante los aproximadamente treinta años que limitan este estudio, la sociedad aragonesa contempló diversos episodios relacionados con la dinámica conflictiva entre unos grupos sociales que trataban de encontrar la razón de ser de sus experiencias colectivas y ubicarlas en un discurso capaz de interpretarlas, así como de comprender su lugar y su relación con otros grupos sociales en un mundo que cambiaba con celeridad. Quizás la más significativa y determinante para el inmediato futuro de muchos de quienes vivieron en aquel final de siglo fue la identidad obrera, y a ella es a la que más atención se le ha prestado en estas páginas. La organización de las primeras manifestaciones allá por 1890 y el aprendizaje colectivo del rito movilizador de la manifestación y la presentación de peticiones a la autoridad durante las huelgas; la utilización de símbolos como las banderas confederales o el triple «ocho»; la articulación de discursos modulados en los mítines en función de circunstancias y tácticas diversas; la fundación de instituciones y organizaciones destinadas a la defensa del interés obrero y su relación fluctuante y dificultosa siempre con la autoridad política; las diatribas entre socialistas y anarquistas destinadas a distanciarse de los «otros» y, en última instancia, a lograr el monopolio del mercado de trabajo y la clientela obrera..., marcaron las primeras coordenadas del obrerismo zaragozano, y determinaron en buena medida sus características como colectivo. Hemos creído probar que la carrera por la diferenciación fue compleja y múltiple, y que abarcó no solo procesos contenciosos con la autoridad y los patronos industriales por motivos obvios, sino también con los republicanos o los obreros inscritos en las organizaciones católicas o en los sindicatos alternativos.

De igual modo se ha podido comprobar como entrado el nuevo siglo XX confluyeron diversos episodios fundamentales en el proceso de politización de la identidad obrera. Dicha identidad iba más allá de la defensa de los intereses materiales de los trabajadores agraviados frente a las nuevas estrategias de los empleadores, destinadas a maximizar sus beneficios y a garantizar un abastecimiento de mano de obra barata y abundante. Abarcó también ideas de matriz igualitarista y nociones enraizadas en experiencias compartidas de trabajo y dignidad profesional, que ahora, ante los procesos de dependencia y salarización impuestos por propietarios y administradores, no podían desarrollarse como antaño. Abarcó también otras nociones provenientes de campos diversos, como la libertad personal propia del discurso anarquista, el derecho de crítica y rebelión ante el poder

político o religioso propio de la cultura popular tradicional, cierta corresponsabilidad entre las clases o sectores desfavorecidos de la sociedad, basada en la experiencia compartida de la pobreza y la crítica ante la injusticia social, el recurso a la utilización de la calle como cancha del combate político, propio del republicanismo radical, o la apelación al «pueblo» como ente soberano de la protesta propia del populismo y del regeneracionismo crítico finisecular.

En este sentido, la batalla por la consecución de determinados objetivos alentó la búsqueda de una posición de fuerza basada en el incremento de la clientela. Eso podía llevar a modificar el discurso de la organización no ya en sus presupuestos básicos, pero sí en determinados subrayados o en la necesidad de explicar coyunturales estratégicos cambios de postura. No cabe duda de que al comenzar la segunda década del siglo XX la Federación Local de Sociedades Obreras se había convertido en un actor político trascendental en el discurrir cotidiano de la vida social local y regional, debiendo para ello atravesar varias refundaciones y agrios debates internos. En ese camino, su relación con el republicanismo local, variable y compleja, resultó fundamental en el terreno de la subcultura política compartida y en la difusión de valores relacionados con la ampliación de libertades colectivas y de derechos de ciudadanía a colectivos amplios de la sociedad. Poco a poco, factores como la acumulación de experiencias conflictivas, algunas traumáticas, con las fuerzas del orden en la calle, la coordinación de acciones de protesta junto con organizaciones de otras ciudades en campañas de carácter «nacional», la aparición de organizaciones de defensa patronales y las tensas relaciones que mantuvieron con ellas debido a su probada inflexibilidad negociadora, terminaron por influir en la movilización asociada al movimiento obrero.

Este aspecto es uno de los que más atención ha suscitado en el estudio, el del cambio en las formas de movilización y protesta colectivas, y ha determinado en buena medida la elección de sus límites cronológicos. Se ha tratado de mostrar no solo el surgimiento de nuevas formas de manifestar el descontento, sino también de reflexionar sobre las causas que lo hicieron posible y el modo por el que grupos amplios de población terminaron por adoptarlos como habituales o «normales». Como en otros lugares del país, en Aragón, y más particularmente en Zaragoza, la protesta social llevada a cabo desde las organizaciones obreras y los grupos de opo-

sición política como los republicanos ensanchó los límites del repertorio conocido. Según las circunstancias, y al margen de las formas prescritas en las que los gobiernos son los principales protagonistas (elecciones, desfiles...), los actores descontentos utilizaron a discreción tanto formas convencionales y toleradas (manifestaciones, mítines, peticiones...) como formas transgresoras y prohibidas (huelgas no autorizadas, ataques a propiedades, ocupación de espacios públicos y lugares de trabajo...). Estas últimas constituyen los márgenes innovadores del repertorio de movilización, y en ellas al menos una de las partes en contienda la integran actores recién constituidos o no reconocidos, que despliegan algún tipo de movilización previsiblemente objeto de represión por parte de los gobiernos. Las calles de Zaragoza fueron testigo directo de los cambios en el modo de escenificar la lucha por el poder local, aparejados en buena medida a la configuración de las organizaciones de defensa obreras y a la utilización de una herramienta de combate no solo mitificada por los protagonistas, sino también por sus detractores: la huelga general.

Los movimientos sociales vivieron un antes y un después de la simbólica cesura de 1909, produciéndose a partir de entonces movilizaciones y protestas por una diversidad notable de reclamaciones, y con un grado cualitativo distinto desde Barcelona. Se ha podido comprobar que la movilización política adquirió una mayor intensidad que en el ciclo anterior de protestas en torno al cambio de siglo, no solo en las coyunturas electorales, sino también en las calles. Desde los ecos zaragozanos de la Semana Trágica hasta la campaña republicana por el indulto de los «reos de Cullera», pasando, cómo no, por las huelgas generales de 1910-1912, las clases populares urbanas zaragozanas daban muestra de un aprendizaje detallado de los procesos y episodios propios de la movilización colectiva. Una movilización que, es cierto, en algunas modalidades como la huelga había perdido eficacia en los enfrentamientos con la policía, pues eso, el enfrentamiento con un cuerpo armado dispuesto a usar la fuerza, era algo para lo que no estaba pensada en sus orígenes. La novedad disruptiva del paro laboral había basado la eficacia de sus primeras apariciones en el elemento sorpresa, pero pronto la represión se convirtió en un modo igual de eficaz para sofocar a los descontentos en la calle. Esa experiencia continuada de represión (carreras y cargas, procesos judiciales, clausura de locales y disolución de sociedades...) llevó al planteamiento de nuevas plataformas y formas de acción en torno a 1910, algo muy visible en lo que

hace referencia al mundo obrero. La fundación de la CNT en Barcelona y la adopción de la solución sindical catalana en no pocos lugares del país, y la radicalización del discurso de confrontación con la patronal y el Gobierno, hizo aparecer la violencia como una necesidad o un mal menor para hacer frente a las agresiones externas y para, en última instancia, conquistar una posición negociadora de fuerza que se estaba perdiendo en la calle y en la opinión pública. En cualquier caso, los enfrentamientos con la policía o los guardias civiles ya se habían practicado en el marco de los motines urbanos de matriz republicana y anticlerical de finales del siglo XIX, si bien es cierto que la colocación de artefactos explosivos en Zaragoza a partir de 1910 marcará un cambio cualitativo en este sentido, retomado con mayor ímpetu tras los paros generales de 1916 y 1917, con varias explosiones de bombas en 1920 como fenómenos más relevantes de la violencia política del período.

En realidad los explosivos formaron parte de una amplia dinámica contenciosa entre organizaciones obreras y patronales, decididamente violenta a partir de 1918. Ese año Zaragoza registró el mayor número de huelgas de todo el país, y en los años siguientes no quedaría muy lejos de esa marca. Los episodios que a partir de entonces se sucedieron vinieron determinados por las huelgas generales, las coacciones y agresiones que las acompañaban, la política de eliminación sindical de autoridades y fuerzas sociales conservadoras como el pistolerismo patronal, y el efecto traumático y reactivo de cada una de las veintitrés muertes de obreros, patronos o policías entre 1916 y 1923. La utilización frecuente de estas formas violentas se extendió desde las surgidas en las relaciones sociales cotidianas urbanas, de carácter local en su organización y objetivos, hasta las ejercidas por las organizaciones de carácter nacional en su intento de influencia en la configuración del poder local, regional o nacional. No hay que olvidar en este sentido que la adscripción de la Federación Local de Sociedades Obreras a la CNT se produjo en 1919, recién afirmada su definición ideológica antipolítica, antiestatal, y su vía de actuación escogida, el sindicalismo de acción directa, independiente de los partidos políticos, llamado a transformar revolucionariamente la sociedad. En 1919, además, la CNT conseguiría en Barcelona un espectacular triunfo con la huelga de La Canadiense, y llegaría a los más de 700 000 afiliados en todo el país. No se puede olvidar que hacía muy poco que se había desatado la crisis de 1917, en la que se entremezclaron varias situaciones de revuelta antigu-

bernamental, entre las que figuraba la huelga general decretada por las centrales CNT y UGT en inédita alianza.

La orquestación de campañas de ámbito nacional y la influencia de las noticias provenientes de los grandes núcleos sindicales como Barcelona o Madrid resultaron claves en la reorientación de la movilización colectiva desde los años de la Primera Guerra Mundial. Eso facilitaba una implicación más fácil y directa de los temas, tendencias y estructuras de ámbito nacional con los problemas locales, posibilitando una modificación de los marcos interpretativos de los colectivos implicados, y una más inmediata identificación de la fuente de la injusticia con las estructuras de poder gubernamentales. En definitiva, los grupos sociales en contienda hallaron en la política la mejor explicación de su experiencia de dificultades e injusticias, traducidas en episodios de lucha por el poder o por su acaparamiento. Sin embargo, el hecho diferencial a partir de 1917 lo constituyó el descrédito de la vía democrática para resolver los conflictos de intereses, y la apropiación de la calle mediante la ocupación de espacios simbólicos, la manifestación de la fuerza del número o la utilización de la violencia para superar o trascender la mediación parlamentaria.

Algo estaba, en efecto, cambiando en los repertorios de protesta, y un indicador que da cuenta de ello es la creación de mártires y caídos por la causa, y la mitificación de héroes que imitar. También Zaragoza contó con sus propios mártires en la lucha entre el capital y el obrero, al igual que la mítica Barcelona anarquista. Desde el lado obrero, el enaltecimiento de ciertas figuras y personajes tuvo que ver con el momento en el que tuvieron lugar y con la intencionalidad de quienes los señalaron como modelos a seguir. El asalto al cuartel del Carmen (1920) y el asesinato del cardenal Soldevila (1923) fueron quizás los acontecimientos que alcanzaron mayor resonancia en la Zaragoza de esos años, y sin duda que, entre los círculos anarquistas que con mayor o menor grado de tolerancia comulgaban con la acción directa y violenta, las figuras de detenidos por esos hechos y allegados, como los hermanos Ascaso, se dotaron de cierto halo de respeto y veneración. En su discurso, ellos demostraban con sus hechos que la revolución social anarquista iba en serio. Sin embargo, la Segunda República escogería desde el ámbito institucional otras figuras más claramente «victimizables» y con mayor capacidad de empatía entre más amplias capas de población. Los republicanos se dirigían a un «pueblo» más amplio, una

comunidad popular que precisaba de figuras capaces de simbolizar la desigual lucha por la libertad y la igualdad mantenida en el pasado, así como la esperanza y la promesa de victoria que simbolizaba la República. No es casual por lo tanto que uno de los primeros actos oficiales del equipo de gobierno municipal en abril de 1931 fuese la visita conmemorativa a las tumbas de los muertos de la calle del Perro, lugar común de la memoria del movimiento obrero y momento referencial para la construcción colectiva de los «orígenes» del combate social en la ciudad.

Por la otra parte, los asesinatos de los arquitectos municipales Yarza y Boente y del empleado Toledo, cuando trataban de encender el alumbrado público durante la huelga de electricistas de 1920, constituyeron un hito en la memoria de las clases medias y conservadoras de la ciudad. De ello da fe el monumento erigido por el consistorio zaragozano a los tres empleados, uno de los pocos lugares de memoria que recuerda en la ciudad la conflictividad política de aquellos años, y en el que se reza: «¡Dios nos libre de las luchas sociales que conducen a estos horribles descaminos!». Para el discurso patronal, tan solo la violencia sindical había llevado a esos «descaminos», aunque en realidad el enconamiento mutuo fue el producto de varias décadas de definición colectiva de los actores, de posicionamiento y de interrelación social en busca de la preeminencia social y política.

El transcurso de la protesta se vio en los años posteriores influido decisivamente por la cambiante estructura de oportunidad, desfavorable durante los años de la Dictadura de Primo de Rivera, y muy propicia en cambio tras la proclamación de la República, con la extensión de los derechos de ciudadanía a un más amplio sector de la población, si bien con restricciones y límites legales en defensa del nuevo sistema político. Uno de los indicativos de la apertura de la oportunidad política para la participación colectiva a través del conflicto, es el elevado número de huelgas que se produce en Zaragoza durante 1931, unas cuarenta, incluyendo tres huelgas generales. Podría en efecto hablarse de un nuevo ciclo de protestas sociales durante los primeros años treinta, en los que la frecuencia de las huelgas generales sobrepasa los límites conocidos: una en 1930, tres en 1931, una en 1932, dos en 1933, tres en 1934. A partir de este año el cambio del signo político en la estructura del régimen republicano habrá de influir notablemente en la percepción de los protagonistas sobre la posibi-

lidad de actuar, amén del cansancio que indudablemente hubo de afectar a las filas obreras. Pero además Zaragoza, segunda capital del anarcosindicalismo hispano según los medios de la época, vería sucederse un elevado número de episodios de violencia política que iban más allá de la tensión relacionada con una negociación laboral y la impaciencia generada por la intransigencia patronal. Hubo en efecto actos violentos de corte insurreccional por parte de «grupos de acción» de militantes obreros, que iban dirigidos contra los símbolos del orden social dominante, como las fuerzas de orden público y la Iglesia, destacando sobre todos ellos los sucedidos durante la huelga general de la construcción de 1932 y la insurrección armada de diciembre de 1933.

Sin embargo, este trasiego huelguístico no debe ocultar otra serie de fenómenos de vital importancia en la historia de la movilización colectiva y la protesta social aragonesa de aquellos años. Sin entrar en análisis pormenorizados, cabe resaltar, como venimos haciendo, que la extensión del fenómeno de las huelgas urbanas formó parte de un proceso más amplio de politización y radicalización de la vida social. La apertura de oportunidades durante la Segunda República no se redujo tan solo al movimiento obrero, sino que permitió a grupos identitarios en liza la entrada o la recuperación competitiva de posiciones en el ajedrez de la escena pública. Al mismo tiempo, la propia movilización obrera supuso en sí misma una oportunidad para la competencia política. Sería, en ese sentido, de gran interés para investigaciones ulteriores profundizar en la evolución de todas las formas de movilización colectiva, no tan solo las violentas, habidas en el marco regional aragonés durante los años republicanos. El amplio abanico de formas, que abarca manifestaciones, mítines, procesos electorales, marchas, peticiones o campañas de movilización, daría sin duda cuenta de ese desarrollo de la politización de las identidades colectivas, entablándose desde muy temprano una lucha política y cultural entre pueblo republicano, comunidad urbana y fraternidad obrera frente a pueblo católico y comunidad local tradicional.

Precisamente la relación entre el republicanismo y las organizaciones obreras es muy ilustrativa del carácter competitivo que adquirieron las identidades durante la República, en parte debido a la existencia de diferentes interpretaciones en el seno de las instituciones políticas sobre el alcance del triunfo del pueblo y la exclusión de sus enemigos de los dere-

chos de ciudadanía recién conquistados. Si compleja, como se ha visto a lo largo del texto, fue dicha relación a raíz de la fundación de la Conjunción Republicano-Socialista de 1909, la cual pretendía hacer caer a Maura y de paso a la Monarquía, aún lo fue más a partir de 1917, donde hemos acabado nuestra historia. La Conjunción entró en crisis, separándose para acudir en solitario a las elecciones, toda vez que desde 1914 se asiste a una reorganización de las fuerzas republicanas locales y regionales que culmina con la creación en 1919 del Partido Republicano de Aragón, en el que se integraron republicanos radicales, federales y autónomos. Su programa político fue objeto de diversos cambios para adaptarlo a la nueva estrategia política elaborada por sus dirigentes, consistente en hacer de la pequeña burguesía la principal base electoral del partido y relegar a un segundo plano a su electorado obrero. La declaración expresa en su ideario de no ser comunistas y el respeto de la propiedad privada como límite para la búsqueda de mejoras en los niveles de vida y trabajo de las clases populares, trazan una distancia insalvable con el obrerismo, con el que hasta hacía poco había compartido espacio político en la Conjunción.

El republicanismo volvió a acercarse al «pueblo» en los últimos años de la Dictadura, tratando en última instancia de conseguir el apoyo de la opinión pública. El régimen dictatorial había atenuado su presión sobre la prensa, y permitía la actividad republicana en los actos no políticos, como conmemoraciones del aniversario de la Primera República y visitas a las tumbas de los próceres locales, actos que de hecho terminaban convirtiéndose en demostraciones multitudinarias de la fe de los republicanos en la llegada del nuevo régimen político. Como es sabido, el Pacto de San Sebastián aglutinó en un frente único a fuerzas de espectro republicano, independentista y socialista para arrumbar definitivamente la Monarquía, convertida en principal enemigo de todos los grupos políticos. Para los socialistas (y los anarquistas de hecho, aunque no figurasen en la nómina de los participantes del pacto), eso supuso la subordinación táctica del lenguaje de clase al de *pueblo*, integrando al proletariado en las clases sociales más humildes y evocándolo como el principal referente simbólico del antagonismo entre «grandes» y «pequeños», «ricos» y «pobres». De ese modo, republicanos y socialistas acudieron unidos en toda España a las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, recibiendo de las urnas un triunfo arrollador en todas las grandes ciudades del país. A partir de ese momento la labor gubernamental de las fuerzas políticas en el poder con-

sistió fundamentalmente en la adquisición de la ciudadanía por parte de la comunidad popular, nueva fuente del poder del Ejecutivo y del propio régimen político, en lo que debería ser un paso inexcusable para la consecución de la igualdad que acabaría con seculares injusticias.

En un principio no hubo dudas acerca de cuáles eran las fuerzas a combatir: la Iglesia católica y la Monarquía. La conversión de los ciudadanos en españoles y republicanos tendría lugar en la escuela y en la calle, y se realizaría desplazando a los «enemigos» de los espacios en los que habían mantenido su hegemonía precedente. Quizás fue este un proceso que resultó especialmente visible en el caso de la Iglesia. El Estado asumía ahora el control de la enseñanza, y por otro lado las autoridades marginaban a la Iglesia de los rituales católicos de paso, al asumir la propiedad de los cementerios, legalizar el divorcio, exigir el permiso previo para la celebración de rituales en la calle y no declarar como fiesta laboral los días conmemorativos del culto católico. En palabras de Pamela Radcliff, se trataba de desplazar a la Iglesia del «centro sagrado» de la sociedad española, algo que representó en muchos lugares un enfrentamiento anticlerical que escondía, tras los sabotajes a los rituales católicos, la quema de iglesias o las prohibiciones de los alcaldes a los repiques de campanas, una concepción de la sociedad basada en la división en torno al conflicto religioso. Al igual que se hizo con la Iglesia, el sistema político desplazó los símbolos del poder monárquico, y las formaciones conservadoras y tradicionalistas dejaron de percibir ayudas institucionales. Estas dinámicas de exclusión y de «republicanización» del Estado generaron dinámicas de enfrentamiento y rechazo entre los grupos afectados, que fueron no solo los enemigos «naturales» de la República, como católicos y tradicionalistas, sino también entre los sectores que la tildaban de «insuficiente», como los anarquistas. A través de la acción directa, pronto las organizaciones ácratas participaron en una dinámica de fuerte competencia interna que afectaba a los grupos de acción y a las diversas corrientes sindicales, algo que se sumaba a la fuerte rivalidad con la UGT por la hegemonía del espacio sindical.

Los anarquistas continuaron utilizando formas de movilización y protesta del repertorio tradicional, las de la acción directa, y si bien parecía que contaba ahora con una capacidad de organización de sus bases inusitada, las intentonas insurreccionales de 1932 y 1933 demostraron que tan solo se trataba de un espejismo. Hubo en efecto barricadas, hogueras,

coacciones y castigos a los enemigos de la «clase», pero cuando llegó la hora de enfrentarse a la fuerza, no hubo capacidad ni preparación para una respuesta efectiva con garantías de hacerse con el poder político. El proceso seguido consistió en una dinámica de enfrentamiento en espiral con las fuerzas del orden tras la intentona de 1932. A ello le siguieron dos insurrecciones más en 1933, con intervenciones policiales en los barrios, protestas anarquistas, la detención de cientos de militantes y la desarticulación de los sindicatos a cargo de las autoridades. Como ha apuntado Julián Casanova, los muertos y la represión supusieron para el sector más puro del anarquismo un resorte para la movilización de clase contra la República y contra los directores de la CNT, revelándose en última instancia la política de identidad de los anarquistas: definieron la represión a la que eran sometidos en términos de injusticia y persecución, y silenciaron las discrepancias internas sobre la estrategia insurreccional haciendo causa común con la defensa de sus presos. Su distancia respecto de los mapas identitarios republicanos del «pueblo» se hizo enorme, al igual que respecto del otro gran organismo que pretendía representar en exclusividad a la clase obrera, la UGT, como puso de manifiesto durante la intentona insurreccional de 1934.

Y es que, tras los malos resultados electorales cosechados en 1933, y mediando tanto la dura competencia sindical con la CNT como la tensión creciente con los republicanos, los socialistas interpretaron la nueva situación como el fin de la comunidad popular que había posibilitado la unión de intereses en torno de la República en 1931. Era el momento de remarcar la identidad obrera como clase y, mediante una movilización masiva y defensiva, llevar a efecto un viraje táctico capaz de recuperar el terreno ganado por «las derechas», afanadas ahora en desmontar o, como algún historiador ha denominado, «desmochar» la legislación laboral puesta en pie durante el bienio anterior. El resultado, como es sabido, fue de nuevo desigual y, en última instancia, claramente fallido. Apenas unas pocas ciudades observaron algún movimiento, dejando al descubierto la descoordinación de la campaña, manteniendo el Gobierno en todo momento el control militar de la situación. Al margen de análisis locales y regionales más detallados sobre la incidencia de la protesta, el movimiento de octubre de 1934 provocó mil doscientos muertos (la gran mayoría a manos de las fuerzas del orden), la clausura de locales, la suspensión de periódicos y la disolución de asociaciones, todo ello en el marco de una amplia y sos-

tenida suspensión de las garantías constitucionales y de los derechos de ciudadanía. Esta historia, la de los procesos y dinámicas de movilización durante la Segunda República en Aragón, la de cómo se coordinaron las acciones de rebeldía, sus fines concretos al margen del propagandístico y anatematizador discurso patronal, las diferencias entre las dinámicas rurales y urbanas, el modo por el que se llevó a cabo el redescubrimiento de una herramienta como la alianza táctica obrera entre sindicatos..., merecería sin duda un estudio serio y riguroso capaz de proporcionar un buen ramillete de conclusiones sobre el asunto desde la perspectiva de la negociación y disputa políticas.

Y sobre todo, que diera lugar al estudio de los cambios en el modo como la gente decidía protestar y enfrentarse a la autoridad, así como la manera a través de la cual la violencia, en determinados momentos y bajo circunstancias específicas, jugó un papel destacado en los procesos de negociación y enfrentamiento colectivos. En ese sentido, el análisis de los elementos de persistencia en los repertorios facilita el hallazgo de diferencias y novedades en los movimientos sociales. Algo que en el caso español adquiere proporciones muy notables respecto del entorno europeo, y que remite en última instancia a caracteres propios de identidades que perviven y conviven durante los años treinta, las que provienen del pasado y las que se desarrollan bajo el nuevo paradigma de la movilización política. Un filón por explotar es sin duda el de los movimientos y protestas rurales que, originados por muy diversos motivos, terminan en confrontaciones abiertas con la Guardia Civil. Todavía en los años treinta la presencia del instituto armado era percibida entre los vecinos de los pueblos de manera no muy diferente a como se había hecho a principios de siglo, como injerencia y como amenaza de castigo abusivo. A ese localismo «tradicional» habría que añadir en los años republicanos el enarbolamiento de articulaciones discursivas y formas de encuadramiento emparentadas con la proclamación y extensión de derechos de ciudadanía, las cuales basaban una parte de su fortaleza en el carácter histórico y vigente de su enfrentamiento con la Guardia Civil y las fuerzas del orden, y en la comunión que de ello se derivaba con la «comunidad popular», con las clases populares, con los secularmente «perseguidos», con los «injustamente» tratados.

Esa historia, la del cambio político y social en un momento tan trascendental para la España contemporánea como son los años treinta, y la

de las manifestaciones colectivas de autodefinition, identificación y posicionamiento públicos, queda necesariamente para otra ocasión. Inevitablemente que en unos años en los que los tiempos históricos «se aceleran» de manera tan palpable, no puede haber nada más sugerente para el estudio del entorno social del pasado que el descubrimiento de las trazas del comportamiento social que aparecen solapadas entre la tradición y la modernidad, entre lo conocido de lo heredado y el reto de lo novedoso.

ANEXOS

TABLA 1

***CRONOLOGÍA DE LA PROTESTA POPULAR.
MOTINES Y MANIFESTACIONES EN ARAGÓN. 1885-1923***

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
28-09-1882	Uncastillo (Z)	Manifestación jornaleros pidiendo pan y trabajo
06-03-1883	Ansó (HU)	Conspiración republicana federal
09-04-1883	Zaragoza	Manifestación braceros pidiendo trabajo
24-05-1883	Ainzón (Z)	Tumulto por rivalidades con vecinos de Borja
27-05-1884	Saviñán (Z)	Talas en fincas particulares por irritación contra consumos
30-05-1884	Codos (Z)	Excitación contra los consumos.
15-12-1884	Zaragoza	Manifestación obreros contra política municipal sector construcción
17-12-1884	Zaragoza	Manifestación obreros pidiendo trabajo
20-04-1885	Ayerbe (HU)	Conspiración federalista
27-07-1885	Huesca	Motín consumos
19-08-1885	Zaragoza	Manifestación mujeres agradeciendo lavaderos públicos
15-09-1885	Bolea (HU)	Tumulto contra mujer por temor cólera
28-10-1885	Calatayud (Z)	Rumores de conspiración y envío preventivo de tropas
27-04-1886	Urrea de Jalón (Z)	Pasquines de protesta contra los consumos
30-06-1886	Caspe (Z)	Manifestación contra los consumos
30-06-1886	Pradilla (Z)	Impago de consumos
25-08-1886	Caspe (Z)	El vecindario pide pacíficamente supresión consumos
28-10-1886	Fraga (HU)	Protesta contra reparto de consumos
07-12-1886	Rubielos de Mora (TE)	Alteraciones del orden por consumos
14-02-1887	Alcañiz (TE)	Manifestación jornaleros Ayuntamiento
14-02-1887	Zaragoza	Manifestación obreros Gobierno Civil pidiendo trabajo
junio 1887	Arándiga (Z)	Motín consumos
¿1887?	Zaragoza	Motín en plaza de toros
29-02-1888	Tarazona (Z)	Motín consumos
26-03-1888	Calatayud (Z)	Motín consumos
20-10-1888	Zaragoza	Alboroto contra Cánovas
31-01-1890	Caspe (Z)	Protesta mujeres contra consumos
01-05-1890	Zaragoza	Motines por huelga Primero Mayo
01-07-1890	Teruel	Motín consumos
10-11-1890	Iserre (Z)	Alboroto contra agente consumos
03-02-1891	Huesca	Silbidos contra el obispo (simpatías elector conservador)
abril 1891	Zaragoza	Motín consumos

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
20-04-1891	La Almunia (Z)	Motín consumos
24-08-1891	Calatayud (Z)	Protesta reclusos cárcel por abusos
18-09-1891	Cetina (Z)	Tumulto subasta leñas
22-09-1891	Langa (Z)	Tumulto resistencia al embargo
23-01-1892	Zaragoza	Tumulto obreros sin trabajo
06-02-1892	Zaragoza	Protesta obreros (petición trabajo)
07-04-1892	Zaragoza	Cencerrada (segundas nupcias)
03-05-1892	Viver de la Sierra (Z)	Tumulto por riegos con Sestrica
03-07-1892	Zaragoza	Motín hospicianos
04-07-1892	Villalengua (Z)	Motín antic consumos
10-07-1892	Moros (Z)	Motín antic consumos
16-07-1892	Orihuela (TE)	Motín por toros
01-08-1892	Teruel	Motín consumos
16-08-1892	Azuara (Z)	Tumulto impuestos (petición publicidad)
16-08-1892	Escatrón (Z)	Motín anticlerical
17-08-1892	Villalengua (Z)	Motín con Moros en fiestas
20-08-1892	Azuara (Z)	Motín consumos
24-08-1892	Daroca (Z)	Protesta contra llegada obispo
18-09-1892	Ateca (Z)	Motín toros (contra alcalde)
20-09-1892	Lagata (Z)	Protesta antifiscal
11-11-1892	Calanda (TE)	Motín consumos
25-11-1892	Zaragoza	Disturbios indulto reos caso Conesa
03-01-1893	Oseja (Z)	Protesta contra abusos administración (formal)
27-03-1893	Caspe (Z)	Manifestación obreros ferrocarril
01-04-1893	Villarroya de la Sierra (Z)	Motín (pedradas casa cuartel)
07-04-1893	Saviñán (Z)	Motín por libertad presos (rondaban sin permiso)
20-05-1893	Villarroya de la Sierra (Z)	Anticlericalismo (irreverencias viático y procesión)
18-06-1893	Borja (Z)	Motín arrendamiento consumos
01-07-1893	Borja (Z)	Protestas consumos
01-07-1893	Tarazona (Z)	Protestas consumos
11-07-1893	Teruel	Motín anticlerical
13-07-1893	Zaragoza	Protesta obreros (petición trabajo en obras ferrocarril)
27-07-1893	Alcámpell (HU)	Motín mujeres
05-08-1893	Uncastillo (Z)	Manifestación jornaleros (piden trabajo)
08-08-1893	Luna (Z)	Desórdenes nocturnos
15-08-1893	Luesia (Z)	Manifestación jornaleros (piden trabajo)
25-08-1893	Mezalocha (Z)	Auxilio Guardia Civil cobro contribuciones
27-08-1893	Zaragoza	Motín toros (contra empresario taurino)
30-10-1893	Zaragoza	Estudiantes (patriótica)
31-10-1895	Zaragoza	Estudiantes (patriótica)
23-11-1893	Zaragoza	Protesta soldados (piden alojamiento)
24-11-1893	Caspe (Z)	Manifestación patriótica, despedida reservistas
03-01-1894	Villamayor (Z)	Tumulto fraude electoral
01-03-1894	El Cuervo (TE)	Motín contra venta monte comunal
06-03-1894	Huesca	Manifestación obrera
04-05-1894	Alcañiz (TE)	Manifestación por trazado línea ferrocarril
04-05-1894	Épila (Z)	Manifestación consumos
04-05-1894	Remolinos (Z)	Incendio casa cuartel
11-05-1894	Ainzón (Z)	Desórdenes nocturnos/desobediencia autoridad
19-05-1894	Calatayud (Z)	Alboroto anticlerical (agresión a San Pascual)
12-07-1894	Calamocha (TE)	Motín contra importantes locales e impuestos
17-07-1894	Cella (TE)	Motín mujeres contra rematantes montes
10-08-1894	Alcañiz (TE)	Intento compra montes comunales
17-08-1894	Ejea (Z)	Protesta contra el embargo (mujeres)

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
25-08-1894	Villar de los Navarros (Z)	Motín contra impuestos
27-08-1894	Acered (Z)	Motín contra impuestos
13-03-1895	Angüés (HU)	Motín por consumos
19-03-1895	Alcalá de la Selva (TE)	Disturbios
21-03-1895	Zaragoza	Protesta subasta dehesa de Juslibol
22-03-1895	Luna (Z)	Desórdenes nocturnos (jóvenes)
27-04-1895	Cariñena (Z)	Manifestación viticultores y mitin contra consumos
01-05-1895	Lucena de Jalón (Z)	Manifestación contra maestro y secretario
08-05-1895	Paniza, Chiprana, Quinto (Z)	Temores alteración orden en elecciones locales
19-05-1895	Zaragoza	Protesta toros
02-08-1895	Zaragoza	Motín anticlerical
17-08-1895	Muel (Z)	Protesta arrendamiento pesas y medidas
24-08-1895	Farlete (Z)	Motín contra agente ejecutivo
03-09-1895	Bujaraloz (Z)	Disturbios fiestas
23-09-1895	Alconchel (Z)	Disturbios anticlericales (ataques al cura)
04-10-1895	Pertusa (HU)	Motín por pago de uvas (quema de archivo)
03-11-1895	Ejea (Z)	Tumulto y agresión a fuerza pública (sereno)
18-11-1895	Moneva (Z)	Motín liberación detenidos Guardia Civil
21-12-1895	Tarazona (Z)	Motín consumos
13-01-1896	Zaragoza	Manifestación estudiantes (patriótica)
13-01-1896	Zaragoza	Manifestación obreros (petición trabajo)
11-02-1896	Las Casetas (Z)	Motín (muerte de un vecino y justicia popular)
21-02-1896	Paracuellos de Jiloca (Z)	Motín consumos
28-02-1896	Calatayud (Z)	Tumulto (¿motín?) contra ladrones
04-03-1896	Zaragoza	Motín reclusos y varias fugas
07-03-1896	Zaragoza	Manifestación estudiantes (patriótica)
22-04-1896	Ateca (Z)	Tumulto (rivalidades políticas locales)
08-05-1896	Sos (Z)	Protesta jornaleros (petición trabajo)
27-05-1896	Calatayud (Z)	Agitación por exacción consumos barrio Huérmeda
05-06-1896	Sestrica (Z)	Motín contra Guardia Civil
12-06-1896	Litera (HU)	Anticlericalismo (robo huerto y petardos)
12-07-1896	Maluenda (Z)	Motín arriendo consumos
18-07-1896	Zaragoza	Manifestación madres quintos
01-08-1896	Zaragoza	Manifestación madres quintos
06-08-1896	La Almunia y Mediana (Z)	Protestas por cobro consumos
30-09-1896	Muniesa (TE)	Subasta de los montes desierta
20-12-1896	Fuentes de Ebro (Z)	Protesta contra embargos
26-12-1896	Purroy (Z)	Anticlericalismo (apedreamiento casa del cura)
19-01-1897	Alba (TE)	Agresión a Guardia Civil por detención
19-01-1897	Monzón (HU)	Manifestación braceros y gentes principales
25-01-1897	Zaragoza	Manifestación estudiantes (agravio en prensa satírica)
04-02-1897	Azuara (Z)	Resistencia al pago
06-02-1897	Alcañiz (TE)	Agitación por manifestaciones políticas
26-04-1897	Huesca	Reunión obreros del canal
27-04-1897	Ariño (Z)	Ataque a la Guardia Civil
01-05-1897	Belmonte (Z)	Protesta subasta consumos
27-05-1897	Maluenda (Z)	Protesta subasta consumos
27-06-1897	Calatayud (Z)	Protesta por impuesto sobre leche (60 pastores)
29-06-1897	Ateca (Z)	Protesta subasta consumos
14-07-1897	La Almunia (Z)	Motines anticongsumos (invasiones del Ayuntamiento)
01-08-1897	Épila (Z)	Motín consumos
04-08-1897	Zaragoza	Tumulto contra guardia por detención
01-09-1897	Jarque (Z)	Protesta contra un concejal
15-09-1897	Utebo (Z)	Desórdenes nocturnos y pedreas

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
24-09-1897	Tarazona (Z)	Protesta contra subasta monte público Valcardera
17-10-1897	La Codoñera (Z)	Motín consumos
20-10-1897	Teruel	Se teme conflicto por subida subsistencias
26-12-1897	Alcañiz (TE)	Protesta contra los «políticos perturbadores»
04-02-1898	Zaragoza	Manifestación estudiantes (contra campaña de <i>El Progreso</i>)
14-02-1898	Zaragoza	Manifestación a favor de <i>El Progreso</i> y revisión proceso Montjuich
20-02-1898	Peralta de la Sal (HU)	Manifestación contra cédulas personales
22-02-1898	Épila (Z)	Manifestación contra el Ayuntamiento
13-03-1898	Zaragoza	Manifestación republicano-socialista, por revisión proceso Montjuich
27-03-1898	Calmarza (Z)	Protesta - tumulto impuestos
13-04-1898	Zaragoza	Manifestación estudiantes (patriótica)
23-04-1898	Zaragoza	Manifestación estudiantes (patriótica)
24-04-1898	Saviñán (Z)	Manifestación patriótica
25-04-1898	Tarazona (Z)	Manifestación patriótica
25-04-1898	Alhama de Aragón (Z)	Manifestación patriótica
25-04-1898	Calatayud (Z)	Manifestación patriótica
06-05-1898	Zaragoza	Motín subsistencias (ataque fábrica harinas)
08-05-1898	Tarazona (Z)	Manifestación por subsistencias
03-06-1898	Tarazona (Z)	Protesta jornaleros (aumento sueldo)
28-07-1898	Jaca (HU)	80 soldados parten para Jaca, rumores alteración orden
03-08-1898	Terrer (Z)	Motín anticonsumos
03-11-1898	Calatayud (Z)	Protesta consumos
03-11-1898	Illueca (Z)	Protesta consumos
03-11-1898	Zaragoza	Motín toros
03-11-1898	Zaragoza	Motín dependientes consumos
11-11-1898	Caspe (Z)	Protesta subasta consumos
18-12-1898	Trasmoz (Z)	Los vecinos no pagan los consumos
24-12-1898	Saviñán (Z)	Tumulto con carlistas locales
31-01-1899	Carenas (Z)	Tumulto traslado presos
29-02-1899	Alcañiz (TE)	Protestas contra suspensión servicio trenes
09-03-1899	Pina (Z)	Manifestación por colecta a favor de repatriados locales
16-04-1899	Zaragoza	Tumulto elecciones (ruptura urna)
22-05-1899	Zaragoza	Agricultores contra rebaja arancel azúcar
02-06-1899	Zaragoza	Protesta escolar (elevado número suspensos)
10-06-1899	Zaragoza	Motín hospicianos (solo pueden irse al cumplir 23 años)
26/27-06-1899	Zaragoza	Motines (cierre de tiendas)
01-07-1899	Daroca (Z)	Motín consumos
10-07-1899	Fuentes de Ebro (Z)	Tumulto por consumos en Ayuntamiento
20-07-1899	Zaragoza	Protestas en plaza toros y pedreas casa empresario
03-08-1899	Montañana (Z)	Protesta por consumos (tras embargo vejatorio)
17-11-1899	Luna (Z)	Desorden público por orden cierre café
13-02-1900	Monzón (HU)	Motín contra cobro cédulas personales
14-02-1900	Val de San Martín (Z)	Motín subasta horno de pan cocer
30-03-1900	Nuévalos (Z)	Manifestación de adhesión a la Unión Patriótica
02-04-1900	Sariñena (HU)	Motín consumos
05-05-1900	Benavente (HU)	Indignación popular contra cura
11-05-1900	Zaragoza	Tumultos cierre tiendas
12-05-1900	Huesca (HU)	Tumultos cierre tiendas
16-07-1900	Grisel (Z)	Tumulto libertad presos
19-09-1900	Plasencia de Jalón (Z)	Pedrea contra la casa del juez municipal
08-10-1900	Aguarón (Z)	Motín contra fabricante francés alcoholes
16-10-1900	Carriñena (Z)	Motín contra compradores uva
06-11-1900	Sesa (HU)	Motín recaudación cédulas personales
11-02-1901	Zaragoza	Manifestación anticlerical y tumultos

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
18-02-1901	Epila (Z)	Motín anticlerical
14-03-1901	Zaragoza	Tumulto tras obra de teatro
13-04-1901	Zaragoza	Motines contra Caserta
01-05-1901	Zaragoza	Tumulto tras representación de «Electra»
02-05-1901	Ateca (Z)	Manifestación obreros silleros en huelga
07-05-1901	Maluenda (Z)	Motín anticlerical (contra el nuevo cura)
30-05-1901	Daroca (Z)	Motín contra un bohemio (justicia popular)
08-06-1900	Ateca (Z)	Motín antifiscal
04-07-1901	Cosuenda (Z)	Motín por destitución maestro
15-07-1901	Zaragoza	Pedradas contra la autoridad en fiestas
18-07-1901	Zaragoza	Sucesos anticlericales en el Jubileo
05-08-1901	Zaragoza	Algarada en la plaza de toros
12-08-1901	Épila (Z)	Motín anticonsumos
16-09-1901	Zaragoza	Tumulto contra establecimientos abiertos
24-09-1901	Caspe (Z)	Manifestación por no haber avances en obras públicas
25-09-1901	Calanda (TE)	Manifestación por toros en honor Virgen Pilar
03-10-1901	Illueca (Z)	Motín anticlerical
05-10-1901	Zaragoza	Tumultos en el teatro («Los conquistadores»)
27-10-1901	Zaragoza	Algarada en la plaza de toros
03-11-1901	Alagón (Z)	Tumulto y posterior petición libertad presos
03-11-1901	Zaragoza	Motín en toros contra empresario y pedreas contra dependientes
12-11-1901	Caspe (Z)	Motín por subasta consumos
13-11-1901	Mediana (Z)	Tumulto cacicada elecciones
14-11-1901	Daroca (Z)	Manifestación mujeres contra el cura (abortada)
18-11-1901	Zaragoza	Manifestación dependientes comercio por descanso dominical (suspendida)
18-11-1901	Zaragoza	Ataque de chicos al carro de los laceros
21-11-1901	Zaragoza	Tumulto estudiantes (examen acceso Universidad)
10-12-1901	Caspe (Z)	Motín anticonsumos
18-12-1901	Zaragoza	Ataque popular al carro de los laceros
31-12-1901	Aranda de Moncayo (Z)	Protesta y agitación por consumos
31-12-1901	Bajo Aragón (TE)	Conflicto olivarero
01-01-1902	Mora de Rubielos (TE)	Motín consumos
02-01-1902	Gotor (Z)	Motín anticonsumos
09-01-1902	Zaragoza	Manifestación y conflictos por traslado gobernador
26-01-1902	Ariza (Z)	Agresión a la Guardia Civil (8 detenidos)
28-01-1902	Huesca	Manifestación dependientes
07-02-1902	Zaragoza	Manifestación dependientes comercio (abortada)
21-02-1902	Zaragoza	Agitación obrera, paros y tumultos
15-05-1902	Calanda (TE)	Motín por cuestión riegos
30-07-1902	Escatrón (Z)	Motín anticonsumos
18-08-1902	Alhama de Aragón (Z)	Motín por negarse el permiso oficial de correr vaquillas
18-08-1902	Zaragoza	Motín plaza toros y agresión a Guardia Civil
19-08-1902	La Cartuja (Z)	Motín por liberación de un detenido en fiestas
30-09-1902	Jaca (HU)	Manifestación contra traslado obispado
03-10-1902	Tarazona (Z)	Protesta popular por posible traslado obispado
20-10-1902	Zaragoza	Escándalo y motín en plaza toros
14-11-1902	Daroca (Z)	Motín anticonsumos
14-11-1902	Tarazona (Z)	Motín subasta consumos
27-11-1902	Calanda (TE)	Alborotos carlistas contra liberales locales
18-12-1902	Zaragoza	Anticlericalismo
26-12-1902	Villalengua (Z)	Motín consumos
25-02-1903	Caspe (Z)	Manifestación reparto consumos
08-03-1903	Zaragoza	Tumulto en elecciones, ruptura de urna

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
09-03-1903	Zaragoza	Tumulto estudiantes por cerrárseles el paso a un acto
23-03-1903	Zaragoza	Tumulto contra guardias municipales por detención niño
06-04-1903	Zaragoza	Estudiantes. Motines por sucesos de Salamanca
07-04-1903	Zaragoza	Motines contra la autoridad
16-04-1903	Monzón (HU)	Conflictos con los republicanos
04-05-1903	Zaragoza	Manifestación celebración triunfo republicano en elecciones
15-05-1903	Sos (Z)	Tumulto en el casino por levantar acta de ciertos actos
21-05-1903	Mediana (Z)	Alteración del orden por cierre de taberna
09-06-1903	Zaragoza	Manifestación vendedoras Mercado
19-06-1903	Zaragoza	Desórdenes en plaza de toros y alrededores
01-07-1903	Zaragoza	Motín verduleras y huertanos por Mercado Central
27-07-1903	Zaragoza	Manifestación duelo por dos obreros muertos
04-08-1903	Zaragoza	Motines obreros y paros
17-08-1903	Tosos (Z)	Desórdenes (rivalidades familiares y pago consumos)
13-09-1903	Almonacid de la Sierra (Z)	Motín en fiestas motivado por lidia vaquilla
05-10-1903	Paracuellos de Jiloca (Z)	Motín por consumos
12-10-1903	Sástago (Z)	Manifestación protesta por montes del pueblo
12-10-1903	Oliete (TE)	Batalla campal entre solteros y casados
18-11-1903	Alfamén (Z)	Motín por consumos
27-11-1903	Berdejo (Z)	Motín por reparto aprovechamientos
30-11-1903	Zaragoza	Motín de enfermas Hospital Provincial, de la «sección higiene»
17-12-1903	Monzón (HU)	Motín consumos
22-12-1903	Barbastro (HU)	Excitación popular contra los consumos
29-12-1903	Oliete (TE)	Protesta por consumos
30-12-1903	Sástago (Z)	Motín por consumos
14-01-1904	Zaragoza	Manifestación estudiantes por atropello policial
03-02-1904	Zaragoza	Motín popular contra guardias (detención mendigo)
18-04-1904	Zaragoza	Tumultos y pedreas contra comercios abiertos
25-04-1904	Cinco Olivas (Z)	Motín contra embargos por consumos
02-05-1904	Tarazona (Z)	Manifestación obrera por fiesta trabajo
15-05-1904	Oliete (TE)	Motín consumos
21-05-1904	Villanueva de Huerva (Z)	Motín contra cobro cédulas personales
09-06-1904	Villanueva de Huerva (Z)	Motín contra cobro cédulas personales
14-06-1904	Alagón (Z)	Protesta anticlerical
17-06-1904	Panticosa (HU)	Motín por privatización fuente
19-06-1904	Zaragoza	Motín contra empresario plaza toros, pedreas
07-07-1904	Moyuela (Z)	Motín contra cédulas personales
20-07-1904	Pastriz (Z)	Motín contra cura homicida
29-07-1904	Jaca-Canfranc (HU)	Protesta por retraso construcción tren Francia
10-08-1904	Zaragoza	Huelga general: tumultos y cargas de la tropa
15-08-1904	Mequinenza (Z)	Enfrentamiento entre monárquicos y republicanos
20-08-1904	Sádaba (Z)	Anticlerical y contra sindicato riegos
24-08-1904	Cariñena (Z)	Manifestación subsistencias
27-08-1904	Herrera (Z)	Motín contra impuesto cédulas personales
30-08-1904	Alborge (Z)	Motín enfrentamiento con Cinco Olivas
09-09-1904	Alborge (Z)	Motín enfrentamiento con Cinco Olivas
14-09-1904	Fabara (Z)	Motín contra impuesto cédulas personales
24-10-1904	Zaragoza	Tumultos por cierre dominical
12-11-1904	Épila (Z)	Protesta operarios azucarera contra jefe alemán
03-12-1904	Zaragoza	Motín enfermas Hospital Provincial
07-12-1904	Illueca (Z)	Manifestación por la apertura de las escuelas
15-12-1904	Ibdes (Z)	Motín anticonsumos
31-12-1904	Bujaraloz (Z)	Manifestación obreros carretera (aumento jornal)
02-01-1905	Lucena de Jalón (Z)	Protesta por consumos

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
03-01-1905	Quinto (Z)	Motín anticonsumos
05-01-1905	Benabarre (HU)	Tumultos por consumos (pasados)
05-01-1905	Tamarite (HU)	Obreros piden trabajo y amenazan huelga
10-01-1905	Zaragoza	Motín asilados del Hospicio
15-01-1905	Tarazona (Z)	Manifestación obrera por subsistencias
21-01-1905	Castejón de Valdejasa (Z)	Pedrea contra la casa del cura
23-01-1905	Alcañiz (TE)	Motín consumos
02-02-1905	Albelda (HU)	Motín obreros contra pudientes, por trabajo
06-02-1905	Ballobar (Z)	Conflicto con jornaleros por cava regaliz
01-03-1905	Zaragoza	Conato motín consumos en oficina recaudación
22-03-1905	Añón (Z)	Motín reparto consumos
28-03-1905	Morés (Z)	Motín reparto consumos
03-04-1905	Campillo (Z)	Motín anticonsumos
03-04-1905	Zaragoza	Huelga escolar y tumultos. Manifestaciones días 4 y 7
11-04-1905	Luceni (Z)	Manifestación niños pidiendo apertura escuelas
25-04-1905	Sos (Z)	Manifestación por capitalidad recaudación impuestos
01-05-1905	Zaidín (HU)	Manifestación pidiendo trabajo en canal
17-05-1905	Ejea (Z)	Manifestación obrera pidiendo trabajo
21-05-1905	Zaragoza	Protestas y tumultos anticlericales
23-05-1905	Uncastillo (Z)	Manifestación braceros pidiendo trabajo
25-05-1905	Biota (Z)	Manifestación vecinos pidiendo pan o trabajo
26-05-1905	Aguarón (Z)	Protesta contra funcionario contra ley alcoholes
02-06-1905	Luna (Z)	Manifestación jornaleros pidiendo trabajo
09-06-1905	Épila (Z)	Motín justicia popular
14-06-1905	La Muela (Z)	Manifestación popular contra absolución acusados de Épila
28-06-1905	Mequinenza (Z)	Obreros mineros armados exigen trabajo
03-08-1905	Sariñena (HU)	Motín consumos
25-08-1905	Plenas (Z)	Rivalidad pueblos vecinos (aprovechamiento aguas)
28-08-1905	Zaragoza	Motín contra los laceros
11-09-1905	Zaragoza	Protesta republicana y motín tras resultado elecciones
12-09-1905	Cariñena (Z)	Protesta contra el inspector de alcoholes
18-09-1905	Daroca (Z)	Manifestación consumos
18-09-1905	Used (Z)	Motín consumos
21-09-1905	Gotor (Z)	Motín anticlerical
02-10-1905	Zaragoza	Motín contra el circo por faltar a número
07-10-1905	Monegrillo (Z)	Motín contra el modo del reparto de trigo
20-10-1905	Biota (Z)	Motín contra la junta del monte «Saso»
14-11-1905	Grañén (HU)	Tumultos en elecciones municipales
14-11-1905	Sariñena (HU)	Tumultos en elecciones municipales
03-12-1905	Fuendejalón (Z)	Desórdenes por enfrentamientos políticos
03-12-1905	Jaca (HU)	Motín anticlerical por traslado silla episcopal
09-12-1905	Zaragoza	Manifestación estudiantes por reforma escolar
20-12-1905	Bujaraloz (Z)	Motín de obreros condiciones de trabajo
10-01-1906	Agüero (HU)	Alteración orden contra secretario municipal
15-02-1906	Luna (Z)	Manifestación braceros pidiendo trabajo
19-02-1906	Zaragoza	Manifestación republicana desagravio a Costa
02-03-1906	Tamarite (HU)	Protesta obrera, quieren reclamar al rey
06-03-1906	Fraga (HU)	Motín «pan y trabajo». Tiroteo Guardia Civil. 5 muertos
16-03-1906	Uncastillo (Z)	Manifestación obrera pidiendo trabajo
18-03-1906	Biel (Z)	Manifestación vecinos pidiendo trabajo y socorro
18-03-1906	Manchones (Z)	Agresión al alcalde y motín por los consumos
18-03-1906	Zaragoza	Manifestación obreros municipales pidiendo aumento jornal
19-03-1906	Luesia (Z)	Manifestación obreros pidiendo protección y trabajo
03-04-1906	Luesia (Z)	Manifestación vecinos por la cesión montes comunales

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
05-04-1906	Cariñena (Z)	Manifestación agricultores y fabricantes alcohol contra ley fiscal
17-04-1906	Uncastillo (Z)	Manifestación por la suspensión venta montes comunes
24-04-1906	Cabañas (Z)	Motín mujeres contra madre infanticida
08-05-1906	Gallur (Z)	Manifestación contra cupo consumos
13-05-1906	Graus (HU)	Manifestación construcción paso sobre el río
20-05-1906	Zaragoza	Manifestación obreros La Veneciana en protesta petardo casa Paraíso
11-06-1906	Cariñena (Z)	Manifestación obreros por cierre fábrica alcoholes
01-08-1906	Alfajarín (Z)	Manifestación mujeres cuestión lavadero
03-08-1906	Quinto (Z)	Manifestación mujeres contra consumos
04-08-1906	Monegrillo (Z)	Conato de motín en fiestas, partidarios gaita-banda música
10-08-1906	Tosos (Z)	Motín contra el secretario municipal
22-08-1906	Alhama de Aragón (Z)	Motín contra embargos por contribuciones
28-08-1906	Escatrón (Z)	Motín por cuestión montes comunales
30-08-1906	Huesca	Tumulto en sesión de cine
30-08-1906	Pedrola (Z)	Motín vecinos Pedrola contra Alcalá por aguas
17-09-1906	Lumpiaque (Z)	Manifestación contra uso cantera por vecinos de Rueda
06-10-1906	Vera de Moncayo (Z)	Protesta contra embargos por consumos
08-10-1906	Fuentes de Ebro (Z)	Motín de mozos por no autorizar una corrida
08-10-1906	Zaragoza	Plante y protesta de presos pidiendo abrigo
15-10-1906	Zaragoza	Protesta y manifestación en plaza de toros
19-10-1906	Malón (Z)	Motín por consumos
21-10-1906	Zaragoza	Conato de motín por reventa entradas toros
23-10-1906	Zaragoza	Manifestación duelo por Sr. Barcelona, muerto en duelo
25-10-1906	Alloza (TE)	Manifestación contra el cura por supuesto robo
03-01-1907	Zaragoza	Motín de reclusos en la cárcel
11-01-1907	Zaragoza	Motín de reclusos en la cárcel
25-01-1907	Vierlas (Z)	Motín por consumos
03-02-1907	Alhama de Aragón (Z)	Motín por cédulas personales
05-02-1907	Peñaflor (Z)	Protesta contra destitución alcalde (firman 130 vecinos)
06-02-1907	Zaragoza	Motín jornaleros que piden trabajo en Casa Blanca
26-02-1907	Luesía (Z)	Protestas y coacciones por denuncias en montes públicos
27-02-1907	Plenas (Z)	Ánimos excitados contra los consumos
27-02-1907	Viver de la Sierra (Z)	Ánimos excitados por cuestión montes comunes
27-03-1907	Nombrevilla (Z)	Conflicto aguas, mujeres y chicos desvían corriente
26-04-1907	Tarazona (Z)	Desórdenes y manifestaciones por cuestión electoral
01-05-1907	La Puebla de Híjar (TE)	Motín contra contratista de obras carretera
23-05-1907	Aguarón (Z)	Motín contra el nombramiento del nuevo cartero
24-06-1907	Sástago (Z)	Protesta mujeres contra una matrona
05-07-1907	Zaragoza	Motín justicia popular contra secuestrador de sus hijos
09-08-1907	Puebla de Albortón (Z)	Manifestación jornaleros por débitos del contratista
12-08-1907	Zaragoza	Motín en la cárcel y fuga de 24 presos
18-08-1907	Calaceite (TE)	Motín contra secretario Ayuntamiento
25-08-1907	Épila (Z)	Protestas por riegos, contra la central eléctrica
14-09-1907	Zaragoza	Inicio de varios motines en la cárcel
18-09-1907	Mediana (Z)	Motín por consumos
20-09-1907	Codos (Z)	Motín por consumos
24-10-1907	Zaragoza	Algaradas escolares
27-12-1907	Teruel (TE)	Alteración por suspensión obra teatro
07-03-1908	Pastriz (Z)	Motín contra alcalde (se ausenta y no permite entrega correo)
24-05-1908	Quinto (Z)	Motín mujeres por impuestos sobre roturaciones
02-07-1908	Nuévalos (Z)	Motín por consumos
07-11-1908	Magallón (Z)	Motín por entrar en las clases de adultos
03-12-1908	La Almunia (Z)	Motín mujeres contra recaudador
29-03-1909	Zaragoza	Mitín y manifestación republicana, contra el Gobierno

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
10-07-1909	Villanueva de Jiloca (Z)	Motín mujeres contra construcción de un azud
26-07-1909	Monzón (HU)	Intento manifestación contra la guerra (abortada)
28-07-1909	Zaragoza	Algaradas repercusión Semana Trágica de Barcelona
29-07-1909	Mequinenza (Z)	Algaradas repercusión Semana Trágica de Barcelona
29-09-1909	Ariza, Calatayud... (Z)	Manifestaciones patrióticas (toma monte Gurugú)
29-09-1909	Zaragoza	Manifestaciones patrióticas por toma monte Gurugú
30-09-1909	Huesca, Ayerbe, Jaca (HU)	Manifestaciones patrióticas por toma monte Gurugú
01-10-1909	Fuentes de Ebro (Z)	Manifestaciones patrióticas por toma monte Gurugú
01-10-1909	Gelsa, Pedrola... (Z)	Manifestaciones patrióticas por toma monte Gurugú
29-11-1909	Zaragoza	Motín en Mercado contra inculpada asesinato
03-01-1910	Zaragoza	Cuatro explosiones anarquistas en festividad de la Virgen
13-03-1910	Zaragoza	Tumultos anticlericales y cargas en acto católico
23-05-1910	Pastriz (Z)	Protesta escrita y firmada por consumos
29-05-1910	Magallón (Z)	Manifestación mujeres por un desterrado por injurias
05-06-1910	La Puebla de Alfindén (Z)	Motín contra los maestros, se les presume anarquistas
07-06-1910	Escatrón (Z)	Motín por liberación de un detenido
04-07-1910	Huesca (HU)	Manifestación adhesión al Gobierno cuestión religiosa
10-07-1910	Zaragoza	Mitín y manifestación de republicanos radicales
20-07-1910	Undués de Lerda (Z)	Protestas pidiendo libertad alcalde y teniente
02-08-1910	La Puebla de Híjar (TE)	Motín contra cobradores impuestos
01-09-1910	Zaragoza	HUELGA GENERAL: sin tumultos ni alteraciones del orden
24-09-1910	Malanquilla (Z)	Motín contra agente impuestos
02-10-1910	Zaragoza	Manifestaciones anticlericales y cargas
06-10-1910	Monzón (HU)	Manifestación clerical
30-10-1910	Calatayud (Z)	Tumultos en procesión religiosa
31-10-1910	Villalengua (Z)	Manifestación por consumos
05-11-1910	Daroca (Z)	Motín por cédulas personales
12-11-1910	Pastriz (Z)	Motín por consumos
21-11-1910	Saviñán (Z)	Manifestación mujeres por cédulas personales
23-11-1910	Zaragoza	Choque entre republicanos y carlistas
24-11-1910	Zaragoza	Choque entre republicanos y carlistas
25-11-1910	Fuentes de Ebro (Z)	Manifestación por detención de varios vecinos
25-11-1910	Zaragoza	Tensión entre republicanos y carlistas
02-12-1910	Zaragoza	Manifestación estudiantes pidiendo vacaciones
04-12-1910	Urrea de Jalón (Z)	Motín cédulas personales
06-12-1910	Plenas (Z)	Manifestación contra recargo cédulas personales
19-12-1910	Pedrola (Z)	Manifestación por cédulas personales
05-01-1911	Lumpiaque (Z)	Protesta vecinal cobranza cédulas personales y consumos
05-02-1911	Graus (HU)	Protesta contra reparto de consumos
07-02-1911	Pina (Z)	Motín contra recaudación cédulas personales
11-02-1911	Graus (HU)	Manifestación duelo por muerte de Costa
11-02-1911	Zaragoza	Manifestación duelo por muerte de Costa
14-02-1911	Illueca (Z)	Motín mujeres por cédulas personales
14-02-1911	Mara (Z)	Motín por quintas, se impide celebrar sorteo
22-02-1911	Zaragoza	Tumulto obreros curtidores contra esquiroles y patronos
24-02-1911	Codos (Z)	Motín mujeres por cédulas personales
15-03-1911	El Frasno (Z)	Manifestación mujeres y chicos por cédulas personales
15-03-1911	Torralba de Ribota (Z)	Manifestación pidiendo pan y trabajo
17-03-1911	Zaragoza	Choque entre republicanos y carlistas
18-03-1911	Zaragoza	Choque entre republicanos y carlistas
19-03-1911	Zaragoza	Manifestación labradores remolacheros
29-03-1911	Zaragoza	Tumultos obreros albañiles contra esquiroles
17-05-1911	Zaragoza	Tumulto obreros ebanistería con un propietario
18-06-1911	Novillas (Z)	Mitín y manifestación contra los impuestos

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
10-07-1911	Zaragoza	HUELGA GENERAL: tumultos y cargas de la tropa
08-08-1911	Aguarón (Z)	Protesta por homicidio realizado por un guardia civil
20-08-1911	Munébrega (Z)	Motín por consumos
17-09-1911	Zaragoza	HUELGA GENERAL: cargas de guardias y dos muertos
12-02-1912	Zaragoza	Protestas anticlericales por la bendición mausoleo Costa
21-07-1912	Zaragoza	Refríega jaimistas-radicales
20-08-1912	Aguaviva (TE)	Conflicto con Mas de las Matas por riegos
25-08-1912	Mesones (Z)	Protesta formal al gobernador contra compañía minera desviación aguas
02-09-1912	Bujaraloz (Z)	Manifestación por sequía y pidiendo auxilios
03-09-1912	Grisén (Z)	Motín por riegos contra Citera
15-10-1912	Bujaraloz (Z)	Manifestación mujeres pidiendo agua y riegos
20-10-1912	Carenas (Z)	Motín cédulas personales
08-11-1912	Zaragoza	Mitin y manifestación escolar. Huelga estudiantes.
17-11-1912	Zaragoza	Manifestación protesta asesinato Canalejas
02-01-1913	Gallur (Z)	Protesta contra Ayuntamiento por ocultación cuentas
08-01-1913	Paniza (Z)	Manifestación justicia popular: simpatía detenidos por homicidio
10-01-1913	Selgua (HU)	Manifestación contra reparto del presidente sindicato riegos
03-02-1913	Belchite (Z)	Manifestación pan y trabajo de obreros en paro
09-02-1913	Codo (Z)	Manifestación pan y trabajo
14-02-1913	La Almunia (Z)	Manifestación pan y trabajo
17-02-1913	Belchite (Z)	Protesta vecinos pidiendo entierro párroco en ermita Pueyo
22-02-1913	Fuendejalón (Z)	Manifestación pan y trabajo
24-03-1913	Épila (Z)	Manifestación duelo por muerte guardia civil Eusebio Abad
28-04-1913	Huesca	Motines enfrentamientos tradicionalistas-republicanos
01-05-1913	Tarazona (Z)	Protesta y manifestación pueblos comarcas por monte comunal
03-05-1913	Longares (Z)	Motín cédulas personales
05-05-1913	Zaragoza	Choque entre jaimistas y republicanos
08-06-1913	Montañana (Z)	Las mujeres se amotinan y alientan a los hombres a la huelga
17-06-1913	Paracuellos de Jiloca (Z)	Protesta contra maestro titular y a favor del interino
18-07-1913	Zaragoza	Choque entre jaimistas y republicanos
10-08-1913	Calcaena (Z)	Manifestación duelo crímenes Felipe Pasamar (ajusticiado)
22-08-1913	Embud de Ariza (Z)	Motín contra recaudador consumos
29-11-1913	Zaragoza	Manifestaciones escolares y cargas
30-12-1913	Zaragoza	Protestas estudiantiles por uso de la fuerza pública
11-01-1914	Cinco Olivas (Z)	Motín nombramiento alcalde, se obliga a sortear el cargo
18-02-1914	Utebo (Z)	Manifestación remolacheros contra la Sociedad Azucarera
01-03-1914	Calatayud (Z)	Manifestación remolacheros contra la Sociedad Azucarera
01-03-1914	Zaragoza	Tumulto contra un guardia durante una detención
02-03-1914	Barbastro (HU)	Manifestación política pro candidato canalista
11-03-1914	Caspe (Z)	Tumulto a favor candidato Ossorio y contra Gobierno
19-03-1914	Calatayud (Z)	Obreros bloquean azucarera, contra recorte contratos
06-04-1914	Almudévar (HU)	Tensión grupos políticos contrarios en la calle
31-03-1915	Used (Z)	Desórdenes por roturaciones arbitrarias
09-04-1915	Aniñón (Z)	Manifestación braceros pidiendo trabajo
15-09-1915	Munébrega (Z)	Manifestación vecinos pidiendo trabajo
27-11-1915	Belchite (Z)	Manifestación vecinos pidiendo cuentas gestiones alcalde
28-11-1915	Cariñena (Z)	Manifestación abaratamiento subsistencias y trabajo
12-01-1916	Belchite (Z)	Manifestación por cuestión de aguas
06-02-1916	Tarazona (Z)	Manifestación contra la carestía y las subsistencias
08-02-1916	Leciñena (Z)	Protesta por asunto roturaciones
28-03-1916	Cariñena (Z)	Manifestación pidiendo trabajo
14-04-1916	Monterde (Z)	Motín por cuestiones políticas de dos bandos
05-05-1916	Sádaba (Z)	Motín por uso de montes contra Manchones

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
10-05-1916	Zaragoza	Manifestación contra Gobierno de las clases productoras
21-06-1916	Zaragoza	Motín mujeres contra llegada mujer de moral «sospechosas»
13-08-1916	El Burgo (Z)	Protestas contra recaudador multas de riegos
14-08-1916	Calcaena (Z)	Motín contra recaudador impuestos
09-09-1916	Villarroya de la Sierra (Z)	Manifestación mujeres y chicos contra impuestos
15-09-1916	Sos (Z)	Motín contra Guardia Civil en plaza toros
26-09-1916	Vera de Moncayo (Z)	Motín por adjudicación plaza médico municipal
05-10-1916	Escatrón (Z)	Manifestación pidiendo reanudación obras pantano
12-12-1916	Campillo (Z)	Excitación vecinal contra embargos, fuerza reconcentrada
18-12-1916	Zaragoza	Huelga por las subsistencias, cargas de la fuerza
21-01-1917	Zaragoza	HUELGA GENERAL: tumultos y cargas de la tropa
10-02-1917	Jaraba (Z)	Cencerrada contra un novio forastero
12-02-1917	Pomer (Z)	Motín contra Aranda por talas en montes. Mujeres
10-03-1917	Aranda de Moncayo (Z)	Protesta vecinos pidiendo monte como dehesa boyal
16-03-1917	Paniza (Z)	Protesta y tumultos contra arrendatario pesas y medidas
25-03-1917	Morata de Jalón (Z)	Motín por cédulas personales
25-03-1917	Morés (Z)	Motín por cédulas personales
01-03-1918	Cinco Olivas (Z)	Motín contra administradores de montes comunes
04-03-1918	Beceite (TE)	Manifestación obrera y desórdenes Centro Obrero
09-03-1918	Zaragoza	Manifestación sector construcción
29-04-1918	Leciñena (Z)	Motín contra roturadores en monte del pueblo
04-09-1918	Luco de Jiloca (TE)	Manifestación y huelga por reparto terrenos
10-11-1918	Zaragoza	Manifestación Juventud Rebelde, con Marraco
12-11-1918	Zaragoza	Manifestación celebración fin Guerra Mundial
14-11-1918	Teruel	Manifestación celebración fin Guerra Mundial
17-02-1919	Graus (HU)	Grupos agrarios protestan muerte estudiante Granada
17-02-1919	Huesca	Manifestación estudiantes por muerte estudiante Granada
28-02-1919	Zaragoza	Manifestación contra aumento tarifas ferrocarril
07-11-1919	Jaca (HU)	Manifestación creencia falta cereal
06-04-1920	Manchones (Z)	Manifestación por haberse cortado fluido eléctrico
10-05-1920	Saviñán (Z)	Manifestación pidiendo abaratamiento subsistencias
08-06-1920	Jaca (HU)	Manifestación para autoridades retengan el trigo
30-06-1920	Ateca (Z)	Manifestación pidiendo abaratamiento subsistencias
01-08-1920	Zuera (Z)	Manifestación protestando tasa trigo
20-08-1920	Chiprana (Z)	Manifestación contra tasa trigo
23-08-1920	Sos (Z)	Manifestación contra tasa trigo
13-09-1920	Zaragoza	Manifestaciones mujeres pidiendo rebaja pan
23-09-1920	Zaragoza	Manifestación duelo por muerte una mujer detenida
28-09-1920	Monzón (HU)	Conato manifestación obrera (no permitida)
20-02-1921	La Puebla de Híjar (TE)	Choque contra Guardia Civil por traslado presos (buscar)
23-02-1921	Letux (Z)	Témores alteración orden por pago jornales
07-03-1921	Azuara (Z)	Motín, insultos y amenazas a Guardia Civil
10-04-1921	Zaragoza	Tumulto contra detención en una taberna
08-05-1921	Zaragoza	Abonados plaza toros, por suspensión corrida
26-06-1921	Lanaja (HU)	Motín mujeres por monte común y contra propietario
12-08-1921	Huesca	Alboroto al poner en marcha un coche («amotinados»)
11-09-1921	Montalbán (TE)	Motín contra abusos alcalde
20-09-1921	Sádaba (Z)	Motín por prohibición capea vaquillas
16-10-1921	Luesia (Z)	Manifestación por rebaja trigos y pidiendo proteccionismo
21-11-1921	Ricla (Z)	Conflicto azucareros
26-11-1921	Alagón (Z)	Manifestación obreros azucareros
09-12-1921	Zaragoza	Tumulto estudiantes. Piden vacaciones por un luto
11-12-1921	Lafortunada (HU)	Amenazas de daños en Hidroeléctrica Iberia
13-12-1921	Tarazona (Z)	Cultivadores remolacha impiden apertura básculas

<i>Fecha</i>	<i>Lugar</i>	<i>Suceso de protesta colectiva</i>
31-01-1922	Teruel	Protesta contra Ayuntamiento y dimisión
08-02-1922	Sariñena (HU)	Temores alteración orden por reparto monte
19-03-1922	Pomer (Z)	Motín contra Ayuntamiento
11-04-1922	Navarrete (TE)	Reyerta por propiedad monte y motín
07-05-1922	Tarazona (Z)	Manifestación libertad guarda, conflicto con Torrellas
02-09-1922	Farlete (Z)	Dstrucción cuartel nuevo Guardia Civil
26-12-1922	Zaragoza	Grupos obreros se presentan en azucarera pidiendo trabajo
13-01-1923	Zaragoza	Crisis obrera-asamblea, peticiones
20-01-1923	Castejón de Sos (HU)	Agresión recaudadores impuestos
21-01-1923	Benasque (HU)	Agresión recaudadores impuestos
27-01-1923	Castejón de Sos (HU)	Detenciones abusivas y ánimos excitados
15-06-1923	Ayerbe (HU)	Temores alteración orden contra compañía eléctrica
26-08-1923	Zaragoza	Protesta contra empresario taurino. Van a su casa

TABLA 2

CRONOLOGÍA DE LA PROTESTA OBRERA. HUELGAS EN ARAGÓN. 1880-1923

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
25-02-1880		Zaragoza	Obreros ferrocarril
06-09-1880		Zaragoza	Cerrajeros
28-05-1881	12-06-1881	Zaragoza	Harineros de fábrica Villarroya-Castellano
01-09-1881	16-09-1881	Zaragoza	Alpargateros
20-03-1882		Calatayud (Z)	Obreros del cáñamo
02-09-1882	06-09-1882	Zaragoza	Hortelanos
13-02-1885	16-02-1885	Zaragoza	Cocheros
11-07-1885	14-07-1885	Tarazona (Z)	Alpargateros
13-07-1885		Calatayud (Z)	Cajistas de imprenta
22-07-1885	24-07-1885	Zaragoza	Vendedores del Macelo municipal
27-07-1885	29-07-1885	Zaragoza	Sepultureros
28-05-1887		Zaragoza	Obreros fábrica camas Irisarri
31-05-1887	01-06-1887	Zaragoza	Obreros fábrica camas Ayala
02-06-1887		Zaragoza	Fundidores de Rodón y Cía.
02-09-1889		Zaragoza	Sombrereros tres fábricas Zaragoza
01-05-1890		Zaragoza	Huelgas y paros Primero Mayo
final 1891		Zaragoza	Tipógrafos
02-02-1892		Caspe (Z)	Trabajadores ferrocarril
21-06-1892	25-06-1892	Zaragoza	Telegrafistas (general España)
06-07-1892		Calatayud (Z)	Braceros ferrocarril
12-01-1893		Caspe (Z)	Obreros ferrocarril
29-03-1893		Caspe (Z)	Obreros ferrocarril
01-04-1893		Caspe (Z)	Obreros ferrocarril
27-01-1893	24-05-1893	Zaragoza	Canteros
05-05-1893		Caspe (Z)	Obreros ferrocarril
13-07-1893	16-08-1893	Zaragoza	Sombrereros fábrica Casanova
08-08-1893		Zaragoza	Obreros ferrocarril
28-10-1893		Zaragoza	Tejedores fábrica Pomares
03-11-1893		Zaragoza	Factores ferrocarril
05-11-1893		Calatayud (Z)	Factores ferrocarril
nov. 1893		Zaragoza	Panaderos
22-01-1894		Zaragoza	Tejedores
08-03-1894		Caspe (Z)	Obreros ferrocarril
05-04-1894		Zaragoza	Tejedores fábrica viuda Ascobereta
01-05-1894		Zaragoza	Sombrereros, albañiles y fundidores
03-09-1894	dic. 1894	Zaragoza	Sombrereros fábrica Cortinas y Cía.
09-03-1905		Zaragoza	Estudiantes medicina (falta material)
17-01-1895		Zaragoza	Canteros
01-05-1895		Zaragoza	Paro de algunos obreros y federales
28-10-1895		Zaragoza	Conflicto tahoneros-Ayuntamiento
15-01-1897		Calatayud (Z)	Obreros ferrocarril
09-02-1898		Carenas (Z)	Obreros carretera Ateca-La Tranquera
17-05-1898		Zaragoza	Vendedores de prensa
05-06-1898		Malón (Z)	Jornaleros
03-08-1898		La Puebla (Z)	Obreros ferrocarril
12-06-1899		Zaragoza	Paro general
09-04-1900		Zaragoza	Panaderos
07-05-1900		Zaragoza	Alpargateros
16-06-1900		Quinto (Z)	Obreros fábrica cemento (conato)
27-06-1900	24-07-1900	Zaragoza	Tejedores (La Fabril Linera)

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
13-07-1900		Alagón (Z)	Albañiles fábrica azucarera
22-07-1900	20-08-1900	Zaragoza	Fundidores fábrica Pellicer y Juan
23-07-1900		Zaragoza	Obreros canteros
27-07-1900		Zaragoza	Obreros herreros fábrica Carde y Escoriaza
06-08-1900		Zaragoza	Sombrereros fábrica Casanova
18-08-1900		Zaragoza	Curtidores
24-09-1900		Zaragoza	Cajistas del «Heraldo de Aragón»
21-11-1900	21-01-1901	Zaragoza	Tejedores fábrica Joaquín Herrero
23-11-1900	24-11-1900	Gallur (Z)	Obreros azucarera
29-11-1900		Zaragoza	Obreros tallistas
04-12-1900		Zaragoza	Obreros construcción
05-12-1900		Zaragoza	Albañiles
10-12-1900		Zaragoza	Sombrereros
29-12-1900	01-01-1901	Alagón (Z)	Obreros azucarera
26-01-1901		Alagón (Z)	Tejedores
27-03-1901		Zaragoza	Peluqueros
18-03-1901	17-04-1901	Zaragoza	Albañiles
03-04-1901		Montañana (Z)	Obreros fábrica papel
01-05-1901		Zaragoza	Sombrereros
05-06-1901		Zaragoza	Carreteros
11-04-1901	12-04-1901	Calatayud (Z)	Rastrilladores
15-04-1901		Calatayud (Z)	Sogueros
20-04-1901		Calatayud (Z)	Trabajadores obras de aguas
30-04-1901		Calatayud (Z)	Boteros
04-05-1901		Zaragoza (general)	Picadores de toros
01-05-1901		Ateca (Z)	Silleros
15-05-1901	06-06-1901	Zaragoza	Zapateros
02-06-1901		Zaragoza	Poceros
	08-01-1902	Zaragoza	Cordeleros
27-01-1902		Zaragoza	Cortadores de carne
25-04-1902		Cabañas (Z)	Cargadores de grava
01-05-1902		Zaragoza	Obreros estación del Norte
01-05-1902		Zaragoza	Obreros nuevo Mercado
28-05-1902	03-07-1902	Zaragoza	Tejedores fábricas Sr. Palomar y Sr. Pomares
05-06-1902		Utrillas(TE)	Obreros ferrocarril
07-06-1902		Huesca	Albañiles
09-06-1902		Zaragoza	Albañiles
17-06-1902	07-07-1902	Zaragoza	Constructores de máquinas (Averly)
29-08-1902		Zaragoza	Obreros construcción (huelga parcial)
14-11-1902	18-11-1902	Zaragoza	Toneleros
25-11-1902		Zaragoza	Trajineros
03-12-1902		Zaragoza	Cocheros
17-01-1903		Tarazona (Z)	Cortadores de carne
23-03-1903		Huesca	Panaderos
05-06-1903	09-06-1903	Tarazona (Z)	Pañeros y curtidores
06-06-1903		Tarazona (Z)	Rastrilladores del gremio alpagateros
09-06-1903		Tarazona (Z)	Albañiles
03-07-1903		Aniñón (Z)	Pastores
01-08-1903		Zaragoza	Fundidores fábrica Sr. Iranzo
21-09-1903		Zaragoza	Silleros
1904		Zaragoza	«Letras, Artes y Ciencias»
1904		Zaragoza	Trajineros
08-01-1904		Zaragoza	Peluqueros
30-01-1904		Zaragoza	Carpinteros

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
18-02-1904	07-03-1904	Épila (Z)	Obreros azucarera
04-03-1904		Nuévalos (Z)	Obreros agrícolas
22-03-1904		Villanueva Gállego (Z)	Obreros de papelería
23-03-1904		Zaragoza	Canteros
27-03-1904		Huesca	Carniceros
05-04-1904		Zaragoza	Vendedores hortelanos
11-04-1904		Sástago (Z)	Obreros construcción fábrica química
13-04-1904		Tarazona (Z)	Obreros fábrica paños y curtidos T. Montes
04-05-1904		Huesca	Obreros Canal Aragón y Cataluña
04-05-1904		Monzón (HU)	Obreros Canal Aragón y Cataluña
19-05-1904		Zaragoza	Obreras laneras
19-05-1904		Sástago (Z)	Obreros construcción fábrica química
23-05-1904		Zaragoza	Obreros fábrica cervezas
26-05-1904		Zaragoza	Peluqueros
02-06-1904		Mesones (Z)	Obreros carretera Morata-Calcena
01-07-1904		Zaragoza	Cierre comercios de venta alcohol
26-09-1904		Zaragoza	Panaderos
05-10-1904		Zaragoza	Huelga parcial camareros de café
31-12-1904		Bujaraloz (Z)	Obreros carretera (aumento jornal)
21-03-1905	29-03-1905	Zaragoza	Tipógrafos de «El Noticiero»
01-04-1905		Zaragoza	Estudiantes
03-04-1905		Ibdes (Z)	Pastores
24-06-1905		Zaragoza	Torneros y ajustadores instrumentos precisión
08-08-1905		Tamarite (HU)	Obreros del Canal Aragón y Cataluña
20-04-1906		Ejea (Z)	Pastores
02-05-1906	26-05-1906	Zaragoza	Panaderos
25-06-1906	24-07-1906	Zaragoza	Constructores de carros
07-10-1906	28-10-1906	Zaragoza	Sombrereros y planchadores fábrica Casanova
12-01-1907		Tarazona (Z)	Carniceros
05-06-1907	01-09-1907	Zaragoza	Tipógrafos de «La Editorial»
27-06-1907	30-06-1907	Zaragoza	Tipógrafos imprenta Sr. Blasco
01-07-1907	03-07-1907	Zaragoza	Huelga general tipógrafos Zaragoza
29-07-1907	31-07-1907	Zaragoza	Canteros obras conmemoración «Los Sitios»
14-04-1908		Zaragoza	Hortelanos
10-01-1909	06-03-1909	Zaragoza	Tipógrafos imprenta Sr. Pérez
01-06-1909	02-06-1909	Zaragoza	Obreros construcción alcantarillado
28-06-1909		Canfranc (HU)	Mineros y escombros túnel ferrocarril
21-11-1909		Canfranc (HU)	Peones construcción túnel de Somport
24-11-1909	01-12-1909	Zaragoza	Metalúrgicos fábrica R. Mercier
1910		Barbastro (HU)	Peones construcción carretera
¿1910?	¿1910?	Zaragoza	Obreros de un taller de básculas
10-01-1910	15-01-1910	Zaragoza	Tejederos fábrica Sr. Pina, y tejedoras
27-02-1910	27-02-1910	Zaragoza	Obreras
12-03-1910	20-03-1910	Utebo (Z)	Fundidores Metalurgia Aragonesa
19-03-1910	19-03-1910	Zaragoza	Metalúrgicos de «Maquinaria y Metal. Arag.»
25-04-1910	28-04-1910	Zaragoza	Albañiles
29-04-1910	05-05-1910	Zaragoza	Fundidores taller Guietard
06-06-1910	27-07-1910	Zaragoza	Constructores de camas fábrica Irisarri
07-06-1910	30-06-1910	Zaragoza	Albañiles
13-06-1910	17-06-1910	Zaragoza	Cordeleros
23-08-1910	13-09-1910	Zaragoza	Albañiles
23-08-1910	13-09-1910	Zaragoza	Mecánica Azucarera Gállego
26-08-1910	05-10-1910	Zaragoza	Cordeleros fábrica Pedro Martín
01-09-1910	03-09-1910	Zaragoza	HUELGA GENERAL

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
20-09-1910	20-09-1910	Zaragoza	Albañiles
29-09-1910		Zaragoza	Alpargateros
05-10-1910		Zaragoza	Metalúrgicos y varios oficios, Carde Escoriaza
05-10-1910	03-11-1910	Zaragoza	Obreros ferrocarril Utrillas
25-10-1910	10-11-1910	Zaragoza	Traperas fábrica Sr. Estremera
26-10-1910	09-11-1910	Zaragoza	Trajneros
02-11-1910	07-11-1910	Zaragoza	Tranviarios
08-12-1910	27-12-1910	Zaragoza	Panaderos
16-12-1910	18-01-1911	Zaragoza	Albañiles obras paseo Sagasta
1911		Zaragoza	Tejedores de sacos
1911		Triste (HU)	Obreros construcción túnel
1911		Tierga (Z)	Míneros
01-01-1911	18-01-1911	Zaragoza	Albañiles obra Controna
03-01-1911	24-02-1911	Zaragoza	Curtidores. Huelga general oficio
23-01-1911	04-02-1911	Zaragoza	Harineros fábrica Benigno Domingo
23-02-1911	18-05-1911	Zaragoza	Alpargateros
27-02-1911	30-03-1911	Zaragoza	Albañiles obras paseo Sagasta
03-04-1911	04-04-1911	Zaragoza	Trajneros y propietarios caballerías
06-04-1911	20-04-1911	Zaragoza	Tejedoras obra Joaquín Lafuente
08-04-1911	09-04-1911	Épila (Z)	Azucareros
1911		Puebla de Híjar (TE)	Obreros construcción azucarera
08-04-1911	08-04-1911	Épila (Z)	Albañiles
17-04-1911	24-04-1911	Zaragoza	Tipógrafos de «La Editorial»
21-04-1911	23-07-1911	Zaragoza	Obreros en madera de Ramos Luna
01-05-1911		Zaragoza	Suspensión trabajos en talleres y fábricas
01-05-1911	julio 1911	Zaragoza	HUELGA GENERAL carpinteros y ebanistas
02-05-1911	21-05-1911	Zaragoza	Marmolistas
08-05-1911	30-07-1911	Utebo (Z)	Ajustadores
14-05-1911	01-07-1911	Zaragoza	Colchoneros, estereros, escoberos
30-05-1911		Zaragoza	Operarios aserradores talleres José González
04-07-1911		Zaragoza	HUELGA GENERAL ebanistas y tallistas
08-07-1911	15-07-1911	Zaragoza	HUELGA GENERAL todos los oficios
04-08-1911	04-08-1911	Zaragoza	Albañiles obra Joaquín Lafuente
16-09-1911		Zaragoza	HUELGA GENERAL
17-09-1911		Calatayud (Z)	Azucareros
09-12-1911		Zaragoza	Transportistas (no es obrera)
1912	1912	Zaragoza	Corseteros
191-	191-	Alagón (Z)	Azucareros
31-01-1912	20-02-1912	Zaragoza	Zapateros fábrica Anechina
04-02-1912	04-02-1912	Luceni (Z)	Albañiles y peones azucarera del Ebro
28-02-1912		Zaragoza	Hortelanos vendedores Mercado
11-03-1912	18-03-1912	Tierga (Z)	Braceros compañía Aragonesa de Minas
26-03-1912	31-03-1912	Zaragoza	Albañiles y peones de Joaquín Lafuente
09-05-1912	31-08-1912	Zaragoza	Albañiles y peones de Borrue
12-06-1912	13-06-1912	Zaragoza	Cerrajeros
21-06-1912	05-08-1912	Zaragoza	Metalúrgicos taller Errazu
25-06-1912	26-06-1912	Zaragoza	Metalúrgicos fábrica Sr. Andrés
29-06-1912	19-07-1912	Zaragoza	Peluqueros y barberos
02-07-1912	23-07-1912	Épila (Z)	Azucareros
02-07-1912	19-07-1912	Zaragoza	Metalúrgicos
03-07-1912	22-08-1912	Zaragoza	Camareros, cocineros y similares de hoteles
07-07-1912	08-07-1912	Zaragoza	Cerrajeros, HUELGA GENERAL del oficio
18-07-1912	22-07-1912	Zaragoza	Marmolistas y pulidores
06-08-1912	16-08-1912	Bielsa (HU)	Míneros, carpinteros, albañiles y peones minas

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
12-08-1912	20-08-1912	Zaragoza	HUELGA GENERAL, a partir de albañiles
19-08-1912	24-08-1912	Zaragoza	Galleteros
30-09-1912	08-11-1912	Zaragoza	Ebanistas y similares
04-10-1912	05-10-1912	Zaragoza	Obreros ferrocarriles MZA y Norte
31-12-1912		Canfranc	Conato huelga obreros túnel
1913		Huesca	Albañiles
1913	1913	Tierga (Z)	Aprendices constructores de camas
08-01-1913	09-01-1913	Ambel (Z)	Obreros del campo (oliva)
01-02-1913		Zaragoza	Huelga parcial peluqueros y barberos
01-05-1913	10-06-1913	Zaragoza	Obreros metalúrgicos
04-03-1913		Ateca (Z)	Obreros construcción carretera
25-03-1913		La Almolza (Z)	Pastores
15-04-1913		Ayerbe (HU)	Obreros construcción carretera
01-05-1913	25-06-1913	Zaragoza	Metalúrgicos
30-05-1913	04-06-1913	Fuentes de Jiloca (Z)	Obreros del campo
01-06-1913	03-06-1913	Belsué (HU)	Braceros construcción pantano
01-06-1913	08-06-1913	Zaragoza	Papeleros «La Montañanesa»
05-06-1913	05-01-1913	Nonaspe (Z)	Braceros del campo
23-08-1913		Tierga (Z)	Mineros
12-10-1913	13-10-1913	Zaragoza	Obreros tranviarios
19-11-1913	30-11-1913	Maleján (Z)	Obreros agrícolas
24-11-1913	27-11-1913	Borja (Z)	Obreros del campo
1914		Huesca	Obreros compañía gas y electricidad
191-	1914	Ateca (Z)	Obreros del campo
06-02-1914	28-02-1914	Huesca	Carpinteros de taller
28-02-1914		Huesca	HUELGA GENERAL, solidaridad con carpinteros
18-03-1914	19-03-1914	Gallur-Sádaba (Z)	Obreros ferrocarril
16-05-1914		Atea (Z)	Braceros del campo
16-05-1914		Orcajo (Z)	Braceros del campo
02-11-1914	03-11-1914	Zaragoza	Ebanistas, silleros y tapiceros
1915		Castejón de Monegros (HU)	Obreros agrícolas
1915	1915	Zaragoza	Empaquetadores de forraje
1915	191-	Terrer (Z)	Braceros de campo
25-02-1915	28-02-1915	Zaragoza	Cortadores, sastres y costureras (sind. catól.)
22-02-1915	25-02-1915	Bubierca (Z)	Braceros del campo
06-04-1915	13-04-1915	Zaragoza	Huelga general cerrajeros
03-03-1915	04-03-1915	Paracuellos Ribera (Z)	Braceros del campo
03-03-1915	06-03-1915	El Pozuelo (Z)	Braceros del campo
16-06-1915	16-06-1915	Almudévar (HU)	Braceros cía. Riegos Alto Aragón
25-11-1915	12-12-1915	Belchite (Z)	Jornaleros recolección oliva
23-11-1915		Alhama de Aragón (Z)	Albañiles
10-12-1915		El Frasno (Z)	Huelga jornaleros
01-01-1916	09-01-1916	Mequinenza (Z)	Mineros
09-01-1916		Zaragoza	Zapateros
14-01-1916	17-01-1916	Cariñena (Z)	Obreros jornaleros
22-01-1916	26-01-1916	Aniñón (Z)	Obreros del campo
07-02-1916	10-02-1916	Malón (Z)	Braceros agrícolas
28-03-1916	31-03-1916	Ainzón (Z)	Obreros del campo
09-05-1916		Zaragoza	Operarios aserradores transitorios
02-06-1916	02-06-1916	Terrer (Z)	Obreros de campo
13-06-1916		Monreal de Ariza (Z)	Pastores
13-06-1916	15-06-1916	Calatayud (Z)	Braceros agrícolas
16-06-1916		Zaragoza	Descargadores mercancías
19-06-1916	13-07-1916	Zaragoza	Pintores decoradores

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
29-06-1916	02-07-1916	Aranda Moncayo (Z)	Pastores
11-10-1916	22-10-1916	Zaragoza	Panaderos y repartidores
12-10-1916	17-10-1916	Zaragoza	Cocheros de plaza y establecimientos lujo
30-10-1916		Caspe (Z)	Mujeres almacenes higos secos
09-11-1916	13-11-1916	Monegrillo (Z)	Obreros del campo
13-11-1916		Pina (Z)	Cavadores regaliz
20-11-1916		Calatorao (Z)	Braceros del campo
20-11-1916		Zaragoza	Metalúrgicos
03-12-1916	12-12-1916	Alpartir (Z)	Muleros
19-12-1916	22-12-1916	Bulbiente (Z)	Braceros agrícolas
25-12-1916	25-12-1916	Santa Cruz de Grío (Z)	Obreros recolección aceituna
1917		Tabuenca (Z)	Obreros del campo
1917		Alhama de Aragón (Z)	Albañiles balneario
1917		Longares (Z)	Obreros del campo
1917		Novillas (Z)	Braceros del campo
1917		Zaragoza	Obreros carreteros y descargadores
1917		Zaragoza	Albañiles y peones (general)
1917		Zaragoza	Obreros curtidores de todas las fábricas
1917		Zaragoza	Albañiles y peones obras reforma plaza toros
1917		Zaragoza	Zapateros y cortadores (general)
25-02-1917	15-03-1917	Zaragoza	Tallistas de madera
26-02-1917	28-02-1917	Mara (Z)	Jornaleros agrícolas
09-03-1917		Castejón (Z)	Obreros cargadores de carbón de la estación
09-03-1917	09-03-1917	Castiliscar (Z)	Pastores
14-03-1917	15-03-1917	Villafeliche (Z)	Braceros agrícolas
18-03-1917	03-04-1917	Aranda Moncayo (Z)	Obreros del campo
19-03-1917	24-03-1917	Grisel (Z)	Jornaleros agrícolas
20-03-1917	21-03-1917	Fuentes de Jiloca (Z)	Braceros agrícolas
19-03-1917	21-04-1917	Jarque (Z)	Pastores
21-03-1917		Grisén (Z)	Braceros de campo
31-03-1917		Illueca (Z)	Pastores
23-04-1917	25-04-1917	Ariza (Z)	Obreros fabriles de baldosín
03-05-1917	10-05-1917	Aranda Moncayo (Z)	Pastores
14-05-1917	08-08-1917	Zaragoza	Mosaístas y peones
21-05-1917	25-05-1917	Zaragoza	Carreros y cargadores
27-05-1917	03-06-1917	Terrer (Z)	Albañiles, carpinteros y mecánicos
28-05-1917	30-07-1917	Zaragoza	Albañiles y peones
08-06-1917	14-06-1917	Zaragoza	Curtidores
10-06-1917	12-06-1917	Zaragoza	Obreros fábrica regaliz
13-06-1917	19-06-1917	Zaragoza	Cosedores suela alpargata y encapelladoras
29-06-1917	07-07-1917	Ariza (Z)	Pastores
30-07-1917	02-08-1917	Zaragoza	Metalúrgicos
27-08-1917	01-01-1918	Zaragoza	Albañiles y peones reforma plaza toros
12-11-1917	18-11-1917	Zaragoza	Curtidores
15-11-1917	14-12-1917	Zaragoza	Cesteros de caña
17-12-1917	20-12-1917	Zaragoza	Carpinteros
17-12-1917	27-12-1917	Zaragoza	Tallistas de madera
17-12-1917	29-01-1918	Zaragoza	Ebanistas, silleros y barnizadores
23-12-1917	16-01-1918	Zaragoza	HUELGA GENERAL de zapateros y cortadores
03-01-1918	01-03-1918	Zaragoza	Panaderos
07-01-1918	10-03-1918	Zaragoza	Hojalateros y fontaneros
14-01-1918	26-01-1918	Zaragoza	Tejedoras y preparadoras lona de alpargatas
19-01-1918	08-02-1918	Zaragoza	Peluqueros y barberos
21-01-1918	18-01-1918	Zaragoza	Constructores de carruajes

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
24-01-1918	26-01-1918	Zaragoza	Tejedores y confeccionadoras de sacos
24-01-1918	30-01-1918	Orcajo (Z)	Obreros del campo
08-02-1918	12-02-1918	Zaragoza	Obreros fábrica cervezas «La Zaragozana»
10-02-1918	20-02-1918	Alagón (Z)	Azucareros
14-02-1918	17-02-1918	Miedes (Z)	Obreros del campo
20-02-1918	21-02-1918	Fayón (Z)	Cargadores de carbón
26-02-1918	08-04-1918	Zaragoza	Tejedores
26-04-1918	12-05-1918	Zaragoza	Sastres y costureras
30-04-1918	07-05-1918	Zaragoza	Oficiales, sastres, chalequeras y pantalonerías
06-05-1918	20-05-1918	Zaragoza	Boineras y gorreras
07-05-1918	10-05-1918	Zaragoza	Carreros y similares
09-05-1918	11-05-1918	Zaragoza	Camareros y cocineros café Londres
20-05-1918	21-05-1918	Caríñena (Z)	Obreros del campo
05-06-1918	05-06-1918	Fuentes de Jiloca (Z)	Obreros del campo
10-06-1918	19-06-1918	Zaragoza	Escultores decoradores
12-06-1918	18-06-1918	Zaragoza	Constructores de carros y similares
01-07-1918	12-07-1918	Zaragoza	Forjadores y herradores
16-07-1918	07-09-1918	Zaragoza	Mosaístas y peones
18-07-1918	03-08-1918	Huesca	Alpargateros
22-07-1918	30-07-1918	Zaragoza	Confiteros y pasteleros
28-07-1918	30-07-1918	Zaragoza	Pavimentadores
31-07-1918	03-08-1918	Zaragoza	Aserradores mecánicos y peones
01-08-1918	22-08-1918	Zaragoza	Curtidores
01-08-1918	14-09-1918	Zaragoza	Panaderos
05-08-1918	29-08-1918	Zaragoza	Cesteros y cañiceros
05-08-1918	02-09-1918	Zaragoza	Marmolistas y pulidores
08-08-1918	11-09-1918	Zaragoza	Escoberos de todos los talleres
08-08-1918	12-09-1918	Zaragoza	Plateros, joyeros de todos los talleres
09-08-1918	15-08-1918	Zaragoza	Zapateros, cortadores y guarnecedores
12-08-1918	15-08-1918	Zaragoza	Tipógrafos, impresores y encuadernadores
13-08-1918	18-08-1918	Zaragoza	Cocheros de alquiler y de plaza
16-08-1918	20-10-1918	Zaragoza	Zapateros, cortadores y guarnecedores
19-08-1918	21-08-1918	Zaragoza	Constructores de carruajes
31-08-1918	03-09-1918	Zaragoza	Escultores decoradores
09-09-1918	01-10-1918	Zaragoza	Curtidores
11-09-1918	10-11-1918	Zaragoza	Curtidores
16-09-1918	25-02-19	Zaragoza	Ebanistas y similares
20-09-1918	26-10-1918	Zaragoza	Confiteros y envolvedores de caramelos
20-09-1918	10-10-1918	Zaragoza	Confiteros y pasteleros
18-10-1918	12-11-1918	Zaragoza	Curtidores
22-11-1918	11-12-1918	Zaragoza	Carpinteros, constructores coches, aserradores
29-11-1918	11-12-1918	Zaragoza	HUELGA GENERAL de todos los oficios
1919		Zaragoza	Obreros fábrica del gas
1919		La Almolida (Z)	Pastores
1919		Bulbiente (Z)	Obreros del campo
1919		Épila (Z)	Obreros del campo
1919		Huesca	Obreros construcción pantano
1919		Huesca	Alpargateros
1919		Malón (Z)	Obreros del campo
1919		Zaragoza	Obreros Azucarera del Gállego
1919		Zaragoza	Escoberos
1919		Zaragoza	Alpargateros
1919		Zaragoza	Albañiles
1919		Zaragoza	Carpinteros

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
1919		Zaragoza	Curtidores
1919		Zaragoza	Molineros y similares
1919		Zaragoza	Sastres
1919		Zaragoza	Modistas
1919		Zaragoza	Fideeros
1919		Zaragoza	Panaderos
1919		Ateca (Z)	Obreros del campo
1919		Calatayud (Z)	Trajneros
1919		Codos (Z)	Obreros del campo
1919		Épila (Z)	Obreros del campo
1919		Illueca (Z)	Obreros del campo
1919		Maleján (Z)	Obreros del campo
1919		Sástago (Z)	Obreros sociedad Electro-metalúrgica del Ebro
01-01-1919	07-01-1919	Luesia (Z)	Cortadores de pinos y aserradores
20-01-1919	21-01-1919	Huesca	Tipógrafos
13-02-1919	19-02-1919	Zaragoza	Marmolistas y pulidores
21-03-1919	02-04-1919	Zaragoza	Cinelistas, pulidores y similares
27-03-1919	11-05-1919	Zaragoza	Tipógrafos, impresores y encuadernadores
31-03-1919	08-04-1919	Huesca	Impresores y maquinistas prensa
08-04-1919	06-05-1919	Zaragoza	Albañiles y peones
09-04-1919	24-04-1919	Zaragoza	Carreros, molineros y similares
11-04-1919	28-04-1919	Zaragoza	Sombrereros, <i>fulistas</i> y similares
21-04-1919	28-06-1919	Zaragoza	Constructores de carruajes
24-04-1919	20-07-1919	Zaragoza	Marmolistas y pulidores
25-04-1919	27-12-1919	Zaragoza	Carpinteros de taller
01-05-1919	03-05-1919	Zaragoza	Cerveceros
12-05-1919	26-05-1919	Zaragoza	Constructores tranvías y vagones ferrocarril
22-05-1919	28-05-1919	Zaragoza	Curtidores y zurradores
26-05-1919	03-06-1919	Zaragoza	Dependientes comercio
04-06-1919	17-06-1919	Zaragoza	Obreros fábrica regaliz
16-06-1919	19-06-1919	Atea (Z)	Braceros del campo
16-07-1919	20-07-1919	Fayón (Z)	Descargadores de carbón
17-07-1919	17-06-1919	Zaragoza	Papeleros «La Montañanesa»
01-08-1919	09-08-1919	Zaragoza	Toneleros y cuberos
10-08-1919	18-08-1919	Zaragoza	Obreras corseteras
01-09-1919	21-12-1919	Zaragoza	Maquinistas y tramoyistas teatros
16-09-1919	21-09-1919	Zaragoza	Galleteros, rellenadoras y empaquetadoras
09-09-1919	03-11-1919	Zaragoza	Tejedoras, hiladoras y similares
29-09-1919	03-11-1919	Zaragoza	Tintoreros y similares
01-10-1919		Ejea (Z)	Albañiles
01-10-1919	12-10-1919	Mequinenza (Z)	Mineros
06-10-1919	09-10-1919	Zaragoza	Zapateros a medida
14-10-1919	21-01-1920	Quinto (Z)	Obreros sociedad Aragonesa de Portland
16-10-1919	25-11-1919	Huesca	Alpargateros
16-10-1919	04-01-1920	Zaragoza	Alpargateros y capilladoras
15-11-1919	21-03-1920	Zaragoza	Obreros Sdad. Española Construc. Eléctricas
16-11-1919	21-01-1920	Zaragoza	Obreros Sdad. Anónima Tranvías
20-11-1919	02-12-1919	Zaragoza	Matarifes
09-12-1919	01-01-1920	Belchite (Z)	Obreros del campo
12-12-1919	14-01-1920	Zaragoza	Guarnicioneros
14-12-1919	19-12-1919	Sestrica (Z)	Obreros del campo
22-12-1919	26-12-1919	Morata de Jalón (Z)	Obreros del campo
25-12-1919	14-04-1920	Zaragoza	Camareros, reposteros y similares
1920		Huesca	Albañiles

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
1920		Huesca	Tipógrafos
1920		Barahona (HU)	Obreros pantano
1920		Graus (HU)	Obreros pantano
1920		Graus (HU)	Alpargateros
1920		Monzón (HU)	Obreros construcción
1920		Zaragoza	Hojalateros y fontaneros
1920		Zaragoza	Cañiceros
1920		Zaragoza	Descargadores ferrocarril
1920		Zaragoza	Faroleros
1920		Zaragoza	Cocineros
1920	30-06-1920	Zaragoza	Tintoreros
1920		Zaragoza	Dependientes de carnicerías
1920		Zaragoza	Metalúrgicos
1920		Zaragoza	Papeleros
1920		Zaragoza	Obreros fábrica regaliz
1920		Zaragoza	Molineros
1920		Zaragoza	Cargadores ferrocarril
1920		Zaragoza	Albañiles
1920		Zaragoza	Matarifes
1920		Zaragoza	Alpargateros
1920		Zaragoza	Zapateros
1920		Zaragoza	Agrícolas
1920		Zaragoza	Modistas
1920		Zaragoza	Panaderos
1920		Acered (Z)	Agrícolas
1920		Belmonte (Z)	Pastores
1920		Calatayud (Z)	Molineros
1920		Calatorao (Z)	Azucareros
1920		Calatorao (Z)	Albañiles
1920		Calatorao (Z)	Agrícolas
1920		Cariñena (Z)	Agrícolas
1920		Cariñena (Z)	Agrícolas
1920		Casetas (Z)	Obreros taller vagones-cubas
1920		Épila (Z)	Pastores
1920		Épila (Z)	Electricistas
1920		Fayón (Z)	Barqueros transporte carbón
1920		Gallur (Z)	Ferrovianos
1920		Lumpiaque (Z)	Agrícolas
1920		Mallén (Z)	Obreros Sindicato de Riegos
1920		Manchones (Z)	Agrícolas
1920		María (Z)	Agrícolas
1920		Munébrega (Z)	Agrícolas
1920		Novillas (Z)	Obreros Sindicato de Riegos
1920		Santa Cruz de Ebro (Z)	Agrícolas
1920		Sástago (Z)	Obreros de la Electro-Metalúrgica
1920		Sástago (Z)	Obreros de la fábrica de carburo
1920		Terrer (Z)	Azucareros
1920		Tierga (Z)	Mineros
1920		Villafeliche (Z)	Agrícolas
1920		Villamayor (Z)	Agrícolas
1920		Villanueva Gállego (Z)	Papeleros
05-01-1920	08-01-1920	Brea (Z)	Obreros agrícolas
06-01-1920	14-01-1920	Zaragoza	Obreros fábricas calzado
15-01-1920	25-01-1920	Codos (Z)	Obreros agrícolas

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
29-01-1920	06-02-1920	Calatorao (Z)	Albañiles
14-02-1920	23-03-1920	Zaragoza	Peluqueros y barberos
15-02-1920	21-02-1920	Cetina (Z)	Pastores
19-02-1920	08-01-1921	Cadrete (Z)	Obreros agrícolas
23-02-1920	28-02-1920	Zaragoza	Dependientes de lavaderos
05-03-1920	05-03-1920	Ateca (Z)	Obreros agrícolas
05-03-1920	06-03-1920	Fuentes de Jiloca (Z)	Obreros agrícolas
08-03-1920	10-03-1920	Zuera (Z)	Albañiles y peones
06-04-1920		Épila (Z)	Pastores
06-04-1920	11-04-1920	Zaragoza	Cordeleros
06-04-1920	11-04-1920	Bordalba (Z)	Pastores
25-04-1920	01-05-1920	Zaragoza	Zapateros de fábrica y guarnicioneros
01-05-1920	15-10-1920	Zaragoza	Chocolateros
05-05-1920	11-05-1920	Zaragoza	Metalúrgicos
27-05-1920	31-05-1920	Alfajarín (Z)	Obreros agrícolas
27-05-1920	27-05-1920	Ricla (Z)	Obreros de la «Alcoholera»
12-06-1920	12-06-1920	Cadrete (Z)	Obreros agrícolas
14-06-1920	26-06-1920	Zaragoza	Conductores de carros
24-06-1920	27-06-1920	Zaragoza	Zapateros de fábrica
26-06-1920	02-07-1920	Zaragoza	Gasistas
01-07-1920	29-07-1920	Épila (Z)	Electricistas
25-07-1920	28-07-1920	Zaragoza	Tranviarios
31-07-1920	02-08-1920	Calatayud (Z)	Albañiles
08-08-1920	21-08-1920	Zaragoza	Obreros fábrica conservas
15-08-1920	21-08-1920	Zaragoza	Galleteros
16-08-1920	20-12-1920	Zaragoza	Metalúrgicos y electricistas
16-09-1920	15-01-1921	Zaragoza	Mosaístas
27-09-1920	27-09-1920	Ricla (Z)	Albañiles y peones
30-09-1920	18-12-1920	Zaragoza	Impresores y encuadernadores
01-10-1920	17-01-1921	Zaragoza	Ebanistas y tapiceros
16-10-1920	27-10-1920	Calatayud (Z)	Descargadores ferrocarril
25-10-1920	28-10-1920	Nuez de Ebro (Z)	Obreros agrícolas y pastores
27-10-1920	01-11-1920	Zaragoza	Obreros de fábricas conservas vegetales
10-11-1920	12-11-1920	Mequinenza (Z)	Mineros
14-11-1920	15-02-1921	Jarque (Z)	Obreros agrícolas
15-11-1920	07-12-1920	Épila (Z)	Azucareros
21-11-1920	15-12-1920	Cariñena (Z)	Obreros agrícolas
25-11-1920	29-11-1920	Calatayud (Z)	Azucareros
02-12-1920	06-12-1920	Épila (Z)	Azucareros
27-12-1920	05-01-1921	Sestrica (Z)	Aceituneros
1921		Épila (Z)	Azucareros
1921		Sástago (Z)	Obreros Hidro Eléctrica
03-01-1921	13-01-1921	Brea (Z)	Zapateros
04-01-1921	07-01-1921	Zaragoza	Albañiles y peones
14-01-1921	18-01-1921	Zaragoza	Tejedores y preparadores
04-04-1921	06-04-1921	Zaragoza	Carpinteros y peones
27-04-1921	03-05-1921	Alagón (Z)	Azucareros
01-07-1921	04-07-1921	Zaragoza	Metalúrgicos
14-07-1921	15-07-1921	Zaragoza	Obreros bolsas de papel
18-07-1921	22-07-1921	Zaragoza	Cortadores ladrillos y tejas
15-12-1921	20-12-1921	Tarazona (Z)	Cultivadores remolacha
1922		Zaragoza	Remolacheros
1922		Letux (Z)	Obreros fábrica regaliz
02-01-1922	27-03-1922	Zaragoza	Curtidores

<i>Fecha inicio</i>	<i>Fecha final</i>	<i>Lugar</i>	<i>Protagonistas de la huelga</i>
23-01-1922	26-01-1922	Zaragoza	Galleteros y bizcocheros
08-02-1922	19-03-1922	Montañana (Z)	Papeleros
16-02-1922	20-02-1922	Zaragoza	Agricultores
20-03-1922	23-03-1922	Zaragoza	Varios
24-04-1922	19-06-1922	Zaragoza	Tejeros y ladrilleros
02-05-1922	12-05-1922	Zaragoza	Cocheros y lacayos
15-05-1922	30-06-1922	Zaragoza	Ebanistas taller Renedo y Cía.
16-05-1922	11-07-1922	Zaragoza	Obreros Carde y Escoriaza
22-05-1922	05-06-1922	Zaragoza	Galleteros
06-06-1922	20-07-1922	Zaragoza	Tranviarios
10-06-1922	06-07-1922	Zaragoza	Empaquetadoras de gaseosas en polvo
15-06-1922	27-06-1922	Zaragoza	Obreros de Industrial Química
20-06-1922	15-07-1922	Utebo (Z)	Metalúrgicos
30-06-1922	13-07-1922	Zaragoza	Tejedores
02-08-1922	11-09-1922	Zaragoza	Alpargateros taller Eloy León
20-08-1922	30-08-1922	Zaragoza	Alpargateros casa Prats y Arguís
22-08-1922	30-08-1922	Zaragoza	Sogueros taller Sr. Vera
28-08-1922	11-09-1922	Zaragoza	Tejedores y tintoreros
08-09-1922	04-10-1922	Zaragoza	Herradores
11-09-1922	11-09-1922	Zaragoza	Albañiles y peones
19-09-1922	27-09-1922	Zaragoza	Zapateros manuales
10-10-1922	14-10-1922	Zaragoza	Carpinteros taller
09-11-1922	22-11-1922	Zaragoza	Obreros Alcohola del Pilar
11-11-1922	11-11-1922	Bureta (Z)	Jornaleros agrícolas
20-11-1922	21-11-1922	Zaragoza	HUELGA TODOS LO OFICIOS
20-11-1922	28-11-1922	Mequinenza (Z)	Miñeros
16-12-1922	19-12-1922	Tarazona (Z)	Empleados Ayuntamiento
1923		Zaragoza	HUELGA GENERAL
1923		Zaragoza	Mosaístas
21-02-1923	23-02-1923	Zaragoza	Obreros fábrica calzado Torrontal
02-04-1923	11-04-1923	Calatayud (Z)	Obreros construcción cuartel Artillería
10-04-1923	13-06-1923	Zaragoza	Empleados de teatros
21-05-1923	13-05-1923	Zaragoza	Sastres destajistas
18-06-1923	16-07-1923	Zaragoza	Mosaístas
11-07-1923	31-07-1923	Zaragoza	Empleados Banco Español Crédito
18-07-1923	24-07-1923	Zaragoza	Alpargateros casa Vera
28-07-1923	28-07-1923	Zaragoza	Descargadores carbón estación Norte
09-08-1923	03-10-1923	Mequinenza (Z)	Miñeros «La Carbonífera del Ebro»
21-08-1923	29-09-1923	Zaragoza	Papeleros «La Montañanesa»
27-08-1923	10-09-1923	Zaragoza	Cobradores y comisionistas casa «Singer»
23-09-1923	28-09-1923	Zaragoza	Obreros fábrica gaseosas
12-12-1923	15-12-1923	Zaragoza	Cortadores de calzado

NOTA: En las entradas en las que tan solo se especifica el año de la huelga, se registra la información recogida por el Instituto de Reformas Sociales en sus *Estadísticas de Huelgas*, sobre las que no siempre se conseguían datos detallados acerca de las diversas circunstancias del conflicto, y sobre las que no siempre la consulta de la prensa consiguió aclarar más información.

BIBLIOGRAFÍA

Archivos, bibliotecas y hemerotecas

Archivo Catedralicio de Zaragoza.
Archivo de la Delegación del Gobierno de Zaragoza.
Archivo de la Diputación Provincial de Zaragoza.
Archivo del Gobierno Civil de Zaragoza.
Archivo del Servicio Histórico Militar (Madrid).
Archivo Histórico Nacional (Madrid).
Archivo Histórico Provincial de Huesca.
Archivo Histórico Provincial de Zaragoza.
Archivo Municipal de Zaragoza.
Biblioteca de Aragón (Zaragoza).
Biblioteca de la Casa de Velázquez (Madrid).
Biblioteca General de la Universidad de Zaragoza.
Biblioteca Nacional (Madrid).
Hemeroteca Municipal de Madrid.
Hemeroteca Municipal de Zaragoza.

Publicaciones periódicas (con indicación de los años consultados)

La Alianza Aragonesa (1895, 1896 y 1901)
La Anarquía (Barcelona) (1891)
Aragón Ilustrado (1899)
El Aragonés (1894)
Boletín Eclesiástico Oficial del Arzobispado de Zaragoza (1890-1905)

- Boletín del Instituto de Reformas Sociales* (1904)
Boletín Oficial de la Provincia de Zaragoza (1896 y 1898)
El Clamor Zaragozano (1899-1903)
La Consecuencia (Zaragoza) (1890)
La Correspondencia de Aragón (Zaragoza) (1910-1912)
La Crónica (Huesca) (1886-1887)
La Derecha (Zaragoza) (1892, 1894 y 1896)
Diario de Avisos de Zaragoza (1890-1905)
Diario de Huesca (1888-1895)
Diario de Zaragoza (1892, 1895, 1898 y 1899)
El Eco de la Cruz (Zaragoza) (1901 y 1902)
El Eco de Teruel (1894-1900)
La España Moderna (1890 y 1894)
Gedeón (1899)
El Gráfico (Zaragoza) (1904)
Heraldo de Aragón (1895-1917)
Heraldo de Teruel (1897-1900)
El Ideal de Aragón (Zaragoza) (1915-1917)
La Ilustración Hispano-Americana (1898)
El Imparcial (Madrid) (1898)
La Justicia (Madrid) (1894)
La Justicia (Zaragoza) (1896)
El Liberal (Madrid) (1894-1904)
El Mercantil de Aragón (1897)
El Motín (1892-1896)
El Noticiero (Zaragoza) (1901-1905)
Noticiero Aragonés (1896)
Nuevo Mundo (1908)
La Opinión (Madrid) (1901)
La Opinión (Zaragoza) (1901)
El País (Madrid) (1892-1905)
El Progreso (Madrid) (1898)
El Progreso (Zaragoza) (1903-1904)
La República (Zaragoza) (1894-1895)
El Republicano (Zaragoza) (1895)
El Resumen (Madrid) (1892)
Revista Contemporánea (1895 y 1899)
El Ribagorzano (Barbastro) (1905)
El Socialista (Madrid) (1898 y 1904)

El Tío Toni (Zaragoza) (1901)

El Turolense (Teruel) (1893 y 1895)

Obras contemporáneas y otras publicaciones

ALAS, Leopoldo (2000), *Doctor Sutilis*, Madrid [1.ª ed., 1916].

Anuario-Almanaque del Comercio, de la Industria, de la Magistratura y de la Administración, Madrid, 1895.

BARCIA, Roque (1881), *Primer diccionario etimológico de la lengua española*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Álvarez Hermanos.

BAREA, Arturo (2000), *La forja de un rebelde*, Madrid, Debate [1.ª ed., 1951].

BAROJA, Pío (1990), *El árbol de la ciencia*, Madrid [1.ª ed., 1911].

BERNALDO DE QUIRÓS, Constancio, y José María LLANAS AGUILANIEDO (1997), *La mala vida en Madrid. Estudio psicosociológico con dibujos y fotografías del natural*, Zaragoza, Egido [1.ª ed., 1901].

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente (1978), *Contra la Restauración. Periodismo político, 1895-1904*, Bilbao, Nueva Cultura.

BOLEA FORADADA, Juan Antonio (1986), *Los Riegos de Aragón*, Zaragoza, Sindicato Central de Riegos del Alto Aragón [1.ª ed., 1978].

BUENACASA, Manuel (1977), *El movimiento obrero español. 1886-1926. Historia y crítica*, Madrid, Júcar [1.ª ed., 1928].

BURKE, Edmund (1978), *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

BUXADE, José (1918), *España en crisis. La bullanga misteriosa de 1917. Un crimen político más*, Barcelona, Imprenta de B. Bauza.

CÁMARA DE COMERCIO DE ZARAGOZA (1922), *Anuario*.

— *Desarrollo industrial y mercantil de la provincia de Zaragoza. Memoria de 1922*.

CANALS, Salvador (1910), *Los sucesos de España en 1909*, Madrid.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio (1888), *Discursos pronunciados los días 13, 16 y 17 de octubre de 1888 en Barcelona y en el Círculo Liberal de Madrid*, Madrid, Librería de Miguel Guijarro.

CARBONERO Y SOL, León (1890), *Crónica del Segundo Congreso Católico Nacional Español celebrado en Zaragoza*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.

CASTRILLO Y SANTOS, Juan (1920), *Apuntes para la Historia de la ruina de España*, Madrid.

Censos de población, 1900, consultado por línea en <www.ine.es/inebaseweb>.

CIGES APARICIO, Manuel (1912), *Entre la paz y la guerra (Marruecos)*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo.

- COMÍN COLOMER, Eduardo (1953), «1917. Un año turbio», *Temas Españoles*, n.º 70.
- COSTA, Joaquín (1902), *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*, Madrid.
- (1980), *Crisis política de España (comp.)*, Barcelona, Producciones Editoriales.
- (1983), *Colectivismo agrario en España*, Zaragoza, Guara [1.ª ed., 1898].
- COSTA FIGUEIRAS, Luis (1907), *La pena de muerte*, Segovia, Antonio San Martín impresor.
- DÍAZ DEL MORAL, Juan (1967), *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza Editorial [1.ª ed., 1928].
- DIRECCIÓN GENERAL DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO Y ESTADÍSTICO (1915), *Estadística de reclutamiento y reemplazo del Ejército. Trienio 1912-1914*, Madrid.
- (1918), *Estadística de reclutamiento y reemplazo del Ejército. Trienio 1915-1917*, Madrid.
- (1923), *Estadística de reclutamiento y reemplazo del Ejército. Trienio 1918-1920*, Madrid.
- FERRER Y GÓMEZ, Vicente (1911), *Informe relativo al estado económico y situación de los obreros de las Minas y Fábricas metalúrgicas de España y organismos de protección instituidos en beneficio de los mismos*, Madrid Dirección General de Agricultura, Minas y Montes.
- GALINDO HERRERO, Santiago (1955), *El 98 de los que fueron a la guerra*, Madrid, Editora Nacional.
- GARCÍA MERCADAL, JOSÉ (1908), *Zaragoza en tranvía*, Zaragoza, Establecimiento tipográfico Casañal.
- GIMENO FERNÁNDEZ-VIZARRA, Joaquín (1888), *¡Vamos muy despacio!, Zaragoza en 1887: estudio crítico-descriptivo*, Zaragoza, Tipografía La Derecha.
- GISTAU FERRANDO, Manuel (1907), *La Guardia Civil: Historia de esta institución y de todos los cuerpos armados que en España estuvieron destinados a la persecución de malhechores...*, Madrid, Valdemoro Madrid.
- Granja Agrícola de Zaragoza. Su cincuentenario. Homenaje de gratitud*, Zaragoza, E. Berdejo Casañal, 1931.
- IRS [INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES] (1904), *La clase obrera a finales del siglo XIX*, Madrid.
- (1907), *Estadística de las huelgas (1906)*, Madrid.
- (1908), *Estadística de las huelgas (1907)*, Madrid.
- (1909), *Estadística de las huelgas (1908)*, Madrid.
- (1911), *Estadística de las huelgas (1909)*, y *Resumen estadístico-comparativo del quinquenio (1905-1909)*, Madrid.
- (1912), *Estadística de las huelgas (1910)*, Madrid.
- (1913), *Estadística de las huelgas (1911)*, Madrid.

- IRS [INSTITUTO DE REFORMAS SOCIALES] (1914), *Estadística de las huelgas (1912)*, Madrid.
- (1915), *Estadística de las huelgas (1913)*, Madrid.
- (1916), *Estadística de las huelgas (1914)*, Madrid.
- (1917), *Estadística de las huelgas (1914)*, y *Resumen estadístico-comparativo del quinquenio (1910-1914)*, Madrid.
- (1918), *Estadística de las huelgas (1915 y 1916)*, Madrid.
- (1921), *Estadística de las huelgas. Memoria de 1917 y 1918*, Madrid.
- JORDANA DE POZAS, Luis (1915), *Apuntes para un estudio del movimiento obrero en Zaragoza*, Madrid, Imprenta de la Sucesora de M. Muniesa.
- LADERA, *Fechas de sangre: dos semanas de anarquía en España*, Madrid, Renacimiento, Madrid.
- LORENZO, Anselmo (1974), *El proletariado militante*, Madrid, Alianza Editorial [1.ª ed., 1901; hay reed., 1923].
- MARTÍNEZ BASELGA, Pedro (1903), *Las penas del hombre. Patología social española*, Zaragoza, Imprenta y litografía de F. Villagrasa.
- MARVÁ Y MAYER, José (1910), *El trabajo en las minas*, Madrid, Instituto de Reformas Sociales.
- MARVAUD, Ángel (1975), *La cuestión social en España*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo [1.ª ed., 1910].
- MORATO, Juan José (1976), *El Partido Socialista Obrero. Génesis, doctrina, hombres, organización, desarrollo, acción, estado actual*, Madrid, Ayuso [1.ª ed., 1918].
- MORENO NAVAL, María José (2000), «Minas y azucareras: el sector secundario en la provincia de Teruel en el primer tercio del siglo XX», en *Los retos de Teruel. Jornadas sobre cambio social y económico*, Teruel, Instituto de Estudios Turo-lenses, pp. 47-68.
- RAMÓN, Luis de (comp.) (1885), *Diccionario popular de la lengua española*, Barcelona, Imprenta y librería religiosa y científica del heredero de D. Pablo Riera.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA [RAE] (1869), *Diccionario de la Lengua Castellana*, Madrid, Imprenta de Don Manuel Ryvadeneira.
- (1878), *Novísimo Diccionario de la Lengua Castellana*, París, Librería de Garnier Hermanos.
- (1914), *Diccionario de la Lengua Castellana*, Madrid, Imprenta de los sucesores de Hernando.
- RUIZ MAYA, Manuel (1915), *Un imbécil condenado a muerte: estudio médico legal de la pena impuesta a Isidoro Ramírez Morales, autor del asesinato de su padre y madrastra cometido en Hinojosa del Duque en 20 de julio de 1914*, Córdoba, La Opinión.
- SÁNCHEZ GUERRA, José, y Eduardo DATO (1918), *Discursos pronunciados en el Congreso de los Diputados los días 29 y 31 de mayo de 1918*, Madrid.

- SOLDEVILLA, Fernando (1897), *El año político de 1896*, Madrid.
- (1913), *El año político de 1912*.
- (1918), *Tres revoluciones (apuntes y notas)*, Madrid, Julio Cosano.
- VALDOUR, Jacques (1988), *El obrero español (Aragón)*, Zaragoza, Diputación General de Aragón [1.ª ed., 1919].
- VILA SERRA, José (1903), *Manual de quintas o de reclutamiento y reemplazo del Ejército*, Valencia.
- VILLAESCUSA, Modesto H. (1910), *La Revolución de julio en Barcelona*, Barcelona.
- WARD, G. H. B. (1911), *La verdad acerca de España*, Madrid.

Bibliografía general

- ABAD DE SANTILLÁN, Diego (1960), *Contribución a la historia del movimiento obrero español. Desde sus orígenes hasta 1905*, México, Cajica.
- ACKELSBERG, Martha (1999) *Mujeres libres: el anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*, Barcelona, Virus [1.ª ed., 1991].
- ALÍA MIRANDA, F., et ál. (1998), *España en sociedad. Las asociaciones a finales del siglo XIX*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha.
- ALONSO, Gregorio (2003), «La secularización de las sociedades europeas», *Historia Social*, n.º 46, pp. 137-157.
- ALPERN, Barbara (1990), «Peasant morality and pre-marital relations in late 19th century Russia», *Journal of Social History*, n.º 23, vol. 4, pp. 695-714.
- ÁLVAREZ JUNCO, José (1990), *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1991), *La ideología política del anarquismo español*, Madrid, Siglo XXI [1.ª ed., 1976].
- (1994), «Los amantes de la libertad: la cultura republicana española a principios del siglo XX», en Nigel Towson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 265-292.
- (1997), «El nacionalismo español como mito movilizador. Cuatro guerras», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 35-67.
- (1998), «La nación en duda», en Juan Pan-Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 405-476.
- (2000), «Estado y sociedad en España durante la década de 1890», en Juan Pablo Fusi y Antonio Niño (eds.), *Visperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 47-64.

- ÁLVAREZ JUNCO, José (2001a), *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- (2001b), «El nacionalismo español: las insuficiencias en la acción estatal», *Historia Social*, n.º 40, pp. 29-52.
- (comp.) (1987), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, CIS, Madrid.
- y Manuel PÉREZ LEDESMA (1982), «Historia del movimiento obrero: ¿Una segunda ruptura?», *Revista de Occidente*, 12, pp. 19-41.
- ANDOLZ, Rafael (1988), *La aventura del contrabando en Aragón*, Zaragoza, Mira.
- ANDRÉS-GALLEGO, José, y Antón M. PAZOS (1993), *Un siglo de catolicismo social en Europa, 1891-1991*, Pamplona, EUNSA.
- ARCAS CUBERO, Fernando (1985), *El republicanismo malagueño durante la Restauración: 1875-1923*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba.
- ARCHILÉS Y CARDONA, Ferrán (2002a), *Parlar en nom del poble: cultura política, discurs i mobilització social al republicanisme de Castelló de la Plana, 1891-1909*, Castellón, Ajuntament de Castelló.
- (2002b), «Una nación no tan débil: patriotismo local y republicanismo en Castellón (1891-1910)», *Ayer*, n.º 48, pp. 283-312.
- (2004), «¿Quién necesita la nación débil? La débil nacionalización española y los historiadores», en Carlos Forcadell, Gonzalo Pasamar, Ignacio Peiró, Alberto Sabio y Rafael Valls (eds.), *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 187-208.
- ARIAS GONZÁLEZ, Luis (2001-2002), «“Se alquilan cuartos interiores económicos”. El problema de la vivienda obrera en la España de entresiglos», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, núms. 19-20, pp. 81-127.
- ARÓSTEGUI, Julio (1994), «Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia», *Ayer*, n.º 13, pp. 17-55.
- ARRIERO, María Luz (1984), «Los motines de subsistencias en España, 1895-1905», *Estudios de Historia Social*, 30, pp. 193-250.
- AYA, Rod (1985), «Reconsideración de las teorías de la revolución», *Zona Abierta*, 36-37, pp. 1-80.
- (1995), «La protesta como política: generalización y explicación en la sociología histórica», *Política y Sociedad*, n.º 18, pp. 107-113.
- (1997), «Explicar la violencia revolucionaria después de Tucídides: una polémica metodológica», *Zona Abierta*, 80-81, pp. 7-31.
- AZPÍROZ, José María (1993), *Poder político y conflictividad social en Huesca durante la II República*, Huesca, Ayuntamiento de Huesca.
- BACHOUD, Andrée (1988), *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Madrid, Espasa-Calpe.
- BAILEY, F. G. (1979), «La visión campesina de la vida mala», en Teodor Shanin (ed.) (1979), pp. 268-287.

- BAJÉN, Luis Miguel, y Mario GROS (1999), *La tradición oral en el Moncayo*, Zaragoza, Prames.
- BAJTIN, Mijail (1987), *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid, Alianza Editorial.
- BALBOA, Xesús L. (1991), «Quintos e profugos: os galegos e o servicio militar no seculo XIX», en Xavier Castro y Jesús de Juana (eds.), *Mentalidades colectivas e ideoloxías, VI Xornadas de Historia de Galicia*, Orense, pp. 51-71.
- BALFOUR, Sebastian (1997), *El fin del imperio español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica.
- BALLBÉ, Manuel (1985), *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, Alianza Editorial.
- BAR, Antonio (1981), *La CNT en los años rojos*, Madrid, Akal.
- BARAS ESCOLÁ, Fernando (1998), *¿Quiénes se amotinaron en Zaragoza en 1766?*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- BARREIRO, Javier (2001), «Benigno Varela», *Trébede*, n.º 46, pp. 75-81.
- BARRIO ALONSO, Ángeles (2000), «Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad», *Historia Social*, n.º 37, pp. 143-160.
- (2003), «Culturas obreras. 1880-1920», en Jorge Uría (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 109-129.
- (2006), «La oportunidad perdida: 1919, mito y realidad del poder sindical», *Ayer*, n.º 63, pp. 153-184.
- BARRÓN, J. Ignacio (1979), «El socialismo en Zaragoza (1893-1905)», en Santiago Castillo et ál., *Historia del socialismo en Aragón. PSOE-UGT (1879-1936)*, Zaragoza, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, pp. 51-58.
- BASCUÑÁN AÑOVER, Óscar (2005), «Delincuencia y desorden social en la España agraria. La Mancha, 1900-1936», *Historia Social*, n.º 51, pp. 111-138.
- BAUMEISTER, Martin (1997), *Campesinos sin tierra. Supervivencia y resistencia en Extremadura (1880-1923)*, Madrid, Ministerio de Agricultura y Alimentación.
- BERNAD, Enrique (dir.) (2003), *República y republicanos. Socialistas y republicanos de izquierda en Zaragoza y provincia*, Zaragoza, Grupo Socialista de la Diputación Provincial de Zaragoza.
- BERNECKER, Walter (1999), *España entre tradición y modernidad. Política, economía, sociedad (siglos XIX y XX)*, Madrid, Siglo XXI.
- BIESCAS FERRER, José Antonio (1985), *El proceso de industrialización en la región aragonesa en el período 1900-1920*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- BLUM, Jerome (1971), «The internal structure and policy of the European village community from the 15th to the 19th century», *Journal of Modern History*, vol. 43, n.º 4, pp. 541-576.

- BOURDIEU, Pierre (1996), *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa.
- BRIGGS, Asa (1961), «Cholera and society in the nineteenth century», *Past and Present*, n.º 19, pp. 76-96.
- Peter BURKE, Dai SMITH, J. RICHARDS y Stephen YEO (1991), «¿Qué es la historia de la cultura popular?», *Historia Social*, n.º 10, pp. 135-149.
- BUENO MADURGA, Jesús (1996), *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza Editorial [1.ª ed., 1978].
- (2000a), *Zaragoza, 1917-1936. De la movilización popular y obrera a la reacción conservadora*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- (2000b), *Formas de Historia Cultural*, Madrid, Alianza Editorial.
- BURKE, Peter (1996), *Hablar y callar: funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona, Gedisa.
- (2000), *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza.
- BYRNE, Justin (1992), «Trabajo y conflictividad social en el sector de la construcción de Madrid 1900-1914», *Sociología del Trabajo*, 11, pp. 115-147.
- CAINE, Bárbara, y Glenda SLUGA (2000), *Género e historia. Mujeres en el cambio sociocultural europeo, de 1780 a 1920*, Madrid, Narcea.
- CALHOUN, C. J. (1980), «Community: toward a variable conceptualization for comparative research», *Social History*, n.º 1, vol. 5, pp. 105-129.
- CANAL I MORELL, Jordi (1999), «Espacio propio, espacio público. La sociabilidad carlista en la España mediterránea en la etapa de entresiglos», en Isidro Sánchez Sánchez y Rafael Villena Espinosa (coords.), *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 125-149.
- CANDELA, Paloma (1997), *Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)*, Madrid, Tecnos.
- (2003), «El trabajo doblemente invisible: mujeres en la industria madrileña del primer tercio del siglo XX», *Historia Social*, n.º 45, pp. 139-159.
- CARASA SOTO, Pedro (1991), «Metodología del estudio del pauperismo en el contexto de la revolución burguesa española», en Santiago. Castillo (ed.), *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, Siglo XXI, pp. 359-384.
- CARO BAROJA, Julio (1979), *El Carnaval (Análisis histórico-cultural)*, Madrid, Taurus.
- (1980), *Introducción a una historia contemporánea del anticlericalismo español*, Madrid, Istmo.
- CASANOVA, José (1999), «España, de la Iglesia estatal a la separación de Iglesia y Estado», *Historia Social*, n.º 35, pp. 135-152.
- CASANOVA, Julián (1985), *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa. 1936-1938*, Madrid, Siglo XX.

- CASANOVA, Julián (1988), «Sociedad rural, movimientos campesinos y colectivizaciones. Reflexiones para un debate», en Julián Casanova (comp.), *El sueño igualitario*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 7-15.
- (1992), «La recuperación de lo marginal: cambio social, protesta y movimientos populares», *Príncipe de Viana*, anejo 16, pp. 607-617.
- (1992-1993), «Liberalismo, fascismo y clase obrera: algunas contribuciones recientes a la Historia comparada de la Europa de entreguerras», *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, vol. x-xi, pp. 101-124.
- (1997), *De la calle al frente*, Barcelona, Crítica.
- (2000), «Resistencias individuales, acciones colectivas: nuevas miradas a la protesta social agraria en la historia contemporánea de España», en Manuel González de Molina (ed.), *La historia de Andalucía a debate I. Campesinos y jornaleros. Una revisión historiográfica*, Barcelona, Anthropos, pp. 289-301.
- (2001), *La iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy.
- CASPISTEGUI, Francisco Javier (2004), «La llegada del concepto de cultura política a la historiografía española», en Carlos Forcadell, Gonzalo Pasamar, Ignacio Peiró, Alberto Sabio y Rafael Valls (eds.), *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 167-185.
- CASTILLO, Santiago (1979), «Orígenes del socialismo en Aragón (1882-1892)», en Santiago Castillo et ál., *Historia del Socialismo en Aragón. PSOE-UGT (1879-1936)*, Zaragoza, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, pp. 17-47.
- (1998), *Historia de la Unión General de Trabajadores. Hacia la mayoría de edad (1888-1914)*, Madrid, Unión y Centro de Estudios Históricos, vol. 1.
- (2000), «Una prolongada infancia. La UGT en Aragón hasta comienzos de siglo», en Enrique Bernad y Carlos Forcadell (eds.), *Historia de la Unión General de Trabajadores en Aragón. Un siglo de cultura sindical y socialista*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 13-45.
- (1989), «Agitación y orden en la Restauración. ¿Fin del ciclo Revolucionario?», *Historia Social*, n.º 5, pp. 37-49.
- (1991), «Protesta popular y orden público: los motines de consumos», en José Luis García Delgado (ed.), *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, pp. 109-123.
- CASTRO ALFÍN, Demetrio (1997), «Cultura, política y cultura política en la violencia anticlerical», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial.
- (2003), «La religiosidad popular en España. De la crisis del Antiguo Régimen a la sociedad industrial. Algunas cuestiones para su estudio», en Jorge Uría (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea. Doce studios*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 29-43.

- CHAKRABARTY, Dipesh (1981), «Comunal Riots and Labour: Bengal's Jute Mill-Hands in the 1890s», *Past and Present*, n.º 91, pp. 140-169.
- (2001), «La postcolonialidad y el artificio de la historia: ¿quién habla en nombre del pasado “indio”?», *Historia Social*, n.º 39, pp. 87-110.
- CHEYNE, George (1992), *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época*, Huesca, Fundación Joaquín Costa / Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- CIFUENTES, Julita (1996), «El campo oscense en el discurso regeneracionista y republicano, 1898-1932», en Carmen Frías Corredor (coord.), *Tierra y campesinado. Huesca, siglos XI-XX*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- CIRAC FEBAS, Jesús, y José Luis LEDESMA VERA (2005), *Manuel Buenacasa Tomeo. Militancia, cultura y acción libertarias*, Caspe (Zaragoza), Centro de Estudios Comarcales del Bajo Aragón.
- COHEN, Robin (2001), «Resistencia y formas ocultas de conciencia entre los trabajadores africanos», *Historia Social*, n.º 39, pp. 111-128.
- CROSSMAN, Virginia (2003), «The New Ross Workhouse Riot of 1887: Nationalism, Class and the Irish Poor Laws», *Past and Present*, n.º 179, pp. 135-157.
- CRUZ, Rafael (1993), «Crisis del Estado y acción colectiva en el periodo de entreguerras. 1917-1936». *Historia Social*, n.º 15, pp. 119-136.
- (1995), «“El más frío de los monstruos fríos”. La formación del Estado en la España contemporánea», *Política y Sociedad*, n.º 18, pp. 81-92.
- (1998), «El mitin y el motín. La acción colectiva y los movimientos sociales en la España del siglo XX», *Historia Social*, n.º 31, pp. 137-152.
- (1997a), «La cultura regresa al primer plano», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1997b), «¡Luzbel vuelve al mundo! Las imágenes de la Rusia soviética y la acción colectiva en España», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (1997), pp. 273-303.
- (2001), «Conflictividad social y acción colectiva: una lectura cultural», en Carmen Frías Corredor y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 175-189.
- (2002), «La sangre de España. Lecturas sobre historia de la violencia política en el siglo XX», *Ayer*, n.º 46, pp. 285-293.
- (2005a), «El órgano de la clase obrera. Los significados de movimiento obrero en la España del siglo XX», *Historia Social*, n.º 53, pp. 155-174.
- (2005b), «Pensar la violencia colectiva europea en perspectiva histórica», en Javier Muñoz, José Luis Ledesma y Javier Rodrigo, *Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, pp. 13-45.

- CRUZ, Rafael (2006), *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI.
- y Manuel PÉREZ LEDESMA (1997), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial.
- CRUZ ARTACHO, Salvador (1994), *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada, 1890-1923*, Madrid, Libertarias.
- (2001), «El “hermano pobre” de la historia social española. Algunas consideraciones sobre el conflicto campesino en la historia contemporánea», en Roberto Fernández y Santiago Castillo (eds.), *Historia Social y Ciencias Sociales*, Lérida, Milenio, pp. 246-287.
- Francisco ACOSTA DOMÍNGUEZ, Francisco COBO ROMERO, Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA NAVARRO y Antonio HERRERA GONZÁLEZ DE MOLINA (2004), «El socialismo español y la cuestión agraria (1879-1923). Luces y sombras en el debate teórico y en la práctica sindical y política», *Ayer*, n.º 54, pp. 129-163.
- CUEVA MERINO, Julio de la (1997), «Movilización política e identidad anticlerical, 1898-1910», *Ayer*, n.º 27, pp. 101-125.
- DAVIS, Natalie Zemon (1971), «The reasons of misrule: youth groups and charivaris in sixteenth-century France», *Past and Present*, n.º 50, pp. 41-75.
- DELGADO, Manuel (2001), *Luces iconoclastas. Anticlericalismo, blasfemia y martirio de imágenes*, Barcelona, Ariel.
- DELLA PORTA, Donatella (1999), «Movimientos sociales y Estado: algunas ideas en torno a la represión policial de la protesta», en Dough McAdam, John McCarthy y Mayer N. Zald, *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, pp. 100-142 [1.ª ed., 1996].
- y Marco DIANI (1999), *Social Movements. An Introduction*, Oxford, Blackwell.
- DIANI, Marco (1998), «Las redes de los movimientos: una perspectiva de análisis», en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, pp. 243-270.
- DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina (2001-2002), «La vivienda obrera urbana en España en el siglo XIX», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, n.º 19-20, pp. 207-228.
- DOBÓN PÉREZ, Miguel Ángel (2003), «Organización obrera y conflictividad laboral en las minas de Teruel durante la Segunda República», en Ignacio Peiró y Pedro Rújula (coords.), *En construcción. Historia local contemporánea*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 309-321.
- (2004), «Historia minera y conflicto ambiental. El caso de Sierra Menera (Teruel), 1900-1931», en Carlos Forcadell et ál. (eds.), *Usos públicos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 449-473.

- DOBROWOLSKI, Kazimierz (1979), «La cultura campesina tradicional», en Teodor Shanin (ed.) (1979), pp. 249-267.
- DUARTE, Ángel (1989), «Republicans i obreristes», en *Col·loqui Internacional Revolució i socialismo*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, vol. 1, pp. 71-87.
- (1997), «La esperanza republicana», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (1997), pp. 169-199.
- (2000), «El republicanismo popular», *Ayer*, n.º 39, pp. 83-102.
- y Pere GABRIEL (2000), «¿Una sola cultura republicana ochocentista en España?», *Ayer*, n.º 39, pp. 11-34.
- DURÁN, José Antonio (1977), *Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912)*, Madrid, Siglo XXI.
- EALHAM, Chris (2005), *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto. 1898-1937*, Madrid, Alianza Editorial.
- ELORZA, Antonio (1981), «Socialismo y agitación popular en Madrid (1908-1920)», *Estudios de Historia Social*, n.º 18-19, pp. 229-261.
- ENRECH, Carles (2001), «La ofensiva contra el oficio en la industria textil catalana (1881-1923). La destrucción de un modelo de sociedad urbana», en Santiago Castillo y Roberto Fernández (coords.), *Campesinos, artesanos, trabajadores, actas del IV Congreso de Historia Social de España: Lleida, 12-15 de diciembre de 2000*, Lérida, Milenio, pp. 567-582.
- (2003), «Jerarquía fabril y cualificación en la industria textil durante el último tercio de siglo XIX», *Historia Social*, n.º 45, pp. 101-117.
- ERICE SEBARES, Francisco (2001), «La clase obrera española en el siglo XIX: balance y perspectivas historiográficas», en Manuel Ortiz Heras, David Ruiz González e Isidro Sánchez Sánchez, *Movimientos sociales y estado en la España contemporánea*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 45-79.
- (2003), «Entre la represión y el paternalismo. Actitudes burguesas ante lo popular en la España de la Restauración», en Jorge Uría (ed.), *La cultura popular en la España contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 131-151.
- ESENWEIN, George (1989), *Anarchist ideology and the working class movement in Spain. 1868-1898*, Los Ángeles, University of California Press.
- ESPIGADO, Gloria (2002), «Las mujeres en el anarquismo español (1869-1939)», *Ayer*, n.º 45, pp. 39-72.
- ESTARÁN MOLINERO, José (2001), *Catolicismo social en Aragón (1878-1901)*, Zaragoza, Fundación Teresa de Jesús.
- ESTEBAN DE VEGA, Mariano (1992), «La asistencia liberal española: beneficencia pública y previsión particular», *Historia Social*, n.º 13, pp. 123-138.

- ESTEBAN DE VEGA, Mariano y Antonio MORALES MOYA (1999), *Los fines de siglo en España y Portugal*, Jaén, Universidad de Jaén.
- EVANS, Richard (1988), «Epidemics and revolutions: cholera in nineteenth century Europe», *Past and Present*, n.º 120, pp. 123-146.
- EYERMAN, Ron (1998), «La praxis cultural de los movimientos sociales», en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina, *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta, pp. 139-163.
- FABREGAT I GALCER, Emeteri, y Joan Hilari MUÑOZ I SEBASTIÀ (1996), *L'epidèmia de còlera de 1885 a Roquetes*, Tortosa, Cooperativa Gráfica Dertosenca.
- FANDIÑO, Roberto (2001-2002), «Logroño, 1936. La quema de conventos, mitos y realidades de un suceso anticlerical», *Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea*, <<http://hispanianova.rediris.es/>>.
- FEIJOO GÓMEZ, Albino (1996), *Quintas y protesta social en el siglo XIX*, Madrid, Ministerio de Defensa.
- FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy (1982), «La industria minera en Aragón (El hierro y el carbón, hasta 1936)», en Jaume Torras, Carlos Forcadell y Eloy Fernández Clemente, *Tres estudios de historia económica de Aragón*, Zaragoza, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, pp. 87-198.
- (1984), «La Granja agrícola de Zaragoza (1881-1936)», en Agustín Ubieta Arteta (ed.), *III Jornadas Estado Actual de los Estudios sobre Aragón*, Zaragoza, Instituto de Ciencias de la Educación, vol. II, pp. 1135-1155.
- y Carlos FORCADELL ÁLVAREZ (1986), «Los orígenes del catolicismo social (1890-1910)», en *Aragón Contemporáneo. Estudios*, Zaragoza, Guara, pp. 79-188.
- y Carlos FORCADELL ÁLVAREZ (1992), «Crecimiento económico, diversificación social y expansión urbana en Zaragoza. 1900-1930», en José Luis García Delgado (ed.), *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*, Madrid, Siglo XXI, pp. 433-457.
- FERNÁNDEZ MARCO, Juan Ignacio [S. J.] (1999), *El Ultracentenario. Colegio del Salvador (Jesuitas en Zaragoza)*, Bilbao, Mensajero.
- FERNÁNDEZ SANZ, Juan José (1989), *El cólera de 1885 en España*, Madrid, Universidad Complutense.
- FESEFELDT, Henrike (2004), «Del mundo de los oficios a lucha de intereses: la UGT, 1888-1923», *Ayer*, n.º 54, pp. 71-96.
- FIGUEROLA, Jordi (1999), «Movimiento religioso, agitación social y movilización política», *Historia Social*, n.º 35, pp. 43-63.
- FOLCHI, Mauricio (2001), «Conflictos de contenido ambiental y ecologismo de los pobres: no siempre pobres, ni siempre ecologistas», *Ecología Política*, n.º 22, pp. 79-100.

- FONTANA, Josep (1981), *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Barcelona, Ariel.
- (1997), «Los campesinos en la historia: reflexiones sobre un concepto y unos prejuicios», *Historia Social*, n.º 28, pp. 3-11.
- FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (1977), «El movimiento obrero», en *Los Aragoneses*, Madrid, Istmo, pp. 161-186.
- (1978), *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918*, Barcelona, Crítica.
- (1981), «La crisis agrícola y pecuaria de finales del siglo XIX. La provincia de Huesca en la información escrita de 1887», *Argensola*, n.º 92, pp. 279-301.
- (1984), «Zaragoza, 1917-1923: conflicto social y violencia política», en José Luis García Delgado (ed.), *España, 1898-1936: estructuras y cambio*, Madrid, Universidad Complutense, pp. 361-375.
- (1986a), «La función de la Prensa en la organización obrera. Prensa anarquista en Aragón. 1881-1923», en Eloy Fernández Clemente y Carlos Forcadell, *Aragón Contemporáneo. Estudios*, Zaragoza, Guara, pp. 189-206.
- (1986b), «La crisis agrícola y pecuaria. La provincia de Teruel en la información escrita de 1887», en *Encuentro sobre historia contemporánea de las tierras turolenses*, Teruel, Instituto de Estudios Turolenses, pp. 177-196.
- (1992), «Sobre desiertos y secanos: los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, n.º 7, pp. 101-116.
- (1996), «El sector agrario aragonés en la crisis de finales del siglo XIX», *Historia de Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», vol II.
- (1998), *Zaragoza en el siglo XIX (1808-1908)*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada / Ayuntamiento de Zaragoza.
- (2000), «La lenta y larga marcha del sindicalismo ugetista entre 1900 y 1930», en Enrique Bernad y Carlos Forcadell (eds.), *Historia de la Unión General de Trabajadores en Aragón. Un siglo de cultura sindical y socialista*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», pp. 47-77.
- (2001), «Sindicalismo y movimiento obrero: la recuperación historiográfica de las clases trabajadoras», en Manuel Ortiz Heras, David Ruiz González e Isidro Sánchez Sánchez, *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 243-263.
- y Luis GERMÁN ZUBERO (1988), «La crisis finisecular en la agricultura interior: el caso de Aragón», en Ramón Garrabou (ed.), *La crisis agraria de fines del siglo XIX*, Barcelona, Crítica, pp. 69-93.
- FRENCH, John D. (2001), «El auge de los estudios sobre el trabajo en Latinoamérica», *Historia Social*, n.º 39, pp. 129-150.
- FRÍAS CORREDOR, Carmen (1992), *Liberalismo y republicanismo en el Alto Aragón. Procesos electorales y comportamientos políticos, 1875-1898*, Huesca, Ayuntamiento de Huesca.

- FRÍAS CORREDOR, Carmen (1997), «Elecciones y conservadurismo político en el distrito de Alcañiz-Híjar entre 1900 y 1923. Del turno a la estabilidad», en Pedro Rújula López (coord.), *Entre el orden de los propietarios y los sueños de rebeldía. El bajo Aragón y el Maestrazgo en el siglo XX*, Zaragoza, Grupo de Estudios Masinos, pp. 23-36.
- (2000), «Conflictividad, protesta y formas de resistencia en el mundo rural. Huesca, 1880-1914», *Historia Social*, n.º 37, pp. 97-118.
- FUSI, Juan Pablo (1990), «Revisiónismo crítico e historia nacionalista (A propósito de un artículo de Borja de Riquer)», *Historia Social*, n.º 7, pp. 127-134.
- (2000), *España, evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy.
- G. E. H. R. (1994), «Más allá de la “propiedad perfecta”. El proceso de privatización de los montes públicos españoles (1859-1926)», *Noticario de Historia Agraria*, 8, pp. 99-152.
- GABRIEL SIRVENT, Pere (1990), «Sindicalismo y sindicatos socialistas en Cataluña. La UGT, 1888-1936», *Historia Social*, n.º 8, pp. 47-71.
- (1995), «A vueltas y revueltas con la historia social obrera en España. Historia obrera, historia popular e historia contemporánea», *Historia Social*, n.º 22, pp. 43-53.
- (1999), «Republicanismo popular, socialismo, anarquismo y cultura política obrera en España», en Javier Paniagua, José Antonio Piqueras y Vicent Sanz (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Biblioteca Historia Social, pp. 211-222.
- (2002) «Propagandistas confederales entre el sindicato y el anarquismo. La construcción barcelonesa de la CNT en Cataluña, Aragón, País Valenciano y Baleares», *Ayer*, n.º 45, pp. 105-145.
- (2004), «Pi i Margall y el federalismo popular y democrático. El mármol del pueblo», *Historia Social*, n.º 48, pp. 49-68.
- GAIGNEBET, Claude (1984), *El Carnaval. Ensayos de mitología popular*, Barcelona, Alta Fulla [1.ª ed., 1979].
- GALLEGO MARTÍNEZ, Domingo (1998), «De la sociedad rural en la España contemporánea y del concepto de la sociedad capitalista: un ensayo», *Historia Agraria*, n.º 16, pp. 13-56.
- GARCÍA, Hugo (2005), «Historia de un mito político: el *peligro comunista* en el discurso de las derechas españolas (1918-1936)», *Historia Social*, n.º 51, pp. 3-19.
- GARCÍA GUATAS, Manuel (2004), *La Zaragoza de José Martí*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- GARCÍA LASAOSA, José (1979), *Desarrollo urbanístico de Zaragoza (1885-1908)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- GARCÍA MERCADAL, José (1908), *Zaragoza en tranvía*, Zaragoza, Imprenta Casañal.

- GARCÍA REY, José (1997), «Nerva: No al vertedero. Historia de un pueblo en lucha», *Ecología Política*, n.º 13, pp. 7-22.
- GARCÍA SANZ, Ángel (1979-1980), «Jornales agrícolas y presupuesto familiar campesino en España a mediados del siglo XIX», *Anales del CUNEF*, pp. 49-71.
- GERMÁN ZUBERO, Luis (1976), «Aportaciones para un estudio del movimiento obrero en Aragón», *Cuadernos Aragoneses de Economía*.
- (1982), *Elecciones y partidos políticos en Aragón durante la II República: estructura económica y comportamiento político*, tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza.
- (1988), «Aragón invertebrado. Atraso económico y dualismo interno (1830-1930)», *Revista de Historia Económica*, año VI, n.º 2, pp. 311-339.
- (1998), *Aragón durante el siglo XX. Estudios urgentes*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses.
- (1999), *Especialización industrial harinera y transformaciones empresariales en Aragón (1845-1995)*, Madrid, Fundación Empresa Pública.
- GIL ANDRÉS, Carlos (1995a), *Protesta popular y orden social en La Rioja de fin de siglo, 1890-1905*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- (1995b), «Protesta popular y movimientos sociales en la Restauración: los frutos de la ruptura», *Historia Social*, n.º 23, pp. 121-135.
- (1998a), «“¡Abajo la guerra!”. Repercusiones de la Semana Trágica de 1909 en Calahorra», *Kalakorikos. Revista para el estudio, defensa, protección y divulgación del patrimonio histórico, artístico y cultural de Calahorra y su entorno*, n.º 3, pp. 127-138.
- (1998b), «Los ecos del motín: percepción del Estado y de otros símbolos de poder en la España del primer tercio del siglo XX», en Santiago Castillo y José María Ortiz de Orruño (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Asociación de Historia Social / Universidad del País Vasco, pp. 263-268.
- (2000), *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- (2002a), *La República en la plaza: los sucesos de Arnedo de 1932*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- (2002b), «Sobre faldas y pantalones. Mujeres entre lo público y lo privado en la Calahorra contemporánea», *Kalakorikos. Revista para el estudio, defensa, protección y divulgación del patrimonio histórico, artístico y cultural de Calahorra y su entorno*, n.º 7, pp. 185-200.
- (2005), «A mano airada. La violencia en la protesta popular», en Javier Muñoz, José Luis Ledesma y Javier Rodrigo (coords.), *Culturas y políticas de la violencia. España, siglo XX*, Madrid, Siete Mares, pp. 47-73.

- GINER, Salvador (1979), *Sociedad masa: crítica del pensamiento conservador*, Barcelona, Península.
- GINZBURG, Carlo (2000), *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik [1.ª ed., 1976].
- GOLDSTEIN, Robert J. (1983), *Political Repression in Nineteenth Century Europe*, Londres, Croom Helm.
- GOLDSTONE, Jack A. (1980), «Theories of revolution: the third generation», *World Politics*.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo (1998a), *La razón de la fuerza. Orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, CSIC.
- (1998b), «Las “tormentas del 98”: viejas y nuevas formas de conflictividad en el cambio de siglo», *Revista de Occidente*, n.º 202-203, pp. 90-111.
- (2002), *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*, Madrid, CSIC.
- (2005a), «Introducción», *Ayer*, n.º 59, pp. 11-19.
- (2005b), «Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles en España (1865-1975)», *Ayer*, n.º 59, pp. 21-49.
- y Sandra SOUTO KUSTRÍN (2005), «Juventud y política en España: una orientación bibliográfica», *Ayer*, n.º 59, pp. 283-298.
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Ángeles (1992), «Condiciones de trabajo y conflictividad laboral de la mujer trabajadora en Sevilla. 1900-1917», *Historia Social*, n.º 13, pp. 39-51.
- (1996), *Utopía y realidad. Anarquismo, anarcosindicalismo y organizaciones obreras*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla.
- GONZÁLEZ DE MOLINA NAVARRO, Manuel (1996), «Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de *Rebeldes Primitivos* de Eric J. Hobsbawm», *Historia Social*, n.º 25, pp. 113-157.
- (1998), «Nuevas interpretaciones del cambio agrario. Algunos comentarios al artículo de D. Gallego», *Historia Agraria*, n.º 16, pp. 55-74.
- (2001), «Algunas consideraciones sobre historia local e historia medioambiental», en Carmen Frías Corredor y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 55-71.
- Salvador CRUZ ARTACHO y Francisco COBO ROMERO (1992), «Privatización del monte y protesta campesina en Andalucía Oriental (1836-1920)», *Agri-cultura y Sociedad*, 65, pp. 253-302.
- y José A. GONZÁLEZ ALCANTUD (1992), «La pervivencia de los bienes comunes: representación mental y realidad social», en José A. González Alcantud y Manuel González de Molina (eds.), *La tierra. Mitos, ritos y realidades*, Barcelona, Anthropos.

- GONZÁLEZ DE MOLINA NAVARRO, Manuel, y Antonio ORTEGA SANTOS (2000), «Bienes y conflictos por los recursos en las sociedades rurales, siglos XIX y XX», *Historia Social*, n.º 38, pp. 95-116.
- y Antonio ORTEGA SANTOS (2004), «Para una tipología de los conflictos ambientales en perspectiva histórica: estudios de caso», en Carlos Forcadell et ál. (eds.), *Usos públicos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias, pp. 419-448.
- y Eduardo SEVILLA GUZMÁN (1993), «Ecología, campesinado e Historia: para una reinterpretación del desarrollo del capitalismo en la agricultura», en Eduardo Sevilla Guzmán y Manuel González de Molina (eds.), *Ecología, campesinado e historia*, Madrid, La Piqueta.
- y Joan MARTÍNEZ ALIER (eds.) (2001), *Naturaleza transformada*, Barcelona, Icaria.
- y Joan MARTÍNEZ ALIER (eds.), *Historia y ecología, Ayer*, n.º 11.
- GRAHAM, Helen, y Jo LABANYI (1995), *Spanish cultural studies. An introduction*, Oxford, Oxford University Press.
- GRAMSCI, Antonio (1971), *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- (1986), *Antología*, Madrid, Siglo XXI.
- GREER, Alan (1990), «From folklore to revolution: charivaris and the Lower Canadian rebellion of 1837», *Social History*, n.º 15, vol. 1, pp. 25-43.
- GUEREÑA, Juan Luis (2000), «Los orígenes del reglamentarismo en España: la policía sanitaria de las mujeres públicas (Zaragoza, 1845)», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 74, pp. 7-26.
- GUHA, Ramachandra (2000), *Unquiet woods: ecological change and peasant resistance in the Himalaya*, Berkeley, University of California Press [1.ª ed., 1989].
- GUHA, Ranahit (2002), *Las voces de la Historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica [1.ª ed., 1982; hay reeds., 1986 y 1996].
- GUINOT RODRÍGUEZ, Enric (1992), «La resistencia campesina en el marco de los señoríos valencianos: el caso de Onda en el siglo XV», *Saitabi*, n.º 42, pp. 217-230.
- GUÍU LASHERAS, José Manuel (1993), «Caspé: motines y antecedentes penales», *Revista de Estudios Caspolinos*, XIX, p. 203.
- GUTIÉRREZ LLORET, Rosa Ana (1989), *El republicanismo en Alicante durante la Restauración, 1875-1895*, Alicante, Ayuntamiento de Alicante.
- HAHN, Steven (1997), «Extravagant expectations of freedom: rumour, political struggle, and the Christmas Insurrection Scare of 1865 in the American South», *Past and Present*, n.º 157, pp. 122-158.

- HALBWACHS, Maurice (2004), *La memoria colectiva*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza [1.ª ed., 1968].
- HARRISON, Brian (1989), «Class and Gender in Modern British Labour History», *Past and Present*, n.º 124, pp. 121-158.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena (1997), «La política colonial española y el despertar de los nacionalismos en ultramar», en Juan Pablo Fusi y Antonio Niño (eds.), *Visperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 133-149.
- y M.ª Fernanda MANCEBO (1978), «Higiene y sociedad en la guerra de Cuba (1895-1898)», *Estudios de Historia Social*, n.º 5-6.
- HIDALGO NUCHERA, Patricio (1999), «El abasto de pan en la Córdoba del Antiguo Régimen: los mecanismos de intervención municipal», en *Alimentación y Cultura. Actas del Congreso Internacional, 1998. Museo Nacional de Antropología. España*, Huesca, La Val de Onsera, Huesca, vol. II, pp. 1105-1122.
- HILDEN, Patricia (1984), «Class and gender: Conflicting Components of Women's Behaviour in the Textile Mills of Lille, Roubaix and Tourcoing, 1880-1914», *The Historical Journal*, n.º 27, vol. 2, pp. 361-385.
- HOBBSAWM, Eric J. (1976), «Los campesinos y la política», en E. J. Hobsbawm y H. Alavi, *Los campesinos y la política*, Barcelona, Anagrama, pp. 5-43.
- (1979), «Los destructores de máquinas», en *Trabajadores. Estudios de la historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, pp. 16-35.
- (1983), *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel [1.ª ed., 1968].
- (1987), «La transformación de los rituales obreros», en *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica.
- (1989), *La era del Imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor.
- (1991), «De la historia social a la historia de la sociedad», *Historia Social*, n.º 10, pp. 5-25.
- (1995), *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- (1998), «Sobre la historia desde abajo», en *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica, pp. 205-219.
- (1999), «El nacimiento de una fiesta: el Primero de Mayo», en *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Crítica, pp. 132-147 [1.ª ed, 1990].
- (2001a), «Inventando tradiciones», *Historia Social*, n.º 40, pp. 203-214 [1.ª ed., 1983].
- (2001b), «La producción en serie de tradiciones: Europa, 1870-1914», *Historia Social*, n.º 41, pp. 3-38 [1.ª ed., 1983].

- HOBBSAWM, Eric J., y George RUDÉ (1985), *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI [1.ª ed., 1969].
- y Joan W. SCOTT (1999), «Zapateros políticos», en *Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz*, Barcelona, Crítica, pp. 29-56 [1.ª ed., 1980].
- HUNT, Lynn (1984), «Charles Tilly's Collective Action», en Theda Skocpol (comp.), *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 244-275.
- IBARZ, Jordi (2003), «Oficios y cualificaciones en el trabajo portuario. El caso de Barcelona en la primera mitad del siglo XX», *Historia Social*, n.º 45, pp. 119-137.
- ILLION, Régine (2001), «La presencia femenina durante el período de eclosión sindicalista en Zaragoza (1910-1911)», en Carmen Frías Corredor y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 255-260.
- IZARD, Miquel (1981), «Orígenes del movimiento obrero en España», en *Estudios sobre historia de España (homenaje a Tuñón de Lara)*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, pp. 295-314.
- (1991), «Recuperar la memoria o perpetrar el pasado. Revolución burguesa e insurgencia popular», en S. Castillo (ed.), *La Historia Social en España. Actualidad y perspectivas*, Madrid, Siglo XXI, pp. 471-494.
- IZUZQUIZA, Ignacio (2003), *Aragón como problema. Notas para una teoría*, Zaragoza, Ibercaja.
- JENKINS, Craig (1982), «Why do peasants rebel? Structural and historical theories of modern peasant rebellions», *American Journal of Sociology*, vol. 88, n.º 3, pp. 487-514.
- JONES, Gareth Stedman (1989), *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI.
- JOVER ZAMORA, José María (1997), «Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo», en Juan Pablo Fusi y Antonio Niño (eds.), *Visperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 15-46.
- JOYCE, Patrick (2004), «¿El final de la historia social?», *Historia Social*, n.º 50, pp. 25-45 [1.ª ed., 1995].
- JULIÁ, Santos (1989), *Historia Social/Sociología Histórica*, Madrid, Siglo XXI.
- (1990), «Poder y revolución en la cultura política militante del obrero español», en Jacques Maurice, Brigitte Magnien y Danièle Bussy Genevois (comps.), *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine. Cultures populaires, cultures ouvrières en Espagne de 1840 à 1936*, Saint Denis, Presses Universitaires de Vincennes, pp. 179-191
- (1997), *Los socialistas en la política española. 1879-1982*, Madrid, Taurus.

- JULIÁ, Santos (1998), *Debates en torno al 98: Estado, Sociedad y Política*, Madrid, Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid.
- (1999), *Un siglo de España. Sociedad y política*, Madrid, Marcial Pons.
- JUTGLAR, Antoni (1969), *Ideologías y clases en la España contemporánea, (1874-1931)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo.
- KAPLAN, Temma (1990), «Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918», en James Amelang y Mary Nash, *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, pp. 268-273.
- (2003), *Ciudad roja, período azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)*, Barcelona, Península [1.ª ed., 1992].
- KAYE, Harvey (1989), *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- KILLINGRAY, David (1994), «Rights, riot and ritual: the Knole Park access dispute, Sevenoaks, Kent, 1883-85», *Rural History*, vol. 5, n.º 1 (abril), pp. 63-79.
- KLANDERMANS, Bert (1997), *The social psychology of protest*, Oxford / Cambridge (Massachusetts) Blackwell.
- et ál. (eds.) (1988), *From structures to action: comparing social movement research among cultures*, Greenwich (Connecticut), JAI Press (International Social Movement Research, 1).
- KOSSELCK, Reinhart (2001), *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós.
- LARAÑA, Enrique (1999), *La construcción de los movimientos sociales*, Madrid, Alianza Editorial.
- LEDESMA, José Luis (2004), «El lastre de un pasado incautado: uso político, memoria e historiografía de la represión republicana», en Carlos Forcadell et ál. (eds.), *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 33-53.
- LIARTE, Ramón (1980), *Crisis política de España*, Barcelona.
- LISÓN TOLOSANA, Carmelo (1976), «Aspectos del “pathos” y “ethos” de la comunidad rural», en Carmelo Lisón Tolosana (comp.), *Expresiones actuales de la cultura del pueblo*, Madrid, Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos.
- LLONA, Miren (2006), «Género e identidad de clase. La construcción de la clase obrera vizcaína durante el primer tercio del siglo XX», *Historia Social*, n.º 54, pp. 95-111.
- LLORENTE DE LA FUENTE, Alberto (1993), *La epidemia de cólera de 1885 en Valladolid y su provincia*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- LÓPEZ ALONSO, Carmen (1992), «La pobreza en el pensamiento político. España, primera mitad del siglo XIX», *Historia Social*, n.º 13, pp. 139-156.

- LÓPEZ CORDÓN, M.^a Victoria (1985), «La mentalidad conservadora durante la Restauración», en J. L. García Delgado (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, Madrid, Siglo XXI, pp. 71-109.
- LÓPEZ ESTUDILLO, Antonio (1989), «Federalismo y mundo rural en Cataluña (1890-1905)», *Historia Social*, n.º 3, pp. 17-32.
- (2001), *Republicanism y anarquismo en Andalucía: conflictividad social agraria y crisis fnisecular (1868-1900)*, Córdoba, La Posada.
- LÓPEZ GARRIDO, Diego (1982), *La Guardia Civil y los orígenes del Estado Centralista*, Barcelona, Crítica.
- (1987), *El aparato policial en España*, Barcelona, Ariel.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, Juan Jaime, y José GARCÍA LASAOSA (1982), *Orígenes del movimiento obrero en Aragón (1854-1890)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- LÓPEZ SANTAMARÍA, Jesús (2000), «El miedo a la manigua: discurso político, prejuicios y paradojas ante la crisis colonial española», en Mariano Esteban de Vega y Antonio Morales Moya (eds.), *Los fines de siglo en España y Portugal*, Jaén, Universidad de Jaén, pp. 75-90.
- LORENZO, César M. (1972), *Los anarquistas españoles y el poder*, París, Ruedo Ibérico [1.^a ed., 1969].
- LORENZO CADARSO, Pedro Luis (2001), *Fundamentos teóricos del conflicto social*, Madrid, Siglo XXI.
- LUCASSEN, Jan (2003), «La fabricación de ladrillos en Europa occidental y la India: un intento de historia comparada del trabajo», *Historia Social*, n.º 45, pp. 3-33.
- LUCEA AYALA, Víctor (2001), «Entre el motín y el delito. La protesta no institucionalizada en la provincia de Zaragoza. 1890-1905», *Historia Contemporánea*, n.º 23, pp. 729-758.
- (2001-2002), «Protesta colectiva en Zaragoza en el tránsito del XIX al XX: una tipología», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, n.º 19-20, pp. 129-159.
- (2002), «Amotinadas: las mujeres en la protesta popular de la provincia de Zaragoza a finales del siglo XIX», *Ayer*, n.º 47, pp. 185-207.
- (2003), «El orden del caos. Los motines antifiscales en Aragón. 1890-1911», en Ignacio Peiró y Pedro Rújula (coords.), *En construcción. Historia local contemporánea*, Zaragoza, Centro de Estudios Darocenses / Institución «Fernando el Católico», pp. 247-266.
- (2004a), «Reos, verdugos y muchedumbres. La percepción popular de la penalidad y la pena de muerte en Zaragoza. 1855-1915», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, n.º 76-77, pp. 129-158.

- LUCEA AYALA, Víctor (2004*b*), «Entramado moral y elementos culturales en la protesta popular de Zaragoza de finales del siglo XIX. Algunas líneas de trabajo», en Carlos Forcadell et ál. (eds.), *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 287-303
- (2005*a*), *Rebeldes y amotinados. Protesta popular y resistencia campesina en Zaragoza (1890-1905)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- (2005*b*), «Anticlericalismo (¿tradicional?) en el Aragón rural a finales del siglo XIX», en Carlos Forcadell y Alberto Sabio (coords.), *Las escalas del pasado. IV Congreso de Historia Local de Aragón*, Barbastro, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 177-196.
- LUEBBERT, Gregory M. (1997), *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- MAGRAW, Roger (1999), «El “artesano radical”: nuevas reflexiones sobre esta categoría de la historia social», en Javier Paniagua, José Antonio Piqueras y Vicent Sanz (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Historia Social, pp. 125-147.
- MALUENDA PONS, Pilar (1996), «Propiedad de la tierra y orden social en Huesca. Una aproximación a la conflictividad rural durante el primer tercio del siglo XX», en Carmen Frías Corredor (coord.), *Tierra y campesinado. Huesca, siglos XI-XX*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- MALUQUER DE MOTES, Jordi (1999), *España en la crisis de 1898. De la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX*, Barcelona, Península.
- MARIMÓN, Antoni (1998), *La crisis de 1898*, Barcelona, Ariel.
- MARÍN, Manuel (2000), «El cacique protector», *Historia Social*, n.º 36, pp. 21-34.
- MARÍN SARIÑENA, José Manuel (1988), «El señorío de Sástago en el siglo XIX. Conflictos por la posesión de la tierra», *Cuadernos de Estudios Caspolinos*, n.º XIV, pp. 11-72.
- MARTÍN ACEÑA, Pablo (1985), «Déficit público y política monetaria en la Restauración, 1874-1923», en Pablo Martín Aceña y Leandro Prados de la Escosura (eds.), *La Nueva Historia Económica en España*, Madrid, Tecnos.
- MARTÍN RAMOS, J. L. (1989), «De la tregua a la expansión reivindicativa. El arranque de la explosión huelguística en Barcelona (1914-1916)», *Historia Social*, n.º 5, pp. 115-128.
- MARTÍNEZ ALIER, Juan (1990), «La interpretación ecologista de la historia socioeconómica: algunos ejemplos andinos», *Historia Social*, n.º 7, pp. 137-162.
- MARTÍNEZ DORADO, Gloria (1993), «La formación del Estado y la acción colectiva en España: 1808-1845», *Historia Social*, n.º 15, pp. 101-116.

- MARTÍNEZ GALLEGO, Francesc A. (1998), «La revolución de las coles: sobre el motín contra el impuesto de consumos en el proceso revolucionario español», en Santiago Castillo y José María Ortiz de Orruño (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Asociación de Historia Social / Universidad del País Vasco, pp. 49-64.
- MARTEORELL, Miguel, y Fernando DEL REY REGUILLO, «El parlamentarismo liberal y sus impugnadores», *Ayer*, n.º 63, pp. 23-52.
- MATEOS, Abdón (1998), «Historia política, memoria y tiempo presente», en Mario P. Díaz Barrado (coord.), *Historia del tiempo presente. Teoría y metodología*, Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 271-276.
- MAURICE, Jacques (1981), «Lucha de clases, movimientos campesinos y reforma agraria en la España Contemporánea», en *Estudios sobre historia de España, Homenaje a M. Tuñón de Lara*, Madrid, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, vol. II, pp. 113-143.
- (1990), *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas (1868-1936)*, Barcelona.
- MAYER, Arno J. (1985), *La persistencia del Antiguo Régimen: Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Alianza Editorial.
- MCADAM, Doug (1988), «Micromobilization context and recruitment to activism», en Bert Klendermans et ál. (eds.) (1988), pp. 125-154.
- John MCCARTHY y Mayer ZALD (1999), *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo [1.ª ed., 1996].
- Sidney TARROW y Charles TILLY (2005), *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer [1.ª ed., 2001].
- MCCARTHY, John, y Mayer ZALD (eds.) (1987), *Social movements in an organizational society*, Nueva Brunswick / Oxford, Transaction Press.
- MEAKER, Gerald (1978), *La izquierda revolucionaria en España (1914-1923)*, Barcelona, Ariel.
- MEES, Ludger (1998), «¿Vino viejo en odres nuevos? Continuidades y discontinuidades en la historia de los movimientos sociales», en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, Madrid, Trotta.
- MELUCCI, Alberto (1989), *Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Londres, Temple University Press; Filadelfia, Hutchinson Radius.
- (1995), «The process of collective identity», en Hank Johnston y Bert Klendermans (eds.), *Social movements and culture*, Minneapolis, University of Minnesota.
- MERINERO MARTÍN, María Jesús, «La crisis alimenticia de 1868: un análisis provincial», *Norba. Revista de Historia*, 6, pp. 127-141.

- MERRICKS, Linda (1993), «“Wee be black as Hell”: ritual, disguise and rebellion», *Rural History*, vol. 4, n.º 1, pp. 41-53.
- MIGUEL GONZÁLEZ, Román (2004), «Las culturas políticas del republicanismo histórico español», *Ayer*, n.º 53, pp. 207-236.
- MINTZ, Jerome (1999), *Los anarquistas de Casas Viejas*, Granada, Diputación Provincial de Cádiz y Diputación Provincial de Granada.
- MIRALLES, Ricardo (1990), «La Gran Huelga Minera de 1890. En los Orígenes del Movimiento Obrero en el País Vasco», *Historia Contemporánea*, n.º 3, pp. 15-44.
- MOLINA APARICIO, Fernando (2005), «Modernidad e identidad nacional. El nacionalismo español del siglo XIX y su historiografía», *Historia Social*, n.º 52, pp. 147-171.
- MOLL, Isabel, y Pere SALAS (2002), «Las pequeñas élites agrarias y su participación en la vida política durante la segunda mitad del siglo XIX», *Ayer*, n.º 48, pp. 159-183.
- MONTAÑÉS PEREIRA, Roberto (1996-2003), «Abajo los cercados. Disputas comunales y movimientos campesinos en la provincia de Cáceres durante la Restauración. La cuestión de Valdeobispo», *Norba. Revista de Historia*, n.º 16/2, pp. 605-624.
- MOORE, Barrington, jr. (1991), *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona, Península.
- MORALES MUÑOZ, Manuel (1999), *El republicanismo malagueño en el siglo XIX: propaganda doctrinal, prácticas políticas y formas de sociabilidad*, Málaga, Ayuntamiento de Málaga.
- (2001-2002), «Los espacios de sociabilidad radicaldemocrática: casinos, círculos y ateneos», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, n.º 19-20, pp. 161-205.
- MORÁN, María Luz (1996-1997), «Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural», *Zona Abierta*, n.º 77-78, pp. 1-29.
- MORENO, Eliseo (2001), «Desorden en el campo. Análisis de la conflictividad en la sociedad rural aragonesa durante el Bienio Negro», en Carmen Frías y Miguel Ángel Ruiz (coords.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 107-124.
- MORENO, Isidoro (1991), «Identidades y rituales», en *Antropología de los pueblos de España*, Madrid, Taurus.
- MORENO FERNÁNDEZ, José Ramón (1994), *El monte público en La Rioja durante los siglos XVIII y XIX: aproximación a la desarticulación del régimen comunal*, Logroño, Gobierno de La Rioja.

- MORENO DEL RINCÓN, Encarna, *La desamortización de Madoz en la Provincia de Zaragoza (1855-1875)*, tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona.
- MORO BARREÑADA, José María (1994), «El servicio militar en Asturias y la guerra de Cuba», en Jorge Uría González (ed.), *Asturias y Cuba en torno al 98*, Barcelona, Labor.
- MULLET, Michael (1990), *La cultura popular en la Baja Edad Media*, Barcelona, Crítica [1.ª ed., 1987].
- MUÑOZ DUEÑAS, María Dolores (2002), «Poder y prestigio en la labranza. A modo de introducción», *Ayer*, n.º 48, pp. 11-39.
- NADAL, Jordi (1975), *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*, Barcelona, Ariel.
- NASH, Mary (1981), *Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939*, Barcelona, Fontamara.
- (1983), *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Barcelona, Anthropos.
- (1991), «Dos décadas de historia de las mujeres en España: una reconsideración», *Historia Social*, n.º 9, pp. 137-161.
- (1999), «El mundo de las trabajadoras: identidades, cultura de género y espacios de actuación», en Javier Paniagua, José Antonio Piqueras y Vicent Sanz (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Historia Social, pp. 47-67.
- (2000), «Identidad cultural de género, discurso de la domesticidad y la definición del trabajo de las mujeres en la España del siglo XIX», en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres*, Madrid, Taurus, vol. 4, pp. 612-623.
- y Susana TAVERA (1994), *Experiencias desiguales: conflictos sociales y respuestas colectivas (siglo XIX)*, Madrid, Síntesis.
- NIETO SÁNCHEZ, José A., y Victoria LÓPEZ BARAHONA (2001), «“Zapatero a tus zapatos”: el radicalismo de los zapateros madrileños en la Edad Moderna», en S. Castillo y R. Fernández (coords.), *Campesinos, artesanos, trabajadores. Actas del IV Congreso de Historia Social de España: Lleida, 12-15 de diciembre de 2000*, Lérida, Milenio, pp. 343-355.
- NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael (1983), *El terrorismo anarquista. 1888-1909*, Madrid, Siglo XXI.
- (1990), *Militarismo y antimilitarismo en España (1888-1906)*, Madrid, CSIC.
- (1995), «Los otros españoles que fueron a Cuba. El drama de los repatriados», en C. Naranjo, M. A. García Mora y M. A. Puig-Samper, *La Nación Soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98: Actas del Congreso Internacional celebrado en Aranjuez del 24 al 28 de abril de 1994*, Madrid, Doce Calles, pp. 597-619.

- NÚÑEZ SEIXAS (1997), «Los oasis en el desierto. Perspectivas historiográficas sobre el nacionalismo español», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 26, pp. 483-533.
- O'CONNOR, James (1997), «¿Qué es la historia ecológica?, ¿por qué la historia ecológica?», *Ecología Política*, n.º 14, pp. 115-130.
- ORTEGA LÓPEZ, Margarita (1993), *Conflicto y continuidad en la sociedad rural española del siglo XVIII*, Madrid, Síntesis.
- (1998), «Estrategias de defensa de las mujeres de la sociedad popular española del siglo XVIII», *Arenal*, 5, vol. 2, pp. 277-305.
- ORTEGA SANTOS, Antonio (2001), «La desarticulación de la propiedad comunal en España, siglos XVIII-XX, una aproximación multicausal y socioambiental a la historia de los montes públicos», *Ayer*, n.º 42, pp. 191-211.
- ORTIZ, Sutti (1979), «Reflexiones sobre el concepto de “cultura campesina” y los “sistemas cognoscitivos campesinos”», en Theodor Shanin (ed.), *Campesinos y sociedades campesinas*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 288-301.
- PALAFOX, Jordi (1991), *Atraso económico y democracia. La Segunda República y la economía española, 1892-1936*, Barcelona, Crítica.
- PALOP, José Miguel (1977), *Hambre y lucha antifeudal. La crisis de subsistencias en Valencia. Siglo XVIII*, Madrid, Siglo XXI.
- PAN MONTOJO, Juan (1994), *La bodega del mundo. La vid y el vino en España (1800-1936)*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1996), «La imposición indirecta en el sistema tributario de Mon-Santillán», en *Hacienda Pública Española. La Reforma Fiscal de Mon-Santillán ciento cincuenta años después*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, pp. 101-116.
- (1998), «El atraso económico y la regeneración», en Juan Pan Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 261-334.
- PAYNE, Stanley (1968), *Los militares y la política en la España Contemporánea*, Madrid, SARPE.
- PEIRÓ ARROYO, Antonio (1977-1978), «Orígenes del sindicalismo agrario en Aragón: la Asociación de Agricultores de Zaragoza (1890-1891)», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, pp. 79-95.
- (1981-1982), «La crisis de 1763-66 en Zaragoza y el “Motín del pan”», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 6, pp. 239-250.
- (2002), *Jornaleros y mancebos. Identidad, organización y conflicto en los trabajadores del Antiguo Régimen*, Barcelona, Crítica.
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (2004), «La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea», *Ayer*, n.º 53, pp. 179-205.
- PEÑARRUBIA, Isabel (1998), «La expresión de la disidencia en una sociedad caciquil: Mallorca 1875-1923», *Historia Social*, n.º 32, pp. 23-35.

- PÉREZ AGOTE, Alfonso (1986), «La identidad colectiva: una reflexión abierta desde la sociología», *Revista de Occidente*, n.º 56, pp. 76-90.
- PÉREZ-FUENTES HERNÁNDEZ, Pilar (1995), «El trabajo de las mujeres en la España de los siglos XIX y XX. Consideraciones metodológicas», *Arenal*, 2, vol. 2, pp. 219-245.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, (1997), «Curas y liberales en la revolución burguesa», *Ayer*, n.º 27, pp. 67-100.
- PÉREZ HERNÁNDEZ, José Eduardo (2000), «Cuba y la resistencia campesina en La Palma. El municipio de Breña Alta (1850-1930)», en *Coloquio de Historia Canario-Americana. XIII Congreso de la Asociación Española de Americanistas. VIII. 1998*, Las Palmas de Gran Canaria.
- PÉREZ LEDESMA, Manuel (1987), *El obrero consciente: dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1990), *Estabilidad y conflicto social. España, de los iberos al 14-D*, Madrid, Nerea.
- (1991), «“Ricos y pobres; pueblo y oligarquía; explotadores y explotados”. Las imágenes dicotómicas en el siglo XIX español», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 10, pp. 59-88.
- (1993), «Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)», en *Problemas actuales de la historia. Terceras Jornadas de Estudios Históricos*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- (1997), «La creación de la clase obrera: una creación cultural», en R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1998a), «La sociedad española, la guerra y la derrota», en Juan Pan Montojo (ed.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 91-149.
- (1998b), «El Estado y la movilización social en el siglo XIX español», en Santiago Castillo y José María Ortiz de Orruño (coords.), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Asociación de Historia Social / Universidad del País Vasco, pp. 215-231.
- (2001a), «Anticlericalismo y secularización en España», en *Las claves de la España del siglo XX*, Madrid, Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, pp. 269-285.
- (2001b), «Studies on Anticlericalism in Contemporary Spain», *International Review of Social History*, n.º 46, pp. 227-255.
- (2001c), «Teoría e Historia. Los estudios sobre el anticlericalismo en la España contemporánea», en Manuel Suárez Cortina (ed.), *Secularización y laicismo en la España contemporánea (III Encuentro de Historia de la Restauración)*, Santander, Sociedad Menéndez y Pelayo, pp. 341-368.

- PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo (1996), *Ser trabajador: vida y respuesta obrera (Valladolid 1875-1931)*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- PÉREZ-SOBA DEL CORRAL, Ignacio, y Miguel Ángel SOLÁ MARTÍN (2004), «La tragedia de los comunales: legalidad y realidad de los montes comunales en España», *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, n.º 203, pp. 187-232.
- PERROT, Michel (2000), «Salir», en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres*, Madrid, Taurus, vol. 4, pp. 486-520.
- PINILLA NAVARRO, Vicente (1985), *Conflictividad social y revuelta política en Zaragoza (1854-1856)*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- (1995a), *Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- (1995b), «Crisis, declive y adaptación de las economías de montaña: un análisis de la despoblación en Aragón», en José Luis Acín Fanlo y Vicente Pinilla (coords.), *Pueblos abandonados: ¿un mundo perdido?*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses.
- (2001), «Desarrollo agrícola y medio ambiente: la agricultura aragonesa, 1800-1975», en Manuel González de Molina y Joan Martínez Alier, *Naturaleza transformada*, Barcelona, Icaria, pp. 125-159.
- PIQUERAS ARENAS, José Antonio (1992), *La Revolución democrática (1868-1874)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- (1999), «Trabajo artesano, industria y cultura radical en la época de la Primera Internacional», en Javier Paniagua, José Antonio Piqueras y Vicent Sanz (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Biblioteca de Historia Social, pp. 165-210.
- (2001), «Un país entre caciques. Restauración y caciquismo entre naranjos», *Historia Social*, n.º 39, pp. 3-30.
- y Manuel CHUST (comps.) (1996), *Republicanos y repúblicas en España*, Madrid, Siglo XXI.
- y Enric SEBASTIÀ (1991), *Agiotistas, negreros y partisanos*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim.
- PITT-RIVERS, Julian (1984), «La identidad local a través de la fiesta», *Revista de Occidente*, n.º 38-39, pp. 17-34.
- PLAZA, José Antonio (1997), *El maldito verano del 98*, Madrid, Temas de Hoy.
- POLANYI, Karl (1997), *La Gran Transformación. Crítica del liberalismo económico*, Madrid, La Piqueta [1.ª ed., 1944].
- POMÉS, Jordi (2000), «Sindicalismo rural republicano en la España de la Restauración», *Ayer*, n.º 39, pp. 103-133.
- PONI, Carlo (1989), «Norms and disputes: the shoemaker's guild in Eighteenth-Century Bologna», *Past and Present*, n.º 123, pp. 80-108.

- PORTELLA COMAS, Jaime, y Antoni SANZ (1985), «Reacción señorial y resistencia campesina al dominio de la catedral de Gerona (siglo XVIII). Notas para una investigación», *Recerques*, n.º 17, pp. 141-151.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, Leandro (1988), *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*, Madrid, Alianza Editorial.
- y Vera ZAMAGNI (eds.) (1992), *El desarrollo económico en la Europa del Sur: España e Italia en perspectiva histórica*, Madrid, Alianza Editorial.
- PRO RUIZ, Juan (1998), «La política en tiempos del *Desastre*», en Juan Pan Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 188-190.
- PROCACCI, Giovanna (1989), «Popular protest and labour conflict in Italy, 1915-1918», *Social History*, vol. 14, n.º 1.
- PUJOL, Josep, Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA, Lourenzo FERNÁNDEZ PRIETO, Domingo GALLEGRO y Ramón GARRABOU (2001), *El pozo de todos los males. Sobre el atraso en la agricultura española contemporánea*, Barcelona, Crítica.
- RADCLIFF, Pamela (1994), «Política y cultura republicana en el Gijón de fin de siglo», en Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 373-394.
- (2004), *De la movilización a la Guerra Civil: historia política y social de Gijón (1900-1937)*, Barcelona, Debate.
- RADDING, Charles M. (1989), «Antropología e Historia o el traje nuevo del emperador», *Historia Social*, n.º 3, pp. 103-113.
- RALLE, Michelle (1990), «Un “socialismo des métiers”? Culture politique ouvrière et “obreros de artes y oficios” (1870-1900)», en J. Maurice, B. Manguien y D. Bussy-Genevois (eds.), *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l'Espagne contemporaine*, Saint Denis, Presses Universitaires de Vincennes, pp. 169-178.
- RAMOS, Gemma, y Soledad BENGOCHEA (1989), «La patronal catalana y la huelga de 1902», *Historia Social*, n.º 5, pp. 77-95.
- RAMOS, Ramón (1989), «Maurice Halbwachs y la memoria colectiva», *Revista de Occidente*, n.º 100, pp. 63-81.
- RAMOS CALVO, Pedro Manuel (1993), *El cólera: azote de Álava en el siglo XIX*, Vitoria, Diputación Foral de Álava.
- RAMOS PALOMO, María Dolores (1986), «Realidad social y conciencia de la realidad en la mujer: obreras malagueñas frente a la crisis de subsistencias (1918)», en *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres, siglos XVI a XX*, Madrid, pp. 299-310.
- (2001), «Feminismo y acción colectiva en la España de la primera mitad del siglo XX», en Manuel Ortiz Heras, David Ruiz González e Isidro Sánchez Sánchez, *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 379-403.

- REDFIELD, Robert, y Milton SINGER (1979), «La ciudad y el campo: la interdependencia cultural», en T. Shanin (ed.), *Campesinos y sociedades campesinas*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 302-326.
- REIG, Ramiro (1986), *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.
- (2000), «El republicanismo popular», *Ayer*, n.º 39, pp. 83-102 [dosier coordinado por Ángel Duarte y Pere Gabriel (eds.), *El republicanismo español*].
- (2002), *Vicente Blasco Ibáñez*, Madrid, Espasa-Calpe.
- REY REGUILLO, Fernando del (1990), «Sobre el lugar de los nacionalismos-regionales en la historia contemporánea española», *Historia Social*, n.º 7, pp. 105-125.
- (1997), «El empresario, el sindicalista y el miedo», en Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma (eds.), *Historia Social*, n.º 15, pp. 235-272.
- RIESCO, Sergio (2002), «Bienes comunales y reformas administrativas en la crisis del Antiguo Régimen: el caso del Sexmo de Plasencia (1820-1843)», *Revista de Estudios Extremeños*, n.º 58, pp. 139-169.
- RINGROSE, David (1996), *España 1700-1900: el mito del fracaso*, Madrid, Alianza Editorial.
- ROBERT, Philippe, y René LÉVY (1990), «Historia y cuestión penal», *Historia Social*, n.º 6, pp. 47-88.
- ROBLES EGEA, Antonio (2004), «La Conjunción Republicano-Socialista: una síntesis de liberalismo y socialismo», *Ayer*, n.º 54, pp. 97-127.
- (comp.) (1996), *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI.
- RODRÍGUEZ GALDO, María Xosé (1981), *Crisis agrarias y crecimiento económico en Galicia en el siglo XIX*, La Coruña, Edicións do Castro.
- RODRÍGUEZ FLORES, María Pilar (1999), *La percepción de la epidemia de cólera de 1885: Badajoz ante una crisis*, Universidad de Extremadura.
- ROEDIGER, David R. (1985), «“Not Only the Ruling Classes to Overcome, But Also the So-Called Mob”: Class, Skill and Community in the St. Louis General Strike of 1877», *Journal Social History*, n.º 19, vol. 2, pp. 213-239.
- ROMERO MAURA, Joaquín (1975), «La Rosa de Fuego». *El obrerismo barcelonés de 1899*, Barcelona, Grijalbo.
- (1981), «El caciquismo», en José Andrés-Gallego (dir.), *Historia de España. Revolución y Restauración (1868-1931)*, Madrid, Rialp, t. XVI-2, pp. 71-88.
- (2000), *La romana del diablo. Ensayos sobre la violencia política en España*, Madrid, Marcial Pons.
- ROMERO SALVADOR, Carmelo (1998), *Calladas rebeldías. Efemérides del Tío Cigüeño*, Zaragoza, Prames.

- ROMERO SALVADOR, Carmelo (1999), «La suplantación campesina de la ortodoxia electoral», en Pedro Rújula e Ignacio Peiró (coords.), *La historia local en la España Contemporánea*, Barcelona, L'Avenç, pp. 80-99.
- RORTY, Richard (1991), *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós.
- RUDÉ, George (1978), *Protesta popular y revolución en el siglo XVIII*, Barcelona, Ariel.
- (1989), *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid, Siglo XXI [1.ª ed., 1964].
- (1995), *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués*, Madrid, Alianza Editorial.
- (2001), *El rostro de la multitud. Estudios sobre revolución, ideología y protesta popular*, Valencia, Biblioteca Historia Social.
- RUIZ PÉREZ, Jesús (2004), «Historia de una disidencia: los protestantes de Pradejón», en José Luis Gómez Urdáñez (dir.), *Pradejón histórico*, Logroño, Ayuntamiento de Pradejón / Universidad de La Rioja, pp. 132-151.
- RÚJULA LÓPEZ, Pedro (1997), «Entre el ocio y la política: los casinos políticos como espacio de sociabilidad (1917-1937)», en Pedro Rújula (coord.), *Entre el orden de los propietarios y los sueños de rebeldía. El Bajo Aragón y el Maestrazgo en el siglo XX*, Zaragoza, Grupo de Estudios Masinos, pp. 49-66.
- y Herminio LAFOZ (1995), *Historia de Borja: la formación histórica de una ciudad*, Borja (Zaragoza), Ayuntamiento de Borja.
- SABIO ALCUTÉN, Alberto (1993), «La sociedad rural en la España moderna y contemporánea», *Agricultura y Sociedad*, n.º 67, pp. 235-252.
- (1995), *Viñedo y vino en el Campo de Cariñena: los protagonistas de las transformaciones (1860-1930)*, Zaragoza, Centro de Estudios Darocenses / Institución «Fernando el Católico».
- (1997a), *El monte público en Huesca (1859-1930). El monte no se improvisa*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca.
- (1997b), «La penetración del capitalismo agrario a través de la renta a fines del siglo XIX: la contabilidad de Tomás Castellano, hacendado y ministro», en *VIII Congreso de Historia Agraria*, Salamanca, Departamento de Economía e Historia Económica / SEHA.
- (2002a), *Tierra, comunal y capitalismo agrario en Aragón (1830-1935)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- (2002b), «Imágenes del monte público, patriotismo forestal español y resistencias campesinas, 1855-1930», *Ayer*, n.º 46, pp. 123-153.
- (2004), *¿Lo que es del común no es de ningún? Campesinos disidentes y defensa del monte comunal en Biota*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza.
- SALAÜN, Serge (2001), «La sociabilidad en el teatro (1890-1915)», *Historia Social*, n.º 41, pp. 127-146.

- SALES, Nuria (1970), «Sociedades de seguros contra las quintas 1865-1868», en Iris Zavala y Clara Lida (eds.), *La Revolución de 1868. Historia, pensamiento y literatura*, Nueva York, pp. 109-125.
- (1974), *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos*, Barcelona, Ariel.
- SALOMÓN CHÉLIZ, M.^a Pilar (1994), «Poder y ética. Balance historiográfico sobre el anticlericalismo», *Historia Social*, n.º 19, pp. 113-128.
- (1998), «Contra el poder establecido de la Iglesia: la protesta anticlerical popular en el Aragón de comienzos del siglo XX», en Santiago Castillo y José María Ortiz de Orruño, *Estado, protesta y movimientos sociales*, Bilbao, Asociación de Historia Social / Universidad del País Vasco, pp. 269-282.
- (1999), «La protesta anticlerical, la punta del iceberg», en Pedro Rújula e Ignacio Peiró (coords.), *La Historia Local en la España Contemporánea*, Barcelona, L'Avenç, pp. 485-500.
- (2001), «Conflictividad e identidad anticlerical en el Somontano barbastrense del primer tercio del siglo XX», en Carmen Frías Corredor y Miguel Ángel Ruiz Carnicer (eds.), *Nuevas tendencias historiográficas e historia local en España*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 317-331.
- (2002), *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- SAMUEL, Raphael (1984), «Historia popular, historia del pueblo», en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica.
- John BREUILLY, J. C. D. CLARCK, Keith HOPKINS y David CARRADINE (1991), «Qué es la Historia Social?», *Historia Social*, n.º 10, pp. 101-134.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, Nicolás (1963), *Las crisis de subsistencias de España en el siglo XIX*, Rosario, Instituto de Investigaciones Históricas.
- (1977), *España hace un siglo: una economía dual*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1991), *La modernización económica de España 1830-1930*, Madrid, Alianza Editorial.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José (1990), «Condiciones de vida y situación social de las clases bajas (1890-1910)», *Historia Contemporánea*, pp. 75-115.
- SÁNCHEZ MARROYO, Fernando (1989-1990), «La delincuencia “sociopolítica” en Cáceres durante la Segunda República», *Norba. Revista de Historia*, n.º 10, pp. 233-264.
- (1992), «Delincuencia y derecho de propiedad. Una nueva perspectiva del problema social durante la Segunda República», *Historia Social*, n.º 14, pp. 25-44.
- SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco (1994), «De las protestas del pan a las del trabajo. Marginalidad y socialización del fenómeno huelguístico en Madrid (1910-1923)», *Historia Social*, n.º 19, pp. 47-60.

- SANZ FERNÁNDEZ, Jesús (1985), «La historia contemporánea de los montes públicos españoles, 1812-1930. Notas y reflexiones», en Ramón Garrabou y Jesús García Sanz (eds.), *Historia agraria de la España Contemporánea*, Barcelona, Crítica, vol. 2, pp. 193-228.
- SANZ FERNÁNDEZ, M.^a Alexia (1996), «De la historia oficial a las significaciones de los relatos de vida: “las minas de Ojos Negros”», en Agustín Ubieto Artaeta (ed.), *Metodología de la Investigación Científica sobre fuentes aragonesas*, Zaragoza, Instituto de Ciencias de la Educación, vol. 10, pp. 87-96.
- SANZ LAFUENTE, Gloria (1996), «Agraristas, propietarios y representación política en la comarca de Daroca, 1890-1923. Una aproximación», *El Ruejo. Revista de Estudios Históricos y Sociales*, n.º 2, pp. 169-185.
- (1998), *Propietarios del poder en tierras del Moncayo*, Zaragoza, Centro de Estudios Turiasonenses / Institución «Fernando el Católico».
- (2000), *Las organizaciones de propietarios agrarios en Zaragoza, 1890-1923. Redes de poder y estructura comercial*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- SANZ ROZALÉN, Vicent (2005), «“¿Resistencia, resistencia, resistencia!”. Cualificación y conflictividad en el oficio de alpargateros a finales del siglo XIX», en Vicent Sanz Rozalén, *En el nombre del oficio. El trabajador especializado: corporativismo, adaptación y protesta*, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 295-315.
- SARASÚA, Carmen (2003), «El oficio más molesto, más duro: el trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX», *Historia Social*, n.º 45, pp. 53-77.
- SCATES, Bruce (1997), «Mobilizing Manhood: gender and the Great Strike in Australia and Aotearoa / New Zealand», *Gender and History*, n.º 9, vol. 2, pp. 285-309.
- SCOTT, Jim (1976), *The moral economy of the peasant: rebellion and subsistence in southeast Asia*, New Haven.
- (1985), *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*, New Haven, Yale University Press.
- (1986), «¿Patronazgo o explotación?», en Ernst Gellner, *Patrones y clientes en las sociedades mediterráneas*, Madrid, Júcar, pp. 35-61.
- (1997), «Formas cotidianas de rebelión campesina», *Historia Social*, n.º 28, pp. 19-38 [1.^a ed., 1976].
- SCOTT, Joan (2000), «La mujer trabajadora en el siglo XIX», en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres*, Madrid, Taurus, vol. 4, pp. 429-461.
- SERRALLONGA I URDIQUI, Joan (1991), «Motines y revolución. España, 1917», *Ayer*, n.º 4, pp. 169-191.

- SERRANO, Carlos (1982) «Prófugos y desertores en la guerra de Cuba», *Estudios de Historia Social*, n.º 22-23, pp. 253-278.
- (1984), *Final del Imperio. España 1895-1898*, Madrid, Siglo XXI.
- (1988), «1898, España en cuestión», *Estudios de Historia Social*, n.º 44-47, pp. 387-393.
- (1989), «Cultura popular / cultura obrera en España alrededor de 1900», *Historia Social*, n.º 4, pp. 21-31.
- (1991), «Guerra y crisis social: los motines de mayo del 98», en *Estudios de historia de España. Homenaje a Tuñón de Lara*, Madrid, Siglo XXI, pp. 181-189.
- (1998), «Conciencia de la crisis, conciencias en crisis», en Juan Pan Montojo (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 335-404.
- (2000), *El turno del pueblo*, Barcelona, Península [1.ª ed., 1987].
- SERRANO GARCÍA, Rafael (1986), *El sexenio revolucionario en Valladolid. Cuestiones sociales (1868-1874)*, Valladolid.
- SERRANO SANZ, José María (1987), *El viraje proteccionista en la Restauración. La política comercial española 1875-1895*, Madrid, Siglo XXI.
- SEVILLA GUZMÁN, Eduardo (1979), *La evolución del campesinado en España. Elementos para una sociología política del campesinado*, Barcelona, Península.
- (1983), «El campesinado: Elementos para su reconstrucción teórica en el pensamiento social», *Agricultura y Sociedad*, n.º 27, pp. 33-79.
- SEWELL, William, jr. (1994), «Cómo se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera», *Historia Social*, n.º 18, pp. 77-100.
- SHANIN, Teodor (1979), «El campesinado como factor político», en Teodor Shanin (ed.) (1979), pp. 214-235.
- (1983), *La clase incómoda*, Madrid, Alianza Editorial [1.ª ed., 1972].
- (s.a.), «Definiendo al campesinado: Conceptualizaciones y desconceptualizaciones. Pasado y presente en un debate marxista», *Agricultura y Sociedad*, n.º 11, pp. 9-53.
- (ed.) (1979), *Campesinos y sociedades campesinas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- SHAPE, Jim (1993), «Historia desde abajo», en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 38-58.
- SHUBERT, Adrian (1984), *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934*, Barcelona, Crítica.
- (1991), *Historia Social de España (1800-1990)*, Madrid, Nerea.
- (2001), «En la vanguardia del ocio mercantilizado de masas: la corrida de toros en España, siglos XVIII y XIX», *Historia Social*, n.º 41, pp. 113-126.

- SICHAR, Mariano (1892), *Las obras públicas en España: Canal de Aragón y Cataluña*, Zaragoza, Imprenta de C. Ariño.
- SIERRA ÁLVAREZ, José (1994), «*Rough Characters*. Mineros, alcohol y violencia en el Linares de finales del siglo XIX», *Historia Social*, n.º 19, pp. 77-96.
- SIMPSON, James (1997), *La agricultura española, 1765-1965. La larga siesta*, Madrid, Alianza Editorial.
- SKOCPOL, Theda (1984), *Los estados y las revoluciones sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 31-33 [1.ª ed., 1979].
- SLEDZIEWSKI, Elisabeth (2000), «La Revolución Francesa. El giro», en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres*, Madrid, Taurus, pp. 53-70.
- SMITH, A. D. (1997), *La identidad nacional*, Madrid, Trama.
- SMITH, Ángel (1996), «Trabajadores “dignos” en profesiones “honradas”: los oficios y la formación de la clase obrera barcelonesa (1899-1914)», *Hispania*, n.º 56, pp. 655-687.
- (2003), «Industria, oficio y género en la industria textil catalana, 1833-1923», *Historia Social*, n.º 45, pp. 79-100.
- SMITH, David (1980), «Tonypany 1910: Definitions of Community», *Past and Present*, n.º 87, pp. 158-184.
- SOBOUL, Albert (1980), *Problemas campesinos de la revolución. 1789-1848*, Madrid, Siglo XXI [1.ª ed., 1976].
- STERN, S. J. (ed.) (1987), *Resistance, rebellion and consciousness in the Andean peasant world, 18th to 20th centuries*, Madison, University of Wisconsin Press.
- STOREY, John (2002), *Teoría cultural y cultura popular*, Barcelona, Octaedro.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel (1987), *Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1994), «La quiebra del republicanismo histórico, 1898-1931», en Nigel Townson (ed.), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 139-163.
- (2000), *El gorro frigio. Liberalismo, Democracia y Republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- TARROW, Sydney (1991), «Ciclos de protesta», *Zona Abierta*, n.º 56, pp. 53-73.
- (1993) «Cycles of Collective Action: Between Moments of Madness and the Repertoire of Contention», *Social Science History*, n.º 17, pp. 281-307.
- (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial.
- TEJERA OSUNA, Inmaculada (1993), *El libro del pan*, Madrid, Alianza Editorial.
- TÉMIME, Émile (1982), *Historia de la España contemporánea: desde 1808 hasta nuestros días*, Barcelona, Ariel.

- TERMES, Josep (1972), *Anarquismo y sindicalismo en España: la Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Ariel.
- THOMAS, Keith (1989), «Historia y Antropología», *Historia Social*, n.º 3, pp. 62-80.
- THOMPSON, Edward P. (1976), *Whigs and hunters*, Harmondsworth, Penguin Books.
- (1984) *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica [1.ª ed., 1979; hay reed., 1995].
- (1989a), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica [1.ª ed., 1963].
- (1989b), «Folklore, Antropología e Historia social», *Historia Social*, n.º 3, pp. 81-102.
- (1995), *Costumbres en Común*, Barcelona, Crítica [1.ª ed., 1991].
- TILLY, Charles (1978), *From Mobilization to Revolution*, Nueva York, Random House.
- (1986), *The Contentious French*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- (1992), *Coerción, capital y los estados europeos*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1993), «Cambio social y revolución en Europa. 1492-1992», *Historia Social*, n.º 15, pp. 71-98.
- (1995a), «Contentious repertoires in Great Britain, 1758-1834», en Mark Traugott (ed.), *Repertoires and cycles of collective action*, Durham (North Carolina), Duke University Press, pp. 15-41.
- (1995b), *Popular contention in Great Britain, 1758-1834*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- (2000), *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona, Crítica [1.ª ed., 1995].
- (2002), *Stories, Identities and Political Change*, Oxford, Rowman & Littlefield.
- (2003), *The Politics of Collective Violence*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2004), *Social movements 1768-2004*, Boulder (Colorado), Paradigm.
- Louise TILLY y Richard TILLY (1997), *El siglo rebelde, 1830-1930*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza [1.ª ed., 1975].
- TILLY, Louise, y Joan SCOTT (1978), *Women, work and family*, Holt, Rinehart and Wiston.
- TORRAS, Jaume (1986), *Liberalismo y rebeldía campesina*, Barcelona, Ariel.
- TORRE GÓMEZ, Hipólito de la, y Juan Carlos GIMÉNEZ REDONDO (eds.) (2000), *Portugal y España en la crisis de entresiglos (1890-1918)*, Mérida, UNED.
- TOUSSAINT-SAMAT, Maguelonne (1991), *Historia natural y moral de los alimentos*, Madrid, Alianza Editorial.
- TOWNSON, Nigel (ed.) (1994), *El republicanismo en España (1830-1977)*, Madrid, Alianza Editorial.

- TRAUGOTT, Marc (1993), «Barricades as Repertoire: Continuities and Discontinuities in the History of French Contention», *Social Science History*, n.º 17.
- TUNÓN DE LARA, Manuel (1972), *El movimiento obrero en la Historia de España*, Madrid, Taurus.
- (1986), *España: la quiebra de 1898*, Madrid, SARPE.
- (1992), *Poder y sociedad en España, 1900-1931*, Madrid, Espasa Calpe.
- (2000), *La España del siglo XIX*, Madrid, Akal [1.ª ed, 1960].
- TUSELL, Javier (1976), *Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923)*, Barcelona, Planeta.
- ULLMAN, Joan Connelly (1972), *La Semana Trágica. Estudio sobre las causas socio-económicas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, Barcelona, Ariel.
- URÍA, Jorge (2001), «La cultura popular y la historiografía española contemporánea: breve historia de un desencuentro», en Manuel Ortiz Heras, David Ruiz González e Isidro Sánchez Sánchez, *Movimientos sociales y Estado en la España contemporánea*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 323-377.
- (2003), *La cultura popular en la España contemporánea*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- URQUIJO GOITIA, José Ramón (1985), «La revolución de 1854 en España», en Alberto Gil Novales (ed.), *La revolución burguesa en España*, Madrid, Universidad Complutense.
- URZAINQUI BIEL, Carlos (2003), «Sociabilidad en el entorno rural de Zaragoza. El casino republicano de Villanueva de Gállego», en Ignacio Peiró y Pedro Rújula (coords.), *En construcción. Historia local contemporánea*, Zaragoza, Centro de Estudios Darocenses / Institución «Fernando el Católico», pp. 297-308.
- (2005), «Sociedades de socorros mutuos: entre dos modelos de sociedad», en Carlos Forcadell y Alberto Sabio (coords.), *Las escalas del pasado. IV Congreso de historia local de Aragón*, Barbastro, Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 367-378.
- VALLEJO FERNÁNDEZ, Sergio (1986), «Las cigarreras de la Fábrica Nacional de tabacos de Madrid», en Ángel Bahamonde y Luis E. Otero Carvajal (eds.), *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Madrid, Comunidad de Madrid, vol. II, pp. 135-150.
- VALLEJO POUSSADA, Rafael (1990), «Pervivencia de las formas tradicionales de protesta: los motines de 1892», *Historia Social*, n.º 8, pp. 3-27.
- (1996), «Reforma tributaria y regulación del delito fiscal en la España contemporánea. (1830-1900)», en *Hacienda Pública Española. La Reforma Fiscal de Mon-Santillán ciento cincuenta años después*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, pp. 135-150.
- VAN VOSS, Lex Heerma, y Marcel VAN DER LINDEN (2003), «Estibadores: configuraciones 1790-1970», *Historia Social*, n.º 45, pp. 35-52.

- VARELA ORTEGA, José (1977), *Los amigos políticos (Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración)*, Madrid, Alianza Editorial.
- VEIGA ALONSO, Xosé Ramón (1999), «Los marcos sociales del clientelismo político», *Historia Social*, n.º 34, pp. 27-44.
- VELASCO, Honorio (1982), *Tiempo de fiesta. Ensayos antropológicos sobre las fiestas en España*, Madrid, Alatar.
- VICENTE VILLANUEVA, Laura (1993), *Sindicalismo y conflictividad social en Zaragoza (1916-1923)*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico».
- (2005), «Teresa Claramunt (1862-1931). Propagadora de la causa de los oprimidos», *Historia Social*, n.º 53, pp. 31-46.
- VILAR, Pierre (1982), «Coyunturas. Motín de Esquilache y crisis de Antiguo Régimen», en *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Barcelona, Crítica, pp. 92-140.
- VILLANUEVA HERRERO, José Ramón (1993), *El republicanismo turolense durante el siglo XIX: 1840-1898*, Zaragoza, Mira.
- VIÑEDO RIUS, Enric (1999), «Crisis de las solidaridades tradicionales y nuevas formas de asociación y resistencia campesina en la Cataluña occidental (1750-1920)», *Historia Agraria*, n.º 18, pp. 201-223.
- VIOLA RECASENS, Andreu (1992), «Si muere mi coca, muero yo. La resistencia campesina frente a la intervención estadounidense en el trópico boliviano», en *Conquista y resistencia en la historia de America. Conquesta i resistència en la historia d'America*, pp. 421-429.
- WALKOWITZ, Judith (2000), «Sexualidades peligrosas», en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), *Historia de las mujeres, vol. 4, El siglo XIX*, Madrid, Taurus.
- WEBER, Eugen (1989), *Francia, fin de siglo*, Madrid, Debate.
- WIESNER, Merry (1990), «¿Buhoneras insignificantes o mercaderes esenciales? Las mujeres, el comercio y los servicios en Nuremberg durante la Edad Moderna», en James Amelang y Mary Nash, *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, pp. 177-189.
- WILLEMSE, Hanneke (2002), *Pasado compartido. Memorias de anarcosindicalistas de Albalate de Cinca, 1928-1938*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- WILLIAMS, Dale (1984), «Moral, markets and the english crowd in 1766», *Past and Present*, n.º 104, pp. 56-73.
- WILLIAMS, Raymond (1980), *Marxismo y literatura*, Madrid, Península.
- (2001), *El campo y la ciudad*, Buenos Aires, Paidós [1.ª ed., 1973].
- (2003), *La Larga Revolución*, Buenos Aires, Nueva Visión [1.ª ed., 1961].
- WOLF, Eric R. (1979a), *Las luchas campesinas del siglo XX*, Madrid, Siglo XXI.

- WOLF, Eric R. (1979*b*), «Las rebeliones campesinas», en Teodor Shanin (ed.), *Campesinos y sociedades campesinas*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 237-346.
- (1982), *Los campesinos*, Barcelona, Labor [1.^a ed., 1971].
- WOOLF, Stuart (1989), *Los pobres en la Europa Moderna*, Barcelona, Crítica.
- YANG, Anand (1987), «A conversation of rumours: the language of popular mentalités in late nineteenth century colonial India», *Journal of Social History*, n.º 20, vol. 3, pp. 485-506.
- ZALD, Mayer N. (1999), «Cultura, ideología y creación de marcos estratégicos», en Dough McAdam, John McCarthy y Mayer N. Zald, *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, pp. 369-387 [1.^a ed., 1996].
- ZANCARINI-FOURNEL, Michelle (1999), «Historia de las mujeres: juego de niveles y construcción social de los discursos», en Javier Paniagua, José Antonio Piqueras y Vicent Sanz (eds.), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Biblioteca Historia Social, pp. 69-84.

ÍNDICE ALFABÉTICO

- Abadía (orador obrero): 158n.
Acered: 54 y n., 74, 94 y n.
Achón, Isidoro (líder socialista): 156, 159, 171, 172n., 305n., 316n., 321, 336, 371n., 377n., 378, 387, 395, 423n., 488.
Aguarón: 83, 84n., 197 y n., 198, 199n., 359, 360n., 436n.
Aguaviva: 238, 361.
Ahumada, Marqués de: 98, 127n., 226 y n.
Aladrén: 197n.
Alagón: 129n., 157, 158, 238, 341, 345 y n., 348n., 406, 408, 493.
Albalate del Arzobispo: 110n., 219n., 368 y n.
Albalate de Cinca: 221.
Albelda: 183 y n.
Alberg, Antonio (chocolatero): 133, 135 y n., 144n., 264.
Alborge: 69, 70 y n.
Albornoz, Álvaro de : 252, 253, 283, 284n., 286 y n., 306n., 319, 321 y n., 393, 494.
Alcampell: 54 y n.
Alcañiz: 60, 61n., 65 y n., 68, 91, 92n., 110n., 111, 112, 113n., 124n., 211n., 220n., 242n., 258, 279, 288, 346, 351, 410, 416.
Alcolea: 42, 183.
Alcorisa: 221n., 238.
Alfamén: 59 y n.
Algora, José (republicano): 395n.
Algora, Mariano (republicano): 237.
Alhama de Aragón: 62n., 88, 89n., 238, 355, 356n., 368, 369n.
Allué, Juan (zapatero): 132, 133, 135, 136, 142, 144n., 264.
Almochuel: 124 y n.
Almonacid de la Sierra: 88n, 89n, 197n, 199n, 435, 436n.
Almudévar: 279, 366.
Almunia de San Juan: 358n.
Alpartir: 197n., 367, 368, 369n.
Alquézar: 274n.
Alsina (capitán general): 386.
Álvarez, Francisco (cantero): 307, 386n., 483.
Álvarez, Melquiades: 236, 321 y n., 391.
Ambel: 352, 352n., 353n., 358, 442.
Angüés: 55 y n.
Aniñón: 163, 238n., 363, 364n., 368 y n.
Ansó: 88, 89n., 242n., 357, 358n., 435.
Añón: 60 y n.
Aparicio, Gualberto (ebanista): 386.
Aparicio, Tomás (propagandista): 161n., 164n.
Aragüés del Puerto: 87n.
Aranda de Moncayo: 58, 59n., 240, 241n., 362, 367, 368n., 369n.
Arándiga: 50, 69n, 360, 437.
Arazo, Anastasio (remolachero): 345n.
Ariño: 103, 104n.
Ariza: 70, 86n, 280n, 367, 369n, 429, 442.
Armillas: 211, 212n.
Arnal, Fausto («obrero intelectual»): 156, 159.

- «Arniano» (republicano): 395n.
 Arredondo, Mariano: 92n.
 Artieda: 242.
 Asamblea Nacional de Productores: 197.
 Ascaso, Francisco (anarquista): 388, 510.
 Asensio, Lorenzo (republicano): 251n.
 Asociación Internacional de Trabajadores (A.I.T.): 109n., 129n., 469n.
 Asociación de Labradores de Zaragoza: 195, 196n., 344.
 Atea: 355 y n.
 Ateca: 52, 56 y n., 57, 58n., 90 y n., 91 y n., 103, 104n., 110n., 145n., 158, 195, 196n., 237, 252, 271n., 272n., 280n., 352 y n., 355 y n., 367, 435, 436 y n.
 Ateneo Obrero Zaragozano: 144.
 Auqué, Baltasar (metalúrgico): 377.
 Avedillo, Germán (gobernador): 232, 235, 243, 330, 477.
 Avellanas, Lorenzo (albañil): 337n., 350.
 Averly (fábrica): 114n., 160, 161n.
 Ayerbe: 217, 225, 238, 286n., 349 y n.
 Azara: 274n.
 Azlor: 274n.
 Azuara: 52, 56 y n., 85, 94, 360 y n.
- Bajo Aragón: 220n., 258, 409, 410.
 Balduc, Juan (zapatero): 387.
 Banzo, Sebastián (republicano): 278n., 297n., 316, 317n., 318.
 Barbacil, Florencio (metalúrgico): 387.
 Barbastro: 59 y n., 154, 218, 220, 229n., 238, 287, 349 y n., 365 y n., 366 y n., 388n., 408, 409.
 Barcelona: 35, 45, 59, 93, 105, 129n., 135, 148n., 159, 160 y n., 162, 163, 165, 166, 172, 197, 203, 233n., 237, 241, 242, 248, 249n., 250, 259, 262 y n., 263, 264, 267, 275, 276, 277, 278, 279 y n., 295n., 297, 300, 303, 304, 307, 308, 320, 327n., 328, 333, 350, 377, 385, 396, 397, 421, 424, 427, 429, 455, 456n., 460, 464n., 469n., 494, 508, 509, 510.
 Barcelona, Juan Pedro: 172, 237, 241, 248.
- Beceite: 350, 351n.
 Bel, José (cantero): 148n.
 Belchite: 71, 199, 252n., 280n., 355, 356n., 361, 362n., 363, 364n.
 Belmonte: 56 y n.
 Belsué: 349 y n.
 Beltrán, Miguel (socialista): 146.
 Belver de Cinca: 183, 358n.
 Belveure, Ramón (cantero): 148n.
 Benabarre: 183, 358, 359n.
 Berbegal: 366.
 Berdejo: 66 y n.
 Berenguer, Ricardo (albañil): 161n., 164n., 168 y n., 169n., 174n., 306n.
 Bescós, Manuel (republicano): 286n., 321.
 Biel: 176 y n.
 Bielsa: 193, 349 y n.,
 Bijuesca: 88n.
 Bilbao: 59, 148n., 166, 260, 270, 278n., 297, 298 y n., 306, 307, 427, 428, 461.
 Binéfar: 110n., 122n., 388n.
 Biota: 66 y n., 176 y n., 238, 242.
 Blasco Ibáñez, Vicente: 33 y n., 40, 45, 381n.
 Boira, Pedro (ebanista): 304n.
 Bolea: 49n.
 Bonafulla, Leopoldo: 233n., 279.
 Boquiñeni: 239.
 Borja: 54 y n., 80n., 195, 196, 197n., 199n., 238, 352 y n., 353, 354, 358, 405, 410.
 Borrrel (gobernador de Zaragoza): 268.
 Brea de Aragón: 108, 211n.
 Broca, Francisco (albañil): 301n.
 Broca, Pedro (albañil): 301n.
 Buberca: 242n., 355, 356n.
 Buenacasa, Manuel (carpintero, anarquista): 287n., 294 y n., 299, 302, 304n., 305n., 306n., 307, 308n., 316, 321, 344 y n., 351n., 385n., 387n., 388n., 494.
 Bujaraloz: 56, 158, 365, 366 y n.
 Bulbiente: 353n., 442.
 Bureta: 354n.

- Cabañas: 96, 97n., 158.
 caciquismo: 58, 66n., 76n., 79, 126, 186n., 238n., 244, 256.
 Calamocha: 54 y n., 83 y n., 85.
 Calanda: 53, 68, 69n., 85, 90, 110n., 213 y n., 220n., 253n., 258, 416.
 Calatayud: 50 y n., 51, 55, 56, 57 y n., 64, 72, 77 y n., 89n., 93, 94 y n., 105, 108, 115 y n., 116n., 130, 154, 158 y n., 196, 197n., 198, 199n., 220, 238, 252n., 255n., 260n., 277, 278n., 280, 321 y n., 345, 346 y n., 347, 348n., 368n., 405, 408, 429, 436, 437, 501, 502.
 Calatorao: 70, 280n., 369n.
 Calcena: 358, 359n., 363, 364n., 449.
 Calleja, Gabriel (republicano): 375n.
 cámaras de comercio: 97, 115, 126, 153, 154, 155n., 182n., 198, 364, 421, 444, 450, 488.
 Cambios Nuevos: 262, 264.
 Campillo: 60 y n., 358, 359n.
 Campillo (panadero): 282n., 304n., 306n.
 Campo, Ramón (republicano): 238n.
 Canal de Aragón y Cataluña: 107, 122, 167n., 175, 180, 183, 185, 365, 406.
 Canalejas, José: 244, 251, 252n., 253n., 280, 284, 296, 310, 311n., 320, 333n., 365, 389, 428, 429, 448, 449, 456, 460, 461, 492.
 Canfranc: 111, 150n., 182 y n., 193, 274, 349 y n.
 Cánovas del Castillo, Antonio: 92, 93n., 100, 101n., 129, 263, 390.
 Canudo, Zenón (anarquista): 336, 339, 340 y n., 341n., 372, 377, 379, 381, 494.
 Carde y Escoriaza (fábrica): 124, 166n., 299, 300n., 459n.
 Carenas: 103 y n., 357, 358n.
 Cariñena: 52, 83, 84 y n., 162n., 175, 194, 195, 196, 197 y n., 198, 199 y n., 200n., 217n., 230n., 252n., 280n., 363, 364 y n., 368n., 408, 410, 466.
 Carmona, Vicente (carpintero): 167, 168, 169n., 351n.
 Carnaval: 86 y n., 211.
 Casa del Pueblo: 286, 304, 311, 312n., 317n., 319, 321, 340, 371, 385, 456.
 Casanova (albañil): 158n.
 Casanova (fábrica): 117, 124, 142n., 148n.
 Casas, Pablo (peón albañil): 168n.
 Caserta, Duque de: 97, 225, 228, 229n., 237, 329, 330n., 471.
 Casetas: 77 y n.
 Casino Republicano: 220, 250n, 279, 501.
 Caspe: 49 y n., 51, 52, 58, 59 y n., 74, 75n., 108, 109n., 111, 114 y n., 115 y n., 116n., 211n., 252n., 368 y n., 405, 410.
 Castejón de Valdejasa: 110n., 175n., 241n.
 Castelar, Emilio: 217, 223, 249.
 Castellano Villarroya, Tomás: 93, 122, 136, 243, 265.
 Castelserás: 258.
 Castiliscar: 238, 367, 369n.
 Cataluña: 18, 93n., 122, 177, 182, 397.
 Cella: 65 y n., 145 y n., 258.
 Celma, Pelegrín (zapatero): 132, 136n.
 Centro Obrero: 66, 136, 144n., 149 y n., 159, 160, 162, 221, 253n., 256n., 298, 299, 305, 307, 319, 339, 349, 351n., 371n., 372, 467.
 Centro Socialista: 136n.
 Cervera de la Cañada: 70.
 Cetina: 64 y n., 84.
 Chiprana: 51, 74, 367.
 Chodes: 153.
 Chueca, Ángel (anarquista): 280n., 388, 455, 456n.
 Chueca, José (anarquista): 280n., 455, 456n.
 Cimballa: 52.
 Cinco Olivas: 60, 66n., 69, 70 y n.
 Cinco Villas: 66, 67n., 111, 118, 175 y n., 176n., 177 y n., 178n., 185, 195, 409, 410, 412, 420, 490.

- Citera: 361.
 Claramunt, Pablo (tipógrafo): 130.
 Claramunt, Teresa : 143, 167 y n., 168n., 233n., 264n., 279, 299n., 300, 301n., 306n., 307, 308, 316, 349, 380, 444, 494.
 Codos: 62 y n., 86, 197n.
 Commune: 64, 151.
 Compañía Minera Sierra Menera: 69, 187 y n., 193.
 Conesa / Archanco: 96, 116, 117n., 121, 125, 131, 444, 448, 469.
 Confederación Nacional del Trabajo: (CNT) : 28, 174, 294, 301, 302n., 306n., 307, 308, 310n., 314n., 316, 319, 320, 337, 351, 372, 375, 382, 384, 385 y n., 388 y n., 393, 398, 457, 494, 497, 509, 510, 515.
 Costa, Joaquín : 61, 126, 152, 179 y n., 180, 181, 236, 243, 245, 246, 247 y n., 248 y n., 316, 317, 366, 381, 421, 449, 489, 490.
 Cosuenda: 197.
 Cretas: 238.
 Cuarte: 55.
 Cuba: 47, 122, 260, 261, 268n., 269, 469, 488.
 Cuezanca, Antonio (corsetero): 169n.
 Daroca: 52, 57, 58 y n., 59n., 62n., 77 y n., 154, 213 y n., 241.
 Dato, Eduardo: 383n., 384, 390, 399, 429.
 desastre (de Cuba): 39, 40, 56, 218, 225, 274, 275, 283, 326, 328, 449, 488.
 Díaz del Moral, Juan: 106 y n., 423 y n.
 Domingo, Antonio: 304n., 312n., 494.
 Domingo, Marcelino (republicano): 393.
 Domingo, Nicasio (sillero enea): 164n., 168n., 169n., 171, 174n., 277, 282n., 297, 300, 301n., 302, 303, 304n., 317n., 340, 341n., 344n., 375n., 376n., 377, 455, 456n.
 Domínguez, Blas (barbero): 156.
 Domínguez, María: 287 y n., 288 y n.
 Domínguez Royo, Modesto (Libre pensadores): 172.
 Dueñas (orador): 303n, 307.
 Echegoyen, José (azucarero): 282n., 297n., 302, 305n., 307, 336, 339 y n., 341n., 375n., 380.
 Ejea de los Caballeros: 110n., 175, 176, 214n., 215n., 216, 422, 423n., 490.
 Ejército: 16, 21, 35, 80, 100, 101n., 128n., 217, 245, 251, 259, 269, 271, 274, , 281, 283, 284, 296, 327n., , 366n., 382, 384, 398, 485.
 El Buste: 361.
 El Cuervo: 64, 65n.
 El Frago: 242n.
 El Frasco: 59 y n., 62 y n., 355, 356n.
 El Pozuelo: 354n., 355, 356n., 363, 364n.
 Eliodoro, Juan (dependiente): 168n.
 Embid de Ariza: 104n., 358 y n.
 Embún: 242n.
 Épila: 54 y n., 56 y n., 58, 59n., 70, 71n., 72 y n., 158, 167n., 241, 312n., 345, 347, 348n., 360n., 412, 413, 448, 493.
 Erla: 88n., 110n., 214n., 242n.
 Escatrón: 58, 59n., 67n., 74, 78, 79n., 211n., 212, 215 y n., 216, 242n.
 Esteban, Rafael (tipógrafo): 149n., 172, 174n., 316.
 Esteve, Pedro (propagandista): 144n.
 Fabara: 60 y n., 74.
 Falcón, Romualdo (albañil): 135.
 Farlete: 55 y n., 56, 242n., 360 y n.
 Federación Local de Sociedades Obreras (E.L.S.O.): 25, 146, 155, 170, 240n., 279, 282, 286, 292, 294n., 250n., 297, 301, 302, 303n., 308, 313, 338, 345, 349, 369, 375n., 385, 395n., 406, 421n., 422, 433, 444, 456n., 458, 494 y n., 507, 509.
 Federación Obrera «La Autonomía»: 157, 164, 165n., 167, 168n., 169.
 Federación Regional Española (F.R.E.): 129n., 135n., 469n.

- Federación de Sociedades Obreras de la Región Española (F.S.O.R.E.): 157.
- Federación de Trabajadores de la Región Española (F.T.R.E.): 129n., 130, 145, 157.
- Felipe, Emilio (socialista): 156, 159.
- Fernández, Emilio (orador): 301.
- Fernández, Ramón (constructor coches): 156.
- Ferrer, Lucio (orador): 340n.
- Ferrer, Nicolás (republicano): 286n., 321.
- Ferrer, Pedro (republicano): 238n.
- Ferrer i Guardia, Francisco: 279 y n., 280, 282, 302, 317n., 318, 386, 447, 455.
- Figueroelas: 70.
- Fons, Luis (líder obrero): 282 y n., 296, 297 y n., 300, 301 y n., 302, 303n., 304 y n., 305n., 306n., 307, 311, 312 y n., 317 y n.
- Fontán, Atanasia (oradora): 133.
- Fonz: 358n.
- Forcén, Luis (albañil): 337n.
- Foz, Vicente («obrero intelectual»): 171, 172.
- Fraga: 41, 42, 43 y n., 44, 45, 46, 94, 95, 102, 105 y n., 107, 183, 184, 219, 279, 325, 437, 438, 445, 446.
- Fuendejalón: 240, 241n., 252n., 354n., 363, 364n.
- Fuendetodos: 52.
- Fuentes de Ebro: 56 y n., 58n., 73 y n., 79n., 86n., 87n., 90 y n., 280n, 429.
- Fuentes de Jiloca: 87n., 220, 352 y n., 369n.
- Fuster, Vicente (zapatero): 132, 135.
- Gallur: 62 y n., 63, 129n., 145, 158, 280n., 345n., 355, 436.
- Garchitorena, Ignacio: 58n., 195.
- García, Francisco (carpintero): 168n.
- García, Ildefonso (líder obrero): 136.
- García, José (orador): 339.
- García Bajo (gobernador): 305, 317n., 458n.
- García Bernardo (gobernador): 256n.
- Gaspar, Santos (orador): 312n., 341n., 375n., 376n.
- Gasset, Rafael: 185, 365.
- Gea: 258.
- Gelsa: 88n., 280n., 429.
- Gil y Gil, Gil: 219, 286n., 321, 375n., 376n.
- Giner de los Ríos, Esteban (republicano): 319.
- Ginés, Tomás (albañil): 168n., 287n., 312n., 336, 341n., 375n., 377, 387.
- Godesert, Anatolio (orador): 238n.
- Gómez (orador): 161n.
- González Albelaída, Víctor (republicano): 241, 265.
- Gotor: 58, 59n., 213n., 252n.
- Gracia, Francisco (carpintero): 169n., 301n., 304n.
- Gracia, Pascual (albañil): 132, 133, 135, 264.
- Gracia Berenguer, Francisco (carpintero): 312, 344n.
- Gran Guerra / Primera Guerra Mundial: 25, 287, 334 y n., 338, 363, 382, 390, 392, 418, 495, 510.
- Grañén: 240, 358n.
- Graus: 62 y n., 238, 245, 388n.
- Grisel: 77 y n., 369n., 442.
- Guallar, Antonio (republicano): 345n.
- Guallarte, Ángel (panadero): 301n., 305n., 306n., 307, 313, 494.
- Gurugú: 276, 280, 429, 493.
- Gutiérrez, Nicolás (agricultor): 135 y n., 136.
- Hecho: 65, 66n., 78, 266n.
- Hernández, Mariano (orador): 339n.
- Herrera de los Navarros: 60 y n., 85.
- Híjar: 109n., 110n., 111, 350, 410.
- huelga general: 25, 97, 107, 115, 132, 152, 159, 160n., 164, 165, 166, 167, 168, 169, 172, 291, 292, 294, 297, 298n., 299 y n., 301, 304, 305 y n., 307, 309, 311, 314, 316n., 319, 332, 335, 338, 349, 369, 371, 372, 373, 375, 376, 377, 379, 384, 385, 417, 422, 424, 425, 429, 444, 448, 449,

- 461, 481, 483, 493, 494, 508, 510, 512.
 Huérmeda: 55, 56n.
 Huesca: 33, 34, 41, 48 y n., 49 y n., 54, 58n., 61, 109, 111, 121 y n., 122n., 129n., 131, 149, 150n., 154, 161n., 163, 167n., 180, 181, 182, 184, 191n., 203, 204n., 217 y n., 219, 220, 225, 237n., 238, 242n., 253n., 255n., 256, 266n., 273, 274, 279, 285n., 289n., 325, 334n., 336, 337n., 343, 348, 349, 350 y n., 367n., 372, 405, 406, 409, 410n., 416, 448, 486, 493, 497.
- Ibdes: 60 y n.
 Iglesia: 21, 80n., 205, 206, 207, 209, 210, 211n., 216, 217n., 219n., 225, 228, 241, 253, 267, 268n., 304, 456n., 472, 512, 514.
 Iglesias, Nicolás (zapatero): 132, 135, 136n., 142, 144n.
 Iglesias, Pablo: 132n., 149n., 155n., 159, 164, 170, 313.
 Illa, Ramón (constructor máquinas): 169n.
 Illueca: 54, 57 y n., 62 y n., 75 y n., 210, 216., 367, 369n.
 Instituto de Reformas Sociales (IRS): 174, 193n., 293 y n., 296 y n., 336n., 344n., 348n., 349n., 350, 351n., 352n., 355n., 367 y n., 368n., 369n.
 Isábal, Marceliano: 182n., 195, 219, 237, 241, 243, 245, 252, 265, 373, 378, 456n.
 Izquierdo (orador obrero): 158n.
- Jaca: 179, 182 y n., 218, 237, 274n., 280n., 367, 408.
 Jaraba: 90.
 Jarque: 54, 87n., 213n., 242n., 367, 368, 369n., 442.
 Joaquín Herrero (fábrica): 125 y n., 157.
 Jordana de Pozas, Luis: 116 y n., 128, 129n., 136n., 140 y n., 173, 292 y n., 293, 301, 303n., 313, 314n., 345, 346n., 388n., 492.
 José, Salvador (azucarero): 168n., 169n.
- Juan, José (electricista): 164n., 168n., 169n.
 Júlvez (zapatero): 305n.
 Junta Local de Reformas Sociales: 173, 174, 296, 312.
 Junzano: 217.
 Juslibol: 65, 66n., 209, 346n.
- La Almolda: 56, 74, 355, 356n., 363, 364n.
 La Almunia de Doña Godina: 52n., 56, 62 y n., 70, 71n., 82, 82n., 198, 199n., 252n., 363, 364n., 437, 445.
La Anarquía: 131 y n., 132 y n., 137 y n., 141n., 143n., 144n., 146n., 150n., 494n.
 La Cartuja: 88, 89n.
 La Ginebrosa: 258.
 La Puebla de Híjar: 105 y n., 345, 346n., 347, 348n., 408.
 La Puebla de Valverde: 258.
 Laborda, Ángel (republicano): 244, 317, 340, 341n.
 Laborda, Antonio (ebanista): 297 y n., 303n., 456n.
 Lacort, Ángel (líder obrero): 286n., 287n., 292, 301, 302, 303n., 304 y n., 305n., 306n., 307, 317n., 321, 339 y n., 340 y n., 341n., 344n., 377 y n., 379, 380, 385, 494.
 Laforcada, José (articulista anarquista): 143n.
 Lagata: 52.
 Lahoz (pintor): 377.
 Lamana, Cándido (diputado): 92, 102, 196.
 Lanaja: 365, 366 y n.
 Lapiderra, Ignacio (ebanista): 287n., 336.
 Largo Caballero, Francisco: 371, 372, 385, 398.
 Layana: 70, 71n.
 Le Bon, Gustave: 106, 446.
 Lécera: 74.
 Leciñena: 74, 242n., 361, 362n., 448.
 Lerroux, Alejandro: 236, 237, 238 y n., 241, 244, 245, 247 y n., 248, 249n., 251, 257, 263, 264, 287, 396, 316, 317n., 319, 320, 381n., 393, 429.

- Letux: 74.
 Ley de Asociaciones: 32, 53, 130, 146.
 Librepensadores: 172, 173n., 249, 250n., 261, 262n., 334.
 Liga de Contribuyentes de Ribagorza: 61, 180.
 Llanví, Ricardo (constructor máquinas): 169 y n.
 Lloré, Saturnino (pintor): 156, 168n., 169n., 172, 241.
 Longares: 197n., 358 y n., 369n.
 López, José (labrador): 132, 133, 135.
 López, Modesto (carpintero): 146, 149n., 168n., 169n., 171, 172.
 López Montenegro, José (anarquista): 136n.
 López Villanueva, Mariano (orador): 131.
 Lorenzo, Anselmo: 135n., 136n., 143n., 279.
 Los Fayos: 361.
 Luben, Donato (anarquista): 142, 143n.
 Lucena de Jalón: 60 y n., 75 y n., 86, 211.
 Luceni: 75 y n., 215n., 345 y n., 347, 348n.
 Luco de Jiloca: 362n.
 Luesia: 51, 66 y n., 118 y n., 175, 176 y n.
 Luesma: 395n.
 Lumpiaque: 70, 71n., 72 y n., 73.
 Luna: 118n., 119n., 145n., 176 y n., 211, 252n.
 Lupiñén: 280.
 Madrid: 35, 49n., 93, 133, 154, 173, 176, 181, 183, 199, 213, 229, 233, 237, 241, 244, 246, 250, 251, 259, 270, 276, 298n., 300n., 304, 307, 312, 313, 329, 331, 333, 336, 341, 344, 345n., 363, 364, 365, 371, 379, 385, 387, 388n., 413, 424, 458, 460, 510.
 Maella: 238.
 Maestrazgo: 45, 220.
 Maestro (colchonero): 304n., 344.
 Magallón: 75, 76n., 78, 79n., 353, 354n.
 Mainar: 74, 214 y n.
 Malanquilla: 62 y n.
 Malatesta, Enrico: 144n.
 Maleján: 352 y n., 353, 442.
 Mallén: 171n., 346n., 429.
 Malón: 62 y n., 361, 368, 442.
 Maluenda: 55, 56 y n., 346 y n.
 Mano Negra: 129.
 Mara: 242n., 280 y n., 368, 369n.
 Marcén, Ernesto (fundidor): 297.
 Marraco, Manuel: 251n., 334n., 365.
 Marruecos: 26, 250, 274, 275, 278n., 280, 281, 281n., 282, 283, 284, 285, 286, 287 y n., 289, 302, 306, 307, 321, 324, 337, 428, 449.
 Martí, Juan (republicano): 238n.
 Martín, Dámaso (remolachero): 345n.
 Martín, Ignacio (fundidor): 135, 136, 138, 141.
 Martín, Manuel (dependiente): 168n.
 Martín, Ricardo (republicano): 244.
 Martínez, Alfredo (repres. obrero): 395n.
 Martínez, Ildefonso (barbero): 156.
 Martínez, José María (camarero): 169.
 Martínez, Julián (socialista): 395n.
 Martínez del Campo (gobernador): 469.
 Mas de las Matas: 361, 362n.
 Maura, Antonio: 238 y n., 239, 250, 275, 280, 302, 330, 397, 399, 428, 456n., 478, 492, 513.
 Maymón, Antonia: 174n., 253, 254n., 297, 298, 299 y n., 300, 301n., 303n., 304 y n., 306n., 307, 316, 317n., 341n., 380, 443, 444, 456n., 494.
 Mediana: 56, 62 y n.
 Melilla: 260, 267, 268 y n., 269, 326.
 Mendaro (orador): 158n.
 Mercado (de Zaragoza): 50, 52, 78, 92, 96 y n., 97 y n., 98, 116, 126, 155, 160, 167n., 204, 228, 233, 247, 261, 266, 276, 329, 361, 441, 444, 448, 469, 471, 474, 475, 476, 477, 478.
 Mesa, José (delegado F.R.E.): 135n.
 Mesones: 69n., 158, 167n., 360.
 Minguillón, Miguel (tipógrafo): 282n., 304n., 305n., 312n., 336, 337n., 344 y n., 395.

- Molina (orador): 161n.
 Moncada (gobernador): 160, 161n.
 Moncasi, Francisco: 195.
 Monedero, Víctor (albañil): 161n., 168n., 169 y n.
 Monegrillo: 56, 90 y n., 184n., 240n., 363, 364n., 369n.
 Moneva: 102, 103n.
 Monreal de Ariza: 70, 367, 368 y n.
 Montañana: 158, 346n., 442 y n.
 Monteagudo, Félix (panadero): 169.
 Montes, (gobernador): 50.
 Montestruc, Joaquín (republicano): 251n., 253n.
 Montoya (ebanista): 282n.
 Montoya, Manuel (metalúrgico): 287n., 336.
 Monzalbarba: 346n.
 Monzón: 57, 58n., 59 y n., 154, 185, 225, 237n., 242n., 253n., 266n., 274, 278n., 325, 358 y n., 408, 409.
 Mora de Rubielos: 49, 58, 59n.
 Morata de Jalón: 153, 358, 359n.
 Morés: 60 y n., 358, 359n.
 Moret, Segismundo: 61, 196, 197, 243, 252, 264, 278n., 365, 380n., 422, 423n.
 Moros: 52, 74, 89 y n.
 Movera: 346n.
 Moyuela: 60 y n., 70, 71 y n., 87n., 104n.
 Muel: 55 y n., 197n., 280n.
 Munébrega: 62 y n., 363, 364n., 436.
 Muniesa: 65, 66n., 212 y n.
 Murero: 252n., 429.
 Muro, Baltasar (republicano): 276.
 Naval, Gregorio: 296n., 305 y n.
 Nigüella: 69n., 360.
 Nogués, Teresa de (anarquista): 279, 349.
 Nonaspe: 87n., 352 y n.
 Novallas: 361, 362n.
 Novillas: 62, 271n., 369n.
 Nuévalos: 62 y n., 88n., 167n.
 Ojos Negros: 69n., 175, 187 y n., 188, 189, 190, 191 y n., 192, 193 y n., 350, 351n., 406.
 Olavo (repres. obrero): 305n.
 Oliete: 59 y n., 60 y n., 103.
 Ondó, Felipe: 345n.
 Orihuela del Tremedal: 90 y n., 435.
 Osácar, Tiburcio (tipógrafo): 282n., 283, 286 y n., 287n., 302, 311, 312n., 321, 336, 337n., 344, 377n.
 Osera: 73 y n.
 Osés: 242.
 Palomar, Juan Andrés (republicano): 318, 345 y n., 346
 Paniza: 55, 78, 79n., 88n., 197n., 358, 359n.
 Paracuellos de Jiloca: 55, 75.
 Paracuellos de la Ribera: 355.
 Paraíso, Basilio: 97, 126, 154, 199n., 265, 287, 449, 476.
 Pardiñas: 389, 429, 456.
 Partido Socialista Obrero Español (P.S.O.E.): 130, 147, 155n., 160, 172, 263, 276, 285, 291, 320.
 Pastor, Matías: 130, 131, 146, 148 y n., 149n., 159, 172, 240n., 296, 312, 313, 316n.
 Pastriz: 62 y n., 77 y n., 240, 241n., 346.
 Pedrola: 54 y n., 62 y n., 70, 71 y n., 280n., 345n., 429.
 Peñaflor: 241n., 346.
 Perales, Mariano (maestro laico): 233n., 264.
 Perdiguera: 218n., 242n.
 Pereda, Mariano (albañil): 301n.
 Perera (socialista): 305n.
 Pérez, Enrique : 312n.
 Pérez, Salvador (constructor): 301n.
 Pérez Vives (republicano): 395n.
 Pertusa: 55 y n.
 Pi i Margall, Francisco: 224, 248n., 249.
 Pina de Ebro: 73, 252n., 253n., 295, 346n., 369n.
 Pinseque: 55.
 Planter (gobernador): 154, 164, 165, 167, 239, 242, 243, 330.
 Plasencia de Jalón: 51, 77 y n., 346n.
 Plenas: 62 y n., 70, 71 y n., 74, 242n.
 Pomer: 88, 362 y n.

- Porcell, Luis (orador obrero): 287n.
 Portalrubio: 242n.
 Pórtolas, Pedro (constructor camas): 168n.
 Pozuelo: 354n., 355, 356n., 363, 364n.
 Pradilla: 49 y n.
 Primero de Mayo: 32, 114, 122, 123n., 128, 129, 130, 131, 132: y n., 134, 135 y n., 138, 140, 142, 143 y n., 144n., 148n., 149, 150 y n., 151, 155, 156 y n., 159, 160n., 163, 164n., 165n., 166, 229, 282 y n., 286 y n., 302, 303, 316n., 317, 321, 336, 337n., 342, 350, 361, 394, 421, 424, 440, 441, 444, 467, 502.
 Puebla de Valverde: 51, 258.
 Quinto: 60 y n., 62 y n., 98, 99 y n., 158, 242n., 252n.
 Quiñones, José (albañil): 157n., 158n., 164, 169n., 174n.
 Ráfales: 219n., 242n.
Rebeldía: 351.
 Redondo, Guillermo (camarero): 168n.
 Remolinos: 104 y n.
 Restauración: 17, 19, 26, 39, 47, 63, 100, 216, 262n., 275, 280, 294, 314, 315, 389, 390, 397, 430, 433, 447, 472, 491, 492n., 503.
 Ricla: 70, 71n., 153, 280n., 348n.
 Rivas, Faustino (republicano): 238n.
 Roca, Teodoro (anarquista): 339 y n., 341n.
 Rodríguez, Emilio (republicano): 237.
 Rodríguez, Vicente (ferroviario): 387.
 Rodríguez Lacasa (republicano): 376n.
 Rojo (orador): 375n.
 Romeo, Eusebio (republicano): 244, 250n., 253n., 345 y n., 456n.
 Rubielos de Mora: 406.
 Rueda de Jalón: 72, 73.
 Ruiz Zorrilla, Manuel: 223, 258.
 Rute, José (republicano): 395n.
 Sádaba: 66, 70, 71n., 238, 241n., 280n., 355, 362 y n., 436.
 Sagasta, Práxedes Mateo: 129, 159, 229, 390, 465, 481.
 Sagunto: 61, 89n.
 Salas, Francisco: 164n.,
 Salas, Valero (líder FLSO): 297, 307, 386n., 486.
 Salillas: 70.
 Salillas, Rafael: 252, 319, 495.
 Salmerón, Nicolás: 144, 224, 236, 237, 239n., 244, 249.
 Salvatierra: 87n.
 San Esteban: 57, 358n.
 San Frutos, Esteban (orador): 339n.
 Sancho, Manuel (albañil): 301n., 312.
 Sanjuán, Mariano (orador): 164n.
 Santa Eulalia: 345.
 Santa Isabel: 346n.
 Sariñena: 57, 61 y n., 66n., 83 y n., 85, 91 y n., 111, 184n., 219, 225, 240, 280n., 365 y n.
 Sarriá, Venancio: 277, 278 y n., 286n., 321, 376n.
 Sarrión: 90n., 91n., 187n., 436.
 Sástago: 59n., 66 y n., 74, 96, 97n., 158, 167n., 215 y n., 240n., 252n.
 Savián: 62 y n., 87n., 367.
 Segunda República: 29, 79, 189, 200, 278n., 356, 357, 417, 510, 512, 516.
 Selgua: 366n.
 Semana Trágica: 62, 174, 250, 275, 276n., 279n., 349, 398, 428, 447, 455, 456 y n., 460, 461, 480, 492, 495, 508.
 Senao, José María: 92.
 Serrano, Nicolás (panadero): 339n., 340n., 341n.
 Sesa: 58n.
 Sestrica: 70, 71n., 102, 103n.
 Sierra de Luna: 211.
 Siétamo: 279.
 Silvela, Francisco: 225.
 Soldevila y Romero, Juan: 55, 102, 251, 279n., 308, 338, 357, 388, 510.
 Soler, Dolores (oradora): 133.
 Sos del Rey Católico: 87n., 92n., 119n., 175 y n., 238, 280n., 359, 360n., 367.

- Suñé, Sebastián (anarquista): 279, 349, 456n.
- Tamarite de Litera: 51, 121, 122n., 154, 182, 183 y n., 184n., 185, 366 y n.
- Tarazona: 50 y n., 55, 58, 59, 65, 66n., 70, 82 y n., 87n., 91, 92n., 94 y n., 102, 122, 123n., 154, 163, 164n., 195, 196n., 198, 199n., 218, 220, 237, 238, 252n., 269n., 280n., 321 y n., 361 y n., 364 y n., 405, 408, 409, 422, 437, 439, 441.
- Tauste: 74, 280n.
- Teatro Circo: 235, 236, 237, 238, 245, 247, 266, 270, 286 y n., 297, 321, 322n., 481n.
- Teatro Novedades: 130, 132, 133, 155, 469.
- Teatro Principal: 241, 242n., 395.
- Tejedor, Manuel (azucarero): 312n., 337n., 347, 348n.
- Tejón (gobernador): 78, 332, 481n.
- Terrer: 57 y n., 345, 348n., 368 y n., 369n.
- Teruel: 34, 51, 52, 54n., 86n., 89n., 110, 111, 123 y n., 124n., 149, 187, 191n., 203, 204n., 218, 220, 242n., 258, 259, 273, 279, 285n., 289n., 325, 343, 348, 350, 351n., 405, 406, 409, 410n., 436, 486, 497.
- Tierga: 193 y n., 352 y n.
- Tiermas: 242n.
- Torcal (obrero): 136n.
- Torralba de Ribota: 252n., 361, 363, 364n.
- Torrallilla: 90n.
- Torrellas: 87n., 361, 441.
- Torres de Berrellén: 239n., 345n.
- Torres Escartín: 388.
- Torrijo: 74.
- Tosos: 59 y n., 197n.
- Trasmoz: 57 y n.
- Trigo, Antonia: 307.
- Triste: 349 y n.
- Tro, Mariano (tejedor): 132.
- Tudela: 70, 428.
- Uncastillo: 66 y n., 111, 118 y n., 119n., 175 y n., 176 y n., 252n.
- Unión General de Trabajadores (U.G.T.): 131, 146, 147 y n., 148, 149, 156, 157n., 161, 164, 166, 170, 276, 307, 314n., 337, 370, 372, 373, 375, 382, 384, 385, 497, 510, 514, 515.
- Unión Nacional: 128, 152, 153, 155n., 156, 198, 237.
- Unión Republicana: 173n., 224, 236, 241, 243, 244, 249, 250, 276, 456n.
- Urrea de Jalón: 49, 62 y n.
- Urriés: 74.
- Used: 62n., 361, 362n.
- Utebo: 296n., 343, 344 y n., 406, 417.
- Valdehorna: 252n.
- Valderobres: 53n., 109n., 214, 215, 238, 410.
- Valdour, Jacques: 45n., 71, 72n., 116n., 178, 179n., 190, 191, 192, 193, 194n., 424n.
- Valencia: 45, 60, 110n., 122, 149, 229, 262, 270, 279n., 307, 329, 456n., 492.
- Valenzuela, Gregorio (tipógrafo): 336, 337n., 350.
- Valero, Alfredo (anarquista): 280n., 455, 456n.
- Varela, Benigno: 248, 249n.
- Veguillas del Cuervo: 214 y n.
- Velilla de Cinca: 242n.
- Vera de Moncayo: 62n., 85, 442.
- Vidal, Gedeón: 164n., 239n.
- Vierlas: 62 y n.
- Viesca, Luis (ferroviario): 371n., 372, 377n., 387.
- Villafeliche: 74, 237, 369n.
- Villagrasa Serrate, Joaquín (minero): 351n.
- Villalba: 242n.
- Villalengua: 52, 58, 59n., 62 y n., 89 y n.
- Villamayor: 101n., 346n.
- Villanueva de Gállego: 88n., 158, 238.
- Villanueva de Huerva: 60 y n.
- Villanueva de Jiloca: 98, 99n.

- Villanueva de Sijena: 280n.
Villar del Salz: 187
Villar de los Navarros: 54 y n., 55, 197n.
Villarreal del Campo: 212 y n.
Villarroya del Campo: 212 y n., 213n.
Villarroya de la Sierra: 64, 70, 94 y n.,
104 y n., 129n., 145, 280n., 358n.,
359n.
Viver de la Sierra: 67n., 70, 71n.
- Ximénez de Embún: 195.
Zabía (gobernador): 376.
Zaidín: 183, 184n.
Zamboray, Bernardo: 196n., 199n., 345
y n.
Zuera: 119n., 367.
Zuferri, Joaquín: 297 y n.
Zurita (albañil): 158.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO 1	
DE MOTINES Y HUELGAS (1885-1909)	39
1.1. El motín como manifestación popular de descontento	41
1.1.1. El fuerte abrazo del Estado: los impuestos	47
1.1.2. Conflictos en torno a la tierra y la autoridad	63
1.1.3. Las ideas, los protagonistas	81
1.1.4. La respuesta del orden	99
1.2. El pan y el trabajo	107
1.2.1. «Ganar el pan con el sudor de nuestra frente» (1885-1900)	109
1.2.2. Los primeros pasos: la organización y la fiesta (1890-1900)	129
1.2.3. Ensayando la huelga general. 1904	152
1.2.4. Obreros del campo: braceros de las Cinco Villas, obreros del Canal de Aragón y Cataluña, mineros de Ojos Negros, alcoholeros de Cariñena	175
CAPÍTULO 2	
OTROS MOTIVOS Y ACCIONES DE PROTESTA	203
2.1. Anticlericalismo y republicanismo	203
2.1.1. El anticlericalismo a finales del siglo XIX	206

2.1.2. El republicanismo de finales del siglo XIX	218
2.1.3. «¡A los jesuitas!»: crisis del 98 y movilización popular (1899-1905)	226
2.1.4. Tiros y empujones: abandono de la violencia anticlerical y politización de la calle (1906-1909)	244
2.2. La respuesta contra la guerra	258
2.2.1. Voces contra las quintas: la primera mirada hacia Barcelona, 1898	259
2.2.2. La segunda mirada hacia Barcelona: 1909 y el escenario marroquí	275

CAPÍTULO 3

HACIA LA CRESTA DE LA OLA (1910-1917)	291
3.1. La huelga general: la puesta de largo (1909-1912)	291
3.2. El radicalismo lerrouxista y los obreros de Zaragoza	314
3.3. El surgimiento de nuevos sujetos colectivos: los estudiantes	322
3.4. Reorganización en la ciudad y huelgas en el campo (1913-1916)	335
3.5. Persistencia y cambio en la protesta. Motines y manifestaciones sobre cuestiones irresueltas	356
3.6. Vientos de cambio: 1916-1917	367
3.6.1. El paro general de veinticuatro horas de diciembre de 1916	375
3.6.2. La huelga revolucionaria de agosto de 1917	383
3.6.3. Movilización social, democracia y crisis política	389

CAPÍTULO 4

ANÁLISIS DE LA PROTESTA SOCIAL	401
4.1. La geografía de la protesta o la distribución de recursos	404
4.2. La cronología de la protesta o las coyunturas políticas favorables	418
4.3. Acerca de «viejos» y «nuevos» repertorios	430
4.4. Transición y coexistencia	439
4.5. Surgimiento y alcance de la violencia	450
4.6. Cartografía de la protesta en Zaragoza	462
4.7. Ciclos de protesta	487
4.7.1. 1899-1905	488

<i>Índice</i>	599
4.7.2. 1910-1912	492
4.7.3. 1916-1920	497
EPÍLOGO	501
ANEXOS	519
BIBLIOGRAFÍA	543
ÍNDICE ALFABÉTICO	585

*Este libro se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de Octavio y Félez, S. A.,
de Zaragoza, en diciembre de 2009*



Títulos de Ciencias Sociales

- 1 Luis Gracia Martín, *El actuar en lugar de otro en Derecho Penal* (1985).
- 2 Antonio Serrano González, *Michel Foucault: Sujeto, derecho, poder* (1986).
- 3 Ignacio Peiró Martín y Gonzalo Pasamar Alzuria, *Historiografía y práctica social en España* (1987).
- 4 Fernando Pérez Cebrían, *La planificación de la encuesta social* (1987).
- 5 Yolanda Polo Redondo, *Desarrollo de nuevos productos: aplicaciones a la economía española* (1988).
- 6 Eloy Fernández Clemente, *Estudios sobre Joaquín Costa* (1988).
- 7 Gema Martínez de Espronceda Sazatornil, *El canciller de bolsillo. Dollfuss en la prensa de la II República* (1988).
- 8 José Ignacio Lacasta Zabalza, *Cultura y gramática del Leviatán portugués* (1988).
- 9 José M.ª Rodanés Vicente, *La Prehistoria. Apuntes sobre concepto y método* (1988).
- 10 Cástor Díaz Barrado, *El consentimiento como causa de exclusión de la ilicitud del uso de la fuerza, en Derecho Internacional* (1989).
- 11 Harvey J. Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio* (1989).
- 12 Antonio Beltrán Martínez, *Ensayo sobre el origen y significación del arte prehistórico* (1989).
- 13 José Luis Moreu Ballonga, *El nuevo régimen jurídico de las aguas subterráneas* (1990).
- 14 Santiago Míguez González, *La preparación de la transición a la democracia en España* (1990).
- 15 Jesús Hernández Arístu, *Pedagogía del ser: aspectos antropológicos y emancipatorios de la pedagogía de Paulo Freire* (1990).
- 16 Alfonso Sánchez Hormigo, *Valentín Andrés Álvarez. (Un economista del 27)* (1991).
- 17 José Antonio Ferrer Benimeli y Manuel A. de Paz Sánchez, *Masonería y pacifismo en la España contemporánea* (1991).
- 18 Gonzalo Pasamar Alzuria, *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal* (1991).
- 19 Sidney Pollard, *La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970* (1991).
- 20 Jesús Lalinde Abadía, *Las culturas represivas de la Humanidad* (1992).
- 21 Fernando Baras Escolá, *El reformismo político de Jovellanos. (Nobleza y poder en la España del siglo XVIII)* (1993).
- 22 José Antonio Ferrer Benimeli (coord.), *Masonería y periodismo en la España contemporánea* (1993).
- 23 John Clanchy y Brigid Ballard, *Cómo se hace un trabajo académico. Guía práctica para estudiantes universitarios*, 2.ª ed. (2000).
- 24 Eloy Fernández Clemente, *Ulises en el siglo XX. Crisis y modernización en Grecia, 1900-1930* (1995).
- 25 Enrique Fuentes Quintana, *El modelo de economía abierta y el modelo castizo en el desarrollo económico de la España de los años 90* (1995).
- 26 Alfred D. Chandler, Jr., *Escala y diversificación. La dinámica del capitalismo industrial*, traducción de Jordi Pascual (1996).

- 27 Richard M. Goodwin, *Caos y dinámica económica*, traducción y revisión técnica de Julio Sánchez Chóliz, Dulce Saura Bacaicoa y Gloria Jarne Jarne (1997).
- 28 M.^a Carmen Bayod López, *La modificación de las capitulaciones matrimoniales* (1997).
- 29 Gregory M. Luebbert, *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, traducción de Álvaro Garrido Moreno (1997).
- 30 Ángela Cenarro Lagunas, *Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945* (1997).
- 31 Enrique Fuentes Quintana y otros, *La Hacienda en sus ministros. Franquismo y democracia* (1997).
- 32 Gaspar Mairal Buil, José Ángel Bergua Amores y Esther Puyal Español, *Agua, tierra, riesgo y supervivencia. Un estudio antropológico sobre el impacto socio-cultural derivado de la regulación del río Ésera* (1997).
- 33 Charles Tilly, Louise Tilly y Richard Tilly, *El siglo rebelde, 1830-1930*, traducción de Porfirio Sanz Camañes (1997).
- 34 Pedro Rújula, *Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840* (1998).
- 35 R. A. C. Parker, *Historia de la segunda guerra mundial*, traducción de Omnivox, S. L. (1998).
- 36 José Aixalá Pastó, *La peseta y los precios. Un análisis de largo plazo (1868-1995)* (1999).
- 37 Carlos Gil Andrés, *Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936)* (2000).
- 38 Francisco Comín y otros, *La Hacienda desde sus ministros. Del 98 a la guerra civil* (2000).
- 39 Ángela López Jiménez, *Zaragoza ciudad hablada. Memoria colectiva de las mujeres y los hombres* (2001).
- 40 Juan Carmona, Josep Colomé, Juan Pan-Montojo y James Simpson (eds.), *Viñas, bodegas y mercados. El cambio técnico en la vitivinicultura española, 1850-1936* (2001).
- 41 Ève Gran-Aymerich, *El nacimiento de la arqueología moderna, 1798-1945*, traducción de Inés Sancho-Arroyo (2001).
- 42 Rafael Vallejo Pousada, *Reforma tributaria y fiscalidad sobre la agricultura y la propiedad en la España liberal, 1845-1900* (2001).
- 43 Robert S. Duplessis, *Transiciones al capitalismo en Europa durante la Edad Moderna*, traducción de Isabel Moll (2001).
- 44 Carlos Usabiaga, *El estado actual de la Macroeconomía. Conversaciones con destacados macroeconomistas*, traducción de Montse Ponz (2002).
- 45 Carmelo Lisón Tolosana, *Caras de España. (Desde mi ladera)* (2002).
- 46 Hanneke Willemse, *Pasado compartido. Memorias de anarcosindicalistas de Albalate de Cinca, 1928-1938*, traducción de Francisco Carrasquer (2002).
- 47 M.^a Pilar Salomón Chéliz, *Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939)* (2002).

- 48 Ana José Bellostas Pérez-Grueso, Carmen Marcuello Servós, Chaime Marcuello Servós y José Mariano Moneva Abadía, *Mimbres de un país. Sociedad civil y sector no lucrativo en Aragón* (2002).
- 49 Mercedes Yusta Rodrigo, *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1930-1952)* (2003).
- 50 Francisco Beltrán Lloris (ed.), *Antiqua Iuniora. En torno al Mediterráneo en la Antigüedad* (2004).
- 51 Roberto Ceamanos Llorens, *De la historia del movimiento obrero a la historia social. L'Actualité de l'Histoire (1951-1960) y Le Mouvement Social (1960-2000)* (2004).
- 52 Carlos Forcadell, Gonzalo Pasamar, Ignacio Peiró, Alberto Sabio y Rafael Valls (eds.), *Usos de la Historia y políticas de la memoria* (2004).
- 53 Aitor Pérez Ruiz, *La participación en la ayuda oficial al desarrollo de la Unión Europea. Un estudio para Aragón* (2004).
- 54 Gloria Sanz Lafuente, *En el campo conservador. Organización y movilización de propietarios agrarios en Aragón (1880-1930)* (2005).
- 55 Francisco Comín, Pablo Martín Aceña y Rafael Vallejo (eds.), *La Hacienda por sus ministros. La etapa liberal de 1845 a 1899* (2006).
- 56 Pedro Lains, *Los progresos del atraso. Una nueva historia económica de Portugal, 1842-1992*, traducción de Lourdes Eced (2006).
- 57 Alessandro Roncaglia, *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico*, traducción de Jordi Pascual (2006).
- 58 Kevin H. O'Rourke y Jeffrey G. Williamson, *Globalización e historia. La evolución de la economía atlántica en el siglo XIX*, traducción de Montse Ponz (2006).
- 59 Fernando Casado Cañeque, *La RSE ante el espejo. Carencias, complejos y expectativas de la empresa responsable en el siglo XXI* (2006).
- 60 Marta Gil Lacruz, *Psicología social. Un compromiso aplicado a la salud* (2007).
- 61 José Ángel Bergua Amores, *Lo social instituyente. Materiales para una sociología no clásica* (2007).
- 62 Ricardo Robledo y Santiago López (eds.), *¿Interés particular, bienestar público? Grandes patrimonios y reformas agrarias* (2007).
- 63 Concha Martínez Latre, *Musealizar la vida cotidiana. Los museos etnológicos del Alto Aragón* (2007).
- 64 Juan David Gómez Quintero, *Las ONGD aragonesas en Colombia. Ejecución y evaluación de los proyectos de desarrollo* (2007).
- 65 M.ª Alexia Sanz Hernández, *El consumo de la cultura rural* (2007).
- 66 Julio Blanco García, *Historia de las actividades financieras en Zaragoza. De la conquista de Zaragoza (1118) a la aparición del Banco de Aragón (1909)* (2007).
- 67 Marisa Herrero Nivela y Elías Vived Conte, *Programa de Comprensión, Recuerdo y Narración. Una herramienta didáctica para la elaboración de adaptaciones curriculares. Experiencia en alumnos con síndrome de Down* (2007).
- 68 Vicente Pinilla Navarro (ed.), *Gestión y usos del agua en la cuenca del Ebro en el siglo XX* (2008).
- 69 Juan Mainer (coord.), *Pensar críticamente la educación escolar. Perspectivas y controversias historiográficas* (2008).
- 70 Richard Hocquellet, *Resistencia y revolución durante la Guerra de la Independencia. Del levantamiento patriótico a la soberanía nacional* (2008).

- 71 Xavier Darcos, *La escuela republicana en Francia: obligatoria, gratuita y laica. La escuela de Jules Ferry, 1880-1905*, traducción de José Ángel Melero Mateo (2008).
- 72 María Pilar Galve Izquierdo, *La necrópolis occidental de Caesaraugusta en el siglo III. (Calle Predicadores, 20-30, Zaragoza)* (2009).
- 73 Joseba de la Torre y Gloria Sanz Lafuente (eds.), *Migraciones y coyuntura económica del franquismo a la democracia* (2009).
- 74 Laura Sancho Rocher (coord.), *Filosofía y democracia en la Grecia antigua* (2009).

Como una balsa de aceite, como el lugar de la indiferencia y el conformismo, era comúnmente retratado el interior rural español por ensayistas y políticos de finales del siglo XIX. El presente trabajo, fruto de una tesis doctoral, rebate la veracidad de esa imagen sobre el caso aragonés durante el período comprendido entre la última década del XIX y las primeras del XX, hasta el hito de la huelga general revolucionaria de 1917. A través de sus páginas, el autor describe y analiza toda la rica y variada panoplia de acciones colectivas de protesta que tuvieron lugar durante ese tiempo, desde los motines y algaradas de tipo comunal hasta los primeros ensayos en el uso de la huelga en las ciudades más relevantes de la región, sin dejar de interrogarse por los protagonistas y las causas que en cada momento les llevaron a actuar como lo hicieron. Y recorriendo todos los escenarios y tiempos, el carácter político de todas estas formas de protesta que, de uno u otro modo, se enfrentan al poder constituido para plantear, cuando no era nada fácil hacerlo, las propias demandas como grupos con identidad e intereses propios.

*ciencia***S***ociales*

ISBN 978-84-92774-60-9



9 788492 774609